
Loles López
UN
BESO
POR
ERROR
matchstories

[image]

Índice

Sinopsis

Theo quiere ser jugador profesional de hockey sobre hielo, y para conseguirlo tiene un plan: nada de chicas ni distracciones.

Maxine tiene clara una cosa: jamás se fijaría en un jugador de hockey. ¡Ya tiene bastante con ser la hija del entrenador de los Victoria Grizzlies!

Pero Theo y Max deberán vivir bajo el mismo techo, separados tan solo por una fina pared.

Un trato entre Theo y el padre de Max para alejar a su hija del vecino camorrista de la casa de al lado.

Un pacto entre Theo y Max: ella lo ayudará a mejorar en el hockey y él a conseguir más libertad.

Y Finn, el vecino conflictivo. Finn, el primer amor de Max. Finn, la persona que le complicó la vida.

Una chica perdida desde hace demasiado tiempo.

Dos chicos completamente opuestos y dispuestos a lo que sea.

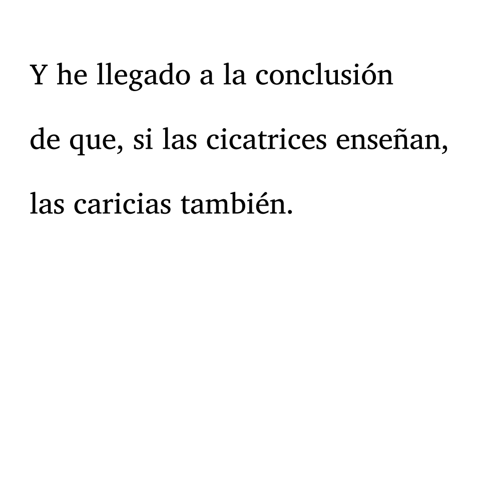
Un beso que lo puede cambiar todo.

¿Y si el amor no fuese exactamente como tú esperabas?

Un beso por error

Loles López

matchstories



Y he llegado a la conclusión

de que, si las cicatrices enseñan,

las caricias también.

MARIO BENEDETTI

El amor es una ilusión, una historia que una construye en su mente, consciente todo el tiempo de que no es verdad, y por eso pone cuidado en no destruir la ilusión.

VIRGINIA WOOLF

La chica del lago

Theo

Respiro el aire limpio, húmedo y fresco de esta pequeña población de Canadá mientras recorro este sendero sinuoso que bordea un lago. Observo con atención todo a mi alrededor, como si quisiera memorizar cada rincón del que se convertirá en mi nuevo hogar a partir de ahora, en mi refugio, en la última posibilidad que tengo para conseguir lo que quiero. Ni siquiera he deshecho las maletas, solo las he metido en el que será mi dormitorio y me he cambiado para salir a rebajar tensiones. Necesitaba desprenderme de esta frustración que me acompaña desde hace demasiado tiempo de la mejor manera que sé: corriendo. El deporte siempre me ha liberado, me ayuda a centrarme cuando siento que todo se descontrola. E incluso, a veces, me ha ayudado a escapar de mis problemas, de todo lo que me rodea, de la realidad...

De esa realidad que me acecha con cada día que se acaba.

Además, es un gusto hacerlo en estas condiciones porque la temperatura es suave, fresca para la última semana de agosto, creo que en el móvil marca 16 ºC, y seguramente bajará a medida que el sol también lo haga.

Acelero el trote al percibir cómo se atenúa la luz solar, pues tampoco quiero que me sorprenda la noche cuando todavía no estoy familiarizado con el entorno. De repente, siento una pequeña y fina gota impactar contra mi cara que me hace levantar la mirada para ver que el cielo se ha cubierto de unas densas nubes negras que me hacen temer que en cualquier momento caerá un buen chaparrón. Es entonces cuando decido dar la vuelta, a pocos metros de un enorme árbol; sin embargo, el sonido de algo cayendo al agua provoca que me desvíe de mi plan para adentrarme hacia donde se encuentra el lago.

Me detengo justo en la orilla, contemplando el ligero movimiento del agua y la soledad que reina en este lugar a esta hora de la tarde. No veo a nadie y es posible que el ruido que he oído se deba a algún animal que se ha tirado al agua. No obstante, cuando doy un paso

hacia un lado para volver al sendero, descubro un pequeño montón de ropa en el suelo y vuelvo a centrar mi atención en el agua. Si hay ropa aquí, eso significa que hay alguien en el lago y puede que necesite ayuda... Y entonces aparece una cabeza en la superficie, a unos cuantos metros de distancia de donde estoy. Es una chica joven, es posible que de mi edad. Su gesto concentrado, sereno, mientras se retira de la cara el largo cabello negro con ambas manos cambia ligeramente cuando sus ojos me encuentran mirándola.

—Ignoraba que tenía espectadores; de haberlo sabido, habría hecho alguna acrobacia acuática para entretenerte —suelta sin vacilar al tiempo que nada un poco, acercándose a donde estoy.

—¿Estás bien? —pregunto para asegurarme de su bienestar, pues me extraña ver a una chica sola nadando en el lago a estas horas y con este tiempo.

—He tenido momentos mejores, pero me imagino que no te refieres a eso —contesta socarrona, mostrándome una amplia sonrisa que endulza sus facciones. No entiendo qué le hace tanta gracia—. No te he visto nunca por el pueblo —añade observándome fijamente, como si conociese a todos los habitantes de este lugar.

—Acabo de llegar... Sabes que está lloviendo, ¿no? —apunto notando cómo la lluvia cae cada vez con más fuerza.

—¿Eres el nuevo chico del tiempo del canal CTV 2? —replica mientras dibuja una pequeña sonrisa condescendiente sin dejar de nadar lentamente por el lago, como si no tuviera frío y le diese igual que las gotas de lluvia comiencen a crear una cortina de agua—. Ya sé que está lloviendo, pero digamos que he cogido el camino rápido: ya que me iba a mojar, lo hago disfrutando.

—¿Cómo te llamas? —le planteo sin pensar.

¡Joder! No pretendía entablar ninguna conversación con nadie y mucho menos con esta chica que me muestra, de nuevo, una sonrisa amplia, como si le divirtiera mucho esta extraña situación. Ella, nadando, y yo, mojándome de pie delante de ella.

—Si intentas hacer un amigo en Langford, has escogido mal a tu primera víctima —responde burlona—. No sabes con quién has ido a parar en tus primeros pasos por el pueblo y, en cuanto te hablen de mí, te arrepentirás de haber sido simpático conmigo.

—No suelo escuchar las habladurías.

—Uy, ¡esto sí que es nuevo! ¿Cuántos años tienes? ¿Cincuenta? —añade con el mismo tono divertido de voz. Parece que todo se lo toma a risa, como si fuera incapaz de hablar en serio—. Los llevas muy bien, pensaba que tendrías más o menos mi edad.

Sé que debería dejarla sola y marcharme por donde he venido, pues la lluvia ya ha empezado a empapar mi camiseta, que comienza a pegarse a mi cuerpo, pero esta chica… Su manera de hablarme tan sincera, sin filtros; su expresión descarada, como si no temiera nada; su mirada franca, como si jamás se escondiera…, todo me impide moverme. Es como si necesitara entender qué hace dentro del lago, sola, en una tarde tan desapacible.

—¿Siempre eres así de directa al hablar? —¡Mierda! ¿Por qué no puedo darme la maldita vuelta y largarme por donde he venido?

—¡Uy! Soy eso y muchas más cosas, pero me estoy conteniendo para no asustarte y que te vayas de este precioso pueblo. Si al final hasta lo voy a echar de menos —comenta y detecto que su mirada se ha empañado de emociones y su sonrisa se ha desvanecido lentamente.

—¿Te vas?

—Sí. En un rato me marcho para siempre de Canadá. Por eso, es absurdo que te diga mi nombre o que tú me digas el tuyo, pues no nos vamos a volver a ver nunca más —suelta de carrerilla—. No eres canadiense —afirma sin un ápice de duda—. Tienes un acento curioso.

—Soy de un pequeño pueblo de Massachusetts —le aclaro y observo cómo se acerca a la orilla para salir del lago. No puedo evitar contemplar sus suaves hombros cuando surgen del agua, sus marcadas clavículas, su pálida piel, sus dulces curvas y… ¡jo-der!

Va con un sujetador deportivo de color blanco y me giro rápidamente poniéndome de espaldas para darle cierta privacidad, ya que me he percatado de que se ha metido en el lago en ropa interior y esta se transparenta tanto que he podido ver sus redondas tetas sin mucho esfuerzo.

—¿Y estáis todavía en el siglo

XIX

? —se mofa y frunzo el ceño al no comprender la razón por la que me suelta eso—. Puedes girarte, tampoco es que vayas a ver nada que no hayas visto antes en cualquier playa, ¿no? ¿O soy demasiado poca

cosa para lo que estás acostumbrado? Te diría, para burlarme de ti, que todas las canadienses somos así, pero no quiero que vuelvas a Massachusetts corriendo. No te preocupes, hay chicas preciosas en este pueblo e incluso alguna es maja, pero te aconsejo que no te dejes llevar solo por la apariencia —añade y, al darme la vuelta, veo cómo termina de ponerse una fina sudadera de color negro que cae por encima de su abdomen, dejando al aire unas largas piernas y el borde de una braguita también negra.

No diría jamás que esta chica es poca cosa… Es cierto que no es tan llamativa como otras que he conocido, ni tiene un rostro deslumbrante que te robe el aliento, pero posee un descaro natural que la hace brillar y unos ojos tan grandes que parece que te absorban en un mar oscuro de misterio. Además, es mucho más alta que la media, creo que puede rondar el metro setenta y cinco, pues prácticamente es igual de alta que yo y, descalzo, alcanzo el metro ochenta.

Aunque… ¿a mí qué más me da todo eso? No he venido a Langford para fijarme en chicas, ni mucho menos para pensar si llama o no la atención precisamente la primera con la que me cruzo. He viajado hasta aquí para conseguir una meta y sé que tengo que apartar cualquier tipo de distracción que me impida alcanzarla.

Y la primera distracción son las chicas.

Niego con la cabeza intentando recuperar mi control, para después observar cómo abre un poco más los ojos, como si estuviese analizando cada uno de mis movimientos.

Su mirada me… desconcierta y…

¡Joder! Me tengo que ir ya, antes de que mi autocontrol se vaya a la mierda delante de ella.

—¿Necesitas que te acompañe a tu casa? —pregunto en un acto reflejo, sintiendo la garganta seca.

¡Hostias! Otra vez me atrapan sus grandes y expresivos ojos de una tonalidad que me recuerda al sirope de arce.

—Lo que yo decía… del siglo

XIX

—farfulla con gracia y me fijo en que sus ojos brillan con guasa—. No hace falta, caballero andante con armadura… de Nike —añade

clavando la vista en el logo de mi camiseta azul, que está ya totalmente adherida a mi cuerpo por culpa de la lluvia, que va aumentando de intensidad mientras hablamos—. Me he traído la bici y puedes marcharte sin problemas porque sé cuidar de mí misma. Además, al final vas a acabar calado hasta los huesos.

—Sí, será lo mejor... Adiós..., chica del lago.

—Del lago Langford, por favor —replica divertida mientras veo que coge los pantalones para ponérselos—. Venga, vete, que no quiero que me culpen de que el chico nuevo coja una pulmonía. Ya tengo bastante con lo que dicen de mí por ahí como para sumarle algo más... ¡Vamos, chico de Massachusetts, largo de aquí! —me apremia con gracia, como si nos conociéramos de siempre.

No puedo evitar sonreír al oír su tono desenfadado mientras me despido de ella con una mano para volver por el sendero que he recorrido antes y comenzar a correr en dirección contraria, a casa de mi tía. Al poco, el sonido de un timbre de bicicleta me hace girarme y veo cómo pasa por mi lado, con una amplia sonrisa, pedaleando rápidamente y alejándose de igual forma. Intento no fijarme en el increíble culo que le hacen esos cortos pantalones azules, algo que no logro porque mis ojos se han desvinculado de mi cerebro y, literalmente, se han quedado anclados a ese trasero respingón.

Trago saliva con dificultad notando que mi cuerpo se ha excitado por culpa de la chica del lago y acelero mis pasos intentando quitarme esta sensación de encima.

Tengo que recordar mi plan.

Necesito que nada ni nadie lo estropee, y mucho menos una deslenguada y misteriosa chica que he encontrado nadando en el lago en una tarde lluviosa.

Una chica que se marchará de aquí en un rato, algo que en otras circunstancias me hubiese molestado, pero que ahora mismo agradezco.

Después de unos eternos minutos corriendo a través de una cortina de agua, al final he aceptado que me he perdido porque no recuerdo haber tardado tanto en mi trayecto hasta el lago. Al rato llego a la calle donde vive mi tía y, al abrir la puerta, procuro por todos los medios no mojar el suelo.

—Ya estoy aquí, tía Julie —anuncio mientras cierro la puerta tras de

mí.

—¡Madre mía, Theo, estás empapado! —exclama ella al verme—. Hace un momento se ha ido Mason, ¿no te has cruzado con él? —me pregunta refiriéndose a su nueva pareja, al que todavía no conozco.

—No he visto a nadie en la calle.

—Me imagino que habrá encontrado a Max y se habrán ido ya… ¡En fin! —dice pesarosa refiriéndose a la hija de este, a la que tampoco he visto… ni veré, porque se va de aquí. Después me echa una mirada de pies a cabeza, y me percato de que sus ojos verdes se abren con horror —. Corre arriba a ducharte, pero antes… ¡quítate las deportivas y llévalas en la mano!

Hago lo que me ha pedido, me meto en la ducha y, sin pretenderlo, la chica del lago se cuela en mis pensamientos sin avisar. Su mirada socarrona, su sonrisa sincera, su largo cabello negro pegado a sus hombros, su atrevida expresión al bromear, sus redondos pechos, sus pezones endurecidos por el frío, su increíble culo… y cierro con fuerza los ojos, deteniendo de golpe esas imágenes que se amontonan en mi mente mientras apoyo ambas manos en los azulejos.

No puedo dejar que nada ni nadie me desvíen de lo que quiero.

Ni la chica del lago.

Ni ninguna otra chica.

Solo dispongo de dos años para conseguir lo que me he propuesto y lo voy a lograr, pase lo que pase, aunque tenga que mantenerme al margen de todos.

Siempre has sido tú

Finn

Me quito las deportivas en la entrada sacándomelas con los pies y me llegan las voces de mis hermanas gemelas, que alborotan la casa. Dejo escapar el aire por los labios intentando armarme de paciencia, aunque últimamente escasea en mí y todo me molesta o me viene mal.

—Mamá, dile a Lexie que tiene que ponerse su ropa y no la mía —suelta Laila levantando su naricilla con arrogancia mientras entro en la cocina, donde se encuentran las tres batallando sin descanso.

—¿Cómo sabes que era tu ropa y no la de ella? —pregunta con dulzura mi madre mientras corta hortalizas en la tabla de madera y oigo a mi hermana argumentar detalladamente sus razones. Sin embargo, solo me puedo fijar en el rostro agotado de mamá, que se ilumina cuando se da cuenta de que acabo de llegar—. Ay, ya estás aquí —susurra con alivio—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—Bien. Como siempre —miento sin dudar al tiempo que separo a las gemelas, que han empezado a pelearse por esa estúpida disputa a la que no encuentro sentido porque... ¡ambas tienen la misma ropa!—. Ya está bien. ¿Habéis hecho los deberes?

—Sí, Finn —murmura Lexie echándome una mirada rencorosa—. ¿Y tú has dejado de besar a tu nueva novia? —añade mientras pone morritos y bizquea, como si estuviese imitando la cara que se pone cuando uno besa.

—¿Qué novia? —indaga mi madre abriendo los ojos con curiosidad.

—No tengo ninguna novia —afirmo rápidamente mientras observo cómo mis hermanas pequeñas, de tan solo seis años, comienzan a aliarse entre murmullos.

—¡Finn tiene novia! —canturrean las dos a la vez, olvidándose por un instante de su pelea, y mi madre me mira con cariño frenando una sonrisa.

—¿Y papá? —le pregunto obviando a estos dos monstruitos que me han tocado como hermanas, que siguen cantando cada vez más alto esa dichosa frase.

—Trabajando —responde con un suspiro de resignación, sin dejar de preparar la cena—. Últimamente tiene mucho lío en la oficina.

—Ya... —mascullo y siento cómo me falta el aire, cómo todo comienza a estrecharse en torno a mí. Joder, joder, joder... Tengo que salir de aquí antes de que mi madre se dé cuenta de que me pasa algo—. ¿Necesitas que te ayude? Quiero darme una ducha antes de cenar, porque no me ha dado tiempo de hacerlo cuando he acabado de entrenar. —Vuelvo a mentir, porque lo único que quiero es largarme, y mi madre me mira rápidamente para después centrar la vista en los tomates que está cortando.

—Esta noche les toca ayudarme a preparar la mesa a Lexie y a Laila. Puedes subir sin problemas, Finn —indica, y las susodichas paran automáticamente de cantar al oír a mi madre para empezar a protestar porque sean ellas las que tienen que hacer esa tarea y no yo.

Salgo de la cocina sin dejar de oír sus estridentes voces, sus excusas y la paciente voz de mamá procurando razonar con ellas. Subo hasta mi dormitorio sabiendo que, en el fondo, echaré de menos este jaleo cuando me marche a la universidad la semana que viene, alejándome de mi casa por primera vez. Abro la puerta justo en el momento en el que me llega la voz de mi madre pidiéndoles, de esa manera tan suya que mezcla la autoridad con la dulzura, que dejen de hablar y pongan la mesa, y sonrío mientras entro.

—¡Joder! —farfullo en cuanto la veo sentada en mi cama, con la capucha de la sudadera negra tapando su largo cabello oscuro mojado, sus grandes ojos entornados y esa sonrisa que esconde al tenerme delante—. ¿Qué hostias haces aquí, Max?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Finn... —balbucea mientras se mordisquea el labio inferior y vuelvo a expulsar con furia el aire entre mis labios, intentando frenar la necesidad de echarla de mi dormitorio.

—¿Mi madre o mis hermanas saben que estás aquí? —inquiero bajando la voz para que estas no me oigan al tiempo que me aseguro de cerrar bien la puerta de mi cuarto para que no nos pillen hablando.

Lo último que me faltaría sería que encontraran a Max en mi habitación.

—No... He entrado por la ventana —dice mientras la señala—. Yo... —balbucea y desvía su mirada hacia su regazo. Esa acción me extraña porque nunca he visto a Max dudando de algo—. Te vas a Toronto dentro de unos días a estudiar y yo... No sé si lo sabes —añade rápidamente mientras se levanta de la cama y comienza a pasearse nerviosa por mi dormitorio—, pero me voy en un rato a Seattle y no creo que vuelva nunca más a Langford.

—Me lo comentó mi madre el otro día.

—Ah —murmura para luego morderse el labio inferior—. ¿Lo sabías antes de...?

—¡No! —la interrumpo, porque no quiero ni oír esas palabras que hacen más real lo que sucedió hace unos días.

Eso que lleva persiguiéndome desde entonces y que me provoca rabia, náuseas y ganas de liarme a hostias con todo y con todos.

—Ah... —musita bajando la mirada de nuevo hacia el suelo, para después mover ligeramente los pies, como si estuviese pateando alguna piedra invisible.

—Max, no es buena idea que estés aquí.

—No quiero que pienses que me voy porque tú te marchas —suelta casi a la vez y dudo un instante de que me haya oído.

—¿Por qué debería pensar eso? —inquiero, y capto cómo arruga levemente el ceño, para después alternar el peso de una pierna a otra.

—¿De verdad vas a hacer que lo diga? —me plantea con dulzura y temo haber formulado esa dichosa pregunta—. Pensaba que era demasiado obvio como para tener que darte explicaciones y que, las pocas dudas que pudieras tener, se habrían disipado cuando...

—Max, no sigas —le pido dando un paso hacia ella, e inconscientemente aprieto los puños, como si necesitara defenderme de lo que sé que me va a decir.

Joder, debería haberla echado de mi habitación nada más verla sentada en mi cama...

Max me va a meter en más problemas de los que ya estoy metido.

—Nunca he sentido nada parecido a lo que siento por ti…

Lo que me faltaba para redondear una semana de mierda: ¡la declaración de amor de mi vecina!

—No puedes estar hablando en serio… ¡Eres una cría! —exclamo con rabia para que entienda que es imposible lo que ella quiere. Incluso el hecho de que esté aquí en mi dormitorio me traería problemas, tantos que echarla a empujones se está convirtiendo en la solución más sencilla—. Solo tienes dieciséis años, Max, y yo, dieciocho.

—Pero… ¡¡nos besamos!! ¡Y no siempre tendré dieciséis!

—¡Solo fue un estúpido beso provocado por el maldito alcohol o la adrenalina del jodido momento que vivimos! —bramo con los dientes apretados.

—No fue un estúpido beso, fue… perfecto —susurra con tristeza para después suspirar con angustia—. Aunque eso ahora ya da igual porque ya no nos volveremos a ver más. Yo… solo he venido para decirte que siempre has sido tú, Finn. Siempre tú.

—¡¡¡Finn!!! —oigo cómo me llaman mis hermanas desde la planta de abajo y no puedo evitar poner los ojos en blanco. ¡Me voy a volver loco, hostias! Entre las gemelas y ahora mi vecina, voy a acabar odiando mi propia existencia—. ¡¡¡A cenar!!!

—¡¡Ya voy!! —les respondo en el mismo tono para ver cómo Max se encoge de hombros mientras introduce las manos en el bolsillo delantero de su sudadera.

—¿Puedo pedirte una última cosa antes de marcharme? —me pregunta con ternura y timidez.

—Depende de lo que sea —farfullo cansado de esta conversación, de mis pensamientos e incluso del aire que respiro.

—No nos vamos a volver a ver nunca más… —me recuerda como si así quisiera asegurarse de que vaya a aceptar cualquier despropósito que se le haya pasado por la cabeza—… y quiero llevarme como recuerdo un último beso de despedida.

—¿Es que no me has oído decirte que eres una maldita cría de dieciséis años? —mascullo controlando mi tono de voz para no alertar

a las curiosas de mis hermanas, pues, cuando les interesa, tienen un oído muy fino.

—¿Y tú no me has oído cuando te he dicho que no siempre lo seré? —replica con garra y niego con la cabeza procurando dominar mi genio.

—No voy a volver a besarte, Max —sentencio lentamente para que no tenga dudas de mi decisión—. Ese momento jamás tendría que haber existido.

—Claro, por eso has estado esquivándome todos estos días. No te gustó y...

—Exacto. Todavía no entiendo qué puto clavo de mi jodida mente se me torció para acabar besándote —gruño interrumpiéndola mientras doy un paso hasta ella para que entienda lo en serio que voy a hablar—. ¡Porque jamás podría estar contigo, Max! —concluyo harto de todo.

—Por supuesto —murmura y sus ojos se empañan con lágrimas que controla para que no se desborden—. Qué tonta he sido al no darme cuenta de que es imposible que esté a tu altura. Da igual lo mucho que lo haya intentado, da igual todo lo que he hecho por ti. Tú nunca te fijarás en mí, nunca sentirás lo que yo siento por ti —añade con un tono de voz débil y apático.

—Espero que te vaya muy bien en Estados Unidos.

Tiene que marcharse y eliminar de su mente lo que pasó aquella noche. Y, sobre todo, lo que no debió suceder después.

—Yo también lo espero —susurra con tristeza—. Estudia mucho y consigue acabar la carrera. Sé que lo lograrás y te convertirás en lo que siempre has soñado. Adiós, Finn.

Tras un profundo suspiro, se gira hacia la ventana, me mira una última vez, como si quisiera llevarse un recuerdo de este jodido momento, y comienza a bajar por la celosía de la fachada. Cierro la ventana sin mirar si Max alcanza el suelo y me llevo las manos a la cara intentando borrar de mi ser este malestar que me impide respirar bien.

Porque verla me hace recordar lo que pasó, lo que descubrí, pero también lo que hice.

Joder.

Soy una puta basura.

¡Hostias!

Menos mal que me iré de Langford dentro de poco y así podré alejarme de todos mis condenados problemas y mis malas decisiones, poniendo kilómetros de por medio.

Quiero irme lo más lejos posible y no volver nunca más.

—¡¡¡Finn!!! —vuelvo a oír las estridentes voces de mis hermanas.

—¡¡¡Ya voy, joder!!! —grito cabreado, pero no con ellas, sino conmigo.

—Mamá, Finn ha dicho una palabrota —oigo cómo las dos se chivan a mi madre de este desliz.

Solo unos días y podré ser libre.

La promesa

U

N AÑO DESPUÉS

Maxine

Abro los ojos y, al mirar a mi alrededor, resoplo al comprobar que no ha sido un mal sueño y que lo que pasó ayer fue real.

Estoy de nuevo en mi dormitorio.

En casa de mi padre.

En Canadá...

Miro la hora y maldigo mientras me froto la cara, agotada. Es demasiado pronto para estar despierta, sobre todo cuando anoche llegué tardísimo y me costó muchísimo quedarme dormida en mi antigua cama.

Me levanto después de unos minutos mirando el techo, sin ganas de nada, pero mucho menos de volver a quedarme frita. Me dirijo al armario para sacar un chándal que dejé aquí y así no tener que hacer ruido al abrir la maleta que me traje. Cuando he terminado de vestirme, salgo de mi habitación de puntillas, con las deportivas en la mano, procurando no despertar a nadie que me obligue a conversar. Ahora mismo no me apetece nada y mucho menos tener que fingir que estoy contenta por volver.

Me dirijo a la cocina, donde salta a la vista la presencia de Julie incluso en esta estancia: flores frescas en un jarrón cerca de la ventana, trapos de colores alegres perfectamente doblados e incluso una vajilla nueva de un amarillo muy brillante.

Después de cinco minutos rebuscando por la despensa y la nevera, cojo un panqueque al que le pongo un buen chorro de sirope de arce y

me lo empiezo a comer mientras me encamino hacia la puerta de la calle. Me pongo las zapatillas, cojo las llaves del bol de la entrada y salgo sin hacer el menor ruido.

El húmedo amanecer me recibe haciéndome sonreír y provocando que respire profundamente, llenando mis pulmones de este aire tan limpio. Camino hacia el lago mientras me voy terminando el delicioso dulce pensando en hacer algún día unos caseros con la receta de mi abuela.

El cielo está teñido con los primeros rayos de la mañana; el silencio, solo roto por el canto de las aves más madrugadoras, y destaca el olor característico de este precioso pueblo: a naturaleza, al rocío de la noche, a libertad, pero también a volver al punto de partida…

No puedo evitar dejar escapar un suspiro cuando tengo delante de mí el sendero que me llevará a la orilla del lago Langford. Me detengo sintiendo cómo me martillea el corazón en el pecho y saco el móvil para entrar en el chat y accionar el icono del micro para dejar un mensaje de voz.

—Abuela —susurro y me percato de que se me ha roto la voz al nombrarla—, ya estoy en casa y me quedan solo unos pasos para ver el lago. Sé que te hice la promesa de intentar darle otra oportunidad a papá, pero tengo la sensación de que sobro. Él ya ha rehecho su vida con Julie, se lo ve feliz y… —Se me quiebra la voz, algo que desecho moviendo la cabeza enérgicamente—. ¡Nada de pensamientos negativos, lo sé! —exclamo como si la tuviese delante mirándome de esa manera en la que no hace falta que abra la boca para que yo sepa lo que piensa—. Cuánto me gustaría estar ahí contigo, preparar juntas el desayuno, conversar sobre la vida y reírnos de todo y por nada. Te echo de menos.

Reprimo un sollozo sin dejar de mirar la pantalla del teléfono. De repente veo que está en línea, espero con paciencia para que escuche mi audio y observo cómo la aplicación de mensajería me avisa de que está escribiendo. No puedo evitar sonreír porque sé que tardará más de la cuenta en enviarme un mensaje de texto, pero no me importa. Como tampoco me importa posponer las vistas al lago con tal de leer lo que me quiere decir, aunque sean simplemente dos palabras, aunque sea un emoji… Con mi abuela todo puede ser.

Cuando te sientas sola, escucha nuestra canción y recuerda todo lo que hemos hablado. Ya sabes que, para seguir adelante, hay que

comprender y hacer las paces con el pasado.

Te quiero, tesoro mío, ahora y siempre.

Alzo la mirada al cielo haciendo un esfuerzo por controlar las lágrimas. Sé que a mi abuela no le gustaría que llorase. Hemos tenido tantas conversaciones sobre este tema, he llorado tanto entre sus brazos mientras me acariciaba la espalda con mimo, que es absurdo volver a hablar de ello, por eso hago lo que me ha sugerido. Busco nuestra canción, esa que escuché por primera vez el verano que cumplí trece años, cuando todo empezó a venirse abajo. Me pongo los auriculares, subo el volumen y las míticas voces de Marvin Gaye y Tammi Terrell me hacen sonreír cuando empiezan a entonar las primeras estrofas de la famosa canción: Ain’t no mountain high enough.

Esta canción debería recetarla el médico cuando estás de bajón, porque es escucharla y sentir cómo la positividad y el buen rollo comienzan a recorrer todo mi cuerpo. Además, desde que mi abuela me la descubrió, he recurrido a ella para subir mi ánimo en bastantes ocasiones, pero ahora mucho más porque es un recuerdo latente del año que he pasado con ella en Seattle.

De todo lo que he aprendido con ella.

De todo lo que he vivido a su lado.

De cada abrazo, de cada carcajada e incluso de cada anécdota que me contaba con su voz serena y pausada.

Vuelvo a caminar hacia el lago empezando a entonar para mí cada frase, sintiendo cómo penetra bajo mi piel su mensaje y cómo el malestar que tenía nada más despertar empieza a disiparse. Bailo, giro sobre mí misma, alzo la mirada al cielo, cierro los ojos, contoneo las caderas mientras susurro esa frase que siempre me recalcaba mi abuela mirándome fijamente con sus cristalinos ojos azules cuando cantábamos juntas: «Siempre podrás contar conmigo».

¡¡Se me pone la piel de gallina!!

Me vengo arriba y siento que estoy protagonizando un musical de Broadway. Gesticulo en exceso y bailo sabiendo que no hay nadie que

me pueda ver haciendo el ridículo más extremo, aunque, si lo hubiese… tampoco me detendría. Tener esa certeza me hace reír sin dejar de moverme hasta acabar cantando a gritos el estribillo. De repente tropiezo con algo de espaldas y percibo que unas manos fuertes me cogen de los brazos, pero, en vez de detener mi caída debida al choque, mi cuerpo se inclina hacia atrás, cayendo sin remedio… hasta que me encuentro sumergida en las frías aguas del lago… con alguien. Emerjo rápidamente para girarme hacia esa persona que me ha lanzado al agua sin compasión y frunzo el ceño cuando me encuentro con un chico con la respiración agitada que me mira de malas maneras.

—Pero ¿de qué vas? —le espeto enfrentándome a sus ojos oscuros, en los que advierto un destello de ira.

—¿Yo? —suelta con rabia mientras aprieta los dientes, como si quisiera frenar así su carácter—. ¡¡Eres tú quien iba caminando a lo loco sin mirar y me has empujado al lago!!

—¿Y tenías que arrastrarme contigo? —añado alzando la voz.

—¡Quería estabilizarme y no acabar… en el agua, maldita sea! —masculla taladrándome con los ojos, reflejando lo cabreado que está.

—Iba distraída y no te he visto. Además, ¿a quién se le ocurre quedarse parado al borde del lago? —replico mientras veo cómo este comienza a acercarse a la orilla para salir del agua, algo que imito porque… si de normal el lago está helado, a primeras horas de la mañana su temperatura roza la de la congelación.

Brrrr…

—Joder, ¡claro que sí! Encima tendré yo la culpa —murmura mientras da un paso y sus deportivas hacen un sonido desagradable que me hace sonreír.

Sin embargo, la sonrisa me dura poco, porque nada más salir del agua el viento gélido me hace encogerme.

Pero… ¡qué fríooo!

—Obviooo, pero mira lo maja que soy que no te lo voy a tener en cuenta —suelto tiritando, y este me echa una mirada maliciosa que, la verdad, no me importa lo más mínimo—. Mierda, ¡el móvil! —exclamo al recordar que lo llevaba encima mientras rebusco en mi pantalón el dispositivo y doy gracias a que mi padre se encabezonó en

comprarme uno resistente al agua.

¡Lo que me faltaba era estropear el móvil nada más llegar a Langford!

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo empapado de mi pantalón y me percato de que este chico me está contemplando persistentemente, demasiado diría yo... Me fijo en que es alto, puede rondar el metro ochenta sin problemas. Su ropa de deporte se pega a su atlético cuerpo y el cabello oscuro lo tiene echado hacia atrás, despejando sus rasgos. Me doy cuenta de que tiene una pequeña cicatriz cerca del labio inferior, en forma de media luna con las puntas hacia arriba, supongo que producida por alguna caída en su niñez. Sin embargo, tengo que dejar de observarlo con detenimiento porque sigue mirándome con tanta seriedad que no sé muy bien qué pensar.

A ver si tengo alguna hoja enganchada al pelo y por eso me examina de esa manera.

Me llevo la mano a la cabeza sin ningún disimulo y compruebo que no tengo nada raro encima. A lo mejor él también ha visto la cicatriz que tengo cerca de mi ceja derecha, esa que me hice con diez años...

En este momento, deshace el contacto visual conmigo para echarse una rápida mirada que le confirma que está empapado de la cabeza a los pies y aprieta la mandíbula intentando frenar su creciente cabreo. Resopla al tiempo que se quita la camiseta de manga corta roja de un único movimiento y solo con una de sus manos, de una forma que jamás he visto hacer antes: de lado, tan rápido que podría presentarse para ganar un premio Guinness. Procuro no mirar su torso, pero es algo bastante complicado cuando lo tengo delante de las narices. Se me seca la garganta al percibir los montículos de sus abdominales, cómo unos suaves oblicuos se pierden en el elástico de su pantalón, dándome la pista de que a este chico le gusta mucho el deporte.

Además... no está nada mal.

¡Qué narices! El chico está buenorro de más.

Guapo, alto, cuerpazo...

Y estamos él y yo solos en este lago alejados de todos. ¡Mierda! Si es que parece que la mala suerte me persigue.

—Si crees que voy a seguir tu ejemplo, vas apañado —mascullo sin pensar y me vuelve a echar otra mirada envenenada que contraataco con una sonrisa insolente.

—Te puedo asegurar que ahora mismo no quiero tenerte delante y mucho menos ver cómo te quitas… la ropa —me rebate desdeñoso y me centro en el extraño acento que tiene su voz. No parece que sea canadiense—. Gracias por arruinar mi mañana —añade arrogante antes de que le pregunte de dónde es.

—Gracias a ti, hombre. Lo que más deseaba al volver a casa era acabar empapada de buena mañana —replico con ironía; sin embargo, él no hace el amago de reírse y mucho menos de contestarme, sino que, más bien, vuelve a deleitarme con una de sus miradas de perdonavidas.

Ufff… ¡¡Que yo también he acabado calada de arriba abajo!!

Entonces veo cómo se gira y se aleja del lago sin decir ni una sola palabra más, pero dejando un reguero de agua a cada paso que da y regalándome, de ese modo, una panorámica de su ancha y atlética espalda.

Va-le…

Me encojo de hombros y alzo la mirada para concentrarme en otras vistas mucho más inspiradoras, dejando de lado este extraño momento con ese chico que no había visto antes por el pueblo. Estoy chorreando y sé que, si tardo mucho, cogeré una pulmonía, pero he venido hasta aquí con un propósito y, aunque no esté saliendo como quería, lo llevaré a cabo.

—Otra vez estoy aquí —susurro observando las calmadas aguas del lago, como si este pudiera responderme o escucharme…, como si necesitase decirlo en voz alta para aceptar que he regresado al punto de partida después de un año; al lugar al que pensé que no volvería jamás, acabando como aquella última tarde en Langford: sumergiéndome en sus gélidas aguas, pero esta vez para darme la bienvenida y no por iniciativa propia…

Una bomba a punto de estallar

Maxine

No he podido ducharme nada más llegar del lago porque el cuarto de baño estaba ocupado por el nuevo habitante de esta casa: el sobrino de Julie, con el que me tocará convivir a partir de ahora. Y, por lo poco que he oído hablar de él, resulta que es un claro ejemplo de todo lo que hay que hacer y ser. Un referente para mí, cómo no. Me imagino, que, a don perfecto, le habrán entrado unas ganas imperiosas de ducharse cuando más lo necesitaba yo. Por eso, solo me he podido cambiar de ropa y he vuelto a bajar para dirigirme a la cocina, donde encuentro a mi padre delante de la tostadora.

—¿A dónde has ido? —me pregunta con rotundidad y sin mirarme mientras el aroma a café comienza a llenar toda la estancia.

Mi padre sigue físicamente… igual. Es muy alto, mide más de metro noventa, y es corpulento. Su cabello, castaño claro, lo lleva con un corte clásico y en él solo se ven un par de canas, nada más. Su rostro cuadrado, su nariz prominente y esa mandíbula poderosa crean el cóctel perfecto para ser temido por todos, incluso por los jugadores que entrena y, cómo no, por una servidora.

—A dar una vuelta. ¿Y Julie?

—Se está duchando, ahora bajará —responde—. ¿Has desayunado?

—Solo un panqueque.

Mi padre me señala la silla que bordea una pequeña mesa de madera pegada al ventanal que da al jardín y me siento después de servirme una taza de café caliente. ¡Estoy congelada!

—A partir de mañana, después de clase, me ayudarás en los entrenamientos —dice de espaldas a mí.

—¡¿Quééé?! —suelto ofendida, y mi padre se gira con el plato de las tostadas en la mano, echándome una mirada tan fría que reprimo un

lamento y la correspondiente réplica a esa orden.

Y puedo ser muy imaginativa con mis argumentos, pero esta vez me toca tragármelos uno a uno, por culpa de la promesa que le hice a mi abuela. Me temo que volver a casa no va a ser tan sencillo como ella pensaba que sería.

—Después de desayunar, busca tus patines en el garaje. Los vas a necesitar a partir de mañana, porque no me va a servir ninguna excusa, Max. Vendrás conmigo todas las tardes, incluidas aquellas en las que el equipo tenga partido y sin importar que no jueguen en casa —sentencia con dureza, obviando por completo la poca gracia que me hace esa tarea impuesta y añadiendo más aliciente para que mis ánimos se hundan todavía más.

Pero ¿qué esperaba? ¿Un recibimiento por todo lo alto después del año que le hice pasar? Por eso agacho la mirada mientras me muerdo la lengua y mi padre pone delante de mí el plato con las tostadas, para después seguir preparando el desayuno en silencio. Cojo una tostada y la pongo en mi plato mirándolo de reojo, fijándome en su pose relajada, su rostro sin rastro de esas visibles ojeras que había pensado que formaban parte de él, y reprimo un suspiro.

Mi padre y yo nunca hemos tenido una estrecha relación, nunca me he sentido libre de poder expresar lo que se me pasa por la cabeza cuando él está delante. Es como si su presencia, su manera de ser, frenara mi capacidad de soltarme, de sincerarme, de hablar...

¡Y anda que no soy parlanchina! Pero con él nunca he podido.

—Buenos días —oigo su delicada y fina voz y al levantar la vista de mi desayuno medio mordisqueado veo a Julie entrar en la cocina mirándome con una amplia sonrisa.

Ella es... maja. La verdad es que no puedo decir nada malo de la novia de mi padre. Es dulce, inteligente, simpática y, por lo que se ve, lo hace muy feliz. Físicamente es tan opuesta a lo que pensaba que atraía a mi padre que, cuando me enteré de que estaban saliendo juntos, no lo entendí. No es que Julie no sea atractiva, ¡es que mi madre y ella son tan diferentes como una jirafa y un pez raya! Ella es menuda, rondará el metro sesenta o incluso menos, cabello rojizo apagado y rizado, ojos de un verde pálido que esconde detrás de unas gafas de pasta negra y el rostro ovalado tan pálido que se ve sin impedimento la multitud de pecas que salpican su piel. Físicamente es... muy normal, demasiado diría yo. Mi madre tiene altura y cuerpo de

modelo de Victoria's Secret, tan rubia y con el pelo tan sedoso que no entiendo cómo no la fichó la famosa marca de ropa interior. Pero, como me dijo mi abuela, el verdadero amor no se ve con los ojos, sino que se siente bajo la piel, y yo, ante eso, poco puedo decir.

—Buenos días —le respondo y su sonrisa se amplía incluso más al oír cómo le he devuelto el saludo—. Eh... ¿Cómo estás, Julie?

—Bien —titubea y rápidamente mira a mi padre, como si estuviese sorprendida de que le haya formulado una pregunta, para después volver a posar sus ojos en mí—. Muy bien. Y tú, Max, estás preciosa... —señala mientras se sienta delante de mí sin dejar de esbozar esa tierna sonrisa que le forma unas arruguitas alrededor de los ojos—. Te ha sentado muy bien cambiar de aires.

—Sí —suspiro, y observo cómo mi padre se sienta al lado de su novia mientras posa sobre la mesa dos boles de fruta cortada—. Lo necesitaba.

—Me alegro —comenta sonriente y capto que mira de reojo a mi padre mientras coge su taza de café, para después volver a centrar su atención en mí, que sigo comiendo lentamente la tostada—. ¿Te ha dicho tu padre que mi sobrino está viviendo con nosotros?

—Sí.

—¿Y ya os habéis conocido?

—No —susurro encogiéndome de hombros. El caso es que anoche, cuando llegamos, todos estaban durmiendo y hoy me he levantado demasiado temprano como para ver a nadie.

—¿Dónde está? —le plantea mi padre, y Julie alza los ojos al techo mientras niega con la cabeza.

—Ahora bajará. Ya sabes que lleva un estricto horario de entrenamiento. Creo que esta mañana se ha despertado muy temprano y se ha ido a correr antes incluso de que amaneciese.

—Sabe que, para ser el mejor, tiene que esforzarse más que nadie y, si sigue así, llegará muy lejos —murmura mi padre con orgullo cogiendo un poco de fruta para después mirarme fijamente mientras la mastica.

Supongo que me querrá decir con esa mirada lo poco orgulloso que está de mí.

—Pero es joven... Debería divertirse un poco más —apunta Julie negando con la cabeza.

—Para eso siempre hay tiempo, cielo —replica él sonriente, y no puedo evitar fruncir el ceño porque jamás había oído a mi padre utilizar un apelativo cariñoso con nadie. ¡Ni siquiera con mi madre! No sé si él también se ha dado cuenta, pues vuelve a mirarme de manera analítica, como si estuviese esperando cualquier tipo de reacción extraña en mí.

A veces pienso que mi padre me ve como una bomba a punto de estallar y que cree que tiene que estar alerta para salvar a todos los que hay a mi alrededor, menos a mí...

—Por eso mismo —añade Julie, que no da su brazo a torcer—. Está bien que se esfuerce en ser el mejor, pero... ¿no podría invertir un rato a la semana en divertirse? Este verano se lo ha pasado entrenando, yendo al campus de verano de hockey y poco más. Habrá salido dos días en casi tres meses de vacaciones. Opino que se lo está tomando todo demasiado en serio y me da pena que desperdicie esta edad tan bonita con tanto entrenamiento. ¿A que tengo razón, Max? —me pregunta con una amplia sonrisa.

—Eh... Sí, claro —contesto y veo cómo Julie alza la naricilla en dirección a mi padre, como si hubiese ganado esta pequeña batalla.

Él sonríe mientras niega con la cabeza y luego vuelve a centrar su atención en mí.

—Ayer vi a Naisha —me dice, cambiando de tema—. Le comenté que iba a recogerte y se sorprendió. ¿Por qué no le dijiste a tu amiga que ibas a volver? —indaga, y me encojo de hombros bajando la mirada a mi tostada eterna. Es como si se me hubiese quitado el hambre de repente—. Me preguntó si podía venir a verte esta mañana y le dije que sí. Por lo tanto, Max, deja de jugar con la tostada y desayuna antes de que aparezca tu amiga. Seguro que tenéis que poneros al día después de un año sin veros.

Dejo la tostada medio mordisqueada en el plato mientras mi padre le pregunta a Julie sobre el nuevo curso que empezará mañana, pues ella es profesora del colegio de enseñanza elemental David Cameron. No puedo evitar darme cuenta de lo bien que se complementan, de cómo él sonríe cada vez que la mira, de cómo ella lo mira como si fuera el único hombre sobre la faz de la Tierra, de cómo él conversa con tranquilidad, como si no le costase hablar con nadie, y... ese hecho me

hace sentir una presión en el pecho que me impide incluso respirar y, además, me hace sentir incómoda en mi propia casa. Tanto, que me obligo a terminarme el café, le doy un último gran mordisco a la tostada y me levanto de la mesa atrayendo la mirada de ambos. Sin embargo, ninguno me dice nada y dejo el plato vacío y la taza dentro del fregadero, donde me quedo unos segundos sin saber qué hacer.

Y mucho menos qué decir para largarme de aquí.

Parece que mi amiga me ha visto desde la calle pasándolo mal, porque el timbre retumba en la casa provocando que me sobresalte, para después expulsar con alivio el aire que tenía retenido. Salgo de la cocina rápidamente hacia la puerta de la calle y al abrirla aparece el rostro alargado de Naisha, que se ilumina nada más tenerme delante.

—¡¡Max!! —exclama abriendo tanto los ojos que puedo distinguir sin problemas el tono oscuro de sus iris.

—Isha —susurro llamándola con el diminutivo que me inventé al poco de conocerla, sintiendo un nudo en la garganta que impide que la voz me salga normal, y nos damos un fuerte abrazo que me sabe a gloria.

¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora de lo mucho que la había echado de menos? ¿Cómo es posible que haya aguantado un año entero sin saber nada de ella? Ahora mismo me siento tan tonta y tan mala amiga que no sé cómo voy a poder mirarla a los ojos.

—Tía... —dice separándose de mí un poco y alzando la cara para mirarme fijamente sin poder acabar la frase, aunque su rostro me da la pista de que algo ha captado en mí y lo va a soltar sin más.

—¡Estás guapísima! —la interrumpo antes de que diga algo que pueda alertar todavía más a mi padre, quien me temo que está pendiente desde la cocina de nuestra conversación—. Vamos al garaje, tengo que buscar una cosa.

Me pongo las deportivas y luego la cojo de la mano para salir de la casa y escapar así de la presión de tener a mi padre y a su novia a escasos pasos de donde estamos.

—Yo... —titubea mientras abro la puerta del garaje, situado en el lateral izquierdo de la vivienda—. Sé que nos enfadamos antes de que te fueras, que te dije ciertas cosas y...

—Isha —la corto mientras le cojo ambas manos para que me mire a

los ojos y se dé cuenta de lo en serio que voy a hablar—. Todo lo que me dijiste me lo merecía. Me porté como una imbécil, como una egoísta, y solo espero que me perdones. Yo... me equivoqué. Pensé... Ya sabes que no pensé nada y me dejé llevar por este loco impulso que provoca que haga estupideces día sí, día también. Pero te aseguro que he estado todo este tiempo arrepintiéndome de las últimas semanas que pasé aquí enfadada contigo.

—Entonces..., ¿por qué no intentaste hablar conmigo cuando estabas en Seattle? —me plantea Naisha y reprimo un suspiro mientras agacho la mirada al suelo—. Incluso te envíe un mensaje para saber si estabas bien y lo dejaste en visto...

—Porque no sabía cómo decirte que la cagué. Estaba tan avergonzada de cómo me porté contigo, y con todo el mundo, que no sabía por dónde empezar y, a medida que avanzaba el tiempo, me costaba aún más... Además... creía que ya no regresaría más a Canadá, que no te volvería a ver...

—Yo también pensé que no te volvería a ver y, cuando ayer me comentó tu padre que iba a recogerte porque regresabas a casa... me alegré de poder tener una oportunidad para hablar contigo e intentar solucionar las cosas.

—Por mi parte está todo olvidado y, si tú quieres, podemos volver a ser las de antes. Si no... la verdad es que lo entendería. Me porté como una mala amiga, me porté como la mayor cabrona de la historia y, sinceramente, no merezco que me des otra oportunidad.

—¡Eres mi mejor amiga! —exclama mientras gesticula con las dos manos—. Lo que ocurrió está más que perdonado, Max... Todos tenemos malos momentos y creo que no supe ayudarte —susurra con ternura y no puedo evitar sentir cómo se me agolpan las lágrimas en los ojos. Isha es la mejor amiga que jamás podré tener y me siento tan afortunada de tenerla en mi vida que no sé qué he hecho para merecerla—. ¿Qué ha pasado para que hayas vuelto?

—Mi abuela quería que lo hiciera y anda que no es tozuda cuando se le mete algo entre ceja y ceja —resoplo con frustración y me doy la vuelta para buscar los patines de cuchillas por las estanterías de obra que cubren la pared más larga del garaje.

—¿Por qué? ¿No estabas bien allí?

—Estaba mejor que bien. Este año con ella ha sido... lo que necesitaba —confieso sintiendo cómo se me expande el pecho con alivio, porque

así ha sido—. Gracias a ella he comprendido muchísimas cosas, y también me he ido conociendo un poquito más cada día y he aprendido a aceptarme tal y como soy, con mis cosas buenas y también las menos buenas, pero aprendiendo a quererme y a respetarme… Pero mi abuela pensaba que debía darle una oportunidad a mi padre, aceptar que él ha rehecho su vida y demostrarle que ya no soy la misma que se marchó de aquí. Quería que volviésemos a ser una familia y me hizo prometerle que lo intentaría por todos los medios —comento sin dejar de mirar por las estanterías, intentando que note que no me apetece ahondar en el tema, pues… todavía no lo tengo del todo asimilado y… como hable más… me veo llorando toda la semana sin parar porque no me quería ir de Seattle.

No quería volver.

No quería separarme de mi abuela.

No quería vivir con mi padre.

Pero aquí estoy.

Un punto débil

Maxine

—Tu abuela es una mujer increíble.

—Sí que lo es —suspiro con melancolía porque la echo muchísimo de menos—. Además de ser una embaucadora de primera. No sé cómo lo ha hecho para que al final aceptara regresar —rezongo mostrando una sonrisita sin dejar de buscar los escurridizos patines por el garaje.

—Dale las gracias de mi parte cuando hables con ella.

—Lo haré. —Le guiño un ojo mientras le muestro una sonrisa un poco más convincente.

—Me encanta que te hayas cambiado el color del pelo —dice cambiando de tema y sonrío, pues Isha sigue conociéndome lo suficiente como para saber cuándo no me apetece seguir hablando de algo—. La verdad es que ese tono negro que te pusiste cuando estabas aquí te hacía más mayor y más malota. Además, siempre me ha gustado cómo te queda tu tono natural.

—Sí —susurro con una diminuta sonrisa—. No sabes lo mucho que me arrepiento de haber intentado ser alguien que no soy, de comportarme de esa manera tan alejada a mí. Por eso he vuelto a teñirme el cabello de rubio, en el tono más parecido al mío natural. Ahora, cuando me veo en el espejo, me siento más yo y más alejada de esa versión que me obligué a crear por una absurda idea —añado encogiéndome de hombros, sin parar de buscar los dichosos patines.

—Pues me alegro. Porque ahora sí que te pareces a mi mejor amiga —suelta, y hago un mohín parecido a una sonrisa—. Dime que mañana empezarás conmigo en el instituto —me pide y, al girar la cabeza hacia ella, veo que me mira con seriedad.

—Claro... —murmuro sin mucha emoción. Pero estos últimos meses han sido bastante difíciles para mí, es normal que comenzar el instituto no me emocione tanto como a mi amiga.

—¡El último año y lo vamos a pasar juntas! —exclama con entusiasmo y hago un amago de sonrisa al verla tan contenta de que haya acabado de nuevo aquí.

—Me temo que mi último año no va a ser de ensueño y sé que yo solita me lo he buscado. El caso es que pensé que mi padre se ablandaría un poco después de que mi abuela hablara con él, al verme otra vez aquí... ¡pero nooo! ¿Sabes a quién le va a tocar ir a todos los entrenamientos después de clase? Oh, sí. ¡Aquí a la amiga! —exclamo señalándome para que no tenga dudas.

—No puede ser. ¡Me muero! —suelta emocionada y no puedo evitar mirarla extrañada—. Daría lo que fuera por ser yo quien estuviera todas las tardes rodeada del equipo de Victoria Grizzlies.

—Si por mí fuera, te daría esta tarea con gusto, pero dudo que mi padre lo viera tan bien como yo.

—Ay, Max... En este año que has estado fuera han pasado muchas cosas. Y una de ellas, por no decirte que es la más importante, es Theo.

—¿Quién es Theo?

—¡¿Todavía no sabes quién es Theo?! —me pregunta con demasiada emoción y me encojo de hombros con indiferencia. Llevo en Langford solo unas horas, las cuales, en su mayoría, he pasado durmiendo. Es normal que no haya visto aún a nadie y mucho menos a ese Theo que me nombra mi amiga—. Es el chico perfecto —afirma con la ilusión brillándole en la mirada—. Guapísimo, alto, con unos ojazos que te desarman, unos brazos que desearás tocar, unos preciosos rizos que caen por su frente que te entrarán ganas de acariciar y una sonrisa que quita el hipo —describe emocionada y no puedo evitar sonreír al ver cómo gesticula con cada frase—. Además, está en el equipo de hockey hielo que entrena tu padre y, en el poco tiempo que lleva viviendo aquí, ha conseguido ser uno de los chicos más populares del instituto de secundaria de Belmont. Todos quieren ser su amigo. Todas quieren ser su novia.

—Puaj —suelto sin dudar mientras saco la lengua para darle más fuerza a mi expresión de asco y oigo cómo se echa a reír.

—Habrás cambiado de color de pelo dos veces, pero de gustos me temo que no. Siguen sin gustarte los populares.

—Exacto.

—Entonces, te dará igual verlo todos los días.

—Si pasa de mí como yo voy a pasar de él, incluso me daría igual que viviera en mi propia casa —suelto sin pensar y veo que Isha sonríe divertida.

—Ya hablaremos cuando lo conozcas, porque no es para nada como te lo imaginas. Lo bueno es que vas a tener muchas posibilidades de hacerlo porque... es el sobrino de Julie —anuncia mostrándome una amplia sonrisa que endulza todavía más su rostro.

—Ah... —murmuro sin emoción, porque la verdad es que me importa un bledo que ese Theo sea el sobrino de Julie y que me toque compartir techo con él, pues todas mis neuronas están centradas en buscar los dichosos patines que se me está resistiendo encontrar—. ¡Ahí están! —exclamo con alivio al verlos—. A ver si estirándome puedo llegar hasta ellos.

—También podemos pedirle ayuda a Theo —propone mostrándome una socarrona sonrisa que me hace negar risueña con la cabeza—. Sé que está en casa y es muy alto y fuerte... A lo mejor solo bastaría con decir su nombre bien alto para que se presentara aquí como un héroe al rescate.

—Isha —la regaño, y ella comienza a reírse a carcajadas.

—¡Deberías intentarlo! Es una pena que no utilices la baza de la chica desvalida.

—Siempre me he apañado sola y nunca me he considerado una chica que necesita ser rescatada.

—Pues te digo una cosa, Max: si yo pudiera hacerlo, te aseguro que tendría a Theo cada dos por tres en mi casa simplemente para alegrarme la vista —replica, y no puedo evitar echarme a reír porque no me la imagino. Mi amiga siempre ha sido muy tímida en esos temas, aunque tal vez en este año que hemos pasado sin vernos haya conseguido vencer esa vergüenza que le impedía hacer cosas—. Pero, claro, vivo al otro lado de la calle y no puedo contar con él para nada. Incluso a veces pienso que no sabe ni que existo y eso que vamos al mismo instituto y hasta hemos compartido algunas clases.

—Y, si tanto te gusta, ¿por qué no le has dicho nada?

—Eh... ¿tú me has visto bien? —pregunta señalándose y niego con la cabeza con resignación, porque mi amiga sigue igual, llena de

complejos, y eso no es bueno. ¡Que me lo digan a mí!—. Un chico como él no se fijaría en una chica como yo ni en un millón de años.

—Entonces, no es digno ni de que lo mire a la cara —replico melodramática mientras estiro el cuerpo y me pongo de puntillas para alcanzar, ¡al fin!, los patines—. Eres preciosa, Isha, y ya sabes que mataría por tener ese tono bronceado de piel que te han regalado tus orígenes indios, ese maravilloso cabello natural y la tonalidad de tus ojos; por lo tanto, no te infravalores. Si no le gustas, es que no merece la pena ni mirarlo.

De repente, percibo una especie de cosquilleo en una mano... que comienza a ascender por esta. Le echo un rápido vistazo y...

—¡¡¡Aaaah!!! —grito mientras dejo los patines donde estaban, sin dejar de mover la mano donde se me ha posado una araña de considerable tamaño, tan grande que parece la reina de todas ellas y que no consigo que se marche—. ¡¡Largo, largoooo, bichooo!!

Isha es tan buena amiga que se ha puesto a chillar también para acompañarme en mi desgracia, y además no cesa de gesticular, señalándome la cabeza. Frunzo el ceño, trago saliva temiendo tener más de una araña encima, concretamente donde ella me indica, y comienzo a darme manotazos en el cabello, incluso en la cabeza, y lo atuso varias veces sin dejar de moverme nerviosa y de gritar como una desquiciada.

¡Que no quiero convertirme en Spiderwoman!

Se me eriza el vello al temerme que la araña le ha cogido gusto a eso de pasearse por mi cabeza y no dudo en salir a la calle porque... ¡¡me pica todo!! De pronto impacto contra un cuerpo que se me ha puesto en medio; sus fuertes manos rodean mis brazos en un acto reflejo para detenerme y al levantar la mirada me encuentro con unos ojos color avellana, parcialmente ocultos por unos rizos de tono castaño claro.

—Tú... —sisea apretando los dientes a poca distancia de mí y no puedo evitar mirar esa cicatriz que tiene tan cerca de sus labios.

Si en este instante no tuviera tanto miedo, estaría gesticulando como una loca al no comprender que este chico que tengo delante es el mismo con el que he acabado sumergiéndome en el lago hace un rato. Pero estoy tan agobiada por este arácnido que corretea a sus anchas por mi cuerpo que simplemente me centro en la necesidad de que alguien me ayude.

Solo tengo un punto débil: ¡¡solo uno, maldita sea!!

—¡Lo sé! Soy la última persona que te gustaría tener delante ahora mismo, pero, por favor, quítame la araña de encima —suplico con un tono absurdo de voz sin importar que este chico ahora mismo apriete la mandíbula como si estuviese frenando cualquier insulto dirigido a mí.

Me observa enfadado, pero me suelta y mueve lentamente una mano sobre mi cabeza para después coger algo que deposita con cuidado en el suelo. Dejo escapar el aire que había retenido al ver cómo la araña comienza a caminar en libertad lejos de mi cuerpo. Rápidamente me reviso las manos, comprobando que no tengo ninguna más campando a sus anchas y, cuando me aseguro de que estoy libre de ellas —algo que me lleva unos agónicos segundos repasando lentamente cada centímetro de mi ser—, abro los labios dispuesta a darle las gracias. Sin embargo, las palabras se me quedan congeladas al ver detrás de él a una persona que no debería estar en esta calle.

Ni mucho menos en este pueblo.

Ni mucho menos en estas fechas.

Me quedo tiesa, sin poder quitarle la vista de encima, observando cómo baja de la moto mientras se saca el casco de esa manera que tan bien recuerdo… con tranquilidad, seguridad y ese halo de peligro que siempre lo ha sobrevolado.

Sus rasgados y enigmáticos ojos azules se encuentran con los míos y me reconocen al instante. Se queda quieto a escasos pasos de donde estamos, sosteniéndome la mirada, como si a él también le hubiese sorprendido volver a tenerme delante. Algo que comprendo, yo tampoco debería estar aquí.

—¡¡Theo!! —exclama Isha con alivio al que creo que es mi salvador arácnido y… ¡Mierda!, también es el sobrino de Julie. ¿En serio tengo tanta mala suerte como para acabar zambulléndome sin querer en el lago con el chico con el que conviviré a partir de ahora?—. Menos mal que estabas cerca. Menudo rato más horrible hemos pasado.

Sé que debería girar la cabeza y centrarme en mi amiga y en el que ha resultado ser el sobrino perfecto de la novia de mi padre. Pero ahora mismo no puedo ni siquiera moverme porque todo mi ser está centrado en él, en Finn. Me fijo en cómo aprieta la mandíbula, los puños e incluso su cuerpo se pone rígido. Duda…

Mierda.

Duda un instante en acercarse o no, en saludarme o pasar de mí. Precisamente esa indecisión me hace recordar nuestro último encuentro y sus palabras hirientes que me resquebrajaron el corazón… como también la promesa que le hice a mi abuela, que incluía quererme lo suficiente como para saber alejarme de lo que no me conviene. Gracias a todo ello, consigo lo que llevo intentando desde que mis ojos lo han encontrado: dejar de mirarlo para girarme y darle la espalda.

Me obligo a centrarme en mi amiga, que no para de parlotear con Theo —creo que el pobre no ha podido meter baza ante la explosión de verborrea de Isha. Es la primera vez que la oigo hablar tanto con un chico—, y procuro que no se me note lo que ha supuesto para mí volver a tener a Finn delante cuando estaba convencida de que nunca lo volvería a ver, que nuestros caminos jamás volverían a cruzarse y que nuestra historia acabó esa última tarde cuando me colé en su dormitorio…

—Gracias por ayudarme —balbuceo como puedo a Theo mientras entro de nuevo en el garaje para terminar con el encargo que me ha hecho mi padre y, así, quitarme esta necesidad absurda y kamikaze de mirar de nuevo a Finn.

Al acercarme a la estantería donde siguen los patines, hago una mueca de disgusto: como encuentre más amigas de esas arañas pululando por ahí, le van a dar morcillas a esta tarea, sin importarme lo más mínimo tener después a mi padre mosqueado conmigo.

—¿Eres la hija del entrenador Trembley? —oigo que me pregunta Theo, con un tono de voz grave, susurrante, y ahogo un lamento al tener claro que estoy delante de uno de sus fans.

Eso no es tan extraño sabiendo que él juega a hockey en el equipo que entrena mi padre y que, además, vive bajo su mismo techo. En todo caso, no hace falta ni que me gire a responder lo obvio, porque mi amiga ha cogido las riendas de la situación y se ha proclamado mi portavoz oficial.

—Sí, es Maxine Trembley —anuncia resolutiva—. ¡Menuda manera de conoceros! —añade, y me muerdo el labio inferior para frenar una carcajada, porque sí que nos hemos conocido de una manera accidental, pero no como ella cree—. Theo, sé que debes de tener mil cosas que hacer, pero ¿le podrías bajar los patines a Max? —suelta la

muy traicionera y en ese momento sí que le echo una mirada matadora, pero Isha está demasiado pendiente de él como para prestarme atención.

Madre mía... ¡Si se lo está comiendo con los ojos sin reparos!

Pero... ¡¿quién es esta chica y qué ha hecho con mi amiga?!

—Por supuesto —musita con seriedad al tiempo que entra en el garaje y, sin necesidad de ponerse de puntillas, coge los patines que sobresalen para bajarlos y tendérmelos—. ¿Sabes patinar?

—Qué extraño, ¿no? —contesto con sarcasmo. Al instante me arrepiento de soltar esa frase mordaz al ver cómo él frunce ligeramente el ceño—. Perdona, hoy parece que no debería haberme levantado de la cama —resoplo haciendo un esfuerzo por tranquilizarme. El día no está yendo como quería, pero él no tiene la culpa—. Gracias por ayudarme de nuevo —indico mientras me encojo de hombros sin ni siquiera mirarlo a los ojos, ansiando...

Pues la verdad es que no sé lo que necesito, pero intentar conversar con uno de los fieles jugadores de mi padre, que encima resulta que vive en mi casa, no entra en mis preferencias y da igual que sea más guapo que la media de todos ellos o incluso que su voz suene tan sexy.

No me gustan los jugadores de hockey y mucho menos los que entrena mi padre.

¡Hale, ya lo he dicho y qué a gusto me he quedado!

Salgo de nuevo a la calle, con los patines en la mano, y, al dirigir la vista a la derecha, vuelvo a ver a Finn. Esta vez está cerca de la puerta de su casa, mirándome con la llave en la mano; me hace un pequeño ademán con la cabeza a modo de saludo —o a lo mejor es un tic nervioso o tenía una mosca pululando cerca, ¡a saber!—, que ni siquiera imito porque sigo en shock al volver a encontrármelo después de tanto tiempo sin saber nada de él, para a continuación ver cómo desaparece tras cerrar la puerta principal.

Oigo que Isha sigue parloteando sin parar con Theo —el cual me mira de vez en cuando de reojo—, pero ahora mismo ni siquiera puedo concentrarme en lo que dicen porque mi mente no para de darle vueltas a lo mismo:

¿Por qué Finn ha vuelto a su casa?

El último año

Maxine

—Qué suerte hemos tenido, ¿verdad? —comenta Isha mientras nos metemos en mi dormitorio tras haber cerrado el garaje.

Theo ha entrado con nosotras en la vivienda, pero se ha dirigido a la cocina, donde todavía siguen mi padre y Julie, ajenos por completo al caos que tengo en estos momentos en mi mente.

—Sí, echaba de menos las mañanas donde se me paseaban arañas por el cuerpo —replico con ironía y observo cómo Isha se tumba en mi cama mientras ríe divertida del modo en que he comenzado el día.

—Esa parte no, boba. Me refiero a cuando ha venido corriendo Theo al oírnos gritar y nos ha salvado como un superhéroe al rescate —susurra mientras dejo los patines debajo de la ventana que da a la calle principal para después darme media vuelta y tumbarme a su lado—. ¡¡He hablado con él, Max!! —exclama con emoción al tiempo que se tapa la cara con la almohada.

—Me he dado cuenta —respondo con una sonrisa al verla tan entusiasmada.

—Pensaba que no me atrevería, pero... ¡no sé! Todo ha ido demasiado rápido. Tú, corriendo con esa enorme araña en la cabeza; él, saliendo de tu casa rápidamente y yo... he empezado a hablar sin parar y... ¡No me lo creo! —suspira feliz.

—Pues créetelo, porque al pobre no le has dejado ni meter baza —suelto, y ella abre mucho los ojos al percatarse de eso.

—¡Se habrá creído que soy una parlanchina! —lloriquea tapándose la cara con vergüenza.

—Sí, me temo que le habrás provocado un trauma o algo parecido —comento con guasa y se pone a gritar ahogando la voz en la almohada.

—¡¡Maaax!! —protesta abochornada.

—No creo que piense eso de ti —digo apartándole la almohada de la cara y sonriéndole—. Y otra cosa: si te cabía alguna duda de que él no supiera quién eras o ni siquiera te hubiera visto, ahora lo va a tener clarísimo.

—¡¡Maaax!! ¡Qué vergüenza! —se queja entre risas que consigue contagiarme, para al cabo de unos segundos carcajeándonos, quedarnos en silencio mirando el techo—. ¡Confiesa! ¿Qué te ha parecido? —me plantea con interés y no puedo evitar sonreír con ternura al ver el rostro tan expresivo de mi amiga iluminarse al formular esa cuestión.

—Lo que yo piense de él no es lo más importante ahora mismo, Isha. Más bien lo contrario: ¿qué piensa él de la hija de su fabuloso y perfecto entrenador? —farfullo, y veo que Isha se gira para mirarme extrañada—. Esta mañana nos hemos tropezado y hemos acabado zambulléndonos en el lago. Si a eso le sumamos la escenita de la araña, no creo que hayamos tenido un idílico inicio para dos personas que van a compartir casa.

—¡Me muero! ¿Los dos juntos habéis caído al lago?

—¡Uno al lado del otro! No veas lo fría que estaba el agua, Isha. ¡Como el hielo! Y, para tu información, te diré que no ha dudado ni un segundo en mostrarme lo cachas que está al quitarse la camiseta en mis narices —añado, y ella abre más los ojos, sorprendida—. Por lo tanto, para mí, Theo es el típico jugador de hockey —resumo mientras me encojo de hombros—. Presuntuoso, ególatra y un vanidoso de tomo y lomo.

—Lo has visto sin camiseta —murmura centrándose solo en ese detalle a pesar de todo lo que le he dicho—. ¡¡Qué suerte tienes!! —exclama la muy loca. Me mordisqueo el labio inferior intentando encontrar las palabras apropiadas para abordar el tema que me lleva rondando desde hace ya unos cuantos minutos.

—Isha, ¿por qué Finn está en su casa?

—¿Lo has visto?

—Ha llegado cuando estábamos fuera con Theo… Aunque no me extraña que no te hayas dado cuenta, porque solo tenías ojos para el sobrino de Julie. Si no se ha dado cuenta el chico de que estás irremediablemente colada por él… es que es tonto.

—Creo que sabe que todas las chicas del instituto estamos perdidamente enamoradas de él —replica encogiéndose de hombros, como si no le preocupara ese tema, y al ver mi gesto escéptico sonríe —. Menos tú, claro —matiza con guasa y sonrío dándole la razón—. Pero, en cuanto lo conozcas, puede que cambies de opinión, porque no es el típico jugador de hockey, Max. ¡Te lo aseguro! Es... misterioso, responsable, buen estudiante y un deportista completísimo. No va de chulito por el insti, ni se cree mejor que nadie por pertenecer al equipo más famoso de la ciudad, y mucho menos es un ligón, como todos los chicos populares. En todo este año que lleva aquí habrá tenido un rollo con una o dos chicas, ¡¡nada más!! ¿Te lo puedes creer? —añade visiblemente extrañada—. Es tan guapo que podría estar con todas las chicas que quisiera... ¡Es más! Podría estar cada día con una distinta. Y aunque no le faltan candidatas para ello, él no es como los demás. Es como si estuviera buscando a la chica perfecta. ¿Te lo puedes creer? ¡¡Es taaan romántico!!

—Isha, por favor, céntrate en lo que te he preguntado: ¡Finn! —le pido para que deje de hablarme del perfecto sobrino de Julie y me conteste.

—Ay, sí —suelta haciendo una mueca divertida, como si no se hubiese dado cuenta de que ha vuelto a hablarme de Theo—. Pues Finn regresó a principios de verano y, por lo que se dice por ahí, se va a quedar en Langford.

—Entonces... ¿no va a volver a Toronto?

—¿Estaba estudiando allí? —inquiere a la vez que yo y me mira con sus expresivos ojos oscuros mientras asiento con la cabeza—. Siento no poder aclarar tus dudas, pero... entre que Finn es dos años mayor que nosotras y que nunca he hablado con él...

—No pasa nada... Solo me ha sorprendido verlo aquí porque sé que el año pasado se fue a la universidad —susurro mirando el techo, pensando en qué le habrá pasado para volver a Langford, abandonando la carrera que deseaba estudiar y trastocando todos sus planes.

—¿Te sigue gustando? —me pregunta lentamente en un murmullo, como si tuviera miedo de provocar una reacción destructora en mí al tocar ese tema, y dejo escapar el aire sonoramente por mis labios.

—Pues no sé qué contestarte... —admito mientras me encojo de hombros sin dejar de mirar el techo—. Llevo meses sin pensar en él y di por hecho que ya lo había olvidado, pero cuando lo he visto... No sé

cómo explicarlo, es como si no hubiese pasado ni un solo día desde la última vez que lo vi, me ha dado un vuelco el corazón y… no podía apartar mi mirada de él.

—A lo mejor en esta ocasión es diferente y podéis intentarlo.

—¡Qué va, Isha! Además, no voy a caer en el mismo error de colgarme de él. Ya estuve demasiado tiempo enamorada de Finn, hice demasiadas estupideces, como confesarle que me gustaba, y… no sirvió de nada. Sé cómo acabaría esa historia: yo haciendo mil tonterías que me harían perder el norte, mi padre cabreado al ver que había vuelto a las andadas y defraudado al constatar que seguiría siendo la misma cabra loca… para terminar dándome cuenta de que, hiciera lo que hiciese, él jamás se fijaría en mí. He acabado desilusionada y voy a hacer todo lo posible para mantenerme alejada de todo lo que conlleve su nombre.

—Me alegra oírte decir eso, Max. Ya sabes que Finn nunca me gustó y mucho menos cómo te comportabas cuando él estaba cerca… Parecías otra persona cuando lo tenías delante. Era como si te absorbiera, como si no te dejara ser la Max de siempre —comenta; reprimo un suspiro, porque sé que debería haber hecho caso a mi amiga.

Isha no dejaba de advertirme sobre él, sobre cómo me comportaba cuando él estaba cerca… pero estaba tan enamorada que ni siquiera me importaba todo lo que oía e incluso me daba igual hacer cosas que, en circunstancias normales, jamás hubiese hecho…

—Lo sé… —musito mientras me encojo de hombros, sintiendo cómo se me instala en la garganta un nudo que me impide respirar bien.

—¿La habitación de Theo es la que tienes al lado? —me plantea cambiando de tema mientras señala la pared donde reposa el cabecero de la cama, algo que le agradezco, pues no me apetece hablar de Finn y mucho menos pensar en él.

¡Y ya sé que he sido yo la que ha sacado el tema! Pero solo quería esclarecer mis dudas y no analizar todo mi pasado con él. Además, no puedo permitir que todo se descontrole de nuevo a mi alrededor, no puedo dejar de ser yo misma por nadie y mucho menos por un chico… aunque este chico sea Finn Lewis, mi primer y único amor.

—Sí.

—Creo que le voy a decir a mi madre que me voy a mudar aquí contigo —bromea; no puedo evitar echarme a reír al ver el gesto

convencido con el que me lo ha dicho—. ¡Vas a poder ver a Theo todos los días fuera de clase!

—Ya sabes que puedes venir las veces que quieras —respondo con una sonrisa.

—No sabes lo que has dicho, amiga. Me vas a tener hasta en la sopa —añade con seriedad para después romper a reír a carcajadas—. La verdad es que, cuando se enteren en el instituto de que vives con él, van a querer ser todas tus amigas. Tener la posibilidad de ver a Theo saliendo de la ducha es el sueño de todas.

—Le haré fotos para ti.

—¿En serio harías eso por mí?

—¡¡Estaba de cachondeo, Isha!! —exclamo abriendo mucho los ojos al ver que ella se lo ha tomado en serio—. ¿Cómo voy a hacerle fotos? Pensaría que soy todavía más rara de lo que dicen.

—Lo sé, lo sé... —balbucea. Se sienta delante de mí y me coge una mano mientras me mira con seriedad, como si quisiera hablar de algo de vital importancia para ella—. Necesito que este año sea especial, Max. ¡Es nuestro último curso antes de entrar en la universidad! Quiero dejar de ser la chica a la que nadie presta atención, esa a la que nadie invita a sus fiestas y a la que tachan de antisocial... Y sé que contigo podré conseguirlo.

—Tienes demasiada fe en mí, Isha. Además, te recuerdo que antes de irme de Langford la lie bastante y mi padre va a estar pendiente de cada uno de mis pasos. Pero, dime, ¿qué tienes pensado?

—Quiero tener novio —anuncia mirándome con sus enormes ojos oscuros y trago saliva al sospechar que ha tomado una firme decisión—. O por lo menos un chico con el que... tener todas mis primeras veces. No quiero ir a la universidad sin haber vivido este último año a tope, Max...

—Te aseguro, por propia experiencia, que no es buena idea acelerar las cosas... Cada persona tiene un ritmo y no hay que tener prisa en alcanzar todas las bases de golpe.

—Pero, Max, ¡tengo diecisiete años!, y ni siquiera me han besado.

—¿Y quieres que sea Theo quien te dé tus primeras veces? —tanteo intentando poner un poco de orden a sus ideas.

—No, ¡por supuesto que no! No soy tan tonta como para pretender que el chico más alucinante de Langford se fije en mí. Puff... ¡Sería demasiado y no estoy para pedir ningún milagro!

—Te aseguro que pierde más él que tú, pero, dime, ¿ya sabes quién quieres que sea o cogemos al primero que pase por delante de nosotras para que te dé un buen beso y que te rice todavía más esas frondosas pestañas que tienes?

—¡Cuánto te he echado de menos, Max! —suelta entre risas provocadas por lo que he dicho mientras me abraza con cariño—. Aún no he decidido quién puede ser, pero, cuando lo encuentre, sé que juntas podremos lograrlo —afirma con decisión y acepto esa locura.

Al fin y al cabo, se lo debo a Isha por apartarla de mí cuando me sumergí en esa etapa oscura de mi vida que prefiero olvidar. Lo que no sé es cómo lograré que mi amiga consiga su año especial...

Miro a mi alrededor buscando mi albornoz y maldigo con todas las palabras malsonantes que sé la mala cabeza que tengo.

¡Me lo he dejado en el armario!

Mi padre me ha metido tantas prisas para que me preparara para salir a almorzar que solo me ha dado tiempo de despedirme de Isha y meterme en el cuarto de baño a la velocidad de la luz.

Y ahora no tengo con qué secarme.

¡Fabuloso!

Me mordisqueo el labio inferior mientras miro el albornoz de Theo, ahí tan azulito, tan mullidito, gritándome desde su percha que soy su única opción. Me encojo de hombros sabiendo que es absurdo pensar en otra posibilidad que no sea ponerme su albornoz y salir tan rápido como pueda para que él no vea que, además de ser patosa y con pavor a las arañas, soy amante de lo ajeno. Pero... es esto o salir desnuda al pasillo, una opción que, en otro momento, no hubiese dudado en elegir, pero que ahora mismo es imposible por una razón muy obvia: el nuevo habitante de esta casa, el sobrino perfecto, está en la habitación de al lado de la mía y me podría ver.

Me quedo un segundo pegada a la puerta, con el enorme albornoz tapándome por completo, intentando asegurarme de que Theo no

anda por ahí fuera y me pueda pillar. Luego abro la puerta con lentitud, miro hacia la puerta de su dormitorio y comienzo a caminar como si estuviese profanando una tumba.

¡¡Ni en mi propia casa puedo andar tranquila!!

No sé cómo no se me sale el corazón del pecho cuando cierro la puerta de mi habitación y suspiro aliviada al ver que no me ha pillado in fraganti.

Me centro en vestirme rápido para no tentar a la suerte. Después llevo el albornoz al cuarto de la colada, lo meto en la lavadora con un par de toallas más que he visto en el cesto de la ropa sucia y pongo en marcha la máquina para poder devolverlo a su sitio, limpio, antes de que Theo lo eche en falta.

En este momento me sobresalta el vozarrón de mi padre llamándome desde abajo. Cierro la puerta del lavadero y bajo a la carrera por la escalera para ver cómo mi padre me está mirando mientras niega con la cabeza.

¡Qué poca paciencia tiene este hombre siempre, por favooor!

Nos metemos los cuatro en la camioneta de mi padre, como si fuéramos una familia feliz y fuera lo más normal del mundo ir a todos los sitios de esta guisa. Durante el trayecto, me concentro en el paisaje que desfila ante mi ventana, oyendo de fondo la conversación de Julie con mi padre. Theo está sentado en la parte de atrás como yo, pero creo que tampoco es muy dado a hablar, porque todavía no le he oído decir una palabra.

En veinte minutos hemos llegado a nuestro destino, el restaurante Glo, que se encuentra en la ciudad de Victoria. Bajamos de la misma tesitura; los adultos, bueno, más bien Julie, hablando sin parar, y nosotros, detrás sin abrir la boca. El camarero, al vernos entrar, enseguida nos acompaña hasta nuestra mesa y pedimos las bebidas antes de leer la carta.

—¿Tienes ganas de empezar el instituto? —me pregunta Julie una vez que ya hemos pedido la comida.

—Lo normal —susurro encogiéndome de hombros.

—¡Es vuestro último año! —exclama con entusiasmo mirándonos tanto a mí como a Theo, a quien tengo sentado al lado, y hago un amago de sonrisa mientras le doy vueltas a mi copa de agua—.

Cuéntanos, ¿ya sabes qué vas a hacer cuando te gradúes?

—No —farfullo y presencio cómo mi padre resopla con fastidio. Porque mi padre es así, no es dado a disimular nada y mucho menos la poca gracia que le hace que no tenga las cosas tan claras como siempre las tiene él—. Aún estoy dudando qué hacer.

—¡Es algo habitual! —me anima Julie, y la miro de reojo al ver su sonrisa comprensiva iluminando su rostro—. Recuerdo que, cuando tenía vuestra edad, tampoco lo tenía claro y lo único que me ayudó a elegir fue imaginarme a mí misma trabajando en el futuro de ello.

—No sabía que habías dudado respecto a ser profesora —comenta mi padre con curiosidad y lo estudio, pendiente de cada mirada que le echa a su novia, como también de cómo ella le sonríe.

—No todos nacemos sabiendo a qué nos vamos a dedicar —suelta con dulzura y sé que se refiere a él.

Mi padre siempre me ha contado que no tenía dudas acerca de que, después de su corta trayectoria como jugador de hockey profesional, pues una lesión le hizo abandonar la primera línea de fuego, sería entrenador.

—Perdona —interviene mi padre en tono de broma y esto… ¡Esto sí que es novedad! Tanto, que lo miro sin poder frenar mi asombro. ¿Desde cuándo mi padre tiene sentido del humor?

—Perdonado —contesta Julie guiñándome un ojo, para luego erguirse como si lo que fuera a decir fuese de vital importancia—. Pues, para vuestra información, dudaba entre ser cirujana o veterinaria.

—Pero… si te da asco la sangre —suelta mi padre sin dudar y Julie comienza a carcajearse al tiempo que asiente divertida con la cabeza.

—Por eso elegí ser maestra —aclara encogiéndose de hombros; centra la mirada en mí y abre los labios para…

—Voy un momento al aseo —suelto rápidamente mientras me levanto de la silla y me retiro de la mesa para no darle opción a que intente averiguar qué es lo que se me da bien o no, qué es lo que me gusta hacer en mi tiempo libre o cualquier idea que ella pueda utilizar para dar respuesta a esa pregunta inicial.

Además, no quiero que mi padre me eche otra vez esa mirada condescendiente cuando afirme que no sé lo que quiero hacer y

mucho menos sé lo que se me da bien o mal, porque no llevo ni siquiera veinticuatro horas en Langford y ya me estoy sintiendo demasiado incómoda con mi nueva situación.

Me adentro en el restaurante buscando los baños aun sin necesitarlos cuando un camarero que está de espaldas a mí me llama la atención. Lleva el uniforme oscuro como todos, pero me resulta familiar. El cabello rubio, la espalda ancha y la cintura estrecha, las piernas largas y… En ese momento se gira con la bandeja en la mano y nuestros ojos se encuentran.

¡No puede ser!

Finn mira a su alrededor, y en dos largas zancadas llega hasta donde estoy yo.

—¿Qué haces aquí? —farfulla apretando los dientes y agachando la mirada hasta mis ojos de una manera intimidante.

—He venido con mi padre a almorzar —contesto todavía en shock—. ¿Trabajas aquí?

Veo cómo desliza una sonrisa de esa manera que tanto me gusta, ladeada, guasona, como si le costara ensancharla del todo. Mira alrededor de nuevo y me coge del brazo para movernos a un lugar menos visible.

—Dime dónde estáis sentados —me apremia con el mismo tono afilado de voz sin soltarme y acercándose un poco más a mí para que nadie nos oiga.

—Cerca de los grandes ventanales que dan al canal The Gorge —responde—. ¿Por qué?

—Joder… —masculla sonriendo a alguien y asintiendo veloz con la cabeza—. Nadie sabe que estoy trabajando aquí —me informa—. Max… —susurra y siento cómo su mano se ancla en mi cuello y levanta mi barbilla con uno de sus largos dedos. La garganta se me ha quedado seca por completo y me pierdo en sus increíbles y peligrosos ojos azules, que me miran fijamente—. No le digas a nadie que me has visto —me exige lentamente y asiento como un muñeco de esos cabezones que se ponen en el coche. Finn mira de reojo y luego se vuelve a centrar en mí—. Me tengo que ir ya —comenta mientras deshace su contacto para después verlo caminar con rapidez, perdiéndolo de vista.

Entro en el aseo corriendo, jadeante, y me planto delante del espejo. Me miro y veo mi rostro ligeramente sonrojado, mi respiración agitada, y compruebo horrorizada que, inconscientemente, me estoy acariciando el cuello… justo donde Finn ha tenido su mano… como si quisiera memorizar su calidez, su tacto; como si no pudiese evitar que mi piel responda de esta manera a él.

Cierro los ojos negando con la cabeza, desechando esta sensación que me ha paralizado por completo, como si no hubiese pasado un año sin verlo.

—Solo es un chico al que no le importo —me digo mirándome en el reflejo a los ojos—. Además, ya lo has superado —me recuerdo mientras asiento a mis palabras.

Ni siquiera sé cómo llego de nuevo a la mesa donde están todos esperando a que me siente, pues sigo dándole vueltas a este descubrimiento. Comenzamos a comer con una Julie empeñada en que todos hablemos como una familia bien avenida cuando, en realidad, entre mi padre y yo la comunicación siempre ha escaseado. Menos mal que han cambiado de tema y no me espera la pregunta que he evitado al levantarme, pues ahora están centrados en Theo y en su brillante carrera como jugador de hockey. Ni siquiera me esfuerzo en prestar atención a lo que cuentan del sobrino perfecto o de sus planes para el futuro, pues estoy concentrada intentando ver de nuevo a Finn y sin poder evitar pensar, cómo no, en él.

¿Desde cuándo lleva trabajando aquí? Y… ¿por qué no quiere que nadie lo sepa?

Esto es demasiado raro y a mí me mata la curiosidad…

Culpa mía

Theo

Salgo de mi dormitorio nada más cambiarme de ropa. Creo que debemos llevar en casa unos dos minutos, lo que he tardado en subir y quitarme los vaqueros para ponerme ropa de deporte.

El almuerzo ha sido tenso y una completa pérdida de tiempo, sobre todo cuando la única persona que debería haber hablado —pues lleva un año sin ver a su padre— se ha pasado todo el rato mirando de reojo por todo el restaurante como si estuviese buscando a alguien.

—¿Otra vez a entrenar? —me pregunta mi tía cuando me ve cruzar el salón para beber un poco de agua antes de salir. Está sentada en el sofá viendo la televisión, aunque ahora mismo toda su atención está centrada en mí, pues incluso se ha girado para analizar cada uno de mis movimientos.

—Tengo que quemar todo lo que hemos comido —miento, y ella niega con la cabeza, desaprobando mi conducta.

—Theo, prométeme que dedicarás más tiempo libre a tus amigos.

—Claro —suelto en un acto reflejo caminando ya hacia la puerta de la calle.

—Y a divertirte —la oigo decir mientras me pongo las deportivas.

—Por supuesto, tía —contesto sin más mientras abro la puerta y luego salgo, la cierro y empiezo a correr.

La mente en blanco y mis piernas ejercitándose al máximo, es lo único que necesito ahora.

Una hora después vuelvo a la casa jadeante y con ganas de darme una ducha. Subo los escalones de dos en dos sin bajar mi ritmo, como parte de mi entrenamiento, sin importar que las piernas empiecen a

pesarme de tanto esfuerzo. Entro en el cuarto de baño, me quito la ropa y me meto bajo el chorro del agua tibia casi suspirando de placer, notando cómo, con cada movimiento, se me resienten los músculos por haber entrenado dos veces en el mismo día. Sin embargo, agradezco este cansancio porque me recuerda lo que he venido a hacer aquí.

Me centra en mi propósito y me ayuda a recordar lo cerca que estoy de alcanzarlo.

Nada más salir de la ducha me fijo en que el albornoz no está donde lo he puesto esta mañana. Sé que mi tía nunca lo echaría a lavar por mí, porque, desde que vivo aquí, he sido yo quien ha metido la ropa sucia en el cesto e incluso he puesto alguna lavadora. Por lo tanto...

—Max —gruño con rabia, porque desde que ha llegado... ha convertido mi tranquila rutina en un maldito caos y lo peor es... ¡que solo lleva unas horas aquí!

Intento calmarme y ser práctico. Maldecir por lo bajo no va a hacer que mi albornoz aparezca por arte de magia. Miro a mi alrededor buscando algo para secarme e ir a mi habitación para poder vestirme. Resoplo con rabia de nuevo cuando me doy cuenta de que lo único que tengo para taparme y salir es la toalla de manos. La cojo de un zarpazo, descargando con esa pobre acción el cabreo que hierve en mi interior. Me la pongo alrededor de la cadera como puedo —pues es pequeña y no alcanza a rodearla— y salgo al pasillo de esta forma, esperando no encontrarme a nadie y mucho menos a mi entrenador.

Definitivamente, parece que hoy la suerte no esté de mi parte, porque en ese momento la puerta del dormitorio de Max se abre y ella aparece. Sus ojos se abren de asombro cuando me ve delante, para después morderse el labio inferior mientras aguanta esa sonrisa insolente que estoy llegando a aborrecer mientras fija esos enormes ojos del color del sirope de arce en mí.

—Esto es culpa mía —susurra asumiendo su responsabilidad—. ¿Por qué no me has llamado desde el cuarto de baño? Podría haberte dado mi albornoz rosa o, por lo menos, una toalla un poco más grande.

—Lo que tendrías que haber hecho es no quitar mi albornoz de su sitio —replico apretando los dientes para no alzar la voz y no llamar la atención de más espectadores—. ¿Acaso te has propuesto arruinarme el último día de vacaciones?

—¡Por supuesto que no! —exclama entornando los ojos—. Mira lo

maja que soy que, en vez de devolverlo a su sitio después de usarlo, lo he lavado y ya está en la secadora —explica señalando el cuarto de la colada—. Pero te has adelantado a mi plan infalible. —Se encoge de hombros—. ¿Quién se ducha dos veces en el mismo día? Eso es desperdiciar agua, Theo —añade negando con la cabeza, intentando darle la vuelta a la situación—. Además... aceptémoslo: yo no podría haber salido con esa toallita al pasillo y, puestos a elegir, a ti te tapa todo lo que hay que esconder —comenta señalándola mientras desliza esa maldita sonrisa a sus labios, como si fuera muy graciosa esta desquiciante situación que estoy viviendo por su culpa—. Y, bueno, tienes que aceptar que te encanta mostrar tu cuerpo machacado por el deporte. Al final tendrás que darme las gracias por darte otra oportunidad de pavonearte delante de mí —concluye en un murmullo, mostrándome de nuevo esa maldita sonrisa engreída.

—¡Eres insufrible! —mascullo con furia.

—Me lo tomaré como un cumplido, musculitos —replica impertinente.

La miro apretando los puños, uno de ellos cogiendo la toalla como si fuera mi salvavidas y, en el otro, clavándome las cortas uñas en la palma. Ni siquiera respondo a su provocación, simplemente alcanzo la puerta de mi dormitorio y me encierro dentro para luego apoyarme sobre esta.

Cierro los ojos haciendo un esfuerzo por relajarme, pero ahora mismo me hierve la sangre y siento que mi autocontrol se va a ir al garete. Sin embargo, una imagen se me cuela en la mente, esa que ella misma me ha creado con su insolencia, y me obliga a abrirlos de golpe provocando que me mueva nervioso para desprenderme de esta ridícula toalla y comenzar a vestirme.

Ni siquiera intento recordar lo que mi traicionera mente me ha mostrado como una vil conspiración.

Y mucho menos quiero pensar en las razones por las cuales me he imaginado con todo lujo de detalles a Max con esta maldita toalla cubriendo su cuerpo humedecido.

¡Maldita sea!

Cabeceo con rabia intentando desechar esas imágenes que ha creado mi cerebro sin darle permiso.

Solo quiero que este condenado día termine de una vez.

O, mejor aún, quiero que este año se acabe ya, para poder largarme de esta casa.

En ese instante oigo el sonido de mi teléfono móvil avisándome de que he recibido un mensaje. Lo cojo mientras me pongo una sudadera vieja y veo que es de mi entrenador. Ni siquiera dudo en abrirlo para leerlo, pues es raro que, estando en casa, utilice esta aplicación para comunicarse conmigo:

Cuando bajes, ven directamente a mi despacho. Necesito hablar contigo a solas.

Miro hacia la puerta cerrada como si pudiera encontrar la respuesta a esta inesperada petición ahí. Me pongo un pantalón de chándal, me paso varias veces las manos por el pelo mojado para intentar descargar con esta acción la ansiedad que siento en este instante.

No creo que nos haya visto en el pasillo hablando, ¿verdad?

Joder… Solo me falta para redondear este maldito día que el entrenador me eche de esta casa por culpa de su desquiciante e insolente hija.

Peor que mal

Maxine

Intento controlar mi sonrisa cuando bajo por la escalera. La verdad es que el día de hoy está siendo tan surrealista como intenso y, cuando se lo cuente a Isha, se va a poner a chillar como una loca.

—¡Apareces justo a tiempo! —suelta Julie al verme—. Iba a hacer la cena, ¿me ayudas?

Asiento sin poder escaparme inventándome cualquier excusa y la acompaño a la cocina. Nos lavamos las manos y veo que comienza a sacar verduras de todo tipo de la nevera para después sonreírme.

—¿Qué vas a preparar? —le pregunto al ver cómo comienza a limpiar con mimo cada pieza.

—Una crema de verduras y luego pondré un poco de tofu a la plancha —contesta y parpadeo varias veces.

—¿Para todos? —inquiero y veo que me mira confundida, para después moverse nerviosa anclando su mirada en sus manos, que no paran quietas—. ¡No lo digo por mí! —aclaro rápidamente al ver su reacción—. Es que me extraña que mi padre coma eso. A él le encanta la carne y, cuanto más grasienta, mejor.

—Ah... —dice con una sonrisa—. Lo sé. —Me guiña un ojo mucho más relajada ante mi explicación—. El caso es que estoy intentando que adquiera buenos hábitos alimenticios.

Sonrío sin saber muy bien qué decir y comienzo a trocear la verdura que ella me tiende para luego cocerla. Estamos un rato en silencio, solo se oye el chupchup de los vegetales cociéndose a fuego lento en la olla y, de vez en cuando, siento su mirada sobre mí.

—Me alegro de que hayas decidido regresar —dice al fin y la miro. Pero Julie está preparando unos garbanzos que va a meter en el horno para hacerlos crujientes para acompañar la crema—. Cuando me vine

a vivir con tu padre no tuvimos tiempo de conocernos y me alegro de tener otra oportunidad para hacerlo…

—No me marché por ti, Julie —susurro, y veo cómo abre los ojos sorprendida.

—Yo no estaba sugiriendo…

—Lo sé —la interrumpo con una sonrisa—, pero creo que te debo una explicación o, por lo menos, eso dice mi abuela. —Resoplo encogiéndome de hombros y Julie muestra una pequeña sonrisa que me anima a continuar—. Sé que parecía que me iba por ti, porque fue mudarte con nosotros y a los dos días decidí que me marchaba a Seattle, pero te aseguro que lo hice por mí. Mi padre y yo no podíamos seguir como estábamos. Yo… no me portaba como debía, no me reconocía ni a mí misma, y él… Según mi abuela, se le quedó grande la situación, aunque yo tampoco se lo puse fácil —añado con una sonrisa para relajar el ambiente—. Solo quería que supieras que me gusta ver cómo es mi padre cuando está contigo. Casi ni lo reconozco. Parece otra persona y se nota que es por ti.

—Oh… —balbucea. Lleva la bandeja al horno y se queda mirándome tras meter los garbanzos. Los ojos los tiene brillantes, como si le hubiesen emocionado mis palabras—. Gracias por decírmelo, Max. Eres su hija y para mí es muy importante que nos llevemos bien. No pretendo ser tu madre, porque tú ya tienes una, pero me gustaría que llegáramos a ser amigas.

Sonrío porque de verdad Julie parece maja y ahora entiendo que mi abuela me hiciese hincapié en que debía aclarar las cosas con ella. Julie también sonríe y me aprieta con cariño el brazo mientras pasa por mi lado. Creo que hemos dado un paso muy importante las dos y me alegro de que me haya pedido preparar la cena con ella. Como dice mi abuela, es mejor dejar las cosas claras lo antes posible.

Sintiéndome un poquito mejor, empiezo a poner la mesa y volvemos a estar en silencio.

A los pocos minutos calladas, se acerca vacilante mientras se limpia las manos repetidamente en el delantal. Mira hacia el acceso al salón, para a continuación mirarme a mí. Todavía no conozco lo suficiente a Julie, pero me da que quiere decirme algo y, además, quiere hacerlo sin tener a ninguno de los dos hombres delante.

—Max —me llama, para luego morderse el labio inferior y negar enérgicamente con la cabeza.

—Dime.

—Nada, nada… —farfulla atropelladamente y se da la vuelta; sin embargo, se detiene y me vuelve a mirar.

—Dímelo —la apremio con una sonrisa al ver que quiere contarme algo pero está dudando en si hacerlo o no.

—Es que creo… —susurra y no puedo evitar sonreír al ver cómo duda, así que asiento para que prosiga; entonces mira de nuevo el acceso a la cocina, como si temiese que alguien nos estuviese escuchando.

—¿Qué crees? —la animo acercándome más a ella para que nadie pueda oírnos.

—No sé cómo decírtelo, Max. Acabas de llegar, pero… —Vuelve a dudar, para enseguida mirarme a los ojos y hacer una mueca de resignación mientras suelta con brusquedad el aire por la boca, negando con la cabeza—. Mi sobrino —dice bajito—, que me tiene preocupada… —añade con un hilo de voz y asiento para que prosiga. Julie se mueve nerviosa y tiene los ojos fijos en sus manos, como si no pudiera mirarme a la cara después de confesar lo que le angustia—. Está obsesionado con el deporte, con ser el mejor, y está desatendiendo una parte importante que debería vivir con la edad que tenéis: la diversión, los amigos… —me explica casi en un susurro mientras hace un movimiento con la mano dándome a entender que hay muchas más cosas, pero que no tiene tiempo para contármelas o, tal vez, no le apetece—. Los dos tenéis la misma edad, pero tú eres… más… —Vacila un instante y no puedo evitar sonreír al ver cómo está rebuscando la palabra exacta para describirme—. Bueno, que haces cosas de tu edad —añade en su lugar—. Me gustaría que, sin que él se enterase, te fijaras en cómo se comporta en el instituto. No quiero que se aísle por esa obsesión de ser el mejor jugador de hockey de la historia. Además… me encantaría que lo animaras a salir más, a divertirse y a que deje de entrenar tanto. Este año no he parado de decírselo, pero ni siquiera me escucha. Y me he dado cuenta de que sale menos que al principio de mudarse con nosotros. De verdad, Max, a veces creo que Theo tiene un problema y que lo está escondiendo para que nadie lo ayude.

—Theo y yo no hemos empezado muy bien que digamos, Julie —confieso mientras me encojo de hombros—. Es más, creo que le caigo un pelín mal —comento y ella abre los ojos con asombro, como si eso fuera imposible. ¿Veis como es un amor de mujer?—. Pero, al margen de nuestra primera mala impresión, tienes mi palabra de que estaré

pendiente de él para ver qué hace en el instituto, aunque Isha me ha contado que es uno de los chicos más populares —apunto encogiéndome de hombros, algo que la ayuda a sonreír un poco—. Y lo otro... Si está en mi mano y la cosa cambia, no te preocupes que intentaré que salga más. Aunque... —me agacho para hablarle al oído, pues Julie es mucho más bajita que yo—... primero tengo que conseguir que mi padre se fíe de mí para que me deje salir.

—En cuanto se dé cuenta de que has madurado, no dudo de que empezará a hacerlo. Solo necesita un poquito de tiempo.

Intento no echarme a reír, porque la pobre tiene una fe ciega en mi padre que yo no tengo. Además, creo que todavía no ha visto lo extremadamente tozudo que es él y me temo que me costará, mucho más de lo que ella asegura, conseguir que confíe de nuevo en mí.

—¿A qué huele? —pregunta el susodicho apareciendo por la cocina y se asoma a la cazuela mientras arruga la nariz, haciendo sonreír Julie.

—A cena sana —contesta su novia mientras le da golpecitos a su fibrosa barriga—. Para que sigas así de fuerte y enérgico.

Mi padre pone los ojos en blanco, pero no se queja en absoluto de tener que comer verdura. De verdad, porque lo estoy viendo con mis propios ojos, porque, si no, no me creería que mi padre pudiese cambiar tanto en un año.

—Julie, ¿me necesitas para algo más? Me gustaría llamar por teléfono a mi abuela antes de cenar.

—Claro, Max. Vete tranquila, que tu padre terminará de ayudarme —dice con una sonrisa mientras me guiña un ojo con complicidad.

Salgo de la estancia con otra sonrisa y me encuentro con Theo, que está de pie en mitad del salón con el móvil en la mano.

Nos miramos.

Me rehúye la mirada, como si hubiésemos compartido un momento demasiado vergonzoso como para enfrentarse a ello, y no puedo evitar sonreír todavía más mientras paso por su lado para escaparme al porche.

Pobrecito. Menuda imagen le he dado en mi primer día. No me extraña que me esquive la mirada y no me extrañaría que ni siquiera intentara hablar más conmigo.

A veces se cae bien y otras… peor que mal. ¿Qué le vamos a hacer?

En cuanto salgo a la calle, me encojo sobre mi cuerpo. Ya hace fresquito, pero eso no me hace volver dentro. Necesito hablar un rato con mi abuela y contarle que estoy cumpliendo con mi promesa.

La verdad es que nunca me imaginé que hacerlo me hiciese sentir tan… bien.

Abro un ojo sintiéndome adormecida, como si estuviese sumergida en una enorme nebulosa algodonada de paz y sosiego. Noto cómo los párpados me pesan tanto que me es imposible mantenerlos abiertos, como si necesitase un par de horas más de sueño reparador, para después, como si hubiese accionado un potente muelle, abrirlos desmesuradamente y buscar con desesperación el móvil.

—¡Mierda! —Ahogo un gemido de impotencia al ver que hace cinco minutos detuve la sexta y última alarma del despertador y eso significa… ¡¡que llego tarde!!—. ¡¡Aaagh!!

Salto de la cama, me quito el pijama, me pongo lo primero que tengo a mano —ropa cómoda, ancha y negra, ¡perfecto!— y me meto en el único cuarto de baño que hay en la planta de arriba (sin contar con el que está dentro de la habitación de matrimonio), que, ¡menos mal!, está libre de perfectos jugadores de hockey con los músculos bien definidos. Me cepillos los dientes, me lavo la cara y me peino a una velocidad que envidiarían los vampiros de Crepúsculo. Vuelvo a mi dormitorio, agarro la mochila que está sobre la silla de mi escritorio y bajo la escalera a la carrera para adentrarme en la cocina. No hay nadie a la vista, algo que ya sabía porque anoche mi padre me avisó de que, tanto él como Julie, iban a salir muy temprano de casa… y me imagino que Theo el Perfecto ya estará apoyado en su taquilla en el instituto dejándose adorar, aunque eso todavía tengo que constatarlo para Julie.

Hago una mueca de disgusto al ver que tampoco hay nada preparado para desayunar y cojo una manzana que sostengo con los dientes mientras me pongo las deportivas. Salgo al porche exactamente siete minutos después de haberme despertado, subo a la bicicleta que dejé anoche fuera y, entre pedaleos, me voy terminando de comer la manzana.

No puedo llegar tarde el primer día de instituto y mucho menos después de haberle asegurado a mi padre que estaría a tiempo, pues

quería acercarme él y a mí me pierde dormir.

¡Mierda!

Novata reciclada

Maxine

Menos mal que de mi casa al instituto no hay mucha distancia, tan solo unos cuatrocientos metros, algo muy útil para alguien incapaz de despertarse al primer tono de la alarma.

Dejo escapar el aliento cuando entro en el parking del instituto; ya se palpa el nerviosismo, la expectación por el primer día. Los novatos miran de lado a lado las instalaciones y, cómo no, los populares alzan la barbilla con arrogancia, dejando claro que ellos están a otro nivel y que deberíamos dar las gracias por su simple existencia.

Y yo soy una especie de novata reciclada, además de ser la inadaptada de cualquier instituto al que vaya, algo que me ayuda a mantener alejada a la gente falsa.

De repente, el sonido estridente de un claxon provoca que gire el rostro en esa dirección y me sorprende una pick-up roja a pocos centímetros de donde estoy, tan cerca de mí que tengo que apoyar una mano sobre su capó para no perder el equilibrio y caerme.

—¡¿Es que no miras por dónde vas?! —me recrimina y, al fijar la mirada, me percato de que quien conduce es Theo—. Max... —gruñe clavando la vista en mí, para después fruncir ligeramente el ceño, como si no entendiese que esté encima de una bicicleta y pedaleando como una energúmena hace apenas unos segundos.

—¡Esa soy yo! Pero esto no me lo esperaba de ti... ¡Llegando tarde el primer día! ¿De dónde vienes con tantas prisas? Porque de casa ya te digo yo que no —suelto con guasa mientras niego con la cabeza, como si rechazara su rebelde comportamiento—. Hoy te lo perdono porque tengo prisa —indico con una sonrisa chulesca—. Ah, para tu información, voy justo ahí... y gracias por preocuparte por si estoy bien tras estar a punto de atropellarme —añado con sarcasmo de carrerilla, sin detener mi trayectoria, para acabar en el lugar asignado para estacionar las bicis.

Bajo rápidamente y me dirijo al edificio principal. Tiro el corazón de la manzana en la primera papelera por la que paso y voy a Secretaría para que me den la llave de la taquilla —además del horario—, y entonces descubro que me han asignado una tan alejada que me temo que llegaré irremediablemente tarde todos los días de mi último año.

Los pasillos están atestados de gente, creo que ha sonado el timbre que da inicio a las clases por la velocidad con la que todo el mundo pasa a mi lado. Me concentro en dejar los libros de última hora y coger los de primera, para después cerrar la taquilla de un golpe, colgarme la mochila y dirigirme a mi primera clase.

La primera del último año.

Veo al profesor entrar en el aula y acelero el paso hasta acabar corriendo, y entonces siento que algo duro y contundente impacta contra mi hombro, provocando que me detenga y mire en esa dirección.

—¡Au! —me quejo tocándome el hombro.

—Otra vez tú, Max —me recrimina Theo mirándome con mala cara—. ¿Caminas siempre sin mirar o te has propuesto acabar conmigo antes de que empiecen las clases?

—Ahora no tengo tiempo para discutir —contesto mientras me pongo en marcha echándole una mirada rápida—. Podemos decir que estamos en paz por lo de antes. Sin resentimientos —añado guiñándole un ojo y detecto cómo vuelve a fruncir el ceño, para luego centrar la mirada en la puerta que acaba de cerrar el profesor—. ¡Mierda!

Corro sin importarme dejar atrás a Theo, que seguirá mirándome ahí plantado como si fuera un muñeco de cera, para abrir la puerta a toda velocidad y entrar en clase.

—¿El primer día y tarde, Trembley? —suelta el profesor de Matemáticas utilizando mi apellido, una costumbre muy suya (pues lo conozco de otros cursos), mientras aparezco en el aula.

—Lo siento, señor Lee. No se volverá a repetir.

—Eso espero por su bien —responde mientras señala el pupitre que está más cerca de él, destinado a los impuntuales, como una especie de castigo vil y retorcido por su parte. ¡Y eso que es el primer día!—. Pero si tenemos a otro alumno que quiere pasar el primer día en la fila

de la vergüenza... —suelta, y no puedo evitar girarme nada más sentarme para ver que Theo se acerca con aplomo hasta aquí—. Señor Anderson, sabe que odio la impuntualidad y no me importa que sea del equipo de hockey.

—Lo sé, señor Lee, pero he tenido un pequeño accidente que me ha retrasado —dice con voz grave y muy segura. En ese momento sus ojos reparan un segundo en mí, para a continuación desviarlos rápidamente y clavar la mirada en el profesor.

—Intente salir antes de casa por si sufre más accidentes. Ahora... vamos a empezar, señores y señoritas. Este año va a ser un gran año.

Una hora después salgo del aula con los ánimos por los suelos para adentrarme de inmediato en clase de Francés y después, ansiando el pequeño descanso que haremos tras la tercera hora, dirigirme a la taquilla a guardar los libros que he utilizado y cambiarlos por los que usaré en las próximas clases.

Siempre me ha parecido curioso cómo se divide la gente en los pasillos, es como si cada uno buscara un grupo que lo identificara, ese que se diferencia a simple vista por su manera de vestir e incluso de moverse, la mayoría de ellos definidos por el deporte que practican, la ropa que usan e incluso la personalidad reinante de sus componentes. Los populares (todos deportistas de los equipos más importantes de la zona o descendientes de familias con un gran nivel adquisitivo) no se juntan con los frikis o marginados, y una gran parte de estos últimos estarían encantados de poder juntarse con los populares, simplemente para saber cómo es ser el centro de todo. Sin embargo, yo... no estaría dentro de ninguno de los dos grupos.

No soy popular y mucho menos quiero serlo. Y tampoco me considero una marginada o una friki, aunque tal vez mucha gente me considere de ese grupo, sobre todo por el último año que pasé aquí...

—¡Max! —oigo a mi lado; me giro y veo a Isha apoyarse en la taquilla de al lado con una grandísima sonrisa—. Te he esperado esta mañana a que pasases por delante de mi casa, pero al ver que tardabas mucho... me he ido sin ti.

—Me he quedado dormida y he llegado tarde —resumo mientras cierro la mochila y me vuelvo a girar para mirarla, y entonces me doy cuenta de que tiene la vista anclada al final del pasillo, donde se arremolinan los populares. Son unos seis en total: tres jugadores de

hockey y tres chicas tan guapas, modernas y perfectamente maquilladas y vestidas que cualquiera que pasara por su lado se sentiría desfasada. Entre los chicos, cómo no, está Theo; por lo tanto, puedo asegurarle a Julie que su sobrino no se aísla, como ella piensa, sino que se rodea de todos los populares del lugar como bien me comentó Isha—. Hemos coincidido en Matemáticas —le comento refiriéndome a este.

—Suerte la tuya. De momento no he coincidido con él —responde y le doy un juguetón golpe con la cadera para comenzar a caminar alejándonos de mi taquilla.

—Creo que, tanto él como yo, no lo calificaríamos de suerte. Ayer fue un día para olvidar y hoy ya hemos empezado con mal pie —susurro mirándolo directamente mientras pasamos cerca de donde está. Theo comparte espacio con una de las chicas más populares del instituto, Hannah, quien no para de hablarle mientras intenta reducir de una manera coqueta la distancia corporal con el jugador de hockey. No sabría decir si a Theo le gusta o no que ella se acerque tanto, porque ni siquiera se inmuta y tiene la vista clavada en un punto fijo de la pared, como si nada fuese con él o como si quisiese dejar claro ante todo el mundo que él está por encima de todas estas cosas. Creo que me decanto más por la segunda opción: este chico se cree el mejor de todos—. Pero cambiemos de tema a uno que nos interesa mucho más. Dime si hay alguien que te gusta en el instituto para empezar a poner en marcha el plan «Primeras veces» —susurro con una sonrisa traviesa y percibo cómo mi amiga me aprieta el brazo para que me calle. Al girar la cabeza hacia ella la pillo con la vista fija en el suelo, algo que me sorprende—. ¿Qué te pasa?

—Nada… —murmura, y entonces acelera los pasos para alejarnos lo máximo del grupo de los populares.

—Pues, para no pasarte nada, estás más pálida de lo normal. ¿Te lo has pensado mejor y al final no quieres que te ayude?

—Eh… No, no es eso.

—¿Es por Theo y Hannah? No pondría la mano en el fuego por él ni por nadie, pero no lo he visto muy entusiasmado por ella —comento sin dejar de observarla mientras caminamos las dos muy pegadas—. Aunque a lo mejor es del tipo de chicos que no muestran lo que sienten y ese sea su gesto de enamorado total. ¡A saber!

—Eh… Claro que es por él, pero no porque esté Hannah cerca. ¡Es algo

muy normal! Siempre está rodeado de chicas que intentan llamar su atención y creo que Hannah se ha propuesto este curso estar con el chico más increíble del instituto... ¡Y la entiendo! ¿Has visto lo bien que le queda la camiseta de los Victoria Grizzlies? El negro y el dorado le favorecen, aunque, para ser sincera, cualquier color le sienta bien. Ya te dije que ese chico es un bombón —balbucea rápidamente sin levantar la vista del suelo.

—No voy a opinar sobre ese tema porque vivo bajo su mismo techo y... ¡Mejor me lo callo! —exclamo guardándome para mí el momento que vivimos ayer por la tarde en el pasillo: él con una minúscula toalla enrollada en la cintura y yo... Bueno, no pude evitar echarle un concienzudo repaso. Pero no porque me guste, sino porque para eso tengo dos ojos en la cara y, aunque me pese decirlo, el chico está muy bien—. Además, ayer no te comportaste tan tímida con él. ¡Casi estuviste hablando con Theo sin respirar! Ya sé lo que me vas a decir —añado velozmente cuando la veo abrir la boca, dispuesta a rebatir mi teoría—: es cierto que fue gracias al subidón provocado por esa maldita araña excursionista, pero me extraña que, de repente, al verlo, te pongas tan nerviosa... a no ser que no sea por él y que en realidad... —susurro mirándola suspicaz y veo cómo agacha de inmediato la cabeza—. ¡Te gusta otro chico de verdad! —exclamo más alto de lo que pretendía, pero es que me ha sorprendido que no me lo haya dicho antes cuando ayer no paró de hablar de Theo y de lo increíble que le parece.

—No, ¡no! —niega mientras me mira un segundo para descubrir cómo sus mejillas están sonrosadas y, darme cuenta de que mi amiga me miente sin titubear, me hace sonreír.

¡Es tan achuchable!

—Por supuesto que no —comento siguiéndole el juego e intentando aguantarme las ganas de carcajearme al fingir que la creo—. Teniendo a Theo delante, ¿cómo vas a fijarte en otro chico distinto? Sería una locura, sí. Yo no sé cómo no he caído rendida a sus pies cuando hemos pasado por su lado sabiendo lo que esconde debajo de esa camiseta. Debo de tener un fallo neurológico muy grave que me mantiene ajena a su poder de seducción —suelto con ironía, e Isha se mordisquea el labio inferior para evitar echarse a reír, pero solo consigue que su gesto se suavice al esbozar una diminuta sonrisa.

Me giro un instante para recordar quién estaba al lado de Theo, por si los conozco de otros años. En efecto, los dos amigos del sobrino de Julie son de Langford y, por lo tanto, sé cómo se llaman: Elliot y

William. Los dos son atléticos, como no podía ser de otra manera al ser del equipo de hockey; altos, pero no tanto como Theo, y atractivos, cada uno a su estilo. Tengo que reconocer que, de los tres, el que llama más la atención por su aspecto es el sobrino de Julie. Sin embargo, puedo asegurar que los dos jugadores de hockey (que han sido amigos inseparables desde que los conozco) tienen su propio público femenino.

William, rubio, con los ojos grises y con pinta de chulito profesional, atrae a las chicas por ser considerado el rebelde del instituto.

Elliot, pelirrojo y con los ojos de una tonalidad rozando el verde musgo, atrae a las chicas por ser el más divertido e irónico de todos.

Juntos, son una bomba de testosterona y miradas furtivas.

¿Cuál de los dos será el que le gusta a Isha? Y... ¿por qué me lo oculta? Incluso me pidió que la ayudara a tener novio. ¡No entiendo nada! Esto sí que no me lo esperaba. Isha siempre es de contarlo todo, hasta el más mínimo detalle, y mucho más si entran chicos en la ecuación.

¡¡Aaaah!! Me mata la curiosidad.

—¿Qué clase tienes ahora? —me pregunta cambiando de tema y ahora sí que no tengo dudas de que me esconde algo.

—Pues... —susurro echando un vistazo rápido a mi horario—... Educación Física —murmuro para poner cara de fastidio y morderme de paso la lengua para no acribillarla a preguntas.

Tengo que respetar su silencio. Sé que, cuando se sienta cómoda o le apetezca, me lo contará. Somos amigas desde que me mudé a Langford con trece años. Aunque Isha nunca me ha ocultado nada, yo sí que lo he hecho e incluso más de lo que me gustaría admitir. Por eso, aunque me quede sin lengua de tanto que me tocará mordérmela, no voy a presionarla.

—¡Coincidimos! —exclama como si no hubiese pasado nada antes y comienza a charlar sobre el nuevo profesor de gimnasia, cambiando por completo su gesto por uno más entusiasta.

Sonrío mientras la escucho. Ahora mismo me alegro de poder pasar con ella este último año.

Dicen que no hay mal que por bien no venga, ¿no?

Ningún jugador de hockey

Maxine

—Creía que no iba a poder llegar a la hora del descanso —anuncio mientras salimos de la cafetería, donde me he comprado un bagel de Montreal, una especie de dónut pero salado, que he pedido relleno de queso y que deseaba comer porque… ¡aquí es muy típico y estoy muerta de hambre!

—Seguro que no has desayunado —asegura Isha y me encojo de hombros sin poder evitar darle un gran mordisco.

¡Por favor, qué bueno!

—Me he comido una triste y pequeña manzana mientras pedaleaba hacia aquí, que ya se habrá evaporado de mi organismo por culpa del profesor de Educación Física y la grandísima idea que ha tenido de hacernos correr por todo el instituto. ¡Que hoy es el primer día, por favor, que alguien se lo diga ya! —comento con la boca llena mientras nos dirigimos a un banco libre situado en el jardín que bordea el instituto.

—Se lo has dicho tú —replica y se carcajea. Me encojo de hombros, incapaz de reprimir una sonrisa.

—No he podido aguantarme más —admito con guasa y mi amiga niega divertida con la cabeza.

—¡Solo has tardado cinco minutos en decírselo!

—Y me han parecido una eternidad, Isha. Una eternidad —reitero melodramática para después mostrarle una amplia sonrisa repleta de bagel—. ¿Cuándo me vas a presentar a tus nuevos amigos?

—¿Qué amigos? —murmura mientras nos sentamos una al lado de la otra en el banco y la miro con extrañeza con el bagel a medio camino de la boca.

—Pues esas personitas con las que estabas el curso pasado… —susurro apartándome un poco la comida de la boca para después darle otro gran mordisco. ¡Si lo sé, me pido dos! Qué rico está y qué hambre tengo.

—No estaba con nadie —musita centrando la atención en su sándwich vegetal.

—¿Has estado sola todo un curso?

—Sí. —Se encoge de hombros, para luego llevar su mirada al frente, donde descubro que está Theo con el grupo de populares de antes a escasos metros de donde nos hemos sentado. Todos hablan entre sí mientras comen, aunque reflejando ese poderío inalcanzable que frena a cualquier mortal que quiera aproximarse a ellos—. Pero no pasa nada. Ahora ya estás aquí de nuevo conmigo —añade con una sonrisa y asiento poco convencida—. No te preocupes por mí. Estoy bien —me asegura mostrándome una enorme sonrisa—. He tenido muchísimo tiempo para ponerme al día con mi gran montaña de libros pendientes.

—Sé que estás bien, Isha, pero te prometo que haré lo necesario para que vivas todas y cada una de las cosas que quieres hacer en este último año —contesto sintiendo un nudo en el estómago al imaginarme lo sola que se habrá sentido durante todo el año pasado —. La primera es que ese chico que te gusta se fije en ti.

—¿Theo? —dice con un hilo de voz y al fijarme detecto que está nerviosa, mirando hacia todas partes menos donde está él.

—Claro, ¡¿quién sino?! —exclamo siguiéndole el juego, pues yo me refería al que le gusta en realidad, aunque todavía no me ha confesado quién es—. Aunque… si por casualidad, ¡Dios no lo quiera!, porque ambas sabemos que donde esté Theo que se quite cualquiera, te gustara otro… me lo podrías decir y así reajustaría mi plan.

—¿Ya tienes un plan? —pregunta abriendo tanto los ojos que puedo diferenciar el brillo de ilusión en sus pupilas.

—Lo primero que tengo que conseguir es que mi padre me deje un poco de libertad para que disfrutes de este año. Y lo otro… me quedan unos cuantos flecos sueltos que atar para poner en marcha el plan «Primeras veces», cuya primera fase es «Enamórate de mi amiga» —le explico; veo cómo Isha me sonríe con cariño.

—No hace falta que se enamore, Max.

—Te aseguro que, cuando te conozca, se enamorará, y si no lo hace será porque es tonto de remate —afirmo totalmente convencida de mis palabras y ella sonríe—. Entonces, Theo, no, ¿verdad?

—¡Nooo! —exclama sin poder evitar echarse a reír de esa manera dulce que tiene—. Ya te lo dije ayer, Max. ¡Ningún jugador de hockey!

—Quería asegurarme —respondo para después mirarla fijamente—. ¿Un nadador, uno del grupo de teatro del insti o un jugador de ajedrez? —inquiero—. ¡No me lo digas, ya lo sé! Quieres empezar por el grupo de informática, ¿a que sí? Los chicos con gafas de pasta negra y pinta de empollón siempre han sido tu perdición —añado en broma guiñándole un ojo y ella me empuja con su hombro sin dejar de reírse.

—¡Eso fue hace años, Max!

—Pero no veas lo coladita que estabas por él.

—Para lo que sirvió —musita encogiéndose de hombros.

—Porque tú no quisiste. Te aseguro que, si le hubieses dicho algo, lo habrías tenido comiendo de tu mano.

—¡Ya me gustaría a mí! —se carcajea.

En ese momento, supongo que atraído por la cantarina risa de Isha, Theo desliza la mirada hacia nosotras. Le sonrío con la boca llena de comida y este, rápidamente, desvía la vista hacia el suelo, sin importarle que la pobre Hannah esté bien pegada a él, asegurándose de obtener por completo toda su atención..., algo que no dudo que tendrá cuando el jugador de hockey vuelva a posar sus importantes ojos en ella, pues Hannah no duda en ponerse bien derecha para que tenga unas buenas vistas de su exuberante escote.

—Mi madre quiere que me case con un chico hindú —susurra Isha de golpe y porrazo, y no dudo ni un instante en centrar mi atención en ella—. Antes de ir a la universidad quiere presentarme a varios hijos de sus amigas y... —balbucea mientras se mordisquea el labio inferior visiblemente nerviosa—. No quiero casarme solo porque el novio tenga los mismos orígenes que mi familia, Max.

—Pero ¿eso no está prohibido?

—No me van a poner una pistola en la cabeza para que me case con el que ellos elijan, Max. Solo... me irán presentando chicos hasta que alguno me guste lo suficiente como para decir que sí. Yo... no quiero

limitarme. No quiero que tenga que ser hindú para poder enamorarme de él, para casarme con él. Y… ¡yo quiero tener una historia de amor normal y corriente y no condicionada por el país donde nacieron mis padres!

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—Sí, pero es como si no quisiera escucharme o no me quisiera comprender. No cesa de hablar de lo importante que es mantener vivas las tradiciones y lo fantástico que será que mi marido sea un buen chico hindú que comprenda de dónde vengo.

—¿Por eso quieres vivir al máximo este último año?

—Sí. Cuando tu padre me contó que volvías… me entraron ganas de revelarme contra mi destino. Yo… —balbucea nerviosa—… quiero experimentarlo todo antes de que mi madre me ponga delante a todos los chicos hindúes que conoce. No… No quiero perderme ninguna vivencia por culpa de mis orígenes, Max. Quiero enamorarme, desenamorarme, equivocarme, reírme, besar a quien quiera y… hacer locuras sin importar nada más que mi propio deseo —susurra, y le paso un brazo por la espalda para abrazarla—. Necesito vivir sin pensar en nada más que en disfrutar…

—Te prometo que haré lo necesario para ayudarte y, si quieres que hable con tus padres para convencerlos de que te dejen a tu aire y que se olviden de ponerte delante a todos los solteros hindúes que conocen, lo haré sin dudar.

—No serviría de nada, pero gracias —musita con pesar; siento cómo se me forma un nudo en la garganta.

Ojalá pueda ayudarla a conseguir todo lo que quiere, porque se lo merece por haber sido tan buena conmigo. Lo único que no sé es si se conformará con un chico cualquiera para todo lo que quiere vivir o, en el fondo, querrá ir a por el que de verdad le gusta.

Pedaleo el último tramo hasta mi casa después de despedirme de Isha delante de la suya. La mañana ha sido eterna, aburrida y agotadora, pero me temo que la tarde será peor y todo gracias a mi padre. Me extraño al verlo delante de la casa de Finn hablando con la madre de este. Trago saliva intentando pedalear más rápido para llegar a tiempo de saber de qué están hablando, algo que consigo no sin esfuerzo.

—¡Maxine! —exclama la señora Lewis con dulzura mientras se pone un mechón de su sedoso cabello rubio detrás de la oreja y me muestra una amplia sonrisa que camufla los signos visibles de cansancio en su cara. Sonrío bajando de la bicicleta y la sostengo a pocos pasos de ella —. Estás preciosa, ¡mírate! Estás hecha toda una mujer —añade cuando me da un cálido y rápido abrazo.

—¿Cómo está, señora Lewis? —pregunto sintiendo la respiración agitada por culpa de mi sobresfuerzo para llegar rápido.

—Ay… —suelta mientras niega con la cabeza y en sus ojos advierto un deje triste—, llámame Eloise, cariño, y tutéame. Hace unos meses dejé de ser la señora Lewis —me aclara con un hilo de voz y frunzo el ceño al percibir el tono melancólico que ha usado.

—Estábamos hablando de ti —interviene mi padre cambiando a toda pastilla el tema de conversación y al girarme veo que asiente lentamente mirando a Eloise, como si le estuviese dando pie a que esta prosiguiera.

—Tu padre me ha comentado que puedo contar contigo como canguro y la verdad es que no creo que tarde mucho en pedir que te quedes con las gemelas alguna tarde. Este año he tenido que echar mano de la señora Wilson, pero, entre nosotros, las niñas prefieren quedarse contigo que con ella. Por cierto —mira el reloj de pulsera—, me voy ya a por ellas. Me alegro de verte, Maxine. Mason, gracias por todo.

—Yo también me alegro —murmuro observando cómo esta se mete en su coche negro y desaparece de nuestra vista—. Los señores Lewis se han separado —afirmo, que no pregunto, tal como me hubiese gustado hacer, mientras sigo a mi padre, que ya ha comenzado a caminar en dirección a nuestra casa.

—Sí —contesta con rotundidad sin dar más información al respecto—. La verdad es que Eloise necesita toda la ayuda que podamos brindarle. Por eso le he dicho que contara contigo para cuidar a las gemelas cuando no esté su hijo mayor en casa.

—¿Por eso ha vuelto Finn?, ¿para ayudar a su madre?

—Ojalá hubiese sido así —farfulla con seriedad mientras abre la puerta y siento cómo se instala un enorme peso en la boca de mi estómago. ¿Qué quiere decir con eso?—. Vamos a comer rápido; hoy no hay entrenamiento con los chicos, pero, aun así, quiero que te vengas conmigo. Tenemos mucho que hacer para esta nueva temporada.

—¿Vamos a almorzar solos?

—Sí… Julie hoy tiene que quedarse en el colegio hasta más tarde y Theo se ha quedado en el instituto.

—Ah…

Frunzo el ceño y me muerdo la lengua frenando las mil preguntas que realmente me gustaría formularle a mi padre sobre Finn. Entramos en la cocina, y lo miro de reojo mientras calienta comida precocinada en el microondas. Está serio, concentrado en esa pequeña tarea, y sé, por experiencia, que no va a hablar más conmigo. Creo que estas pocas palabras que hemos intercambiado son un récord en nuestro palmarés.

Comemos en silencio los macarrones con queso que ha preparado y no puedo evitar pensar en las últimas palabras de mi padre. Si Finn no está en Langford para ayudar a su madre… ¿por qué ha vuelto? Pero eso no es lo único que me preocupa, hay algo que todavía es infinitamente peor… Y es que, algún día, haré de canguro de sus hermanas y eso significa que estaré de nuevo bajo el mismo techo que él. Eso es algo que en el pasado estaba deseando que ocurriera, pero que ahora me gustaría poder posponer para siempre.

—Max —me llama mi padre y al alzar la mirada sus ojos me escudriñan con curiosidad—, en una hora nos iremos. Cuando termines de comer, recoge la cocina —me pide mientras se levanta de la mesa—. Voy a mi despacho.

Anclo otra vez la mirada en mi plato de macarrones y reprimo un lamento mientras oigo cómo sale de la cocina, dejándome sola. No sé cómo voy a hacer para aguantar la nula comunicación con mi padre… y sé que debería estar más que acostumbrada, pero echo de menos hablar de cualquier cosa con mi abuela.

Peligrosa

Maxine

Me siento en el escalón del porche de la entrada con la mochila ya preparada justo a mi lado. Apoyo la espalda en la columna gris que sostiene el tejado y suspiro mientras miro la rotonda de césped que se encuentra en mitad de la ancha calle, que además de ayudar a cambiar de sentido a los coches crea una separación visual de ambas partes del vecindario. Estar al aire libre siempre me ha servido para ordenar mis ideas, es como si ver cómo se mecen las hojas de los árboles me ayudara a tomar decisiones.

Por eso pienso... pienso mil maneras para que mi padre no me obligue a ir a los entrenamientos, se olvide de cómo me comporté antes de marcharme y confíe de una vez por todas en mí. Sé que me va a costar, pero, quizá, si sigo haciendo lo que me pide sin rechistar, consiga ablandarlo...

De repente, el sonido característico de una moto en especial provoca que salga de mis cavilaciones y que los nervios se instalen de golpe en mi estómago. Porque ese ruido lo reconocería en cualquier lado, sin importar el sonido ambiente. Porque ninguna otra moto suena igual, solo la de él, y en cuanto mis ojos lo ven llegar, las emociones se agolpan en mi garganta.

Tengo que controlar la situación y, aunque lo más sencillo sería levantarme y meterme en casa, no lo hago porque sé que esa no es una solución, sobre todo cuando vivimos uno pegado al otro y volveré a ser la canguro de sus hermanas. Por eso, contemplo cómo detiene la moto delante de su casa, a pocos pasos de donde estoy, para el motor y se quita el casco de un movimiento.

Aprovecho un instante para mirarlo de verdad y no como hice ayer cuando me sorprendió verlo de nuevo aquí o en el restaurante. Su cabello rubio está mucho más largo de como lo recordaba (por delante casi le llega por la barbilla), lo que le añade atractivo, como si eso fuese posible. Hunde sus dedos en esos sedosos y rebeldes mechones lisos, para acomodarlo o, tal vez, para eliminar la forma del casco, y

levanta la vista hacia mí, como si esperara que estuviese mirándolo sin pestañear, algo que, efectivamente, estoy haciendo. Pero no porque sienta todavía algo por él, sino porque me quiero asegurar de que me he curado de ese enamoramiento que lo único que me trajo fueron problemas.

Muchos y de todo tipo.

Trago saliva cuando sus ojos azules repasan muy despacio mi cuerpo y me doy cuenta de que me he levantado del escalón cuando veo cómo Finn se acerca también hacia mí, encontrándonos justo en el medio de su propiedad y la mía.

¡Mierda!

No tendría que haber hecho esto. Tendría que haberme quedado donde estaba, fingir que me importa poco y nada que él haya vuelto. Pero soy demasiado impulsiva como para frenar mi cuerpo ante algo que lleva deseando hacer desde que lo vi ayer por primera vez tras un año. Por eso alzo la cara para mirarlo a los ojos, para ver de nuevo su rostro alargado, aniñado, que contrasta con su mandíbula marcada y su manera de ser. Todo él desprende peligrosidad, como si tuviese una señal de advertencia luminosa que no dejara dudas de lo que te puede ocurrir si te llegas a enamorar de él.

—Gracias por guardarme el secreto —suelta con ese tono de voz áspero, desdeñoso, que lo caracteriza y siento que las palmas de mis manos se humedecen por culpa de los malditos nervios.

—¿Y cómo sabes que lo hice?

—Mi madre no me ha dicho nada y eso solo puede significar que tú has mantenido tu palabra —responde mostrándome esa maldita sonrisa ladeada—. Siempre has guardado muy bien los secretos, Max. Sé que eres de fiar —susurra y me muevo incómoda, agachando la mirada, al recordar la última promesa que le hice antes de que me partiera el corazón, antes de alejarme de aquí, de él...

—O soy muy tonta —replico en un vano intento de romper este extraño momento, pero o no me ha oído o ignora mi comentario.

—Dime, Max, ¿es cierto todo lo que se dice de ti?

«Solo es Finn y a ti ya no te afecta», me recuerdo.

—¿Qué parte en concreto? —inquiero alzando de nuevo la cara para

perderme en sus preciosos ojos azules… pero, al sentir cómo el corazón se me acelera, escondo rápidamente la mirada, fingiendo que estoy mirando… el esmalte de uñas que no llevo.

¡Esto es cagarla a lo grande, sí, señor!

—Dicen que la has liado bastante en Seattle y que ahora eres… peligrosa —contesta acercándose un poco a mí para pronunciar la última palabra en un sugerente susurro y al levantar de nuevo la cara veo que está más cerca de mí.

Me pierdo en sus iris azules, en esa vetas doradas y negras que los cruzan; en el cálido aliento que rebota con suavidad en mi rostro y que huele a cerveza; en sus pómulos afilados; en su barbilla recta y en esos malditos labios que se contraen reprimiendo una sonrisa socarrona.

No tener dudas de que está jugando conmigo me hace erguirme y dibujar una sonrisa que demuestre que no me afecta tenerlo delante, aunque me esté mintiendo a mí misma.

—Peligrosa —repito haciendo un esfuerzo por sonar desenfadada y observo cómo Finn sonríe también, mostrándome ese gesto gamberro que tanto me gusta. Esa pequeña acción consigue de un plumazo que me olvide por un instante que tengo que controlarme cuando él está cerca porque… no quiero volver a caer en el mismo error de enamorarme de él—. Tú mismo deberías saber que las habladurías son un cincuenta por ciento verídicas y otro cincuenta una total patraña —indico misteriosa, notando cómo mi voz ha salido con más fuerza de lo que pensaba.

¡Bien por mí!

—Has vuelto… rubia y vistes de distinta manera. ¿Tengo que sospechar que es cierto todo lo que he oído, Max? —plantea con guasa y oigo el sonido inconfundible de su teléfono sonando—. Perdona —dice cogiéndolo, para después resoplar sin dejar de mirarme—. Estoy ya de camino —miente a su interlocutor mientras me guiña un ojo—. Sí, no tardo. —Se separa el móvil de la oreja mientras finaliza la llamada y me vuelve a sonreír de esa manera que tan bien recuerdo—. Las mujeres sois demasiado impacientes —suelta, prepotente.

—O tú eres demasiado impuntual con tu novia —replico sintiendo cómo las palabras me queman en la punta de la lengua, sobre todo al pronunciar la última, que espero que no haya sonado con mucho resquemor.

—No tengo novias, Max. Eso ya lo deberías saber.

—Ha pasado un año. La gente puede cambiar, ¿no?

—Tú lo has hecho, ¿verdad? —dice mientras se guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón y vuelve a deslizar esa sonrisa ladeada socarrona que me pone… muy tonta.

—Eso dicen por ahí… —Carraspeo intentando que no se note lo nerviosa que estoy—. ¿Por qué no estás en la universidad, Finn?

—¿Por qué no estás en Estados Unidos, Max? —pregunta, seductor.

—¿Por qué no quieres que nadie sepa que trabajas como camarero?

—¿Por qué quieres saber tanto de mí? —susurra con ese mismo maldito tono de voz y esa maldita sonrisita provocadora mientras vuelve a acercar su rostro al mío.

De pronto siento cómo me levanta la barbilla con uno de sus largos dedos y su sonrisa se vuelve todavía más tentadora a tan solo un suspiro de mis labios.

Tan cerca que se me olvida que ya lo he superado.

Tan tentador que incluso se me olvida respirar.

Tan al alcance que lo único que quiero es que lo haga, sin importar que después me arrepienta.

—¡Max! —oigo la atronadora voz de mi padre, lo que provoca que pegue un salto y me gire casi a la vez para verlo de pie en el porche—. ¿Qué haces que no te has preparado ya? —suelta mirándome tan serio que temo haber hecho algo muy muy malo.

—Sí que lo he hecho —replico rápidamente, como si no pudiese controlar la velocidad con la que hablo. Pero es que Finn ha estado a punto de besarme, ¿no? ¡¿No?!—. Tengo la mochila ahí mismo.

—¡Pues vámonos ya! —brama con esa misma actitud desafiante que me hace dudar un instante sobre la razón de su enfado.

—Buenas tardes, entrenador… Max… —oigo otra voz y al girar la cara un poco más hacia atrás, veo que Theo acaba de llegar y se está dirigiendo hacia mi casa con la mochila del instituto en su espalda.

Mi padre lo saluda con ese cariño que siempre demuestra a sus

jugadores (un cariño que nunca ha trasladado hacia mí) mientras coge mi mochila del suelo y baja los tres escalones para alcanzar la subida al garaje donde deja estacionada su camioneta Ford azul. Yo, simplemente, alzo el rostro a modo de saludo hacia Theo, y vuelvo a centrar mi atención en Finn. A este se le ha cambiado el gesto por uno mucho más serio y tirante; luego se da media vuelta y, sin pronunciar una palabra más, se encamina a su casa dando por concluida nuestra conversación de la misma manera que se inició: sin utilizar ningún tipo de saludo convencional.

Arrastro los pies hasta el coche de mi padre. Cuando arranca y nos hemos alejado de nuestra calle, ladea ligeramente la cabeza para echarme una rápida mirada.

—Solo espero que todo lo que ocurrió antes de marcharte a Seattle y todo lo que has vivido con tu abuela te haya hecho comprender con quién es bueno juntarse y con quién no —comenta con rotundidad.

—¿Por qué me dices eso ahora?

—Sabes muy bien por qué te lo digo, Max —suelta tajante—. No quiero que vuelvas a cometer los mismos errores y que te veas en medio de algo que no sepas gestionar.

—¿Me lo estás diciendo por Finn? —le pregunto, pero mi padre solo da volumen a la música que suena en la radio como respuesta.

Sé lo que significa esa acción que ha marcado toda mi infancia, y es que no está dispuesto a hablar más conmigo de ese tema. Él ya ha dicho lo que quería decir y yo lo he escuchado. Punto. Y aunque no me lo haya confirmado, sé que lo ha dicho por Finn. Nunca le ha gustado el hijo mayor de los señores Lewis. Al principio pensaba que era porque a Finn no le interesaba el hockey y prefería la natación, la velocidad y las motos. Ahora no tengo ni la más remota idea de por qué tiene esa antipatía hacia él.

He estado un año fuera de Langford, pero parece que haya pasado una eternidad, pues no comprendo nada de lo que está ocurriendo.

He estado tan sumergida en mis pensamientos durante el corto viaje desde mi casa hasta el centro deportivo, tan ensimismada en lo poco que me ha dicho mi padre y en la corta conversación con Finn, que me he encontrado ya dentro de la pista de hielo.

¡Ni siquiera recuerdo haber entrado!

Gimo con impotencia al aceptar que volver a hablar con Finn después de un año sin saber nada de él me ha afectado más de lo que debería. Aunque es posible que se deba a todos los interrogantes que sobrevuelan encima de él. Pero no pasa nada, porque a la próxima no voy a cometer el mismo error. Voy a controlar la situación, pero sobre todo mis emociones, y también voy a marcar el límite y las distancias de su cuerpo con el mío.

No puedo volver a caer otra vez en el mismo error.

Mi mente no puede volver a desconectarse por completo de mi cuerpo.

Animada por mis propias palabras, compruebo que estoy sola en este enorme estadio casa de los Victoria Grizzlies. Mi padre se ha ido a su despacho a hablar con sus asistentes para comenzar a planear la nueva temporada y tengo toda la pista para mí. Me pongo los patines, busco una canción en mi reproductor de música del móvil, una que llevo meses sin escuchar, porque al principio de marcharme de aquí se convirtió casi en mi himno para despedirme de Finn y de todo lo que podría haber vivido con él, y comienzo a deslizarme por el hielo con la voz de Olivia Rodrigo entonando las primeras frases de Good 4 U.

Esta canción me sirvió como canalizador de mis emociones y me viene de perlas para recordar lo mal que lo pasé cuando me fui de aquí.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la letra, por cada frase afilada y, sobre todo, por la sensación de libertad que siento cada vez que la escucho, sin dejar de patinar. Los abro sin reprimir una sonrisa, sintiéndome más fuerte a cada segundo.

Sabía que volver a Langford no resultaría fácil, aunque mi abuela me prometía que no sería tan complicado como pensaba, pero no contaba con ver a Finn. Sin embargo, no voy a hundirme por eso. Haré lo que haga falta para no caer de nuevo en sus redes y sé que, al final, conseguiré verlo como a una persona más y no como al dueño indiscutible de mi corazón.

Mi primer amor.

Y el chico por el que hice demasiadas estupideces.

Mi primer beso y el momento más increíble que he vivido… para solaparse, al segundo, con el más horrible.

Cierro los ojos de nuevo y comienzo a girar sobre mí misma, estirando mi cuerpo, encogiéndolo, liberando con cada nota musical, con cada movimiento, todo mi arrepentimiento, toda mi culpa, todas las estupideces que he hecho en nombre del amor. Al abrirlos, vuelvo a deslizarme cada vez más rápido por la fría superficie. Cada vez más veloz. Cada vez sintiéndome mejor.

¡Cuánto echaba de menos patinar en libertad!

No sé el tiempo que llevo deslizándome sobre el hielo y escuchando en bucle esta canción. He perdido la cuenta, pero me da igual. No conozco otra manera de soltar este peso que me oprime el pecho y que me recuerde por todo lo que pasé para olvidarlo.

Ya no soy la chica que se marchó hará un año. He vuelto distinta y, por eso, tengo que comportarme de manera diferente con él. Sé que mi abuela se sentirá orgullosa de mí cuando se lo cuente. En este año me ha enseñado mucho sobre la vida, sobre los chicos y el amor. Y también me ha enseñado a liberar la culpa, a perdonarme mis errores y a utilizar la música para levantar el ánimo.

—¡Max!

Giro sobre las cuchillas y veo al fondo de las gradas a mi padre con Harold, el asistente de entrenador, que me mira con una sonrisa tan amplia que me contagia.

—Recoge, que nos vamos ya —me pide mi padre para después salir de la pista con Harold al lado.

Gimo de impotencia mientras me dirijo al banquillo de los jugadores, donde he dejado mis cosas. Me quito los patines y me pongo mis deportivas… sintiéndome un poquito mejor.

Un oso pardo

Maxine

Cierro la taquilla con desgana y apoyo la frente sobre esta.

El tiempo pasa demasiado lento y creo que me voy a hacer vieja antes de que acabe este maldito año. Segundo día de clase y diría que está siendo peor que el primero.

—¿Te duele la cabeza? —oigo a Isha y giro la cara en su dirección sin despegar la frente de la superficie fría de la taquilla.

—Me duele el alma —suelto melodramática y mi amiga ríe a carcajadas—. Isha..., ¿sabes por qué los padres de Finn se han separado? —le pregunto poniéndome al fin recta y entonces mi amiga arruga ligeramente la nariz.

—Parece ser que el señor Lewis se estaba acostando con otra mujer —susurra y asiento con lentitud intentando asimilar esa información que explicaría la razón por la cual Eloise estaba tan afectada.

—Vaya...

—¿Qué tal con Theo? —me pregunta cambiando de tema mientras sube rápidamente las cejas, provocando que sonría.

—Pues ayer solo coincidimos para la cena, porque no para de entrenar y hacer multitud de cosas muy importantes para su futuro. Sinceramente, prefiero eso que ir chocándome con él cada vez que pongo un pie fuera de mi dormitorio —le informo encogiéndome de hombros. De repente, veo que a Isha se le transforma el gesto cuando dirige la mirada hacia delante—. ¿Qué pasa? —inquiero con curiosidad al tiempo que miro en esa misma dirección.

En su pequeño reino de ese lado del pasillo están los tres famosos y populares jugadores de hockey: Theo, William y Elliot; sin embargo, hoy hay una variante con respecto a ayer. Los dos primeros chicos conversan entre sí; Hannah y Scarlett están hablando entre ellas a

unos pasos de ellos y Kyra, una de las tres fantásticas, como así se llaman a sí mismas —sí, son muy humildes, ellas—, está al lado de Elliot. Ambos están conversando casi entre susurros y este no le quita la vista de encima mostrándole una sonrisa amplia y gamberra marca de la casa.

—Isha —la llamo tocando su brazo—, ¿estás bien?

—Eh... Sí, claro —contesta obligándose a sonreír, para después girar sobre sus talones y comenzar a caminar en dirección opuesta a donde están ellos. Y aunque vayamos en dirección contraria en relación con la clase que nos toca, la sigo.

—Isha —la llamo, pero ella sigue avanzando con la mirada anclada en el suelo—, cuéntame qué te pasa.

—Nada —murmura entre dientes y resoplo procurando controlar mi curiosidad, pero, cómo no, me es imposible.

—Te gusta Elliot —le anuncio con un hilo de voz. Ella me mira asustada, como si hubiese soltado a gritos la receta secreta de la Coca-Cola.

—¡Claro que no! —resopla intentando recomponer su gesto, para después cerrar los ojos y detenerse en medio del pasillo—. Yo... —musita mordisqueándose el labio inferior cabizbaja, y entonces suelta un profundo suspiro y mira a nuestro alrededor como si temiese que alguien nos estuviera escuchando—. ¿A quién quiero engañar? Es una tontería mentirte. Eres mi mejor amiga y me conoces lo suficiente como para saber que te estoy engañando —dice con un hilo de voz mirándome a los ojos—. No solo me gusta, es que estoy enamorada de él.

—¿Desde cuándo?

—Desde este verano... cuando una tarde, aburrida de estar en casa, fui sola al lago en bicicleta. A la vuelta, no sé cómo, la correa se me salió y, casualmente, él pasaba por ahí corriendo... Ni siquiera dudó en ayudarme, Max. Como tampoco le importó mancharse las manos con grasa mientras intentaba quitar hierro al asunto de que no supiera arreglarlo por mí misma... Fue muy amable y... —Bufa volviendo a mirar a su alrededor, como si temiera que alguien nos estuviese escuchando—. Es tan divertido, tan educado, tan buen chico y tan guapo, que... —murmura dejando la frase a medias mientras se encoge de hombros con resignación.

—¿Por qué no paras de hablarme de Theo cuando en realidad te gusta él?

—No quería asumir lo que me pasa, no quería decirlo en voz alta porque, si lo hacía, sería real. Por eso me he cogido como un clavo ardiendo a que era imposible que estuviese sintiendo algo más por él. Además, nunca me había llamado la atención. ¡Entiéndeme, Max! Está bueno, pero no es de los que despiertan el interés precisamente por eso, sino por su manera de ser. Al mismo tiempo, para mí era más sencillo hacer ver a todo el mundo que me gustaba Theo, algo que les pasa a todas, a que alguien sospeche la verdad. ¡Es uno de los jugadores del Victoria Grizzlies! Y... ¿tú lo has visto bien? —susurra con pesar—. ¿Tú me has mirado a mí? —añade con la voz quebrada —. No tengo nada que hacer. En cambio, Kyra... tan solo con acercarse un poco a él se ha llevado toda su atención y, aunque yo lo he intentado en varias ocasiones, lo único que he conseguido es que me mire con pena. ¡¡Con pena, Max!!

—Isha... —musito mientras la estrecho en un abrazo y en ese momento oímos el sonido del timbre que anuncia el inicio de la clase. En ese instante alzo la mirada y veo a varias personas que se nos quedan observando mientras esconden una sonrisa burlona—. ¿Qué miráis? —suelto de malas maneras mientras la estrecho contra mí con más fuerza, como si así pudiera protegerla de todos, para después acercarme a su oído para decirle—: No me gusta que hables así de ti. Eres una chica increíble y, si le dieras la oportunidad a la gente de conocerte de verdad, te aseguro que todo cambiaría.

—No cambiaría nada, Max. Es absurdo que nos engañemos. Siempre seré la india tímida que nadie sabe que existe. ¡Y sé que no debería ponerme así!, pero no me esperaba que pudiese sentirse atraído por Kyra —añade mientras se encoge de hombros, para después girarse en la dirección donde estaban los jugadores de hockey, que ya han desaparecido de su zona—. Vámonos a clase.

Camino a su lado sin hablar, mirándola furtivamente. Está seria, preocupada, como si de verdad enamorarse del divertido jugador de hockey fuera lo peor que le ha pasado nunca. Me estrujo los sesos para intentar encontrar una solución a su problema. Sería tan maravilloso que todas sus primeras veces fueran con Elliot, pero no tengo ni idea de cómo conseguirlo.

No nos movemos por los mismos lugares y me imagino que, cuando Elliot ve a Isha por el instituto, ni siquiera se da cuenta de que ella existe.

¿Cómo podría fijarse uno de los chicos más populares del insti en la introvertida de mi amiga?

Entramos en el aula sin que esa pregunta deje de rondarme por la cabeza y nos sentamos una al lado de la otra. No puedo evitar mirar a mi amiga, que está pendiente de todo lo que explica nuestra profesora de Economía, pero ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que en lograr que este año sea tan diferente para ella, que olvide el solitario curso anterior y el futuro que le espera.

Muy cerca de la puerta principal del Q Center Arena hay una zona destinada a estacionar las bicicletas, donde dejo la mía. No puedo evitar mirar el complejo mientras me dirijo a la entrada, donde se puede leer el nombre de este lugar y donde destaca la enorme «Q» amarilla en la fachada gris de una tonalidad muy clara. Ayer no tuve tiempo de fijarme en nada, estaba tan enfrascada en mis pensamientos que no me paré a mirar este sitio, sin importar que no fuera la primera vez que venía.

Me quedo observando las vigas de madera oscura alineadas y ligeramente inclinadas hacia el exterior que acaban, en lo más alto, en unos enormes focos, convirtiéndolas en unas farolas camufladas. El edificio es de dos plantas, con dos tonos de grises en la fachada —el más claro en la parte central, donde están encastradas las letras del nombre de este centro, y las más oscuras a los laterales— que dan la imagen de un sitio moderno, rodeado de vegetación e inmensos campos de césped verde donde practicar cualquier deporte.

Entro en este centro deportivo de referencia de la localidad y me dirijo hacia la pista de hielo mientras me coloco los auriculares y capto el trajín que hay a estas horas de la tarde, pues siempre ha sido un hervidero de gente con ganas de practicar cualquier deporte. Cojo el móvil mientras selecciono la lista de canciones que me apetece escuchar y opto por una de Katy Perry que siempre me levanta el ánimo e incluso me hace sentir fuerte... algo que hoy necesito y con urgencia, porque el día ha sido horrible. Isha sigue encerrada en sí misma después de ver a Elliot hablando con Kyra, mi padre ni siquiera ha hecho el ademán de hablar conmigo en casa (Theo no ha venido a almorzar y parece que es una práctica habitual en él porque nadie ha comentado nada) y he tenido que venir pedaleando como una loca hasta aquí porque le había prometido a mi padre que no llegaría tarde.

Mientras comienzan las primeras notas de Roar, alcanzo las puertas de cristal que dan acceso a la pista de hielo. Justo delante de ellas, sobre el suelo gris con pequeñas motas negras, está el logo del equipo: un enorme oso pardo, de color dorado y negro, que saca su garra dispuesto a luchar, con la boca bien abierta, por lo que se ven sus feroces dientes blancos y una gran lengua roja.

Mientras Katy Perry entona el estribillo donde anuncia que es una luchadora, entro en el estadio oficial del equipo para dirigirme hacia la zona del banquillo de los jugadores. Toda la pista está bordeada de una pared de cristal para proteger al público, a excepción de los banquillos, que solo se delimitan de la pista por un pequeño muro y un pasillo por donde acceder a esta.

Me percato de que, de momento, solo está mi padre con sus asistentes discutiendo alguna táctica que querrá enseñarles a los jugadores. Ni siquiera me presta atención cuando me siento y dejo la mochila en el suelo; solo un par de sus asistentes me echan una rápida mirada, pero enseguida la centran en el entrenador. Cojo el móvil, como si estuviese muy ocupada navegado o leyendo cualquier cosa, aunque la verdad es que intento animarme con esta canción que siempre he considerado un grito de fuerza, un chute de energía y un recordatorio de que somos más fuertes de lo que en realidad pensamos.

Y hoy necesito sentirme tan fuerte como Katy Perry asegura que es.

¡O incluso más!

Porque hoy no estaré sola en la pista de hielo como estuve ayer, sino que hoy tendré que ayudar de verdad a mi padre con sus jugadores y no tengo ni idea de lo que quiere que haga.

No sé el tiempo que paso aquí sentada escuchando en bucle a mi amiga la Perry, pero ya comienzo a intuir movimiento por la pista. No levanto la mirada de mi teléfono porque no me apetece toparme con las miradas extrañadas de los jugadores cuando me vean y, aunque tengo los auriculares puestos, me llegan algunos de los cuchicheos del equipo…

—¿Qué cojones hace aquí la hija del entrenador?

—¿Ahora va a ser ella nuestra mascota?

—Antes de marcharse la lio bastante. Dicen que por eso se fue.

—Pues a mí me han dicho que la lio muy gorda en Seattle y que, por

eso, ha vuelto a Langford.

—Yo he oído que pasó una noche entera en el calabozo…

—Siempre ha sido muy rara, pero creo que ha vuelto todavía más.

Subo el volumen de la canción para acallar sus voces. No me hace falta saber lo que dicen de mí, porque siempre lo he sabido y da igual que haya estado un año fuera de este pueblo, es un poco como mi sino, y sé que en parte es por mi culpa, pero se ha descontrolado de una manera bárbara…

«Vamos, Katy, repítemelo otra vez hasta que me lo crea: soy una campeona; soy una luchadora; más fuerte que un león. Venga, para amoldarme a la situación, puedo decir que soy más fuerte que un oso pardo.»

Puedo conseguirlo. Solo faltan… nueve meses para que acabe el curso.

Nueve meses y podré elegir una universidad cerca de donde vive mi abuela, para tenerla siempre que necesite un abrazo, una frase de ánimo o, simplemente, una charla insustancial.

—¡Maxine! —oigo, y al levantar la vista me encuentro a mi padre a escasos pasos de donde estoy sentada mirándome de esa manera que me hace temerme que lleva un buen rato haciéndolo—. No has venido aquí a escuchar música. Ponte los patines —me ordena malhumorado.

Apago el móvil y veo por el rabillo del ojo a varios de los jugadores riéndose a escondidas. De verdad, a veces pienso que estos chicos, en vez de estar en el último año de instituto e incluso algunos en la universidad estudiando, están cursando educación infantil.

Sin buscar, entre todos ellos, veo a Theo. Está serio, mientras Elliot y William le están hablando, uno a cada lado, sin que él abra la boca, pero con la mirada anclada en el suelo. No tengo mejor cosa que hacer mientras me pongo los patines que observar cómo sus rizos le caen por la frente, ocultando sus ojos oscuros y enigmáticos. Su postura es erguida, como si estuviese siempre alerta, al acecho, y, aunque solo esté escuchando lo que sus dos amigos le estén contando, lo rodea un halo misterioso que jamás había presenciado antes en otro chico de mi edad. Es como si hubiese una barrera que impidiera conocerlo, que limitara acercarse a él, y para un chico de diecisiete años es bastante extraño… En este momento, sus ojos me encuentran mirándolo y desvío la vista rápidamente para centrarla en los conos que hay en fila a lo largo de la pista de hielo.

No soy de las que se avergüenza de estas pequeñas cosas, pero que me pille contemplándolo puede ser raro, sobre todo cuando ambos vivimos en la misma casa y hemos compartido un par de momentos tensos.

Mientras mi padre habla de lo genial que es jugar a hockey, lo maravilloso que es competir y lo que espera esta temporada de ellos, termino de ponerme los patines. Cuando me acerco a él, los integrantes del equipo ya están practicando varios ejercicios a los que no presto atención. Espero con paciencia a que mi padre se digne decirme qué leches hago aquí quieta a su lado mientras escucho cómo le da directrices en voz muy baja a su segundo al cargo, Harold, el entrenador asistente y su mejor amigo desde hace una eternidad. Sin embargo, se separa de donde estoy para rectificar un movimiento a uno de sus jugadores y me quedo junto a su asistente, al que conozco desde que nos mudamos a Langford hará ya cuatro años...

—Ayer me quedé con las ganas de hablar contigo. Dime, ¿cómo estás? —me pregunta Harold.

—Todo lo bien que se puede estar viniendo aquí obligada —resoplo, y capto cómo esconde una sonrisa.

—Tu padre está preocupado por ti, Max. Solo quiere lo mejor para ti.

—Pues no se nota... Si pensara un mínimo en mí, no me habría hecho pasar por esta situación tan incómoda, sobre todo cuando sabe que me despedí hace años de todo lo referente al hockey —replico echando una rápida mirada a varios de esos jugadores, quienes, entre ejercicio y ejercicio, no cesan de cuchichear y reírse por lo bajini de mí—. Ya no tengo trece años.

—Creo que eso lo sabemos —indica con una sonrisa.

—Y, tú, ¿cómo estás, Harold? —pregunto cambiando de tema.

—No me puedo quejar —contesta divertido.

—Me alegro —murmuro moviéndome incómoda al ver cómo unos jugadores pasan cerca de mí y me miran de manera extraña—. ¿Es la primera vez que veis a una chica en una pista de hielo o qué os pasa? —les suelto cansada de tanta tontería y lo que consigo es que estos... ¡¡se rían en mi cara!!

Uf... ¡qué hartura de chicos!

—¿Quieres que te respeten? —me pregunta Harold en un susurro y, al dirigir mi mirada hacia él con curiosidad, veo una chispa traviesa en sus pupilas que me hace intuir que tiene algo pensado.

No sé si me arrepentiré, pero me mata la curiosidad y no soy famosa precisamente por frenar mis impulsos.

Todo lo que sabes

Maxine

—Sé que la fama que me gané cuando vivía aquí se ha hecho incluso más grande por todo lo que se dice que he hecho en Seattle, pero no creo que le haga gracia a mi padre que saque mi lado oscuro delante de sus inocentes y dóciles jugadores —suelto y consigo en el acto una carcajada tan potente que todos, sin excepción, nos echan una mirada de curiosidad.

—Todos tenemos un lado oscuro, Max, te lo aseguro… y, quien diga que no, miente. De todas formas, he pensado en algo mejor y sin tener que enfadar a tu padre —puntualiza siguiéndome el juego—. Muéstrales una parte de esa Max que ellos ni siquiera sospechan que existe —susurra emocionado—. Sé de lo que eres capaz, ¡he visto cómo juegas!, y… sinceramente, entre tú y yo, a esos chicos hay que bajarles un poco los humos.

—Llevo demasiado sin practicar, Harold —digo encogiéndome de hombros, pero siento en mi interior un cosquilleo alentador que me hace removerme inquieta en mi sitio y espero que no se dé cuenta de que esa frase no es del todo cierta.

—Nunca he pensado que fueras una cobarde o… ¿acaso Seattle te ha cambiado? —replica picándome adrede para incitarme, y le muestro una sonrisa, porque en parte sí que me ha cambiado mi corta permanencia allí, tanto que a veces no me reconozco en el espejo—. Imagínate la cara que pondrán cuando vean que eres mejor que todos ellos.

—No sabía que fueras tan exagerado, Harold. No soy ni de lejos tan buena.

—Tienes un estilo único, Max, y te aseguro que hay jugadores que no te llegan ni al borde de la cuchilla del patín. Además, ayer te vi patinando y me contó tu padre que en Seattle estabas practicando patinaje artístico, ¿no?

—Sí, pero no es lo mismo. Allí aprendí a hacer cabriolas y no a pelearme por un disco negro.

—Se usan patines de cuchillas y te deslizas por una pista de hielo, ¿verdad? —me rebate mientras esboza una sonrisa traviesa que me hace imitarlo—. Además, has jugado toda la vida a hockey, dudo que se te haya olvidado cómo hacerlo… y sería muy divertido verles las caras después. De verdad, Max, esos chicos necesitan que alguien como tú les baje de la nube en la que están subidos.

—Está bien, me has convencido. ¿Qué quieres que haga? —acepto sin pensar, agarrándome al optimismo sin límites de Harold mientras comienzo a estirar los músculos.

—¡Esta es mi Max! —exclama con entusiasmo—. Demuéstrales lo rápida que eres —me pide mientras me tiende el stick, el palo de madera con la hoja en forma de ele ligeramente abierta, destinado a golpear el puck, también conocido como el disco negro—. Es de tu tamaño —comenta y enarco una ceja que a Harold le provoca una risotada—. Tenía todas las esperanzas puestas en convencerte de esto. Ayer, cuando te vi patinar, pensé en lo genial que sería que mostraras tus cualidades delante de los chicos —me explica sin molestarse siquiera en ocultar que lo tenía todo ya más que planeado.

—Ya veo… —susurro incapaz de reprimir una sonrisa.

—Mason —llama Harold a mi padre—, vamos a probar la velocidad de nuestros muchachos —le dice. Observo cómo este lo mira y arruga la frente, para después observarme rápidamente a mí y asentir conforme a la petición de su segundo al cargo.

—Bien, chicos —se dirige a ellos mi padre mientras sus otros dos asistentes comienzan a preparar la pista para este nuevo ejercicio—. Ya sabéis que en el hockey son necesarias la velocidad, la fuerza y la tenacidad.

—Pero hay otro valor que necesitáis aprender y es el de no subestimar nunca al adversario. Aunque ese adversario sea… una chica con fama de tener alergia a los deportes —suelta Harold mientras me entrega un casco que no dudo en coger—. ¿Quién se atreve a competir con la hija del jefe?

Todos, sin excepción, comienzan a murmurar entre ellos. Mi padre me mira, después observa a Harold, que asiente de esa manera que recuerdo que expresa que tiene que confiar en él, para después pasar por delante de cada uno de los jugadores de su equipo.

—Os creía más valientes. ¿Nadie quiere enfrentarse a mi hija? —pregunta mi padre con seriedad mirando uno a uno a todos sus jugadores.

—Podría hacerlo hasta con los ojos vendados, entrenador —suelta William prepotente.

—No hace falta que te vendes los ojos, muchacho —suelta mi padre arisco—. Prepárate, porque vas a ser tú el primero en este ejercicio.

Dejo un segundo el casco en el suelo, me entrelazo rápidamente el cabello en una trenza baja y luego me lo pongo sin dejar de observar cómo William se acerca a mí con chulería.

Espero no pifiarla y acabar peor de lo que estoy.

Ay... ¡mi madre! Harold, ¿por qué me has animado? Nadie sabe que sé jugar al hockey, algo que puse mucho empeño en ocultar cuando nos mudamos a Langford para ahora acabar mostrándoselo a los prepotentes jugadores de mi padre al segundo día de volver al pueblo.

«Esto es volver a lo grande, di que sí, Max.»

—Este ejercicio lo habéis hecho muchas veces —comienza a decir Harold, consiguiendo que salga de mis pensamientos y que me centre en el momento—. Tenéis que llevar el disco hasta el otro extremo de la pista, utilizando el stick, lo más rápido posible. El ganador será el primero que llegue a la línea de la portería con el puck en su posesión.

—Si fuera otro, te daría unos segundos de ventaja para que quedaras bien delante de tu padre, pero siento mucho decirte que no voy a dejarte ganar y me da igual que seas la hija del entrenador —susurra William pedante y le echo tal mirada que solo espero que Harold tenga razón y poder darle su merecido a este patán.

—Perfecto —suelto mientras destenso mi cuello y me centro en el objetivo.

La voy a pifiar... Si ya lo estoy viendo venir.

—Puedes hacerlo, Max —susurra Harold muy bajito, como si tuviese la capacidad de leerme el pensamiento, y asiento, intentando desechar la negatividad que sobrevuela por mi mente y centrarme en el objetivo.

—Preparados —dice mi padre—, listos... ¡¡ya!!

Cojo impulso y empiezo a acelerar mientras dirijo con el palo el disco negro. Observo a William a unos pasos de mí, se gira mostrándome su socarrona sonrisa y aprieto con fuerza el stick para comenzar a acelerar, cada vez más, controlando en todo momento la trayectoria del disco. Oigo los silbidos, los jaleos animando a William, pero, en vez de desmotivarme, me hacen crecerme y cambio mi postura, recordando todo lo que aprendí en el pasado y ayudándome de lo que he aprendido en este año practicando patinaje artístico.

Comienzo a estar más segura de mí misma al comprobar cómo controlo el disco sin dificultad, aumentando cada vez más la velocidad, y sobre todo la seguridad.

Lo igualo.

Lo supero.

Pero eso no me hace frenarme ni aminorar mi carrera hasta alcanzar la portería y frenar a escasos pasos de la red haciendo rotar mi cuerpo. Veo a William con el rostro desencajado y sonrío como hace demasiado tiempo que no hacía.

¡Buah, qué bien me sienta!

No sé cómo ocurre, pero de repente se vuelve una competición intentar ganarme en velocidad y vuelvo a hacer ese ejercicio un par de veces más con distintas personas, con el mismo resultado: mi victoria y más miradas de rencor dirigidas a mí. Parece que estos chicos no están acostumbrados a que les gane una chica.

—Vamos a cambiar de ejercicio —propone mi padre mientras bebo agua, la verdad es que tanta carrera me ha dejado sedienta—. Como veis, nunca hay que subestimar al adversario, sea como sea. Nunca se sabe las altas capacidades que tiene el rival hasta que uno empieza a jugar y hay que estar siempre preparado para todo.

—Que sea rápida no significa que sea buena jugando —suelta William herido en su ego, y veo cómo Harold le hace una señal con la cabeza a mi padre, algo que no comprendo, pero parece que él sí.

—Todo el equipo de entrenadores sabemos que sois muy buenos —prosigue mi padre como si no hubiese oído su réplica—, por eso estáis en el Victoria Grizzlies y no en otro equipo local. Pero también es nuestro deber enseñaros que siempre podéis ser mejores de lo que sois, porque siempre encontraréis a alguien que os supere en cualquier rasgo que pensabais que erais infalibles.

—¿Quieres intentar arrebatarle el disco a Max? Un… uno contra uno —suelta Harold a William, viniéndose tan arriba que incluso me sorprende a mí.

Una cosa es competir en velocidad y otra encararme con ese patán venido a más.

—No quiero hacerle daño —contesta arrogante y pongo los ojos en blanco. De verdad, ganas me entran de darle con el palo en esa cabezota dura y engreída que tiene.

—Quiero intentarlo yo, entrenador —indica Theo de repente, deslizándose unos centímetros hacia delante con precisión.

Me sorprende que quiera enfrentarse a mí, porque no tiene pinta de tener que demostrar nada a nadie. Puedo ser rápida, pero no me considero tan buena como para intentar un cara a cara con el chico de oro del equipo, con el que convivo y al que parece que no le caigo especialmente bien.

Mi padre mira a Theo, después a Harold y por último a mí. Suelta el aire por los labios y me señala con el bolígrafo que siempre lleva encima, junto con su libreta de estrategias.

—¿Te atreves? —me pregunta mi padre con seriedad y me encojo de hombros.

No sé cómo saldrá la cosa y lo más seguro es que me dé tal repaso que se acabe mi racha, pero me estoy dando cuenta de que mostrarles que no soy como ellos creen es motivador e incluso divertido.

Harold me pone rápidamente unas protecciones en el cuerpo, aparte del casco. Sin duda no quiere que Theo me haga daño con el cuerpo a cuerpo. Me mira con cariño, algo que me hace recordar a mi abuela, la única que me mira de esa manera, pero intento centrarme en el momento y no dejarme llevar por los sentimientos.

—Siéntete libre de utilizar todo lo que sabes —me susurra mientras me asegura bien las protecciones y asiento a sus palabras.

Cojo otra vez el stick y me pongo en mitad de la pista, con el disco en mi posesión.

Theo no me habla.

Ni siquiera me muestra una mirada burlona para achantarme o, en su

defecto, subirme los ánimos.

Está tan concentrado como yo, como si de verdad se tomara en serio este enfrentamiento que se ha inventado Harold para demostrar que no hay que subestimar al adversario, aunque este sea la considerada rarita del pueblo.

Nos miramos a los ojos a través de nuestros cascos, oímos el silbato de mi padre y comenzamos a luchar por la posesión del disco.

Estoy nerviosa, ¡mucho!, porque llevo demasiado tiempo sin jugar de verdad al hockey —aunque es cierto que este año he practicado un poquito—, pero parece que mi cuerpo recuerda todos los movimientos, todo lo que hay que hacer, e intento no pensar, dejándome llevar por la intuición. Theo me arrebata el disco, pero rápidamente lo vuelvo a coger, para comenzar a alejarme de él. Es bueno. Joder, es muy bueno, porque ya lo tengo delante, tratando de arrebatármelo.

No nos tocamos. Algo bastante difícil en el hockey masculino porque es una lucha de cuerpo contra cuerpo y eso... me extraña. Pero desecho esos pensamientos que me desconcentran y sigo peleándome por la posesión del dichoso disco negro.

Luchamos sin descanso manteniendo en todo momento la distancia corporal. Me quita el puck, se lo arrebato. Me lo vuelve a quitar y lo recupero unas cuantas veces, ni siquiera llevo la cuenta. He perdido la noción del tiempo que llevamos disputando la posesión del disco, ganándonos terreno uno al otro. Sin rozarnos. Sin que me empuje o yo lo empuje a él... hasta que en mi mente resuenan las palabras de Harold: «Siéntete libre de utilizar todo lo que sabes». Entonces caigo en lo obvio, tengo que aprovechar todo lo que he aprendido en el patinaje artístico y ayudarme de esas nociones para poder hacer algo. Sonrío con fuerzas renovadas y me percato de que Theo se ha dado cuenta, porque acaba de fruncir el ceño sin comprender lo que me hace gracia. Comienzo a mover el disco rápidamente de un lado a otro, voy hacia la derecha, hacia la izquierda, para atrás, me acerco a la pared, para después, en un mísero hueco libre, impulsarme hacia delante y agacharme casi rozando el suelo, desapareciendo de delante de Theo por un resquicio tan pequeño como imposible. Aprovecho ese descuido para avanzar rápidamente hacia la portería; no me intercepta, no logra alcanzarme y lanzo el disco que entra sin dificultad en la portería. Me giro hacia él y observo cómo Theo está quieto a escasos pasos de donde estoy, tan serio que no sé cómo tomármelo. Me está mirando, con el stick agarrado con fuerza y la

postura rígida. El ambiente está tenso, no se oye una mosca, como si todos estuviesen en shock por lo que acaba de suceder.

Llamadme loca, pero creo que no le ha hecho gracia que lo gane, ni a él, ni al resto del equipo. Pero… sé que es una victoria a medias. No ha luchado al cien por cien contra mí y eso… ¡me fastidia, y mucho!

—Y así, señores, es cómo se gana un partido: dejando al contrario en blanco —comenta Harold con una amplia sonrisa, mucho más emocionado que yo por mi victoria.

Me encojo de hombros y agacho la mirada porque… no me siento tan bien como debería. Theo no ha luchado contra mí como si lo hiciera contra uno de sus compañeros y odio ganar sin merecérmelo. Mis ojos encuentran a mi padre, que me mira analítico para después asentir, de esa manera tan suya que no muestra nada de lo que se le pasa por la mente, coger el bolígrafo y anotar rápidamente algo en su libreta.

—Muy bien jugado, Theo y Max —dice y se coloca delante de todos los jugadores—. Vamos a hacer otro ejercicio antes de irnos. Max, ¿puedes ayudar a Harold a preparar la pista?

Asiento mientras me dirijo hacia donde está el segundo al cargo, que me recibe con una sonrisa capaz de animar a cualquiera mientras me quito el casco.

—Sabía que lo conseguirías. Ahora no se atreverán a reírse más de ti.

Y aunque sé que lo dice con sinceridad, sé que no será así. Demostrar que no se me da mal jugar al hockey no va a conseguir nada. Como tampoco haber ganado de esta manera, a medias, sin sentir que Theo se estuviera dejando la piel para derrotarme.

Creo que ha sido un error mostrar una parte de mí que ya no existe. Porque es cierto que antes jugaba al hockey, es cierto que este deporte movía todo mi mundo, pero esa parte de mí murió hace años junto con las ilusiones de una Max distinta a la que soy ahora.

Menta

Maxine

—¿Me puedo ir ya? —le pregunto a mi padre después de que haya dado por finalizado el entrenamiento.

Los jugadores comienzan a quitarse los patines para marcharse al vestuario a ducharse. Los asistentes recogen los materiales esparcidos por la pista, y mi padre, como es costumbre en él al acabar los ejercicios, está anotando las impresiones que ha tenido esta tarde en su cuaderno, para poder trabajarlas en las siguientes sesiones.

—No, espérame cinco minutos y nos iremos a casa juntos —dice y, sin esperar a que responda, lo veo alejarse de mí para ponerse a hablar con Harold y su otro asistente, que no recuerdo cómo se llama.

Me dirijo al banquillo para quitarme los patines, sin prestar atención a los jugadores que todavía siguen ahí haciendo lo mismo y que, al verme sentarme cerca de ellos, se quedan callados de repente. Intento centrarme en mis movimientos, tratando de no mostrarles que me incomoda que se hayan quedado mudos por mi culpa, porque nunca me ha gustado mostrar a la gente mi vulnerabilidad. Guardo los patines en la mochila y me calzo mis deportivas blancas, y me doy cuenta de que, poco a poco, se han ido yendo sin decir ni una sola palabra.

Con los patines ya guardados, cojo el móvil y veo con frustración que Isha no me ha enviado ni siquiera un mensaje. Miro a mi alrededor por si veo a Elliot y lo encuentro ya de espaldas, en dirección a los vestuarios para ducharse. La verdad es que no he tenido ocasión de compartir ningún ejercicio con él, aunque sí lo he visto reírse y hacer bromas con todo aquel que le prestara un poco de atención. Tengo que reconocer que me gusta para mi amiga, parece buen chico aun siendo un jugador de hockey y es por eso por lo que tengo que hacer algo para que Elliot se fije en Isha, pero ¿el qué? Y sobre todo... ¿cómo?

Dejo escapar el aire mientras veo que mi padre llama a Theo en cuanto este se levanta del banquillo para marcharse. No puedo evitar

fijarme en cómo hablan los dos, alejados de los asistentes, entre susurros, y, en un momento dado, ambos me miran un segundo para después volver a centrarse en el otro.

Me muevo incómoda al presentir que están hablando de mí, aunque pueda sonar un poco a locura.

Cojo mi móvil dispuesta a enviarle un mensaje a Isha para saber cómo está, pues así me mantendré ocupada y dejaré de imaginarme diferentes tipos de conversaciones con un único elemento en común: yo. Sin embargo, detecto que mi padre empieza a acercarse a mí mientras Theo camina en dirección a los vestuarios.

Vaya, la conversación ha sido corta...

—Tengo que quedarme un poco más en el centro deportivo. Theo te llevará a casa cuando salga de ducharse —me anuncia con tranquilidad. Abro más los ojos, sorprendida al no esperarme eso.

—No hace falta que me lleve nadie. He venido en la bici.

—Es de noche, Max —murmura mi padre cruzando los brazos sobre el pecho, en una postura intimidante con la que me deja claro que no está dispuesto a negociar; aun así... lo intento.

—Llevo chaleco reflectante en la mochila, luz delantera y trasera, además de que no sería la primera vez que voy en bici a estas horas.

—Vivís en la misma casa —me recuerda con rotundidad—. Además, sabes que necesito pruebas que me confirmen que realmente has cambiado. No quiero volver al punto en que lo dejamos hará un año, Max.

—Entonces, ¿tengo que hacer todo lo que me pidas sin rechistar?

—Creo que nos vamos entendiendo —suelta para de inmediato darse la vuelta y dejarme de nuevo sola.

¡Mierda!

Si no tuviera que ayudar a Isha a que este año fuese épico para ella, ahora mismo me marcharía de aquí, sin importarme lo más mínimo que mi padre se enfadase conmigo por no cumplir todos sus mandatos. Sin embargo, para mi desdicha, necesito que empiece a confiar en mí para que me deje libertad para ayudar a mi mejor amiga, aunque eso signifique tener que aceptar que el sobrino de Julie me lleve a casa en

su pick-up. Sé que tampoco es el fin del mundo, pero no me gusta sentir que soy un estorbo.

Dejo escapar el aire mientras tecleo en mi móvil un mensaje para Isha, quien sigue sin darme señales de vida.

¿Estás más animada?

Isha no tarda en conectarse a la aplicación para contestarme.

Leer una buena novela romántica anima a cualquiera. ¿Sabes dónde puedo conseguir a un chico como los que salen en estos libros?

Ni idea, pero, si quieres, hablo con la escritora para que me dé pistas para encontrarlo.

¡Sabía que podía contar contigo! Jajajajaja.

¡Siempre!

Ahora me siento una tonta por haberme puesto así. Elliot no es nada mío.

No digas eso. Es normal que te moleste, Isha.

Te gusta y te has sentido dolida al verlo con otra chica. Eso nos pasa a todas, pero tienes que empezar a no esconderte.

¡Lo sé! Por eso te he pedido que me ayudes a que este año sea inolvidable.

Ten por seguro que haré lo que haga falta para que lo sea. ¡Aunque tenga que disfrazarme de oso pardo para poder salir de aquí!

¿Ya has terminado con el entrenamiento?

¡Ya me gustaría a mí! Aquí sigo... Ahora mismo estoy esperando que Theo termine de ducharse para que me lleve a casa.

Mi padre no sabe cómo hacer para hundirme más en la desdicha. Creo que intenta superarse cada día.

¡¡Me muerooo!! ¿Vas a subir a su camioneta?

Espero que sí. Solo me faltaría, para redondear el día de hoy, que me llevase corriendo al lado del coche como si fuera un perro apestoso.

¡Qué loca estás! Theo tiene pinta de ser de los que abre la puerta para que entre la chica.

¡No me digas eso, que entraré flechada para que no se le ocurra hacerlo!

Jajajaja. ¡Eres única, Max! Todas estaríamos encantadas con que nos hiciera algo así un chico, y tú... ¡serías capaz de cualquier cosa para que no lo hicieran!

Qué le voy a hacer. Soy una rebelde.

Cuando llegues a casa llámame y dame toooodos los detalles.

La llamada ya estaba programada, pero que hablemos de él… ¡no te lo prometo!

Isha me envía un sticker donde un monísimo perro llora de la risa y bloqueo el móvil sintiéndome un poquito mejor. Por lo menos la he notado más animada que esta mañana y espero, cuando llegue a casa, lograr que se ría a carcajadas cuando le cuente todo lo que he hecho en mi primer día de entrenamiento oficial.

—Max —me llama mi padre a los pocos minutos—. No hagas esperar a Theo —añade señalando el acceso a la pista de hielo, donde se encuentra este de pie ante la puerta—. Id con cuidado —le recuerda a él.

—Por supuesto, entrenador —le responde Theo, y alzo la mirada al techo con resignación.

Cojo mi mochila, farfullo una despedida más dirigida a Harold que a mi padre y comienzo a caminar hacia el sobrino de Julie. Lo miro de reojo al pasar por delante de él y capto cómo este resopla bajito mientras avanza a mi lado.

No hablamos.

Me imagino que a él tampoco le hace ninguna gracia que el entrenador le haya endosado a la cafre de su hija, aunque vivamos juntos.

En cuanto salimos del centro deportivo, inhalo la húmeda y fresca brisa nocturna mientras me dirijo a mi bicicleta, estacionada a escasos pasos de la entrada. Theo me espera mientras teclea algo en su móvil y, en cuanto lo alcanzo, se pone a caminar en dirección a su coche. Abre la pequeña portezuela de la parte de atrás de su pick-up, coge la bicicleta sin ningún esfuerzo y la deja en su interior. Antes de que la

cierre, ya estoy abriendo la del copiloto para sentarme y no tentar a la suerte por si Isha tiene razón. Theo no tarda en ocupar su asiento y, cuando arranca el motor, el suave aroma del gel que ha utilizado para ducharse invade mis fosas nasales.

Huele bien.

Huele muy bien, como a menta y fresco. Como a un bosque en un día lluvioso. Como olía su albornoz...

«¡Madre mía, Max, deja de pensar tanto! El chico huele bien porque acaba de ducharse: ¡punto y pelota!»

Sale del parking con seguridad mientras se oye la radio a un volumen demasiado bajo como para apreciar qué canción es. Me remuevo inquieta, intentando dejar de olerlo, pero es imposible porque todo este reducido espacio huele a él. Aunque, para ser justa conmigo misma y ya que no he tenido excusa para librarme de esta situación tan incómoda para los dos, prefiero que huela bien que a tigre enjaulado o, mejor dicho, a oso apestoso.

—Siento que te haya tocado llevarme a casa. He intentado que no te involucrara, pero mi padre no es dado a hacerlo con tal de llevarme la contraria —le digo con frustración, harta de este silencio autoimpuesto solo roto por el sonido hipnótico del motor del vehículo y la casi imperceptible emisora radiofónica.

—Vivimos en la misma casa —replica con esa portentosa y sugerente voz sin apartar la vista de la carretera.

—Y no puedes negarte a cualquier cosa que te pida tu entrenador barra tío postizo —resoplo ampliando esa frase para ajustarla a la realidad, y entonces desvía rápidamente sus ojos hacia mí para de inmediato volver a centrarlos en la calzada—. ¿Por qué me has dejado ganar?

—No te he dejado ganar —farfulla, y veo cómo su expresión se ha endurecido incluso un poco más si cabe.

—Mientes.

—¿Por qué lo aseguras sin dudar?

—Sé cómo se juega al hockey y ni siquiera te has ayudado de tu cuerpo para arrebatarme la posesión del disco.

—Porque no quería ganar gracias a la fuerza —dice con brusquedad y no puedo evitar mirarlo extrañada—. Quería jugar en igualdad de condiciones contigo, aunque, si hubiese sabido que estaba jugando contra una campeona de hockey… ten por seguro que no habría jugado de la misma forma.

—¿Quién te ha dicho que soy una campeona? —suelto sin poder frenar la pregunta que ha brotado de mis labios sin querer.

—Sinceramente, nadie tenía ni idea de que jugabas al hockey e incluso me han asegurado varias veces que rehúyes todo lo referente al deporte. Pero no me he conformado con esa explicación tras verte en acción y he probado buscando por Internet.

—¡No me fastidies! ¿Y aparezco? —planteo cogiendo mi móvil y tecleo mi nombre en el buscador.

Que sí, que soy lo peor, pero jamás se me había ocurrido hacerlo. Rápidamente aparece un listado de noticias y fotos de cuando era pequeña y jugaba en el equipo femenino juvenil de hockey hielo de Vancouver.

Son imágenes que me hacen recordar esa parte de mi vida que he ido arrancando de mi memoria paulatinamente hasta desaparecer por completo, como si lo vivido hubiese sido producto de mi imaginación o un sueño. Seguidamente, cierro los ojos y bloqueo el teléfono, justo después de ver una instantánea en la que se me ve, con trece años, levantando una enorme y brillante copa de campeonas, con una amplia sonrisa y los ojos desbordantes de felicidad.

¡Mierda!

No es por ti

Maxine

Abro los ojos y me quedo mirando mis manos, para después captar un murmullo, una voz lejana que me ha dicho algo pero a la que no he prestado atención por culpa de los recuerdos que me han asaltado al ver esas fotos. Giro la cara y veo a Theo mirarme fugazmente, como si esperase a que le contestara a algo.

—Perdona, ¿me has dicho algo?

—Sí… ¿por qué dejaste de jugar? —me vuelve a preguntar y suelto un suspiro—. Por lo que he leído, ya había varios equipos profesionales pendientes de ti y no he visto ninguna noticia referente a que te hubieses lesionado.

—Sí que te ha cundido la investigación, ¿eh?

—Solo quería entender cómo era posible que me hubieses ganado cuando todo el mundo me había asegurado que eras una negada para los deportes.

—Es lo que tienen las habladurías, no sabes qué es verdad y qué no —replico con una sonrisa mientras veo que coge el desvío que nos llevará a nuestra casa; en todo caso, Theo no hace el mínimo gesto de rebatir esa absurda afirmación. Me imagino que estará acostumbrado a ganar en cualquier deporte y que lo haya ganado una chica con fama de todo menos de deportista lo habrá mosqueado—. Supongo que me cansé de jugar —comento mirando por la ventanilla.

—¿Supones?

—Eso he dicho —contesto con guasa echándole una divertida mirada; él sigue concentrado en la conducción y su rostro no refleja nada más que seriedad.

—¿Cómo aprendiste a ser tan rápida? —pregunta al cabo de unos segundos en silencio, justo después de detener la pick-up al borde de

la acera, delante de mi casa. Me imagino que el acceso al garaje se lo deja libre a mi padre y su tía.

—¡Buah, chaval! Te va a parecer muy loco lo que te voy a contar, pero resulta que tengo un padre que es entrenador de hockey, ¡alucina!, y que me enseñó a deslizarme sobre unos patines de cuchillas antes que a caminar —digo medio en broma, pero al ver su semblante severo y expectante, suelto el aire y le respondo con sinceridad—: He entrenado durante muchos años, todos los días y durante muchas horas.

—Pero lo que has hecho antes para arrebatarme el disco... Eso no nos lo ha enseñado tu padre.

—Porque ese movimiento lo he aprendido en patinaje artístico —le informo mientras me desabrocho el cinturón de seguridad—. Harold me ha recomendado que utilizara todo lo que he aprendido sobre unos patines y... he improvisado.

—¿Podrías enseñármelo?

—¿Có-mo? —planteo incapaz de evitar fruncir el ceño. La verdad es que no me esperaba esa petición y mucho menos por parte de él.

—Lo que has hecho hoy ha sido... desconcertante. Ni siquiera podría haber imaginado que harías algo así para arrebatarme el disco, y después has acelerado tan rápido que no he tenido tiempo ni de reaccionar. Quiero aprender esos trucos, necesito ser más rápido de lo que soy; quiero ser imbatible, porque este año quiero ser el mejor jugador de la liga.

—Te recuerdo que mi última copa alzada fue con trece años, Theo. Además, ni siquiera sabía que me saldría bien esa locura que he improvisado. No creo que te pueda enseñar nada distinto a lo que puedas aprender con mi padre.

—Vaya... Pensaba que podríamos ayudarnos mutuamente, Max, pero parece que me he equivocado —me suelta seco, para después verlo salir y dar un fuerte portazo.

Parpadeo confusa y tardo tres segundos más de lo que debería en salir al exterior, pero es que esa penúltima frase me ha descolocado bastante. Cuando voy hacia la parte trasera de la camioneta, Theo ya me ha bajado la bicicleta y espera a que la coja.

—Ayudarnos mutuamente ¿a qué?

—Tu padre no solo quiere que te lleve hoy a casa, sino que también me ha pedido que te vigile de cerca, que me convierta en tu sombra.

—No puede ser… —resoplo mientras cierro los ojos haciendo un esfuerzo por tranquilizarme—. Mi padre se está tomando tan en serio eso de que debo ganarme su confianza que me está poniendo hasta espías para que vigilen si miento o no —protesto, y veo cómo cierra la portezuela de la parte de atrás de la pick-up para después apoyar su brazo en el canto.

—No sé lo que has hecho para que tu padre me haya pedido que esté pendiente de ti, Max. Francamente, no me importa. Pero, si me ayudas a mejorar mi juego, puedo ser muy indulgente cuando él me pregunte.

—¿Me estás chantajeando? —planteo sorprendida y entonces Theo me muestra una sonrisa amplia, divertida, que me sorprende tanto como darme cuenta de lo bien que le sienta esa simple acción.

—No. Es un intercambio de favores. Tú me ayudas, yo te ayudo. ¡Los dos ganamos! —matiza con tranquilidad, señalándome para después señalarse a sí mismo, como si estuviese todos los días haciendo tratos con la gente.

—¿Y serías capaz de mentirle a mi padre? Te recuerdo que es el novio de tu tía, vives en su casa y, como si eso fuera poco, es tu entrenador jefe, al que le debes respeto y obediencia.

—Te lo he dicho antes: quiero ser el mejor. Si todo va como lo tengo planeado, en verano ya no estaré en Langford y me dará igual haber mentido a cambio de conseguir lo que quiero.

—Tengo que reconocer que me has sorprendido, Theo —confieso mientras cambio el peso de una pierna a otra—. Te había juzgado mal. Pensaba que eras un lameculos dispuesto a todo por ganarse el favor de mi padre, pero veo que tras esa fachada de chico responsable, callado y serio que muestras se esconde alguien totalmente distinto capaz de todo por alcanzar lo que quiere.

—No eres la única que tiene un lado oculto —comenta; frunzo el ceño al no esperarme esa contestación por su parte. ¡Uy, que el sobrino perfecto puede ser también malote!—. Entonces, ¿aceptas?

—No lo sé…

—Pon tú las condiciones. ¿Qué quieres? ¿Ser la chica más popular del instituto?

—¡Por Dios, nooo! —suelto sin dudar un instante, para después mirarlo fijamente—. Va a ser una pérdida de tiempo, Theo. No es que no quiera ayudarte, es que creo que no te voy a poder enseñar nada que no sepas.

—Como quieras. Pero es una pena que desaproveches esta oportunidad que te estoy ofreciendo, Max. Porque tendré que informar a tu padre de lo que está a punto de pasar —susurra con una sonrisa traviesa que no comprendo.

—Max, ¿todo bien? —oigo la voz de Finn y no puedo evitar abrir mucho los ojos, sorprendida, mientras Theo enarca una ceja dándome a entender que a eso se refería.

¡Mierda!

—Eh... Sí, claro —digo mientras me giro y lo veo a escasos pasos de donde estamos, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones vaqueros negros desgastados, la barbilla baja, pero mirando hacia arriba con sus preciosos ojos azules. Es esa actitud chulesca que, tengo que reconocer, es mi preferida. Titubeo un segundo mirando a Finn y después al jugador de hockey, para de inmediato soltar el aire con brusquedad.

—Te espero dentro, Maxine —interviene Theo en tono seductor mientras desliza sus dedos por mi rostro como si me estuviese apartando con lentitud un mechón invisible de cabello.

Eh..., perdona, ¿me acaba de acariciar?

Le echo una mirada incrédula y me responde con una sonrisa de anuncio.

¡Una maldita sonrisa de anuncio!

Sí, muy bonita, pero, si lo juntamos con la caricia que se ha marcado sin venir a cuento, ahora mismo, si me pinchan, ¡¡no sangro!! Porque esto... esto es muy raro. Incluso es más raro que haya utilizado mi nombre completo, cuando nadie, a excepción de mi padre cuando está cabreado o la madre de Finn cada vez que me ve, lo usa.

Theo entra en casa sin que haya podido siquiera reaccionar, ¡todavía estoy digiriendo este extraño momento! Entonces me obligo a empujar la bicicleta por el camino que ha cruzado el sobrino de Julie en dos largas y seguras zancadas y me percato de que Finn me sigue a pocos pasos de distancia. Dejo la bici al lado de los escalones que llevan al

porche, preparada para el día siguiente, sin poner candado ni nada. Lo bueno de este pueblo es la tranquilidad y seguridad que hay. Al girarme, me fijo en que Finn está mirando hacia la puerta de mi casa, para después volver a enfocar esos increíbles ojos azules en mí.

¡Lo que me faltaba para acabar el día! Lidiar con el chico que me rompió el corazón a cachitos tan enanos que creo que necesitaré una vida entera para recomponerlo.

—¿Te estaba molestando? —susurra haciendo un ligero movimiento hacia mi casa, dejándome claro que se refiere a él.

—Claro que no —contesto mientras comienzo a subir los escalones, intentando concentrarme en mis movimientos, sin dejar de pensar en lo que me ha pedido Theo.

¡Está loco! ¿Cómo voy a enseñarle algo de hockey? Y no importa que se haya ofrecido a ayudarme a endulzar cualquier cosa que haga o deje de hacer en Langford a oídos de mi padre. Por mí, le puede detallar paso por paso mi aburrida vida, a ver si así este se da cuenta de que he cambiado y me permite que me pueda centrar de una vez por todas en que mi amiga tenga su ansiado año de experiencias.

Aunque... pensándolo mejor, tal vez podría utilizar a Theo para ayudar a Isha a que se acerque a Elliot. Porque ¡¡son amigos!! Y podría tener la excusa perfecta para juntarlos.

¡Uy, no había caído antes en eso! Podría ser la solución perfecta para poner en marcha mi plan.

—¿Estáis...? ¡Ya sabes! —dice Finn con un hilo de voz, consiguiendo que mis pensamientos echen el freno de mano y me concentre totalmente en lo que me acaba de sugerir como si nada nuestro vecino.

—A ver, aguanta —resoplo mientras me giro en el primer escalón y me cruzo de brazos. Ahora estamos a la misma altura y me es extraño mirarlo a los ojos sin tener que levantar la cara para hacerlo, porque otra de las cosas que más me gustan de él es que es muy alto, mucho más que yo—. ¿Me estás preguntando si Theo es mi novio?

—Ah, el cachitas se llama Theo —farfulla con resquemor y ahora sí que no entiendo nada de nada.

—¿No sabes cómo se llama tu ahora vecino?

—¿Tengo que saber el nombre de todos los vecinos del barrio, Max? —replica condescendiente—. Además, más bien te estaba preguntando si estabais liados o no. Ya sabes que no creo en el amor.

—Ah, claro, el chico antiamor —mascullo con resentimiento.

—Max, contesta a la pregunta.

—¿Por qué te interesa saberlo? —susurro escéptica.

—Solo me preocupo por ti. Te conozco desde hace mucho tiempo y ese... tipo solo lleva un año viviendo aquí. Se oyen cosas sobre él, ¿sabes? No es tan bueno como aparenta delante de tu padre y no quiero que te haga daño.

—Ah, entonces sí que sabes quién es —le rebato con una sonrisa al haberlo pillado; sin embargo, este ni siquiera me responde—. No sabía que fueras tan buen vecino, Finn.

—Siempre lo he sido, lo que pasa es que la gente ha metido mucha mierda sobre mi nombre.

—Entonces, tú mismo eres consciente de que, lo que se oye por ahí, hay que cogerlo con unas pequeñas y diminutas pinzas.

—Me estás dando demasiadas largas, Max. Por lo tanto, estáis liados y lo que pasa es que no te da la gana de contármelo.

—¿Sabes? Si fuera más lista, no te sacaría de la duda. Es más, me agarraría a ese clavo ardiendo y fingiría como una actriz de Hollywood que Theo y yo estamos locamente enamorados. Pero no soy así, Finn. Aunque sea consciente de que es la primera vez que te interesa algo de lo que hago, no voy a meter a Theo en una mentira.

—No es verdad. Siempre me he preocupado por ti, Max...

—¡No mientas, por favor! —exclamo con desdén, aferrándome al hecho de proteger mi lisiado corazón—. ¡Solo llevo un par de días en Langford! Por supuesto que Theo no es mi novio y mucho menos estamos liados. Y... para que no te quede ni siquiera una duda: no es por ti. Ya nada es por ti —sentencio con rotundidad mientras me doy la vuelta y entro en mi casa, cerrando la puerta tras de mí con ímpetu, sintiendo cómo esas últimas palabras me queman en la punta de la lengua.

¡¡Aaaaagh!!

Me quito las deportivas en la entrada con dos rápidos movimientos y subo cabreada con todo y con todos, pero sobre todo con Finn. Cierro la puerta de mi dormitorio más fuerte de lo que debería, pero es que necesito calmar esta frustración que empieza a desbordarse. Dejo la mochila sobre el banco que tengo bajo la ventana que da a la calle principal y me obligo a no asomarme para ver si sigue en mi jardín o se está yendo a su casa, ¡o lo que sea que esté haciendo! Como si está dando volteretas por el césped. Admito que tengo unas enormes ganas de ver qué hace después de lo que le he dicho, pero a la vez sé que no debo. ¡¡No debo!! Por eso comienzo a caminar en círculos, necesitando sentirme en movimiento y obligándome a no caer en la tentación de demostrarle a él, e incluso a mí misma, que me sigue importando.

Porque ya lo he olvidado.

Lo-he-ol-vi-da-do.

Aaaaagh...

¡Esto es una locura! Finn me ve hablando con un chico y se pone en modo protector. ¡Como si tuviera derecho a algo! Como si sintiera algo por mí...

«¡Aguanta, Max!, aunque tela marinera...

»No vayas por ese camino que ya sabes lo que te ocurrirá. Finn no siente nada por ti, te lo dejó bien claro hará un año y lo que ha pasado antes es... ¡No tengo ni idea! Pero seguro que no tiene nada que ver con eso y se acerca más a la versión extraña que te ha dado de que es un buen samaritano.

»No puedo volver a tener esperanzas con él.

»Finn ya no es importante para mí.

»Finn pasó a la historia.

»Finn perdió su oportunidad o tal vez la perdí yo.»

Me doy la vuelta y miro la puerta como si esta pudiera darme la respuesta a una pregunta que ni siquiera he formulado. Sin embargo, no espero a pensarlo fríamente porque mi cuerpo ya ha decidido por mí. Abro la puerta y tengo que taparme la boca para no gritar cuando veo a Theo apoyado en la pared de enfrente en una actitud sosegada y con la mirada anclada en mí. Parece que supiera que iba a salir de mi dormitorio para buscarlo, porque comienza a negar con la cabeza

lentamente y dibuja en su rostro una increíble y traviesa sonrisa.

Expulso el aire de golpe y me cruzo de brazos, enfrentándome a su mirada socarrona mientras está pendiente de cada uno de mis movimientos.

—Tengo un par de condiciones.

—No lo dudaba —susurra desdeñoso mientras se mete las manos en los bolsillos de sus pantalones anchos de chándal—. No me lo digas: quieres darle celos al rubito de la moto —añade con una sonrisita astuta, como si supiera mi gran secreto.

—¡Por supuesto que no! —exclamo con garra y en ese momento oímos que la puerta principal se abre y la voz de Julie nos informa de que acaba de llegar a casa, a lo que ambos respondemos con un «vale»—. De momento tienes que ayudarme a que mi padre empiece a dejarme salir —le digo bajando la voz.

—Hecho.

—Mañana te diré la otra condición. No quiero que tu tía nos oiga hablando a escondidas —murmuro y veo cómo dibuja otra sonrisa mientras se encoge de hombros.

—Como prefieras. Pero quiero empezar cuanto antes el entrenamiento, Maxine —contesta con seguridad y empieza a caminar en dirección a su dormitorio.

Sigo mirando la superficie lisa de la pared donde estaba apoyado Theo como si no pudiese moverme, percibo un movimiento cerca y, al dirigir la mirada a la derecha, veo a Theo muy cerca... tan cerca que puedo distinguir las vetas de un tono parecido a la miel que cruzan sus iris del tono más oscuro de la avellana.

—No te preocupes, que no le diré a tu padre quién te ha acompañado hasta la puerta. Aunque tengo que confesarte que me dejó bastante claro que no quería verte con él nunca y me animó a que hiciera lo que fuera preciso para mantenerlo alejado de ti. Según me dijo, es una mala influencia para ti.

Resoplo con resignación mientras observo cómo me sonríe pagado de sí mismo. Asiento conforme mientras me giro y entro en mi habitación, apoyándome contra la puerta una vez que la he cerrado.

Ahora sí que ya no hay vuelta atrás y no sé si estoy cometiendo el

mayor error de toda mi vida o, en cambio, he encontrado la solución a todos mis quebraderos de cabeza.

La NASA

Maxine

¡Toc, toc!

Me remuevo al oír ese sonido que me ha despertado ligeramente; me acomodo y suspiro de placer al encontrar otra posición perfecta para seguir durmiendo.

Hummm… qué bien se está en la cama, por favooor.

¡Toc, toc!

Frunzo el ceño y abro un ojo al asimilar que acabo de oír un golpeteo persistente en mi puerta.

¡Toc, toc! ¡Toc, toc!

—Pero… ¿qué pasa? —farfullo abriendo los ojos por completo y miro el techo de mi dormitorio; y entonces me percato de que entra tenuemente la claridad del día.

—Max, ¿estás bien? —Me llega la voz de Theo y frunzo el ceño.

—Eh… sí —digo mientras estiro el brazo para mirar la hora en el móvil y, al ver que quedan doce minutos para el inicio de las clases, doy tal salto que no sé ni cómo no me mato—. Mierda, mierda, mierda…

—¿Te acabas de despertar? —lo oigo de nuevo y resoplo con frustración mientras abro la puerta y me lo encuentro perfectamente preparado para ir a clase: pantalones vaqueros desgastados y la chaqueta estilo beisbolera de los Victoria Grizzlies abierta, bajo la que lleva una camiseta blanca que se entalla a su fibroso cuerpo.

Vale, está tan guapo que da hasta rabia a estas horas de la mañana.

—¿Tú qué crees? —farfullo mientras le muestro mi enorme y calentito pijama del Grinch, para después señalarle mis pelos alborotados, sin

contar, claro está, con las legañas pegadas a mis ojos.

Él simplemente suelta un suspiro mientras niega con la cabeza, y sus rizos se balancean con lentitud por su frente. Lo miro con rabia y abro la puerta del cuarto de baño para comenzar a prepararme a la velocidad de la luz. ¡Menuda rachita!

—Te doy dos minutos para que bajes; si no, me iré sin ti —dice antes de que cierre.

Abro los ojos sorprendida y cierro la puerta rápidamente sin ni siquiera decirle nada. Sé que si voy en bicicleta llegaré tarde irremediablemente, por eso me aseo en apenas unos segundos y, al salir para meterme de nuevo en mi dormitorio, descubro que Theo ya no está en el pasillo.

—¡No te vayas sin mííí! —grito desde dentro sin detenerme un segundo.

Me pongo unos vaqueros, los que tengo más a mano en el armario y que resulta que son más ceñidos de lo que me gusta.

Aaaaagh... estupendo.

Pero no tengo tiempo para volver a cambiarme, por eso cojo una amplia sudadera blanca que me pongo caminando hacia donde tengo la mochila, me la cuelgo al hombro y bajo la escalera tan rápido que no sé cómo no me estampo. Abro la puerta, cojo mis deportivas y salgo descalza a la calle corriendo como una loca hasta el coche de Theo. No entro como una chica delicada y educada, sino que me desparramo en el asiento mientras cierro la puerta tras de mí, para ver cómo este niega con la cabeza y pone el motor en marcha.

—Vale. No te doy los buenos días porque ahora mismo no son buenos, sino estresantes y hambrientos, mucho, demasiado —resoplo con la respiración agitada de la carrera mientras Theo sale de la calle y yo me concentro en ponerme las zapatillas rápidamente—. No habrás sido un sobrino pluscuamperfecto y me habrás traído el desayuno, ¿verdad?

—Da gracias a que te he despertado —masculla y gimo de impotencia.

—No sé cómo narices lo has sabido, pero gracias. ¡Seis alarmas para nada! Lo mío es como para que lo investiguen los de la NASA. Creo que la cama tiene un poder sobrenatural conmigo y me tapona los oídos o algo parecido —me quejo y veo cómo desliza una pequeña

sonrisa cuando lo miro de reojo.

—Cuando he salido de casa, he visto la bicicleta, por eso me he imaginado que todavía seguías en tu dormitorio —señala mientras me ciño el cinturón—. ¿Te pones seis alarmas y aun así no consigues despertarte?

—Sí —admito con resignación—. Cada cinco minutos me avisa de que me tengo que despertar, pero nada, que no hay remedio. ¡Soy lo peor para despertarme! Esta noche pondré una más a ver si a la séptima va la vencida.

—Has tardado muchísimo en responder. Ya estaba temiendo que te hubiera pasado algo y he estado a punto de abrir la puerta para asegurarme de que estabas viva.

—Puedes hacerlo. No duermo desnuda ni nada de eso —respondo encogiéndome de hombros y veo que frunce el ceño sin apartar la mirada de la carretera.

—Por cierto, cuando he salido a la calle me he encontrado con tu querido motorista rubio y me ha amenazado con romperme las piernas si me paso de la raya contigo —me explica, y no puedo evitar mirarlo sorprendida. Pero ¿en qué estaba pensando Finn para soltarle eso a Theo?

—No entiendo por qué te ha dicho eso, Finn nunca ha sido nada mío —puntualizo mirándolo de reojo de nuevo, y Theo desliza fugazmente una mirada incrédula hacia mí que me hace resoplar con fastidio—. Me da igual lo que creas —añado mientras me encojo de hombros e intento desechar de mi mente todo lo que envuelve a mi vecino—. ¡Uf... me muero de hambre!

—¿Siempre has sido así de desastre?

—Oh, vaya, gracias. Tú sí que sabes levantar los ánimos de una chica —replico de cachondeo y veo cómo me echa una mirada fugaz—. No todos podemos ser una virtud con piernas y pelo rizado —mascullo con ironía mientras abro el parasol para mirarme en el pequeño espejo y adecentar mi pelo.

¡Buah! Parezco una leona después de haber luchado contra cinco hienas y tres rinocerontes.

—No te lo tomes a la tremenda, solo intento entender tu modo de proceder. Eras la joven promesa del hockey hielo de Vancouver, la

jugadora que todos los equipos profesionales querían en su equipo. Me extraña que tu rutina fuera así de caótica —comenta mientras intento mejorar el estado deplorable de mi pelo; al ver que es un caso perdido, me subo la capucha para ocultarlo.

—¿Por qué te extraña? Para jugar bien al hockey no te tienes que levantar antes de que suene la alarma del despertador, Theo.

—Pero se necesita disciplina.

—Se necesita disfrutar con lo que uno hace —le rebato con una sonrisa observando cómo entra en el parking del instituto justo a tiempo. Sin embargo, Theo no continúa la conversación. No sé si porque está concentrado en buscar un hueco libre para aparcar su pick-up o porque está asimilando lo que le acabo de decir—. ¿Por qué te has molestado en despertarme para que llegara a tiempo al instituto? —pregunto con curiosidad al cabo de unos segundos de silencio y Theo me mira fugazmente mientras estaciona, al fin, con soltura.

—Lo he hecho porque tu padre me lo pidió —contesta con seriedad y no puedo evitar abrir los ojos con sorpresa—. Forma parte de tenerte vigilada cuando él no esté presente.

—Puf... Lo de mi padre no tiene nombre. ¡Me ha puesto un canguro las veinticuatro horas al día! —me quejo mientras salgo de la camioneta y cierro la puerta más fuerte de lo normal.

Pero es que la actitud de mi padre me sobrepasa. No lo entiendo, ¡juro que no lo entiendo! Incluso anoche, cuando cenamos los cuatro en la mesa, estaba como siempre. Como si no le hubiese pedido a Theo que me vigilara de cerca.

—Ya te lo dije ayer —me recuerda encogiéndose de hombros mientras echa el cierre al vehículo y comenzamos a caminar en dirección a la puerta principal.

—Pero me imaginé que era solo para traerme después de los entrenamientos cuando él no pudiera volver a casa temprano y no que estuvieras pendiente de mí cada minuto de cada día —resoplo con impotencia.

—Te dije que me pidió que fuera tu sombra, Max —insiste y de repente me asalta algo en lo que no había caído antes.

—¿Qué te ha prometido a cambio? —pregunto achicando los ojos

mientras lo miro y entramos.

El barullo de los estudiantes nos engulle; sin embargo, ahora mismo me da igual todo, solo me interesa que Theo me responda. Me mira de reojo, niega con la cabeza y se detiene en su taquilla, que se encuentra mucho más cerca que la mía, para proceder a abrir el candado con expresión seria.

—Va a tocar enseguida el timbre, Max —me avisa mientras abre su taquilla—. Deberías prepararte; si no, haber venido corriendo hasta aquí no servirá de nada.

—Entonces, dime qué es lo que te ha prometido a cambio. Nadie aceptaría algo así sin pedir nada y mucho menos con la maravillosa reputación que me precede.

Me mira un segundo, para después expulsar bruscamente el aire por sus labios mientras organiza los libros.

—Me va a ayudar a entrar en el equipo de Boston Bruins —anuncia con aplomo, refiriéndose a uno de los equipos profesionales más importantes de Estados Unidos, donde mi padre estuvo jugando mucho antes de su lesión—. Este año es decisivo para mí y, como te conté, estoy dispuesto a todo por conseguir mi objetivo. Y si tengo que ser tu canguro, ¡lo seré! Y si tengo que apartar al vecino de tu camino, ten por aseguro que lo haré y me dará igual utilizar todas las herramientas que estén a mi alcance. Aunque tenga que jugar sucio —añade con rabia, como si le cabreara tener que decirme la verdad.

—¿Mi padre te ha pedido que me lo contaras? —susurro sintiendo cómo el corazón me retumba en los oídos.

—¡Por supuesto que no! —exclama cerrando la taquilla de un golpe y asiento porque me cuadra mucho mejor esa respuesta.

Mi padre suele hacer siempre las cosas a mis espaldas, como si nunca se pudiera fiar de mí y tuviera que ir al acecho para pillarme con las manos en la masa infringiendo alguna norma.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Porque no quiero que haya malentendidos entre tú y yo —gruñe como si verbalizar esta escueta frase le costara un mundo y no puedo evitar mirarlo extrañada al interpretar sus palabras—. Quiero que sepas, desde el principio, la razón por la cual me acerco a ti, la razón por la que te espero por las mañanas o después del entrenamiento. No

quiero que haya confusiones entre nosotros.

—Para que no piense que te puedo llegar a gustar, ¿no? —murmuro tanteando esa posibilidad que no ha expresado directamente, pero que me ha dejado caer con sutileza. Y veo cómo aprieta la mandíbula mientras me mira con tanta seriedad que no me cabe duda de su respuesta—. ¡Buah, chaval! Esto sí que es para que lo estudien los de la NASA —suelto sin poder evitar reírme—. Te puedo asegurar que ni en mil años podría pensar algo así. No soy tonta, ni nueva en este tema y mucho menos en este pueblo —indico con una sonrisa de incredulidad—. Sé que no te vas a fijar en mí en ese sentido, Theo. Mírame bien. Ningún jugador de hockey querría estar conmigo y, sinceramente, yo tampoco me podría fijar en uno de vosotros.

—Porque te atraen los motoristas macarras, claro.

—Digamos que estoy en un punto de mi vida en el que me alejo tanto de los jugadores de hockey como de los motoristas macarras —replico con una sonrisita.

—Me alegra haber aclarado este punto tan importante de nuestro acuerdo, Max —afirma con rotundidad, con el rostro impasible, sin rastro de emociones—. Porque esto nos beneficiará a los dos. Por eso estoy dispuesto a cubrirte si a cambio me echas una mano. Por eso he sido sincero contigo, aun a riesgo de que tu padre se entere de que te lo he contado. Porque no quiero que haya dudas acerca de que tú y yo solo seremos dos personas que se ayudan. Nada más.

—Dos personas que se ayudan y que viven bajo el mismo techo, ¡entendido!

El sonido del timbre nos hace mirar a nuestro alrededor, para después volver a dirigir nuestros ojos hacia el otro.

—Ve a clase, Max. Luego hablamos de esa otra condición que me quieres pedir para aceptar ayudarme —comenta y se da la vuelta dejándome parada delante de su taquilla.

Ahora mismo, si me pinchan... ¡no sangro!

¿Cómo iba a pensar que él se iba a acercar a mí por otras razones?

Puf... ¡Menudo creído!

—¿Por qué no paro de oír que te han visto con Theo? —suelta Isha nada más acercarse a mi taquilla, donde estoy dejando los libros y cogiendo algo de dinero para comprarme algo para desayunar.

—¿En serio van diciendo eso por ahí? —resoplo mientras cierro la taquilla y comenzamos a caminar hacia la cafetería para disfrutar de nuestro merecido descanso de media mañana—. La gente está muy aburrida si se dedica a cotillear sobre eso... ¡Tampoco es tan raro! Vivimos en la misma casa y vamos al mismo instituto. Si lo piensas bien, es lo más normal del mundo, pero, claro, él es popular y yo... una sombra errante que vaga hambrienta por el instituto —suelto melodramática—. Además, solo me ha traído esta mañana, un trayecto corto, bien lo sabes, y nada más.

—¡Me-mue-ro! —exclama exagerada y niego con la cabeza sin poder reprimir una sonrisa.

—No te mueras tanto, que no es lo que te crees —comento para que no se haga ilusiones—. Mi padre le ha pedido que me vigile —susurro alzando una ceja y observo cómo Isha abre los ojos por la sorpresa—. Como ves, no se fía ni siquiera un poquito de mí y me ha tenido que poner a su chico más fiel detrás, por si me vuelvo loca y sucumbo a las mieles del lado oscuro.

—Oh..., Max —balbucea con pesar y me encojo de hombros mientras me pongo en la cola de la cafetería.

—Bah, no pasa nada —bufo con resignación—. A ver, no me ha hecho gracia enterarme de que le ha pedido que me vigile, pero la verdad es que me espero cualquier cosa de mi padre. Además, no todo es tan malo, Isha. Estamos en medio de una negociación y es posible que gane bastante con esta imposición encubierta de mi padre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Theo necesita que lo ayude, algo que sigo sin entender, ¡chica!, y, a cambio, me va a ayudar a que mi padre me dé más libertad para salir contigo —susurro y veo que se le iluminan los ojos.

—¿En serio?

—Claro. Ya te dije que iba a hacer lo que fuera preciso para que este año fuera increíble para ti... aunque tenga que pasar más tiempo con el chico de oro del hockey hielo barra perfecto alumno del instituto Belmont —comento poniendo cara de fastidio e Isha me sorprende con un fuerte abrazo.

—¡Eres la mejor! —exclama visiblemente emocionada y sonrío mientras damos unos pasos hacia delante.

—Eso lo pongo en duda, pero lo que sí tengo es un hambre bestial, no te lo había dicho todavía, ¿verdad? —resoplo, y ella se ríe a carcajadas.

Con un bocadillo vegetal en la mano al que no dudo en darle ya unos cuantos buenos mordiscos, Isha me va contando la trama del libro que se está leyendo. Por lo que me cuenta, es juvenil, tiene amor y es tan adictivo que está deseando llegar a su casa para seguir con la historia. Tan bien me está hablando de él que, si mi plan no sale como espero, estoy por pedírselo cuando lo termine; por lo menos tendré algo que hacer mientras todos se divierten.

Nos sentamos en el banco de ayer, para disfrutar de nuestro pequeño descanso notando cómo comienza a entrar ya el frío. Mientras yo como, Isha sigue narrándome retales de esa historia hasta que mira de reojo y se remueve inquieta.

—No me has dicho en qué tienes que ayudar a Theo —susurra bajito y frunzo el ceño al no entender la razón por la que habla en ese tono de voz.

—Quiere que le enseñe a patinar, creo que está pez en ese tema —suelto alzando una ceja para observar su reacción y veo cómo se forma en sus labios una sonrisa divertida—. ¡Es broma! Solo quiere que le enseñe unos trucos que sé patinando —comento encogiéndome de hombros, todavía sin comprender la razón por la cual es tan importante que una chica como yo le enseñe a un jugador tan brillante como él.

—Esta mañana he oído en clase que ayer dejaste a más de uno con la boca abierta en el entrenamiento. Pero, Max, ¿desde cuándo sabes jugar al hockey? Y... lo que es más importante, ¿por qué nunca me lo habías contado?

—Porque no lo vi importante. Eso forma parte de mi pasado, Isha. Cuando me mudé a Langford, dejé esa vida atrás.

—Pero Theo quiere que le enseñes, eso quiere decir que eres buena.

—O él, un loco —replico con una sonrisa—. No creo que le pueda enseñar nada que él no sepa, pero la verdad es que me viene bien hacer este trato con él. Necesito que mi padre se relaje y, si para eso tengo que entrenar con Theo, pues lo haré.

—Ay, que me va a dar algo —murmura muy bajito Isha y frunzo el ceño mientras sigo degustando el bocadillo.

—¿Por enseñarle unos trucos de hockey? —pregunto con la boca llena —. Mujer, tampoco es para tanto. Me imagino que en un par de días, cuando se dé cuenta de que no va a aprender nada nuevo conmigo, todo volverá a la normalidad. Es decir, él machacándose a fondo y yo... llegando tarde a todos los lados.

—¡No es eso, tía! —exclama para después morderse con fuerza el labio inferior, como si se estuviese reprendiendo por alzar ligeramente la voz—. Acabo de pillarlo mirándote mientras sacaba el móvil del bolsillo —sisea contemplando el banco como si le diese apuro incluso mirarme a la cara o, en su defecto, a quien sea que ha sorprendido mirándome.

—¿A quién? —balbuceo intentando tragar el enorme bocado que me he metido y así poder hablar bien.

Sin embargo, a Isha no le da tiempo a responderme porque el sonido de mi teléfono móvil nos hace a las dos mirarnos con intensidad, como si nos acabaran de pillar hablando de alguien.

—Como sea él, me pondré a gritar como una groupie enloquecida. Avisada estás —dice Isha con seriedad mordisqueándose el labio de nuevo, nerviosa, y no puedo evitar sonreír.

Cojo el móvil, lo desbloqueo y veo que quien me ha enviado un mensaje es un número desconocido; sin embargo, no tengo dudas acerca de quién es.

—¿Quién era el que me miraba?

—El chico de la sonrisa perfecta —suelta y vuelvo a sonreír al oír esa manera de referirse a Theo.

—¿De verdad te vas a atrever a gritar? No te veo haciéndolo en medio de toda esta gente. Pero, oye, ¡tú misma! Será divertido verlo —digo enarcando una ceja y observo cómo Isha abre mucho los ojos y se tapa la boca con las manos para ahogar un gritito que me hace carcajearme mientras abro el mensaje para leerlo.

Esta tarde iremos juntos al entrenamiento.

Levanto la vista y me fijo en que está con sus amigos en el mismo sitio de ayer. Theo me está mirando mientras se guarda el móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones, reflejando de nuevo esa actitud prepotente que tanta rabia me da, para después ponerse a hablar como si nada con Hannah, a quien poco le falta saltar de alegría al ver que este ha decidido posar sus importantes ojos en ella. En ese momento me percato de que William y Elliot se acaban de dar cuenta de que los estoy mirando. Les sonrío y estos, directamente, se hacen los locos, como si no me hubiesen visto, centrando la atención en las otras dos chicas que están hablando entre sí. Mientras niego con la cabeza, guardo el contacto en mi agenda para después teclear un mensaje para él.

¡Sí, capitán!

Con una sonrisa, le añado un emoji, el de la mano en la frente a modo de saludo militar, y le doy a enviar; después me guardo el móvil en el bolsillo de mi sudadera.

—¿Me vas a decir desde cuándo tienes el número de teléfono de Theo? —pregunta sin parpadear, como si no quisiera perderse ninguno de mis gestos que le pudiesen dar la clave de si escondo algo.

—Desde ahora mismo. Supongo que mi padre no ha podido aguantarse las ganas de dárselo para que me tenga todavía más vigilada —comento mientras me encojo de hombros con resignación —. ¡No te lo he dicho! Además de ser mi canguro, es mi chófer particular —me quejo y veo cómo se remueve nerviosa sobre el banco, mirando hacia donde están—. No veas la paciencia infinita que estoy teniendo…

En cuanto vuelvo a dirigir la vista hacia el mismo punto que Isha, me percato de que los populares jugadores de hockey, con las tres fantásticas presidiendo la comitiva, se han dado la vuelta y han comenzado a alejarse de aquí. No puedo evitar fijarme en la espalda de Theo, en sus hombros anchos, en su cintura estrecha y en esos brazos musculosos que muestra con orgullo gracias a su camiseta de manga corta, aunque esté empezando a hacer ya fresquito. Supongo que la beisbolera se la habrá dejado en la taquilla para lucir brazacos. En ese momento saca el móvil, lee mi mensaje, niega ligeramente con

la cabeza para después volver a meterlo donde estaba y, aunque no le puedo ver la cara, apostaría a que ni siquiera ha sonreído.

¡Este chico debe de tener líquido refrigerante circulando por sus venas!

—Sé que esto ha pasado gracias a tu padre, pero… ¡ya me gustaría a mí estar en tu pellejo, amiga!

—¡Isha! —Me carcajeo y la veo mordisqueándose el labio inferior—. ¿No quedamos en que te gustaba Elliot?

—Sí, pero no soy tonta y Theo está buenísimo —replica encogiéndose de hombros mientras me muestra una tímida sonrisa—. ¿Te imaginas que esto es el inicio de vuestra historia de amor? Ay, sería taaaan bonitooo.

—Por ahí no sigas, Isha —la reprendo con seriedad y esta comienza a carcajearse de nuevo—. Eso nunca va a pasar. Jamás de los jamases.

—¿Por qué no? En los libros románticos sucede, ¿por qué no te puede suceder a ti?

—El romanticismo lo dejamos para ti, ¿vale? Este año lo único que quiero es pasar desapercibida, tomar la decisión de qué carrera estudiaré y, cómo no, que mi plan sea todo un éxito.

—Hablando del plan… Este viernes podríamos ir a la bolera —susurra mirándome nerviosa—. He oído por ahí que va a ir un chico de mi clase de Matemáticas que… no está mal —añade rápidamente para después encogerse de hombros—. ¿Crees que podrías convencer a tu padre para que te dejara ir?

—Lo intentaré —respondo mientras me meto el último trozo del bocadillo en la boca.

Haré lo posible para ir a la bolera, pero no para ayudarla a que tenga algo con ese chico de su clase de Matemáticas, sino que procuraré que Elliot esté esa noche ahí para que se fije en mi querida amiga.

Hay que intentar alcanzar las estrellas, aunque te acabes estampando contra el suelo.

Más que una maldita noria

Maxine

Oigo el claxon de la camioneta de Theo por segunda vez no consecutiva y cojo la mochila al vuelo mientras bajo como un rayo hasta la puerta de la entrada. Cierro con llave y alcanzo el césped en cero coma, con el objetivo de la puerta del copiloto en mi punto de mira.

Madre mía, el sobrino de Julie se va a creer que soy una tardona y con toda la razón.

—¡Maxine! —oigo de repente y al girarme veo a Eloise con una sonrisa acercándose a mí—. Iba ahora mismo a tu casa.

—¿Y eso? ¿Ocurre algo? —pregunto en un jadeo, pero es que llevo sin parar desde que he llegado a mi casa después de clase.

—No, cielo —comenta con una tierna sonrisa—. Es que no tengo tu número de teléfono y quería preguntarte si esta tarde puedes venir a casa a cuidar de las gemelas. Me han cambiado al turno de noche y no me gusta dejar a mis hijas solas. Solo te tendrías que quedar hasta que llegue Finn a casa, sobre las diez más o menos...

—Claro, cuenta conmigo. ¿A qué hora quieres que pase?

—A las siete estará bien.

—Ahí estaré —le aseguro— y te paso mi número antes de que Theo salga del coche y me coja de la oreja para irnos.

—¿El sobrino de Julie? —susurra con una sonrisa mientras me tiende su teléfono para que anote el mío.

—Sí, me está esperando para llevarme al Q Center Arena.

—Ese chico es muy guapo, Maxine —susurra con una sonrisita que no dudo en imitar—, pero es muy esquivo. Incluso su tía me ha comentado en varias ocasiones que le cuesta abrirse con ella —añade

mientras le devuelvo el móvil.

—No puedo hablar mucho sobre él porque lo conozco desde hace solo unos días, pero me temo que, si no me voy ya, esta será la última vez que me espere para llevarme.

—Pues no te entretengo más. Luego nos vemos y gracias por quedarte con las niñas, cielo —dice mientras corro hacia la pick-up, para girarme, sonreírle y despedirme de ella con la mano.

¡Esa mujer es toda una dulzura!

En ese momento oigo que Theo pone el motor en marcha y subo al coche como ya es costumbre en mí, tirándome sobre el asiento sin ninguna delicadeza y cerrando la puerta tras de mí.

—Uf... perdona —me disculpo mientras dejo la mochila a sus pies—. Después de comer me he puesto a deshacer la maleta y, ya que estaba, he organizado el armario, los cajones, la cómoda... ¡No veas la de cosas que tenía que ya no me voy a poner! El caso es que se me ha ido el santo al cielo hasta que me has llamado a la puerta avisándome de que bajabas al coche —le explico mientras pone la camioneta a rodar y yo me abrocho el cinturón.

—No vamos apurados. Es que me gusta salir con tiempo de sobra por si me encuentro tráfico —me dice concentrándose en la carretera—. Odio llegar tarde.

—¡Pues menos mal! Porque, cuando he visto que Eloise —comento y me percato de que me echa una rápida mirada, como si no supiera de quién hablo—, la madre de Finn...

—Sé quién es —me corta y me encojo de hombros porque parecía que no.

—El caso es que Eloise me ha parado para pedirme que esta tarde noche haga de canguro de las gemelas... Por un instante he pensado que ibas a recular con nuestro trato al darte cuenta de lo poco puntual que soy. De verdad que yo lo intento, pero la vida no me lo pone fácil, ¿sabes?

—No sabía que te dedicaras a hacer de canguro...

—Cuando vivía aquí, a veces me quedaba con ellas. La verdad es que no había pensado en retomarlo al volver... pero mi padre, no contento con obligarme a asistir a todos los entrenamientos y con ponerme un

espía encubierto vigilando cada uno de mis pasos, me ha asignado el cuidado de dos gemelas bastante traviesas —resumo para después suspirar al recordar la nueva situación de mi vecina—. Ahora, fuera de bromas. No me importa ayudar a Eloise. Sé que lo está pasando mal y parece que Finn no puede quedarse con sus hermanas.

—Se lo ve un chico muy… ocupado —farfulla con sarcasmo y no puedo evitar sonreír ante ese tonito de voz.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que está haciendo ahora, pero tampoco me interesa —comento veloz. Theo desliza rápidamente una mirada hacia mí, como si no se lo tragara, luego se vuelve a concentrar en la calzada.

—Bueno, y ¿me vas a decir ya cuál es tu otra condición para ayudarme o tengo que darle el parte a tu padre de lo que pasó anoche?

—¡Ups! ¡Se me había olvidado! —exclamo echándome a reír. La verdad es que he ido tan acelerada que se me había pasado esa cuestión—. Quiero… No, no quiero —matizo porque no pretendo sonar como si estuviese imponiendo algo cuando en realidad estamos negociando nuestro acuerdo—. Necesito que nos inviten, a mi amiga Isha y a mí, a cualquier fiesta o reunión que organicéis este año. Además, podrías venir con tus amigos a la bolera este viernes. Mi amiga quiere ir conmigo, pero dudo que mi padre me deje ir sin que esté su espía de confianza presente.

—Me dijiste que no querías ser popular.

—Y no te estoy pidiendo serlo. Solo quiero pasármelo bien con mi amiga en nuestro último año de instituto y, bueno, vosotros sois los populares del insti, no es raro pensar que os invitan a todas las fiestas que se hacen —le cuento ocultando la verdadera razón por la que quiero entrar en ese grupo al que ni en mil años me acercaría.

Lo que una hace por la amistad…

—Está bien. Hablaré con tu padre para comentarle que este viernes iré a la bolera para que te deje ir a ti también —acepta mientras coge un desvío y sonrío al ver que está dispuesto a acceder a mi ruego sin preguntarme la verdadera razón por la que lo hago.

—¿Crees que lo conseguirás?

—No hay nada que no pueda conseguir, Max —susurra con seriedad y

no puedo evitar sonreír. Madre mía, menudo prepotente. Porque lo necesito para poner en marcha el plan, que, si no, no me acercaría a él más de lo estrictamente imprescindible—. Entonces, ¿podemos decir que tenemos un trato?

—Pues me temo que sí —contesto con una amplia sonrisa.

—Bien. Esta tarde no podremos practicar porque tienes que volver pronto para hacer de canguro, pero mañana empezaremos.

—¡Genial! ¿Sabes una cosa? Ahora que estamos en confianza y tú me has desvelado los planes ocultos de mi padre... Tengo que confesarte que tu tía me pidió que te animara a salir, además de echarte un ojo por si te aislabas en el instituto. No te preocupes que ya la he informado de que eres uno de los chicos más populares y que siempre estás rodeado de gente. Pero, si lo piensas bien, que salgas este viernes te va a ayudar a que ella esté más tranquila. A la pobre la tienes preocupada.

—No tiene motivos. Estoy bien —comenta y asiento mientras me concentro en el paisaje.

—Tienes un acento curioso —suelto sin pensar al cabo de unos eternos minutos en el más absoluto de los silencios. Pillo cómo me mira de reojo, para después desviar rápidamente la mirada hacia la carretera —. ¿De dónde eres?

—Soy de un pequeño pueblo de Massachusetts —responde con lentitud y no puedo evitar abrir los ojos con extrañeza al oír de nuevo esa misma frase.

—¿Cómo has dicho? —Theo abre los labios dispuesto a repetírmelo, pero alzo la mano para detenerlo a tiempo—. Te he oído bien, pero es que no puede ser... —farfullo intentando recordar aquella última tarde que viví aquí.

La verdad es que solo recuerdo pequeños retazos, como retales de ese momento, como, por ejemplo, de dónde era ese chico que se acercó cuando nadaba en el lago aquella última tarde antes de marcharme de Langford.

—¿El qué no puede ser? —pregunta con sequedad y no puedo evitar sonreír porque supongo que le habrá pasado como a mí.

¡No debe recordar que nos conocemos del año pasado!

—¡Eres el chico de Massachusetts! —exclamo con alegría utilizando el mismo nombre que usé en nuestro primer encuentro. Sin embargo, Theo no gesticula en absoluto y simplemente conduce quedándose en silencio, como si no tuviera ni idea de lo que le estoy hablando—. Nos conocimos la tarde que me iba a Seattle. Estaba lloviendo y yo nadaba en el lago cuando te acercaste para preguntarme si estaba bien —le hago memoria y Theo simplemente aminora la velocidad a medida que se acerca al centro deportivo, por eso opto por la única cosa que creo que le hará recordar—. ¡Soy la chica del lago!

—Ah… —susurra desganado y no puedo evitar enarcar una ceja. Vale, se nota que ni siquiera recuerda aquel momento.

—Buah, chaval, qué cosas. No te quise decir mi nombre porque pensaba que no nos volveríamos a ver y míranos ahora. ¿Cuántas probabilidades había para que acabáramos así? ¿Una entre mil millones? La de vueltas que da la vida.

—Más que una maldita noria —gruñe con un hilo de voz y dudo un instante de haber oído bien.

—¿Cómo?

—Que tienes razón —comenta mientras pone el freno de mano después de aparcar—. La vida da muchas vueltas —añade antes de salir de la camioneta.

Salgo también y me percato de que Theo está más serio de lo habitual mientras nos acercamos a la puerta de la entrada. Ni siquiera me mira o hace el amago de entablar una conversación banal, solo camina con la mirada perdida al frente. A lo mejor le da apuro entrar conmigo en el centro deportivo y tampoco quiero ponerlo en más compromisos de los que ya lo ha puesto mi padre. Por eso cojo el móvil y busco alguna canción que me anime en mi segundo día de entrenamiento oficial, intentando ir más lenta de lo normal para que él me adelante y que parezca que, simplemente, nos hemos encontrado en la entrada. Al final opto por la misma canción de ayer, la de mi querida amiga la Perry, y comienza a sonar en mis auriculares, ayudándome a coger fuerzas para volver a enfrentarme a todos esos chicos que piensan que aquí sobro.

Un pensamiento que yo misma comparto, pero parece que mi padre no.

Cuando llego al acceso de la pista de hielo, Theo sigue caminando hacia los vestuarios en la misma tesitura: sin decir nada e

ignorándome por completo. Me encojo de hombros y abro la puerta para entrar en la gélida instalación deportiva, descubriendo que mi padre y sus asistentes ya están sobre el hielo.

Bueno… allá voy. Espero que hoy no me toque enfrentarme con el otro medio equipo.

Me acerco a beber agua después de que mi padre dé por finalizado el entrenamiento. Este me ha resultado mucho menos conflictivo y más relajante, sobre todo porque no he tenido que demostrar a nadie lo que sé o no sé de este deporte. Antes de empezar con los ejercicios que tenían previstos para esta tarde, Harold me ha pedido que hiciera de ojeadora y que anotara en un cuaderno cualquier fallo que viese de todos los jugadores para trabajar al día siguiente, como también los puntos fuertes de cada uno de ellos. La verdad es que me ha sorprendido disfrutar con esa pequeña tarea y se me han pasado las dos horas del entrenamiento tan rápidas como entretenidas.

—¿Lo has anotado todo? —me pregunta mi padre cogiendo el cuaderno que he dejado sobre el muro que delimita el banquillo.

—Sí —contesto viendo cómo, poco a poco, los jugadores van abandonando la pista en dirección al vestuario—. Son buenos.

—Lo sé, por eso están en este equipo —suspira para después mirarme de reojo—. Pero también sé que pueden ser incluso mejores.

—He anotado al lado del nombre de cada uno lo que creo que necesitan reforzar. En su mayoría, la velocidad y los reflejos —digo y asiente como si me diese la razón.

—Me ha comentado Eloise que esta tarde vas a hacer de canguro —susurra cambiando de tema después de unos segundos en el más absoluto de los silencios.

—Sí. He quedado con ella a las siete. En cuanto salga Theo de la ducha, nos iremos para casa.

—Le he dicho que no te espere. Hoy nos iremos juntos —farfulla—. Voy a por mis cosas y nos vamos ya.

Asiento mientras lo veo alejarse de mí para después ponerse a hablar con Harold y sus otros asistentes, y luego desaparecen de mi vista todos en la zona destinada exclusivamente a ellos. Dejo escapar un

suspiro mientras me dirijo a un asiento para quitarme los patines, los guardo y, en cuanto estoy deslizando la cremallera para cerrar la mochila, mi padre aparece preparado para irnos.

—Me ha dicho Theo que mañana lo vas a ayudar después del entrenamiento —comenta mi padre ya montados en su coche.

—Así es.

—Theo es un buen chico y creo que te va a beneficiar pasar tiempo con él.

—Pues ya que piensas eso… El viernes van a quedar para ir a la bolera. ¿Crees que me dejarás ir si tu querido jugador va? —tanteo al ver que está bastante receptivo—. Piensa que así alegrarás a Julie al ver que su sobrino hace algo más que entrenar.

—Claro. Os vendrá bien a los dos salir un rato a la bolera.

Sonrío. Sonrío mucho mucho, porque esto empieza a funcionar y podré conseguir lo que mi querida amiga tanto desea: un último año de ensueño.

No tardamos demasiado en llegar a casa y salgo del coche para dirigirme a casa de Eloise mientras mi padre se encarga de mi mochila.

—Max —me llama justo antes de traspasar su propiedad—, en cuanto llegue Finn, quiero que vengas a casa de inmediato.

—No te preocupes. Tan pronto como oiga la moto, saltaré por la ventana para venir corriendo hasta aquí y así no tener ni que verlo —bromeo, pero mi padre me mira taciturno y me tengo que morder la lengua para no carcajearme.

—Hablo en serio.

Sonrío mientras asiento aceptando lo que me ha pedido y alzo una mano para despedirme de él. Oprimo el timbre de la casa de los vecinos y oigo dos vocecillas finas que se aproximan hasta la puerta.

—¡¡Max!! —chillan las gemelas a la vez para después abrazarme con efusividad, haciéndome sonreír.

—Pero, bueno, chicas. ¡Qué mayores estáis ya! —exclamo mirándolas bien, pero es que en este año han cambiado mucho y han dado un

buen estirón.

—Pero yo soy más alta que Lexie —suelta Laila y no puedo evitar sonreír, porque da igual que haya pasado un año sin verlas, su rivalidad sigue intacta.

—Pero yo, más guapa —replica la otra mirando mal a su hermana, pero se gira cuando oye a su madre acercarse hacia nosotras.

—¿Por qué no habéis hecho pasar a Maxine? —quiere saber Eloise al tiempo que se abrocha la chaqueta.

—No se llama Maxine, se llama Max —apunta Laila y sonrío cuando veo que su madre alza los ojos al techo.

—Cielo —dice mirándome con cariño mientras se cuelga el bolso al hombro—, si ocurre algo, no dudes en llamarme al móvil. Lo tendré en silencio en modo vibración y, si no puedo cogerlo de inmediato, te llamaré en cuanto pueda. Me voy ya, que si no llegaré tarde. Portaos bien, chicas, y... gracias por quedarte esta noche con ellas, Maxine —susurra. Les da un beso a sus hijas mirándome con cariño antes de salir de su casa.

—¡Max, ¿a qué jugamos?! —preguntan las dos niñas a la vez. Sonrío mientras me dejo llevar por estos dos torbellinos rubios.

Celos

Finn

Apago el motor de la moto y me quito el casco de un movimiento para poder respirar profundamente y así frenar esta sensación de ahogo que a veces me sorprende. He tenido un día de mierda y se ha jodido incluso más a última hora; por eso necesito unos minutos antes de enfrentarme a las dos fierecillas que me están esperando dentro con ganas de sacarme de mis casillas. Sin embargo, los gritos de júbilo de mis hermanas procedentes del interior me hacen mirar hacia mi casa extrañado, para después recordar con quién están y frotarme nervioso la nuca.

La luz del salón está encendida y se pueden entrever sombras que se mueven rápidamente, como si estuvieran corriendo o, tal vez, bailando. La música llega hasta la calle y no puedo evitar negar divertido con la cabeza al reconocer la voz de Meghan Trainor. No me gusta ese tipo de música tan… comercial, pero sería un idiota si no reconociera esa canción: All about that bass.

Me saco el móvil del bolsillo de mi chupa de cuero al sentirlo vibrar y acepto la llamada sin dejar de mirar las sombras danzarinas de tres personas, una más alta que las otras dos.

—Dime.

—¿Estás en casa? —Es mi madre, cómo no.

—Acabo de llegar.

—¡Le dije a Maxine que llegarías más pronto! —Echo el aire por la boca con frustración mientras me bajo de la moto y comienzo a acercarme a la puerta de la entrada.

—No he podido volver antes.

—Dile que le pagaré mañana y, Finn —añade con ese tono tan característico suyo que mezcla la autoridad con la dulzura—, que las

niñas no se acuesten tarde. Mañana hay clase.

—Claro.

—Adiós, cariño —creo que dice, porque ya me he apartado el móvil de la oreja y he finalizado la llamada para guardarme de nuevo el móvil.

Saco del bolsillo de mis vaqueros las llaves de casa y abro la puerta. Dejo el casco en la entrada y empiezo a caminar en dirección a los gritos, las risas, los cantos desafinados y las vocecillas de mis hermanas mezcladas con otra mucho más dulce y entonada.

Joder, soy incapaz de no sonreír al ver la escena que tengo delante. Llevo tanto tiempo sin hacerlo que me sorprende quién lo provoca sin darse cuenta. No es porque mis hermanas lleven vestidos de colores alegres y vayan peinadas y maquilladas como si fueran a una fiesta. Eso en esta casa es casi normal. Es porque Max va con una vaporosa falda que se ha puesto encima de unas mallas de deporte negras y con un peinado difícil de catalogar, pues tiene dos trenzas y tres pequeñas coletas que crean una especie de palmera singular y esperpéntica, que ella muestra con orgullo, sin dejar de bailar contoneando sus caderas de manera exagerada y reír de una forma amplia que la hace resplandecer como hacía tiempo no la veía hacerlo. Incluso consigue que no me importe el exceso de maquillaje que cubre su rostro, enmarcando mucho sus labios de un rojo llamativo que consigue que me fije en lo gruesos y definidos que son y que recuerde, como un maldito idiota, cómo sabían, o el excesivo colorete de las mejillas, más apto para un artista de circo que para una chica de su edad.

—¡¡Finn!! —chilla Laila al verme apoyado en el quicio de la puerta y tengo que parpadear un par de veces para dejar de mirar a mi vecina —. ¿Has visto qué guapas nos ha puesto Max?

—Sí —me obligo a decir y me percato de cómo mi vecina comienza a arreglar el salón rápidamente, dejando los cojines sobre los sofás, mientras se va desabrochando la falda de tul, todo ello sin ni siquiera mirarme una sola vez—. Pero... ¿qué os ha hecho Max para que la hayáis puesto así de fea? —suelto simplemente porque me apetece llamar su atención y provocarla para que me conteste.

Sin embargo, ella no hace el mínimo amago de defenderse, y mucho menos de mirarme, o quizá es que mis hermanas son más rápidas que ella.

—¡No está fea! —sueltan ofendidas las dos a la vez al tiempo que se

cruzan de brazos, defendiendo a su canguro preferida.

—Además, nos ha dicho que podíamos practicar con ella —se excusa Lexie—. Es posible que nos hayamos pasado un poco con el color rojo.

—Y con las trenzas —añade Laila encogiendo la naricilla con pesar.

—Pero... ¿qué dice nuestra amiga la Trainor? Que hay que quererse físicamente. Y aunque haya personas que nos digan que no somos guapas, a nuestro estilo, ¡todas lo somos! —suelta Max dejando la falda doblada sobre un sofá—. Por eso no tenéis que hacer caso a vuestro hermano. Mirad lo contenta que estoy con mi sesión de peluquería y maquillaje que me voy a ir así a mi casa —añade con ese tono jocoso que la caracteriza.

—Pero te verá Theo —susurra Lexie abriendo los ojos desmesuradamente, como si se acabara de dar cuenta de que no está tan guapa como ellas creen. Entonces veo cómo Max se agacha para mirarla a los ojos.

—Uf, es verdad —añade haciendo un mohín gracioso con el rostro que provoca que se me seque la garganta de golpe mientras me remuevo nervioso en mi sitio—. Creo que va a tener unos celos terribles cuando vea lo mona monísima que me habéis puesto. No dudéis que un día os llamará para solicitar vuestros servicios y tendréis que hacer algo con esos rizos que caen por su frente —comenta con gracia, provocando que las gemelas se echen a reír a carcajadas—. Anda, dadme un fuerte abrazo que me voy ya a mi casa —les pide y las niñas, de inmediato, se abrazan a ella demostrando lo mucho que la quieren.

—¿Cuándo vas a volver a cuidarnos? —le pregunta Laila.

—Cuando vuestra madre me lo pida —contesta con una sonrisa para después echarme una mirada rápida—. Me tengo que ir ya —farfulla con otro tono de voz distinto al utilizado con mis hermanas, uno mucho más serio, para después volver a mirar a las gemelas—. Haced caso a vuestro hermano, ¿eh, bichitos?

—Sí, Max —dicen las dos a la vez y de repente salen corriendo hacia la cocina.

—Max —la llamo cuando veo cómo se pone veloz las deportivas y abre la puerta para marcharse. Al girarse me pierdo en esos enormes ojos que posa sin vacilar sobre mí—. Me ha dicho mi madre que te pagará mañana.

—Dile que no hace falta que me pague —susurra mientras sale al porche con demasiada prisa—. Y que el próximo día no deje dinero para comprar comida, porque puedo cocinar con lo que tengáis en casa —indica, y arrugo el ceño.

—Max —la vuelvo a llamar sin saber muy bien por qué.

—¿Qué? —suelta deteniéndose delante de los escalones que bajan al jardín.

—Gracias por quedarte hasta más tarde.

—Ayuda más a tu madre, Finn. Hoy la he visto muy cansada —dice en vez de seguir la conversación, como si no pudiera frenar ese comentario.

Después se encoge de hombros con empatía mientras agita la mano despidiéndose de mí y comienza a correr hacia su casa, como si estuviese deseando perderme de vista. Aprieto sin querer el marco de la puerta cuando ya no la consigo ver, sin comprender por qué me sigue sorprendiendo la sinceridad de Max cuando siempre ha sido así con todos: franca y abierta. Luego cierro la puerta lentamente mientras me quedo con la mirada anclada en la superficie.

Joder. Ni siquiera me ha preguntado cómo estoy. Tampoco ha tratado de conversar conmigo. Ni me ha mirado a los ojos mostrándome esa sonrisa amplia. Ni ha intentado quedarse un poco más. Es como... si no quisiera tenerme delante, como si no soportara verme...

¡Hostias! Soy un maldito egoísta. Max me ha dicho que le eche una mano a mi madre y me pongo a pensar en que no ha preguntado por mí.

Cierro los ojos procurando relajarme, para después darme la vuelta y ver a Laila parada delante de mí mientras enarca una ceja.

—¿Qué hacías? —me pregunta con esa sinceridad desbordante que le otorgan sus siete años.

—Cerrar la puerta —mascullo con rabia. Porque... no tengo ni idea de qué me ocurre, es como si las palabras de Max retumbaran en mi mente una y otra vez para recordar cada momento que he visto a mi madre desmejorada, agotada e incluso triste.

Como si tuviera que haber venido Max a decirme cómo se encuentra mi madre cuando llevo meses viviendo con ella.

—Finn —oigo a Lexie desde la cocina y agradezco que interrumpa mis jodidos pensamientos—, Max ha dejado cena para ti. ¿La caliento en el microondas?

—¿Ha preparado la cena? —pregunto perplejo mientras camino hacia donde está ella—. ¿No había dejado mamá dinero para pedir unas pizzas?

—Sí —contesta Laila mostrándome esa sonrisa mellada—, pero a Max se le ha ocurrido que mejor podíamos preparar las tres juntas la cena y que, así, ese dinero lo podía ahorrar mamá... Además, ¡nos lo hemos pasado genial! ¿Sabías que su abuela le ha enseñado cocinar?

—Cocina como los ángeles —tercia Lexie poniendo los ojos en blanco de puro éxtasis consiguiendo que no pueda evitar sonreír.

—¿Y qué habéis preparado?

—¡Pizza casera! —exclaman a la vez.

—Entonces, tendré que probarla —susurro, y veo cómo mis hermanas corren hacia el microondas para enseñarme su obra culinaria—. ¿Os ha dado tiempo de hacer los deberes?

—Sí, los hemos hecho antes de que viniera Max —responde Lexie—. ¿Has visto qué guapa está?

—No —susurro incómodo mientras el delicioso olor de la pizza comienza a llenar la cocina y abro la nevera para sacar una birra, pero...

Arrugo el ceño al ver la nevera prácticamente vacía. La cierro y busco en los armarios, donde me percato de que también faltan alimentos aquí. Me froto la cara mirando a mis hermanas, que siguen ajenas a lo que se me pasa por la cabeza.

—Creo que Theo y ella podrían ser novios —suelta Laila atrayendo mi atención mientras cierro con más fuerza el armario, aunque las niñas parecen no haberse dado cuenta o bien les ha dado igual... y tengo que esforzarme mucho para no preguntar si ha visto u oído algo para creer que pueda ser así.

—Pero ¡qué dices! —suelta Lexie—. Es mejor que Max sea novia de Finn —comenta como si nada mientras saco el plato del microondas y observo la masa fina, con los ingredientes adornándola. Tiene una pinta exquisita y no entiendo cómo lo ha hecho con lo poco que hay

en esta casa para comer—. Si sale con Finn, estará más tiempo en casa con nosotras.

—¡¡Es verdad!! —grita Laila con júbilo y de repente las dos me miran expectantes, como si esperaran a que esa locura se hiciese realidad.

Ni siquiera gesticulo mientras me llevo el plato a la mesa, para después sentarme y llevarme a la boca la pizza. El sabor, la textura, me sorprenden incluso más que la posibilidad de la que intentan convencerme mis hermanas. Está deliciosa y me recuerda a cuando mi madre tenía tiempo para prepararnos todo tipo de comidas caseras.

Cuando la nevera y la despensa estaban siempre a rebosar.

Cuando éramos cinco en esta casa y todo parecía perfecto, tanto que incluso me jodía como una patada en los huevos.

—¿Te gusta? —me pregunta Lexie y asiento mientras me llevo otro bocado más a la boca—. ¿Ves, tonta? Finn y Max se casarán y podremos verla todos los días.

De pronto, sin que yo pueda hacer nada por remediarlo, mis hermanas comienzan a parlotear entre sí sobre nuestro maravilloso futuro juntos. Reprimo un quejido al tiempo que miro el trozo de pizza que me ha dejado Max para que cene y me remuevo inquieto.

—Eso nunca pasará —intervengo alzando la voz y deteniendo la algarabía de golpe—. Id a prepararos para dormir.

—Pero, Finn... —protesta Lexie.

—He dicho que os preparéis para dormir. Es tarde.

—Jo, ¡menudo pelma! Ya te he dicho que hace mejor pareja con Theo que con él —añade Laila mientras las dos caminan cabizbajas hacia la escalera.

—Ya, tienes razón. Además, Theo es muy guapo.

Cierro los puños sobre la mesa mientras miro el trozo de pizza mordisqueado que he dejado sobre el plato, sin dejar de oír a mis hermanas hablar de Max, de Theo y de lo genial que sería que los dos fueran novios.

Suelto el aire mientras cierro los ojos para calmarme. Pero, de repente, mi mente, boicoteando cualquier posibilidad de evasión, me

sorprende recordando la mirada perdida y enamorada de Max en aquella última tarde de verano de hace un año; sus palabras confesando que me quería; su dolor al oír cómo la rechazaba y esa última mirada que me echó antes de salir de mi dormitorio por la ventana... para después solaparse con las sensaciones que sentí aquella noche cuando ocurrió lo impensable, cuando la vi delante de mí y cuando no pude detener ese beso que nos dimos.

Doy un golpe seco sobre la mesa y contemplo que el vaso de agua que me había puesto Lexie se ha movido por el impacto, volcando parte de su contenido en la madera.

No tendría que haber vuelto Max.

No tendría que haber vuelto yo.

No tendría que estar ese maldito niñato viviendo en su casa, con ella.

No tendría que estar recordando lo dulce que son sus labios y lo suave que es la piel de Max.

Ni mucho menos lo que hice.

Ni todo lo que vino después.

¡Necesito detener todo esto!

Ella sigue siendo la chica perfecta que vive en la casa de al lado y yo sigo siendo el mismo maldito capullo que sigue sin saber qué hacer.

Y ahora... todo está peor que antes.

Joder. Está tan mal que ni siquiera me había dado cuenta porque solo me miro mi puto ombligo, y me siento culpable.

Culpable por seguir siendo un jodido egoísta que solo piensa en sí mismo.

¡Mierda de vida, jodeeeer!

Me voy a volver loco porque mi mente no para de gritarme que la única que me puede ayudar a salir de esta mierda es ella.

Max.

Mi atrevida vecina de al lado.

Fresas

Theo

Bajo la escalera deprisa y entonces la puerta principal se abre, apareciendo Max con una pinta bastante curiosa. Me detengo a escasos pasos de ella sin poder dejar de contemplarla. Su cabello está recogido en multitud de coletas y trenzas que adornan su cabeza en una especie de caos controlado y la cara la tiene tan maquillada que parece una chica distinta... mucho mayor, más alocada e incluso más desinhibida de lo que de por sí es. Cuando alza la mirada y me ve delante de ella, enarca una ceja con guasa y aprieta sus definidos labios enmarcados en un rojo tan potente como llamativo, como si quisiera reprimir una sonrisa.

Es como si siempre estuviese de buen humor o con ganas de bromear.

Como si jamás tuviese problemas.

Como si la vida fuera para ella una aventura increíble.

—¿Vas a salir? —me pregunta señalando la puerta, me imagino que para no cerrarla en caso afirmativo.

—Ahora ya no —le digo con sinceridad.

Max cierra tras de sí mientras niega con la cabeza y se quita las zapatillas en dos rutinarios movimientos, para dejarlas en el espacio reservado a estas, y después vuelve a posar sus enormes ojos en mí.

—Mi padre te ha mandado a que fueras a por mí, ¿a que sí? —tantea con resignación y asiento con la cabeza, confirmándoselo.

—Ahora mismo iba a hacerlo. Tu padre ha oído la moto del vecino y me ha dicho que estabas tardando en volver —le explico y alza la mirada al techo, como si se estuviera armando de paciencia infinita.

—¡¡Ya estoy en casa!! —grita hacia el fondo, donde se encuentra la cocina, el salón y el despacho de este.

—Muy bien —oigo decir al entrenador, que está en su despacho.

—¿Una mala noche? —le pregunto sin poder frenar esa cuestión de mis labios y frunce el ceño un instante. Sin embargo, ese gesto le dura poco, pues lo sustituye por una amplia sonrisa, como si acabara de caer en algo muy obvio.

—Si lo preguntas por lo monísima que me han dejado las gemelas, te diré que no es lo que piensas. Me he divertido mucho con ellas. Para ser sincera, me pirra hacer tonterías y, cuando estoy con las niñas, pues no me tengo que cortar ni siquiera un poco —comenta con esa gracia desbordante que tiene innata al hablar—. Creo que soy peor yo que ellas —añade pizpireta, para después mirar la hora en su reloj de pulsera—. ¿Vas a utilizar ahora el cuarto de baño? —me pregunta señalando el piso superior, refiriéndose al que compartimos ella y yo.

—No.

—Estupendo, porque me voy a meter ahora mismo debajo del chorro de agua caliente... y, no te preocupes, que no te robaré tu querido albornoz —añade guiñándome un ojo, provocando que trague saliva con dificultad—. Uf... Estoy tan agotada que, en cuanto me duche... ¡a dormir! Si ves que mañana no me despierto, entra y tírame un vaso de agua helada a la cara o, mejor, un cubo lleno —me pide con guasa y veo que comienza a subir la escalera veloz hasta desaparecer de mi vista.

Me quedo unos segundos aquí de pie, dudando entre subir a mi dormitorio o quedarme en el salón. Al final, gana la segunda opción sin entender muy bien por qué.

—Uy —dice mi tía al verme. Está sentada en el sofá mirando una serie —, ¿ocurre algo?

—Eh... no. ¿Puedo? —Señalo el sofá y veo cómo abre los ojos con sorpresa mientras asiente repetidamente con la cabeza.

—Estoy viendo Friends —comenta con una sonrisa mientras me siento a su lado y miro la pantalla, en la que un grupo de amigos toman café alrededor de una mesa—. La he visto como mil veces, pero nunca son suficientes —añade con el mismo tono jovial de voz mientras me mira de reojo.

—Nunca la he visto.

—Eso es como un sacrilegio, Theo —me riñe con cariño mientras

niega con la cabeza—. Es una serie mítica y por lo menos se tiene que ver una vez en la vida. En mi caso, una vez, como mínimo, al año —suelta para después ajustarse bien las gafas, mirarme un par de veces de reojo y abrir y cerrar los labios otras más—. ¿Todo bien en el instituto?

—Sí, como siempre.

—¿Y en el hockey?

—Sin problemas.

—Bien… —balbucea y se queda callada unos segundos, para después emitir un sonoro suspiro—. Lo que estás haciendo por Mason es… maravilloso —dice con un hilo de voz, cambiando drásticamente de tema mientras me mira fijamente—. Querría habértelo dicho antes, pero casi no nos vemos y, cuando lo hacemos, no hablamos mucho… En fin… Solo quería agradecerte lo que estás haciendo por él. Mason está muy preocupado por su hija y saber que tú estás pendiente de que ella… que no se meta en líos, lo ayuda a estar más relajado.

—Claro —farfullo incómodo.

No ha sido buena idea haberme quedado abajo.

—¡Ella es una buena chica, te lo aseguro! —añade sin que yo haya dicho lo contrario. Mira hacia el despacho de su novio y vuelve a centrar la mirada en mí—. Pero en el último año que pasó aquí cambió de la noche a la mañana. No sé si fue porque Mason y yo pasábamos más tiempo juntos e incluso, después, decidimos vivir juntos o, simplemente, coincidió en el tiempo una cosa con la otra. En todo caso, Max comenzó a salir con personas que no la beneficiaban, empezó a desobedecer a su padre, a pasar noches enteras fuera de casa, a beber muchísimo y… —Se calla de golpe y se encoge de hombros—. Una noche incluso la trajo la policía a casa a altas horas de la madrugada —recuerda negando con la cabeza con pesar—. Lo que Mason no quiere es que repita su comportamiento ahora que ha vuelto a casa. Su abuela asegura que este año en Seattle ha sido ejemplar. Afirma que Max ha comprendido que esa conducta no la beneficia en absoluto y que ha vuelto a ser la misma chica de antes… pero su padre necesita confirmar que sea así para que, al mínimo detalle de que ella pueda volver a las andadas, frenar esos malos hábitos y poder ayudarla como se merece. Solo quiere lo mejor para su hija, Theo.

—Claro —susurro al ver que espera algún comentario por mi parte.

—Como tus padres —suelta sin esperármelo, y no puedo evitar mirarla extrañado, porque no sé muy bien cómo ha podido pasar de un tema a otro con tanta facilidad—. El otro día me llamó tu padre muy preocupado y me comentó que llevaba bastante tiempo sin saber de ti...

—Ya... —mascullo incómodo clavando la mirada en la televisión, donde ese grupo de amigos siguen juntos, hablando y riéndose de cualquier cosa.

Necesito salir de este salón ya.

—Me explicó por qué no fuiste de vacaciones a Milton... —comenta refiriéndose al pueblo de donde soy—... y entonces descubrí que le mentiste. Por poco no metí la pata cuando me contó que habías pasado todo el verano en un campamento especializado en deportes, cuando no fue así, y tuve que fingir que era verdad —añade desvelando mi excusa para no volver a casa cuando terminé el curso escolar.

—Lo siento, tía Julie —susurro, pues tampoco quiero que ella se enfade conmigo. Es la única que deja que haga lo que quiera en todo momento.

—Theo... —murmura ella atrayendo otra vez mi atención y me percato de que sus ojos están velados por la preocupación.

—¿Otra vez estás viendo Friends? —oímos a nuestras espaldas y poco me falta para saltar del sofá de alegría y alivio al ver a mi entrenador aparecer en el salón con una sonrisa mientras se acerca a nosotros.

—Nunca son suficientes, cariño —contesta mi tía mientras me guiña un ojo.

—Voy a subir ya —digo mientras me pongo de pie, esperando poder escapar ahora que tengo una excusa.

—Puedes quedarte, Theo —comenta mi entrenador sentándose al lado de mi tía—. Así podremos criticar esta serie para que, al final, tu tía ponga los deportes.

—Lo siento, pero nunca dejaré que critiquéis mi serie favorita —replica ella siguiéndole el juego, algo a lo que este responde con una sonrisa relajada.

—Me iba a ir ya a la cama, entrenador. Mañana quiero salir a correr

antes de ir al instituto y tengo que estar descansado.

—Vas a llegar muy lejos, muchacho. Sigue así —me anima con rotundidad mientras le pasa el brazo por encima de los hombros a mi tía y esta se acerca a él sin dudar—. Por cierto, me dijo Max que el viernes ibas a ir a la bolera.

—Así es. —No puedo evitar fijarme en la cara de asombro de mi tía al oír esa afirmación.

Es posible que sea por mi culpa, en los últimos meses no he salido tanto como se suponía que debía hacer y me he centrado en exclusiva en prepararme físicamente.

—Si la dejo ir, estarás pendiente de ella, ¿verdad? —me pregunta con seriedad.

—Por supuesto.

—Bien —dice mientras asiente y mi tía sonríe mucho más relajada—. Descansa, muchacho.

—Buenas noches.

Subo el primer tramo de escaleras casi a la carrera, como si necesitara poner metros de distancia con mi tía y sus preguntas, para después ralentizar mis pasos mientras mi mente recuerda cada palabra que me ha dicho precisamente ella.

Max metiéndose en problemas.

Max siendo acompañada por la policía a su casa de madrugada.

Cierro los ojos al tiempo que cabeceo enérgicamente intentando desechar esas palabras que me taladran el cerebro, porque no me la imagino siendo así y, además, me tendría que dar igual todo lo que ella hiciera o dejase de hacer. Es cierto que, desde que volvió a Langford, he oído hablar de ella en varias ocasiones. Han corrido rumores de todo tipo: que es una friki, una antisocial, una rara, una chica que no se junta con nadie que no sea su única amiga, una depresiva… rumores que, después, se han solapado con aquellos referentes a lo que todos creían que había ocurrido en Seattle, que eran tan absurdos que simplemente dejé de atender. Sin embargo, ahora…

Niego con la cabeza subiendo lentamente por la escalera desestimando

cualquier circunstancia relacionada con ella. He conseguido estar un año alejado de todo y de todos, centrándome en ser el mejor y en alcanzar mi objetivo. No voy a cometer el primer fallo por culpa de la deslenguada chica del lago. Porque, desde que esa maldita mañana nos caímos al agua, supe quién era ella y... ¡joder!, al final he acabado durmiendo en la habitación de al lado.

Además, lo único que tengo que hacer es tenerla vigilada, lograr que me enseñe esos movimientos tan rápidos para perfeccionar mi estilo de juego y salir de Langford de la misma manera que llegué: solo y sin nadie que obstaculice mi plan.

Me echo el cabello hacia atrás intentando quitarme esta extraña sensación del cuerpo que persiste sin remedio mientras me acerco a mi habitación. En ese momento la puerta del cuarto de baño se abre y aparece Max, con un albornoz rosa chicle, con el cabello ligeramente húmedo y oliendo a fresas.

—¡Y ahora... a sobar! —suelta nada más verme, con una amplia sonrisa, mientras cruza el estrecho pasillo para meterse en su dormitorio.

Ni siquiera espera a que le conteste, supongo que ya sabrá que no iba a decirle nada. Por eso abro la puerta de mi cuarto y entro oyendo cómo ella comienza a abrir y cerrar cajones en el suyo.

Solo nos separa una pared —una delgada y mísera pared— y, en este año que llevo viviendo aquí, me había acostumbrado al silencio absoluto; en cambio, ahora, cada paso, cada movimiento que ella hace, lo capto a la perfección. Me quito la ropa intentando centrarme en mis movimientos y dejar de estar pendiente de cada uno de los de ella, para después ponerme el pijama y meterme en la cama apagando la luz a mi paso.

Cierro los ojos, pero la voz de Max colándose a través de la pared consigue que los vuelva a abrir.

—Isha —está hablando con su amiga—, ¡desafío superado! Ya te contaré mañana con pelos y señales, pero puedo decir que hoy no me ha afectado tanto ver a Finn.

Finn, el motorista macarra rubio que la mira como si fuera de su propiedad.

El mismo Finn que me advirtió el entrenador que no quería que se acercara a ella.

El mismo tipo que ella mira como si fuera una bendición del cielo, cambiándole el gesto de la cara e incluso comportándose de otra manera distinta cuando él está delante.

Me froto la cara con ambas manos mientras me remuevo inquieto en la cama, centrándome en dormir y dejar de escuchar su conversación. Y, sobre todo, dejar de dar vueltas a cualquier cosa relacionada con Max. Sin embargo, en cuanto cierro los ojos, la imagen de Max recién duchada, con ese halo inocente que desprende su ser, con esa sonrisa amplia e increíble y con esa mirada que me hace intuir lo que esconde en su interior provoca que los vuelva a abrir de golpe.

¿Cómo es posible que esta chica haya causado tantos problemas en el pasado?

Me vuelvo a frotar la cara intentando dejar de pensar en ella. Cambio dos veces de postura, hasta que me doy cuenta de que Max ya no vuelve a decir nada más y así consigo relajarme para acabar durmiéndome.

Salgo de la ducha sintiendo que los músculos se me resienten con cada movimiento. Acabo de llegar de correr cuarenta minutos a una velocidad fuerte y, sin embargo, aunque tenga el cuerpo agotado, tengo la sensación de que necesito una hora más de entrenamiento. Me dirijo a mi dormitorio envuelto en mi albornoz azul sin oír ningún ruido que proceda del de Max. Me visto mientras niego con la cabeza, imaginándomela apagando todas las alarmas que se habrá puesto para seguir durmiendo. Por eso, antes de salir, decido golpear un par de veces la pared, justo donde ayer me di cuenta de que reposa el cabecero de su cama, intentando que, así, se despierte.

Ya abajo en la cocina me concentro en prepararme el desayuno y al rato veo entrar a mi tía y a mi entrenador preparados para salir a trabajar.

—¿Aún no se ha levantado Max? —me pregunta mi tía como todas las mañanas desde que ella volvió.

—Ya te dije que es una dormilona —masculla Mason en mi lugar mientras niega con la cabeza con infinita paciencia—. Nos tenemos que ir ya, Julie. No te preocupes que llegará a tiempo, siempre lo hace —indica con tranquilidad mientras coge una pieza de fruta para llevársela al centro deportivo donde, aparte de trabajar como entrenador de hockey, también lo hace como entrenador personal.

—Si tú lo dices… —contesta mi tía guiñándome un ojo—. Que tengas un buen día, Theo.

Me despido de ellos antes de verlos salir de la cocina, para después oír cómo cierran la puerta tras de sí. Miro la hora, agudizo el oído por si capto movimiento en la parte superior y opto por ir a despertarla ya para no tener que oír lo hambrienta que está de camino al instituto.

Todavía sigo sin comprender que esta chica ganara, varios años consecutivos, uno de los campeonatos juveniles más importantes… y que incluso fuese nombrada mejor jugadora de la temporada en varias ocasiones, convirtiéndose a una edad muy temprana en la joven promesa del hockey canadiense.

Me quedo un segundo delante de su puerta y, al reinar el silencio más profundo, pico sobre esta. La respuesta, cómo no, es ninguna. Por eso, sabiendo que es una pérdida de tiempo aporrear la puerta, opto por abrirla y entrar para despertarla.

Me llega el sonido acompasado de su respiración y el olor a fresas lo inunda todo; me acerco a ella y veo que duerme, así que aprovecho para observar su rostro ovalado, que muestra una expresión relajada; su cabello rubio con amplias ondas, que le oculta parte de la cara, y sus labios mullidos y definidos entreabiertos. Ahora mismo parece indefensa, tan dulce y tranquila que resulta curioso que despierta dé la imagen de ser todo lo contrario… como si quisiera demostrar a todo el mundo la fuerza inquebrantable que tiene haga lo que haga, como esa manera de ser directa, alocada, risueña y decidida.

—Max. —Ni siquiera se mueve—. Max. —Vuelvo a decir más alto, pero la reacción es la misma—. ¡¡¡Max!!! —grito mientras poso mi mano en su hombro para zarandearla con suavidad.

En ese momento veo cómo parpadea y luego logra enfocar sus enormes ojos, bordeados por unas espesas pestañas, en mí. Se lleva la mano a su alborotado cabello para enredárselo todavía más y bosteza sin reparos mientras se estira sin importarle que esté yo delante.

—¿Qué hora es? —dice con voz pastosa.

—Hora de desayunar. Estoy preparando café y, si no quieres que vuelva a subir, con un vaso de agua fría para echarte encima, te recomendaría que te levantaras y bajaras.

—¡Sí, capitán! —exclama mientras alza la mano de manera lenta hasta su frente en un saludo militar.

Niego con la cabeza y, mientras salgo de la habitación, oigo cómo sale el café. Cuando termino de preparar el desayuno, la veo aparecer por la cocina con ese enorme pijama verde del Grinch, arrastrando los pies y con el cabello todavía más alborotado.

Esta chica es un caso aparte.

—¿Por qué no te has vestido ya para ir al instituto? —pregunto intentando entender la razón por la cual no ha bajado ya preparada.

—Hoy iré en pijama, papi —replica con guasa, pero, al deslizar su mirada hacia mí, resopla bajito—. Tengo hambre. Cuando termine, me vestiré. ¿Contento? —susurra mientras se deja caer en la silla y mira lo que he preparado—. ¡Necesito dulce! —añade mientras se vuelve a poner de pie y rebusca por la despensa.

Me pongo a desayunar fijándome en sus movimientos lentos, sus profundos bostezos y esa manía de tocarse más su enmarañado pelo. Al final vuelve a la mesa con unos panqueques a los que les echa una cantidad brutal de sirope de arce. Nada más degustarlo, comienza a gesticular con la cara y no puedo evitar negar con la cabeza.

Esta chica no tiene remedio.

—¡Lo necesitaba! —exclama como si no me hubiese dado cuenta de lo mucho que está disfrutando con ese dulce calórico—. ¿Quieres uno?

—Prefiero mis tostadas.

—Claro. Te tienes que cuidar para el campeonato —contesta con la boca llena al tiempo que remueve el café, al que le ha echado un chorrito de leche y miel.

—Acuérdate de que esta tarde tenemos que entrenar.

—Cómo olvidarlo —resopla con sarcasmo y me centro en mi desayuno.

Es como si todo fuera cachondeo para ella y no hubiese nada que se tomara en serio.

—Anoche tu padre me preguntó si iba a ir a la bolera —musito y me fijo en que cambia su semblante guasón y relajado por otro más expectante.

—¿Y qué le contestaste?

—Que sí. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

—¡Por supuesto! —exclama y de repente la veo más animada, más contenta, y no sé a qué se debe—. ¿Van a ir todos tus amigos? —me pregunta con visible curiosidad y la miro sin comprender a qué viene esa cuestión.

—Aún no he hablado con ellos, pero me imagino que no se negarán —respondo y la veo dibujar una amplia sonrisa—. ¿Por qué?

—Por si me pregunta tu tía. Ya te dije que tengo que informarle acerca de la existencia de tu vida social —contesta pizpireta y no entiendo la razón, pero no me creo ni una de sus palabras.

Termina de desayunar antes que yo y, después de meterlo todo en el lavaplatos, se dirige a su dormitorio para vestirse. Mientras termino de comer desbloqueo el móvil y veo un mensaje de mi padre que lleva varios días ahí sin abrir. Miro hacia el acceso a la cocina, como si me quisiera asegurar de que Max no está, para luego tomar el último trago de mi zumo y hacer clic sobre este para leerlo.

Tengo que hablar contigo.

Ni siquiera me planteo contestar, simplemente bloqueo el móvil e incluso lo pongo boca abajo, como si quisiera asegurarme de no tener la tentación de responder a su mensaje. Después me quedo con la mirada anclada donde estaba sentada Max, sin poder evitar darle vueltas a todo el tema que la envuelve, sin importarme lo más mínimo haberme obligado a no hacerlo. Pero parte del trato que hice con mi entrenador era tener vigilada a su hija y, a la mínima cosa extraña que haga, decírselo. Sé que podría haberme escaqueado de esta tarea, incluso me dio un día para que lo pensara. Pero solo me bastó verla patinar para saber que tenía que aceptar, pues necesitaba que Max me ayudara a moverme como lo hace ella, para así garantizarme tener una oportunidad para conseguir un hueco en un equipo profesional. Sin embargo, esa condición que me pidió para formalizar nuestro trato, me temo que esconde algo más.

Si Max no quiere ser popular —algo que me ha asegurado en un par de ocasiones—, ¿por qué quiere salir con todos nosotros?

Y, no, no me creo que lo haga para que mi tía esté tranquila al ver que

salgo por ahí con mis amigos.

Disfruta

Theo

Cierro la taquilla después de hacer el cambio de libros para las últimas siguientes horas y me doy cuenta de que Max está justo al lado de la suya hablando con su amiga. Esta mañana, cuando hemos salido juntos hacia el instituto en la pick-up de Julie, no ha hablado conmigo y me ha extrañado tanto su inesperado mutismo que no he podido dejar de fijarme en lo que hacía. Durante el corto trayecto no ha parado de enviar mensajes con el móvil y reprimiendo, de vez en cuando, alguna sonrisita... e incluso me ha parecido ver cómo se emocionaba. Pero la verdad es que ha movido tan rápido la mano por debajo del ojo que no puedo asegurar si estaba llorando o, simplemente, estaba aliviando algún tipo de picor. Por supuesto que no le he preguntado. Sigo a rajatabla mi promesa de no intimar con nadie y no me importa que ella viva bajo el mismo techo que yo, seguiré con mi plan hasta el final. Después, cuando he aparcado en el parking, ha saltado del coche y ha desaparecido de mi vista como si tuviera demasiada prisa o no quisiera que nadie la viera conmigo. Incluso he pensado que quizá había quedado con alguien, una circunstancia que no he podido constatar porque, cuando he entrado, ella ya no estaba por los pasillos.

En este instante sonríe ampliamente mientras se alza el cabello con destreza en un imposible recogido que despeja su rostro. Acto seguido le da un cariñoso empujón a su amiga, quien, de repente, voltea la cara hacia mí. Sin embargo, no me hace falta mirar hacia otro lado al ver que me ha pillado observándolas para disimular porque, en este momento, Hannah se pone delante de mis ojos y su mirada enmarcada con máscara de pestañas negra y rímel se desliza coqueta por mi cuerpo.

—Hola, Theo —susurra con ese tono seductor que siempre utiliza conmigo.

—Hannah —digo a modo de saludo mientras me apoyo en la taquilla y me centro en clavar la vista en la pared que tengo delante.

—He pensado que podríamos hacer algo este fin de semana —dice con un hilo de voz y la miro de reojo percatándome de que acaba de acercar todavía más su cuerpo al mío—. Hace tiempo que no quedamos...

Solo he quedado una vez con ella.

Nada más.

—Había pensado en ir el viernes a la bolera con los chicos —suelto un poco más alto para que todos me oigan y, así, aprovechar para quedar con ellos.

—¿No tienes que descansar para entrenar duro el sábado? —suelta William echándome en cara la excusa que siempre pongo para no salir con los chicos.

—Esta semana, no —contesto, y veo que William sonríe lobunamente.

—Me imagino que este cambio de opinión se deberá a la influencia de la preciosa Hannah —añade mirándola directamente a ella, para después guiñarle un ojo. Sin embargo, la chica tiene los ojos fijos en mí y ni siquiera se ha dado cuenta de los intentos de William por llamar su atención.

—¿En serio que es por mí? —murmura susurrante y siento sus uñas de gel deslizarse por la tela de la beisbolera del equipo que cubre mi brazo.

—Pues a mí me parece genial el plan —comenta Elliot salvándome de tener que responder a esa cuestión—. ¿Cuánto tiempo hace que no vamos todos juntos a la bolera?

—La semana pasada fuimos —apunta William, a quien se le ha cambiado el semblante al darse cuenta, una vez más, de que a Hannah le da igual que él vaya detrás de ella.

—Pero no todos —se defiende Elliot—. ¡Cuenta con nosotros! —exclama obviando que a William parece que no le hace gracia ir de nuevo a jugar a bolos.

—Y con nosotras —interviene Hannah sonriente, autoinvitándose ella y, de rebote, a sus amigas—. Después de la bolera, podríamos ir a algún lugar más tranquilito, tú y yo. Solos —dice melosa y bajito para que solo lo oiga yo.

—Ya veremos —respondo mientras el atronador timbre que da paso a la siguiente clase me salva de los intentos inútiles de Hannah por seducirme.

Parece que da igual las veces que le diga que pierde el tiempo conmigo. Es como si, al confesarle que no tengo intención de salir con nadie, se empeñase en cambiar mi decisión.

Agarro con fuerza la mochila, le echo una rápida mirada de despedida y ella me guiña un ojo con coquetería. Comienzo a caminar detrás de William y Elliot, que van a la misma clase que me toca a mí, en dirección hacia donde todavía están Max e Isha pegadas a la taquilla de la hija del entrenador. Max le da un codazo a su amiga, esta baja la mirada para esconder una sonrisita nerviosa y empuja suavemente a la primera, todo ello mientras Max tiene la vista anclada en mis amigos.

Expectante.

Como si estuviese esperando algún gesto de alguno de los dos o, tal vez, de los dos. Cuando llego a su altura y se da cuenta de que la estoy mirando, no duda en sacarme la lengua con gracia, para después echarse a reír como si la vida fuera un continuo festival.

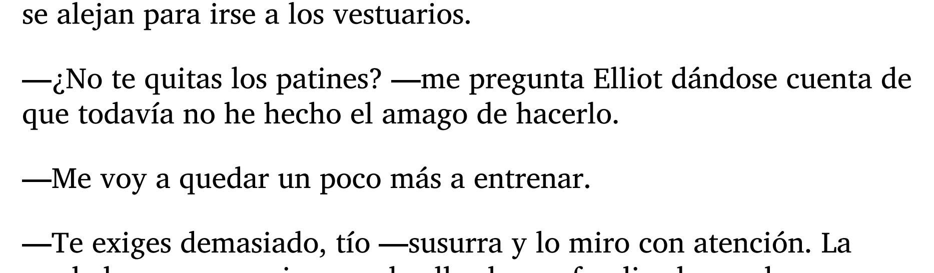
Niego con la cabeza sin dejar de andar, procurando encontrar alguna lógica a todo lo que hace esta chica tan contradictoria.

Juro que no la entiendo y, si por mí fuera, me alejaría lo máximo posible de todo lo que ella representa.

Sin embargo, no puedo, le he hecho una promesa a mi entrenador y haré lo indecible por cumplirla.

Solo tengo que concentrarme en que mi autocontrol siga como hasta ahora y mantener alejada a Max al máximo. No será difícil. He podido estar un año entero en Langford manteniéndome al margen de todo y de todos, solo tengo que pensar en que ella es la llave para conseguir mi último paso. Un último esfuerzo y lograré lo que muchos pensaban que era imposible, sobre todo mi padre.

Me siento en el banquillo del centro deportivo después de un duro entrenamiento. William no para de hablar sobre lo que podríamos hacer el viernes después de la bolera, como si la idea de quedar ahí hubiese sido suya, algo que tengo que reconocer que no me importa. Al rato, se gira y se pone a conversar con otro tío del equipo mientras



se alejan para irse a los vestuarios.

—¿No te quitas los patines? —me pregunta Elliot dándose cuenta de que todavía no he hecho el amago de hacerlo.

—Me voy a quedar un poco más a entrenar.

—Te exiges demasiado, tío —susurra y lo miro con atención. La verdad es que con ninguno de ellos he profundizado mucho, pero tengo que admitir que, de todos, el que mejor me cae es él—. Está bien esforzarse, pero también es importante divertirse y hacer otras cosas alejadas del hockey… como ligar —concluye guiñándome un ojo.

—Lo sé —digo sin pensar, pero me he acostumbrado a no decir mucho sobre mí o mis pensamientos. Es la única manera de mantenerse al margen.

—Me alegro de que mañana vayamos a la bolera todos juntos. Necesitamos despejarnos, sobre todo de las exigencias del entrenador —comenta para después dirigir la mirada hacia delante, donde Max está hablando con Harold, el asistente del entrenador, mostrando esa amplia sonrisa que endulza sus facciones—. ¿Cómo está siendo la convivencia con ella?

—Normal.

—¿Es verdad todo lo que se dice de ella?

—No lo sé. La verdad es que hago poco caso de las habladurías y tampoco la conozco lo suficiente como para decir si es cierto o no lo que he oído de ella —confieso; veo que asiente conforme y sonríe al oír una carcajada de Max.

—Siempre ha sido una chica muy reservada, incluso pasota, con según qué personas. Es raro verla así de risueña con Harold —destaca para después quedarse un segundo callado—. Aunque también se ha dicho de ella que invadió una propiedad privada, que destrozó un escaparate de un local y que robó dinero antes de irse de Langford. Cuentan por ahí que fue una de las causas por las que se fue de Canadá —comenta y lo miro sin evitar mi asombro—. ¡A saber si es verdad! —suelta y se ríe.

—Es curioso que nadie supiera que sabe jugar al hockey —comento y veo cómo Elliot asiente dándome la razón, para luego quedarnos unos segundos en silencio mirándola.

—Mira, colega… —Duda un instante contemplando a Max—. No soy quién para decírtelo, pero a Hannah le gustas mucho. ¡Joder!, le gustas muchísimo. ¡Y es genial! Porque la tía está buenísima. Pero el problema es que… a William le gusta Hannah desde hace como mil años. Sé que él no te ha dicho nada porque nunca te ha visto interesado en ella, pero me temo que se está cansando de que Hannah ni siquiera le preste atención.

—No puedo obligar a Hannah a que se fije en William —contesto encogiéndome de hombros.

—¡Lo sé! Solo te digo que tengas cuidado. William es un buen tipo, pero, cuando hay tías de por medio, se vuelve demasiado competitivo, incluso más que cuando está sobre una pista de hielo.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien —dice mientras coge los patines en una mano—. No te machaques demasiado —añade mientras se levanta y se dispone a dirigirse al vestuario.

Me levanto cuando todos se han ido, también los entrenadores, y veo a Max deslizarse por el hielo con esa soltura que me sorprendió la primera vez que la vi sobre unos patines.

—Tú me dirás… —suelta cuando me ve delante de ella—. ¡No, espera! —añade y ya sé que me va a soltar alguna broma por ese tono tan jovial que utiliza y esa manera que tiene de mirar, achicando los ojos, como si así quisiera aguantarse la risa—. Quieres que te enseñe a hacer piruetas y tirabuzones. Ay, Theo, Theo… ¡habérmelo dicho antes! Venga, que en dos semanas te veo girando sobre ti mismo sin ni siquiera marearte.

—¿Siempre te lo tomas todo a cachondeo?

—Últimamente, sí, porque he aprendido lo importante que es divertirse… reír, disfrutar de los pequeños momentos, pasarlo bien, relajarse y vivir el presente, el ahora… —indica patinando a mi alrededor.

—Pero ahora vamos a entrenar, Max. Necesito que te tomes esto en serio. Quiero mejorar como jugador y…

—Theo —me corta deteniéndose delante de mí, mirándome de esa manera fija que tiene, sin esconder su rostro, simplemente posando en mí esos enormes ojos con ese llamativo color que me recuerdan al

sirope de arce. Además, tener que hacerlo sin inclinar la vista hacia abajo es una novedad, porque Max es casi de mi altura y podemos mirarnos a los ojos sin dificultad—, ¿disfrutas jugando al hockey? —me pregunta con tanta solemnidad que me temo estar otra vez en el ojo del huracán de alguna de sus bromas.

—Voy a competir y a ganar, no a pasar un rato con mis colegas —resoplo y veo cómo niega con la cabeza.

—Ese es tu fallo. No puedes pretender ser el mejor cuando no disfrutas, cuando no te diviertes con lo que haces, porque eso… se nota. Tienes que volver a cogerle el gusto a este deporte. Te tienes que divertir cuando le pasas a tu compañero el disco; disfrutar cuando marcas un gol; alegrarte cuando un compañero consigue aprovechar un buen pase tuyo. Tienes que sentir el hockey palpitar en tu interior en lugar de sentirte esclavo de él —me explica, y no puedo evitar sopesar la tranquilidad con la que me acaba de decir esa frase tan demoledora que me hace incluso dudar de lo que he estado haciendo durante este último año—. Eso va a ser lo primero que te voy a enseñar: vamos a divertirnos.

Max me sonríe antes de acercarse a la zona de banquillos, donde coge su teléfono móvil y se va deslizando de nuevo hasta mí mientras lo toquetea. Me remuevo inquieto temiendo haber cometido un error garrafal al pedirle ayuda. Yo solo quería que me enseñara a hacer esos movimientos que me dejaron clavado en el suelo sin saber cómo reaccionar y no a divertirme.

¡No he venido a Langford para que una deslenguada chica me ayude a pasármelo bien! Eso ya sé hacerlo yo solo, aunque este año no lo haya practicado demasiado a menudo.

Para ser fiel a la verdad, ni siquiera recuerdo un momento en el que me haya divertido de verdad desde que llegué.

—Max, creo que…

—Espera —me pide interrumpiéndome para después oír los primeros acordes de una canción muy famosa de Maroon 5—. Déjate llevar por la canción e intenta moverte como Jagger —me anima y comienza a deslizarse mientras contonea su cuerpo de una manera exagerada y canta la letra de este tema, que no es otro que Moves like Jagger.

—No creo que sea buena idea que…

—Quieres que te ayude, ¿no? Relájate, Theo. Solo estamos tú y yo

aquí. No tienes que aparentar ser el chico pluscuamperfecto que todo el mundo quisiera como hijo —suelta acercándose a mí—. Sigue mi ritmo y… ¡hazte un favor!, disfruta, que solo tienes diecisiete años.

Comienzo a patinar a regañadientes, observando cómo se desliza con esa ligereza por el hielo, con esa destreza innata. Trago saliva cuando se pone de cara a mí y patina de espaldas para mirarme, sin dejar de tararear la canción y de mover los pies haciendo eses, ochos, como si estuviésemos aprendiendo a patinar, para después hacer otros movimientos mucho más complicados que intento ejecutar con menor gracia.

No sé cómo ocurre, pero empezamos a patinar cada vez más rápido, moviéndonos sin ton ni son, derrapando al final de la pista, para volver al otro extremo, en una especie de competición extravagante e improvisada. Veo cómo gesticula de una manera exagerada cuando Christina Aguilera canta su estrofa, viviendo cada palabra como si fuera ella la que la ha escrito, haciendo hincapié en la petición de guardar su secreto.

De repente oigo su risa cantarina, que me hace sonreír al ver que cada vez me siento más… libre.

Patinamos entre risas.

Patinamos con esa música como banda sonora y simplemente empiezo a dejarme llevar por este extravagante ejercicio.

—¡Lo que te ha costado, colega! ¡Tres canciones seguidas de Maroon 5 para que te relajaras! —se queja en broma mientras me tiende una botella de agua cuando nos acercamos al banquillo—. ¿Tenemos tiempo para un ejercicio más?

—Sí —digo sin ni siquiera mirar la hora, pero quiero ver con qué me va a sorprender ahora.

—Una de las cosas que aprendí en patinaje artístico es a moldear mi cuerpo con la música —explica después de beber un gran trago de agua—. Esa flexibilidad que adquirí me permitió escabullirme el otro día de tu defensa.

—¿Quieres que aprenda a bailar? —pregunto, y Max comienza a carcajearse divertida.

—¡Menuda cara has puesto! —se mofa, y resoplo intentando no unirme a sus risas. Pero es bastante difícil cuando ríe de una manera tan escandalosa, como si no le importara nunca qué pensaran de ella —. No te estoy pidiendo que montemos un numerito musical, Theo —añade dejándome más tranquilo—, pero sí que debes hacer ciertos movimientos para ayudarte a arrebatarle el disco al contrario o a llevártelo lejos de la defensa. ¡Probemos!

Se anuda el cabello en una trenza baja, se coloca el casco y coge el stick. Hago lo mismo que ella y nos ponemos uno delante del otro, con el disco en medio de los dos. La música aún sigue sonando, pero ella ya no está cantando, está concentrada de la misma manera que percibí en nuestro primer cara a cara. Veo que hace el primer movimiento y contraataco sin vacilar. Intentamos arrebatarnos varias veces el disco, perdiéndolo y ganándolo a medida que vamos avanzando por la pista. De repente siento cómo Max impacta con fuerza y precisión contra mi cuerpo dejándome confundido, pues no habíamos hablado de ayudarnos con el cuerpo, para después ver cómo se escapa con el disco y marca gol con facilidad.

Ahora mismo vuelvo a tener delante de mí a la campeona de hockey hielo, a esa chica que me sorprendió el otro día robándome el disco casi sin despeinarse y…

¡Joder! Es… la hostia de increíble.

—Otra vez —le pido, y ella asiente mientras recoge el disco para ponerlo en la posición inicial.

—Esta vez, diviértete e improvisa —me pide y mueve el disco con el stick—. Sé un chico malo, Theo —me reta moviendo el disco cada vez más rápido—. Sé que puedes sorprenderme o… ¿tengo que provocarte para que lo hagas?

Frunzo el ceño mientras veo cómo dibuja una amplia sonrisa e intento hacer lo que me ha pedido. Tampoco pierdo nada por intentarlo.

—No hay reglas —indica girándose sobre sí misma para llevarse el disco en ese movimiento—. Solo… diviértete e improvisa.

No pienso.

No actúo como siempre haría.

Me dejo llevar y comienzo a soltarme.

Veo que Max reprime una sonrisa al ver cómo coloco mi hombro hacia su cuerpo para defender mi posición.

—Chico malo —susurra con guasa contra mi oído y se me corta el aliento ante su sugerente tono de voz.

Sin embargo, de repente, se agacha y aparece por el otro extremo, asombrándome. Es tan rápida que a veces es difícil ver cómo ejecuta esos movimientos.

—Vamos, chico de Massachusetts, sé que puedes hacerlo mejor —me provoca, y la sigo de cerca—. ¡Sorpréndeme!

Cada vez que la miro gesticula simplemente para arrancarme una sonrisa y consigue que comience a divertirme con este absurdo juego que ha iniciado.

Seguimos disputándonos el disco y, hostias, se me escapa una risa al ver que consigo arrebatárselo de una manera que jamás había hecho, utilizando el stick como escudo y girando sobre mis cuchillas para apartarla sin llegar a rozar su cuerpo con el mío. Corro veloz por la pista para oír su fuerte risotada nada más deslizar el disco en la portería.

—Chicos —oímos de repente y volteo la mirada hacia la puerta principal del estadio—, vamos a cerrar ya.

—¡Salimos enseguida! —suelta Max intentando reprimir la risa, pero le está costando tanto que no puedo evitar unirme a ella—. ¡Ha sido increíble, Theo! —exclama mientras me da una fuerte palmada en un hombro al tiempo que nos acercamos al banquillo para quitarnos los patines—. Ni siquiera he visto cómo me quitabas el disco y... ¡¡te has reído!!

—Me lo he pasado bien.

—¿Ves? Ay, hombre de poca fe —declara dramática mientras se quita el primer patín—. Espero que lo que te voy a decir no salga de aquí y se lo chives a mi padre nada más poner un pie en casa —susurra y la miro temiéndome cualquier barbaridad—. Yo también me lo he pasado bien y hacía tanto tiempo que no lo hacía jugando al hockey que es... una novedad —comenta con una sonrisa.

—¿Por qué no quieres que lo sepa?

—Porque sé lo que me diría —contesta encogiéndose de hombros

mientras se calza sus deportivas—. Y no quiero volver a tener la misma conversación con él. Este mundo ya no es para mí.

—¿Por qué? Eres buena, Max. Eres mejor que eso.

—Vaya, gracias —murmura con una sonrisa mientras coloca los patines en la mochila—. Pero es una larga historia y nos están esperando para cerrar el centro deportivo. Lo que me extraña es que mi padre no esté llamándome para saber si he vuelto a sucumbir al lado oscuro y te he estampado un patín contra esa cabeza cuadrada que tienes, dejándote K. O. Porque... ¡eres cabezón, ¿eh?! Hemos estado... ¡dos horas! para que me hicieras caso y te dejaras llevar —comenta abriendo los ojos cuando ve la hora en su reloj de muñeca y la verdad es que también me asombra que se me haya pasado el tiempo tan rápido.

—Es la primera vez que me dicen que soy cabezón.

—Siempre tiene que haber una primera vez y, ahora, mueve el culo que tengo hambre —me apremia mientras se cuelga la mochila al hombro y comienza a subir la escalera—. ¿Tú crees que tu tía habrá hecho algo que no sean verduras para cenar?

—Me temo que no tendrás esa suerte. Mi tía lleva un año siendo vegana y creo que tiene intención de que todos lo seamos.

—Está genial que quiera que todos seamos unos comedores de lechuga, pero podría dejar de hacer brócoli —se queja mientras comenzamos a caminar en dirección a la salida—. Odio el brócoli, Theo —susurra y... no puedo evitar reírme al ver su cara de fastidio y ese tono lastimero al confesarme su animadversión por esa verdura.

Al oírme, Max se une sin dudar, como si acabáramos de ver algo tan gracioso que no pudiéramos evitar carcajearnos. Y salimos así, riéndonos como hacía tiempo que no me reía y sintiéndome de una manera que pensé que jamás volvería a experimentar.

Me quedo un segundo fuera de la camioneta cuando ella ya ha entrado en el vehículo procurando averiguar qué ha pasado. A Max solo le han bastado dos horas para hacerme reír, para hacer que hable más de la cuenta y... ¡No puedo permitir que ella eche abajo mis escudos! Los he creado por una razón muy importante y, aunque es cierto que he aprendido esta tarde algo relevante para perfeccionar mi juego, no puedo dejar que vuelva a tener ese poder sobre mí.

Max y yo no somos amigos.

Nunca lo seremos.

Solo nos ayudamos para conseguir un fin distinto.

Solo eso.

Cambiar las reglas del juego

Maxine

—Si quieres que me vista así, tú también tienes que hacerlo —dice Isha mirando horrorizada el conjunto de falda vaquera con jersey blanco que le acabo de enseñar, como si fuera un arma destructora de alto alcance.

—Pero yo no tengo ningún interés en que nadie se fije en mí esta noche.

—Pues hazlo para que no me sienta sola.

Resoplo mirándola fijamente. Isha tiene los brazos cruzados sobre el pecho como si ya hubiese tomado una decisión inquebrantable y giro la cabeza para mirar el interior de mi armario.

El día ha sido... aburrido y largo en el instituto, y todavía más en el entrenamiento. Mi padre sigue empeñado en que vaya todas las tardes, aunque mi función de los últimos días se limite a ayudar a quitar y poner el material en la pista. ¡Nada más! Menos mal que hoy, en cuanto hemos acabado, nos hemos venido Theo y yo a casa para prepararnos para la bolera, posponiendo nuestro entrenamiento especial para otro día. Theo hoy... La verdad es que ha estado más callado de lo normal y eso es casi rozar el mutismo. Aunque... ¡él sabrá! Ya tengo suficiente con pensar en cómo conseguir que Isha llame la atención de Elliot como para añadirme más presión en esta primera semana en Canadá. Además, solo he tenido tiempo de ducharme antes de que Isha apareciera por mi casa para prepararnos juntas y salir desde aquí. Por lo tanto, tampoco he tenido mucho tiempo real para averiguar si le pasa algo a Theo o simplemente esa es la cara que tiene todos los viernes.

—Está bien —susurro mientras saco otra falda para mí, una negra que conjuntaré con un jersey del mismo color. Al darme la vuelta pillo a mi amiga mirándome analíticamente.

—Si no te apetece que vayamos, podemos quedarnos.

—¡Ni hablar! —exclamo con rotundidad, pues no voy a desperdiciar la primera oportunidad que tengo para que mi amiga sea feliz—. No te preocupes por mí, lo único que me pasa es que estoy cansada. ¡Esta semana ha sido agotadora! Pero, en cuanto estemos en la bolera, se me pasarán todos los males. Venga, ponte la ropa, que todavía tenemos que maquillarnos.

—¿También nos vamos a maquillar?

—¡Claro! Tenemos que ponernos monas monísimas, Isha. Hay que ejecutar el plan antes de que tu madre empiece a presentarte a candidatos y tenemos que aprovechar todos nuestros recursos —contesto—. Venga, mueve el culo, que dentro de nada estará Theo aporreando la puerta para que nos vayamos.

—Ay... ¡no me lo recuerdes! Solo de pensar que voy a subir a su coche... ¡me tiemblan hasta las piernas!

—Anda, anda, déjate de tembleques y vístete —la apremio mientras me quito la ropa que llevo para ponerme esa falda negra que llevo más de un año sin usar, para después ponerme encima el jersey y colocarlo de tal manera que el hombro derecho quede al aire.

Me miro en el espejo mientras Isha termina de vestirse y antes de salir le lanzo una enorme chaqueta y yo me pongo otra que tapa en su totalidad la ropa que llevo.

—¿Tienes frío?

—No nos las ponemos para eso, sino, más bien, para que mi padre no nos haga cambiar de ropa cuando nos vea salir.

—Ay, Max, ya sabía yo que esto es demasiado corto y lo que no quiero...

—¡Relájate! —la interrumpo con una sonrisa—. Vamos a salir con una chaqueta porque hace mucho frío —comento para que se centre en eso y no en la verdadera razón—. Póntela mientras voy a ver si el cuarto de baño está libre.

Ni siquiera le doy tiempo para que me conteste y salgo del dormitorio para acercarme a la puerta del cuarto de baño. Deslizo la manija hacia abajo y la puerta se abre, dándome luz verde para comenzar a maquillarnos.

Cuando ya estoy terminando de aplicarle con mimo el pintalabios a

Isha oigo los pasos de alguien acercarse hasta aquí. Tose disimuladamente dándome la pista para saber que es Theo, quedándose alejado del umbral de la puerta que tengo abierta. A veces creo que este chico es de otra época. Tan respetuoso, tan amable, tan serio y callado…

Al final voy a tener que darle la razón a Isha respecto a lo que me dijo de que Theo era distinto a los demás jugadores de hockey.

—¿Ya tenemos que irnos? —le pregunto a Theo sin salir mirando a Isha, que tiene los ojos abiertos exageradamente, intimidada al saber que está el chico popular a escasos pasos de nosotras.

—Sí —afirma con rotundidad sin añadir más información y no puedo evitar asomarme para verlo con unos vaqueros negros, una camiseta blanca entallada y, cómo no, su beisbolera del equipo.

La vida es muy injusta, porque con muy poco está guapo a rabiar.

—Dos minutos y bajamos —le digo con una sonrisa y Theo, rápidamente, rehúye el contacto visual conmigo para darse la vuelta y bajar a la planta inferior, como si tuviera mucha prisa.

Voy a tener que aceptar que soy una tardona haga lo que haga, y me temo que ya no importa que a Theo le cuente mil milongas, él ya no tiene ni siquiera una duda.

—Estoy muy nerviosa —confiesa Isha poniéndose de pie para que le retoque un poco el pelo. No es porque yo haya sido la artífice de su aspecto, pero está increíble.

—Nos vamos a divertir. Céntrate solo en eso —susurro, y veo cómo asiente mientras le echo un poco de perfume—. ¡Vamos allá!

Bajamos y nos acercamos al salón, donde Theo está sentado al lado de su tía. En cuanto nos ve, Julie no puede evitar sonreír mientras nos echa un buen repaso.

—¡Estáis preciosas, chicas! —exclama con entusiasmo—. ¿Verdad, Theo? —Sin embargo, este simplemente ha comenzado a caminar en dirección a la puerta para salir de aquí lo antes posible, sin responder a su tía y mucho menos mirarnos lo suficiente como para dar una opinión al respecto—. Pasadlo muy bien. ¡Mason, los chicos se van ya! —grita en dirección al despacho de mi padre.

—Divertíos —se oye que dice desde el interior, sin hacer el amago ni

de salir, y no puedo evitar reprimir una sonrisa al imaginarme que su tranquilidad se debe a que Theo vendrá con nosotras.

—Ya hemos hablado de la hora a la que tenéis que volver —me comenta Julie tocándose la nariz, y su sobrino, simplemente, asiente con estoicismo. Después, cuando Theo ya no la está mirando, su tía me guiña un ojo, algo a lo que respondo con una amplia sonrisa.

Antes de salir a la calle nos calzamos, Isha unas botas con un poco de tacón que se ha traído de su casa, la lástima es que no utilizamos la misma talla de pie, y yo unas botas planas de media caña tan calentitas como cómodas. Caminamos una junto a la otra mientras Theo va en cabeza, abre la pick-up, siento la mano de Isha cogerme con fuerza el brazo y la miro para ver cómo esconde una sonrisita.

—¿Quieres sentarte en el asiento del copiloto? —susurro, y veo que abre los ojos desmesuradamente, por lo que me obligo a reprimir una carcajada.

—¿Quieres que no llegue a la bolera de una pieza? Da gracias de que me estoy conteniendo al saber que me voy a subir a su coche y que voy a poder olerlo a placer —contesta, y niego con la cabeza sin poder disimular una sonrisa.

Theo, ciñéndose a su viernes mudo, conduce mientras lleno el silencio hablando de cualquier chorrada que se me ocurre con Isha, quien, cómo no, también está callada. ¡Parece que esté dando un monólogo!

No tardamos en llegar a la bolera, está muy cerca del centro deportivo de Langford y es donde se reúne la mayor parte de la gente joven. Nada más aparcar la camioneta, entramos y el ruido ensordecedor de las conversaciones mezcladas con los últimos éxitos de la música más comercial nos engulle.

Isha se agarra a mí como si fuera la primera vez que viene, a pesar de que el año pasado vinimos alguna vez, y le muestro una sonrisa intentando que confíe en sí misma. Theo nos mira un instante, frunce el ceño y se detiene para esperar a que lleguemos a su lado.

—Cualquier cosa que necesitéis, estoy ahí —comenta señalando una de las pistas.

Ni siquiera nos da tiempo a responderle, pues se da la vuelta dejándonos solas y se acerca con paso seguro a donde están sus amigos, todos reunidos acaparando ya una de las pistas, pero sin hacer todavía el amago de jugar. Isha me aprieta el brazo que todavía no me

ha soltado y opto por acercarnos a la barra del bar para tomarnos algo.

—Max —dice, y sonrío al oír un ligero temblor en su voz—, está él —murmura como si no me hubiese dado cuenta de que Elliot está en el mismo lugar que nosotras. Es tan mona, mi amiga...

—¿En serio? Pues, chica, ¡mejor!, que te vea —exclamo como si todo fuera causado por el azar—. Tú no te preocupes que estaré a tu lado en todo momento —susurro mientras nos quedamos detrás de los últimos que están esperando a ser atendidos en la barra del bar. Desde donde estamos podemos ver sin problemas la pista donde están sentados los amigos de Theo, quien, sorprendentemente, ha comenzado a hablar sin parar, con unos y otros, como si el mutismo solo lo provocara mi presencia.

Si al final voy a tener que aceptar que le caigo pero que muy mal. En fin...

—No es tan sencillo como parece.

—Lo sé, Isha. Tú... no pienses. La mente tiene la mala costumbre de recordarnos todos nuestros miedos y puntos débiles, pero te aseguro que la gente solo se dará cuenta si tú le das más importancia de la que tiene. Céntrate en pasarlo bien esta tarde conmigo. En nada más.

—¡Nos están mirando todos, Max! —musita agachando los ojos al suelo.

Al girarme hacia ellos me doy cuenta de que todos, menos Theo que está sentado y pendiente de su móvil, nos están observando. Sonrío como si estuviese más que acostumbrada a ser el centro de atención y, poco a poco, veo cómo comienzan a apartar la mirada de nosotras para centrarla en su pequeño grupo de chicos y chicas. Kyra está sentada al lado de Elliot, Scarlett no para de hablar con William y Hannah acaba de sentarse al lado de Theo atrayendo toda su atención, algo que la rubia no duda en festejar acercándose un poco más al jugador de hockey.

Tengo que reconocer que lo bueno de ser las tímidas barra raritas es que no somos ningún peligro para las chicas populares porque no llamamos la atención de los chicos. Aunque esta noche tengo intención de empezar a cambiar las reglas del juego... y todo por mi mejor amiga.

Con nuestros refrescos en la mano, nos ponemos en un rincón no muy

apartado de todos ellos en contra de la voluntad de mi amiga, que hubiera preferido ocultarse lo máximo posible de todos ellos. Isha está más que nerviosa, ni siquiera abre la boca y solo mira de reojo hacia donde está Elliot, para después apartar rápidamente la mirada por si alguien se da cuenta de que lo está mirando.

—Vamos a quitarnos la chaqueta.

—Ni borracha —farfulla atacada de los nervios mientras se abrocha todavía más la prenda, como si debajo llevara un camisón sugerente cuando solo lleva un conjunto de ropa de lo más normal.

—Isha, si me pides ayuda es para después hacerme caso —le recuerdo al tiempo que me saco la chaqueta retándola a que haga lo mismo.

—Está él —reitera nerviosa con los dientes apretados.

—¡Pues con más razón! —insisto con determinación haciéndola reír—. Relájate. Es ropa. Ropa que te favorece y te hace resaltar por encima de las demás, solo eso. Deja de esconderte y demuéstrales a todos lo increíble que eres por fuera, pero también por dentro.

—Con esta ropa creo que hasta se me ven las entrañas —masculla por lo bajini y sonrío ante su exageración. Sin embargo, aunque hace el amago de quedarse con la chaqueta, al final se la quita para después anclar su mirada al suelo, como si le diese vergüenza atraer la mirada de cualquier chico.

—¿Has visto ya a ese chico de Matemáticas?

—S-sí —tartamudea mirando hacia las pistas de bolos—. Está jugando una partida con sus amigos. Es el chico moreno que va vestido todo de negro, pelo oscuro y gafas también negras —me lo describe mientras las dos echamos un vistazo hacia donde está.

La verdad es que no tardo en verlo porque es el típico chico que siempre le ha gustado a Isha, delgaducho y con pinta de empollón; lo extraño es que le guste Elliot, la verdad.

—¿Has venido preparada para jugar una partida?

—¿Tú y yo solas? —plantea arrugando la nariz. Me imagino que no se fía de mí y, aunque a veces puedo llegar a ser muy atrevida, cuando estoy con ella trato de frenarme. Lo último que quiero es que lo pase mal.

—Por supuesto. No me iba a presentar en el grupo de Theo sin que me hayan invitado —comento como si nada cogiéndola del brazo para arrastrarla a la zona donde se alquilan las pistas y los zapatos para jugar.

—Tú eres capaz de hacerlo, Max —replica, y no puedo evitar sonreír porque me conoce demasiado bien.

—Es cierto, pero quiero ir poco a poco para que el plan salga como pretendo —susurro mientras me detengo delante del mostrador para pedirle, sin que me oiga Isha, que me dé una pista en concreto, una que está al lado de la del chico de Matemáticas, pero, a su vez, también lo está de Elliot.

¡Esta noche no puedo dejar nada al azar!

Llegamos enseguida a la pista, pues estamos cerca del acceso a ellas. Nos sentamos en las sillas giratorias mientras nos cambiamos de zapatos y me percato de que Isha sigue estando muy nerviosa, tanto que ya la he visto quitar y poner el velcro de los zapatos varias veces, como si no consiguiera fijárselos adecuadamente a los pies.

—Isha —la llamo para que deje de pelearse con los pobres zapatos—, no pienses que están cerca.

Mi amiga alza los ojos y me mira mientras asiente con resignación, supongo que arrepintiéndose de haberme pedido ayuda... y eso... ¡que todavía no he empezado a poner en funcionamiento mi plan!

Me levanto como un resorte porque me toca tirar primero. Cojo una bola, una con el peso perfecto, para después acercarme al carril, inclinar mi cuerpo ligeramente y lanzarla con precisión.

—Se me había olvidado que eres un hacha jugando a los bolos —resopla Isha al ver que en mi primera jugada los he derribado todos.

—Uf... pero en pocas cosas más, tía —comento sentándome para que Isha lance—. Todavía no entiendo cómo me has pedido que te ayude a conquistar a alguien cuando ni yo misma pude hacerlo.

—Porque por lo menos lo intentaste —murmura levantándose de la silla para tirar.

—Eso sí, pero, para lo que me sirvió, podría haberme quedado quietecita, sobre todo después de que se descontrolara todo —resoplo y veo que Isha niega divertida con la cabeza.

La veo dudar, no sé si al escoger bola o al mantener a raya la falda sobre sus muslos. Miro de reojo hacia el chico de Matemáticas y me percato de que, tanto él como sus tres amigos, están pendientes de nosotras.

¡Genial!

Entonces deslizo la mirada hacia la pista de al lado de ellos, donde están los amigos de Theo. Desgraciadamente, Elliot aún no se ha dado cuenta de la existencia de mi amiga, algo que tengo que cambiar enseguida.

—¡Dale duro, Isha! —grito con júbilo y mi amiga me mira de reojo mientras se sonroja.

Vuelvo a mirar disimuladamente a Elliot, que acaba de darse cuenta del bellezón que es mi amiga, pues este se ha quedado unos segundos de más sin parpadear, echándole tal repaso que creo que ya no va a tener ninguna duda de quién es ella. Sin embargo, no solo él está mirándonos. Hannah nos está echando una miradita que... parece que nos hayamos colado sin invitación en alguna fiesta exclusiva, porque incluso arruga su naricilla perfecta, desaprobando nuestra existencia. O tal vez le haya llegado algún olorcito sospechoso, ¡a saber! En ese momento se inclina sobre el oído de Theo con esa coquetería impostada que tan bien se le da. No sé qué le está diciendo, porque el sobrino de Julie simplemente se encoge de hombros —este chico no tiene el don de la palabra, qué le vamos a hacer—, pero veo cómo Hannah, molesta por no conseguir la reacción a lo que sea que le ha dicho, se levanta como un resorte y se sienta al lado de su amiga Scarlett. Las dos chicas, sin dudarlo, comienzan a cuchichear como si tuvieran un cotilleo que desengranar minuciosamente mientras nos dedican miraditas llenas de veneno.

¡Confirmado, las tres fantásticas nos tienen fichadas!

Aparto mi atención de ellas rápidamente porque no me apetece hacerme mala sangre, para darme cuenta de que Theo me está mirando de una manera... que no sé muy bien cómo interpretar. Entre que el chico habla poco conmigo y todavía no he aprendido a leer el pensamiento, ya me podría estar diciendo con la mirada que un avión está a punto de estrellarse contra nosotros que me quedaría igual.

—Max —susurra Isha dejándose caer en su silla y atrayendo mi atención—, te toca a ti.

—¡Uy, ya voy! —exclamo poniéndome de pie rápidamente, como si

me hubiese pillado haciendo algo inapropiado, pero de inmediato me vuelvo a sentar para poder hablar con Isha con más privacidad—. Que sepas que el chico de Matemáticas ya te tiene fichada… y no te gires, porque ahora mismo te está echando una miradita que… telita.

—¡Ay, no me digas eso que me pongo a temblar! —exclama sonrojándose de nuevo, pero esta vez con una chispa de ilusión en los ojos.

—Pues no tiembles tanto y míralo de vez en cuando. Tiene que ver que estás interesada en él —le recuerdo—. Voy a lanzar.

Me levanto dispuesta a que esta primera salida juntas dé algún tipo de fruto, aunque sea pequeñito. Cojo la bola, la misma que he utilizado antes, alzo la mirada para acercarme a la pista y tengo que hacer un esfuerzo titánico para que no se me resbale de la mano.

Es él.

Parpadeo intentando comprobar que realmente me acabo de encontrar con la mirada rasgada de Finn al otro lado de la bolera pendiente de mí.

Me sonríe de esa manera que tanto me gusta y se me salta un latido el corazón.

¡Mierda!

Sí, es él.

No lo creas

Maxine

Me quedo un segundo de más mirando a Finn… Su ropa oscura, su cabello rubio y esa manera que tiene de moverse desprendiendo testosterona a raudales, para después esforzarme por deshacer el contacto visual y centrarme en la jugada.

Me tiembla el pulso, siento que las palmas de las manos me sudan y cómo mi corazón galopa descompensado. «Solo es Finn», me recuerdo intentando tranquilizarme; sin embargo, no lo consigo. Cojo aire para después soltarlo procurando centrarme en este momento, en el ahora, y dejar de pensar que ese tipo está mirándome. Hago el movimiento con la bola y me agacho ligeramente para dejarla caer justo en medio. No aparto la mirada de su trayectoria, rezando todo lo que sé para conseguir pleno. No obstante, solo derribo dos bolos.

¡Mierda!

Me temo que Finn ha sido testigo de mi tirada desastrosa, pero no me atrevo a comprobarlo y me concentro en mi siguiente jugada.

Puedo hacerlo.

Tengo que demostrarle a Isha que tenemos la capacidad de controlar nuestras emociones, pero, sobre todo, voy a demostrarme a mí misma que Finn ya pertenece a mi pasado con todo lo que le engloba.

Lanzo la siguiente bola y no aparto la mirada de su movimiento, para ver, aliviada, cómo derriba todos los bolos.

Sonrío satisfecha conmigo misma para deslizar la mirada donde he visto a Finn, pero él ya no está y mi alivio roza el éxtasis.

¡Menos mal que se ha ido!

Isha coge la bola, se prepara para lanzar y…

—¡¡Pleno!! —exclamo mientras salto de alegría al ver cómo mi amiga

ha derribado todos los bolos de una misma tirada.

Sonríe, sonríe ampliamente, mientras respiro con alivio al ver que está haciéndome caso. Se está centrando en divertirse y, con disimulo, echo una mirada rápida para saber si Elliot está pendiente de mi amiga. Sin embargo... Kyra está hablándole al oído mientras se inclina hacia él para que tenga una buena panorámica de su escote, algo que él no duda en aprovechar. Resoplo por lo bajo centrándome en Isha, que ha vuelto a sentarse en su sitio, y aprovecho estos segundos que necesita la máquina para colocar los bolos para volver a fijarme en el chico de Matemáticas.

¡Sigue mirándola, bien!

La partida comienza a animarse cuando veo a Isha más segura a medida que avanza. Nos reímos de todo y de nada, comenzamos a soltarnos más y me doy cuenta de que echa miraditas tanto al chico de Matemáticas como a Elliot, quien, sorprendentemente, ya no tiene pegada como una lapa a Kyra y, de vez en cuando, observa a Isha.

¡Esto marcha según lo previsto!

—Ahora decide —le digo después de haber ganado la partida—, ¿quieres que nos acerquemos al chico de Matemáticas y le pongamos nombre, que nos unamos a la pandilla perfecta —digo refiriéndome a los amigos de Theo— o que nos tomemos otro refresco antes de que Theo nos avise de que acabó nuestro momento de gloria?

—El refresco.

—Sabía que elegirías esa opción —comento con resignación haciendo que esta sonría mientras salimos de la pista antes que todos ellos.

Es lo bueno de ser dos, las partidas duran menos.

—¡Pero si es Max-Max... Maxine! —oigo a mi espalda, y esa manera de llamarme provoca que se me remueva el estómago porque sé quién es.

Al girarme tengo delante al mejor amigo de Finn, Ben, con su sonrisa lobuna, sus ojos brillantes y sus tatuajes subiendo por su fuerte y ancho cuello. Ni siquiera sonrío, aunque lleve sin verlo un año, pero me imagino que él no se da cuenta de que no me alegro de tenerlo otra vez delante porque me mira de una manera que me remueve por dentro. Comienzo a sentir asco, arrepentimiento y unas ganas locas no solo de marcharme de este lugar, sino de Langford, de Canadá e

incluso de América. Entonces, de repente, siento sus fuertes manos rodear mi cuerpo en un abrazo demasiado estrecho que consigue que el olor a porro y a alcohol mezclado con sudor provoque que sienta náuseas y una necesidad imperiosa de alejarlo de mi cuerpo, tanto como para tener después que ducharme con agua hirviendo.

—Estás increíble, muñeca —me suelta mientras me aparto de él, no sin dificultad. Porque, para Ben, todas las tías somos «muñecas». En ese momento desliza la mirada hacia Isha de esa manera nauseabunda que me hace erguirme para protegerla—. Vaya… ¿y quién es este caramelito?

—Nadie que te interese —replico a la defensiva, algo que a este le hace mucha gracia porque comienza a carcajearse de esa manera gutural y estridente que siempre me ha causado pavor.

—Vaya… una lástima, podríamos haberlo pasado muy bien —susurra para después centrar la mirada en mí—. ¿O tal vez has decidido al fin probar tú, muñeca? Ya sabes que me quedé con las ganas… —añade deslizando la lengua por sus amarillentos dientes de manera lasciva y repugnante.

Lo miro de malas maneras sin responder a su asquerosa provocación, cojo a mi amiga del brazo y comienzo a caminar en dirección a la calle a grandes pasos, casi a la carrera.

Necesito aire fresco.

Necesito quitarme este malestar de encima.

Sé que Isha está llamándome, intentando averiguar qué me ocurre, pero ahora mismo no puedo hablar. Solo necesito respirar porque me estoy ahogando y el pasado lo está llenando todo con demasiada nitidez.

De todo lo que hice.

De todo lo que me arrepiento.

—¡Max! —vuelve Isha a la carga cuando hemos llegado a la calle y el frío me hace cerrar los ojos, para intentar tranquilizarme—. ¿Ese no era un amigo de Finn? ¿Por qué ha dicho eso?

—Isha, ahora no.

—¿Cómo que ahora no? ¡Ese tío te estaba desnudando con la mirada!

—Reprimo un sollozo porque yo también he sentido que me miraba así.

Me muevo nerviosa, alzo la mirada hacia el cielo oscuro parcialmente oculto por nubes e intento que mi respiración se normalice, todo esto bajo la atenta mirada de mi amiga, que espera a que le explique lo que acaba de ocurrir.

Algo que ni yo misma sabría explicar.

—Dame un minuto —le pido intentando sosegarme.

Pero no consigo detener mi mente, que me recuerda con imágenes nítidas cada minuto, cada segundo, de todo lo que he intentado borrar durante este año fuera de Langford. Mi piel se eriza, mi estómago se revuelve y lo único que quiero es salir corriendo de aquí. Pero sé que no puedo escapar de todo lo que hice, de todas mis estúpidas decisiones.

No puedo escapar de mí, ¡maldita sea!

—Max… —oigo su voz antes de verlo. Cuando me giro hacia él maldigo mil veces su presencia, pero, sobre todo, lo que despierta en mí cada vez que lo tengo delante, sin importar las veces que he intentado convencerme de que ya lo he superado—. ¿Podemos hablar a solas? —pregunta Finn mirando más a Isha que a mí.

Mi amiga me mira esperando a que tome una decisión. Dudo un instante en si aceptar o negarme en redondo a su petición. Pero volver ahora mismo dentro no entra en mis planes porque sigo muy nerviosa y Theo (o cualquier otro jugador de mi padre) lo podría ver y contárselo; por lo tanto, asiento mientras señalo el interior de la bolera.

—Ahora entro, Isha —susurro para que ella me espere ahí y veo cómo duda un instante, para después girarse y entrar de nuevo, dejándonos solos a Finn y a mí en la calle.

Este comienza a caminar hacia un lugar mucho menos concurrido, lejos de cualquier mirada, para darnos más intimidad, y yo lo sigo porque he aceptado hablar con él, aunque no sé si estoy cometiendo otra estupidez de las mías.

—Tengo que reconocer que este año te ha sentado muy bien, Max —dice Finn deslizando su mirada por todo mi cuerpo.

Es curioso, pero esa frase con ese tono de voz logra que me ponga derecha y que me enfrente a su maldita mirada de chico malo y peligroso, para acabar con esto lo antes posible. Aunque siga sintiéndome atraída por Finn, no puedo relajarme delante de él.

Ya no.

—¿Qué quieres? —pregunto con sequedad y veo que Finn se acerca a mí, muy despacio, mostrándome esa condenada sonrisa marca de la casa que me pone muy tonta, tanto... ¡que se me olvida que no me puedo fiar de él!

—Solo quiero que hablemos, como solíamos hacer antes —comenta y no puedo evitar que se me escape una irónica sonrisa—. Echo de menos nuestras conversaciones.

«¡Eso es, Max! Ríete en su cara. No lo creas.»

«¡No-lo-creas!»

—Has bebido —afirmo mientras niego con la cabeza desaprobando su conducta.

Y me siento orgullosa de mostrarme tan tranquila después de oír el primer piropo que me ha echado desde que lo conozco.

¡Que me ha sentado bien este año, dice!

¡Ja!

—Un par de cervezas. Pero eso no impide que charlemos. Aún no me has contado qué pasó en Seattle para que hayas vuelto tan... cambiada —indica paseando sus ojos, de nuevo, por mi cuerpo.

—¿A qué se debe este interés repentino por mí? Cuando estaba viviendo aquí, ni siquiera me mirabas a la cara dos veces —le suelto; veo cómo desliza de nuevo esa sonrisa mientras da un paso hacia mí.

«Ay, Max... Te estás metiendo en la boca del lobo tú solita...»

—Siempre hemos sido amigos, ¿no, Max? No es raro que me preocupe por ti, como tampoco es extraño que tú lo hagas por mí. —Da otro paso hacia mí.

—Nunca hemos sido amigos, Finn. Es absurdo que quieras serlo después de tanto tiempo —replico encogiéndome de hombros mientras doy un paso hacia atrás.

—Siempre hay tiempo para enmendar nuestros errores, ¿verdad? Además, siempre te he considerado una amiga.

—¡¿Una amiga?! —Niego con la cabeza haciendo un esfuerzo por controlar mis nervios. ¿Por qué Finn siempre consigue alterarme?—. Tú y yo nunca hemos sido amigos, Finn. Yo solo era una cría enamorada del chico que vivía en la casa de al lado, que intentaba por todos los medios ganarme una mirada o un poco de atención, que se desvivía para intentar cruzar un par de palabras contigo. Sin embargo, hiciera lo que hiciese, siempre acababa viendo cómo me ignorabas —resumo—. Eso no es amistad, Finn. ¡Ni siquiera me conoces!

—Sí que te conozco, Max, más de lo que te imaginas. Eras la única persona en la que confiaba en este pueblo de mierda y...

—Y no fue suficiente —termino por él—. Sabías que estaba enamorada de ti, pero te daba igual, porque solo me usaste, Finn. He tardado, pero después de un año me he dado cuenta de ello. No te gustaba, no me querías, ni siquiera me apreciabas, simplemente era la chica que siempre estaba ahí para adorarte cuando lo necesitabas.

—No, no es eso, Max —me interrumpe dando otro paso hacia mí mientras me coge la mano—. Solo que eras demasiado joven. —Me zafo de su agarre—. Tenías dieciséis años, ¡maldita sea! —exclama con rabia mientras gesticula con ambas manos y no puedo evitar sonreír.

—Y ahora diecisiete y tú, diecinueve —le recuerdo—. Solo ha pasado un año. Nada ha cambiado.

—¡Ha cambiado todo! Tú has cambiado y yo...

—Finn —susurro deteniendo lo que quisiera decirme y aferrándome a la promesa que me hice de no volver a caer en el mismo error—. Si de verdad sientes algún aprecio por mí, dile a tu amigo Ben que no vuelva a acercarse a mí. Y espero que tú también entiendas que esa Max que vivía pendiente de ti ya no existe y da igual lo que me digas ahora, porque he aprendido a no creerme nada de lo que salga de tus labios.

—¿Es por el cachitas del hockey? —me suelta sin titubear y juro que tengo que parpadear dos veces para que me entre en la cabeza lo que me acaba de sugerir.

—Pero ¿qué tiene que ver ahora Theo con todo esto? —le espeto con frustración porque... ¡siempre sale a colación su nombre! Y eso que ninguno de los dos pronuncia el nombre del otro...

—¡Todo! Desde que está él, no eres la misma. No te comportas como solías, siempre está a tu lado como un maldito guardaespaldas y... ¡Joder, Max!, ¿es que no te das cuenta? ¡Ese niñato solo está jugando contigo!

—¿Y tú no, Finn? —le rebato sintiendo cómo el cabreo comienza a subirme por la garganta.

—¡No, joder! Yo... siempre te he cuidado, Max, incluso cuando parecía que no lo hacía. Pero él...

—¡Estás así por él! —resoplo perpleja al darme cuenta de la razón de esta extraña conversación. ¡Es que es alucinante!

—¡Por supuesto que es por él! No me fío de ese tipo, de su carita de chico bueno, de que viva bajo tu mismo techo, de que tenga a tu padre comiendo de su mano y... hostias, Max, sé que esconde algo.

—No tienes ningún derecho a pedirme explicaciones sobre ese tema, Finn. Tú y yo nunca hemos sido nada, tú mismo lo dejaste bien claro cuando me dijiste que jamás podrías estar conmigo. Además, ¡yo puedo estar con quien me dé la gana!

—Pero ¿es que no te das cuenta de que estoy intentando que seamos los de antes, Max? Ya sabes, tú y yo contra el resto del mundo —suelta repitiéndome una de esas frases que en el pasado lograban hacerme suspirar de amor mientras me aparta un mechón de mi pelo con delicadeza. Sin embargo, ahora lo único que siento es rabia por haber sido tan tonta al creerlo y doy un paso hacia atrás para deshacer ese contacto que hubiera deseado hace un año con entusiasmo.

—Es imposible que seamos los de antes —sentencio; me giro hacia la puerta de la bolera, donde veo a Theo, a mitad de camino, lejos del barullo, quieto, mirándonos.

No sé cuánto tiempo lleva ahí parado pendiente de nosotros, pero me da igual. Me doy cuenta de que Finn también ha notado su presencia cuando se pone a mi lado, en una actitud de macho alfa que no me gusta nada. Miro un instante a mi vecino, su gesto contraído, su pose desafiante, y resoplo por lo bajo, procurando serenarme. Sin embargo, noto que Finn me coge de la mano y me acerca a su cuerpo. Lo miro extrañada, pero él ni siquiera me presta atención, pues tiene los ojos fijos en Theo.

—¿Qué haces? —susurro mientras me libero de su agarre, y en ese momento veo su mirada contrariada, como si le hubiese clavado un

puñal en el pecho.

—Max, dame solo esta noche. Larguémonos de aquí y estemos a solas. Tú y yo…

Ahora mismo mi mente es un auténtico caos. Finn quiere que me vaya con él para hablar cuando, en el pasado, siempre era yo quien mendigaba por una simple mirada. No puedo evitar girarme hacia Theo sin pensar, como si quisiera asegurarme de que sigue en el mismo lugar que antes. Sin embargo, me lo encuentro avanzando hacia nosotros, con gesto serio y decidido.

Tiene la mirada anclada en mí en exclusiva y, cuando está a escasos centímetros, siento cómo me coge la cara con sus fuertes manos y cómo sus cálidos labios se posan tan cerca de la comisura de mis labios que incluso estos cosquillean por la aproximación, de una manera fugaz, casta, pero poderosa, que dura unos instantes, es cierto, pero que parecen una eternidad concentrada en un segundo. Nos separamos lentamente mientras nos miramos a través de nuestras pestañas, como si quisiera decirme con su mirada por qué me ha dado un beso tan cerca de la boca, y noto cómo desliza las manos por mi cara hasta romper el contacto…

Sin pensar, en un estúpido reflejo, me giro hacia Finn, que está todavía a escasos pasos de mí. Su rostro refleja ahora mismo furia y contención, como su pose erguida y su mirada afilada dirigida al jugador de hockey. Titubeo un instante, porque no entiendo qué acaba de suceder, miro a Theo otra vez y me percato de cómo le está echando una mirada de advertencia a Finn. Y… de repente, recuerdo lo que me confesó sobre el trato que hizo con mi padre.

Hará lo que sea para apartar a Finn de mi lado.

Y, desde fuera, seguro que parece que Theo me acaba de besar en los labios, aunque no ha sido así porque este chico parece salido del siglo

XIX

, siempre tan respetuoso y leal.

Me doy la vuelta sin decir nada más, dejando que Theo y Finn se echen todas las miraditas de macho alfa que necesiten, y entro en la bolera todavía más frustrada que antes. Aunque, la verdad, esa frustración ahora mismo se está convirtiendo en ira.

Sin embargo, poco dura mi acción de huida cuando siento su mano

rodearme la muñeca para detenerme y girarme hacia él. Y sé que es él y no Finn porque mi piel reacciona de distinta manera.

—Max —gruñe y maldigo por dentro haber vuelto, haber hecho un trato con él y haber accedido a hablar con Finn, todo a la vez mientras me sumerjo en sus enigmáticos ojos de un tono avellana oscuro.

—Ya lo sé, no hace falta que me expliques nada —susurro alterada al ver cómo Theo se aproxima todavía más a mí sin soltar mi muñeca, invadiendo mi espacio vital y notando el calor que emana de su cuerpo. En ese momento me doy cuenta de que estoy temblando y no sé si es por el frío que hacía en la calle, por la rabia que siento después de la conversación que he mantenido con Finn o por el maldito beso que me ha plantado Theo para marcar territorio—. Estoy bien, ¿vale? No hace falta que ahora me vengas con milongas y me recuerdes de nuevo nuestro trato —suelto todavía muy nerviosa, tanto que no sé cómo sigo en pie y no me he puesto a dar vueltas como una loca alrededor de la bolera.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —me pregunta señalando con la cabeza donde supongo que estará todavía de pie Finn intentando digerir que ya no me muero por él y que, al parecer, ahora lo hago por Theo.

¡Madre mía, menudo jaleo!

—Nada que te tenga que preocupar —farfullo mirándolo a los ojos. Este desliza la mirada por todo mi rostro como si quisiera comprobar que no le miento y se detiene justo en mis labios, esos que han estado a un suspiro de los suyos. ¡Mierda!—. ¿Dónde está Isha? —digo tras un carraspeo, intentando llevar la conversación a un terreno más ligero y dejar de darle vueltas a algo que ya no se puede cambiar.

—Con mis amigos.

—Ay, mi madre… —mascullo buscándola con la mirada y la veo sentada al lado de Elliot. Está preocupada, pero también nerviosa por haber acabado al lado del chico del que está enamorada.

—Max —susurra Theo llamando mi atención para que deje de mirar a mi amiga.

—Estoy bien, Theo, te lo prometo. No te preocupes por lo que ha pasado antes. Aunque no comparto lo que has hecho, porque me podrías haber consultado, ¡digo yo!, lo entiendo —resoplo nerviosa—. ¿Nos tenemos que ir ya a casa o podemos quedarnos un poco más?

En ese momento Finn entra de nuevo en la bolera y se nos queda mirando a los dos de una manera muy intensa, pasando muy cerca de donde estamos. Trago saliva en cuanto sus ojos azules se deslizan lentamente por mi ser, para después obligarme a fijarme de nuevo en la mirada impasible de Theo, que no se ha despegado ni un instante de mí.

—Nos vamos ya —gruñe soltando mi muñeca y asiento conforme mientras lo sigo hacia el grupo de sus amigos.

La verdad es que por hoy ya he tenido suficientes emociones y, aunque la noche no ha terminado ni de lejos como quería, no me puedo quejar. Por lo menos Elliot y el chico de Matemáticas ya saben que Isha existe.

Lo que me acaba de pasar... espero poder olvidarlo lo antes posible. Porque... ¡menuda nochecita!

Salimos de la bolera en silencio después de despedirnos por lo bajini de los amigos de Theo y hacer un esfuerzo sobrehumano para no buscar por la bolera al causante de que esta noche haya acabado de esta manera.

Como ya es una costumbre en Theo, conduce callado todo el trayecto. Ni siquiera Isha, y mucho menos yo, interrumpimos este silencio solo roto por la música que suena en la radio a un volumen bajo. Ahora mismo tengo tanto que asimilar que no podría conversar de nada superfluo. Cuando Theo detiene la camioneta en la puerta de la casa de Isha, esta se despide de nosotros y me hace una señal para que, cuando pueda, hablemos a solas. Después, cuando mi amiga ya ha entrado en su casa, él vuelve a poner el coche en circulación hasta detenerlo justo delante de la mía. Sin embargo, antes de quitar la llave del contacto, Theo se gira en mi dirección mirándome con esa seriedad que me temo que es su seña de identidad.

—¿Qué ha pasado esta noche, Max? —me plantea mirándome a los ojos.

—Eso me gustaría a mí saber —suspiro y me encojo de hombros al ver que sigue con los ojos anclados en mí—. Te aseguro que no tengo ni idea. Los chicos os quejáis de que somos complicadas, pero ¡anda que vosotros! Parece que, si no os hacemos caso, nos lo hacéis vosotros... En cambio, cuando andamos detrás de vosotros como tontas, es como si ni siquiera sospecharais de nuestra existencia.

—¿El motorista rubio y tú eráis...?

—¡No éramos nada, Theo! —lo interrumpo—. Yo era la tonta enamorada, y él, el que disfrutaba de mis atenciones, pero manteniéndose al margen. No entiendo por qué ahora se acerca a mí. Te juro que, si hubiese sabido que funcionaría pasar de él, ¡lo habría hecho antes de montármelo tan mal! —exclamo para después negar con la cabeza—. ¿No te gustaría tener la capacidad de echar el tiempo para atrás y hacer las cosas de modo diferente? Yo borraría por completo ese último año. De la primera a la última acción.

—Pero, a lo mejor, si lo hicieras, no serías la misma.

—Eso es lo que dice mi abuela —comento con una sonrisa, pues acordarme de ella siempre me hace sonreír—. ¿Vas a contarle a mi padre lo que ha ocurrido en la bolera?

—No —susurra mientras niega con la cabeza—. Tenemos un trato, Max, y me gusta cumplir mi palabra.

—Mejor —digo aliviada, porque no me apetece nada tener que hablar con él de lo que ha pasado con Finn.

—No soy quién para darte consejos —murmura mientras frunce el ceño y hace un amago de sonrisa irónica—, pero ten cuidado con ese tipo.

—Lo sé. Aunque he tardado en darme cuenta, tengo claro que no debo volver a meterme en ese círculo vicioso, Theo.

—Max... lo del beso —comienza a decir y percibo que me esquiva la mirada, como si le costara hablar de ese momento que hemos compartido.

—Lo entiendo, Theo —musito encogiéndome de hombros—. Ha sido una manera de que Finn se diera cuenta de que me he olvidado de él y que he rehecho mi vida. La verdad es que debería haber hecho algo así al día siguiente de verlo, pero pensé que nuestra relación seguiría igual: yo mirándolo en la distancia, y él, obviándome. Pero parece ser que tu presencia ha hecho que se fije más en mí. Qué curioso, ¿eh? Solo ha bastado que otro chico esté cerca de mí para que él se percate de mi existencia...

Asiente con lentitud sin dejar de mirarme; luego saca la llave del contacto y sale del vehículo. Lo imito y, antes de llegar a su lado, oigo el inconfundible sonido de la moto de Finn acercándose. Intento que no se me note que sé que él va a aparecer dentro de poco y me concentro en caminar al lado de Theo.

Cuando Theo abre la puerta, no puedo evitar echar una mirada hacia donde acaba de detener la moto. Finn se quita el casco rápidamente sin dejar de mirarme con tanta intensidad que parece que le ha dolido el momento que hemos compartido los tres hace un rato. Sin embargo, sentir la mano de Theo rodear mi cintura para que entre provoca que centre mi mirada en el sobrino perfecto. Este me sonríe de una manera que me sorprende, porque tiene un toque atrevido, canalla, como si en realidad Theo no fuera tan pluscuamperfecto como quiere mostrarle a todo el mundo y, detrás de toda esa contención, existiera otra versión de él totalmente distinta.

Me guía hasta dentro de esa manera, apoyando su mano con seguridad en mi cintura, y me fijo en cómo Theo le echa una última mirada de advertencia a Finn antes de cerrar la puerta de la calle.

—Habéis llegado pronto —oigo que dice Julie, que se encuentra en el salón, y en ese momento Theo deshace su contacto para dar un paso alejándose de mí.

Se echa los rizos hacia atrás varias veces consecutivas, para después soltar aire por sus definidos labios y comenzar a caminar en dirección hacia donde está su tía después de descalzarse. Yo… me quedo quieta en el sitio, todavía en shock por lo que ha ocurrido esta noche, sin oír siquiera lo que le está contando Theo a Julie y sintiendo todavía un cosquilleo en la cintura, justo donde Theo tenía su mano posada.

En mitad de la noche más oscura

Theo

Salgo de la ducha después de llegar de correr a un nivel alto, exigiéndome cada vez más esfuerzo, más velocidad y más precisión. Esta mañana, harto de dar vueltas en la cama, me he levantado muy temprano dispuesto a quemar esta intranquilidad que arrastro desde hace unos días y que ha empeorado todavía más por lo que sucedió anoche.

Me pongo el albornoz y me planto delante del espejo observando mi rostro cansado. Expulso el aire mientras me peino, para luego quedarme de nuevo mirando mi reflejo, aunque mi mente no esté centrada en la imagen que proyecta, sino en anoche.

Cierro los ojos mientras cabeceo enérgicamente intentando desechar la imagen de Max con minifalda; de Max riéndose a carcajadas cuando hablaba con su amiga; de cuando salí a la calle después de que Isha volviera dentro sin ella y la vi hablando con Finn; de sus palabras, de su mirada incrédula y dolida; de su voz resquebrajándose por ese macarra; del olor a fresa que inundó por completo mis sentidos, y de ese maldito beso que le di tan cerca de los labios que no entiendo cómo logré controlarme para no acabar besándola como un auténtico loco.

Pero... ¿cómo iba a alejar de otro modo a ese tiparraco? Él tenía que creer que estábamos juntos para que la dejara en paz, para que se olvidara de ella, para mantenerlo alejado de ella tal como me pidió su padre.

Eso es... Ese beso solo existió por culpa del trato que hice con él y no fue provocado por nada más.

Salgo del cuarto de baño para entrar en mi dormitorio sin que se oiga sonido alguno en su habitación. Me visto intentando mantener a raya mi mente; sin embargo, no puedo evitar recordar cada maldito instante, cada palabra, cada mirada... Cabeceo de nuevo desechando cualquier recuerdo y me concentro en comprender por qué una chica

como ella se juntó con esa clase de persona.

Bajo la escalera sin darme opción alguna de intentar averiguar si Max está ya despierta y al entrar en la cocina veo a mi tía y a su novio terminando de desayunar.

—Buenos días —les digo mientras me dirijo directamente a la nevera para sacar el zumo.

—¿Has corrido esta mañana? —me pregunta mi entrenador tras devolverme el saludo.

—Sí, una hora y media —contesto, sintiendo que no es suficiente. Necesito quemar más energía, todavía me siento demasiado nervioso —. En cuanto se despierte Max, quiero ir a entrenar un rato con ella —añado sin pensar. ¡Maldita sea!—. No sé si la pista del Q Center Arena estará libre.

—No lo está —me informa mi entrenador sin dudar y por un instante el alivio, junto con la decepción, me hacen removerme inquieto—. Hoy tienen un partido de exhibición los Victoria Shamrocks — comenta refiriéndose al equipo local de lacrosse—. Entonces, ¿te está ayudando mi hija?

—Sí.

—Me sorprende. Creía que iba a ser una pérdida de tiempo para ti porque te daría largas para no cumplir su palabra...

—Solo hemos entrenado una vez, pero me ha mostrado que es realmente buena jugando y que tiene una capacidad de improvisación fuera de lo común. Además, es tan rápida que a veces me cuesta detener sus ataques. Verla jugar es increíble —confieso y me temo que es la primera vez que hablo tanto con ellos—. Si quisiera, no dudo que sería una profesora increíble de hockey, porque te contagia la pasión que siente por este deporte.

—Sí que es buena —susurra mirándome extrañado, para después suspirar con resignación mientras se le ensombrece el gesto—. Podría haber sido una gran jugadora profesional. La mejor, sin dudas.

—¿Por qué lo dejó? —suelto sin poder frenar las ganas que tengo de esclarecer ese punto que todavía no he averiguado.

—¿No te lo ha contado ella?

—Me dijo que se cansó de jugar, pero… creo que no es del todo cierto.

—Eres muy perceptivo, Theo. Y, en efecto, no solo lo dejó por eso, pero, aunque tengo mis sospechas, mi hija jamás me contó la verdadera razón de esa decisión que cambió su vida por completo… —murmura, y se queda unos segundos contemplando sus manos—. Creo que podéis ir al estadio Westhills —añade cambiando de tema—. Hablaré con John para que os deje entrenar sin que nadie os moleste. Me debe más de un favor —comenta sacando su móvil para comenzar a hablar con su amigo.

—¿Y esta tarde vais a salir otra vez? —me pregunta mi tía al poco, poniéndose de pie y acercándose donde estoy para dejar los platos que ha usado.

—Tal vez —susurro, porque la verdad es que ni siquiera lo he pensado y mucho menos se lo he comentado a Max.

—Anoche os lo pasasteis bien, ¿verdad? —vuelve a preguntar mirándome fijamente mientras meto unas rebanadas de pan en la tostadora.

—Sí, no estuvo mal. Max estuvo con Isha, y yo, con mis amigos.

—¿Y no os juntasteis todos?

—Solo al final —le aclaro evitando mirarla a los ojos para que no descubra que no le estoy contando todo lo que sucedió.

—Cuando volvisteis, vi a Max más seria de lo habitual —dice con un hilo de voz mirando de reojo a su pareja, que sigue hablando por teléfono con su amigo John.

—Creo que perdió a los bolos —miento, porque no pude evitar fijarme en lo buena que es hasta en ese juego… y en cómo su minúscula falda se le subía por sus muslos cada vez que tiraba, cómo esa prenda enmarcaba su culo respingón haciendo imposible que apartara la mirada cada vez que le tocaba lanzar y cómo esa imagen me ha perseguido desde entonces.

¡Mierda!

—Vaya… entonces es igual de competitiva que su padre —comenta con una sonrisa y se queda mirándome fijamente: Hago un amago de sonrisa, procurando disimular lo que estoy pensando—. Me alegro de que os estéis haciendo amigos, que salgáis juntos todos en una

pandilla y que os ayudéis mutuamente —añade como si hubiese sido idea nuestra, cuando todo ha sido por culpa de ellos dos.

—¡Hecho! —exclama mi entrenador, provocando que tanto mi tía como yo dirijamos nuestra atención a él—. Podéis ir en una hora al estadio. Cuando lleguéis a conserjería pregunta por John. Me ha dicho que podéis estar ahí hasta la hora de comer.

—Estupendo.

—Voy a despertar a mi hija; si no, hoy no os vais a entrenar —comenta. Se levanta de la silla y se acerca donde estamos mi tía y yo parados—. Entonces, ¿anoche fue todo bien con ella?

—Sí, entrenador. Fue una noche de lo más normal —miento con tranquilidad.

—Muy bien... ¿Estaba por ahí el vecinito? —pregunta ladeando la cabeza en dirección a la casa donde vive ese cabrón.

—Sí —contesto, porque es absurdo que niegue algo que puede descubrir enseguida—, pero Max estuvo en todo momento con su amiga Isha.

—Bien, bien —comenta con alivio. Aprieta con cariño el brazo de mi tía y sale de la cocina para ir a despertar a su hija, algo que sé que le va a costar bastante.

Mi tía me mira con una sonrisa mientras termina de recoger la cocina. Cuando termina se detiene de nuevo delante de mí.

—¿Has hablado con tu padre?

—No —susurro cogiendo las tostadas con la mano. Las pongo en un plato y me siento a la mesa.

—¡Theo! —se queja, y me encojo de hombros sin mirarla, centrado en mis tostadas—. Tienes que hablar con él. Me volvió a llamar para decirme que era importante.

—Lo haré, tía Julie —le prometo—, pero ahora estoy muy ocupado y no tengo tiempo para llamarlo.

—Saca tiempo de donde sea, Theo, pero llámalo. Es tu padre.

Asiento mientras me concentro en mi desayuno. Noto cómo mi tía hace el amago de acercarse a mí, pero después se lo piensa mejor y

sale de la cocina. Expulso el aire mientras saco mi móvil, para observar las ocho llamadas perdidas de mi padre y un nuevo mensaje que ni siquiera he abierto aún. Muerdo con frustración la tostada al tiempo que entro en su chat para leerlo.

No me obligues a ir hasta Canadá para hablar contigo. Llámame. Es urgente.

Cierro la aplicación, sin importarme dejar el mensaje en visto, y dejo el móvil de malas maneras sobre la mesa. Parece mentira que no sepa que conmigo no sirven ese tipo de amenazas. Lo conozco lo suficiente como para saber que son solo palabras y que él jamás se movería para venir hasta aquí a verme.

—¡Ey! —exclama Max sonriente mientras se detiene delante de mí con esa facilidad que siempre me asombra cuando la veo sobre unos patines de cuchillas.

Llevamos entrenando más de dos horas, solo deteniéndonos para beber agua y para acordar lo que quiero que me enseñe..., riéndonos de tonterías, porque me he dado cuenta de que juego mejor si disfruto haciéndolo, y con ella lo consigo de una manera tan sencilla que... intento no pensar la razón. Además, estoy aprendiendo lo máximo de cada movimiento que me enseña con esa gracia innata que tiene Max, y me fijo en cómo a veces se le nubla la mirada por las emociones cuando me explica cómo ejecutar un movimiento e incluso cuando nombra a su abuela, a la cual, no tengo dudas, adora por encima de todo.

—Dime —susurro sin poder dejar de observar esa sonrisa que la hace resplandecer como una maldita estrella en mitad de la noche más oscura. Sus mejillas están sonrosadas por el esfuerzo de los ejercicios, y sus labios, brillantes y rojos por el frío, se estiran con naturalidad, atrayendo toda mi maldita atención hasta ellos.

—Cada vez eres más rápido. Al final voy a tener que pedirte que, cuando seas un jugador profesional de hockey rico y famoso, me dediques unas palabras cuando recojas uno de los muchos premios que te darán —comenta y veo cómo se aguanta una risita, algo que me avisa de que va a soltar una de sus bromas—. Podrías decir: «A la

chica que me enseñó a moverme como una gacela. Sé que te hice levantar temprano un sábado por la mañana, que te costó una hora y tres cafés que te preparé mientras ponía mala cara y me quejaba sin parar por tu nula disciplina mañanera, pero esto va por ti, Max».

—Luego me lo anotaré para no olvidarme de esa dedicatoria cuando esté rodeado de fans y no tenga tiempo para echar la vista atrás a mis inicios. Porque iré de fiesta en fiesta, cumpliendo con una apretada agenda social —sigo la broma, y Max se ríe de esa manera tan natural que tiene, como si no le importara mostrarse tal y como es.

Como si ya hubiese olvidado lo que sucedió anoche.

Como si no le importara que la besara.

Y aprieto los puños en un acto reflejo.

—Lo siento, pero no te pega nada —suelta mientras niega con la cabeza—. Seguro que las pobres fans se irán aburridas de tu lado cuando se den cuenta de que detrás de esa fachada de chico sexy inalcanzable se esconde un tipo serio y muy poco hablador.

—¿Y por qué aseguras que soy así? —replico sin pensar esbozando una sonrisa y Max abre tanto los ojos que no puedo evitar sumergirme en ellos.

—Porque casi siempre te cuesta hablar conmigo una barbaridad y la mayoría de las veces soy yo la que saca un tema y la que utiliza el mayor número de palabras en nuestras escuetas conversaciones —comienza a decir alzando su naricilla con altivez—. Además, he visto que el mío no es un caso aislado. A veces puedes ser bastante sociable con tus amigos e incluso con Hannah, pero, si tienes el día torcido, ni siquiera esta última moviendo unos pompones de animadora mientras los pasea por tus narices consigue que abras la boca.

—¿Y no has pensado que, tal vez, no quiera hacerle caso a Hannah y que en el fondo soy un chico muy extrovertido?

—Es un farol, ¿no? —murmura achicando los ojos, como si así pudiera descubrir si miento o no—. ¡Es un farol! —sentencia y no puedo frenar una carcajada que me sale sin avisar—. ¡Y encima se ríe, el tío! —murmura, y consigue que no pueda dejar de reír y… ¡joder!, qué bien sienta.

—¿Te has dado cuenta de que me has dicho que soy… sexy? —suelto sintiéndome, sorprendentemente, de buen humor.

—¡Buah, chaval! —exclama mientras comienza a patinar con soltura —. Como buen jugador de hockey hielo eres un presuntuoso de tomo y lomo. También te he llamado serio y poco hablador y eso no me lo recuerdas, ¿eh? ¡Menudo pajarito estás hecho, amigo! Además, para que conste en acta —añade deteniéndose a pocos centímetros de donde estoy quieto sin poder dejar de mirarla porque es un espectáculo hacerlo: cómo gesticula, cómo mueve las manos, cómo desprende ese maldito aroma a fresas por cada rincón de esta pista... —, que seas guapo no significa que seas irresistible para todas las chicas.

—Vaya, además de ser sexy, soy guapo. ¡Estoy en racha! —replico simplemente para ver cómo reacciona y entonces se pone seria de golpe, provocando que no pueda evitar echarme a reír.

—Hoy se ha levantado graciosillo el sobrino perfecto —farfulla, y logra que no pueda dejar de carcajearme, tanto es así que le contagio las risas—. Al final voy a aceptar que en realidad todo esto es una fachada y que escondes tu verdadero yo bajo llave.

Arrugo el ceño mientras observo cómo dibuja una sonrisa insolente en su rostro, como si me demostrara con esa inocente frase que me ha calado. Trago saliva procurando disimular que en realidad esa última suposición es una gran verdad y que Max ha dado en la diana, sin dejar de contemplar cada uno de sus gestos y de sus movimientos al patinar.

A veces pienso que Max ha nacido para deslizarse sobre una pista de hielo porque verla hacerlo es una auténtica maravilla.

—Por cierto, Max —digo sin pensar, dejándome llevar por este buen momento que estamos pasando patinando—. Esta tarde hay una pequeña fiesta en el lago Glen para celebrar el inicio del curso. No sé si querrás ir después de lo que sucedió ayer o...

—¡Por supuesto que iremos! —exclama interrumpiéndome y me muestra una astuta sonrisa que me hace dudar un instante—. Apúntanos en la lista VIP, pero ya. A ver cómo me las apaño para que Isha acepte y espero que mi padre no se niegue a que vaya.

—Hablaré con él.

—¡Genial! Por cierto, hablando de padres —susurra como si nada volviéndose a detener delante de mí y posando sus enormes ojos en los míos—. ¿Por qué no quieres hablar con el tuyo?

Aprieto los dientes y me alejo de ella deslizándome con suavidad por la pista; no tarda mucho en ponerse a mi lado manteniéndose a mi ritmo y, al girar la cara hacia ella, ya me la encuentro mirándome.

—No soy quién para animarte a hablar con alguno de tus progenitores, Theo —vuelve a decir al ver que me he cerrado en banda—. Yo soy la primera que no hablo con mi padre y eso que vivimos bajo el mismo techo. Pero Julie está preocupada por ti y me hizo prometerle que intentaría hablar contigo sobre este tema. Tengo que sumar puntos y la verdad es que tu tía me cae bien.

—Dile que has cumplido tu promesa —susurro cambiando de dirección para dirigirme al banquillo.

Se me han quitado hasta las ganas de seguir practicando.

—Theo —me llama mientras me coge la mano con sus guantes rosas y me quedo mirando cómo contrastan con mis guantes negros—, si no quieres, no me lo cuentes… pero, si necesitas hablar o… estar en silencio al lado de alguien —añade haciendo un mohín gracioso con la cara—, dímelo. Aunque no lo parezca, puedo estar callada durante muchas horas. Bueno, a lo mejor he exagerado con lo de horas, pero sobre lo que no tengo ninguna duda es que sé escuchar —resopla, y no puedo evitar hacer un amago de sonrisa al ver su esfuerzo por intentar decirme que puedo contar con ella.

Deshago el contacto para sentarme en el banquillo y quitarme los dichosos patines.

Max solo lleva una maldita semana aquí y no tengo ni idea de cómo lo ha hecho, pero ha conseguido conocerme más que los que aseguran que son mis amigos. Necesito detener esto, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo y, lo que es incluso peor, no sé si quiero.

Al girar la mirada hacia ella me la encuentro observándome. Me saca la lengua con gracia para hacerme reír y yo… ¡joder!, sonrío, aunque ahora mismo no tenga ganas de nada.

¿Qué voy a hacer con ella?

Azar

Maxine

Desde que hemos salido del estadio Westhills, Theo no ha abierto la boca; sé que no es una novedad en sí, pero... me inquieta ese gesto serio y preocupado que ha puesto nada más mencionar a su padre.

En cuanto hemos llegado de entrenar, hemos almorzado todos juntos en casa y Theo ha estado incluso más callado que de costumbre. He tenido que rellenar su silencio con unas parrafadas enormes que les he soltado a Julie y a mi padre —contándoles minuciosamente todo lo que hemos hecho en la pista de hielo—, para que no se dieran cuenta de que al sobrino perfecto le sucedía algo.

¡Si se me ha secado la boca de tanto hablar!

Después de ayudar a recoger, se ha encerrado en su dormitorio y, antes de seguir sus pasos, su tía —que es más astuta de lo que parece— me ha preguntado si todo iba bien y, claro, me ha tocado mentirle diciéndole que Theo tiene muy mal perder...

Cuando he llegado a mi habitación he llamado a Isha por teléfono. Tenía que contarle que íbamos a ir esta tarde a la famosa fiesta del inicio de curso, esa celebración que nunca nos había llamado la atención... hasta ahora, claro. Tengo que reconocer que me ha costado un poco convencer a mi amiga de que aceptara venir a la fiesta, alegando, cómo no, que, además de estar Elliot, seguramente también asistiría el chico de Matemáticas y, después del gran paso que dimos ayer, tenía que volver a dejarse ver. Al final, después de horas de negociaciones, hemos acordado que Theo y yo la recogeremos en su casa sobre las seis, pues su madre tiene interés por conocer al famoso jugador de hockey que nos lleva en coche esta tarde.

Cierro la puerta de mi cuarto después de maquillarme con sutileza, animada por Isha a que empezara a prepararme ya para esta tarde, y comienzo a buscar la ropa que me pondré. Algo cómodo, por supuesto, y ligeramente abrigado, pues cuando cae la noche siempre refresca en Langford y mucho más cerca del lago.

—¿Para eso querías que te llamara? —oigo la voz de Theo desde el otro lado de la pared y me quedo petrificada mirando en esa dirección, como si pudiera verlo a través de esta, con la mano sujetando la puerta del armario—. Me parece increíble —farfulla con resquemor—. No —dice—. ¡¡He dicho que no!! —brama, y me tengo que llevar la mano a la boca para no decir nada y eso... eso es un logro viniendo de mí—. Hazme un favor y deja de preocupar a la tía Julie. ¡Adiós!

El silencio es incluso más ensordecedor que su voz cargada de rencor, de frustración, para después captar cómo se mueve por su dormitorio a grandes pasos, cómo abre el armario, los cajones, y cómo expulsa sonoramente el aire por la boca.

Dudo un instante en si ir a su habitación o no, pero me temo que Theo no es de los que hablan de sus cosas y mucho menos de sus emociones. Ya lo he intentado esta mañana en la pista de hielo y se ha cerrado en banda, cambiándole de golpe el gesto por uno tan arisco y taciturno que he preferido no ahondar en el tema de su padre. En todo caso, parece que ha hecho caso a su tía y lo ha llamado, pero, como me imaginaba —por propia experiencia—, la conversación no ha servido de nada.

Vuelvo a ponerme en marcha cuando oigo la puerta del dormitorio de Theo abrirse y salir él. Me visto rápidamente para no hacerlo esperar demasiado abajo con su tía, pues sospecho que Julie va a volver a abordar el tema y me temo que Theo ahora mismo no está para reprimendas o para conversar sobre algo que parece que lo afecta más de lo que demuestra. Me pongo unos vaqueros estrechos, una sudadera negra calentita y mis adoradas deportivas y bajo rápidamente para encontrarme a Theo con gesto severo sentado en el sofá con su tía al lado, con la mirada preocupada anclada en él.

—¿Nos vamos? —le pregunto en cuanto ambos se giran a mirarme.

Theo ni siquiera me contesta, simplemente se levanta. Va con unos vaqueros negros, una sudadera blanca y, en la mano, lleva su beisbolera negra y dorada del equipo.

—Divertíos mucho —dice Julie—. Y no vengáis muy tarde.

—Nada de alcohol, Maxine —suelta mi padre levantando la mirada del canal de deportes de la televisión para clavarla con fiereza en mí.

—Ni lo oleré —le digo con una sonrisa, pero este, sencillamente, devuelve la vista a la televisión.

Nos despedimos y salimos de la casa como ya es costumbre en nosotros: en silencio. Me subo a la pick-up y veo a Theo más tenso y callado de lo normal.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunto mostrándole una amplia sonrisa, solo para romper el hielo y que se relaje.

Me mira, me mira y me sigue mirando, para después expulsar el aire por sus mullidos labios consiguiendo que me fije en ellos.

—¿Sabes conducir?

—¡Por supuesto! —exclamo con una enorme sonrisa—. En Seattle era yo quien llevaba a mi abuela a todos lados en coche. Aunque el suyo es un utilitario pequeñito y muy mono, no como este mastodonte de hojalata —añado intentando hacerlo reír; sin embargo, lo único que consigo es que arranque y que ponga rumbo a la casa de Isha.

En fin… nadie podrá decir que no lo intenté.

No tardamos mucho en recogerla, en hablar con su madre, en asegurarle que Theo es el chico más responsable del mundo mundial y volver a la camioneta para dirigirnos al lago Glen. La verdad es que no está muy lejos de nuestras casas, solo a tres minutos en coche, aunque en ese tiempo no paramos de hablar Isha y yo de lo que encontraremos esta noche ahí.

Si yo estoy nerviosa, creo que mi amiga me gana por goleada. ¡Menudas dos nos hemos juntado!

Theo deja el coche en el parking del parque del lago Glen, bajamos y la música nos llega sin dificultad junto con las voces, los gritos y las risas. Acaba de empezar la fiesta, pero… ¡menudo ambiente! Nuestro querido y parlanchín chófer ni siquiera nos dice nada cuando se adentra entre la gente buscando a sus amigos. Nosotras comenzamos a movernos por aquí y por allá a ver qué se cuece en una reunión de este estilo.

No tardamos en tener un refresco en la mano y, aunque ha sido tentador ver las cervecitas ahí fresquitas esperando a degustarlas, he conseguido frenarme a tiempo por varias razones. La primera, indiscutiblemente no me voy a emborrachar cuando tengo a mi tímida amiga al lado; la segunda, mi padre me lo ha prohibido y no quiero romper mi buena racha, presente gracias a los consejos de mi querida abuela, y, la tercera, aunque Theo y yo tengamos un acuerdo tácito de encubrimiento, en esta reunión hay gente que conoce a mi padre y

que puede irle con el cuento en cero coma, destruyendo todo lo que he conseguido en los pocos días que llevo viviendo aquí.

—No ha venido el chico de Matemáticas —lloriquea Isha después de haber recorrido todo el perímetro que abarca la fiesta.

—A lo mejor aparece después. Vamos a ponernos cerca del parking por si aparece y así tenerlo fichado.

Isha asiente mientras volvemos otra vez al inicio del parque. En esta zona se oye mucho más fuerte la música e incluso ya hay personas que se han puesto a bailar y... a enrollarse. Dirijo la mirada directamente al grupo de amigos de Theo y sonrío al ver que solo están los chicos. ¡Esta es nuestra oportunidad!

—Vamos un rato con ellos y así hacemos tiempo —comento con disimulo señalándolos e Isha abre mucho los ojos mientras comienza a negar efusivamente con la cabeza—. Anda, y ayer bien que te sentaste al lado de Elliot cuando yo estaba con Finn fuera, ¿eh, amiga? —añado guiñándole un ojo—. Además, piensa que está Theo y, aunque no es que sea muy hablador con nosotras, parece que, cuando están sus amigos, se le suelta la lengua y nos podemos echar unas risas.

—Me vas a matar.

—Me dijiste que te ayudara y es lo que hago —replico con una amplia sonrisa comenzando a andar hacia ellos.

El primero en vernos llegar es William, que no duda un instante en echarme una miradita que refleja lo bien que le caigo... por supuesto, léase con toneladas de ironía. Me fijo en que Theo tiene una cerveza en la mano y que sonríe por alguna chorrada que estará contando Elliot. Sin embargo, en cuanto este último nos ve llegar, deja de mirar al sobrino perfecto para centrar su atención en nosotras.

Uy, que al final se me va a dar bien esto y voy a tener que hacerme casamentera profesional.

—Pero si es la hija del entrenador y su amiga —suelta Elliot con una gran sonrisa y le da un trago a la cerveza que lleva en la mano.

—¿Os habéis perdido, chicas? —pregunta William chulesco y alzo una ceja en su dirección—. Creo que la biblioteca está por el otro lado.

—Ah, ¿sabes dónde está la biblioteca, William? Chico, eres una caja de sorpresas —replico, y oigo a Elliot carcajearse, para luego ver a

Theo esconder una sonrisa tras su lata.

—¡Esta chica es tronchante! ¿Queréis una cerveza? —pregunta Elliot sacando de una nevera portátil dos latas.

—Yo no bebo —contesto rápidamente y veo cómo Isha coge una lata mientras le sonríe al jugador de hockey por el que está coladita.

—¿Te estás reformando, Max? —pregunta William sin ni siquiera mirarme, como si fuera tan insignificante que le costara hacerlo.

—Nunca es tarde.

—Si queda birra en la nevera —suelta Elliot como si formara parte de la frase que he dicho, y su propia broma provoca que no cese de reírse solo.

—¿Estáis bien? —me pregunta Theo y detecto en sus ojos una chispa de algo a lo que no consigo poner nombre.

—Sí, todo estupendo —contesto con una franca sonrisa.

—Dime, Max, ¿ya has dejado de meterte en líos o le estás enseñando a tu amiguita la mala vida? —suelta William déspota.

—¡Sé amable, capullo! —exclama Elliot tirándole una lata vacía a William y este se gira para darle un empujón, enfrascándose en una pelea absurda donde las pullitas y las risas de Elliot acaparan las miradas de todos.

Los chicos y su testosterona...

—Perdona a mi amigo, a veces no sabe tratar a las señoritas —indica Elliot después de la peleíta posando un brazo por encima de mi hombro y sonrío mientras deshago el contacto y le guiño un ojo.

En ese momento veo a Theo sacar otra cerveza de la nevera y darle un largo, larguísimo, trago. Vaya... no me lo esperaba de él.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a tratar con todo tipo de tíos —comento intentando centrarme en la conversación, aunque ahora mismo no puedo dejar de fijarme en la mirada esquiva de Theo, en cómo sigue bebiendo como si estuviera compitiendo con alguien. Sin embargo, gracias a que estoy mirando en su dirección, me doy cuenta de que el chico de Matemáticas acaba de llegar a la fiesta.

—Deberías decirle a tu padre que lo castigara sin jugar toda una

temporada por haber sido un imbécil contigo —suelta Elliot mientras rodea con el brazo a Isha y niego con la cabeza fijándome en que a mi amiga está a punto de darle algo ante la proximidad del chico que le gusta.

—No suelo hacer esas cosas. Además, mi padre sabe muy bien a quién quiere en el equipo y a quién no.

—Elliot —susurra Isha y poco me falta para alzar las manos al cielo y soltar «¡Aleluya!» cuando la oigo hablar—, gracias por la cerveza.

—Gracias a ti por venir, preciosa —le dice con tono empalagoso a mi amiga mirándola con demasiada embriaguez mientras la aprieta contra su cuerpo.

Vale… una cosa es llamar la atención del chico que le gusta y otra muy distinta es que ese chico esté tan bebido que no recuerde ni con quién ha hablado y mucho menos de qué.

—Acabo de ver a unos amigos. Luego nos vemos, chicos —comento mientras cojo de la mano a mi amiga para arrastrarla lejos de Elliot, a quien le cuesta un poquito soltarla.

—Aquí estamos para cuando queráis, princesas —suelta Elliot bastante cargadito de alcohol y, al girarme a mirar a Isha, la veo tan sonriente que se me olvida de un plumazo el comentario de William.

—¡Me ha tocado y me ha dicho que soy preciosa! —exclama con emoción y no puedo evitar sonreír. De verdad que tengo una amiga que es un tesoro—. Es tan simpático…

—Mucho más que su amigo, aunque hoy a Elliot no le hemos cogido en su mejor momento —resoplo dirigiéndome a otro objetivo que acaba de llegar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ha bebido mucho, Isha. Y quiero que a la mañana siguiente se acuerde de lo que ha hablado contigo y no que esté dentro de una enorme nebulosa de caras sin rostros —le aclaro con seriedad mientras me detengo—. ¡Hola! —saludo alzando la mano en dirección al chico de Matemáticas. Este, al verme, sonríe y desvía la mirada hacia Isha e incluso juraría que su sonrisa se intensifica más cuando la ve—. Mi amiga y yo teníamos un reto esta noche. Teníamos que preguntar el nombre al primer chico con gafas que viéramos y… ¡has ganado tú! —suelto, y siento que ella me coge el brazo, apretándomelo más fuerte

de lo necesario.

¡Au!

—Me llamo Nathan —se presenta con una sonrisa.

—Encantada, Nathan. Yo soy Max y ella es mi querida, preciosa y simpática amiga Isha —digo mientras la cojo y la pongo delante de él para que deje de esconderse, pero, sobre todo, de apretarme el brazo.

¡Que estoy intentando ayudarla y me lo paga así!

—Eh... —titubea ella—. Creo que vamos juntos a clase de Matemáticas —suelta, y veo cómo este sonríe mientras asiente con la cabeza.

—Es verdad. Te sientas detrás de mí. —¡Uy, que ya se había dado cuenta de que existe! Esto pinta muy pero que muy bien—. Os presento a mis amigos —comienza a decir.

Sin embargo, el sonido de una moto en especial provoca que no preste atención a lo que dice Nathan y mucho menos a sus acompañantes, porque desvío mi atención al parking. Lo veo antes de que Finn me vea a mí y me vuelvo a girar en dirección a Nathan, que sigue hablando con Isha con naturalidad.

¡Necesito beber algo más fuerte, maldita sea!

Menos mal que han empezado a caminar en dirección a no sé dónde, la verdad es que ahora mismo no presto atención y solo estoy pendiente de cualquier sonido de pasos que se me acerquen. ¡Y no entiendo por qué! Dudo que, después de lo sucedido anoche, Finn vuelva a intentar recobrar nuestra imaginaria amistad.

Miro a mi amiga, que no para de sonreír y de hablar, mientras cojo un refresco y me quedo quieta a su lado, sin abrir la boca, porque parece que la cerveza —o haber roto el hielo con Elliot— la han ayudado a desprenderse de su timidez y está mucho más parlanchina.

Sonrío cuando la oigo reír a carcajadas y mi subconsciente me obliga a mirar hacia el parking, donde no hay rastro de Finn, aunque sí de su moto. Antes de apartar la mirada veo a Theo con los ojos anclados en mí. Sonrío, porque me imagino que el chico está pendiente de nosotras por la palabra que le dio a mi padre de que sería mi sombra día y noche. Sin embargo, no me responde a la sonrisa, sino que levanta la lata de cerveza, se la termina, la arruga y la encesta en una papelera próxima.

Va-le…

Vuelvo a fijarme en Nathan y en sus amigos, quienes, francamente, son muy simpáticos y nos están haciendo muy sencilla la noche acogiéndonos con naturalidad.

—¿Eres la hija del entrenador de los Victoria Grizzlies? —me pregunta uno de los colegas de Nathan, de quien no recuerdo su nombre.

—¡Culpable!

—¿Es tan estricto fuera como dentro de la pista?

—Lo es incluso más —respondo con una sonrisa—. ¿Juegas al hockey?

—No, ¡no! —niega sin dejar de reírse, como si fuera muy chistoso que él, un clon de Sheldon Cooper de la serie The Big Bang Theory, se esforzara con los deportes—. Mi hermano fue jugador suyo hace un par de años y siempre me contaba lo duro que era en los entrenamientos.

—¿Y sigue jugando?

—No, lo dejó el año pasado cuando entró en la universidad y se dio cuenta de que no era tan bueno como él pensaba. ¿Tú juegas?

—Uf, ¡ya no!

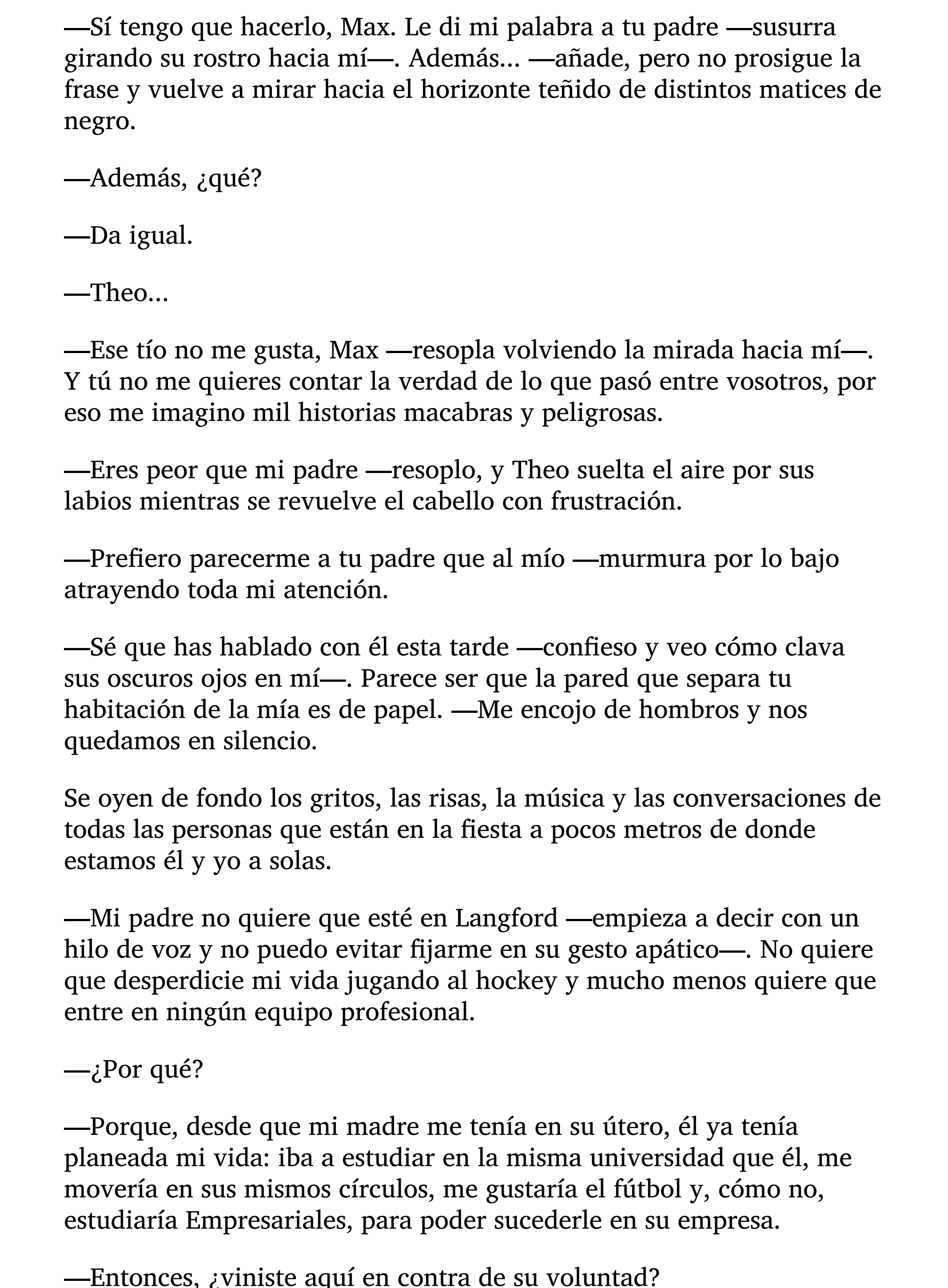
—Perdona que interrumpa —dice Theo con una sonrisa mirando al clon de Sheldon Cooper y después a mí—. ¿Podemos hablar un minuto?

Frunzo el ceño y detecto en su mirada la seriedad del asunto mezclada con el alcohol. Busco a mi amiga, que ya me está dando luz verde para que la deje sola con Nathan y sus amigos, y asiento mientras comenzamos a alejarnos del barullo para adentrarnos en el muelle próximo, donde solo hay un par de parejas enrollándose.

—¿Qué ocurre? —le planteo cuando lo veo apoyarse en la balaustrada de madera mirando hacia el oscurecido lago.

—Tu querido Finn está en la fiesta —farfulla con resquemor y dejo escapar el aire por mis labios apoyándome también en la balaustrada.

—Ya te dije que no es nada mío, pero ya lo sé, Theo. No hace falta que te pegues a mí como una lapa porque él esté cerca.



—Sí tengo que hacerlo, Max. Le di mi palabra a tu padre —susurra girando su rostro hacia mí—. Además… —añade, pero no prosigue la frase y vuelve a mirar hacia el horizonte teñido de distintos matices de negro.

—Además, ¿qué?

—Da igual.

—Theo…

—Ese tío no me gusta, Max —resopla volviendo la mirada hacia mí—. Y tú no me quieres contar la verdad de lo que pasó entre vosotros, por eso me imagino mil historias macabras y peligrosas.

—Eres peor que mi padre —resoplo, y Theo suelta el aire por sus labios mientras se revuelve el cabello con frustración.

—Prefiero parecerme a tu padre que al mío —murmura por lo bajo atrayendo toda mi atención.

—Sé que has hablado con él esta tarde —confieso y veo cómo clava sus oscuros ojos en mí—. Parece ser que la pared que separa tu habitación de la mía es de papel. —Me encojo de hombros y nos quedamos en silencio.

Se oyen de fondo los gritos, las risas, la música y las conversaciones de todas las personas que están en la fiesta a pocos metros de donde estamos él y yo a solas.

—Mi padre no quiere que esté en Langford —empieza a decir con un hilo de voz y no puedo evitar fijarme en su gesto apático—. No quiere que desperdicie mi vida jugando al hockey y mucho menos quiere que entre en ningún equipo profesional.

—¿Por qué?

—Porque, desde que mi madre me tenía en su útero, él ya tenía planeada mi vida: iba a estudiar en la misma universidad que él, me movería en sus mismos círculos, me gustaría el fútbol y, cómo no, estudiaría Empresariales, para poder sucederle en su empresa.

—Entonces, ¿viniste aquí en contra de su voluntad?

—Más o menos —responde dejando escapar un suspiro—. Llamé a mi tía a sus espaldas, porque quería asegurarme de que ella me acogería

si me marchaba de casa. Imagínate, no conocía a Julie, sabía de su existencia por mi madre, pero nunca nos habíamos visto. Creo que mi madre aceptó el hecho de renunciar a sus raíces canadienses en el momento en el que se casó con mi padre. Aun así… quiso que tuviese la doble nacionalidad —explica con tono indolente—. Reconozco que mi madre intentó ayudarme y que por eso se lo dijo a mi padre. Al final, después de una fuerte discusión, aceptó que viniera aquí con una condición: si en dos años no conseguía entrar en uno de los equipos profesionales más importantes de hockey hielo de la NHL, tendría que volver a casa y olvidarme del deporte para atender mis obligaciones con la empresa.

—Ahora entiendo por qué te estás esforzando tanto… —susurro, y veo cómo desliza su mirada hacia mí, para después resoplar y volver a perderla en el horizonte.

—Tengo que ser el mejor para que me fichen antes de que acabe la temporada, sino… tendré que dedicar toda mi vida a un sueño que no es el mío. Y yo… ¡Joder! No quiero dejar de jugar. Quiero dedicarme a esto, pero, sobre todo, quiero cumplir mi sueño para restregárselo a mi padre en sus narices. Él… jamás ha confiado en mí, Max —dice con desesperación y se me encoge el corazón al verlo tan hundido—. Cree firmemente que volveré a casa sin lograrlo.

—Voy a ayudarte a que lo consigas, Theo —afirmo posando mi mano sobre la suya para llamar su atención y que me mire, algo que consigo enseguida—. Sé que ya lo estoy haciendo, pero digamos que ahora me lo voy a tomar mucho más en serio.

—¿Y no me vas a hacer bailar con Maroon 5? —pregunta forzándose a soltar una broma y sonrío mientras le doy un caderazo, siguiéndole el juego y aprovechando para dejar de tocarlo.

—El próximo día te pondré a Meghan Trainor para que aprendas a mover las caderas, ya verás —replico tocándome la nariz—. Van a pelearse todos los equipos profesionales por ti.

—Con que me fichase uno, me daría por contento —responde y vuelve a fijar la mirada en el horizonte, quedándose en silencio.

—Entonces, ¿por qué quería hablar tu padre contigo? —pregunto al poco y me mira a escasos centímetros de mi cara, pues ambos estamos inclinados hacia el otro, para que nadie pueda oír nuestra conversación.

—Para intentar convencerme de que regrese antes. Ve absurdo que

siga empeñado en gastar el último año de nuestro trato cuando ya podría estar aprendiendo cómo va la empresa y ponerme a trabajar tras acabar el instituto. Además… —Se queda callado y desliza lentamente sus ojos por mi rostro—, quiere que salga con la hija de su nuevo socio.

—Uuuh… —suelto con soniquete mientras alzo repetidamente las cejas y veo cómo desliza una pequeña sonrisa—, ya tienes hasta la novia escogida. Chico, tu padre no deja nada al azar.

—Nunca —susurra mientras se queda con la mirada anclada en mis labios—. Creo… que deberíamos volver a la fiesta. Isha te estará echando de menos.

—Sí, claro —comento acordándome de repente de ella. ¡Qué mala amiga soy, madre mía! Entonces doy dos pasos alejándome de la balaustrada para encaminarme hacia donde la he dejado.

—Prométeme una cosa, Max —dice mientras me coge la mano, deteniéndome—. Si vuelve a acercarse ese… tipo y no estoy cerca, búscame —me pide sin soltarme, sintiendo su fuerte agarre y la calidez de su palma.

Asiento mientras noto cómo Theo desliza lentamente su mano por mi mejilla, sintiendo un escalofrío que cruza todo mi cuerpo ante su contacto, para luego acomodarme un mechón que se zarandea en mi cara por culpa de la brisa… y nos quedamos unos segundos así, mirándonos fijamente, como si no existiera nada más que los ojos del otro.

Trago saliva notando cómo me retumba el corazón en el pecho, cómo el calor del cuerpo de Theo traspasa mi sudadera y cómo el jaleo de la fiesta se atenúa al sumergirme en sus ojos de un tono avellana oscuro.

Cursiladas

Finn

Me quedo quieto sin poder despegar la mirada de ellos dos. Están en el muelle, uno delante del otro, con las manos unidas, mientras ese niñato le acaricia la cara y Max se lo come con los ojos.

Parece que se van a besar, ¡joder!

Y eso significa que están juntos.

¡Mierda de vida!

Siento una rabia que comienza a nublar la poca razón que tengo y miro a mi alrededor. Sin pensar, simplemente dejándome llevar por este cabreo que siento, cojo una piedra y la lanzo cerca de ellos —aunque ganas tengo de darle en la cabeza a ese niñato presuntuoso—, para observar cómo se separan intentando encontrar el foco de esa interrupción. Sin embargo, no me ven porque ya me he ocultado tras los árboles y vuelvo al bullicio de la fiesta sin pensar en lo que podría haber pasado si yo no hubiese estado cerca.

O... en todo lo que estará pasando tras esas paredes, cuando su padre y su tía no están en casa.

¡Mierda!

¡Joder!

¡Me cago en la hostia!

Cojo una cerveza que me bebo de un trago. Cojo otra, de la que ni siquiera reparo en su sabor... y otra, que consigue paliar un poco este regusto amargo que he sentido al ver a Max mirar a otro que no sea yo.

Al imaginar que iba a volver a besar a otro que no fuera yo.

¡Mierda de vida, joder!

De repente oigo su risa y se me acelera el pulso. No puedo evitar buscarla por toda esta maldita fiesta hasta que la encuentro al lado de su inseparable amiga, hablando con ese grupo de empollones frikis con los que estaba antes de haberla perdido de vista; no hay rastro de ese jugador de hockey que se ha proclamado su sombra. Lo busco, simplemente para saber dónde cojones se esconde, y lo veo al lado de un grupo de niñitos de papá, rodeados de preciosas chicas que los idolatran simplemente por tener esa horrenda beisbolera negra y dorada. Él, aunque está participando en la conversación, no para de echarle miradas a Max a cada segundo, como si no pudiera evitar buscarla por la fiesta.

Y, maldita sea, ¡lo comprendo!

No sé qué narices ha hecho esa chica en Seattle, pero ha vuelto tan jodidamente bonita que me está siendo imposible quitármela de la cabeza. No sé si se debe a que ahora sonríe más, mucho más, y que no esconde su mirada cuando estoy delante de ella o tal vez a que no la veo tan a menudo como antes, cuando se me acercaba con cualquier excusa. El caso es que la veo diferente, como si realmente Seattle la hubiese cambiado.

¡Hostias!, si hasta he venido a esta fiesta por ella… para intentar demostrarle que no soy tan cabrón como todo el mundo piensa, para que vuelva a confiar en mí como antes, porque ahora…

¡Joder!

Ahora la necesito más que nunca.

Pero, como si todo eso fuera poco, tengo otra complicación que se suma a mi extensa lista de mierdas y es que, desde que Max volvió a Langford, me está costando la vida dejar de recordar nuestro primer y único beso, ese que todavía consigue que se me acelere el ritmo cardiaco. ¡Y eso jamás me había pasado antes!

Nunca.

¡Jamás!

¡¡Con ninguna otra chica!!

Como tampoco consigo comprender que prefiera a ese condenado niñato antes que…

¡Maldita sea!

Antes que a mí.

Pero… ¿qué coño me está pasando?

Esto no puede estar sucediendo.

Yo pongo las reglas.

Yo digo cuándo, cómo y por qué.

Yo… me alejo de cualquier sentimiento que pueda volverme vulnerable. De cualquier mierda que me recuerde mis asquerosos genes. De cualquier chica que pueda llegar a gustarme de más. Yo no he venido hasta aquí para acabar borracho por culpa de una chica.

Aunque esa chica sea Max.

Necesito quitármela de la cabeza ya.

Por eso comienzo a buscar a una chica lo suficientemente llamativa para que me haga olvidar. Sí, esa morena conseguirá que vuelva la razón a mi mente y que deje de pensar cursiladas que no son de mi estilo. Además, está cerca de donde está Max y así lograré que vea lo que se está perdiendo por fijarse en un cachitas lameculos.

No voy a demostrarle que me jode como jamás pensé verla con él, pero sí que voy a intentar que entienda que nadie le hará sentir lo mismo que vivió conmigo.

La ventana

Theo

—¿Quién va a salir a entrenar mañana después de este fiestón? —suelta Elliot más bebido de la cuenta, para después comenzar a carcajearse como si fuera muy gracioso lo que está a punto de decir—. ¡Seguro que tú, ¿eh, Theo?!

—Ni lo dudes —respondo mientras niego con la cabeza cuando William me ofrece otra cerveza. Tengo que parar; si no, llegaré borracho a casa y lo echaré todo a perder.

—Esa es la diferencia entre un ganador y un simple aficionado —interviene Hannah arrimándome su cuerpo solo envuelto por un finísimo vestido. No sé cómo no tiene frío—. Dime, Theo, ¿qué es lo que te hace levantarte todos los días tan temprano a correr?

—¡La alarma de su móvil! —suelta Elliot entre fuertes risotadas y veo a William beber cerveza sin dejar de mirar a Hannah esbozando una sonrisa que se nota que no siente.

—Tener un objetivo en mente —le contesto, y ella sonríe complacida por mi vaga respuesta.

Y no puedo evitar echarle otra mirada furtiva a Max, la única persona en todo Langford a quien le he contado la verdad. Está hablando con ese chico alto y enclenque mientras controla a su amiga con cariño y sonríe, de vez en cuando, a ese grupo de cuatro chicos que están disfrutando de la compañía de ellas dos.

Todavía no sé qué me ha empujado a contarle mi situación a Max; no sé si se ha debido a la cerveza, a tenerla a solas o a la breve, pero tirante, conversación que he mantenido hace unas horas con mi padre, pero las palabras han salido solas y ella... ¡Joder! Ella ha respondido mejor de lo que me imaginaba... escuchándome, entendiéndome y no juzgándome; incluso ha intentado levantarme el ánimo como suele hacer: gastando bromas.

Y luego… Si no hubiese sido por esa piedra que alguien sin querer nos ha lanzado, creo que…

No.

Ni siquiera voy a pensar en esa posibilidad.

De repente unas risotadas desvían mi atención de Max para darme cuenta de que, a tan solo unos pocos pasos, está el rubio cabrón con Kyra, una de las mejores amigas de Hannah, en una actitud muy cariñosa. No puedo evitar buscar de nuevo a Max, quien, cómo no, acaba de ver lo que se cuece cerca de ella. Me remuevo inquieto al percibir en su mirada dolor… o tal vez celos. No lo sé. Abro la nevera, cojo una lata de cerveza y me la bebo intentando mantenerme quieto donde estoy, aunque ahora mismo no esté escuchando nada de lo que me está diciendo Hannah y mucho menos esté atento a las bromas incesantes de Elliot. Toda mi atención está puesta en ella, en cada uno de sus movimientos, en cada una de sus miradas, y me repito incansablemente que Max me ha prometido que me avisará si se acerca Finn… algo que, por supuesto, ahora mismo descarto, porque está demasiado ocupado metiéndole la lengua en la boca a Kyra y manoseándola a su antojo delante de todos, sí, pero más concretamente delante de ella.

En ese momento, Max me mira y, al ver que no le quito el ojo de encima, se encoge de hombros y se gira para darle la espalda a Finn y a Kyra. Sonrío aliviado al ver su reacción y me termino la cerveza porque… no debería alegrarme tanto que ella haya decidido no mirar lo que está haciendo el macarra para provocarla… porque de eso no tengo dudas. El motorista está intentando llamar su atención y no entiendo por qué. Ella me aseguró que no habían sido nada en el pasado.

—¿A quién miras con tanto interés? —oigo que me dice Hannah y desvío mis ojos hasta ella.

—A nadie —miento.

—¿Me prestas tu chaqueta? Estoy pelada de frío —susurra sacando el labio inferior en un puchero, como si fuera una niña pequeña.

—Claro. —Me encojo de hombros mientras se la tiendo. Ahora no tengo frío y Max ha venido preparada para esta temperatura, no como Hannah.

—Eres un auténtico caballero —me dice sonriente mientras se la pone

y me doy cuenta de que le queda enorme, es muy grande para su menudo cuerpo. Ese pensamiento me hace imaginarme a Max con mi chaqueta y no tengo dudas de que a ella le quedaría un poco ancha, es cierto, pero le sentaría perfecta y estaría increíble con ella.

—Es un caballero y un canguro pésimo —indica William señalando a Max y a Isha, que se están marchando del grupo para dirigirse hacia el parking sin decirme nada.

—¡Mierda!

—¿Por qué tienes que marcharte ya? —pregunta Hannah con ese tono infantil que a veces utiliza y que no comprendo. Tiene diecisiete años y no siete.

—Porque tengo que llevarlas a casa.

—Deja que las raritas cojan un taxi y quédate conmigo, anda —me pide mientras me coge la mano y se pega a mi cuerpo.

—No las llames así —le advierto dejando la lata de malas maneras sobre la mesa donde estamos apoyados—. Me voy. Nos vemos mañana, chicos —me despido sin esperar a que me contesten y mucho menos a que Hannah me devuelva mi beisbolera. ¡Ya la recuperaré!

Corro en dirección hacia el parking y me doy cuenta de que Max está sujetándole el pelo a Isha y que esta está vomitando en un rincón apartado. Aminoro mis pasos al comprobar que no se iban sin mí, como me ha sugerido el cabrón de William, sino que se han alejado porque Isha se encontraba mal. Me apoyo en un coche lo suficientemente cerca por si me necesitan pero también lo suficientemente retirado como para no interferir en la intimidad de las dos amigas.

A los pocos minutos las veo tambalearse caminando de nuevo hasta la fiesta, pero al verme Max suspira de alivio mientras me muestra una gran, grandísima, sonrisa que provoca que todo el alcohol se me suba a la cabeza de golpe e incluso se me emborrone la vista.

¡Jo-der!

—Mira, no sé cómo lo haces, pero siempre te encuentro en el momento indicado —me dice Max con gracia—. Iba ahora a por ti. Isha ha bebido demasiado y creo que lo mejor será que la llevemos a su casa.

—Nooo —se queja su amiga negando con la cabeza y no puedo evitar sonreír—. Mi madre no puede verme así, Maaaxxx —resopla y esta niega con la cabeza con resignación.

—No te preocupes por eso, ¿vale? Ya sabes que soy especialista en entrar en las casas sin que nadie se entere —suelta; frunzo el ceño al oír esa afirmación que me hace recordar lo que me contó Elliot hace unos días de ella—. ¿Nos vamos? —me pregunta y asiento mientras comienzo a caminar hacia la pick-up.

—Max —resoplo al tiempo que me echo el pelo hacia atrás, notando mi pulso inestable, mi corazón acelerado y sintiendo algo que me remueve inquieto por dentro. Al volver a mirarla, advierto cómo se está aguantando la risa—, has dicho que sabías conducir, ¿verdad?

—¡Buah, chaval! No sabes qué has hecho —se burla enarcando una ceja mientras le tiendo las llaves y ella las coge sin dudar—. Anda, ayúdame a meter a la fiel defensora de la cerveza en el coche.

—¡Es que es lo mejor para perder la vergüenza! —suelta Isha con voz pastosa y veo que Max sonríe con ternura.

—Ya hablaremos mañana cuando te despiertes con su prima hermana la resaca. Te lo vas a pasar requetebién, sí, señora.

Metemos a Isha en el vehículo. Max le pone el cinturón y le da un beso en la frente, a lo que su amiga le responde con una carcajada sonora. Me subo en el asiento del copiloto y veo cómo Max se ajusta el asiento un poquito, tan poco que incluso me parece innecesario. Ajusta también los espejos, me mira reprimiendo una sonrisita divertida y pone en marcha el motor.

—Como te oiga quejarte de que conduzco como una novata, te bajas del coche y me da igual que sea de tu tía —declara, y no puedo evitar echarme a reír ante su tono amenazante.

La veo conducir con seguridad mientras, de vez en cuando, le echa un vistazo por el espejo retrovisor a su amiga, quien, por el sonido de su respiración, diría que se ha quedado dormida. No tardamos en llegar a casa de Isha, detiene la camioneta cerca de la puerta principal y, al girarse para mirarla, niega con la cabeza mientras sus ojos me encuentran pendientes de ella.

—Se ha quedado frita.

—Eso parece —le digo encogiéndome de hombros.

—¿El perfecto sobrino podría hacerme un pequeñito favor o está demasiado borracho como para caminar derecho? —pregunta poniendo una mueca, como si esperase una negativa por mi parte.

—¿Qué quieres que haga?

—Cogerla en brazos y subirla a su habitación. ¡Yo te guiaré en todo momento! No quiero que su madre te descubra y desprestigie tu buen nombre.

—Anda, vamos —resoplo, y veo que me sonríe ampliamente. Luego quita la llave del contacto y sale del coche casi a la carrera.

Cojo a Isha sin dificultad. La verdad es que es menuda y delgada y no me cuesta llevarla en brazos. Max coge las llaves del bolso de Isha, abre y mete la cabeza para mirar hacia un lado y al otro, como hacen en las películas. Intento frenar mi risa, que se me agolpa en la garganta al verla moverse de esa manera. Pero que me pusiera a reír solo arruinaría todo este sinsentido. Cuando estamos dentro, cierra con llave y la deja sobre un cuenco dorado de la entrada. Ese hecho me extraña, pero no puedo resolver mi duda ahora porque Max me hace una señal para que la siga. Enciende la linterna de su móvil y enfoca a nuestros pies para ayudarnos a subir a la planta superior. De puntillas y mientras Max no para de gesticular que intente no hacer ruido, entramos en el dormitorio de Isha. Me hace una señal para que deje a su amiga en la cama, le quita los zapatos, la arropa y, antes de incorporarse, le da otro beso en la frente mientras sonríe.

—Ahora viene la mejor parte —susurra en mi oído y siento su cálido aliento, que provoca que se me corte la respiración—. Tenemos que salir por la ventana.

Abro los ojos mientras comienzo a negar con la cabeza, pero Max me coge la mano para atraer mi atención y, joder, aunque no quiera no puedo evitar centrarme en ella.

En ella y su mano alrededor de la mía.

En ella y en sus grandes ojos fijos en mí.

En ella y en esos labios que se estiran en una burlona sonrisa.

—Confía en mí, Theo. Lo he hecho demasiadas veces y es muy sencillo. Solo haz lo que te diga.

Trago saliva haciendo un esfuerzo por empujar el cúmulo de

sensaciones que se agolpan en mi garganta y veo cómo Max abre la ventana y me hace una señal para que me acerque. No sé si es debido al alcohol, a su disparatada idea de saltar por la ventana, a esta extraña noche o es una acumulación de todo, pero no puedo dejar de mirarla, cada gesto que hace, cada sonrisa que dibuja...

—La celosía es como una escalera, solo tienes que ir buscando el siguiente saliente hasta alcanzar el suelo. ¿Quieres que baje yo primero para enseñarte?

—No —digo con voz ronca—. Iré delante.

Titubeo un segundo al ver la celosía blanca pegada a la pared. Max espera paciente a que tome la decisión de saltar por la ventana y, en un arranque de valentía o estupidez, saco mi pierna derecha por esta hasta apoyarla en el primer saliente. Al levantar la mirada veo la increíble sonrisa de Max que me anima a que siga y... ¡joder!, lo hago sin dudar, sin importarme estar jugándomela por ella, sin pensar que un mal paso podría hacerme caer y lesionarme justo en la temporada que necesito estar al cien por cien, hasta alcanzar el maldito suelo. Me quedo ahí quieto, mirando hacia arriba para ver cómo Max sale con seguridad del dormitorio, cómo cierra la ventana y baja con tanta soltura que no me cabe duda de que ha utilizado esta vía de escape en más de una docena de ocasiones. No puedo dejar de mirar su increíble culo envuelto en esos vaqueros y, aunque lo intento en más de una ocasión, me permito ese desliz solo por esta noche, como recompensa por haber salido de una casa por la ventana.

Cuando salta al suelo, se gira. Sus mejillas están sonrosadas por el esfuerzo, su nariz, rojiza por el frío, el cabello alborotado, los labios entreabiertos brillantes y... No tengo ninguna duda de que es la chica más increíble y bonita que he visto en mi vida.

—¡Listo! —exclama con soltura mientras se acerca a la camioneta.

Entramos y Max enseguida pone el motor en marcha, para dirigirnos a su casa, que está a pocos metros de la de su amiga. Mientras llegamos, intento controlarme, obligándome a recordar por qué he estado un año entero distanciándome de todos y de todo, para no cometer el error de dejar a Max entrar en mi vida.

—¿Estás bien? —pregunta cuando ha parado el motor después de dejar la pick-up en la puerta de su casa—. Si me dices que ahora tendré que ser yo quien te suba en brazos... ¡vas listo, colega! —bromea y no puedo evitar sonreír mientras miro su gracioso rostro,

para quedarme fijamente mirando sus labios.

¡Maldita sea, ¿qué leches me pasa?!

—Sí, estoy bien —digo desviando mi atención de ella y obligándome a salir de este maldito coche que ha cogido su aroma dulce y adictivo.

—Toma. —Me tiende las llaves del vehículo.

Sé que es un gesto cotidiano, pero su piel ha rozado la mía un segundo, yo no he podido detener mis ojos, que han buscado los suyos y… Porque ella se ha girado para abrir la puerta, si no, no sé qué hubiese pasado e intento no pensar sobre ello.

—¿Ya estáis aquí? —oímos desde el salón la portentosa voz de su padre y veo a Max resoplar por lo bajo.

—Me toca pasar la prueba de alcoholemia. Sube, le diré que te has ido ya a la cama para levantarte temprano para machacarte como todos los días.

Asiento mientras veo cómo entra en el salón y comienza a hablar con su padre con ese tono despreocupado y jovial que siempre utiliza. Me obligo a subir la escalera y me encierro en mi dormitorio, apoyándome contra la puerta mientras me echo el pelo hacia atrás… recordando toda esta maldita noche, porque hablar con mi padre siempre provoca una reacción negativa en mí. Sus exigencias, su manía de controlar hasta el mínimo detalle de mi vida, me hacen sentirme como un maldito títere. Además, no puedo olvidar qué hago aquí.

Tengo un plan.

¡Ella sabe que tengo un plan!

Y nada ni nadie me alejarán de él.

Sus ojos oscuros

Maxine

Comienzo a preparar el café sin poder quitarme de la cabeza un momento preciso que viví sin querer anoche. Finn besando a Kyra a escasos pasos de donde estaba. Aunque más bien fue Finn devorando a Kyra, porque ese beso fue tan lascivo, tan lleno de sexualidad, de tensión, de deseo, que tuve que ponerme de espaldas a ellos para no parecer una tonta muerta de celos.

Y, no, ¡no estoy celosa!

Solo que presenciar esa escena provocó que recordara mi primer beso, que me dio Finn hace ya más de un año; sin embargo, lo recuerdo con tanta precisión que es como si hubiese pasado solo un día... Cómo se erizó mi piel cuando noté sus labios contra los míos. Cómo noté su lengua tentando a la mía, primero de una manera precavida, como si quisiera reconocer el terreno o tal vez asegurarse de que yo también lo deseaba, para después hacerlo de una manera intensa, provocativa, animal, que consiguió que gimiera contra su boca mientras sentía cómo sus manos recorrían mi cuerpo con ansias. Su aliento, su olor, su presencia consiguieron que todo mi mundo, que todo mi ser, girara en torno a él... a ese momento, a ese beso que se descontrolaba a medida que avanzaba, a ese deseo irracional, como si fuera imparable, como si nada ni nadie lo pudiera extinguir.

Aunque sí tuvo un final...

Esbozo un gran bostezo mientras estiro mi cuerpo desechando de paso esos recuerdos que no me hacen ningún bien. Es más, consiguen que me sienta una idiota redomada, sobre todo después de haber pasado un año intentando olvidarlo. Entonces me giro y, casi a la vez, oigo el sonido de la puerta de la calle al cerrarse. Las grandes zancadas y la respiración pesada me dan la pista de quién es. Y cuando aparece por la puerta de la cocina no puedo evitar echarle una concienzuda y larga mirada, que provoca que olvide, incluso, lo que estaba pensando antes de que llegara.

Theo… con el cabello ligeramente humedecido por el sudor; con ropa de deporte, camiseta de manga corta y pantalón corto de color negro; con esos brazos fuertes al descubierto; con sus tonificadas piernas al aire; con esa seguridad aplastante con cada gesto y esa seriedad al hacer las cosas. Sus ojos me encuentran mirándolo y frunce el ceño mientras avanza casi a la carrera hacia mí. Me coge de repente la cara con cuidado, paseando sus pulgares por mis mejillas con delicadeza y provocando que contenga el aliento mientras me mira analíticamente a escasos centímetros de mí. No entiendo qué está pasando, pero su repentino contacto ha bloqueado mi posible reacción. Es como si estuviera buscando algo con demasiada urgencia, como si tuviera algo en la cara que quisiera ver de más cerca.

No me muevo, porque ahora me he sumergido en sus ojos oscuros, que se deslizan preocupados por todo mi rostro, sintiendo el calor que emana de su atlético cuerpo y cómo mi piel responde de una manera extraña a su contacto repentino e inexplicable.

—¿Estás bien? —me pregunta muy cerca y asiento lentamente con la cabeza sintiendo de repente la garganta seca—. ¿Qué haces despierta tan pronto? —Da dos pasos hacia atrás deshaciendo el contacto, pero sin dejar de mirar mis deplorables pintas de recién levantada.

—¡Madre mía! ¿Has creído que estaba enferma? —balbuceo como puedo al intentar comprender por qué me ha cogido la cara.

—Desde que estás aquí no te he visto madrugar ni una sola vez. ¡Por supuesto que he pensado que estabas mala! —añade señalando lo obvio.

—Pues, para tu información, me encuentro perfectamente. Bueno, con mucho sueño. ¡Para qué engañarte! Pero no estoy enferma. Y me he levantado tan temprano por culpa de Isha, que me ha llamado por teléfono hace un momento. Acababa de despertarse y ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta su cama. ¡Imagínate! Sin contar, claro está, que no recordaba ciertas partes de lo que sucedió anoche —le explico y veo cómo asiente con seriedad sin dejar de mirar cada uno de mis gestos, como si quisiera confirmar que no miento para descartar que, en realidad, estoy muy enferma. Me doy la vuelta rápidamente para centrarme en la cafetera, que comienza a sacar el café inundando con su aroma la cocina, para así dejar de mirarlo porque… ¡Porque sí, ea!—. Ahora iré a verla, en cuanto haya desayunado. ¿Tú cómo estás?

—Bien. ¡Más que bien! —suelta y veo de reojo cómo coge una botella

de agua para darle un largo trago. Su bíceps contrayéndose, la nuez de su garganta subiendo y bajando al compás, sus ojos cerrados, el perfil de su rostro, sus labios humedecidos y ese hilito de agua deslizándose por la comisura de su boca, descendiendo sinuosamente por su fuerte cuello… Me obligo a desviar el rostro hacia la cafetera cuando se gira hacia mí, para que no me pille mirándolo como una de sus muchas animadoras—. El deporte ayuda a mantenerlo todo a raya.

—Eso será a ti —mascullo forzándome de nuevo a centrarme en el café, que está terminando de salir, y no en su intensa mirada dirigida a mí—. Salgo a correr con resaca y no llego ni a la esquina —resoplo y oigo una fuerte risotada que me hace darme la vuelta para no perdérmela.

Este chico debería sonreír y reír a cada segundo. ¡Menudo espectáculo!

—Me voy a duchar —me anuncia de pronto, alejándose de mí a grandes zancadas.

—¿Te guardo café? —le pregunto antes de que salga de la cocina.

—Claro —dice echándome una última mirada, para después negar con la cabeza y desaparecer de mi vista.

Sirvo el café en una taza, cojo un bagel y me siento a la mesa. Me froto la cara intentando despejarme y pensar con claridad. No sé si es por culpa del madrugón, de no haber ingerido todavía mi café o por lo que descubrí anoche de Theo, lo de sus padres, lo que está haciendo para ganarse el futuro que él desea, o por cómo acabamos saltando por la ventana de la habitación de Isha, pero hoy…

«¡No, Max!», me reprendo frenando mis propios pensamientos.

«¿Cómo que no?», vuelvo a contradecirme.

A ver, no soy tonta, ni ciega, y si Theo está realmente bien, pues lo digo y a otra cosa, mariposa. Tampoco es el fin del mundo aceptar que, como bien me dijo Isha, este chico es un bombón. Además, que lo considere un chico atractivo no cambia nada.

Mucho más tranquila al aceptar lo obvio, cojo el móvil, pongo la canción que me recuerda a mi abuela y desayuno tarareándola mientras me prometo que, un poco más tarde, la llamaré por teléfono.

¡Tengo que ponerla al día y anda que no han pasado cosas!

Cuando estoy llevando la taza vacía al lavavajillas después de darme el atracón del siglo y sintiéndome mucho mejor, Theo entra en la cocina. Se ha duchado, como bien ha dicho, y está desprendiendo ese increíble aroma a menta por mi lado. Tiene el cabello mojado, con los rizos más controlados, y va con un chándal gris que le queda de una manera espectacular sobre su fuerte cuerpo. Me ofrece una pequeña sonrisa mientras coge la jarra del café para servirse en una taza y me obligo a dejar de mirarlo.

—Voy a subir a ducharme.

—Bien —responde encogiéndose de hombros sin hacer el amago de hablar conmigo y mucho menos de mirarme, pues está concentrado en preparar su desayuno.

Titubeo un segundo, aunque no entiendo por qué; me doy la vuelta y salgo de la cocina. Subo la escalera a la carrera centrándome en que tengo que prepararme para ir a ver a mi amiga Isha. La verdad es que necesito mucho una charla distendida con ella, reírnos de todo y nada y hablar, tal vez, de lo que hizo Finn a escasos pasos de donde estábamos. ¿Es posible que lo hiciera adrede? Cabeceo desprendiéndome de esa posibilidad absurda, para, en cuanto alcanzo la planta de arriba, ducharme rápidamente, vestirme con ropa cómoda y calentita y volver a bajar a la carrera, como si estuviese deseando salir de mi propia casa.

Nada más entrar en la cocina me topo de bruces con Julie, mi padre y Theo, sentados todos alrededor de la mesa, como una familia feliz.

—Me voy a casa de Isha —les digo después de darles los buenos días.

—Bien —me responde mi padre echándome una mirada precavida, como si todavía pensase que no soy de fiar. ¡Y eso que pasé con honores la prueba de anoche!—. No vuelvas tarde.

Julie me sonríe y me percato de que Theo ni siquiera hace el amago de mirarme, solo se está tomando su café con la vista perdida al frente. No le doy mayor importancia porque el chico suele tener esos momentos de meditación interna y no soy quién para recriminárselo. Me doy la vuelta para salir de aquí, cojo la bicicleta y pedaleo como una loca hasta llegar a casa de Isha. En cuanto me ve delante de su puerta, me abraza y me hace pasar para dirigirnos directamente a su dormitorio.

—Mi madre se ha ido a pasear con sus amigas —me dice con la voz resacosa mientras nos sentamos en su cama—. Ay, Max —musita

tapándose la cara—, prométeme que no hice ninguna tontería.

—No la hiciste, Isha —la tranquilizo quitándole las manos para que vea que no le estoy mintiendo—. Te lo pasaste bien, Elliot se fijó en ti y creo que a Nathan le caíste muy muy bien.

—Y a mí él —susurra con un suspiro—. Es tan fácil hablar con Nathan, Max. Tenemos gustos en común, nos parecemos bastante y... —murmura mientras se muerde el labio inferior al tiempo que coge su teléfono y me lo enseña—. ¡Me ha escrito esta mañana!

—Pero ¡¿qué me estás contando?! —exclamo antes de cogerle el móvil y leer el mensaje.

Hola, Isha. Es posible que sea muy precipitado, pero hay una película que me gustaría ver y a mis amigos no. ¿Te apetece que quedemos esta tarde en el cine?

—¿Qué le digo, Max? —me pregunta nerviosa.

—¿A ti te apetece quedar con él? —quiero saber mientras le tiendo el móvil, que ella coge, para después quedarse mirando el chat abierto unos segundos.

—Sí, claro que sí. Nathan es simpático y divertido y me lo pasé muy bien anoche hablando con él.

—¿Y Elliot?

—Él me sigue gustando, no te lo voy a negar... pero es popular, un deportista que está acostumbrado a estar siempre rodeado de gente, de fiestas, de chicas, de personas que ni siquiera saben que existo, y creo que no estoy preparada para ese estilo de vida. Creo que con Nathan todo puede ser más sencillo, porque se parece más a mí —comenta, y asiento comprendiéndola en el acto.

—Entonces, si lo tienes claro, dile que sí.

—Pero ¡no puedo ir sola! Me moriría de vergüenza al estar con él como si fuera una cita, podría decir cualquier tontería o... ¡lo que es aún peor!, podría quedarme callada sin saber qué decir y eso sería horrible... ¡¡Es la primera vez que un chico me invita al cine!! —

exclama nerviosa—. Max, ¿podrías venir conmigo? Si tú me acompañas, sé que estaré más tranquila y podré disfrutar más de esta tarde con él.

—Isha, tienes que confiar más en ti. No va a pasar nada por quedar con él a solas.

—Sí que puede pasar: ¡puedo fastidiarlo todo, Max! Por favor, vente conmigo...

—Además, no sé si mi padre me dejará salir sola sin su espía de confianza pisándome los talones... Seguramente ahora se está paseando por delante de tu casa para comprobar que mi bicicleta está en tu jardín.

—Pues que Theo se venga también —añade como si fuera la solución para todo, cuando ahora mismo siento que es más al revés—. Si no fuera importante, no te lo pediría —murmura mientras me coge la mano y no me queda otra que aceptar.

—Está bien —resoplo, y veo cómo me muestra una amplia sonrisa—. Reza todo lo que sepas para que no me haga falta tener escolta y pueda ir sola a ver cómo os coméis con los ojos.

—Pero si Theo es muy majo, más incluso de lo que pensaba —comenta mientras comienza a teclear en el móvil, supongo que un mensaje para Nathan—. Además, te mira mucho muchooo —canturrea observándome de reojo mientras escribe nerviosa.

—Me mira mucho porque está pendiente de mí por si vuelvo al lado oscuro. Recuerda que tiene que estar alerta en todo momento por si tiene que sacar el agua bendita de su beisbolera para rociarme y devolverme a la luz —replico encogiéndome de hombros, agarrándome con fuerza a la realidad de nuestro pacto, y oigo que Isha se echa a reír ante mi alocada explicación.

—Que sepas que eres una exagerada —dice señalándome con el dedo—. ¡Ya está! He quedado ahí con él para entrar a la sesión de las cuatro. Le he dicho que, seguramente, vendrías con un amigo tuyo y le ha parecido estupendo. ¡Ay, Max! ¡¡No sé qué ponerme!! —chilla tan emocionada que no me cabe otra que sonreír.

Nos levantamos de la cama para revisar el armario de Isha sin dejar de hablar de lo que sucedió anoche, de lo que pasará esta tarde y lo contenta que está mi amiga al ver que, al fin, comienza a tener algo de vida social. Es tan mona y achuchable que ojalá Nathan sea el chico


que ella necesita a su lado.

Palomitas

Maxine

Llevamos de pie en la entrada de los cines Cineplex Odeon Westshore unos cinco minutos esperando a que llegue Nathan. Isha se mueve inquieta mientras no para de mirarme de reojo, para después observar a un Theo excesivamente callado y distante.

Como ya me temía, en cuanto he llegado a casa y le he dicho a mi padre que quería ir al cine con Isha, automáticamente le ha preguntado a Theo si él también iba a ir. Y, claro, por culpa de su pacto con mi padre y el trato que hizo conmigo, no ha podido escaquearse. Sin embargo, ese mutismo lo lleva arrastrando todo el día; creo que lo máximo que hemos hablado hoy ha sido esta mañana y me parece recordar que hemos cruzado un par de frases, nada más.

—¡Ahí está! —exclama con alivio y no puedo evitar sonreír al ver su emoción en cuanto ve a Nathan acercarse a nosotros.

—Perdonadme. Mi hermano me tenía que prestar su coche y ha llegado un poco más tarde de lo acordado —nos comenta mirándonos uno a uno con una sonrisa cordial mientras se sube las gafas en un gesto nervioso—. ¿Vamos? —Señala para ir a las taquillas.

Isha y él comienzan a caminar juntos sin dejar de hablar, como si fueran grandes amigos que no se ven en años, ¡para que luego me diga mi amiga que tiene miedo de quedarse callada!, y Theo y yo permanecemos detrás de ellos, en la misma tesitura que llevamos todo el día: sin mirarnos y sin hablar.

—Si no te apetece estar aquí o has quedado con tus amigos en otro sitio, puedes irte, Theo —susurro harta de este silencio impuesto y en ese instante consigo que se gire para mirarme—. Mi padre confía mucho en ti y no pondrá en duda nuestra versión cuando le digamos que has estado bien pegadito a mí viendo cualquier película que ellos elijan. Además, Finn no es de los que van al cine…

—Le he dado mi palabra a tu padre y la cumpliré —replica con

seriedad. Me adelanta y se pone al lado de Nathan, que acaba de llegar a la taquilla.

Con las entradas en nuestra posesión para una película de terror que, para ser sincera, estaba deseando ver y con las palomitas ya en la mano, abriéndome el apetito de golpe con su inconfundible olor, nos adentramos en la sala en busca de nuestras butacas. Nos sentamos Isha y yo juntas, con Nathan al lado de ella y Theo, cómo no, a mi vera por si me da por escaparme en mitad de la proyección para hacer diabluras por Langford. El sobrino de Julie, para variar, sigue igual, con su voto de silencio, y yo... soy demasiado parlanchina para quedarme callada tanto rato, ¡qué le vamos a hacer!

—¿Te gustan las películas de miedo? —pregunto a Theo al ver que mi amiga está muy ocupada cuchicheando con Nathan y riendo por lo bajini, ignorándome por completo.

¡Lo que hacen las amigas no está pagado!

—Lo normal —farfulla misterioso encogiéndose de hombros mientras sigue con la mirada anclada en la pantalla negra del cine.

—¿Te ocurre algo? —inquiero, porque de verdad que lo veo raro hoy. Incluso más que otros días.

—Por supuesto que no.

—¿Se ha enfadado Hannah mucho contigo? —tanteo, intentando encontrar una explicación coherente a su comportamiento tan frío y distante.

—¿Por qué me preguntas eso? —suelta mirándome al fin. ¡Lo que le ha costado al muchacho!

—Porque ayer, antes de salir flechada con Isha al parking, vi cómo le dabas tu beisbolera del equipo. Pensé que querías quedarte un rato más con ella en la fiesta, pero, como tuvimos que irnos antes por Isha, yo... —Me muerdo el labio inferior—. La verdad es que siento que este trato que hiciste con mi padre te esté causando tantas molestias. Mi padre es dado a no pensar en los demás y solo se preocupa por su comodidad. Y a mí me sabe fatal fastidiarte tus planes.

—Creo que te equivocas con él —masculla volviendo la mirada al frente, centrándose en esa parte de la conversación y obviando lo que le he comentado sobre Hannah—. Él se preocupa muchísimo por ti, Max. Es más, creo que incluso se preocupa más por mí que mi propio

padre. Es un buen hombre.

Se apagan las luces, el sonido atronador del cine provoca que todos nos centremos en la pantalla y que se quede la conversación así, a la mitad, aunque esa afirmación queda sobrevolando en mi cabeza: que mi padre se preocupa más por él que su propio padre. Me remuevo inquieta en la butaca intentando concentrarme en los tráileres previos a la película, pero en lo único que puedo pensar es en lo que me acaba de decir Theo, en su mirada esquiva, en el tono sugerente de su voz cuando susurra, en lo bien que huele y en que lo tengo tan cerca que podría tocarlo si quisiera.

¡Buah, menudo día más tonto que tengo hoy!

Vuelvo de nuevo a concentrarme en los primeros segundos de la película, que ya apunta maneras: casa vieja y solitaria, familia que se muda, una niña adorable y musiquita premonitoria. Ya verás la de sustos que nos dará la historia. En un momento dado, casi sin querer, miro a Theo, que está quieto centrado en la pantalla, algo que es normal, porque… para eso hemos venido.

Echo el aire con fuerza por la boca intentando relajarme y concentrarme en lo que dicen los actores. Por eso, comienzo a comer palomitas como una loca, sin tener hambre —inexplicablemente se me ha cerrado el estómago—, aunque ¡eso da igual!, y me dedico a ir cogiendo más para masticar, tragar y vuelta a empezar. Por lo menos así me quedaré quieta y podré conseguir prestar atención a la película. Sin embargo, cada poco, no puedo dejar de mirar a Theo por el rabillo del ojo, constatando que está muy quieto, mirando al frente, ajeno al caos que estoy viviendo por…

Pues la verdad es que todavía no sé muy bien por qué y no saberlo es incluso más frustrante que darme cuenta de que no consigo seguir el argumento de la película y que no dejo de buscarlo con la mirada. De repente, noto la pierna de Theo rozarme un nanosegundo, ¡un visto y no visto!, pero lo suficiente como para hacer que contenga el aliento —con la boca llena de palomitas— y sienta el corazón acelerarse y retumbar con fuerza en mi pecho ante ese fugaz contacto.

Lo miro de reojo, sigue igual de tieso que antes, y luego observo el paquete de palomitas que sostengo como si mi vida dependiera de ello, y es posible que sea así. Me acerco a él sin pensar, algo que se me da de vicio, como también meter la pata día sí, día también, y me inclino hacia su oreja para no molestar al resto del público con lo que le voy a decir.

—¿Quieres palomitas? —le pregunto y el olor a menta me inunda de nuevo.

Theo gira su rostro hacia mí, tan cerca que, si quiero, puedo rozar mi nariz contra la suya, algo que, por supuesto, no hago, aunque ganas no me faltan. Me mira a placer, deslizando sus ojos por todo mi rostro como si fuera una caricia que consigue que todo lo de mi alrededor deje de importarme.

Estira la mano hacia mis palomitas, coge un puñado y se las lleva a la boca, todo ello, sin dejar de mirarme y… mis ojos se quedan prendados de su boca, de cómo se mueve, de cómo la sal se queda pegada en sus labios, de esa cicatriz que está tan cerca de ellos, de sus ojos del tono más oscuro de la avellana, cálidos, amables, y de cómo el calor de su cuerpo me llega a través de la corta distancia que nos separan los asientos.

—¡¡¡Aaaah!!! —oigo a la sala gritar y consigo desviar la mirada de él para centrarla en la pantalla.

Sin embargo, la paciencia no es una de mis cualidades y vuelvo a girarme hacia él, para darme cuenta de que está mirándome fijamente, tan cerca como antes, tan al alcance que no puedo evitar volver a mirar sus labios ligeramente entreabiertos.

Trago saliva.

Theo desliza sus ojos hacia mis labios.

Siento que todo me da vueltas.

Su nariz roza la mía y se me escapa un jadeo, no sé si debido a la sorpresa por esa pequeña caricia o al placer de notar su piel acariciando la mía.

Me vuelve a mirar desde esa distancia. Luego siento cómo sus labios acarician los míos, sin dejar de mirarme, como si se quisiera asegurar de que es lo que deseo. Gimo contra su boca al sentir la dulzura de ese beso, pero, de repente, oigo cómo gruñe y sus labios impactan con fuerzan contra los míos.

Nos besamos.

¡¡Nos besamos!!

Nos besamos como si se acabara el mundo, como si no hubiese nadie

en el interior de este cine, como si solo existiésemos él y yo.

Nadie más.

Sus labios están salados, fríos, apetecibles; su lengua tienta la mía; sus dientes oprimen ligeramente mi labio inferior, para después lamerlo despacio, como si disfrutase con su sabor, y creo que podría derrumbarse el cine que a mí me daría igual.

Otro grito de la sala provoca que nos separemos, jadeantes, sintiendo los labios hinchados, el corazón desbocado y la piel tan sensible que podría sentirlo todo a una potencia abrumadora. Intento centrar mis ojos en la película, que ahora mismo me da completamente igual, sin embargo desvío de nuevo la mirada hacia Theo. Este se encuentra rígido, imperturbable, contemplando la pantalla, como si no nos hubiésemos besado.

Como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

Como si no hubiésemos compartido este momento tan íntimo a escasos centímetros de mi amiga.

Como si todo hubiese sido producto de mi desbordante imaginación.

Pero… ¿qué leches me está pasando hoy?

Y, lo que es todavía más inquietante, ¿por qué no puedo parar de pensar en volver a besarlo?

Después de las dos horas más largas de mi vida obligándome a no mirar hacia mi derecha, donde está sentado Theo el Silencioso, pero también Theo Qué Bien Besas, Chaval, abandonamos la sala y nos dirigimos a la salida. Isha no para de hablar con Nathan sonriendo como una colegiala, rememorando partes de la película que ni siquiera recuerdo haber visto porque estaba demasiado ocupada intentando no pensar en el increíble beso que me ha dado el sobrino de Julie. Verla tan entusiasmada me ayuda a animarme un poco, porque… porque para eso he venido y no a divertirme yo.

Aunque tenga que confesar que el beso sigue perdurando en mi memoria y en mis labios.

¡Qué leches!

No he podido pensar en otra cosa. En eso y en que Theo estaba tan cerca que… podría volver a hacerlo.

Unas cuantas veces.

Bueno, muchas, ¿para qué me voy a engañar?

Me doy cuenta de que Theo camina con las manos en los bolsillos de su chaqueta negra, cabizbajo y sin hacer el amago de conversar ni conmigo ni con nadie. Sigo opinando que le pasa algo —y no por lo que acaba de suceder entre nosotros, porque ya venía esto de largo—, aunque él me haya asegurado que está divinamente, y no sé si es porque le fastidié el plan con Hannah —algo que no me ha confirmado ni desmentido—. No obstante, mucho no le habrá tenido que importar cuando me ha besado con tanto ardor. ¿O tal vez esté así de esquivo porque ha hablado otra vez con su padre?

La verdad es que no entiendo a Theo.

Bueno… esta tarde, no me entiendo ni a mí misma.

—¿Os apetece que tomemos algo? —pregunta Nathan girándose hacia nosotros e Isha me mira de tal manera que el gato de Shrek podría tenerle hasta envidia. ¡Menuda es mi amiga para conseguir algo!

—Sí, claro —mascullo entre dientes sin ningunas ganas de seguir aquí, pero teniendo claro que por mi amiga haría lo que fuera.

Nos acercamos a una zona contigua al cine donde hay una coqueta cafetería en la que sirven refrescos y batidos de todo tipo. Nos sentamos las dos alrededor de una pequeña mesa redonda mientras los chicos traen nuestras bebidas, en un acto caballeroso sin límites y, también, práctico: está a tope de personas y así nos aseguramos de tener dónde sentarnos.

—La cosa va bien, ¿no? —susurro y veo a Isha morderse el labio inferior sin dejar de mirar hacia donde está Nathan con Theo.

—¡Sí! —suspira sonriente—. Ay, Max…, estoy tan contenta.

—Y yo me alegro un montón por ti… aunque me hayas hecho venir para nada, claro —murmuro medio en broma, medio en serio.

—¡Es que te necesitaba a mi lado, Max! —argumenta con dulzura y no puedo evitar sonreír. Ojalá pronto se dé cuenta de que no necesita a nadie para conseguir lo que se proponga—. Por cierto, ¿le pasa algo a

Theo? Está… raro.

—Ni idea —murmuro encogiéndome de hombros y omitiendo, claro está, la parte del besazo que nos hemos dado en mitad de la película porque necesito digerirlo antes de contárselo—. Ya sabes que no suele hablar mucho, aunque hoy se está llevando el Óscar.

—¿Sabes? —Sonríe—. Nathan me ha preguntado hace un rato si sois pareja.

—Isha, siento mucho decírtelo, pero ese tío no te conviene. Creo que lo mejor es que nos levantemos sigilosamente y salgamos corriendo hasta llegar a casa —rezongo con guasa intentando mantener la calma, por si Nathan nos ha visto. Sin embargo, mi amiga comienza a carcajearse y me relajo un poquito.

—Pues yo creo que le gustas —susurra mientras me guiña un ojo y me hace una señal para que me dé cuenta de que se están acercando los chicos ya con nuestros refrescos.

Nathan se sienta al lado de Isha sin dejar de hablar con Theo y, cuando él lo hace, siento de repente cómo su pierna se apoya contra la mía y se queda ahí, bien pegadita. Sé que es absurdo que me sorprenda ese hecho. Los dos somos altos, la mesa es enana y las piernas en algún lado las tenemos que poner. Sin embargo, mi razonamiento no consigue calmarme ni siquiera un poquito, porque cada maldita terminación nerviosa está provocando un caos en mi interior que no comprendo. Es más, ahora mismo tengo tal lío en la cabeza que no sé si ponerme encima de la mesa a bailar.

Lo miro de reojo mientras veo cómo conversa con Nathan sobre hockey —cómo no—, sintiendo cómo me retumba el flujo sanguíneo en los oídos y notando un calor sofocante que consigue que me quite la chaqueta de un tirón y le dé un largo trago a mi refresco de lima. Lo vuelvo a mirar de reojo y lo veo tan tranquilo, tanto que empiezo a pensar que las palomitas llevaban algo raro para estar pensando en semejantes tonterías… o tal vez es causado por lo que me acaba de decir Isha o… —me da a mí que es esto—… por el beso que me ha dado que todavía sigue palpitando en mis labios.

Vuelvo a beber e intento centrar mi atención en otra parte, como, por ejemplo, mi amiga, la causante de que esté teniendo la tarde más rara de toda mi vida. En cuanto la miro, me doy cuenta de que está pendiente de cada uno de mis movimientos y me sonríe ajena al momento tan tonto que estoy viviendo, porque… ¡¡solo tiene su pierna

contra la mía!! Nada más.

Y no me hace falta saber lo que está pensando Isha, porque lo gritan sus ojos.

Y no. Me niego en redondo a aceptarlo. Es imposible que a él le guste, como es igual de improbable que a mí me guste él.

Y ya sé que nos hemos besado e incluso me ha gustado tanto que no hubiese dudado en repetir, pero eso se deberá a un fallo neurológico grave producido por las palomitas o las películas de terror.

¡Hale, ya lo he dicho!

Y, no, no me he quedado tan a gusto como pensaba.

¡Porras!

Tres contra uno

Maxine

Los días han pasado tan rápido que incluso me he sorprendido al encontrarme saliendo del instituto en viernes. Pero me imagino que estoy cogiendo el ritmo a las clases, al entrenamiento y, cómo no, a tener que ver a Theo más serio e inaccesible de lo normal..., algo que podría considerarse casi un récord personal. Ni siquiera hemos vuelto a quedar para entrenar a solas, argumentando —con esa escasez de palabra que es su seña— que tenía muchas cosas pendientes y que ya lo haríamos más adelante. Tampoco hemos hablado más, como si se hubiese vuelto a cerrar en banda, cuando parecía que habíamos encontrado un equilibrio que nos permitía coexistir bajo el mismo techo. Y mucho menos hemos sacado el tema del besazo que nos dimos en la oscuridad del cine, como si no hubiese existido o... como si quisiera olvidarlo.

La verdad es que no me molesta que no saque el tema, porque yo tampoco quiero hablar sobre ello, pues todavía sigo sin entender qué me llevó a cruzar ese límite con él. Y aunque cada vez que lo veo recuerdo ese momento de manera muy nítida, hago un esfuerzo por apartarlo de mi mente, achacándolo a cualquier cosa que no sea el deseo irracional de besar a un jugador de hockey... aunque este sea Theo Anderson.

Además, entre semana no he salido a ninguna parte, por lo que él no ha tenido que hacer de canguro y nuestro único contacto ha consistido en cuando me ha llevado en la pick-up o bien al instituto o bien al centro deportivo. Nada más. Todo ello, cómo no, en el más absoluto de los silencios, no vaya a ser que abriésemos la boca y... nos volviésemos a besar.

Tengo que confesar que lo he buscado con la mirada por el instituto más veces de lo que me gustaría admitir. He observado cómo hablaba animado con sus amigos, y que, curiosamente, Hannah no ha vuelto a utilizar la beisbolera de Theo. En resumen: Theo ha sido simpático y hablador con todo el mundo menos conmigo y, por supuesto, ese

descubrimiento no me ha ayudado tanto como pensaba. Aunque tengo que aceptar que su indiferencia hacia mí me ha relajado lo suficiente como para restarle importancia a lo que sucedió en el cine.

Supongo que todos podemos tener un día tonto…

Y un beso por error lo puede dar cualquiera, ¿no?

¡¿No?!

Ay, madre, si es que no me lo creo ni yo…

Por otra parte, Isha ha estado subida en una nube algodonada de atenciones por parte de Nathan. La ha esperado todos los días en la taquilla de mi amiga, con una sonrisa y una conversación, para acompañarla a sus clases. A la hora del almuerzo hemos comenzado a compartir ese tiempo libre con Nathan y sus amigos, los cuales nos han recibido con los brazos abiertos, como si fuésemos ya todos grandes colegas. Al final de la semana ya recuerdo todos sus nombres y me siento una más. La verdad es que Isha tenía razón, es más fácil hablar con ellos, porque tenemos más cosas en común, que con los populares.

—¿Qué haces abajo tan pronto? —me pregunta mi padre al ver que entro en el salón, con la mirada clavada en él—. Aún queda una hora para que me vaya al centro deportivo…

—Lo sé, no vengo por eso —digo, y me echa una mirada suspicaz—. Acabo de hablar ahora mismo con Eloise por teléfono. Me ha pedido que cuide esta tarde a las gemelas y no voy a poder ir al entrenamiento.

—¿Toda la tarde?

—Sí, me ha comentado que le han adelantado el turno a última hora y que Finn no llegará a casa hasta la noche.

—Bien. No te preocupes por el entrenamiento. Ahora le diré a Theo que, si quiere, no hace falta que venga a casa a recogerte… —comenta, pues el sobrino perfecto hoy ni ha venido a almorzar porque estaba haciendo no sé qué para no sé quién—. Eso sí, ya sabes que en cuanto Finn llegue…

—Lo sé —indico encogiéndome de hombros. La verdad es que tampoco tengo ningún interés por quedarme a verlo y mucho menos después de que este se enrollara con Kyra a dos palmos de donde

estaba—. Pues me voy ya a su casa.

Mi padre asiente mientras me mira un segundo de más —como si quisiera decirme algo o no se fiara de mí—, para después devolver su atención a las noticias.

Salgo de casa y camino los pocos pasos que hay hasta la de Finn. Aprieto el timbre y los gritos de exaltación de las niñas me hacen sonreír.

—¡¡Max!! —exclaman las dos al verme mientras me hacen pasar y me abrazan con cariño.

No puedo evitar sonreír de nuevo mientras veo a Eloise dirigirse hasta a mí con el gesto cansado y preparada para salir.

—Le he dicho a Finn que no tarde en llegar como la última vez. De verdad, Max, gracias por aceptar quedarte con ellas con tan poco margen. No sé qué hubiera hecho estas semanas sin ti. Menos mal que no me cambian muchas veces el turno, porque, si no, me volvería loca —comenta mientras se pone la chaqueta, coge las llaves del bol y les da un beso a sus hijas—. Portaos bien con Max.

—Sí, mamá.

—Y no la disfracéis mucho —murmura, y las hermanas miran al suelo ocultando su sonrisa de bichos.

Me da a mí que hoy también me tocará sesión de peluquería y maquillaje, aunque... ¿para qué engañarme? ¡Me encanta!

Sonrío mientras veo a Laila y a Lexie —maquilladas a la última, con moños de bailarina coronando sus preciosas cabecitas y con varios collares que adornan sus vestidos de princesas— ayudarme a preparar la cena. Esta tarde nos ha dado para mucho: para echarles una mano mientras hacían sus deberes, jugar a los desfiles de moda y, cómo no, mover el esqueleto en el salón. Hasta que ha llegado la hora de que las tripitas de estos dos bichitos revoltosos han comenzado a rugir y me han pedido cocinar conmigo.

Ya tengo en el horno unas deliciosas patatas que se están gratinando con queso cheddar y ahora estamos cortando el tomate, el pimiento y la cebolla para poder saltearlo con unos filetes de pechuga que estoy terminando de cortar a trocitos pequeños después de haberlos hecho.

Lo cierto es que todos los ingredientes los he comprado esta tarde antes de venir sin decírselo ni a Eloise… y mucho menos a las gemelas. Pero he visto antes que escasean los alimentos y mi padre me dio carta blanca para que la ayudara de todas las maneras. ¡Y eso es lo que hago!

—Mamá nos dijo que a lo mejor te ibas de Langford cuando acabaras el instituto —dice Laila haciendo un mohín de disgusto mientras me tiende la cebolla ya picada.

—Es posible. —Me encojo de hombros mientras la echo en la sartén y comienzo a saltearla—. Aunque la verdad es que todavía no he decidido nada.

—Podrías quedarte aquí —suelta rápidamente Lexie sentándose al otro lado de la barra para ver cómo comienzo a cocer las verduras que me han ayudado a trocear—, así podrías quedarte siempre con nosotras y enseñarnos a cocinar.

—Sí, porque mamá ahora ya no tiene tanto tiempo como antes y trabaja muchooo.

—Y Finn no tiene ni idea de para qué sirve una sartén.

—Yo creo que no sabe ni lo que es una sartén —murmura por lo bajini Laila, haciéndome sonreír.

—¿Con quién os quedabais el año pasado? —quiero saber sin dejar de remover la cebolla.

—Con la señora Wilson —responde Laila poniendo una mueca de desagrado, refiriéndose a una mujer que vive tres casas más allá de la suya—. Además, nos quedábamos en su casa.

—Y no nos dejaba ni jugar ni disfrazarnos. ¡Era un rollo!

—Es mucho más divertido que tú estés aquí con nosotras.

De repente, el sonido de una puerta al cerrarse nos hace a las tres mirarnos fijamente.

—Debe de ser Finn —susurra Laila mirándome preocupada, supongo que porque es demasiado temprano para que él esté aquí.

—¿Finn? —suelta Lexie sin poder frenar su curiosidad.

—Sí —oímos su voz y las gemelas sonríen mucho más tranquilas.

Miro la cena, que todavía no está acabada, y me muerdo el labio inferior consciente de que no voy a poder irme de inmediato, porque ya me han dejado claro que su hermano no tiene ni idea de cocinar. Cojo el tomate y el pimiento y lo vuelco en la sartén. Veo cómo Finn entra en la cocina y me mira directamente.

Me centro en mi plan: terminar la cena y salir corriendo como una loca hacia mi casa.

Desvío los ojos a los ingredientes que remuevo incesantemente con una cuchara de madera —centrándome en el movimiento hipnótico— y oigo a las gemelas relatarle, paso por paso, todo lo que hemos hecho esta tarde. Bajo el fuego y me acerco al horno para ver cómo van las patatas. Sonrío satisfecha cuando compruebo que están cogiendo un color delicioso y apago el horno, sin sacarlas, para que se acaben de hacer sin que se quemen.

—Huele fantásticamente bien, chicas —dice Finn después de aguantar con una paciencia que no sabía que tenía la cháchara de sus hermanas. ¡Incluso les seguía el juego, como si le interesara todo lo que ellas habían hecho!

—Es que Max es una gran cocinera —dice Lexie con una amplia sonrisa mirando a su hermano.

—Ya me di cuenta con la pizza que os hizo el otro día —comenta mientras se acerca a mí y se detiene justo detrás, para mirar por encima de mi hombro—. Se me hace la boca agua —susurra, y siento cómo mi piel se eriza ante su voz tan cercana y ese tonito susurrante demasiado cautivador.

—Quedan unos minutos para cenar, chicas —les comento, y ambas, sin pensarlo y sin tener que decirles nada más, saltan de los taburetes para poner la mesa.

—Tienes que sacar cuatro vasos, boba —oigo que Lexie habla con su hermana.

—A mí no me saquéis plato. En cuanto os termine de preparar la cena, me iré a casa —les indico acelerando mis movimientos.

Porque tengo que salir de aquí ya.

—Pero, Maaaxx —lloriquea Lexie poniendo morritos de una manera adorable—, no es justo que hagas la cena y que no te la comas.

—Además, has dicho que tenías muchas ganas de comer carne porque la novia de tu padre solo cocina verdura —añade Laila y maldigo por dentro tener esta boquita que lo suelta todo sin pensar en las posibles consecuencias.

—Quédate a cenar con nosotros —me pide Finn apoyándose en la encimera, muy cerca de donde estoy cocinando.

—No puedo —susurro mirándolo a los ojos y maldigo al hacerlo cuando advierto esa chispa juguetona en su mirada.

—Tu padre todavía no ha llegado del entrenamiento —me dice con un hilo de voz inclinándose hacia mí, poniéndome muy nerviosa—. Y yo he metido la moto en el garaje para que no la vea cuando llegue —añade, y no puedo evitar volver a mirarlo con extrañeza, para ver cómo me muestra esa sonrisa ladeada, esa misma que consigue que... dude.

¿Cómo es posible que sepa que mi padre no quiere que lo vea? Tiene que ser una coincidencia, seguro. Además... no puedo quedarme a cenar por muchos motivos y no solo porque mi padre me lo haya prohibido.

—Lo siento, pero me tengo que ir —balbuceo intentando centrarme en preparar la cena y salir pitando de aquí.

—¡Yo ya te he puesto tu plato y tu vaso! —exclama Lexie con garra.

—Además, mamá querría que te quedaras a cenar con nosotros, ¿verdad, Finn?

—Tienes las de perder, Max. Somos tres contra uno —suelta señalando a todos los integrantes Lewis.

Resoplo mientras niego con la cabeza y... cómo no, siempre se me dan fatal estas cosas y elijo el camino fácil que es... dejarme llevar.

—Está bien, pero tiene que ser nuestro secreto —digo mientras miro a las gemelas guiñándoles un ojo y colocándome el índice en los labios. Ambas comienzan a asentir, felices de que haya accedido a cenar con ellos.

Miro de reojo a Finn mientras integro la pechuga ya frita con las verduras; está sonriendo sin dejar de mirarme y yo... creo que estoy metiendo la pata, pero hasta la cintura.

Cuando lo tengo todo listo, me ayudan a sacarlo a la mesa y cenamos los cuatro juntos, hablando de todas las veces que he sido la canguro de las gemelas, del último campeonato de natación en el que participó Finn y al que fuimos para animarlo, de la pancarta con purpurina rosa que le hicimos y de un montón de anécdotas más de los hermanos Lewis que nos hacen reír, gritar e incluso bromear.

—Finn, dile a Max que la Universidad de Victoria está genial —lo apremia Lexie tras terminarse todo lo que tenía en el plato, con un apetito digno de mencionar.

—Claro —indica Finn mirándome a los ojos y asintiendo con entusiasmo—. Es genial. Tiene techo, mesas, sillas e incluso profesores. —Y creo que ahora mismo lo estoy mirando como si se hubiese convertido en azul. ¿Finn está asistiendo a la Universidad de Victoria? ¿O quizá eso es lo que creen en casa y por eso me pidió que no contara que lo vi trabajando de camarero?—. ¿Y por qué tengo que decírselo, Laila? —le pregunta volteando su rostro hacia su hermana.

—Para que Max vaya ahí y así no tenga que mudarse de Langford —explica con un tonito burlón, como si su hermano no se enterara nunca de nada, lo que me hace esconder una sonrisa tras el vaso de agua.

—¿Te quieres volver a ir? —me pregunta Finn con seriedad.

—Es una posibilidad.

—¡Tienes que convencerla para que no se vaya, Finn! —suelta, cómo no, Lexie, y miro la mesa para encontrar algo con lo que cambiar de tema.

—¿Queréis un poco más? —pregunto levantando la fuente con las patatas, y las gemelas empiezan a asentir con entusiasmo con la cabeza. Les pongo un poco a las dos hermanas para aprovechar y volcar el resto en el plato de Finn.

—¿Sabes patinar en el hielo, Max? —me pregunta Laila con la boca llena de patatas y suspiro con alivio al ver que he conseguido mi propósito y hablan de otra cosa.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Porque una compañera de nuestra clase dice que ella sabe patinar muy bien y que, cuando pongan la pista de hielo en la plaza, se va a pasar todas las tardes patinando.

—Pero es una chulita —se queja Lexie sacando la lengua con desagrado.

—Y si tú sabes... —susurra Laila dejando el tenedor sobre el plato y mirándome fijamente.

—¡Yo quiero que me enseñes! —exclama Lexie rápidamente alzando la mano, llevándose una mirada maliciosa de su gemela, que le da un puñetazo poco amistoso para después alzar la mano.

—¡Y yo! ¡Y yo!

—Un día nos iremos las tres juntas a patinar, ¿vale?

—¿Se puede venir Theo? —pregunta Laila abriendo mucho los ojos y no puedo evitar sonreír al percibir que a la pequeña le gusta el jugador de hockey.

—Se lo puedo decir cuando llegue el momento —contesto, temiéndome que tenga que venir con nosotras aunque no quiera.

—¡Genial! —exclama Laila con entusiasmo.

—Pues que venga también Finn —añade Lexie mirando de malas maneras a su hermana y no puedo evitar echarme a reír ante su rivalidad.

—¡Pero si él no sabe patinar, boba! —replica Laila dándole un puñetazo en el brazo.

—¿Y Theo sí?

—¡¡Clarooo!! Juega al hockey hielo, ¿a que sí, Max? —me plantea burlándose y veo cómo su hermana frunce el ceño al no saber eso.

—Sí, juega en el equipo que entrena mi padre.

—¿Ves? —incide la niña sacándole la lengua.

—Bueno, pues que Max también le enseñe a Finn —rebate Lexie; veo que su hermano me mira de reojo con esa maldita sonrisa ladeada pretenciosa y demasiado sexy.

—Haya paz, chicas. Cuando llegue el momento, Max nos enseñará a los tres y creo que no hará falta que venga ese jugador de hockey —suelta y... seguro que mi cara es un poema ahora mismo.

¿Enseñar a Finn a patinar? Lo que me faltaba por oír…

Me levanto dispuesta a recoger los platos ya vacíos para alejarme de esta conversación que ha comenzado a ponerme demasiado nerviosa y veo que Finn me imita mientras oigo de fondo a las gemelas, que no cesan de discutir.

—Me tengo que ir ya —farfullo mirando la hora. ¡Mi padre me va a matar cuando llegue a casa!

—Ahora limpiaremos nosotros, no te preocupes —comenta dejando lo que lleva en la mano cerca del fregadero—. Max…, gracias por aceptar quedarte a cenar con nosotros. Hacía tiempo que no veía a mis hermanas tan contentas —añade y titubeo un segundo porque es la primera vez que Finn me habla sin aprovechar ese halo seductor que lo envuelve.

—Me lo he pasado muy bien, la verdad —confieso, porque, aparte de este pequeño momento incómodo, me he reído mucho y he disfrutado de la conversación.

Me concentro en quitarme el delantal y lo dejo doblado en la encimera, Cuando me doy la vuelta, me encuentro a Finn a escasos centímetros de mí… mirándome de una manera que… no comprendo. Me mira sin decirme nada y, aunque es más que obvio que está en medio de mi camino, no se aparta. Dudo un segundo, pero enseguida lo driblo para acercarme a las gemelas, que ahora no paran de cuchichear.

¡A saber lo que están tramando!

—Ayudad a vuestro hermano a recoger, ¿vale? —les pido mientras les doy un fuerte abrazo a cada una—. Nos vemos otro día.

—¿Te vas ya? —protesta Lexie cruzando los brazos sobre su pecho, mostrando lo molesta que está.

—Sí, cariño. Mi padre me está esperando en casa, pero otro día seguiremos jugando.

—Joooo —se quejan las dos poniendo morritos.

¡Es que son adorables!

—Te acompaño a la puerta. Chicas, terminad de llevarlo todo a la cocina, luego fregaré yo —les pide Finn señalando lo que queda sobre

la mesa mientras camina detrás de mí.

Me pongo la chaqueta al tiempo que me dirijo hacia la entrada, allí me calzo las deportivas y me fijo en que Finn tiene sujeto el pomo de la puerta, pero no hace el ademán de abrirla y mucho menos de apartarse. Me mira de la misma manera en que lo hizo en la bolera y yo… giro la cabeza hacia el salón, con la esperanza puesta en las gemelas.

Con lo bien que me vendría ahora mismo una de ellas interrumpiéndonos…

Confío en ti

Maxine

Sigo sin entender qué está esperando Finn para abrirme la puerta y por qué no deja de mirarme. Gira el rostro hacia donde están sus hermanas hablando a gritos, como si temiera que nos interrumpiesen, para volver a centrarse en mí.

—¿Qué tal la fiesta en el lago Glen? —dice al fin con tono susurrante y socarrón y frunzo el ceño al no esperarme esa pregunta—. No tuve tiempo de saludarte, porque me lie y eso… —Hace un suave movimiento con la mano como dándome a entender que sé a lo que se refiere y me tengo que frenar para no asentir como una tonta, porque… no tengo dudas de lo que hizo, estaba solo a dos pasos de mí.

—Me lo pasé muy bien, aunque a lo mejor no tan bien como te lo pasaste tú —suelto sin querer e intento mostrar una sonrisa que no siento para disimular un poco mientras señalo la puerta para que la abra.

Sonríe de esa manera provocadora que es su seña de identidad; luego abre la puerta y me deja salir. No puedo evitar fruncir el ceño al ver cómo cae una cortina de lluvia con bastante ímpetu.

¡Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba lloviendo!

—Me imagino que tener a tu novio demasiado lejos de ti y muy cerca de una preciosa y deslumbrante chica te afectaría bastante, ¿no, Max? Sobre todo cuando después le ofreció su espantosa beisbolera de jugador de hockey, esa que deberías haber llevado tú por ser su novia —comenta desdeñoso antes de que dé el primer paso para alejarme de aquí—. O es que, tal vez, ¿ya no sois novios?

—Para estar tan liado, sí que te fijaste en Theo y en mí —resoplo cansada de esta absurda conversación, porque lo único que quiero es largarme de una vez.

—Ya te dije que, en el fondo, soy un buen tío y no quiero que te hagan

daño —replica con esa maldita sonrisa ladeada, esa que desde hace demasiado es mi perdición.

—¿Sabes quién es un buen tío de verdad, Finn? —pregunto alzando el rostro hacia él, enfrentándome a sus seductores ojos azules. Pero es que me está hartando ya con el tema.

—No lo digas —masculla con los dientes apretados mientras achica los ojos.

—Aunque no lo diga, tú y yo sabemos de quién hablo —le espeto sin achantarme mientras empiezo a alejarme de él.

Tengo que irme ya de esta casa, aunque tenga que cruzar a nado el jardín.

—Max. —Sigo caminando—. ¡Maldita sea, Maxine! —me vuelve a llamar cuando ya me encuentro cerca de los escalones del porche. Entonces me detengo y al girarme lo veo delante de mí, tan serio mirándome que no entiendo por qué no me deja marcharme.

El sonido de la lluvia es ensordecedor y el olor a húmedo, a limpio, me hace respirar con profundidad, como si ansiara llenarme los pulmones con ese aire tan fresco. Finn da un paso hacia mí, anclando su atención en mis labios; yo… doy un paso hacia atrás intentando aferrarme a la cordura y no dejar que mis malditos impulsos lo estropeen todo de nuevo. Siento su mano rozar mi mejilla y no entiendo qué está ocurriendo para que todo sea tan distinto.

Esta situación que hubiese soñado vivir hace un año.

Mi reacción al sentir sus dedos en mi piel y su clara intención de besarme.

Su cambio de opinión con respecto a mí.

Con mi edad.

Con todo lo que engloba acercarse a Maxine Trembley.

Finn traga saliva provocando que su maldita nuez suba y baje lentamente por su cuello atrayendo mi atención, logrando que se me olvide que está diluviando, que sus hermanas están dentro y que yo tengo que volver a mi casa antes de que mi padre salga a buscarme.

—Esa chica no es importante para mí —confiesa sin venir a cuento,

dando otro paso hacia mí sin dejar de acariciarme alzando mi rostro en su dirección. Me imagino que está hablando de Kyra.

—Claro —mascullo encogiéndome de hombros con indiferencia mientras doy otro paso hacia atrás en un intento de zafarme de su caricia; sin embargo, no puedo o no quiero. ¡No lo sé!—. Para ti ninguna chica es importante.

—Eso no es verdad, Max… —susurra dando otro paso hacia mí y yo respondo de la misma manera que antes.

Vuelve a mirar mi boca, vuelvo a sentir esa maldita atracción que me arrastra hasta él porque aún vive en lo más profundo de mi ser. Noto la garganta seca y no sé si seré capaz de alejarme de él, ¡maldita sea! Tengo que hacerlo, no puedo volver a cometer los mismos errores del pasado, no puedo volver a dejar que él influya en mí, en mis pensamientos, en mis acciones.

«Di algo, Max.»

«Di algo para que se detenga.»

—Finn, ¿qué estás haciendo? —susurro y me siento tonta nada más oír esas palabras brotando solas de mis labios, y todavía mucho más mi tono lastimero, como si le estuviera pidiendo clemencia.

Clemencia, ¿para qué?

¿Para que me bese? ¿Para que no lo haga?

Pero ¿por qué me comporto de esta manera con Finn? No-soy-así, ¡aaaagh!

¡¡Odio ser así!!

Desliza su atractiva sonrisa ladeada, recorta la distancia conmigo y siento su aliento impactar contra mi cara. Finn huele a peligro, a gasolina, a velocidad, a riesgo, a todo lo que debería olvidar. A todo lo que debería alejar de mi vida, porque no me conviene. Como tampoco estar aquí quieta mirando esos ojos azules que tanto daño me han hecho.

«Eso, Max. Céntrate en el daño que él te ha hecho», me animo para darle la orden a mis piernas de que se alejen de aquí, de él y de todo lo que representa para mí.

—¡Max! —oigo una voz filtrarse a través del estruendo de la lluvia, colándose en este momento tan tenso previo al beso.

Una voz que debo reconocer que hasta he echado de menos oír durante esta larga y extraña semana de silencio autoimpuesto. Una voz que me ayuda a salir de esta especie de encantamiento.

Al girarme hacia el jardín, veo a Theo en una posición rígida, mirando directamente a Finn, desafiante, mientras sujeta un enorme paraguas amarillo sobre su cabeza. Poco me falta para suspirar aliviada y bailar como una loca al darme cuenta de que él está aquí, y aprovecho esta interrupción para alejarme lo suficiente de Finn; para no sentir sus largos dedos rozar mi cara; para alejarme de su influencia, de su tacto, de su olor; para no compartir su espacio vital.

—Adiós —susurro mientras lo miro, aunque él está ahora pendiente de Theo, mostrándose a la ofensiva.

Me doy media vuelta y bajo los escalones. Me dirijo hacia donde está esperándome el sobrino de Julie, sintiendo las gotas heladas de lluvia empapándome a cada paso que doy, pero agradeciendo ese contraste con la temperatura de mi piel. Ahora mismo siento tanto calor que no me importaría quedarme un rato bajo el agua.

—Nunca sentirás lo mismo con él que conmigo, Max —oigo la rotunda voz de Finn a mi espalda de una manera tan clara y contundente que no tengo dudas de lo que ha dicho.

Como tampoco tengo dudas de cómo mi cuerpo ha temblado ante esa frase tan contundente.

Niego con la cabeza sin detenerme, sin hacer caso a la provocación de Finn, porque es eso lo único que busca, una reacción desmedida de Theo, que cree que es mi novio, y no por otra razón. Me detengo delante de él, cobijándome en el refugio del paraguas que sostiene con tanta fuerza que temo que pueda partirlo, todo ello sin que aparte la vista de Finn. Intento que me mire a mí, que se dé cuenta de que ya estoy aquí con él y deje de echarle miraditas asesinas al vecino, pero me temo que se le ha subido a la cabeza eso de ser mi escolta barra canguro. Cuando me doy cuenta de que ni siquiera hace amago de mirarme y que sigue empeñado en matar con la mirada a Finn, me doy la vuelta y me encamino hacia mi casa, frustrada, sin importarme estar calándome de la cabeza a los pies.

¡Eso es lo de menos!

Porque, si quieren pelearse como dos gallitos de corral para ver quién manda en el gallinero, no voy a quedarme para verlo.

—¡Max! —oigo a Theo llamarme cuando ya estoy subiendo los escalones que llevan al porche de mi casa, pero no me detengo porque... ¡porque no, ea!—. ¡Max!

Abro la puerta a toda velocidad, simplemente para no tener que hablar con él. Ahora mismo estoy que muerdo y todavía no entiendo por qué. Lo único que necesito es entrar en casa para que él cumpla su palabra y no me hable ni de Finn ni de lo que ha pasado fuera porque mi padre podría oírlo. Me quito las zapatillas en dos patadas, veo a Theo entrar y dejar el paraguas en el paragüero dorado que hay junto a la puerta, para después girarse a mirarme mientras también se descalza y abre los labios dispuesto a hablar conmigo. Sin embargo, no quiero darle opción a nada.

—¡Ya estoy aquí! —aviso en un grito mirando hacia el salón, pero la voz de mi padre no me llega y lo miro interrogante, porque esto sí que es raro.

—Se han ido a cenar fuera esta noche y me han dejado a mí como responsable de que llegaras a tu hora —susurra mientras se pasa las manos por esos rizos que caen rebeldes por su frente y que ocultan esos ojos oscuros que ahora mismo pasean nerviosos por todos los lados, sin posarse en mí—. Hace una hora le he dicho que ya estabas en casa y... al ver que tardabas tanto, he ido a por ti —balbucea clavando su mirada en mí—. ¿Qué narices ha sido eso, Max?

—No sé a qué te refieres —murmuro nerviosa consciente de que tengo que enfrentarme a esto y no sé cómo abordarlo.

—Me dijiste que nunca tuviste nada con él, que nunca fuisteis nada, y ahora... ¿el vecino suelta eso delante de mí después de que hayáis estado a punto de besaros? —señala molesto y no entiendo por qué.

—No te tengo que dar explicaciones porque... ¡tú y yo no somos nada! —replico incluso más cabreada que antes, descargando todo en esta frase: nuestro beso, la omisión de este, Finn queriendo besarme, yo deseando largarme pero sin poder hacerlo y su voz rescatándome a tiempo.

—¡¡Lo sé!! Pero me mentiste y... ¡Joder, Max!, tenemos un trato. Tenemos un maldito trato, ¿no lo recuerdas?

—¿Y desde cuándo el trato conlleva que tenemos que decirnos la

verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? —suelto recitando esa frase que siempre se dice en los juicios en las películas policíacas —. ¡Tú mismo me ocultas cosas y no te estoy atosigando para que me las cuentes! ¡Tú mismo te cierras en banda como una ostra cuando intento conocerte! ¡Tú mismo evitas hablar de cosas que hemos compartido como si no hubieran pasado!

—Pero mi falta de sinceridad no provocará que no cumplas tus sueños, Max —me echa en cara malhumorado mientras aprieta los dientes—. ¿Erais novios?

—¡No! —suelto con una sonrisa irónica, porque Finn nunca ha tenido novias, algo que, desde que lo conocí con trece años, no ha cesado de recordarme.

—¿Entonces?

—Solo nos besamos una vez. ¿Contento? Una maldita vez, como tú y yo hicimos hace unos días —suelto mientras me quito la chaqueta empapada y comienzo a subir la escalera rápidamente, procurando escapar de algo, aunque todavía no sé de qué.

—¡Max!

Me coge de la mano para detenerme en un escalón. Theo me mira de arriba abajo mientras vuelve a pasarse las manos por sus rizos, que se remueven cayendo de nuevo en su frente y tapando parcialmente su oscura mirada. Después resopla al tiempo que se quita su amada beisbolera, la que es más negra que dorada, la que llevó Hannah, y me la pone encima; noto de repente el calor que desprende esta, así como el inconfundible aroma de su dueño.

—¿Qué quieres, Theo? —musito sintiendo como si las fuerzas abandonaran mi cuerpo de golpe.

—Solo entenderte y comprender lo que ha sucedido hace un momento —susurra mucho más calmado—. ¿Sientes algo por él? —pregunta mientras me sube la cremallera, asegurándose de que no me la voy a quitar.

—¿Para qué quieres saberlo? —inquiero sintiéndome extrañamente reconfortada y, sobre todo, más calentita que antes.

—¿Cómo que para qué quiero saberlo? Tu padre me hizo mucho hincapié en que no quería verte con ese tipo, joder, Max. Y yo... Solo... ¡Quiero saber si estoy haciendo el idiota cubriéndote las espaldas o

no! —brama de nuevo cabreado y siento que me escuecen los ojos, sin comprender la razón.

No soy una chica de lágrima fácil, pero ahora mismo creo que podría ponerme a llorar sin más.

—¡No! Sí… ¡Yo qué sé! —bufo mientras me echo el cabello mojado hacia atrás para que dejen de resbalar gotas por mi cara, para controlar mis emociones, para intentar detener el cúmulo de sentimientos que se me agolpan en la garganta y que no me dejan ni respirar. Poso mi mano en la barandilla para tener un punto de apoyo, para tener algo a lo que agarrarme… o tal vez para darme la valentía que necesito en estos momentos—. Pero que sienta o no algo por él no es importante, Theo.

—¿Por qué?

—Porque me he prometido no volver a caer en el mismo error. Porque no puedo volver a confiar en él después de… —susurro dejando la frase así, a medias, mientras niego con la cabeza procurando borrar las últimas palabras ya verbalizadas al tiempo que subo un par de escalones.

¡Maldita bocaza que tengo!

—¿Después de qué, Max? —me pregunta subiendo los mismos peldaños que he subido yo para mirarme a los ojos; sin embargo, bajo la mirada al suelo, a mis calcetines humedecidos.

—Ahora da igual.

—¡Maldita sea, Max, no da igual! Estoy mintiéndole a tu padre para salvarte el trasero, qué menos que saber la razón por la cual me estoy jugando mi futuro.

—No… no es buena idea.

—¿No es buena idea? Maldita sea, Max, he oído tantas barbaridades sobre ti que no sé a qué atenerme y a veces pienso que no debería confiar tanto en ti y contarle a tu padre que ese maldito macarra no para de inventarse mil excusas para acercarse a su hija.

—¿Confías en mí? —planteo sin ocultar mi extrañeza, porque me resulta curioso que lo haya dicho tan seguro.

—Le he dicho a tu padre que ya habías llegado mientras tú estabas

con ese maldito gamberro en su casa. ¡Por supuesto que confío en ti! —exclama exasperado.

—Entonces... ¿por qué estamos evitando hablar de lo que sucedió entre nosotros en el cine, Theo? —suelto ansiando esclarecer ese tema, y veo cómo agacha la mirada, para después volver a fijarla en mis ojos y deslizarla lentamente hasta mis labios.

—Supongo que porque no debería haber ocurrido —susurra, y siento cómo algo en mi interior me hace encogerme.

Asiento como una tonta, como si entendiese esa vaga frase. Pero mi vida siempre ha sido así: nunca soy suficiente para nadie.

Los únicos chicos a los que he besado, después, se han arrepentido de hacerlo.

—Necesito ducharme..., tengo frío —miento después de pasar unos segundos en silencio mirándonos a los ojos. Luego niego con la cabeza y subo el último tramo de la escalera a la carrera, para encerrarme en el cuarto de baño.

Me miro en el espejo y me sorprende mi mirada de cansancio, el cabello mojado y la beisbolera de Theo encima. Niego con la cabeza de nuevo mientras me quito la prenda, pero sin poder evitar oler el suave matiz a menta que impregna el interior y recordar su mirada tierna, cálida y reservada... cómo sus ojos otra vez han buscado mis labios, y he oído esa frase que preferiría no haber oído. Entonces me obligo a desechar de raíz cualquier pensamiento relacionado con él o con Finn; me quito toda la ropa y me meto en la ducha.

El agua caliente provoca que me relaje, que se normalicen mi ritmo cardiaco y mi respiración, y alzo la cabeza para disfrutar del contacto del agua cayendo en mi cara. A pesar de ello, en vez de dejar la mente en blanco, recuerdo los últimos minutos que he vivido..., esos que ahora mismo debería estar borrando, pero mi mente siempre ha sido una rebelde.

Los dedos de Finn rozando mi mejilla.

Finn a punto de besarme.

Las ganas que tenía de alejarme de él.

Theo.

Theo cabreado.

La confianza de Theo puesta en mí...

Theo poniéndome su beisbolera.

Theo diciéndome que ese beso no tendría que haber pasado.

Y las ganas que tengo de encontrar una solución a todo esto.

Niego con la cabeza abriendo los ojos y quedándome un rato de más en la ducha, dándole vueltas a lo sucedido, es cierto, pero también intentando encontrar una solución, algo que me ayude a mantener a raya todo este despropósito que no comprendo, este caos en el que estoy inmersa sin querer.

Nada más salir de la ducha, me ato el albornoz, me meto en mi dormitorio y me pongo mi pijama calentito; luego dejo la chaqueta de Theo enganchada en el pomo de su puerta. Creo que sigue abajo, pero tampoco voy a averiguarlo, porque vuelvo a mi habitación y me meto en la cama, ansiando dormirme... y también olvidar lo que ha sucedido.

No entiendo qué me ocurre.

Llevo tres años enamorada de Finn, de los cuales uno he creído que lo había superado. Cuando vi que él también había regresado a Langford, me di cuenta de que todavía sentía algo por ese chico y pensé que lo más difícil sería mantenerme alejada de él, intentar no caer otra vez en el error de babear detrás de él... Pero, ahora, a lo único que mi mente no deja de darle vueltas es a Theo.

A Theo y a ese maldito e increíble beso que me dio por error.

A Theo cada vez que me mira.

A Theo cada vez que sonríe.

Cojo el móvil y le escribo a mi abuela.

Necesito hablar contigo, abu.

¿Estás despierta?

Desgraciadamente, no le llegan los mensajes... y eso solo significa que ya ha apagado el teléfono. Espero que mañana me llame, porque estoy hecha un auténtico lío.

Borrado

Maxine

—¡Theo, espabila y recupera el disco! —brama mi padre bastante cabreado y veo cómo este intenta hacer lo que le ha exigido.

Estoy presenciando el primer partido de la temporada en el Q Center Arena, sentada al lado de Harold y viendo que algo le ocurre a Theo. Está despistado, como si no consiguiera centrarse en el partido, fallando pases tan sencillos que ganas me entran de lanzarle el patín a la cabeza para que reaccione. Y no es que esté mirándolo por otros motivos que no sean deportivos —aunque tengo que reconocer que la equipación del Grizzlies le queda demasiado bien y me cuesta quitarle la vista de encima—, sino porque mi padre me ha ordenado que anote en un cuaderno cualquier cosa que vea de sus jugadores para mejorar y me he agarrado a esa excusa como un clavo ardiendo.

Aunque tengo que asumir que estoy mirando más a unos que a otros.

Concretamente a uno que hoy no parece tener su día.

¡Para qué me voy a engañar!

Y, sí, es cierto que todo lo sucedido el otro día sigue bien nítido en mi memoria, pero me he obligado a no pensar sobre eso, a hacer como si no hubiese existido ni ese beso que nos dimos ni, todavía menos, la conversación posterior a él.

¿No me dijo que no debería haber pasado?

¡Pues, hale, borrado de mi mente!

Incluso, cuando he hablado con mi abuela, no le he comentado nada. ¡Hasta tal punto llega mi promesa de eliminar ese momento!

Aunque mis ojos parece que todavía no se han enterado de esa decisión, porque ahí siguen, pendientes de cada desplazamiento de Theo, de cada pase fallido, de cada movimiento torpe de él. Y me

temo que la excusa de que me lo ha ordenado mi padre no me tranquiliza tanto como quisiera…

En este momento me doy cuenta de que Theo acaba de quitarle el disco al rival, ¡menos mal!, y comienza a aproximarse a la portería, centrándose en cada movimiento, aumentando en velocidad, en ferocidad, en determinación, como si hubiese tomado una decisión inquebrantable… para ver que, de repente, empieza a menguar en su avance, como si algo le volviese a pasar y que enturbiara su jugada. Entonces un defensor del equipo contrario le arrebata el disco utilizando todo su cuerpo en el proceso, dándole tal golpe que Theo cae al suelo con brutalidad y yo me levanto del banquillo sin disimular un instante mi preocupación.

El porrazo ha sido fuerte.

El defensor del Kelowna Rockets le tiende la mano para ayudarlo a levantarse en una actitud amistosa, aunque no tengo dudas de que ha ido a hacer el máximo daño posible a Theo. No obstante, este le coge la mano y se oyen los aplausos del público ante su demostración de competitividad sana. Pero yo me fijo en cómo se toca el hombro y por su gesto la cosa no va bien.

—¡Theo, al banquillo! —vocifera mi padre al señalar un cambio y observo cómo este se desliza rápidamente hasta aquí, para que entre su sustituto—. ¿Te has lesionado? —le pregunta cuando ya está dentro.

—No, solo me duele un poco el hombro —comenta y noto en su voz enfado, pero también contención.

—Tienes suerte. Porque, si te llegas a lesionar en esa estúpida jugada, no sé qué te hubiese hecho. Pero… ¿qué narices te pasa esta tarde, muchacho? Has jugado horrible hoy. Menos mal que estamos al inicio de la temporada, Theo, porque, si hubiese un ojeador entre el público, te aseguro que ni mis mejores referencias podrían lograr que te ficharan. Ve a ducharte y ya hablaremos después de lo que te ha ocurrido para estar hoy fuera del partido —le pide señalándole la salida.

Theo asiente mientras empieza a quitarse los patines y capto cómo me mira de reojo para después apartar su mirada, furioso, y centrarse en sacarse cuanto antes los patines y salir del banquillo para dirigirse a los vestuarios.

Me vuelvo a sentar inquieta, sé que un golpe mal dado puede acabar

convirtiéndose en un problema a la larga.

—¡Max! —me llama mi padre y me vuelvo a levantar para ir donde está él, en primera fila—. Ve a ver cómo está Theo. Esa entrada ha sido muy fuerte y Colin —dice refiriéndose al auxiliar médico del equipo, que está a pocos pasos de nosotros— no puede ir ahora. Coge la crema por si la necesita.

Asiento mientras me dirijo a Colin, que me entrega la crema, para luego salir del estadio casi a la carrera y encaminarme a los vestuarios.

Ni siquiera dudo en entrar en esa zona solo autorizada para los jugadores y, al ver que no está en la parte de las taquillas, agudizo el oído para percibir el agua cayendo de la ducha. Me muerdo el labio inferior mientras me siento en el banco para esperar a que aparezca, dándole vueltas a la crema en mis manos, obligándome a no pensar que está a escasos pasos de mí sin ropa.

Pero ¿qué me pasa?

Niego con la cabeza desechando todos esos pensamientos que no debería tener por muchas razones, la principal es que es un jugador de hockey. Para ser más exactos, el nuevo capitán del equipo, el chico de oro de mi padre y, como si eso fuera poco, mi guardaespaldas barra canguro.

Cuando oigo el agua detenerse siento las manos sudadas; estoy nerviosa y sé que no tendría que estarlo.

¡Solo es Theo!

El sobrino pluscuamperfecto de Julie.

Y a mí no me gusta.

Distingo cómo avanza hacia aquí con paso cansado, apático, y me levanto del banco como si no pudiera estar por más tiempo sentada. Enseguida aparece en mi campo de visión, con una toallita blanca alrededor de la cintura, con su torso perlado de gotas de agua, con su cabello todavía goteando mientras se lo frota con otra toalla. Y me fijo en su brazo, en cómo se contraen sus bíceps en ese gesto rutinario, en cómo se le marcan las venas, en cómo a su abdomen se le intuyen todos esos montículos que me recuerdan una tableta de chocolate. Pero nada de todo eso es comparable a esa mirada que ahora mismo barre todo mi cuerpo, sin ocultar su extrañeza al tenerme delante de él

y que se mezcla con algo más a lo que no podría poner nombre, pero que me hace moverme inquieta.

—¿Qué haces aquí, Max? —pregunta con brusquedad, como si estuviese tan cabreado que no pudiera frenar su carácter.

—Mi padre me ha pedido que compruebe cómo tienes el hombro —contesto y vuelvo a echarle otra mirada al ver que se acerca a mí. Vale… Tengo que reconocer que, tal vez, me guste un pelín. Pero en mi defensa declararé que es un auténtico escándalo verlo solo con una toallita. «¡Concéntrate, Max! Que Theo te está mirando como si estuvieras loca por colarte aquí o por no quitarle los ojos de encima»—. Ya sé que me vas a decir que ese es el trabajo de Colin, pero él tiene que quedarse por si alguien se lastima durante el partido.

—¿Y tu padre te ha dicho que entraras en el vestuario? —me plantea apretando los dientes y no tengo dudas de que mucha gracia no le hace tenerme enfrente, sobre todo después de nuestra conversación de anoche.

—No, pero… —comento alzando ambas manos para que se dé cuenta de que estamos solos. Él y yo solos. ¡Mierda! Creo que no lo he pensado muy bien. No tendría que estar aquí con él. Él no tendría que llevar solo una toalla y… «¡Max, espabila, que está esperando a que hables!»—. Sabía que nadie nos interrumpiría y me imaginaba que estarías dándote de cabezazos contra la taquilla por el error que has cometido… que, esperemos, no te cueste una lesión grave.

—Estoy bien —farfulla acercándose a su taquilla para abrirla de malas maneras, y aprovecho para reducir mi distancia con él, y entonces me llega el olor a menta de manera mucho más intensa—. Max, vete —susurra con la voz rasgada, tan grave que incluso me sorprende, tanto o más que sentir cómo mi cuerpo ha respondido a ese tono.

Erizándome por completo.

Excitándome.

—Ya sabes cómo es mi padre de serio para estos temas, Theo. —Y de repente siento la garganta seca mientras me pongo a un mísero paso de él—. ¿Hombro derecho o izquierdo?

—El derecho —masculla desdeñoso y me imagino que habrá intuido que no tiene ninguna escapatoria y que me tiene que dejar hacer lo que he venido a hacer aquí.

Poso mis manos sobre su piel y noto algo extraño en mi interior, un cosquilleo, un aleteo que me remueve inquieta, pero que desecho por completo. Me concentro en notar su fuerte músculo, en cómo no se queja cuando hundo mis dedos en su piel, en cómo siento su mirada anclada en mí. Trago saliva cogiendo su brazo para asegurarme de que no hay nada roto y compruebo el movimiento. Deslizo la mirada un segundo a su rostro y me percato de que no eran figuraciones mías. Theo tiene sus ojos anclados en mí, en mi rostro. Hago un amago de sonrisa mientras cojo la crema, pongo una pequeña cantidad en mis palmas y la extiendo por su piel, lentamente, dibujando con los pulgares su músculo y sintiendo cómo a nuestro alrededor hay algo que ha cambiado… o tal vez son imaginaciones mías. Sin embargo, percibo su respiración más pesada, y su olor mezclado con el de la crema me noquea. Noto su mano pasar suavemente, despacio, por mi mejilla y, al levantar la vista, me lo encuentro mirándome fijamente. Su mano se apodera de mi cuello en un movimiento seguro, su pulgar sigue acariciando mi piel y ahora mismo no puedo deshacer el contacto visual con él.

Traga saliva sin dejar de deslizar lentamente sus ojos por mi rostro.

Se me seca aún más la garganta al tener tan cerca su boca de la mía.

Su respiración me hace cosquillas.

Su aroma me aturde.

Y lo único que deseo en este instante es que me bese como aquella tarde.

Me mira de una manera que mi piel comienza a arder y mis labios empiezan a hormiguear por la anticipación.

—Max —dice con la voz grave delineando con sus increíbles ojos mis labios y contengo el aliento—, tienes que irte de aquí —susurra cerrando los párpados mientras deshace ese contacto poco a poco y me devuelve a la realidad.

—Claro —me obligo a decir, como si no hubiese existido este instante tan tenso entre los dos—. Ahora le diré a mi padre que puede respirar tranquilo porque el chico de oro del hockey está perfectamente —murmuro sin dejar de masajearle el hombro, esta vez más rápido, como si deseara que la crema se absorbiera en su piel ya—. Esto te lo pongo para que no te salga ningún moratón mañana y que no te dé la lata esta noche. He visto el golpe y ese tipo ha ido a hacerte el máximo daño posible —comento mientras niego con la cabeza, más

para ayudarme a romper esta maldita situación que por otra circunstancia.

—Parecía que no estabas pendiente del partido —indica, y frunzo el ceño al no esperarme esa confesión. Sin embargo, Theo está mirando al suelo, como si se arrepintiese de lo que acaba de decir.

—Lo tengo que estar. Mi padre me ha pedido que le dé mi valoración cuando termine el encuentro… y siento decirte que voy a tener que comentarle que hoy no ha sido uno de tus mejores días —confieso mientras me encojo de hombros—. Hale, listo —añado obligándome a dejar de sobarlo a mi antojo, algo que me estaba gustando demasiado hacer—. Si te doliese, díselo a Colin —le indico mientras cojo el bote y me doy la vuelta para dejarlo solo.

—Max —me llama y me giro para descubrir de nuevo esa cálida mirada posada en mí que me hace contener la respiración—, esta noche hay una fiesta en casa de William —susurra, y sonrío como si no me hubiese esperado otra cosa, otro tipo de frase, otro tipo de sugerencia.

—Humm… Hablaré con Isha a ver qué planes tiene. Desde que tiene novio tengo que pedir audiencia con ella para verla —comento con una sonrisa; salgo del vestuario y lo dejo solo.

Necesito alejarme de todo lo que comienzo a experimentar cada vez que estoy a solas con él. Poner distancia a lo que me hace sentir cada vez que me toca, cada vez que lo toco, como si mi cuerpo estuviese deseando ese contacto e intentara decirme algo que todavía no asimilo.

Cumplir mi palabra

Theo

Aferro el volante con fuerza procurando no mirar cómo la falda se le sube a Max por sus largas piernas. Clavo la mirada al frente, como si me interesase muchísimo cómo se mueve el árbol que hay justo delante de la casa de Isha, porque estamos esperando a que salga para irnos todos juntos a la fiesta en la casa de William. Mientras ella sale, intento obviar cómo el olor a fresa es incluso más fuerte cuando Max está tan cerca, y mucho menos intento fijarme en lo guapa que se ha puesto esta noche, en lo bien que le queda el color blanco sobre su cuerpo, en cómo se ha dejado el cabello suelto, que le cae por encima de una chaqueta negra, e incluso en esa faldita gris oscura que le sienta espectacular, enmarcando su sugerente culo como una auténtica tortura para mí.

Y sé que esto me lo he ganado solito, porque no debería haberle dicho nada antes de verla salir del vestuario después de estar a punto de besarla. En ese caso hubiera podido pasar la noche del sábado como solía hacer antes de que ella volviera: en mi dormitorio, leyendo o escuchando música, intentando centrarme en prepararme para ser el mejor jugador de hockey de todos los tiempos, pero, sobre todo, recordando cada palabra que me ha dicho el entrenador después del primer partido que hemos perdido.

He jugado de pena.

Y toda la culpa la tengo yo.

—¡Al fin! —oigo exclamar a Max y veo que Isha corre hacia nuestro coche—. Pero ¿no hemos quedado que te pondrías falda? —la acusa y veo cómo su amiga entra en la camioneta mientras se sonroja.

—No tenía ninguna que me quedara bien —susurra mirándome de reojo y pongo el motor en marcha para salir de aquí lo antes posible.

No tardamos en llegar a casa de William mientras las dos amigas siguen hablando de ropa, algo a lo que intento no prestar atención,

como tampoco a las cinco veces que Max ha movido su cuerpo para poder hablar con Isha y esa maldita falda se ha subido cada vez un poco más.

Esta noche me voy a volver loco y todo por la incapacidad que tengo de mantener la boca cerrada cuando está ella delante.

Aparco a unos pasos de la casa, que está pegada al lago Langford, en una zona particular donde cada vivienda tiene su propio muelle para atracar su embarcación. En cuanto bajamos de la pick-up, la música nos llega sin problemas y las dos amigas se quedan detrás de mí cuchicheando mientras yo entro.

Nada más dar un par de pasos en el enorme salón de William, Hannah se cuelga de mi brazo y me sonríe ampliamente mientras me dice lo mucho que me ha echado de menos. Intento centrarme en ella, para poder quitarme de la mente a Max, a la que, ahora mismo, he perdido de vista.

Mejor, esta noche necesito mantenerme alejado lo máximo posible de ella.

Las horas pasan lentamente mientras hablo con unos y con otros, siempre acompañado por Hannah, que no se da por vencida, sin importar las veces que hemos abordado ese tema. No bebo esta noche, porque no quiero volver a perder el control, pero esa lucidez mental provoca que no pare de buscar a Max. Y, al encontrarla riendo, hablando con Isha o bailando con esa maldita falda que se está convirtiendo en mi condena, siento ganas de beberme una copa o dos o tal vez una botella entera. Sin embargo, no me permito probar ni una gota de alcohol y mucho menos moverme de donde estoy, cogiéndome con uñas y dientes a este sofá que comparto con Hannah mientras ella no cesa de hablar de moda, de su familia, de todos los bailes que tenemos por delante y de un montón de cosas más que, sinceramente, no me interesan lo más mínimo.

—Me gustaría que vinieses un día a almorzar a mi casa —me dice al cabo de un rato deslizando una uña por mi pierna.

—¿Por qué?

—Me encantaría presentarte a mis padres.

—Hannah —susurro porque ya no sé cómo decírselo—, solo somos amigos.

—Mis amigas vienen a comer muy a menudo a mi casa, Theo. ¡Tampoco te estoy pidiéndome que nos casemos!

—¿Y quién más irá a almorzar ese día que me quieres invitar?

—Eh… solo tú.

—Esa es la diferencia. Si voy solo, pensarán que somos algo más que amigos y ya te he dicho muchas veces que no estoy interesado en tener novia. Ahora me tengo que centrar en mi carrera deportiva, Hannah. Lo sabes y me aseguraste que lo entendías, ¿no? —pregunto y veo que hace un pequeño mohín de desagrado con la cara.

—Sabes que mi padre tiene mucho dinero, ¿no?

—Lo sé. No paras de repetírmelo.

—Pues, para no parar de oírlo, no comprendes lo que podría hacer por ti si estuvieras saliendo conmigo y fueras un pelín más amable —suelta visiblemente molesta mientras alza su perfecta nariz al techo.

—¿A qué te refieres?

—No solo el entrenador de hockey tiene amigos dentro de los equipos grandes, Theo. Mi padre podría hablar con varios amigos suyos para ayudarte a conseguir lo que quieres.

—Te lo agradezco, Hannah, pero no quiero conseguir mi puesto de esa manera.

—Pero, ayudando al entrenador a tener controlada a la rara de su hija, sí, ¿no? —replica con altivez.

—Hannah… —mascullo apretando los dientes, haciendo un esfuerzo por frenar mi carácter. Pero no me gusta que use ese término para hablar de ella.

Max no es rara.

Max es… Max.

—No, Theo. Me he dado cuenta, ¿vale? No paras de mirarla, la traes, la recoges, te vas cuando ella quiere. ¡No soy imbécil y se nota que el entrenador te ha pedido que la tengas vigilada! —comenta cada vez más enfadada—. Porque he descartado que te gusta, pero, si es así, algo que sería muy extraño e incluso antinatural, solo quiero decirte que esa chica solo te puede dar problemas, ¿es que no te das cuenta?

Yo soy la solución perfecta. Yo… te quiero, Theo.

¡Mierda!

—William te está buscando —dice Elliot de repente sentándose al lado de Hannah, interrumpiendo este momento y, ¡joder!, le agradezco que lo haga.

Porque… ¿cuántas veces le tengo que decir que no quiero tener novia? ¿Cuántas veces le tengo que repetir que pierde el tiempo conmigo? Es William quien debería estar en mi puesto y no yo.

—Pues no me habrá buscado bien —contesta Hannah alzando la nariz con arrogancia sin dejar de mirarme—. Porque aquí estoy, donde quiero estar, al lado de Theo.

—¿Y Kyra? —pregunta centrándose en lo que en realidad le importa —. Me había dicho que vendría esta noche.

—Y ha llegado hace un rato —dice Hannah mirándose con disimulo las uñas de gel de una tonalidad rosa con pequeños dibujitos adornándolas, para después darle un sorbito a su copa—, pero no sola —añade mirando de reojo a Elliot—. Ya te dije que estabas tardando mucho en decidirte y ella… se ha buscado a otro tío.

—Joder, Hannah. Soy un tipo muy ocupado, lo sabes, no puedo estar siempre que ella quiera.

—Sí, todos estáis muy ocupados hasta que nos hartamos y buscamos a otro chico que sí sabe tratarnos como merecemos —le rebate y me temo que esa frase va más dirigida a mí que a él—. Pues ahora te fastidias…, sobre todo, cuando lo veas, porque… aparte de ser mayor que todos nosotros, está muy bueno —afirma asintiendo a sus palabras; luego veo que abre los ojos con extrañeza—. Uy, por ahí viene.

Me giro y veo a Kyra acercarse hacia donde estamos tristona, como si le hubiese ocurrido algo. Se sienta en la mesita auxiliar mientras mira a Hannah fijamente.

—¿Qué ha pasado? —le plantea esta sin dudar.

—Nada —responde encogiéndose de hombros mientras mira de reojo a Elliot, que está pendiente de sus palabras, y después a mí, para luego recomponer su gesto por uno más alegre—. ¿Con quién hay que hablar para beber en esta casa?

—¿Qué quieres, preciosa? —le pregunta Elliot con una amplia sonrisa.

—Largarme de aquí —dice coqueta y veo que Elliot sonríe mientras se levanta y le ofrece la mano para que esta la coja—. Ahora volvemos... o tal vez no —indica mientras guiña un ojo y se va con Elliot a la cocina.

—Qué raro... —susurra Hannah sin dejar de mirarlos.

—¿El qué?

—Nada. Es solo que me extraña que Kyra se haya cansado del tío buenorro de la moto. Me dijo que le gustaba mucho.

—¿Y quién es ese tío?

—Uno que conoció en la fiesta del lago Glen —me cuenta moviendo la mano con indiferencia—. Tiene pinta de tipo duro, ¿sabes?, pero a Kyra siempre le han gustado los malotes. En fin... —Se encoge de hombros, como si no le importara mucho lo que le ha pasado a su amiga—. Antes de que nos interrumpiera Elliot estábamos hablando de algo muy importante, Theo.

Sin embargo, dejo de escuchar lo que dice Hannah, porque ahora mismo estoy buscando a ese chico que me ha descrito, porque no puede ser otro que... el motorista macarra que vive en la casa de al lado. Desde donde estoy sentado no veo a nadie, ni a él ni tampoco a Max, y me levanto sin dudar, provocando que Hannah me mire extrañada.

—Hannah, de verdad, eres una chica increíble, pero estás perdiendo el tiempo conmigo. Ya te lo he repetido muchas veces. Tú y yo no seremos nada más que amigos. Ve con William o con quien quieras, yo... Ahora vuelvo —le digo para que se quede donde está y no me siga.

Sé que me responde algo más, pero ni siquiera me detengo a escucharlo, porque ahora lo único que necesito es tener delante a Max y comprobar que está bien. Comienzo a moverme por la enorme casa de William, buscándola.

Joder, ¿cómo no se me ha ocurrido pensar que ese cabrón podría aprovecharse de Kyra para meterse en nuestras fiestas?

No tengo dudas de que no ha venido por Kyra, a la que ha dejado tirada a la menor oportunidad, sino por Max. Y tener esa certeza me

hace cabrearme, porque no entiendo la razón de que ese tipo no pare de perseguirla.

Como tampoco comprendo por qué Max sigue sintiendo algo por ese gusano.

Y, de repente, el trato que hice con su padre no cesa de darme vueltas por la mente, como si quisiera recordarme lo importante que es cumplir mi palabra.

Tengo que encontrarla ya.

Prométemelo

Maxine

—¡Me acaba de enviar un mensaje Nathan! —exclama Isha contenta mientras comienza a mordisquearse una uña con nerviosismo.

Me mira.

Vuelve a mirar el móvil.

Y otra vez desliza la mirada hacia mí.

—Escúpelo ya —le pido al ver que está deseando contarme algo.

—Me ha preguntado que si puede pasar a por mí ahora para poder pasar un rato a solas —comenta mientras frunce el ceño y no para de moverse.

—Pero ¿no había quedado hoy con sus amigos para no sé qué torneo de videojuegos? —le recuerdo, pues una de las razones por las cuales ha venido Isha a esta fiesta era esa.

Esa... y que la he convencido para que saliéramos, algo que necesitaba con urgencia, sobre todo después de las últimas circunstancias vividas.

—Pero dice que me echa de menos y que se ha largado de ahí —me responde con una sonrisita.

Ay... que mi amiga se está enamorandoooo.

—¿Y tú qué es lo que quieres?

—No sé.

—No sé, no. Si te apetece quedarte en esta fiesta, ¡quédate!, porque, aunque Nathan te haya dicho eso, tú ya habías hecho otros planes... Si, en cambio, te apetece verlo, dile que te recoja. Yo misma te acompañaré a la puerta y esperaremos a que venga.

—¿Y si no quiero dejarte sola? —susurra y alzo las cejas al no esperarme esa opción.

—Pero, Isha, no estoy sola —replico señalando el salón repleto de personas bailando y bebiendo—. Haz lo que te apetezca a ti hacer, de verdad.

—Es que me apetece estar con él...

—Anda, envíale la ubicación a Romeo —comento con una sonrisa mientras la cojo de la mano para salir del salón y dirigirnos a la calle.

Nathan no tarda en llegar con su monovolumen gris. Isha me abraza, para después corretear hacia la puerta del copiloto; me acerco a la ventanilla que tiene bajada para hablar con él.

—¿La llevas luego tú a su casa?

—Claro. No te preocupes, Max —dice girándose al ver a Isha sentándose en el asiento de al lado.

—Tened cuidado con el coche y... envíame un mensaje cuando llegues a casa. Da igual la hora que sea, ¿vale, Isha? —le pido y veo a mi amiga asentir con una expresión de pura felicidad—. Nathan, más te vale cuidarla.

—Dalo por hecho. Nos vemos, Max —se despide Nathan antes de salir de aquí.

Me quedo quieta hasta que desaparece el coche de mi vista. Me giro y me doy de bruces con Finn.

Finn, con las manos metidas en los bolsillos de su chupa de cuero, con la mirada ligeramente agachada y esa maldita sonrisa ladeada.

—¿Qué haces aquí? —suelto, porque, de verdad, no comprendo qué pinta en una fiesta organizada por uno de mi instituto.

—El otro día se me quedaron demasiadas cosas sin decir —susurra y alzo la mirada al cielo con resignación.

—No empecemos, Finn. —Comienzo a caminar en dirección a la casa.

—Sé que la he cagado, pero me gustaría que volviésemos a ser los de antes.

—Ya te dije que eso es imposible.

—¡Joder!, ¿es que no lo entiendes, Max? Eres la única que me dices las cosas a la cara. La única que me abre los ojos a las mierdas que hago. Yo… ni siquiera me había dado cuenta de que mi madre estaba mal hasta que me lo comentaste. Además… fui el otro día a ver a mi padre —comenta provocando que me detenga y que lo mire a los ojos para intentar comprobar si me está mintiendo o no—. Hostias, Max. ¿Podemos irnos a otro lado? Necesito hablar contigo a solas. Esto… se ha ido a la mierda demasiado rápido. Lo he pasado mal, ver a mi padre, darme cuenta de… —Se queda callado mientras niega con la cabeza, como si le costara decirlo o como si no pudiera sincerarse del todo conmigo.

—No pienso irme contigo a ningún lado, Finn. Lo que quieras decirme, lo tendrás que hacer aquí.

—Ya sabes que mi padre y yo no estamos tan bien como antes —resopla con brusquedad, como si le diese rabia asumirlo.

—Lo siento mucho. A veces las relaciones con nuestros padres no son como nos gustaría que fueran —murmuro haciendo el ademán de volver a ponerme en marcha.

—Max…, lo he hecho por ti —suelta y creo que me giro a mirarlo a cámara lenta.

Esto… no-puede-estar-pasando.

—¿Qué has hecho por mí? —susurro incrédula.

—¡Todo! Desde que has llegado, yo… solo he intentado hacer las cosas bien por ti.

—Como liarte con Kyra la otra noche, ¿eso también lo hiciste por mí?

—Sí, ¡joder! Yo… Soy un auténtico imbécil, ¿vale? Estaba muerto de celos al verte con ese maldito jugador de hockey, Max. ¿Estás contenta al oírlo? ¡Hostia puta!, no supe hacerlo peor, lo sé. ¡Soy un auténtico gilipollas! —exclama dando un paso hacia mí; yo reculo hacia atrás—. Esto… todo esto es nuevo para mí y… —Cierra los ojos mientras niega con la cabeza—. Solo quiero… que volvamos a vernos como antes.

—¡Flipo! —suelto sin frenar mi boca—. Pero flipo en colores —añado para que no le queden dudas—. ¿Te crees que soy tonta, Finn?

—¿Por qué dices eso?

—Porque te conozco, ¡joder! —le espeto con rabia sabiendo que miente porque… ¡es imposible que esto sea verdad! Es imposible que, lo que me está sugiriendo, sea cierto—. ¡Me aseguraste que jamás podrías estar conmigo, Finn! ¿Y ahora sí? Después de conseguir olvidarte, ¿me dices esto?

—¡Max! —oigo la voz de Theo y niego con la cabeza sin dejar de mirar a Finn.

—Max… —susurra Finn dando otro paso hacia mí—, sé que todavía me quieres y… solo quiero hablar contigo a solas.

—¡No! —le digo sin dudar y… ¡qué bien me sienta!

Me giro mientras camino hacia Theo, que me observa tan preocupado que cualquiera diría que piensa que he estado enfrentándome al peor de los peligros, cuando solo me he encarado con mi primer amor truncado.

—¿Nos vamos? —le pregunto cuando llego a él; sin embargo, Theo no para de mirar a Finn, con los puños apretados y demostrándole que me defenderá cueste lo que cueste—. Theo —lo llamo, pero me toca coger con ambas manos su cara para que me mire—. Vámonos.

Asiente lentamente mientras desliza sus ojos por todo mi rostro anclándolos finalmente en mis labios. Trago saliva al tiempo que lo suelto, para comenzar a caminar alejándonos de Finn.

—No me creo que estéis juntos tú y ese jodido jugador de hockey, porque no es tu tipo, Max —oigo a Finn—. Sé que todavía me quieres, ¡hostias! ¡¡¡Lo sé, maldita sea!!! —grita cabreado, pero eso no consigue detenerme, sino más bien acelerar mis pasos hasta llegar a la pick-up.

—¿Dónde está Isha? —me pregunta Theo cuando subimos al vehículo; sonrío al darme cuenta de que el sobrino perfecto es una gran persona.

—Ha venido Nathan a por ella hace un rato.

—Bien —dice poniendo el motor en marcha—. Porque tú y yo vamos a hablar en serio de una maldita vez —suelta agarrando con fuerza el volante y no puedo evitar mirar cómo se está conteniendo.

—¿Y dónde lo vamos a hacer? —pregunto y veo que me mira de reojo, para después tragar saliva con dificultad. Vale, creo que ha sonado a otra cosa por la miradita que me ha echado—. Mi padre y tu tía están

en casa… —matizo y veo cómo asiente con la cabeza.

—Vamos al lago.

Asiento conforme pues, a estas horas, no habrá nadie por los alrededores, así que podremos hablar con tranquilidad en el interior de la camioneta.

Theo no tarda en llegar y apaga el motor y las luces, por lo que quedamos alumbrados tenuemente por la luz de una farola próxima. Veo cómo se revuelve los rizos descargando así su nerviosismo o, tal vez, la preocupación… o quizá el momento tenso al saber que estamos otra vez él y yo a solas en un lugar oscuro. En todo caso, él no inicia la conversación, permitiéndome a mí ser la que elija el momento adecuado para hablar.

Por supuesto que sé de lo que quiere hablar. Justo de la conversación que el otro día intenté eludir encerrándome en mi habitación. Pero sé que tiene razón. Si queremos que nuestro trato funcione bien, tengo que ser sincera con lo que sucedió con Finn, para que entienda que no tiene que estar preocupado cada vez que nuestro vecino se acerque a mí.

—Voy a contártelo, pero me tienes que dar tu palabra de que no saldrá de aquí. Nadie puede saberlo. Prométemelo —digo, sin importar que llevemos días sin volver a hablar de ese tema, retomándolo sin más.

—Mierda —masculla apretando los dientes; se pasa las manos por esos rizos, que comienzan a estar alborotados, y me mira fijamente—. ¿Qué te hizo ese cabrón?

—Por favor, Theo. Nadie puede saber la verdad —le pido, y veo cómo intenta relajarse mientras toma una decisión.

—Te doy mi palabra.

Asiento mientras cojo aire para intentar explicarle algo que llevo arrastrando como una condena desde entonces, arrepintiéndome y no haciéndolo a la vez; ansiando poder echar para atrás el tiempo para no cometer la misma estupidez y sabiendo, sin dudar, que lo volvería hacer.

—Ocurrió unos días antes de que me marchara de aquí, pero antes de contarte lo que pasó quiero que entiendas la razón que me llevó a hacerlo y las circunstancias —susurro, y Theo simplemente asiente

para que continúe—. Ese año me había propuesto conseguir que Finn se enamorara de mí para tener todas mis primeras veces con él. Siempre he sido muy romántica y también demasiado boba, sobre todo eso último. Por eso comencé a hacer cosas que no solía hacer. Me vestía de una manera más llamativa y provocativa, salía todas las noches, me escapaba si mi padre me castigaba, me saltaba horas de clase, bebía y me dejaba caer por los antros donde sabía que estaría Finn. Mis notas se resintieron, empecé a desobedecer a mi padre abiertamente, a hablarle mal, a discutir sin cesar e hice lo que quise sin importarme nada más que mi único fin: estar con él —enumero unos ejemplos de mi año en el lado oscuro—. Sin embargo, Finn jamás se fijaba en mí y siempre me dejaba a solas con sus amigos para irse con cualquier otra chica, sin importarle que yo me quedara en ese local de mala muerte que siempre frecuentaba con sus cuestionables amigos... Sin importarle que iba allí por él y que al único que conocía era a él. Me ignoraba por completo y me demostraba, cada noche, que él siempre escogería a otras antes que a mí. El caso es que una noche, Ben, uno de sus amigos —explico, y Theo asiente para que siga mientras aprieta los dientes en un acto reflejo—, intentó propasarse conmigo... Finn no estaba, yo estaba a solas con cuatro tíos más y... ese tipo fue demasiado persistente, demasiado sobón... tanto que tuve que fingir que iba al aseo para escaparme de allí. Tuve miedo, esa es la verdad. Todos estaban borrachos, yo estaba borracha, y no sé cómo conseguí tener un poco de lucidez en el último momento para marcharme... porque estoy segura de que hubiese acabado muy mal. Esa misma noche, tomé una decisión. Había hecho lo imposible para que Finn se fijara en mí y no había logrado nada, solo perderme por el camino, beber en exceso, tomar sustancias que me hacían sentirme diferente y no reconocerme cuando me miraba en el espejo. Perdí el norte, Theo. Esos meses viví sin importarme nada más que acercarme a Finn, convirtiéndome en alguien que antes yo misma criticaba, acabando incluso en el hospital por un maldito coma etílico. Lo único que logré fue estar peor en casa y sentirme mal conmigo misma por intentar ser alguien que no era. Por eso le dije a mi padre que necesitaba marcharme... —comento, para después expulsar el aire por mis pulmones—. Pero, aun habiendo tomado esa decisión, no pude evitar cometer una de mis últimas estupideces... la que puso el broche de oro en lo más alto de mis cagadas de ese maldito año, incluso más que estar dos días sin aparecer por casa sin que mi padre supiera dónde estaba.

»Una tarde lo vi caminando por la calle, sin su moto, sin ninguna chica al lado y... lo seguí. Estaba nerviosa porque no tenía ni idea de a dónde iba a pie, con paso acelerado y tan serio que temí que le

hubiese ocurrido algo a él o a cualquiera de su familia. Incluso pensé que había quedado con alguna chica en algún lugar y, al final, me tocaría irme a casa, cómo no, sola. Pero, cuando entró en el negocio de su padre, no dudé en hacerlo también. Él y su padre siempre se habían llevado muy bien —le explico para que entienda la razón por la cual lo seguí—. Sin embargo, no me dio tiempo de llegar al despacho de su padre, porque de repente lo vi salir de allí y caminar hacia donde yo estaba, nervioso, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo... Al verme delante de él, abrió mucho los ojos por la sorpresa y me cogió de la mano para arrastrarme dentro de un pequeño almacén que había en ese pequeño local.

»Estuvimos allí dentro un rato o tal vez horas. La verdad es que no pude calcular el tiempo porque solo podía pensar que, al fin, había conseguido quedarme a solas con él. Finn sacó de su mochila una botella de vodka y bebimos en silencio, los dos a morro, mientras compartíamos un porro. No hablamos en ningún momento, porque él no quería que nadie nos encontrara. Para ser franca, en ese momento no me importó su silencio, estaba disfrutando por fin de estar con él, sin nadie más a nuestro alrededor. Era la primera vez que lo tenía para mí sola.

»Después, cuando él quiso, salimos fuera. Me hizo esperarlo en el vestíbulo unos minutos mientras él entraba de nuevo en el despacho de su padre. Yo estaba mareada, mucho. Entre el alcohol y el porro me sentía como adormecida, como lenta, pero, a la vez, estaba lo suficientemente lúcida como para saber qué ocurría a mi alrededor. Es una sensación extraña y horrible que te aseguro que jamás querría volver a sentir.

»Finn salió pasados unos minutos del interior del despacho. Se dirigió directamente donde estaba una silla, la cogió y la estampó con todas sus fuerzas contra la cristalera de la fachada, resquebrajándola, creando así un hueco y provocando que la alarma comenzara a sonar. Salió primero por ese agujero en medio del cristal y me animó a que siguiera sus pasos. Como estaba nerviosa y bastante mareada, al pasar, mi ropa se desgarró. En ese instante no tuve tiempo ni de ver si me había herido, porque todo fue tan rápido, tanto, que simplemente me dejé llevar por él. Miré a Finn asustada y él me cogió de la mano para que corriera. Y eso hice sin dudar. Corrimos un par de calles o tal vez cinco, no lo sé, hasta que me detuvo en un callejón solitario. Allí me contó la razón por la que había ido al negocio de su padre —titubeo, porque le di mi palabra a Finn de que no se lo contaría a nadie—. Y, después, me besó. No sé lo que lo llevó a darme ese beso, Theo. No sé si fue causado por la adrenalina, por el alcohol, por lo que me contó,

por otra circunstancia o por un conjunto de todo. Pero lo hizo. Y yo llevaba tanto tiempo queriendo que me diese mi primer beso que simplemente me dejé llevar y me aferré a ese maravilloso hecho, tanto que todo lo de mi alrededor dejó de importarme. Solo estábamos él y yo. Nada más. Me sentía tan feliz de haber conseguido lo que tanto había anhelado que podrían habernos atacado los extraterrestres y no me habría inmutado. Pero, de pronto, él se apartó, me miró preocupado, incluso arrepentido, y fue entonces cuando oí unas voces aproximarse. No me dio tiempo a nada, solo a ver cómo salía corriendo, dejándome allí parada.

»Me quedé allí unos minutos, intentando recuperar el aliento que esa situación y ese beso me habían robado, sin volver a oír esas voces que, misteriosamente, se esfumaron. Finalmente, cuando comprendí que Finn no iba a volver a por mí, comencé a caminar hacia mi casa. Pero, como si no bastara con todo lo que había vivido esa noche, al rato me crucé con una patrulla de la policía que estaba haciendo su ruta habitual. Al verme tambaleando por la calle a esas horas intempestivas, se detuvo. Intenté restarle importancia al hecho de que una chica de dieciséis años fuera sola por la calle a esas horas de la madrugada. El caso es que mi voz y, sobre todo, mi aspecto no lograron lo que quería, como tampoco la señal inequívoca de que había bebido alcohol.

—¿Ese fue el día que la policía te llevó a tu casa? —pregunta con los puños apretados y la mirada anclada en mí, para no perderse ninguna de mis palabras.

—Sí. Uno de los policías conocía a mi padre porque había sido entrenador de su hijo y me obligó a subir al coche patrulla, me llevó a casa y le contó a mi padre que me habían encontrado por la calle. Imagínate, Theo, a una menor, bebida y drogada, con la ropa mal puesta y rasgada, caminando de madrugada y sangrando por un brazo, pues al final el cristal me había lastimado. A partir de ese día, mi relación con mi padre fue incluso peor porque no quise contarle qué me había pasado. Además, Finn no quería ni verme y mucho menos hablar conmigo, algo que no comprendía, y lo único que deseaba era largarme de aquí —suelto para después negar con la cabeza—. Con el tiempo he podido comprender muchas cosas, ver lo que me pasó desde diferentes perspectivas y darme cuenta de lo mucho que me equivoqué. Por eso, aunque Finn ahora esté más pendiente de mí, algo que no tengo dudas de que es por tu culpa, no va a conseguir nada. No quiero volver a no reconocerme en el espejo. No quiero volver a ser esa Max. No quiero perderme por un chico.

—Ese tío es un auténtico cabronazo, Max. ¡Estabas herida y borracha y te dejó sola de noche! Podría haberte pasado cualquier cosa, hostias. Tuviste suerte de que te encontrara la policía. No me quiero ni imaginar qué podría haberte pasado si no llegan a toparse contigo por la calle. ¡Maldita sea, Max! No deberías ni siquiera cruzar un par de palabras con él y mucho menos mirarlo a la cara. ¿Tampoco le contaste que Ben quiso propasarse contigo?

—Lo sé, pero también soy consciente de que lo ha pasado mal. No lo estoy disculpando, él hizo mal al dejarme sola, pero también, en parte, fue culpa mía por seguirlo. Y no, no le conté nada de lo de Ben.

—Tú no tienes la culpa de nada, Max —masculla con rabia—. Él se aprovechó de ti, ¡joder!

—Eso es lo de menos, Theo. Ha pasado un año. Cuando vine a vivir aquí pensaba que no lo volvería a ver más. Pero él también ha regresado y... me toca seguir hacia delante, aunque él intente... La verdad, no sé lo que pretende.

—¿Quieres que le rompa la nariz a ese imbécil? Dime que sí, Max —suelta, y no puedo evitar echarme a reír, aunque ahora mismo no tenga ganas—. Es más, creo que esa risa me la voy a tomar como un gesto afirmativo y voy a ir ahora mismo. Así me lo quito de encima.

—Eso no arreglaría nada —digo, y veo que me mira con atención—. Theo, el otro día, si no hubieses llegado a tiempo, creo que... nos hubiésemos besado... y no quiero. ¡No quiero! —exclamo negando con la cabeza para dar más credibilidad a mis palabras—. No quiero volver a caer en ese error porque... ya no estoy enamorada de él. Es cierto que todavía hay sentimientos, sería una ingenua si no lo aceptara porque, de hecho, no pude alejarme de él mientras estuve aquí. Pero no son ni de lejos tan fuertes como los que tenía antes, eso lo tengo claro después de estos días. ¡Joder!, mucho más que claro.

—Tengo una duda, Max... ¿Por qué no le dijiste a tu padre lo que pasó esa noche? Tú no hiciste nada malo. Es más, el único culpable de toda esta historia es ese cabrón.

—Porque le di mi palabra a Finn de que no le contaría a nadie lo sucedido. Por eso es importante que tú no se lo cuentes a nadie.

—No diré nada, pero porque te he dado mi palabra, no porque me importe lo más mínimo lo que le pudiera pasar al vecino —comenta—. ¿Nadie buscó al culpable de que rompieran la cristalera del local de su padre?

—No lo sé —comento encogiéndome de hombros—. A los pocos días me marché y no sé lo que ocurrió después.

—¿Qué te estaba diciendo antes ese… gusano? —pregunta y no puedo evitar sonreír al oír cómo lo llama.

—Parece ser que ahora quiere ser un buen chico por mí —contesto encogiéndome de hombros—. Es mentira, Theo. Sé que quiere algo… y te aseguro que no soy yo.

—Yo también lo creo.

—¿Sabes? Acabo de recordar algo que mi abuela me contó al poco de irme con ella a vivir —comento mostrando una pequeña sonrisa—. Ella me dijo que el primer amor es muy difícil de olvidar y que, en cierta manera, hay que aprender a vivir con ese recuerdo latente que perdurará en la memoria, pero sin olvidar lo que es bueno para uno y sin dejarse llevar por la idea equivocada del amor. Yo… —titubeo mientras me miro las manos—. Quiero aprender a vivir así, manteniéndome alejada de la posibilidad de caer de nuevo en ese error, sabiendo que Finn siempre vivirá en mi corazón, pero siendo consciente de que no puedo dejar que vaya a más. Porque él no me hace bien, Theo. Y el amor tiene que hacerte sentir bien, como también tiene que darte paz y no caos.

—Si necesitas que te ayude, podemos añadirlo a nuestro trato —susurra haciéndome sonreír.

—Ya lo estás haciendo sin darte cuenta, aunque también me estás volviendo un poco loca, pero me imagino que no te das cuenta —resoplo y veo que frunce el ceño.

—¿Volviéndote loca?

—Sí, ya sabes —musito sacando la lengua con fastidio—. El beso que nos dimos por error sigue sobrevolando sobre nuestras cabezas como si fuera un fantasma y provoca que nos alejemos, cuando ya habíamos empezado a ser amigos. Pero, bueno, ¡no pasa nada! —Me encojo de hombros sin mirarlo a la cara porque en este instante… ¡me estoy muriendo de vergüenza al sacar este temita! Aunque me temo que ahora mismo no puedo parar—. Debo de tener un imán para estas cosas. Aunque tal vez… ¡Ay, mi madre, no lo había pensado! ¿Beso mal? ¿Me huele el aliento? A ver si salivo más de la cuenta y el problema de que no queráis repetir es por mí —resoplo llevándome la mano a la frente, en un golpe rápido y suave, mientras niego con la cabeza al no haber caído en eso antes.

—Max —dice mientras me coge la mano para apartarla de mi frente, haciendo que le preste toda mi atención—. No puedo hablar por ti, pero yo no te besé por error —confiesa. Me suelta la mano y comienza a manosear sus rizos mirándome a los ojos.

—¡Pues, chico, para no hacerlo, nos quedamos los dos mudos! Además, tú dijiste que no tenía que haber pasado y...

—Porque es cierto que no debería haber ocurrido, pero eso no significa que no lo deseara. Que no lo desee cada minuto, de cada día, a cada instante que te tengo a mi lado, que no lo desee ahora mismo —susurra, y juro que mi corazón se ha saltado un par de latidos al oír esa confesión.

Porque... ¡¡no me lo esperaba!!

Que me quiere besar y yo aquí dudando de si salivo más de la cuenta.

—¿Y por qué no me besas? —murmuro en un jadeo, porque... menuda confesión, ¡chica!

—Porque me iré en unos meses de Langford, Max. No quiero empezar nada que no podamos... continuar. Yo... —balbucea, y asiento mientras lo miro a los ojos.

—No quieres nada que te ate aquí —termino por él y Theo me mira mientras asiente lentamente.

—Exacto. Además, si tu padre se enterara... me temo que me echaría de tu casa de una patada. Eres la hija intocable del entrenador jefe —comenta, y cierro los ojos.

—¿En serio ha dicho eso?

—A todos sus jugadores. Nadie se puede acercar a ti con pensamientos impuros —suelta, y no puedo evitar mirarlo sorprendida. ¡¿Está intentando bromear?! Después me muestra una pequeña pero increíble sonrisa que me da la pista necesaria para aceptar que Theo también tiene sentido del humor.

—Lo entiendo, lo entiendo —susurro alzando las manos como si me rindiese a su explicación—. Yo también me quiero ir cuando acabe el curso y, tienes razón, es lo mejor para los dos. ¡A la hoguera las complicaciones! —exclamo levantando el puño como una rebelde de la sociedad.

—¿A dónde te quieres ir?

—Todavía no lo sé, pero no tengo dudas de que Langford no es mi sitio —admito encogiéndome de hombros.

Nos quedamos de repente en silencio, mirándonos a los ojos, sintiendo cómo nuestras respiraciones se vuelven más pesadas. Theo traga saliva mientras expulsa el aire por los labios, para después humedecerlos con su lengua, atrayendo toda mi atención hacia allí. Me hormiguea el cuerpo, es como si me estuviese arrastrando hasta él, sin importar lo que acabamos de hablar, como si le diese igual y lo único que deseara fuera volver a besarlo.

—Vámonos ya a casa, antes de que no nos podamos detener —susurra con voz ronca y sonrío al ver cómo pone el motor en marcha.

—Y eso sería horrible —añado con guasa y me mira de reojo.

—Horrible está siendo contenerme para no besarte.

—Siempre puedes parar el coche y dejar de sufrir —tanteo juguetona sintiéndome... ¡genial!

—Max —gruñe, y observo cómo agarra con fuerza el volante sin desviar la mirada de la carretera—, no seas mala.

Y me río. Me río sintiéndome segura a su lado, pudiendo ser yo en todo momento, sin tener que pensar en qué decir, en cómo comportarme o cómo vestirme. Y me doy cuenta de que confío en él más de lo que me imaginaba; tanto es así que no me avergüenzo de haber hablado con él de nuestro beso y mucho menos me siento mal por comprender que él no quiera profundizar más en nuestra relación. Me siento tan bien a su lado que me encanta ver cómo reacciona cuando le sugiero que nos saltemos las reglas.

Le gusto.

Me gusta.

Pero eso llevaría a complicar nuestros planes.

Hasta ahora

Maxine

—¿Hoy no pones música para entrenar? Me estás fallando, Max —dice Theo mientras se desliza sobre los patines rápidamente sin dejar de mirarme y mostrándome una jocosa sonrisa.

—No sabía que te gustaban mis gustos musicales —indico y veo cómo se echa a reír a carcajadas—. ¿O tal vez lo que te gusta es que haga el payaso?

—Creo que gana más la segunda opción.

—¡Pero... buenooo! ¿Desde cuándo eres así de desvergonzado? —suelto mientras pongo los brazos en jarras y Theo me dedica otra sonrisa burlona que me hace imitarlo.

—Desde siempre —susurra mientras me guiña un ojo y pone su dedo índice enfundado en sus calientes guantes delante de sus labios, como si fuera un secreto que acabara de desvelarme.

—Hoy estás de muy buen humor, ¿se puede saber a qué se debe? —pregunto sin privarme de sonreír porque... ¡me encanta verlo así!

Llevamos más de una hora en el centro deportivo entrenando, después de despertarme esta mañana como si estuviese a punto de acabarse el mundo —con la canción de Maroon 5 Moves like Jagger sonando en su móvil y bien cerquita de mi oreja por si estoy sorda—. Cuando he bajado a la cocina, me he encontrado el café hecho y unos panqueques en la mesa. Tras el atracón que he disfrutado como si fuera el mejor manjar de la historia —algo que no tengo dudas que es—, acompañado de una conversación fluida con él —¡sí, yo también he alucinado!—, nos hemos venido hasta aquí para entrenar juntos y, en todo este rato, lo he visto más sonriente, más accesible y, sobre todo, más hablador, y esto sí que es una novedad.

¡Y no es que me queje de esta versión relajada y extrovertida del sobrino de Julie!, pero sí que me parece extraña.

—He aceptado que no puedo controlarlo todo —contesta encogiéndose de hombros.

—Anda… —balbuceo sin entender nada de lo que ha dicho—. ¿Y se puede saber qué controlabas? ¿El tiempo, el tráfico o las señales de telequinesia?

—Controlaba a las personas, pero contigo me ha sido imposible porque nuestro trato ha evolucionado con el paso del tiempo y… al fin lo he asumido —añade encogiéndose de hombros otra vez.

—A ver, a ver… ¡Frena ahora mismo antes de que me quite un patín y te lo estampe en esa cabeza tan dura que tienes! —le pido, y oigo cómo se carcajea mientras vuelve patinando hacia mí mirándome de una manera que… no sabría cómo explicar, pero que provoca que me ponga hasta nerviosa y que tenga ganas de tirarme a sus brazos sin importarme la conversación que mantuvimos ayer—. ¿Controlabas a las personas?

—Es posible que suene peor de lo que es —comenta con una increíble sonrisa—. ¿Recuerdas que te conté la razón por la que estoy aquí?

—Sí, claro, para que te fichen en un equipo profesional y así no tener que trabajar en la empresa de tu padre.

—Exacto. Por eso me he mantenido al margen de todos, hasta ahora.

—¡Pero, Theo, eso es horrible! Te habrás sentido muy solo.

—No te creas. Siempre he estado muy ocupado y nunca me ha llamado la atención profundizar ninguna amistad. Pero tú y yo ya hemos traspasado todos esos límites, te he contado cosas que nadie sabe y tú has hecho lo mismo conmigo. Por lo tanto, he aceptado que va a ser así y no puedo hacer nada para remediarlo. La verdad es que me siento incluso más liberado al haberlo hecho, como si me hubiese quitado un peso de encima.

—No sé si tomármelo como un cumplido, la verdad —mascullo, y veo que Theo me muestra otra de esas sonrisas radiantes que me hacen olvidar incluso dónde estoy.

—Deberías. Porque eres la primera amiga canadiense de verdad que tengo.

—Entonces —digo mordisqueándome las mejillas por dentro, intentando frenar la risa al ocurrírseme una tontería—, podemos

variar el discurso cuando seas famoso. Podrías decir: «A mi primera amiga canadiense, gracias por levantarte tan temprano para entrenar conmigo y ayudarme a ser el hombre que soy. Sé que nos besamos y eso, pero tampoco flipes tanto, que es algo normal en mí. Va por ti este premio, Max».

—Al final me vas a tener que enviar un e-mail para recordarme lo que quieres que diga de ti. Piensa que estaré taaaan ocupado que me será imposible recordar estos meses que compartiremos en Langford y... no me acuerdo ya de ningún beso, Max —comenta risueño mientras me guiña un ojo.

—¡Oyeee! —me quejo y me dedica una maravillosa sonrisa que me hace perder por un segundo el hilo de lo que le iba a responder—. Te digo una cosa, Theo: como no me dediques uno de tus logros, iré donde estés jugando y te lanzaré un patín a la cabeza —suelto mientras levanto un dedo desafiante, pero lo único que consigo es que Theo se carcajee en mi cara.

¡En mi cara!

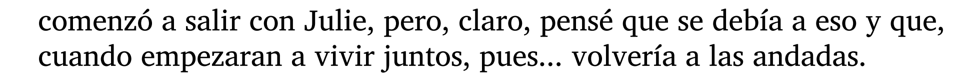
Ver para creer...

—Parece que nos va a tocar hacernos la comida —dice Theo mientras salimos del centro deportivo en dirección a la pick-up y lo miro expectante para que prosiga—. Mi tía me acaba de mandar un mensaje y resulta que ella y tu padre han quedado con unos amigos para ir a almorzar; ha añadido que, si queremos, pidamos pizza.

—Vaya... ¿Es normal que queden para salir? —pregunto sin frenar mi curiosidad, y Theo me mira mientras guarda su móvil después de contestarle a Julie—. Mi padre es bastante casero, por eso me sorprende.

—Desde que estoy viviendo aquí han salido bastantes veces. Algunas solos, otras con amigos... —comenta mientras abre la camioneta y nos metemos dentro.

—Pues me parece muy bien. La verdad es que no entendía por qué mi padre siempre se quedaba encerrado en casa viendo el canal de deportes y dándose un atracón de alitas de pollo con salsa barbacoa. Sí, Theo, mi padre es un carnívoro declarado, por eso me sigue alucinando cuando lo veo comer todos los brotes verdes que le pone tu tía en el plato. Lo cierto es que solo lo vi salir muy a menudo cuando


comenzó a salir con Julie, pero, claro, pensé que se debía a eso y que, cuando empezaran a vivir juntos, pues... volvería a las andadas.

—A lo mejor se sentía solo.

—Mi padre, ¿solo? Lo dudo. Ni con mi madre salió tanto como con tu tía ahora —indico.

—¿Qué les pasó?

—¿A quiénes?

—A tus padres, Max —matiza sin poder aguantar una sonrisa insolente.

—Pues que se divorciaron. —Me encojo de hombros. Veo que Theo desliza una de esas cálidas miradas hacia mí que me hacen resoplar por lo bajo—. A mi madre le ofrecieron un puesto muy importante como coordinadora de ventas en la multinacional donde trabajaba, y trabaja, pero ese puesto estaba en Europa. Mi padre no quiso moverse. Ella estaba convencida de que, si se quedaba, se arrepentiría de por vida y... cada uno siguió su propio camino por separado. Tenía trece años cuando ocurrió —cuento, y Theo detiene la camioneta ya en casa —. Vi a mi madre alejarse de nosotros en el aeropuerto con una radiante sonrisa y nerviosa por lo que le depararía su futuro. Estuvimos viviendo en Vancouver unos meses más, hasta acabar el curso. Luego nos mudamos a Langford porque a mi padre le ofrecieron ser el entrenador de los Victoria Grizzlies. Dejé atrás toda mi vida, incluida a mi querida abuela, que se quedó con el corazón roto al ver a su hija y a su nieta cada una en un extremo del mundo. Entonces decidió mudarse a Seattle, ya que la familia de mi madre es estadounidense y la de mi padre es canadiense, concretamente de Calgary, por eso tengo la doble nacionalidad,

—¿Por eso dejaste de jugar al hockey?

—Perdí la ilusión de repente, como si todos mis sueños se hubiesen esfumado de un plumazo. No me motivaba ganar o ser la mejor. Me daba igual mi futuro, Theo. Solo... me sentía confundida, pero también sentía como si no valiese para nada. Para nadie....

—No digas eso, Max. Tu padre te quiere mucho. Además, Isha, tu abuela y seguro que mucha más gente piensan que eres lo más valioso de sus vidas —comenta, y frunzo el ceño mientras deslizo la mirada a mi regazo.

—Siempre he tenido la sensación de que mi padre no tuvo elección y le tocó quedarse conmigo. Mi madre… ni siquiera me preguntó si quería que me fuera con ella a Europa, dando por hecho que me quedaría con él y… No sé. Simplemente, me negué en redondo a seguir compitiendo.

—¿Si te lo hubiese preguntado, te habrías ido con ella?

—Tal vez —susurro—. En ese momento me llamaba la idea de una nueva vida, ¡en Europa, nada más y nada menos! No es porque mi madre y yo fuésemos íntimas. La verdad es que mi relación con ella era escasa porque no hacía otra cosa que no fuera trabajar y trabajar, y veía más a mi abuela o a mi padre que a ella.

—A lo mejor es por eso por lo que no te lo preguntó. Para no dejarte sola en un país extraño.

—No —replico sin dudar—. Ella no me lo preguntó porque quería irse sola y no quería que una preadolescente la estorbara —afirmo sin un ápice de duda mientras me encojo de hombros y abro la puerta del coche—. ¡Tengo hambre, Theo, aligera! —exclamo al ver que no se mueve para después salir de este—. ¿Crees que mi padre puede haber escondido algo de carne en la nevera? —añado mientras nos acercamos a la casa.

—Me temo que no.

—Puf… Qué rollo. Había pensado en cocinar algo y así no pedimos unas pizzas. Tengo hambre. Mucha y ahora.

—Seguro que podremos improvisar algo para almorzar.

—¿Me estás diciendo que el chico de oro del hockey hielo sabe cocinar?

—Soy una caja de sorpresas, Max —murmura en mi oreja cuando estoy metiendo la llave en la cerradura y noto que un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir su aliento impactar contra mi piel—. ¿Aún no te has dado cuenta?

Me giro para mirar su gesto divertido, sus labios a un suspiro de los míos y esa mirada abarcando mi ser. Sonrío nerviosa temiendo que no pueda controlarme tan bien como él. Porque, ahora mismo, lo único que tengo en la mente es que sus labios se acerquen a los míos. ¡Incluso está por delante de la comida!

Este chico me hace brujería, porque para mí comer es casi como una religión.

No sé ni cómo consigo abrir la puerta, pero lo hago, aun teniendo delante una versión de Theo que no sabía que existía y que me está poniendo muy nerviosa, para después descalzarnos y dirigirme hacia la cocina. Al final tengo que aceptar que Theo tiene una facilidad asombrosa para que me sienta cómoda a su lado, tanto que consigue que hable de temas que llevo años sin tratar.

—¿Algo de pasta, hambrona? —me pregunta mientras abre la nevera y sonrío mientras me lavo las manos al oír cómo me ha llamado.

—Sí, será lo mejor. No quiero morderte un brazo y que mi padre me eche de casa por destrozar tu porvenir. —Theo se carcajea mientras trae cebolla, tomates y pimientos—. ¿Qué tal llevas el hombro?

—Bien —contesta mientras lava las hortalizas al tiempo que me echa miraditas furtivas.

—¿Qué? —suelto al ver que no para de mirarme constantemente.

—No entiendo por qué la gente habla tan mal de ti cuando eres una chica… maja.

—Vaya —me mofo—. Soy maja —repito y, al acercarse a mí, me da un suave empujón para empezar a cortar los ingredientes y preparar el sofrito.

—Ya sabes a lo que me refiero —comenta, y me pongo a su lado para ayudarlo en esa tarea.

—Te vas a reír —resoplo, y veo cómo vuelve a centrar esos ojos oscuros en mí—, pero, cuando vivía en Vancouver, era… popular —confieso, y Theo no duda en echarme una mirada incrédula—. Sí, yo también alucino —suelto en broma para después negar con la cabeza mientras vuelvo a centrarme en cortar a trozos pequeños el tomate—. Cuando decidí dejar el equipo de hockey me di cuenta de que mis amigas, esas personas que siempre habían estado a mi lado cuando era su capitana y la chica popular del instituto, comenzaron a darme la espalda. Ellas solo estaban conmigo por lo que representaba y no por quién era. Por eso, cuando nos mudamos a Langford —susurro mordiéndome el labio inferior, intentando frenar una sonrisa—, yo misma comencé a decir cosas de mí que eran falsas, para asegurarme de que, quien se acercara a mí, lo hiciese por mi persona y no por ser la hija del entrenador o por otra circunstancia. Me alejé de todo lo que

conllevara ser popular, me mantuve al margen del hockey y me encerré en mi propio mundo.

—Entonces, también te alejaste de las personas.

—Pero no de todas, solo de las superficiales. Cuando vi por primera vez a Isha en la escuela, tan callada, tan solitaria, supe que debíamos ser amigas. Necesitaba a alguien como ella a mi lado y creo que ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. Isha es una gran amiga y no me la merezco. Sobre todo cuando intenté alejarla de mí cuando... me cegué e intenté ser quien no era para llamar la atención de Finn.

—Me sorprende que hicieras algo así. Eres una chica fuerte, decidida y con carácter.

—Que se enamoró como una tonta del chico equivocado —musito encogiéndome de hombros—. Pero ¡dejemos de hablar de mí! —suelto sacando la lengua con fastidio—. Theo, cuéntame, ¿quién te enseñó a cocinar? —pregunto en tono radiofónico mientras utilizo el mango del cuchillo como si fuera un micrófono y se lo pongo a él bajo la boca.

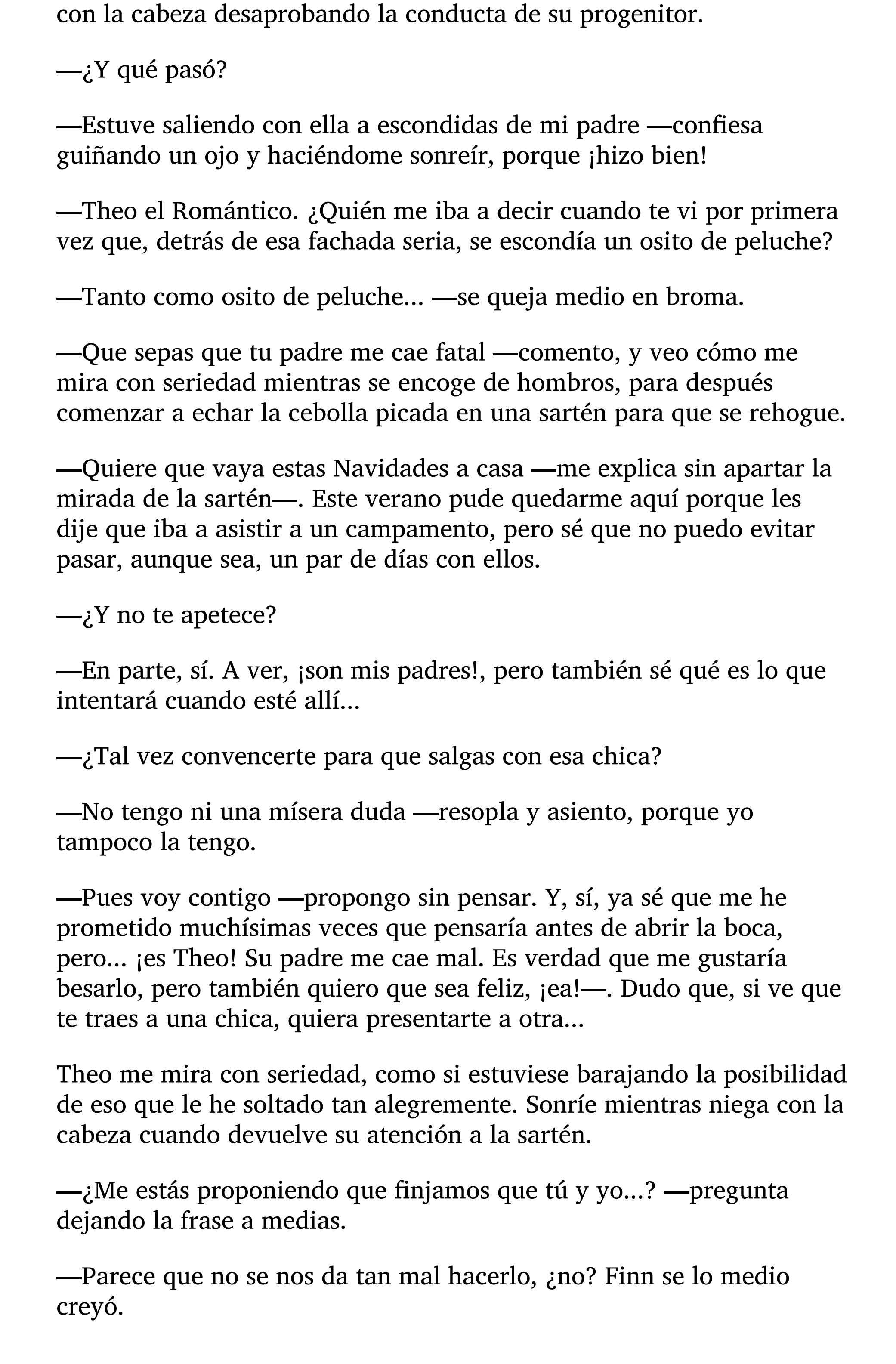
Theo me mira con esos ojazos que... no sé qué tienen, pero es como si escondieran más de lo que él contara, para después deslizar una sonrisa encantadora que me hace removerme inquieta y que consigue que vuelva a centrar mi atención en su increíble boca, obligándome a centrarme en volver a cortar los tomates.

¡Qué calor hace aquí, ¿no?!

—Mi madre —contesta aguantándose una risita—. Con quince años me... gustó una chica —empieza a contar y asiento para que prosiga—. Era preciosa y le encantaban los dulces. Pensé en invitarla una tarde a mi casa, preparar algo para ella y... tal vez... ¡ya sabes! —suelta mostrándome una sonrisa gamberra que me hace imitarlo imaginándome que querría darle su primer beso—. Por eso le pedí a mi madre que me enseñara. Estuvimos todos los días practicando hasta que invité a esa chica a mi casa. Todo iba de lujo, hasta que llegó mi padre y todo se fue a la mierda.

—¿Por qué?

—Esa chica tenía orígenes asiáticos —susurra con un hilo de voz—, y mi padre quería que su sangre se uniera a una gran familia estadounidense y no que se perdiera con genes de otros países. Como ves, mi padre siempre pensando en mí —resopla con fastidio y niego


con la cabeza desaprobando la conducta de su progenitor.

—¿Y qué pasó?

—Estuve saliendo con ella a escondidas de mi padre —confiesa guiñando un ojo y haciéndome sonreír, porque ¡hizo bien!

—Theo el Romántico. ¿Quién me iba a decir cuando te vi por primera vez que, detrás de esa fachada seria, se escondía un osito de peluche?

—Tanto como osito de peluche… —se queja medio en broma.

—Que sepas que tu padre me cae fatal —comento, y veo cómo me mira con seriedad mientras se encoge de hombros, para después comenzar a echar la cebolla picada en una sartén para que se rehogue.

—Quiere que vaya estas Navidades a casa —me explica sin apartar la mirada de la sartén—. Este verano pude quedarme aquí porque les dije que iba a asistir a un campamento, pero sé que no puedo evitar pasar, aunque sea, un par de días con ellos.

—¿Y no te apetece?

—En parte, sí. A ver, ¡son mis padres!, pero también sé qué es lo que intentará cuando esté allí…

—¿Tal vez convencerte para que salgas con esa chica?

—No tengo ni una mísera duda —resopla y asiento, porque yo tampoco la tengo.

—Pues voy contigo —propongo sin pensar. Y, sí, ya sé que me he prometido muchísimas veces que pensaría antes de abrir la boca, pero… ¡es Theo! Su padre me cae mal. Es verdad que me gustaría besarlo, pero también quiero que sea feliz, ¡ea!—. Dudo que, si ve que te traes a una chica, quiera presentarte a otra…

Theo me mira con seriedad, como si estuviese barajando la posibilidad de eso que le he soltado tan alegremente. Sonríe mientras niega con la cabeza cuando devuelve su atención a la sartén.

—¿Me estás proponiendo que finjamos que tú y yo…? —pregunta dejando la frase a medias.

—Parece que no se nos da tan mal hacerlo, ¿no? Finn se lo medio creyó.

—¿Medio?

—Es que es demasiado orgulloso como para aceptar que se lo ha creído del todo —argumento encogiéndome de hombros—. Además, ya hemos roto el hielo con lo del beso. Si nos tocara hacerlo otra vez delante de tus padres, no nos sentiríamos cortados, porque, bueno... —Dejo la frase así para guiñarle un ojo—. Ya nos hemos besado una vez.

—Para ser exactos, dos.

—Ese primero no se puede contar, Theo. Solo me besaste aquí —me quejo señalando mi mejilla y veo cómo me muestra una amplia sonrisa.

—Cada uno de los besos que nos hemos dado se tienen que contar, Max —replica en un susurro que me hace quedarme prendada del movimiento de sus labios—. Además, dudo que tu padre te dejara venir a Massachusetts en Navidades.

—Piénsalo bien —replico aferrándome a ese loco hecho—. Si tú no estás aquí, no podrá vigilarme, no sabrá si vuelvo o no al lado oscuro, y si el vecino sigue en la casa de al lado... ¿No será mejor que ponga kilómetros de por medio contigo?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —me plantea mirándome fijamente a los ojos, como si no se lo creyera.

—Por supuesto. Tenemos un trato —comento como si formara parte de este, y Theo vuelve a mirarme de esa manera intensa que tiene, deslizando sus ojos por todo mi rostro hasta posarlos en mis labios más rato de lo normal.

Este chico, este querer pero no poder, me va a matar.

—Estás loca —susurra, y me encojo de hombros mientras me dirijo a la nevera. Loca estoy por no saltar a sus brazos y besarlo ahora mismo.

¡Uf!

—Me han llamado cosas peores —afirmo con guasa mientras abro la puerta de la nevera—. ¿En serio? ¿Queso de origen vegetal? De verdad, lo de tu tía no tiene nombre —resoplo y veo que comienza a carcajearse.

—No está tan malo.

—A ver… —digo mientras cojo un pedazo y se lo planto delante para que le dé un mordisco.

Theo abre la boca sin dejar de mirarme a los ojos, para coger un trozo con los dientes y comérselo, todo ello sin apartar su mirada de mí, provocando que… me remueva inquieta. Sonrío como una tonta mientras me meto el resto en la boca, notando que… tiene razón, no está tan malo, pero, ante el queso de verdad, que se quite todo lo demás. Aunque es cierto que el queso ahora es lo de menos, porque continúa mirando cómo me lo como, sigue deslizando sus ojos oscuros por mi rostro y deteniéndose otra vez en mi boca y, ¡maldita sea!, yo hago lo mismo. Me quedo contemplando sus labios ligeramente humedecidos…, su labio superior arqueado, el inferior más grueso y esa cicatriz tan cerca… Carraspeo haciendo un esfuerzo por controlar esto, porque… bueno, ya lo hemos hablado y sé que él no quiere iniciar ningún tipo de relación porque se marchará de aquí en unos meses para ser rico y famoso en cualquier equipo profesional de hockey.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —le pregunto dándole un caderazo para que me deje sitio para echar en la sartén los tomates y, así, romper un poco esta tensión que me está volviendo más loca que una cabra.

—Alguien me lanzó un patín a la cabeza —suelta con seriedad y, al mirarlo, me doy cuenta de que está bromeando, porque dibuja una sonrisa pícara que… me hace carcajearme.

—El patín en la cabeza te lo estás ganando conmigo —comento, y lo oigo reírse por lo bajo mientras me da otro empujón para colocarse él delante de la sartén y remover los tomates que acabo de echar sobre las cebollas.

—Fue cuando jugaba al fútbol americano, antes de darme cuenta de que el deporte que me gustaba era el hockey —me explica y no dudo en echarle una mirada incrédula—. Era muy pequeño, me caí de bruces contra un saliente del campo y… tuvieron que ponerme puntos.

—Pobrecito —susurro en plan mofa.

—Sí, lo pasé muy mal —dice siguiéndome el juego.

—¿Cómo supiste que querías dedicarte al hockey hielo?

—Me ha llamado la atención desde siempre. Ver cómo patinaban, cómo luchaban por el disco… Empecé a patinar con once años, a

espaldas, cómo no, de mi padre. Me apunté al equipo de mi escuela, compaginándolo, por supuesto, con el fútbol. Llegaba a casa tan cansado de practicar dos deportes que incluso las notas se resintieron; por eso, mi madre me echó un cable para convencer a mi padre para dejar el fútbol y centrarme en el hockey.

—Pero me imagino que a tu padre no le haría gracia.

—Ninguna —sentencia. Se me queda mirando y desliza lentamente su dedo cerca de mi ceja—. ¿Cómo te hiciste esta cicatriz, Max? —susurra con voz ligeramente ronca y noto cómo se me eriza toda la piel con su inocente contacto.

Siento cómo su mano se entierra en mi cuello mientras se me queda mirando a escasos milímetros de la cara y noto su aliento contra mis labios. Nos quedamos así, mirándonos tan cerca que puedo diferenciar cada línea que cruza sus maravillosos ojos, puedo ver lo frondosas que son sus pestañas e incluso puedo ver mucho mejor esa cicatriz pegada a sus atrayentes labios.

Theo suelta el aire por la boca como si se estuviera calmando y noto que deshace el contacto dejándome fría, y entonces da un paso hacia atrás, solo uno.

—Me la hice con diez años —logro decir después de unos segundos sin poder dejar de mirarlo—, disputando una final del torneo de hockey. Me interceptaron con brusquedad, algo que, como sabes, no está permitido en el hockey femenino, y acabé con la cabeza en el suelo. Sin embargo, aunque sangré como si me hubiesen cortado alguna vena importante, seguí jugando después de que me pusieran un apósito. Luché como una jabata, remonté el marcador y ganamos el torneo.

—Me dijo tu padre que podrías haber llegado muy lejos.

—Ya… —Chasqueo la lengua mientras cojo otro trozo de queso para repartirlo entre Theo y yo—. Sé que no me ha perdonado que abandonara. Él quería que viviera su sueño…

—¿Y cuál es tu sueño, Max?

—¡Buena pregunta! Ahora mismo solo puedo pensar en comer. Esto tiene tan buena pinta y yo tengo tanta hambre que creo que me lo voy a comer directamente de la sartén —comento mientras lleno un cazo de agua para empezar a cocer la pasta.

Theo me mira sin dejar de remover los ingredientes en la sartén y yo…

no sé qué me pasa, pero me gusta estar con él.

Me gusta demasiado estar con él y no sé si es bueno compartir tantas confidencias y cosas con él o... tal vez, una equivocación enorme.

Chispas

Maxine

Cierro la taquilla sin dejar de recordar el día de ayer sintiéndome extrañamente reconfortada. Después de comer la deliciosa pasta que preparamos, nos sentamos en el sofá a ver una película de comedia romántica.

Los dos juntos.

Uno en cada extremo del sofá, como si nos diese miedo acercarnos al otro. Aunque me imagino que se deberá a la tensión que hay entre nosotros. Es como si no pudiéramos dejar de acercarnos al otro, de mirarnos con deseo, para después recular al recordar que... él se irá, y yo me iré. Y, si lo intentamos, tal vez nos hagamos daño.

Nos reímos mientras comentábamos la película, como si fuésemos grandes amigos, amigos que desean a cada segundo besarse, pero, a la vez, no lo hacen. Al final acabé con mis piernas encima de las suyas, su mano posada en mi rodilla llenándome de calor y a punto de olvidarnos por completo de las reglas, hasta que oímos la puerta de casa y saltamos, literalmente, cada uno a un extremo del sofá, donde mi padre y su tía nos encontraron.

Creo que no hace falta señalar que Julie se quedó ojiplática al ver a su sobrino riéndose a mandíbula batiente a mi lado, tanto fue así que se unió a mitad de película y se sentó en medio de los dos, disfrutando de esa tarde de domingo tranquila sin planes.

—¡Al fin! —oigo a Isha, que acaba de plantarse delante de mí y me ha hecho salir de mis pensamientos.

—Eso digo yo: ¡al fin te veo! —contesto haciendo que mi amiga sonría con timidez, pero en su mirada encuentro un matiz tristón que me hace preocuparme y aparcar todas mis historias para centrarme en ella —. Desde el sábado por la noche que me enviaste un escueto mensaje, a altas horas de la noche, diciéndome que habías llegado a tu casa y que ya me contarías, no he tenido noticias tuyas. No hemos podido

hablar. ¡Y aquí estoy esperando!

—Ayer no pude porque mis padres se empeñaron en pasar todo el día juntos como buena familia hindú y, cuando llegamos, estaba tan cansada que me quedé dormida sin cambiarme ni nada —comenta haciendo mala cara—. Además, estaba esperando encontrarte hoy por el instituto, porque ya no pasas por mi casa para venir juntas y, así, hablar cara a cara.

—Ya sabes que ahora me trae Theo todos los días —le aclaro frenando una sonrisa que me delataría.

Porque Isha todavía no sabe que Theo y yo nos besamos en el cine y que, además, queremos repetir, pero que nos detenemos para no estropear nuestra amistad.

—Que, por cierto, no te quita la vista de encima —susurra mirando detrás de mí, donde sé que se encuentra su taquilla y la zona de los populares, y siento un ligero cosquilleo en el estómago al que intento no darle importancia.

Supongo que tendré hambre.

¡Qué leches! Lo que me pasa es que Theo me gusta. Me gusta demasiado y eso no es bueno por muchas razones.

Hale, ¡ya lo he dicho! Y, no, otra vez no me he quedado a gusto porque... quiero que me bese, quiero estar con él, aunque solo sean tres días.

¡Este chico me está volviendo demasiado loca y no sé si es bueno!

—No empecemos con eso, Isha —le pido cerrando la taquilla para comenzar a caminar hacia el exterior forzándome a controlar mis pensamientos. Y no nos detenemos en la cantina porque hoy he tenido tiempo para prepararme algo para media mañana gracias a que Theo me ha despertado, claro. Y hemos desayunado juntos mientras me lo comía con la mirada... Ay, este chico me va a matar—. Y, cuéntame, ¿qué pasó el sábado por la noche con tu chico?

—Ay, Max —susurra mientras se le llenan los ojos de lágrimas y la hago detenerse para que me mire a los ojos—. Yo... Él... No sé por dónde empezar.

—Por el principio. Siempre por el principio.

—Me llevó a una zona apartada del lago, comenzamos a besarnos y... —murmura y me doy cuenta de que he cerrado los puños porque se me están clavando las uñas en la palma—. Nathan quiso que llegáramos a más, pero yo... aún no estoy preparada. Llevamos muy poco saliendo y...

—¿Y...? —la animo, pues se ha quedado callada de golpe.

—Se enfadó conmigo —anuncia con un hilo de voz.

—¿Cómo que se enfadó contigo? ¿Por qué?

—Por detenerlo.

—¿Y qué pasó? —pregunto intentando serenarme para escuchar toda la historia, pero ahora mismo siento un cabreo de dimensiones épicas cruzar todo mi cuerpo.

—Discutimos, se enfadó y... —Agacha la cabeza mientras se mordisquea el labio inferior—. Bajé del coche enfadada, él me dijo cosas horribles, Finn me defendió y él... se largó.

—A ver, vayamos por partes... ¡¿Mi Finn?! —suelto perpleja, como si él fuese algo mío, pero es que ahora mismo no entiendo nada.

—Creo que te estaba buscando a ti, pero al verme se acercó donde estábamos y... no dudó en echarme una mano. Incluso me llevó a casa en su moto. Se portó muy bien conmigo, Max.

—¿Y por qué no me llamaste, Isha? Hubiese ido sin dudar. Joder...

—Yo... estaba hecha un mar de lágrimas, Max. Quise llamarte, pero Finn me dijo que era mejor que me serenara, porque, si te llamaba en ese estado, podrías hacer alguna tontería.

—Alguna tontería —repito, pero es que todo esto me suena tan extraño que no sé si me está contando lo que le sucedió el sábado o la película de la sobremesa—. No voy a hacer ninguna tontería, Isha. Lo que voy a hacer, en cuanto vea a ese cabrón, es dejarle claro que las chicas no somos unos objetos, que podemos tomar decisiones y que, si decimos que no... pues, chico, ¡tienes una manita muy bonita para terminar la faena!

—Max, por favor, no quiero que nadie sepa lo que ha sucedido... Me siento tan avergonzada, tan tonta... —musita; sin embargo, yo sigo buscándolo con la vista por los pasillos.

—Pues no te tienes que sentir ni avergonzada ni tonta. Es a él a quien tendría que caérsele la cara de vergüenza cada vez que se mira al espejo. ¡Maldita sea! Y te dejé sola —murmuro sintiéndome culpable.

—Porque yo quise, Max. No es culpa tuya, solo es mía por creer que era de otra manera.

De repente, lo veo y no puedo evitar echarle una mirada extrañada a Isha, porque juro que ahora mismo no entiendo nada.

—¿Qué le ha pasado?

—Ya te he dicho que Finn me defendió —susurra agachando la mirada al suelo y, joder, no me gusta la violencia, ¡lo juro!, pero verle el enorme moratón que lleva en el pómulo izquierdo me hace sentirme afortunada de que Finn sea un macarra de barrio y que estuviera ahí cuando yo estaba con Theo.

—Le tendré que dar las gracias, porque ha hecho un buen trabajo —murmuro sin apartar mi vista de él. En cuanto nos ve, agacha la mirada y los hombros, para alejarse lo máximo posible—. Y, como todos los de su calaña, es un cobarde. Te tengo que decir que nos engañó muy bien a las dos. Jamás imaginé que podía hacerte algo así el chico de Matemáticas.

—Ni yo... —balbucea mientras vuelve a ponerse en marcha—. Max... —titubea, y la miro para que siga—, Finn me aconsejó que no te lo contara, pero creo que debes saberlo...

—Mierda —mascullo buscando con la mirada a Nathan por si tengo que ir al final a por él—. ¿Qué te hizo?

—No, nada. No me hizo nada aparte de lo que te he explicado —afirma con rotundidad y respiro más tranquila—. Pero Nathan me comentó que se decían cosas de ti entre los chicos, como que te acostabas con cualquier tío y que... eras un poco guarra con el sexo. Por esa misma razón, pensó que yo era igual.

—Su excusa es una mierda —suelto, para empezar, mientras llegamos al banco donde siempre nos sentamos—. Que yo sea o no sea de una manera no tiene que conllevar obligatoriamente que tú seas igual. Eres mi amiga y no mi clon. Además, sé por qué Finn te aconsejó que no me lo contaras... La persona que provocó esos chismes es su mejor amigo, Ben. Y, por si lo dudas, no soy así, pero a mí me da igual que hablen mal de mí, Isha. Lo que me fastidia es que te perjudique a ti y que lo pases mal por mi culpa.

—Me imagino que se me pasará con el tiempo. Ahora mismo me siento… mal.

—Lógico —susurro mientras la abrazo y noto cómo se relaja entre mis brazos.

—No es justo que hablen mal de ti, Max. Eres buena persona, la mejor amiga que podría tener…

—No te creas… Ahora mismo tengo unas ganas locas de plantarme delante de Nathan para decirle todo lo que pienso de él, y ya te digo que no sé si me las podré aguantar. Incluso estoy pensando en igualarle el otro pómulo, para que lo tenga a juego.

—Prométeme que no lo harás. Vamos a olvidarlo juntas.

—Eres demasiado buena, Isha —le digo, y mi amiga se encoge de hombros.

Suspiro sin dejar de abrazarla, para llevar la vista hacia delante, donde está Theo mirándonos ajeno por completo a la conversación que están manteniendo sus amigos. Hace un movimiento con la cabeza para saber si todo va bien y me encojo de hombros mostrándole una mueca de resignación.

A veces, ser una chica, es una mierda.

Pero también es cierto que no todos los chicos son unos cabrones.

—Estás muy callada —me dice Theo mirándome de reojo mientras conduce.

Acabamos de salir del centro deportivo después del entrenamiento de todas las tardes, aunque hoy mi mente ha conseguido que mi padre me llamara más veces la atención de las que me gustaría. Y, al final, cansado de que fuera liándola a mi paso, me ha obligado a sentarme para que mirara cómo se juega de verdad al hockey.

—Me imagino que me lo habrás contagiado —murmuro y desliza una cálida sonrisa sin despegar los ojos de la carretera.

—¿Quieres contármelo? —me plantea y lo miro al darme cuenta de la sencillez de esa petición y lo mucho que me hace sentir, como si me acabara de apretar el brazo para darme ánimos o, simplemente, para

que me dé cuenta de que está a mi lado.

—No sé si debo. No es algo que me haya pasado a mí.

—¿A Isha? —tantea y me encojo de hombros mientras asiento—. La he visto triste esta mañana en el instituto, y a ti, muy enfadada.

—Ese término se queda corto para como me sentía.

—¿Tiene algo que ver el puñetazo que lleva Nathan en la cara? —pregunta, y no puedo evitar aceptar que Theo es mucho más observador de lo que aparenta—. ¿Le ha hecho algo a Isha? —vuelve a tantear y suelto un fuerte suspiro.

—No. Solo se puso tonto y se ha llevado ese bonito recuerdo en la cara. De verdad, Theo, ¿por qué hay tíos así? Es que parece que solo penséis con la entrepierna —me quejo y me percato de que aprieta con fuerza el volante—. A lo mejor para vosotros es más fácil ese tema, pero para nosotras es distinto y todo por culpa de la sociedad. Porque, si un tío se acuesta con muchas, ¡joder!, es un machote y lo jalean como si fuera un héroe... pero si una tía hace lo mismo... ya sabes qué dirán de ella, y te aseguro que no la jalean como a vosotros... —mascullo cabreada por esa desigualdad.

—Y... ¿quién le pegó? Si es Isha, dale la enhorabuena de mi parte —comenta, y sonrío.

—No... Fue Finn —anuncio encogiéndome de hombros y Theo me echa una mirada rápida para después volver a centrarla en la calzada—. Ahora, cuando lleguemos a casa, la llamaré. Estoy preocupada por ella, ¿sabes? Con lo que le costó dar el paso de conocer gente nueva como para que ahora, ese cretino, lo fastidie todo.

—Si te puedo ayudar, no dudes en decírmelo —se ofrece con sinceridad y sonrío mientras él para el vehículo delante de mi casa.

—Gracias, Theo.

—Este viernes, cuando quedemos —dice antes de sacar la llave del contacto—, no os alejéis del grupo y sentaos con nosotros. A Elliot le caísteis bien y a William solo tenéis que ignorarlo.

—¿Y dónde vais a quedar?

—Los viernes, cuando hay partido, siempre vamos a la bolera.

—Me parece muy buena idea —digo con una sonrisa mientras salimos de la camioneta.

—Mi tía ya está cocinando —susurra Theo nada más entrar en la casa porque nos llega el aroma de…

—Brócoli —farfullo mientras saco la lengua con fastidio y veo cómo Theo sonríe mientras nos descalzamos.

—Voy a intentar añadir algo más… suculento al menú —indica mientras me guiña un ojo señalando hacia dentro y asiento con emoción, porque me he dado cuenta de que Theo cocina muy bien.

—Subo para hablar con Isha. Confío en ti, Theo —susurro posando la mano un segundo en su brazo y notando cómo un fogonazo de chispas recorriendo mi piel provoca que deshaga rápidamente el contacto.

Nos quedamos otra vez mirándonos de esa manera en la que parece que el tiempo se ralentizara. Sus ojos. Su boca. Su aliento. Theo asiente despacio, sin apartar sus oscuros ojos de mí mientras me alejo de él más despacio de lo que pretendía, porque… mis hormonas están ahora al mando. Subo los escalones mirándome la mano por si tengo algo que me haya provocado que sintiera eso, pero está perfectamente bien.

Será la electricidad estática.

«¡Que no, Max!», me reprendo para aceptar que cada día que pasa, cada segundo a su lado, me gusta más.

¡Vaya mesecitos más largos voy a pasar en Langford!

Entro en mi habitación centrándome en lo que he venido a hacer aquí. Abro la aplicación de mensajería para hacer una videollamada; sin embargo, el sonido de una moto en particular provoca que no llegue a presionar la cámara de vídeo, pero que sí me asome para ver a Finn llegar a su casa.

Ni siquiera lo pienso —lo sé, ¡soy lo peor!—, bloqueo el móvil, me lo meto en el bolsillo de la sudadera que llevo puesta y abro la ventana lateral para descender por la celosía, como tantas veces he hecho en el pasado, aunque esta vez sea distinta.

No tardo en llegar al suelo, supongo que, con el tiempo, he adquirido cierta destreza en salir por la ventana, y corro hacia la casa de los vecinos.

Finn sigue subido en la moto, mirando el móvil, hasta que oye mis pasos y levanta la cabeza para regalarme una de esas sonrisas marca de la casa.

—Gracias —le suelto sin más preámbulo y alza las cejas fanfarrón mientras se baja de la moto con ese temple que tiene.

—No tienes que darme las gracias porque exista, Max. Estoy aquí para alegrarte todos los días —suelta jocoso y no puedo evitar echar el aire por mis labios con paciencia.

—Gracias por defender a Isha y, sobre todo, gracias por dejarle la cara así a ese cabrón.

—Te aseguro que fue un placer —comenta con guasa y se queda en silencio mirándome fijamente, serio—. Sé que me porté mal contigo, Max.

—No he venido a hablar de eso, Finn.

—¿Has saltado por la ventana solo para darme las gracias?

—Sí, eso he hecho —respondo con una sonrisa—. Y ahora voy a volver a subir para cenar el brócoli que ha preparado Julie.

—Quiero pedirte perdón, Max —dice antes de darme la vuelta y suspiro mientras niego con la cabeza—. Lo hice fatal contigo, ahora lo sé. No fue mi intención hacerte daño, pero era la única manera de que me olvidaras, de que me dejaras ir.

—Entonces, puedes decir que lo has conseguido, Finn. Te he dejado ir de todas las maneras posibles —susurro—. Y no hace falta que me pidas perdón, porque te perdoné hace tiempo, pero eso no evita que siga vivo en mi mente lo que ocurrió.

—Max —me llama cuando me he dado la vuelta para volver a mi casa —, necesito que me hagas un favor.

No puedo evitar girarme hacia él, porque es la primera vez que Finn me pide ayuda, y al mirarlo a los ojos no tengo dudas de que es algo importante.

—¿Con qué? —suelto y maldigo por dentro la incapacidad que tengo de pensar, procesar y hablar.

¿Es que no dejaré nunca de moverme por estos malditos impulsos?

Ese pequeño contacto

Maxine

No puedo dejar de sonreír.

Estamos en la bolera, sentados todos alrededor de una mesa, después de ver cómo los Grizzlies han ganado esta tarde a los Nanaimo Clippers, en el Frank Crane Arena, ubicado en la población de Nanaimo, a más de una hora y media en coche de Langford. Se nota que la victoria ha hecho que los jugadores estén más motivados e incluso vean ya el campeonato al alcance de sus manos. Elliot no para de bromear, Isha no para de mirarlo embobada, William sigue empeñado en demostrar a todo el mundo que es el mejor haga lo que haga —aunque sea jugar a los bolos— y yo... bueno, intento que no se me note mucho que no puedo dejar de mirar a Theo, el cual hoy... tiene el guapo subido.

No sé si se debe a su manera de jugar de esta tarde. Sin duda ha quedado atrás ese horrible partido de la semana pasada y sin duda también el color blanco resalta en su piel, así que no puedo apartar los ojos de él. ¡Y anda que no lo estoy intentando! Como también llevo intentando toda esta semana que nadie note que me gusta, que me gusta más de lo que debería y que no puedo hacer nada para calmar esta sensación.

—Problemas a la vista —canturrea Elliot mirando a Theo antes de levantarse para tirar después de que lo haya hecho Isha.

—¿A qué te refieres? —le pregunta y gira la cara para que se dé cuenta de quién entra en la bolera, con sus amigas, una a cada lado, como si lo tuvieran ensayado, algo que no dudo. Las tres fantásticas son capaces de quedar para realizar entradas estelares como esta.

—Ahora mismo no te envidio ni un poquito —se mofa Elliot guiñándole un ojo y acercándose a la pista para lanzar.

Hannah, Kyra y Scarlett se detienen a unos cuantos pasos de donde estamos, casi a la vez, como si lo que acabaran de ver fuera tan

dramático que no pudieran continuar caminando. Hannah cuchichea algo con sus amigas, sin dejar de mirar a Theo, demostrándole con su gesto lo disgustada que está. Me imagino que no le habrá hecho mucha gracia que Isha y yo ocupemos su lugar de honor.

Theo se levanta cuando Elliot le hace una señal indicándole que le toca, se acerca donde están las bolas y veo cómo Hannah se pone a su lado. Están hablando entre susurros, pero, por lo que se ve desde la distancia, Hannah le recrimina algo y Theo, simplemente, le contesta de manera tajante.

Parece que discuten.

Hannah nos señala con desdén.

Theo se encara con ella precisamente por eso.

Veo cómo lanza la bola con rabia y cómo derriba solo un bolo. En su gesto advierto la contención. Debe de estar cansado de esa conversación.

Vuelve a acercarse donde está ella, que lo espera con los brazos cruzados sobre su exuberante pecho mientras lo mira con condescendencia. Hannah aprovecha de nuevo que lo tiene cerca para decirle algo. En ese momento Theo mira hacia donde estamos; sé que Elliot no para de bromear e Isha no para de reír y yo simulo que no estoy pendiente de él, pero sí de la conversación que hay en la mesa. Por eso finjo que sonrío y que me lo estoy pasando bomba.

Cuando vuelvo a mirar, ha terminado de lanzar su segunda bola, se acerca a William, que está caminando hacia la pista porque le toca a él, y se va con Hannah fuera.

Trago saliva haciendo un esfuerzo por prestar atención a lo que dice Elliot, aunque no pueda dejar de pensar en Theo y el indiscutible hecho de que acaba de salir para hablar con la chica más popular del instituto. Esa misma chica que no ha parado de acercarse a él como si fuera de su propiedad, como si fueran novios… dejando a sus dos amigas a varios pasos de distancia de donde estamos sentados, como si no se atrevieran a acercarse a nosotros sin el beneplácito de la reina indiscutible del lugar.

Me levanto cuando me toca lanzar, sin rastro de Theo por la bolera, me vuelvo a sentar después de dos tiradas mediocres y veo cómo avanza la partida, hasta que le toca el turno de nuevo a él.

Sonrío cuando oigo reírse a mi amiga, aunque no tenga ni idea de por qué, y cojo mi refresco para darle un trago, procurando calmarme, aunque no comprenda el motivo de que esté tan inquieta.

—El pobre Theo ya no sabe cómo decirle a Hannah que no quiere nada con ella —nos comenta Elliot en un susurro, esforzándose para que sus dos amigas, que están hablando con William porque este se ha acercado a ellas, no lo oigan.

—¿Eran...? —susurra Isha dejando la pregunta así, en el aire.

—¡Qué va! —contesta Elliot sin dudar—. Ya le hubiese gustado a Hannah. Creo que por eso está tan obsesionada con él. Es el único chico al que no ha conseguido cazar y me temo que se ha convertido en un reto para ella —murmura, y cojo de nuevo mi refresco para darle un trago e intentar paliar este regusto amargo al oír esa confesión.

Porque, si ella no ha podido lograr que Theo caiga en sus redes, es bastante difícil que una chica como yo lo consiga.

«Pero ¿qué digo?», me reprendo mentalmente, porque me prometí no volver a tener estos pensamientos tan negativos sobre mí misma.

Cada uno es como es y no significa que seamos mejores o peores.

—Por ahí viene —anuncia Isha interrumpiendo mis reflexiones y giro la cabeza para ver cómo entran, primero Hannah, como si estuviese acostumbrada a desfilar delante de una multitud de gente, moviendo sus caderas y sonriendo como si no hubiese pasado nada, y luego Theo detrás, con las manos en los bolsillos y el rostro contenido.

Se detiene en el carril de los bolos cuando Elliot le hace un gesto para avisarlo de que le toca a él y veo cómo lanza la bola sin ganas. Es como si no prestara atención a la jugada, como si quisiera quitársela de en medio. Y, cuando ya ha hecho sus dos lanzamientos, regresa a la mesa, se sienta a mi lado y noto su expresión seria; está incómodo, como si la conversación o lo que hubiese ocurrido fuera lo hubiese afectado.

No sé qué me lleva a ponerle una mano en una pierna, supongo que lo único que quiero es tranquilizarlo... y, en cuanto hago ese pequeño contacto, Theo me mira de una manera que provoca que ahora mismo me sobren todas las personas en esta bolera. Le sonrío, para darle ánimos o para recordarle que estoy aquí, que somos amigos, y echa el aire por su increíble boca, atrayendo toda mi atención a ese punto de

su fisonomía.

Dejo de tocarlo porque… me corresponde a mí lanzar, pero, en cuanto vuelvo a mi sitio, noto cómo Theo apoya su pierna contra la mía y nos quedamos así.

Notándonos.

Sintiéndonos.

Ajenos al mundo.

Como si con ese contacto nos bastase para saber que estamos ahí para el otro.

—¿Qué tal la fiesta de pijamas en casa de Isha?

Estamos empezando a patinar en el estadio Westhills, calentando antes de empezar a entrenar, porque en el Q Center Arena esta mañana había partido de lacrosse y mi padre ha echado mano, una vez más, de su amigo John. Theo me ha recogido directamente en casa de Isha, porque me quedé a dormir anoche y… todavía recuerdo lo mucho que me costó salir de la pick-up, saber que no podría hacer el corto trayecto hasta mi casa con él, que no podríamos hablar a solas, que no podría descubrir qué le había pasado con Hannah, que no podría tener la oportunidad de volver a tocarlo…

—Bien —digo con la voz pastosa. Entre que no paramos de hablar Isha y yo cuando nos metimos en su habitación y que mi mente no estaba en calma cuando mi amiga se quedó frita, creo que he dormido un par de horas como mucho—. Muy bien, la verdad. Nos reímos mucho y hablamos todavía más. Necesitábamos una noche así.

—A Isha le habrá venido muy bien esta distracción.

—Sí —afirmo con una sonrisa—. ¿Tú estás bien?

—Sí, claro —comenta también sonriente.

—Ayer te vi hablando con Hannah y… no parecías estar en tu mejor momento.

—Hannah no acepta que no babee por ella, solo es eso —comenta encogiéndose de hombros y sonrío al ver que es lo mismo que nos comentó Elliot.

—Por cierto, ¿sabes si Elliot está saliendo con alguien? —pregunto para intentar esclarecer esa duda, pues anoche vi que Kyra volvía a acercarse a este y no sé si está con él o con Finn.

—¿Por qué? —inquiere acercándose a mí, y no puedo evitar sonreír al ocurrírseme una broma.

—Estoy tanteando el terreno, ya sabes. He descartado a uno, hay otro que no se atreve... A ver si a la tercera va la vencida —suelto sin poder reprimir una risita y, de repente, comienza a hacerme cosquillas por los laterales de mi torso—. ¡Theo! —me quejo entre risas.

—Entonces, ¿te gusta Elliot? —me plantea sin dejar de hacerme cosquillas de una manera traviesa, juguetona..., de una manera que jamás pensé que haría, y yo... me retuerzo entre carcajadas mientras él ríe al ver las muchas que tengo.

—¡Theo, para! —me carcajeo sin dejar de moverme—. ¡Es por Isha! —exclamo sin dejar de reírme y Theo detiene sus manos, dejándolas donde están, alrededor de mi cintura y... todo empieza a detenerse también a mi alrededor y solo está él—. A ella le gusta Elliot, aunque no sé si es el indicado para mi amiga... después de lo mal que lo ha pasado con Nathan.

—Elliot es un buen chico, aunque creo que está tonteando con Kyra —comenta, y resoplo con fastidio.

Ya podría Kyra elegir a uno, concretamente a mi vecino, y dejar libre al otro...

—Venga, vamos a dejarnos de tanta cháchara —comento después de unos segundos comiéndonos con la mirada y le tiendo mi móvil—. ¡Elige música!

Veo cómo se quita el guante para poder controlar mejor la pantalla y sonríe antes de hacer clic sobre esta. Las primeras notas musicales de I wanna be your slave, de Måneskin, comienza a sonar y no puedo evitar sonreír mientras me deslizo a su lado.

—Tienes muy buen gusto.

—Lo sé —comenta mientras me sonríe.

Comenzamos a patinar y, de repente, se me ocurre una idea fantástica para esta tarde.

—Demuéstrame lo rápido que eres —le pido—. Me tienes que coger —añado, para después alzar un dedo, luego dos y, cuando he estirado el tercero, empezar a patinar rápidamente por la pista.

Mientras Theo me está persiguiendo no puedo evitar sonreír, porque me encanta ver lo mucho que disfruta patinando, lo increíble que es cuando se libera de todo lo que lo bloquea y lo que me hace sentir cada vez que lo oigo reírse. Me esfuerzo al máximo para que no me alcance y detecto cómo me pisa los talones mientras el cantante de Måneskin no cesa de decir todo lo que le gustaría ser por esa chica y, ¡porras!, yo también quiero que un chico esté dispuesto a tanto.

No puedo evitar reírme cuando veo cómo la mano de Theo está a punto de pillarme, pero me aparto justo a tiempo y aumento todavía más la velocidad. Lo vuelvo a oír de nuevo cerca, hasta que siento su mano cogerme del brazo, haciendo que nos detengamos, mientras me gira y nos miramos, sin dejar de sonreír.

Me mira de una manera en la que se me olvida hasta mi nombre.

Nos vamos frenando despacio por la pista y siento cómo su mano se ancla en mi cuello, para sentir la suavidad de su guante rozar mi cara.

Me mira a los labios.

Se me resaca la garganta.

Frunce ligeramente el ceño.

Noto cómo mi piel se eriza y no puedo evitar mirar sus labios entreabiertos. Trago saliva sintiendo que la boca se me hace agua, que mi pulso se altera, que mi corazón retumba contra mi pecho.

Suspira negando con la cabeza, como si no pudiera frenar esto y...

Y me besa.

Me besa.

Me besa.

¡¡ME BESA!!

Gruñe contra mi boca mientras le rodeo el cuello con ambas manos y siento que nuestros cuerpos se acoplan. El beso se vuelve salvaje, una de sus manos me coge por la cadera y la otra sigue en mi cuello, besándome a placer, descubriendo mi boca y, ahora mismo, sobre esta

pista de hielo, besar a Theo Anderson me parece lo mejor que he hecho en mis diecisiete años.

Nos separamos un poco, lo justo para recuperar el aliento, sin dejar de tocarnos, aunque llevemos unos guantes que nos impidan sentir la piel del otro. Pero ahora es lo de menos. Nos hemos besado y… quiero repetirlo.

Muchas veces.

Todas las veces.

—Te recuerdo que aquí trabaja un amigo de mi padre y, como nos encuentre besuqueándonos… se lo contará, y te hizo mucho hincapié en que no debías mirarme lascivamente —digo intentando agarrarme con fuerza a la razón, algo que me está costando horrores, porque me da igual que se entere todo el mundo.

¡Es más! Me encantaría poder gritarlo por todo el pueblo.

—Me da igual —susurra. Se me acerca y me da un rápido beso que me deja con ganas de más.

—No creo que te dé tanto igual cuando no podamos cumplir nuestro trato, señor Anderson. Tengo que prepararte para que seas el mejor jugador de hockey de la historia. Te recuerdo que me tienes que dedicar uno de tus premios y ya sabes lo que te pasará si no lo haces —replico sin poder dejar de mirarlo embobada, pero es que en este instante todo es tan perfecto que no puedo evitar sonreír como una tonta.

Se ríe a carcajadas al ver mi gesto guasón, me da un beso en la nariz y veo cómo se desliza por la pista sin dejar de mirarme de esa manera que me encanta. Su mirada cálida recorre cada centímetro de mi ser, como si le pasara igual que a mí, que estoy intentando detener las ganas de volver a besarnos.

Y así pasamos esta tarde, entre besos furtivos, risas y miradas repletas de palabras que no decimos.

No pienses

Maxine

No puedo dejar de sonreír.

No puedo dejar de mirarlo.

Después de entrenar en el estadio Westhills, donde, ¡al final!, nos hemos vuelto a besar varias veces —¡este chico a mí me va a matar, yo ya os lo digo!—, hemos regresado a casa para comer con mi padre y su tía. La verdad es que ha sido excitante fingir que no había pasado nada entre nosotros, disimular las ganas que tenemos de besarnos de nuevo… porque, por lo menos, yo estoy ansiosa. Pero ya no hemos vuelto a hacer el amago, ni siquiera cuando he subido a mi dormitorio después de recoger. Incluso he esperado a que abriera mi puerta para seguir besándonos… algo que, por desgracia, no ha sucedido. Sin embargo, Theo es…

¡Es tan distinto a como lo imaginaba! Y me encanta. Cada rasgo que descubro de él, cada conversación que compartimos, cada segundo a su lado es… especial, único y…

Sé que esto no debe pasar por muchas razones. Mi padre, el controlador, no quiere que ningún jugador de hockey se me acerque, algo que, en otro momento, me habría parecido una idea fantástica, pero que ahora me está resultando una prohibición un poco injusta. Porque Theo no es el típico jugador de hockey —sí, ya sé que yo misma dije que lo era, pero eso fue antes de conocerlo en profundidad—, y me gusta estar con él.

Me gusta besarlo.

Y me gustaría besarlo a cada rato.

Pero sé que esto…, bueno, no puede llegar más lejos de esos besos a escondidas. Él se irá de Langford en cuanto tenga una oferta de un equipo profesional y yo… Todavía no sé qué haré, pero tengo claro que no me quedaré aquí y seguir a un chico porque sí no entra en mis

planes.

Creo que puedo decir que, a base de leches, he aprendido.

Esta noche hemos vuelto a la casa de William, parece que al chico le gusta celebrar fiestas a menudo y a todos los demás nos gusta unirnos sin dudar. Isha está a mi lado, echándole miradas furtivas a Elliot, quien de vez en cuando también mira hacia aquí, mientras yo no puedo dejar de mirar a Theo, que está precisamente con él y con William, hablando en un extremo del salón, con unos vasos en sus manos.

La verdad es que no hemos hablado sobre lo que ha pasado. Simplemente nos hemos besado esta mañana y… ¡ya está! Y me temo que nos tocará sacar el tema, aunque tal vez quiera repetir sin abordarlo, algo que estaré más que encantada de hacer.

¡Qué bien besa Theo Anderson!

Me declaro fan número uno.

—Creo que voy a empezar a asumir que otra vez asistiré sin pareja al baile de invierno —murmura Isha y la miro sin ocultar mi extrañeza.

—Aún queda un poco para que llegue.

—Ya… pero dudo que mi suerte cambie para entonces. Además… no sé si podré volver a confiar en otro chico. Fíjate en Nathan, parecía de los buenos y al final ha resultado ser…

—Un cabrón con todas las letras, sí —termino la frase por ella y se encoge de hombros mientras bebe un poco de su refresco—. Pero que él se haya comportado así no significa que todos vayan de ese palo, Isha.

—Lo sé, lo sé… —resopla—. Iremos juntas al baile, ¿verdad?

—Por supuesto. Si quieres, puedo pedirle un esmoquin a mi padre para ir yo de chico —suelto en broma para animarla, pero solo consigo que suspire con resignación—. ¡Vamos a bailar!

—Pero si nadie está bailando, Max.

—Y eso me parece tan triste que alguien tiene que dar el paso —comento mientras comienzo a moverme al ritmo de la música, intentando que mi amiga me imite, pero solo mira a los lados para

comprobar si alguien la está observando—. Pasa de ellos, ¡son unos muermos!

—¡¡Eessaaaa Maaaaxx!! —oigo en mi oreja y al girarme veo a Elliot moviéndose con un ritmo envidiable. ¡Pero si este chico hasta sabe bailar!—. Menos mal que alguien quiere animar el cotarro. Me temía estar toda la noche quieto en una esquina —añade sin dejar de sonreír—. Oye, ¿desde cuándo sois tan divertidas? —suelta y no puedo evitar sonreír, porque me da a mí que a Elliot le gusta más una fiesta que a un niño un dulce.

—Desde siempre —contesto presenciando cómo Isha no para de mirarlo e intenta bailar, aunque conteniéndose por culpa de la vergüenza—. Pero nadie nos invitaba a fiestas y, claro, os lo perdíais —añado con guasa y veo que comienza a carcajearse.

—¡Eres la monda! —exclama y me encojo de hombros mirando a Isha. Me temo que Elliot ya está bastante achispado por culpa del alcohol, porque tampoco he dicho nada tan gracioso como para que se carcajee.

—¿Sabes quién es la monda de verdad? —suelto animada por el momento—. Mi amiga Isha —digo al darme cuenta de que me está mirando expectante y Elliot desliza la mirada hacia ella—. Sabe muchísimo de ordenadores. Quiere estudiar Medicina, pero creo que lo suyo es la informática, porque es una máquina cuando hay un teclado delante.

—¡No me jodas! Necesito a alguien que me ayude a arreglar mi ordenador —comenta acercándose a ella—. ¿Sabes arreglar un PC Gamer? —pregunta refiriéndose a un ordenador con altas capacidades para videojuegos tanto online como offline.

—Bueno —titubea mirándome de reojo y le hago un movimiento para que hable—. Nunca he arreglado uno así, pero podría intentarlo.

—¡Cojonudo! —exclama mirando hacia atrás, para después volver a fijarse en ella—. Voy a hablar con alguien, pero enseguida vuelvo y concretamos. ¡Joder, sois unas putas máquinas, chicas! —añade. Se da la vuelta y se dirige bailando hacia Kyra.

¡Mierda! ¿Es que esa chica siempre tiene que estar en medio para despistar a Elliot y que no se fije en mi amiga?

—Estás loca —farfulla Isha acercándose a mí mientras levanta el vaso de plástico y veo cómo tiembla por su inestable pulso.

—Es verdad, pero intentamos ir a por el que creímos que era un chico más de tu estilo y nos salió rana; por lo tanto, vamos a por todas.

—¿Y si sale peor?

—Esta vez no voy a cometer el mismo error de dejarte a solas a la primera de cambio —le aseguro y sin pretenderlo busco con la mirada a Theo, que está con un par de chicos del equipo, pero con la vista anclada en mí.

Se me eriza la piel mientras vuelvo a fijarme en Isha, que está mirando a Elliot, quien... Uy, esto se pone interesante, parece que está discutiendo con Kyra.

—¿Tú crees que son novios? —me pregunta Isha, y niego con la cabeza.

—Hace poco ella estaba liándose con Finn —le recuerdo, y se encoge de hombros.

—Pero a ese tipo de chicas se les perdona todo —murmura.

—¿Tú crees? —inquiero para darme la vuelta y mirar otra vez a Theo.

Aayyy... es que no puedo evitarlo.

—Max —me llama mi amiga, y al girarme la veo con la vista clavada al otro extremo de la fiesta donde... ¡Mierda!—, ¿qué hace aquí Finn?

Trago saliva mientras me giro y me termino el refresco, deseando ahora mismo algo más fuerte.

—Ni idea —le digo—. ¿Vamos a ver qué hacen en la terraza? Seguro que están en medio de algún tipo de concurso de a ver quién bebe más y nos podemos echar algunas risas —le propongo al tiempo que la cojo del brazo para llevármela lejos de aquí.

No entiendo a Finn.

¡Se lo dije bien claro!

Si quiere que lo ayude (algo que estoy intentando, pero no es tan fácil como él cree por demasiadas razones), nadie puede vernos juntos y mucho menos Theo.

¡Mi madre! Como se entere... no lo va a entender y... Sí, ya sé que soy tonta de más, pero ¿qué iba a hacer sino?

—Voy un momento a por algo de beber. ¡No tardo! —les digo a Isha y a Elliot, que están hablando animadamente de programas y juegos de ordenador.

No puedo evitar sonreír mientras me dirijo a la zona donde William ha puesto la barra. La verdad es que Elliot ha cumplido su palabra y, en cuanto Kyra se ha ido casi corriendo a los brazos de Finn, ha vuelto con nosotras.

Mientras me pongo un poco de refresco en un vaso me fijo en ellos. Isha está tan sonriente que espero de todo corazón que al final consiga lo que tanto desea, pero, sobre todo, espero que Elliot se porte mejor que Nathan.

—¿Por qué tu supuesto novio no se ha acercado a ti en toda la noche? —oigo a mi lado y no puedo evitar cerrar los ojos con fastidio.

—Me prometiste que no volverías a hablar conmigo en público —susurro mirando de reojo a Finn.

—No estoy incumpliendo mi palabra —responde mientras levanta una botella de vodka y desliza una insolente sonrisa hacia mí—. Estoy preparándome una copa y, casualmente, tú estás en la zona donde están las bebidas —añade y niego con la cabeza mientras miro de reojo a Theo, quien está de espaldas a mí hablando de nuevo con Hannah.

Parece que la chica no es de las que se rinden fácilmente.

—Entonces me voy ya.

—Si yo fuera él, ahora mismo te besaría delante de todos estos gilipollas para que nadie tuviera dudas de que eres mía —murmura mirándome con esos intensos ojos azules—. Lo haría de inmediato sin dudarlo, joder.

—Yo no soy de nadie, Finn. De nadie —le repito para después dirigirme hacia mi amiga y Elliot.

Disfruto de los chascarrillos del jugador de hockey y de las miradas de ilusión de mi amiga dirigidas hacia él mientras intento no mirar a Theo, que acaba de alejarse de Hannah y está con otros compañeros del equipo. Las horas pasan así, de buen rollo, entre risas y bailes, hasta que damos por finalizada la noche.

Subimos los tres al coche e Isha no para de hablar de lo bien que se lo ha pasado en esta fiesta. La entiendo, tiene en su posesión el número de teléfono del chico del que está enamorada y, además, Elliot no se ha separado de nosotras en toda la velada. Por supuesto, ya le he dicho que, cuando vaya a su casa para arreglarle el ordenador, estaré presente y, si me vengo arriba, hasta me llevaré a Theo conmigo por si las moscas.

Lo siento, pero ya no me fío y mi amiga ya lo ha pasado lo suficientemente mal como para arriesgarse.

Al poco, nos detenemos delante de su casa y esperamos a ver cómo entra.

—¿Quieres irte ya a casa? —me pregunta Theo deslizando esos increíbles ojos hacia mí.

—No —susurro y veo que sonríe mientras pone en marcha la camioneta para dirigirnos a la zona del lago donde estuvimos la última vez hablando.

Apaga el motor, las luces, y el silencio provoca que nos miremos a los ojos.

Suspira.

Resoplo.

Y nuestras bocas se encuentran justo en medio con desesperación, como si lleváramos toda la noche pensando, precisamente, en esto. Su lengua me tienta, sus manos me hacen cosquillas en la nuca. Siento cómo todo a mi alrededor da vueltas, cómo sube la temperatura en esta pick-up, cómo me sobra la chaqueta, la ropa... No sé qué me lleva a subirme a horcajadas sobre él. Theo gruñe mientras me coge el culo y me acerca más a su cuerpo. Gimo sin dejar de besarlo, de lamer esos labios, de pasear mis manos por su cuerpo.

—Max... —susurra contra mi boca.

—No pienses, Theo —le pido contra sus labios y siento que sus manos aprietan con posesión mi trasero, provocando que una oleada de excitación cruce todas mis terminaciones nerviosas.

—Max... —vuelve a la carga y nos miramos a escasos centímetros. Sus manos siguen en mi culo. Las mías, debajo de su sudadera dibujando con mis dedos sus increíbles músculos y disfrutando de la suavidad de

su piel. ¡Me declaro fan de su cuerpo!—. Yo no quiero hacerte daño —susurra y siento que mi corazón late más deprisa—. Es lo último que me gustaría hacerte, Max. No quiero que lo pases mal por mi culpa, no quiero defraudarte o hacerte sentir que no eres mi prioridad —añade y se me encoge el corazón al oír esas palabras—. Pero, si tú te enamoras de mí, si yo me enamoro de ti... dudo que pueda dejarte atrás y tengo que hacerlo. He trabajado muy duro. No puedo atarme a nadie. Necesito demostrarle a mi padre que lo he podido conseguir por mí mismo. Necesito alejarme de la vida que tiene organizada para mí desde que nací. Solo tengo esta oportunidad para hacerlo. Si fallo, no podré escaparme... —comenta con dolor—. Además, si tu padre se entera de que tú y yo... —resopla mientras siento cómo sus manos aprietan un poco más mis nalgas acercándome al bulto de sus vaqueros, provocando que jadee sin más—. ¡Maldita sea! Yo no quería que ocurriera esto. Cuando tu padre me pidió que cuidara de ti, pensé que sería sencillo, pero... te conocí y... Joder. No puedo dejar de besarte —musita buscando mis labios con desesperación—. No quiero dejar de tocarte —añade contra mis labios mientras noto cómo vuelve a acercarme a su erección, cómo me coge el culo con ganas, cómo gruñe contra mi boca.

—Nadie tiene por qué saberlo, Theo —susurro entre sus labios y Theo desliza sus increíbles ojos sobre mí—. Podemos incluirlo en nuestro trato. Cuando llegue el momento, te irás y no nos volveremos a ver más. Pero mientras tanto —añado al tiempo que reparto sugerentes besos por su cuello—, podemos dejarnos llevar.

—Nunca me he dejado llevar.

—Yo te enseñaré. Solo tienes que dejar de pensar y simplemente hacer lo que te apetezca —murmuro. Siento que una de sus manos se ancla en mi cuello y me acerca a su boca con desesperación.

Nos besamos como si se nos acabase el tiempo.

Nos acariciamos como si no pudiésemos contener las ganas de sentirnos.

Nos saltamos las reglas sin importar nada más que él y yo.

—Eres preciosa —susurra en mi oreja, y sonrío ampliamente notando que me duelen los labios—. Tenemos que irnos a casa —rezonga mientras cierra los ojos sin disimular lo poco que le apetece.

—Lo sé —suspiro mientras hago el amago de moverme de encima de él, pero Theo me coge de las caderas y me deja donde estaba.

Sonrío mientras noto que me aparta el cabello con delicadeza sin dejar de mirar mi cara. Se acerca a mis labios y vuelve a besarme, esta vez más lento, como si quisiera memorizar cada movimiento que hacen nuestros labios al tocarse.

—Me declaro adicto a tus labios —susurra contra mi boca y no puedo dejar de sonreír como una boba.

—Vamos, antes de que llame mi padre para saber qué te he hecho para que lleguemos tarde —indico mientras me siento en mi sitio.

Theo se echa sus rizos hacia atrás varias veces sin dejar de mirarme, para después soltar aire por sus increíbles y diestros labios y poner el motor en marcha.

Sé que lo nuestro tiene fecha de caducidad, pero voy a disfrutarlo a tope, sin importar lo que ocurrirá después.

En son de paz

Maxine

—Max.

Sonrío entre sueños y noto cómo me acaricia con lentitud la cara, como si quisiera memorizar mis rasgos con sus dedos.

—Humm... —murmuro con gusto.

—Max —vuelve a decir y percibo una chispa de diversión en su voz para después sentir sus labios contra los míos.

—No me he lavado los dientes —me quejo contra su boca y Theo se ríe provocando que mi ser se expanda.

—Ya sabes que me da igual. Me encantas de todas las maneras —comenta y vuelve a besarme.

—Me podría acostumbrar a esto —le digo contra sus labios mientras le rodeo el cuello.

—Y yo —susurra apartándome con delicadeza un mechón de pelo de la cara—. Estoy preparando café. No tardes, dormilona.

—¡No te vayas! —protesto al ver cómo me da un último beso y se aleja de mi cama.

—Tenemos que ir al instituto, Max —me recuerda guiñándome un ojo. Lo veo dudar un instante junto al marco de la puerta—. No tardes —resopla mientras niega con la cabeza y se echa sus suaves rizos hacia atrás.

Sonrío al tiempo que me desperezo en la cama y me obligo a levantarme.

Han pasado un par de semanas desde que añadimos nuestra atracción a nuestro trato, así que nos buscamos a escondidas, nos besamos, reímos y, cómo no, entrenamos juntos.

Desde entonces, Theo me despierta así, a besos, con caricias y… hace que cualquier día de la semana sea infinitamente mejor. Tanto que me visto rápidamente, me aseo y bajo casi a la carrera para encontrármelo en la cocina. Decir que está más guapo de lo normal sería quedarme corta, podría añadir que casi injusto. Pero esa maldita sonrisa que me regala consigue que me dirija hacia él, le rodee con mis brazos el cuello y lo bese como si lleváramos siglos sin hacerlo.

Me encanta cuando estamos a solas en casa. Es lo mejor de vivir juntos, que puedo tenerlo para mí solita un poquito.

—Tienes que desayunar, Max —dice entre beso y beso—. Si no, luego estarás muerta de hambre.

—Me da igual.

—No, no te da igual —se queja entre risas—. Esta tarde podríamos quedarnos a entrenar los dos juntos.

—Suena genial —susurro contra su boca y noto que sonríe.

Me encanta que sonría.

Me encanta que lo haga por mí.

Me coge de la mano y me lleva hasta la mesa. Se sienta y me arrastra hasta sus piernas para acabar sentada sobre estas. Desayunamos así, entre caricias y besos, sin dejar de mirarnos a los ojos, sin dejar de tocarnos, como si quisiéramos llenar el cupo para cuando no podamos hacerlo.

Me encanta estar así con él.

Me encanta él.

Y me temo que no me cansaré de esto.

Cierro la taquilla y me quedo un segundo mirándolo desde la distancia, como si fuera mi premio por haber aguantado tantas horas sin pensar en él.

Bueno, unos minutos en realidad, pero es casi un logro.

Está hablando con Elliot y con William; en este momento su mirada se encuentra con la mía y no puedo evitar sonreír porque a él le pasa

igual. Daría lo que fuera por caminar los pocos metros que nos separan y besarlo sin importarme nada más que mi deseo.

Pero no lo podemos hacer.

Forma parte de nuestro trato y, aunque me fastidie, tengo que esperar a que estemos a solas.

Me imagino que todo será acostumbrarse.

—¿Te has traído tres bagels para comer? —me pregunta Isha, consiguiendo que salga de mis pensamientos, deteniéndose delante de mí mientras cierro la taquilla.

—Ya me gustaría a mí, pero no. ¿Por qué lo preguntas?

—Por tu cara sonriente. Estás muy contenta.

—Lo normal —farfullo encogiéndome de hombros para comenzar a caminar hacia el cuarto de baño. A Isha todavía no le he contado la razón de que esté tan rara, y no es porque no confíe en ella, es que... ¡no sé cómo decírselo! Ay, mi madre, si solo pensar que Theo es un jugador de hockey y que me gusta... se me tambalean todas mis convicciones. ¿A que al final me paso a la religión hindú como mi amiga?—. Aunque me ha bajado la regla y en breve me convertiré en el Grinch —resoplo con fastidio haciendo que Isha se eche a reír—. Pero me imagino que estoy más sonriente porque mi padre está más tranquilo conmigo, me deja salir e incluso el otro día me permitió dormir en tu casa.

—No lo dudaba. Solo era cuestión de tiempo —comenta mientras entramos en el aseo y accedo a uno de los cubículos mientras Isha me espera fuera.

—La india rara —oigo de repente y miro la puerta cerrada de mi cubículo como si pudiera ver a través de esta—. ¿Y tu amiga la jirafa? —suelta con soniquete y oigo dos risas al compás.

Lo peor es que no tengo ni una duda de quiénes son: las tres fantásticas.

—¿Es que no sabes hablar? —le espeta Scarlett.

—A lo mejor solo habla cuando está con los jugadores de hockey —interviene Kyra por ella.

—O cuando está con ese friki de las gafas. Me temo que no has podido retener ni a uno de tu especie, ¿verdad, rarita? —masculla de nuevo Scarlett.

—O tal vez ha puesto las miras en alguien más interesante como Elliot —suelta Kyra con malicia—. Pobrecita, ¿aún no te has dado cuenta de que se está riendo de ti?

—Seguro que se creerá que habla con ella porque le gusta —añade Scarlett.

—Bah, las mosquitas muertas son las peores —comenta de nuevo Hannah y tiro de la cadena para abrir la puerta y ver cómo tienen, las tres, acorralada a Isha entre los lavamanos—. ¡Si está aquí la chica del momento! —exclama con sarcasmo girándose hacia mí. Eso es, deja en paz a Isha y céntrate en mí—. No te preocupes que no vamos a haceros nada a ti ni a tu amiguita del alma. Ahora habéis subido de... categoría, ¿no?

—Sí, ahora se codean con los jugadores de hockey —murmura Scarlett con un tonito que denota desprecio.

—Aún no entendéis que pertenecéis a otro grupo de personas y que es imposible que ellos se fijen en serio en vosotras —interviene de nuevo Kyra.

—Es una pena saber que estás dentro del grupo de los populares porque tu padre es el entrenador del equipo, ¿verdad? ¿Cómo se siente una sabiendo que tus nuevos amigos están a tu lado para conseguir más minutos en la pista?

—Tiene que ser horrible —comenta Kyra por mí y resoplo por lo bajo, porque esto me parece increíble.

—Horrible —repite Scarlett asintiendo.

—Pero no te preocupes... vengo en son de paz, ¿sabes? —susurra echándose el largo cabello rubio hacia atrás—. Me he dado cuenta de algo en lo que me temo que no has caído tú y... sinceramente, me da pena ser yo quien te lo diga, pero entre chicas nos tenemos que ayudar, ¿verdad?

—Siempre has sido tan buena, Hannah... —la pelotea Kyra y esta asiente melodramática, como si realmente se creyese que es un alma altruista.

—Mira..., Max —dice y percibo que incluso le ha costado llamarme por mi nombre, supongo que está más acostumbrada a utilizar el apelativo que me lleva persiguiendo desde hace años por ser más alta que la media—, a Theo no le gustas, solo lo finge para ganarse el puesto de capitán que tiene y para que tu padre lo ayude a entrar en un equipo profesional.

—Qué lista eres, Hannah. ¡Ahora todo encaja! —exclama Scarlett, y resoplo por lo bajo ante esta escena tan bien preparada y que me afecta bastante poco, sinceramente.

—Por supuesto. ¿Cómo un chico como él se podría juntar con una chica como tú? —señala Kyra mostrando un gesto de repulsa absoluta —. ¡Es tan absurdo!

—Entonces, todo este espectáculo que estáis dando es porque crees que Theo y yo estamos juntos —tanteo; Hannah se mira las uñas con indiferencia.

—No lo creo, lo sé.

—¿Y en qué te basas? —pregunto, y alza la mirada para retarme.

—En lo obvio.

—¿Y qué es lo obvio? ¡Ilumíname! Porque entre él y yo nunca ha pasado nada. Es más, nuestra relación se basa en que vamos y venimos juntos. ¡Nada más! —miento. Sin embargo, Hannah aprieta los labios convirtiéndolos en una fina línea rosada y me echa una mirada envenenada que me dice más que sus palabras—. Mira, no sé qué rollo lleváis Theo y tú, y la verdad es que me importa bien poco —afirmo con indiferencia—. No sé si sois pareja o lo erais, pero...

—Theo y yo no llevamos ningún rollo. ¡Ya le gustaría que estuviese interesada en estar con él! —exclama con rotundidad interrumpiéndome y asiento imaginándome que es más bien al revés, algo que ya me había dejado caer Theo hace días e incluso Elliot—. Me he cansado de aguantarle sus rollos y ese afán por ser el mejor cueste lo que cueste. Solo te estoy advirtiendo de que él se ha acercado a ti para conseguir algo y no porque le gustes de verdad. Lo que hagas con esta información a mí me da igual, porque yo tendré la conciencia tranquila al saber que he intentado que no te hiciera daño —añade como si me estuviera salvando la vida, aunque lo único que está intentando es crear inseguridades y problemas para, en el caso de que estuviésemos juntos, que lo dejáramos.

—Te lo agradezco —miento—, pero, como te he dicho antes, Theo y yo solo vivimos en la misma casa, nada más. Y nadie se está aprovechando de nadie —sentencio antes de salir del cuarto de baño con una asustada Isha que me mira sin comprender nada.

No hablamos hasta que llegamos fuera, para sentarnos en una esquina de nuestro banco, pues hay un par de personas sentadas en él. Isha no para de mirarme, y yo, simplemente, me concentro en abrir mi almuerzo y comérmelo.

—¿Por qué ha dicho eso? —susurra Isha con un hilo de voz muy cerca de mí para que nadie nos oiga.

—Ni idea —miento mientras lo busco con la mirada y, al encontrarlo, me doy cuenta de que Theo ya me estaba esperando—. Pero no te preocupes, Isha —añado sin dejar de contemplar a Theo, que me acaba de guiñar un ojo consiguiendo que este malestar desaparezca de golpe—. Nada ni nadie te puede hacer daño si tú no se lo permites. Me da igual que piensen que Theo se ha fijado en mí para conseguir algo de mi padre. Me da igual si, por eso mismo, vuelvo a estar en boca de todo el instituto. Sé quién soy. Sé qué he hecho y he dejado de hacer y sé que, las personas que me importan, me conocen lo suficiente como para saber que cualquier cosa que digan es mentira. Lo demás me importa un pito.

—Pero… ¿es verdad lo que ha dicho? —murmura, y la miro a los ojos mientras me encojo de hombros—. ¿Él está fingiendo?

—No —contesto con un hilo de voz e Isha asiente para después observar a Theo, que sigue pendiente de mí.

—¿Se lo vas a contar? —me pregunta y sin duda se refiere a Theo.

—No quiero preocuparlo, Isha. Ahora necesita centrarse en el hockey, en ser el mejor y en alcanzar todos sus sueños.

—No te decía eso —susurra, y giro la cabeza para mirarla. ¡Estaba embobada mirando a Theo!

—Entonces, ¿el qué?

—Max —susurra guiñándome un ojo y sonrío porque ahora mismo no sé qué me quiere decir—, me gusta —suelta mientras mira a Theo.

—Y a mí —musito volviendo a centrarme en él.

—Lo sé. Lo sé desde hace días —susurra, y sonrío mientras la abrazo.

—Pero ya sabes que eso, a veces, no es suficiente.

—Pero juntas lo podremos superar —añade mientras me guiña un ojo.

¿No os he dicho que tengo a la mejor amiga del mundo mundial?

A escondidas

Maxine

No puedo dejar de sonreír mientras Theo intenta arrebatarme el disco.

Después del entrenamiento con el equipo nos hemos quedado un poco más en la pista para practicar, con mi música sonando desde el móvil. Eso sí, sin que Theo y yo podamos sentirnos libres para besarnos porque aquí es donde trabaja mi padre.

—Eres un chico muy malo —le digo en cuanto compruebo que me quita el disco en un descuido (sí, estoy embobada mirándolo) y comienza a deslizarse por el hielo conmigo detrás.

—He aprendido de la mejor —suelta, y no puedo evitar carcajearme al ver cómo marca en la portería.

—Eres muy bueno, Theo —afirmo con sinceridad—. Has mejorado mucho en reflejos y en velocidad.

—Gracias a ti.

—Yo solo te he dado las nociones básicas, no te restes mérito —comento mientras nos encontramos en medio de la pista—. Sé que conseguirás cumplir tu sueño. No tengo ninguna duda.

Theo sonríe al tiempo que desliza lentamente esos cálidos ojos por mi rostro y se quedan anclados en mis labios.

Ay… qué calor que hace aquí y eso que estamos dentro de una pista de hielo.

—Chicos —oímos de repente y nuestra perfecta y algodonada burbuja explota ante nuestras narices—. Hay que irse —comenta mi padre asomándose a la pista desde la parte de arriba.

Nos dirigimos hacia el banquillo para quitarnos los patines, sin hablar pero mirándonos a los ojos cada vez que nuestras manos se encuentran sin querer. Me muerdo el labio inferior haciendo un

esfuerzo por mantener a raya mis impulsos, pero es difícil cuando lo tengo tan cerca, tan al alcance de la mano.

—No me mires así, Max —susurra Theo con voz ronca y se me seca la garganta al intuir que a él le pasa lo mismo que a mí.

—¿Por qué? —pregunto en un jadeo. Este chico cada vez me gusta más, ¿qué le vamos a hacer?

—Porque al final no voy a poder aguantarme y te besaré —confiesa con ese tono de voz que roza la ronquera; mi libido ahora mismo está rozando la estratosfera.

Nos levantamos a la vez, con las mochilas ya en nuestros hombros, y subimos hasta el acceso a la pista. Mi padre ya no está a la vista; aun así, salimos sin mostrar ninguna señal de que nos morimos por besarnos.

Entramos en la pick-up y Theo se echa el pelo hacia atrás; pone el motor en marcha y salimos del complejo deportivo. De repente, noto su mano sobre mi muslo y siento que mi ser puede echar a volar muy alto.

Me mira de reojo y le sonrío mientras acaricio su mano con los dedos. Es reconfortante, y también muy excitante tener su mano sobre mi pierna. Notar su calor a través del pantalón del chándal. Notar cómo hunde sus dedos en mi piel de vez en cuando, cómo crea círculos con su pulgar, cómo mi cuerpo reacciona a su simple cercanía. Desde fuera parecemos dos colegas más. Hablamos del entrenamiento, de su fantástico futuro como jugador, sin dejar de sentirnos hasta que llegamos a casa demasiado rápido.

Salimos juntos, pero separados, sin tocarnos, sin dar ninguna muestra de lo que sucede cuando estamos a solas. Nos descalzamos en la entrada mirándonos fijamente, sin parar de sonreír porque es imposible no hacerlo, y luego vamos a la cocina, donde ya está preparada la cena.

Cenamos los cuatro juntos. La conversación gira en torno al instituto y al próximo partido de hockey, para después, en cuanto ayudamos a recoger la mesa, subir a hacer los deberes…

Theo desliza su mano hacia la mía, entrelazando nuestros dedos, cuando alcanzamos la parte de arriba. Lo miro y dibuja una preciosa sonrisa. De repente siento cómo me arrastra hasta el cuarto de baño, cierra la puerta y me apoya contra esta.

Su sonrisa se ha transformado en una muy traviesa que debo reconocer que no intuía que existía. Desde fuera parecía el sobrino perfecto, pero, como bien me dijo una vez, todos tenemos un lado oscuro y… ¡¡a mí me vuelve loca esta nueva versión de él!!

Me mira mientras me acaricia la cara con los dedos, provocando que mi piel se erice, que mi corazón retumbe contra mis costillas y que no me pueda fijar en otra cosa que no sea él. Después me besa con urgencia, como si no pudiera detener esta atracción que sentimos por el otro. Lo cojo del cuello para acercarme más a él, y siento que sus manos me agarran con posesión el culo. Lo oigo gemir contra mis labios, siento cómo el calor llena cada partícula de mi cuerpo y deslizo mis manos por sus fuertes hombros, por su increíble espalda, hasta alcanzar su duro y prieto culo.

Gemimos contra nuestras bocas, sin dejar de besarnos, sin dejar de tocarnos, sin dejar de pegarnos uno al cuerpo del otro, como si necesitáramos sentir todavía más. Sonrío contra sus labios cuando busco el borde de su pantalón del chándal y meto la mano para alcanzar su culo desnudo.

Joder, me encanta tocar su piel.

Theo gime contra mi boca mientras se aparta ligeramente para mirarme a través de nuestras pestañas.

—Max… —susurra, y vuelvo a sonreír.

—¿No te gusta? —le pregunto.

Theo no me responde con palabras, sino que vuelve abordar mi boca con ganas mientras aprieta mi trasero con una mano; siento sobre mi vulva todo lo que le ha provocado esta acción.

Está durísimo y… es muy grande.

Jo-der…

—Max —oímos de pronto y nos quedamos con las respiraciones pesadas impactando contra nuestros rostros, con nuestros sexos uno pegado al otro, rozándonos con la ropa puesta, tan excitados que ahora mismo nos podrían pillar tan solo con una simple mirada—. Maxine —vuelve a la carga mi padre.

—¿Sí? —digo sintiendo el corazón latiéndome muy deprisa y mi clítoris quejarse por la intromisión.

—Baja. Está aquí Eloise —me informa, y suelto el aire mientras le sonrío a Theo.

—Ahora voy —respondo alzando el tono de voz sin dejar de mirarlo.

Desliza sus dedos por mi rostro con una sonrisita tentadora que me pone como una moto, para luego darme un beso pequeño en los labios que me sabe a poco después del momentazo que hemos vivido. Me recoloco la ropa y le echo una lenta mirada con la que puedo ver los signos claros de su excitación.

Uf…

Jamás hubiese imaginado que pudiera sentir tanto con… tan solo un beso.

Jamás hubiese imaginado que Theo pudiese provocarme tanto.

Me miro en el espejo por si tengo algo que delate lo que estaba haciendo a escondidas con el sobrino de Julie, cuando noto las manos de Theo rodearme la cintura mientras estoy rehaciendo mi coleta. Me giro, le doy otro beso y salgo del cuarto de baño sola dejándolo dentro. Corro hacia abajo y me encuentro a la vecina hablando con mi padre. Al verme, me sonríe con cansancio.

—¿Podrías hacerme un gran favor? —me pregunta; miro a mi padre, que está pendiente de cada uno de mis gestos.

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Me acaban de llamar para doblar turno y Finn no me coge el teléfono para decirle que venga antes a casa —comenta con apatía—. ¿Podrías quedarte esta noche con las niñas? No sé a la hora que vendrá mi hijo, aunque espero que me llame cuando vea las cinco llamadas perdidas y los quince mensajes que le he enviado.

—Sí, claro. Voy a coger mis libros y me voy para allá.

—Ay, Mason, tienes una hija que es un tesoro —dice la mujer; sin embargo, mi padre ni confirma ni desmiente.

Es posible que en otras circunstancias me hubiese molestado ese mutismo por su parte, pero hoy no. Supongo que tener un lío a escondidas con el sobrino de su novia consigue que no sea tan dura con él.

Subo la escalera rápidamente, cojo los libros y… entro en la habitación de Theo para darle un rápido beso.

—¿A dónde vas? —me pregunta. Está sentado delante de su escritorio, con los libros abiertos, preparado para estudiar.

—A cuidar de las gemelas —le contesto y le guiño un ojo.

—Si necesitas que te rescate, llámame —me pide y no puedo evitar sonreír. ¡Es taaaan mono!

—Claro —susurro; le doy otro beso, ¡no puedo evitarlo!, y vuelvo a bajar a la carrera.

Con este estrés, no sé cómo no acabo loca perdida.

El sonido de un fuerte y seco golpe consigue que abra los ojos de repente. Estoy en el sofá de los Lewis después de quedarme frita esperando a que venga Finn para poder regresar a mi casa. La verdad es que las pequeñas se han portado muy bien y, después de ver un rato la tele juntas, he subido a su dormitorio, les he contado un cuento y se han quedado roques.

Me levanto rápidamente temiéndome que ese golpe que he oído sea debido a las niñas. Sin embargo, me detengo de pronto cuando la luz de la entrada se enciende y a los segundos aparece tambaleándose el primer chico del que me enamoré. No puedo evitar mirar horrorizada su rostro ligeramente hinchado y con restos de sangre que bajan por su mejilla, como tampoco darme cuenta de que no puede caminar en línea recta.

—Joder, ¡qué susto! —balbucea cuando me ve. Se lleva la mano a la nuca y contrae el rostro al sentir una punzada de dolor.

—¿Qué te ha pasado? —digo bajito acercándome a él.

—Max —suspira aliviado mientras me acaricia la cara y cierra los ojos mostrándome una sonrisa natural. Sin doble sentido. Sin esa habitual condescendencia, por lo que me sorprende por su vulnerabilidad—. Estás aquí, Max —añade con el mismo tono de voz y vuelve a mirarme sin dejar de acariciar mi rostro.

—Estás sangrando, Finn —le informo; él, simplemente, se encoge de hombros—. ¿Dónde tiene tu madre el botiquín de los primeros

auxilios?

—En el cuarto de baño —sisea para después mirar el sofá y dejarse caer en él—. Max...

—Voy a coger el botiquín, no tardo —comento y subo rápidamente la escalera.

Entro en el cuarto de baño acelerada y busco por los cajones y los armarios intentando hacer el mínimo ruido hasta que doy con él. ¡Menos mal! Antes de bajar, abro sigilosamente la puerta del dormitorio de las gemelas y sonrío al comprobar que siguen durmiendo. ¡Bien! Lo último que quiero es que vean a su hermano en este estado. Vuelvo a cerrar la puerta lentamente y bajo a toda velocidad para encontrarme a Finn con los codos sobre sus piernas. Está cabizbajo, pensativo, hundido.

Al oír que me aproximo levanta la cara y repasa lentamente con la mirada cada centímetro de mi cuerpo.

—Siempre vienes a casa con ropa deportiva —susurra con una extraña voz. Me imagino que el alcohol y el corte que tiene en el labio le dificultan hablar bien.

—Es por si me toca echar a correr —contesto en broma y veo cómo desliza muy despacio una sonrisa para después contraer el gesto por el dolor.

—Nunca te haría daño —me dice, y sonrío.

—Lo sé —susurro—. Ponte bien —le pido mientras me siento a su lado y abro el botiquín para disponerme a desinfectarle las heridas.

—Dime que no te vas a convertir en una chica deportista ahora que estás con ese musculitos —murmura entre dientes mientras cojo una gasa y la povidona yodada.

—¿Y qué tendría eso de malo? —pregunto al tiempo que empiezo a limpiar las heridas.

—Tú no eres así —contesta, y lo miro un segundo a los ojos, que me están observando desde muy cerca—. Nosotros no estamos hechos para los deportes de equipo y, para ser sincero, para ningún deporte que se tenga que practicar en vertical y vestidos.

—Claro... —murmuro, porque está claro que Finn no sabe nada de mí

y es absurdo explicarle que el deporte, una vez, movió toda mi vida hasta el punto de querer dedicarme a él de manera profesional—. ¿Me vas a contar qué te ha pasado para llegar así a tu casa?

—Me he peleado.

—Hasta ahí llego yo sola. No creo que te hayas dado cabezazos tú solito contra alguna esquina —resoplo sin dejar de limpiarle las heridas y capto cómo expulsa el aire con fuerza de sus labios.

—Esta noche Ben tenía ganas de tocarme los cojones —masculla, y lo miro rápidamente para después volver a fijar la vista en la herida del pómulo. Espero que Eloise tenga tiritas de sutura, porque tiene un corte feo.

—¿Y por qué has acabado peleándote con tu mejor amigo?

—Ha hablado de ti —farfulla; lo vuelvo a mirar y siento cómo su mano roza lentamente mi mejilla, haciendo que me remueva incómoda—. Dice que no soy el mismo por tu culpa y creo que tiene razón —añade; deja de tocarme y se lleva la mano a su nuca—. Después ha comenzado a soltar barbaridades por esa bocaza que tiene y se la he tenido que cerrar a puñetazos. Tendrías que ver cómo lo he dejado —masculla con orgullo, como si tuviera que estar contenta de que Ben hubiese acabado peor que él.

—No tienes que meterte en problemas, Finn —comento mientras encuentro un par de tiritas de sutura que aplico con cuidado en la herida—. Me pediste que te echara una mano y, si no pones un poco de tu parte, dudo que pueda ayudarte. Te prometo que estoy en ello, pero las cosas no van tan deprisa como me gustaría.

—Haría lo que fuera por ti, Max —murmura sin más y lo vuelvo a mirar notando cómo, otra vez, ha vuelto a acariciar mi cara, para después coger un mechón de pelo que se ha escapado de mi coleta y juguetear con él—. Lo que fuera.

—Bueno —susurro echando una mirada rápida a las heridas por si se me ha escapado alguna—, me tengo que ir ya a casa —le digo mientras lo guardo todo en el botiquín.

—Quédate un poco más —me pide mientras me coge la mano, deteniéndome.

—Finn... —suspiro negando con la cabeza para después ver que se acerca a mí.

Sus ojos fijos en mis labios.

Sus labios entreabiertos.

¡¡Ay, mi madre, quiere besarme!!

Apoyo mi mano en su pecho para detenerlo mientras echo hacia atrás la cara. Me mira confundido mientras niego con la cabeza.

—Maxine —susurra cuando me levanto del sofá dejando de paso el botiquín en la mesa auxiliar.

—No te vuelvas a ir esta noche a ningún sitio, Finn. Tus hermanas están solas en casa —le comento. Salgo de allí y corro hasta mi casa como si me estuvieran persiguiendo.

Me descalzo nada más entrar, cierro con llave y subo hasta mi dormitorio para tumbarme en la cama, todo ello a una velocidad digna de mencionar.

Si hace unos meses me hubiesen dicho que Finn Lewis intentaría besarme y que yo le haría la cobra, me habría echado a reír como una loca.

Resoplo mientras miro la pared que separa mi dormitorio del de Theo. Ahora mismo daría lo que fuera por colarme en su cama y dormir abrazada a él. Reprimo un lamento mientras intento dormir, aunque sea unas pocas horas.

Mañana me va a costar la vida despertarme.

Si ya lo estoy viendo venir…

Paraíso

Theo

Entro en la cocina y me encuentro a mi entrenador con mi tía desayunando. Solos.

—¿Y Max? —les pregunto después de saludarlos.

—Al final se quedó a dormir en casa de Eloise —contesta su padre, y gracias a Dios que ahora mismo estoy dándole la espalda, porque me temo que no podría haber ocultado que me extraña esa afirmación.

Pero lo hace y mucho, ya que anoche la oí llegar. Porque, hasta que no oí cómo se tumbaba en su cama, no pude conciliar el sueño, y ahora mismo no sé qué pensar. Por eso, mientras me estoy preparando el café, cojo el móvil y tecleo velozmente.

¿Todo bien?

Me quedo mirando la pantallita esperando a que Max me conteste. Menos mal que lo hace enseguida; si no, creo que hubiese sido capaz de ir hasta la casa de los Lewis para asegurarme de que está bien.

Es posible que me esté dejando llevar por la paranoia de su padre, pero la verdad es que el vecino no me cae bien. Es más, cada vez que lo tengo delante, la rabia hierve en mi interior.

¡Sí!

¿Te apetecen tortitas?

Esta tarde tengo partido.

Pues con más razón deberías venir a probarlas.

Me gustaría ir a probar otra cosa, pero tú estás acompañada y yo también.

¡Menuda lata!

—Theo —me llama mi entrenador y tengo que dejar de hablar con Max, pero, sobre todo, de sonreír como un tonto con nuestra pequeña conversación—, ¿preparado para esta tarde?

Después de ducharme y de celebrar nuestra segunda victoria de la temporada, me acerco a donde están las gemelas con Max, que no dudan en jalearme. Tengo que reconocer que, tanto las niñas como la propia Max, no han parado de animarme durante el partido y no he dudado en saludarlas con mi stick cuando ha terminado. Las hermanas estaban tan contentas de asistir a su primer partido de hockey y que, además, las hubiese saludado, que no paraban de saltar de alegría, pero yo no podía apartar mis ojos de ella.

Salimos del centro deportivo los cuatro juntos hacia la pick-up. Max no para de bromear con las crías, hablando sobre el hockey, nuestros entrenamientos e incluso propone ir una tarde a patinar todos juntos. Mientras pongo el motor en marcha recuerdo la corta conversación que he mantenido hace unos minutos con el entrenador y no puedo evitar echarle otro rápido vistazo a Max, que sigue como siempre... riendo, bromeando, siendo tan ella que a veces pienso que es tan camaleónica que en el fondo no la conozco...

En cuanto dejamos a las pequeñas con su madre, nos vamos a casa. Nada más entrar, el sonido de su móvil la hace cogerlo para sonreír.

—Es mi abuela. Voy arriba a hablar con ella —me anuncia y la veo

correr escaleras arriba mientras la saluda.

Me dirijo al salón para que hable con tranquilidad con su abuela y me siento en el sofá para echarle un ojo al móvil. De repente me llega un mensaje de Hannah y, al abrirlo, no puedo evitar mirar hacia arriba, como si pudiese ver a Max desde aquí. Abro la imagen que me ha enviado y maldigo por dentro un millón de veces.

Se ve a Max, con el pelo negro —algo que me indica que es una foto hecha antes de irse a Seattle—, con la mirada ebria y una sonrisa que se nota que no siente. Está sentada encima de un tío mientras este tiene sus manos sobre su culo y sonríe a cámara como un maldito cerdo. De fondo hay más tíos y entre ellos distingo al vecino, que la mira como si fuera insignificante.

Salgo de la foto sintiendo algo en mi interior a lo que no puedo poner nombre, para leer lo que ha escrito Hannah.

Todo lo que se dice de ella es verdad. Ten cuidado, Theo. No es de fiar. Aún estás a tiempo de hacer las cosas bien.

Resoplo mientras me echo hacia atrás el pelo. Parece que Hannah no comprende que nunca estaría con ella... y ahora mucho menos. Sin embargo, dejo de ver esa foto y esas frases cuando oigo una fuerte carcajada de Max desde arriba que me hace sonreír.

Dejo el móvil en el sofá mientras me echo el cabello hacia atrás y me levanto sin pensar... simplemente deseando sentirme en movimiento, como si así pudiera quitarme este malestar que me ha inundado de repente. Camino despacio hacia el dormitorio de Max y la oigo despedirse de su abuela, con dulzura, con tanto cariño que no dudo de lo mucho que la quiere. Me detengo frente a su puerta y pico sobre esta.

—Entra —me dice—. Uy, qué cara traes, ¿qué te pasa? —suelta en cuanto me ve entrar.

—Nada —miento, pero no quiero que piense que estoy celoso, porque no lo estoy. Sencillamente no comprendo cómo esta chica pudo cambiar tanto por culpa de ese cretino que vive en la casa de al lado —. Esta noche estamos solos en casa —susurro y veo cómo abre los ojos exageradamente.


—¿Y eso?

—Antes de irnos del centro deportivo, tu padre me ha comentado que se iba con mi tía a celebrar su aniversario.

—Entonces, estamos tú y yo solos —murmura mientras me coge de la mano para sentarme en su cama—. Eso, después de tantas semanas, es una gran novedad —añade alzando las cejas repetidamente, consiguiendo hacerme reír—. Estabas muy guapo esta tarde y has jugado taaan bien —dice y se acerca a mis labios para besarme.

Joder... Me encanta cómo me besa, cómo sus manos se deslizan por mi cuerpo, cómo oír sus pequeños gruñiditos me hace olvidar mis preocupaciones para centrarme en ella... en sus manos, en su increíble boca, en su voz tomada por el deseo.

—Theo —jadea, y se me va la cabeza porque lo único que anhelo es que me siga llamando de esa manera tan sexy.

La beso mientras nos tumbamos en la cama, sin dejar de acariciarnos, de lamernos, de sonreír mientras nos atrevemos a tocar cada vez más piel. Max se quita la sudadera y se queda en sujetador deportivo y a mí se me seca la garganta ante su imagen, pero, sobre todo, ante su descaro natural. Tira de mi sudadera y, en cuanto me la ha sacado por la cabeza, la lanza al suelo, para después lamer lentamente mi torso.

Va deslizando sus increíbles labios por mi piel sin dejar de tocarme, todo a la vez, y no puedo evitar mirarla. Es... tan bonita, tan increíblemente sexy y yo...

¡Joder!

La deseo tanto...

Tanto...

—Max —susurro mientras se detiene a escasos centímetros de mi boca—, yo...

—Tú —me apremia con una sonrisa mientras se sienta a horcajadas encima de mí y se quita el sujetador en mis malditas narices. Ahora mismo no puedo mirar otra cosa que no sean esas impresionantes tetas y las ganas que tengo de chuparlas, de tocarlas—. Estamos solos, Theo —me recuerda mientras pasea sus dedos por mi cuerpo y yo...

Joder, me muero por hacer lo mismo.

Me muero por lamer cada milímetro de su piel.

Me muero por hacer que gima tan alto que nos llamen la atención.

—No lo he hecho nunca —confieso con un estúpido hilo de voz, y Max me mira como si quisiera comprobar que no le miento.

—¿Nunca?

—Nunca —reitero—. ¿Tú sí?

—Sí —murmura encogiéndose de hombros sin dejar de mirarme.

—Con… —Señalo sin fuerzas la casa de al lado.

Max abre mucho los ojos y comienza a negar con la cabeza, algo que me lleva a volver a respirar. Porque ese tipo no se merece ni compartir el mismo aire que Max y mucho menos tenerla así, como está ahora mismo, semidesnuda encima de mí.

Tan bonita, que duele.

Tan sexy, que podría morir de gusto entre sus piernas.

Joder…

—Fue nada más llegar a Seattle. No paraba de pensar en Finn, necesitaba quitármelo de la cabeza y pensé que, tal vez, si tenía mi primera vez con otro, dejaría de pensar en él.

—¿Y funcionó?

—No. —Se encoge de hombros, para después mirarme fijamente, como si quisiera averiguar qué es lo que pienso—. ¿Quieres… hacerlo? No hay prisa, Theo, podemos simplemente besarnos —susurra mientras se acerca para darme un tentador beso.

La agarro de las caderas y la acerco a mi polla, como hicimos ayer en el baño antes de que su padre nos interrumpiera el momento. Max jadea mientras me mira a través de sus pestañas.

—Lo quiero todo —gruño.

La beso y acaricio una de sus tetas con cuidado. Su piel es suave, cálida, y mi caricia provoca que su pezón se endurezca.

Joder…

Es perfecta. Pero mucho más cómo responde Max. Gimiendo, sin dejar de balancearse sobre mi entrepierna, sin dejar de besarme, de tocarme. Como siga así, creo que no llegaré ni a bajarme los pantalones.

—Max —jadeo deteniendo sus movimientos, pero estoy tan al borde del orgasmo que no quiero que se acabe así—. No tengo preservativo…

—Pero yo sí —anuncia con una sonrisa mientras se baja de la cama para abrir uno de los cajones de la mesilla y sacar una caja sin abrir—. La compré para Isha, pero creo que podemos compartirla —susurra mientras coge uno y regresa a la cama.

Nos volvemos a besar, a seguir tocando, y noto cómo Max empieza a bajarme los pantalones, lentamente, para liberar mi polla, que ahora mismo está a punto de reventar.

—Vaya, vaya, con el chico de Massachusetts —susurra haciéndome reír—. Espero que sepas. No tengo muchas nociones en poner funditas.

—Creo que me las apañaré —digo cogiendo el condón.

Veo cómo se quita los pantalones y las braguitas, quedándose completamente desnuda ante mis narices. Se me seca de golpe la garganta, siento el corazón palpitar con fuerza, mi cuerpo tiembla por los nervios, por la situación, por el miedo a cagarla, y creo que me está costando más de lo que debería enfundarme este dichoso preservativo, porque toda mi atención está puesta en ella.

En su piel.

En su tentadora mirada que recorre mi cuerpo.

En esos labios entreabiertos que deseo volver a besar.

—Ven —susurra mientras me coge de la mano para que me tumbe encima de ella después de ponerme el condón—. Bésame, Theo, y no pienses. Solo estamos tú y yo.

Y es lo que hago, porque a ella solo le basta decirme esa sencilla frase para que se me olviden los miedos. La beso mientras Max comienza a tocarme, a acariciar la polla con delicadeza, a notar cómo comienza a guiarla hacia su interior.

La noto y… ¡joder!, está caliente, estrecha, y no puedo evitar mirarla a

los ojos mientras comienzo a hundirme más y más.

—¿Todo bien? —me pregunta con las mejillas sonrosadas, con los labios brillantes, con la mirada más increíble de todas.

—Estoy en el puto paraíso —gruño sintiendo cómo mi cuerpo responde, cómo quiero memorizar cada segundo de este momento, y la oigo reírse a carcajadas, pero en cuanto me muevo dentro de ella se le corta la risa para gemir.

Joder.

Me vuelve loco que gima.

Y lo repito.

Una.

Y otra.

Y otra vez.

Max me coge de la espalda para después agarrar mi culo y… no puedo evitar moverme más, más y más rápido mientras sus gemidos se mezclan con mis gruñidos. No paramos de besarnos, de mirarnos, de tocarnos, de movernos. Se me olvidan los nervios, el miedo, todo. Solo estamos ella y yo. Solo están nuestras pieles, nuestras voces cargadas de excitación, nuestras bocas que no cesan de unirse una y otra vez sin querer saciarse.

—Theo —jadea y…

Un estallido de calor me cruza la espina dorsal y no puedo detenerlo.

No puedo y es la mejor sensación que he tenido en mi miserable vida.

Ella.

Yo.

Y nuestros cuerpos unidos.

Gruño incapaz de dejar de mirarla, porque es lo más increíble que me ha pasado en la vida. Tenerla debajo de mi cuerpo, estar entre sus piernas, sentir sus manos cogerme con fuerza de la espalda y sus increíbles labios entreabiertos.

Max me besa mientras nuestras respiraciones se normalizan y solo puedo pensar en repetirlo. En repetirlo mil veces. En volver a oír sus gemidos. En volver a ver esa mirada extasiada. Salgo con cuidado, ato el preservativo y vuelvo a tumbarme a su lado.

Es... placentero hacerlo. Solos los dos, mientras nos acariciamos en silencio.

—¿Has...? —susurro mientras ella desliza sus dedos por mi pecho, dibujando cada uno de mis músculos.

—Sí, me he corrido —contesta sin pudor mirándome risueña y apoya su cabeza en mi pecho.

Nos quedamos así, callados, sin dejar de acariciarnos. Sin embargo, la duda provoca que no disfrute tanto como quisiera de este momento, y las palabras de su padre, mis sospechas de esta mañana, se repiten una y otra vez en mi mente.

Max esconde algo, hay algo que no cuenta, y no sé si todo esto que estoy viviendo a su lado es verdad o no.

París

Maxine

—Max, ponte las protecciones que quiero que entrenes con los chicos —me pide mi padre.

Estamos en el Q Center Arena entrenando como todas las tardes y parece ser que a mi padre hoy le apetece exhibir mis cualidades como jugadora... Menos mal que tuve el fin de semana para descansar después de no haber dormido nada por culpa de Finn. Todavía no entiendo cómo fue capaz de seguir bebiendo cuando me marché, hasta tal punto que, cuando las niñas se despertaron todavía de madrugada, su hermano estaba K. O. en el sofá. Las pobres se asustaron tanto al ver que Finn no despertaba que Leslie me llamó y me levanté y acudí tan rápido que no sé cómo no me caí por la escalera. De verdad, ganas me dieron de despertarlo echándole a la cara un cubo de agua helada. Pero el sofá no tenía la culpa de que este chico arrastre tantísimos problemas que no sabe cómo solucionar. Por lo menos, antes de llevarme a las gemelas a mi casa tras desayunar, pude hablar con él y le recordé que no me estaba haciendo ningún favor actuando así. ¿No quiere que lo ayude? Chaval, pon un poco de tu parte. Menos mal que nadie se enteró de que me fui a mi casa, para después volver a la de Finn, si no, no sé cómo habría intentado encubrir lo que hizo el mayor de los Lewis.

Pero no todo fueron malos momentos, porque todavía perdura en mi mente mi primera vez con Theo, que fue... ¡Uf! Si es que lo pienso y se me suben los calores a la cara. ¡Menudo momento!, ¡menuda noche! y... ¡menudo cuerpo se gasta el chico de oro del hockey!

Tengo que salir de mis pensamientos cuando Harold me tiende las protecciones, que me pongo por orden, para después coger el stick y acercarme a donde está mi padre explicando lo que quiere que aprendan.

—Quiero que seas como el conejo en las carreras de galgos. Eres rápida, Max —dice mi padre—, coge el disco y que suden para quitártelo —añade, y asiento sintiendo un aleteo en el estómago al oír

el primer cumplido de mi padre.

Hago lo que me ha pedido. Tengo a seis jugadores enfrente: el resto del equipo está en el banquillo y me temo que me tocará repetir este ejercicio un par de veces más. Delante de mí, mirándome con mala cara, está William y sé que debo tener cuidado con él. Desde que le gané el primer día de entrenamiento, me la tiene jugada, y da igual que sepa que mi padre es el entrenador o que Theo viva en mi casa, hará lo que sea para marcar su territorio.

El silbato de mi padre suena y comienzo a driblarlos con soltura, uno, otro, otro, sin dejar que me quiten el disco, deslizándome cada vez más rápido por la pista con la vista clavada en la portería.

—¿Cómo te sienta saber que Theo solo se acerca a ti para ser capitán? —dice William poniéndose delante de mí mientras intenta arrebatarme el disco.

—Ya te ha venido Hannah con el chisme y tú, simplemente, lo has dado por bueno, ¿no es así? —replico escapándome de él para percibirlo detrás de mí.

La verdad es que, desde ese encontronazo en el baño del instituto, he estado alerta y sabía que, tarde o temprano, volvería a la carga. ¡Y eso que nadie sabe que Theo y yo estamos medio juntos!

—Él no es tan bueno como tu padre cree —suelta, y le echo una mirada de incredulidad—. Se nota que intenta acercarse a ti, lo que no sé es si tú ya has dado el mismo paso. Pero no lo juzgo... con franqueza, tengo que aceptar que Theo ha sido más listo que yo en ese aspecto. Debería haber sido yo y no él quien ganara los favores de tu padre por aguantar a la rarita de su hija.

—Lo que deberías hacer es no creer todo lo que oyes por ahí y... aprovechar que Theo pasa de Hannah para intentar conquistarla —le rebato y veo cómo frunce ligeramente el ceño, sin dejar de luchar por la posesión del disco, que finalmente consigue quitarme—. Se nota de lejos que te gusta esa chica. Por eso me estás soltando esto aquí, porque te lo ha dicho ella y crees que, siguiéndole el juego, ella se va a fijar en ti. Pero te equivocas, William. Ella lo está haciendo porque cree que así tendrá otra oportunidad con Theo. Si fueras listo, dejarías estas bobadas de lado y te centrarías en lo importante.

—¿Lo importante?

—Quieres estar con Hannah, ¿no? —pregunto, y veo que asiente—.

Entonces, céntrate en eso, sé el chico que ella necesita y déjame a mí en paz —añado para arrebatarle el disco y correr hasta la portería, donde marco gol sin dificultad.

—¡Otros seis en la pista! —ordena mi padre.

—¿Y cómo hago eso? —me pregunta William antes de abandonar la pista.

—Conócela, habla con ella. Pero no por hacer lo que ella quiere conseguirás que se fije en ti. Creo que a Hannah le gustan los chicos que se sienten seguros consigo mismos. Sé ese chico, demuéstrale cómo eres, William, y no dejes que te use para recuperar a otro que nunca se ha fijado en ella. Creo que Hannah no se ha dado cuenta de que eres tú la persona que ella necesita en su vida —respondo completamente en serio.

—¡William, al banquillo! ¡Max, al centro de la pista! —oigo vociferar a mi padre.

Le toco el brazo en señal de amistad, para después comenzar a patinar hasta donde me ha pedido mi padre. Delante de mí, mirándome fijamente, está Theo, y no puedo evitar dibujar una sonrisa cuando me guiña un ojo.

¡Cómo me gustaría que todo fuera más sencillo y poder gritar a los cuatro vientos lo que siento por él!

Otra tarde más en la pista de hockey.

Creo que estoy más aquí que en mi propia casa. Sin embargo, hoy mi padre ni siquiera me ha hablado. Es como si estuviese enfadado conmigo cuando, que yo sepa, no le he hecho nada. Harold ha sido el encargado de mantenerme ocupada mientras los chicos se esforzaban al máximo en preparar el siguiente partido de la temporada.

Tal es mi aburrimiento que me ha dado por recordar que el otro día, Isha, Theo y yo fuimos a casa de Elliot, para que esta mirase si podía arreglar el ordenador. Eso le llevó varias horas y una buena merienda que disfrutamos especialmente Theo y yo —creo que la comida es una buena aliada para mantener las manos quietecitas—, pero al final mi amiga logró arreglarlo. Parece que Elliot tenía un troyano que le ralentizaba el ordenador. Restauró el sistema operativo y ahora va hecho una flecha. ¡Elliot flipaba! Pero de momento no ha dado pie a

nada con mi amiga, aunque debo reconocer que tengo puestas las esperanzas en el baile de invierno del instituto.

Cuando la vea con el vestido que va a llevar, creo que se dará cuenta de que ella es perfecta para él.

Además, por lo que he oído por el instituto, William irá con Hannah; al final me hizo caso y se plantó delante de ella mostrándose como un macho alfa al más puro estilo de las películas universitarias y, claro, como buena chica popular, se derritió al ver esa explosión de testosterona en estado puro. Kyra creo que irá con Finn, todavía no entiendo por qué sigue con ella, pero me he prometido no meterme donde no me llaman, y, de momento, ni Theo ni yo vamos con nadie.

¡Ay, qué complicado es ocultar lo que uno siente!

—Todos al vestuario —ordena mi padre interrumpiendo mis pensamientos. Y sonrío al ver el final del entrenamiento de hoy. ¡Se me ha hecho eterno!— Maxine —me llama y, al utilizar mi nombre completo, me temo lo peor—, ven.

Noto que el corazón me retumba y las palmas de las manos me sudan en el interior de los guantes mientras patino hasta donde está. Esperamos a que todos se vayan de la pista de hielo, incluidos sus asistentes… y cuando Harold me mira con ternura, sé que me he metido en un buen lío.

¡Si es que no aprendo!

—¿Por qué no paras de pedir a todos los monitores del centro deportivo que contraten a Finn Lewis? —suelta tan cabreado que no sé cómo ha aguantado a que terminara el entrenamiento para echármelo en cara.

—Yo… —titubeo mientras agacho la mirada al suelo—. Él necesita un trabajo, papá —susurro.

—¡Pues que eche currículos como hemos hecho todos y que deje de mandar a mi hija a buscarle un empleo!

—No es así, él… Él me pidió que lo ayudara, que hablara contigo, que intentara convencerte para que lo ayudaras a conseguir un trabajo por las tardes, porque los fines de semana ya trabaja en un restaurante y…

—¡Ya no trabaja ahí, Maxine! Lo despidieron al poco de que tú volvieses a casa —replica cada vez más furioso y parpadeo un

segundo.

Pero ¿cómo es posible que sepa que trabajaba ahí?

—Papá, no lo entiendes —musito haciendo un esfuerzo por centrarme en la acusación y dejar las incógnitas para después—. Finn fue a hablar con su padre, quería que ayudara a su madre y a sus hermanas económicamente, porque lo están pasando mal. Pero resulta que su padre está sin blanca, no puede echarles una mano, y él necesita encontrar algo para poder colaborar con los gastos en casa. Quiere hacer algo por Eloise.

—Maldita sea —farfulla mientras niega con la cabeza—. ¿Y te lo has creído? Pensaba que eras lista, Max, pero ahora mismo lo estoy dudando. Finn es un mentiroso patológico, ¿es que no lo ves? De cada tres palabras que dice, dos son mentiras, ¡joder! —suelta furioso.

—Papá, él me pidió ayuda y…

—¡Por supuesto que te pidió ayuda! —brama interrumpiéndome—. Pero ¿sabes para qué? —inquiere molesto—. Para joderme a mí la vida, Max. Porque yo se la jodí a él —me espeta y de pronto no entiendo nada.

—*¿Có-mo?*

—Encontré una llave en el interior de la lavadora un par de días después de que te trajera la policía a casa. Esa llave no era mía, ni tampoco de Julie… e incluso te la enseñé a ti una mañana, sin darte más explicaciones, y me dijiste que no la habías visto nunca. —Recuerdo esa escena, pero no entiendo a dónde quiere ir a parar—. Sabía que, esa misma noche que llegaste herida, borracha y medio desnuda a casa, habían entrado en el negocio de su padre. Poco después de que te marcharas a Seattle, me encontré al señor Lewis por el barrio y conversé con él; le pregunté si le habían robado mucho. ¿Sabes lo que me respondió? —Niego con la cabeza sin dejar de mirarlo—. Se habían llevado todo el dinero y todos los cheques que había en el interior de una caja cerrada con llave. Le enseñé la llave y me dijo que era esa. Yo… no quise creérmelo, pero ese año habías cambiado tanto que dudé de ti. Me volví loco, Max. Tú ya no estabas en casa y me imaginé que lo habías ayudado, que te habías llevado una parte de ese dinero —añade dolido—. Ahora sé que Finn la escondió en tu ropa… y te aseguro que no quiero saber cómo llegó esa maldita llave al interior de tu bolsillo, porque ya es bastante difícil digerir que él se acercó demasiado a ti.

—No… no puede ser.

—Sí, Max —sentencia con una triste sonrisa—. Su padre lo denunció cuando encontraron sus huellas por todo su despacho y pasó varios meses en la cárcel. ¿A que eso no te lo ha contado?

—No… Él no…

—Él sí, Max. ¡Joder! Tenía que habértelo contado cuando llegaste, pero pensé que no cometerías los mismos errores. Creía que habías aprendido la lección y que dejarías de babear por ese impresentable. Además, no quería que todo lo que pasó ese año enturbiara este. Tu abuela me aseguró tantas veces que habías cambiado que… ¡no quería estropearlo con cosas del pasado! Pero él… Joder, Finn es muy listo y ha sabido llegar a ti con la pena. No te preocupes, que su padre no está mal económicamente. Es cierto que parece que su madre no tenga suficiente dinero, pero lo hace para que Finn no le pida, para que trabaje, para que se responsabilice de su vida y deje de meterse en líos. Porque incluso ha abandonado la idea de seguir estudiando y no hace otra cosa que crearle problemas a Eloise. Su madre tiene miedo de que vuelva a hacer lo mismo, de que se convierta en un asiduo a la prisión y que eche a perder su vida.

—Pero… —balbuceo—. Eso no quita que quiera trabajar, que haya cambiado y quiera empezar de cero para ayudar a su familia. ¡Incluso está yendo a la Universidad de Victoria! —suelto intentando defenderlo.

—¿Eso te ha dicho? —pregunta sin disimular un instante que es lo más absurdo que ha oído en su vida—. ¿Es que no me estás escuchando, Max? Finn no ha vuelto a estudiar en la universidad, está mintiendo. Ni estudia ni trabaja… Lo único que hace es meterse en problemas. ¿No lo has visto últimamente? Intentó robarle a un tío que era luchador profesional y le dio tal paliza que dudo que intente otra vez quitarle algo a alguien —añade, y siento que todo me da vueltas.

¿También me ha mentido sobre eso?

—Pero… —balbuceo confundida porque parece que he estado viviendo alejada por completo de la realidad.

¿Tan ciega he estado? ¿Tan inocente soy que me creo cualquier absurdo cuento?

—No voy a meter a un tipo como él en un centro donde vienen tantos críos, Maxine —masculla con los dientes apretados. Es la primera vez

que lo veo tan cabreado, tan dolido, tan fuera de sí—. Incluso sus propias hermanas lo han visto borracho… y no me digas que no lo sabes, porque Eloise me contó que fuiste corriendo a su casa cuando te llamó una de las crías —me acusa, y noto cómo el calor abandona mis mejillas—. Ese chico, desde que comenzó a sostenerse sobre sus dos piernas, solo ha dado problemas. ¡Maldita sea! Incluso te cambió a ti. ¡Y no me atrevas a decirme que no fue por su culpa! —me señala mientras niega con la cabeza—. Aunque tú creas que no me entero de nada, me doy cuenta de todo. Sé que te emborrachaste, que probaste drogas, que frecuentabas malas compañías y que te saltaste muchas clases. Sé que me mentías una y otra vez, sin parar, como si fuera un imbécil. Y no supe ayudarte a tiempo, ¡joder! —brama para después cerrar los ojos y negar con la cabeza, esta vez con rabia—. ¿Sabes qué le dio a su madre hace unas semanas? —me pregunta mirándome fijamente y niego en silencio—. Dos mil dólares, Max —dice lentamente—. Dime cómo un chico que se pasa la mayor parte del tiempo borracho y metiéndose en problemas ha podido reunir esa cantidad de dinero.

—Yo… —titubeo sintiendo que todo me da vueltas.

—Temía que sucediera esto. He intentado por todos los medios que no pasara, pero da igual. Ese chico es una sabandija que se las sabe todas —resopla angustiado y siento que me mareo—. Le voy a decir a Eloise que, si quiere que vuelvas a hacer de canguro, será en nuestra casa. Y Theo va a ser una extensión de ti, ni siquiera te va a dejar sola cuando vayas a por las gemelas. Es posible que creas que me estoy excediendo, que soy demasiado controlador y que, en parte, tú no has hecho nada. Pero ya no sé cómo protegerte, Max. No quiero que ese maldito año se vuelva a repetir. No quiero perderte de nuevo. No quiero ver cómo destrozas tu vida, tu porvenir, por una persona que no siente ningún aprecio por nadie. Ni siquiera por su propia familia. No quiero que te conviertas en él y haré lo que esté en mi mano para alejarte de ese camino… de él.

—Papá, estás exagerando. Finn no me va a hacer nada, te lo aseguro y…

—Escúchame, Maxine: o haces lo que te digo o te mando a París con tu madre —sentencia para después darse la vuelta y dejarme plantada sin creerme lo que me ha dicho.

¿Me acaba de amenazar con enviarme a París con mi madre?

Jadeo intentando controlarme, pero cada cosa que he descubierto se

agolpa en mi mente.

Finn, en la cárcel.

Finn, aprovechando ese beso que me dio para meterme la prueba incriminatoria de su delito en un bolsillo… o tal vez solo me besó por esa razón, para cubrir sus espaldas y que nadie sospechara que fue él.

Finn, mintiéndome una y otra vez.

Finn… utilizándome.

Siento que las piernas me flaquean y me deslizo hasta el suelo, sin procesar que de nuevo Finn ha jugado conmigo y, peor aún, que yo se lo he permitido.

¿Acaso nunca voy a aprender cuando se trata de él?

—Max.

Oigo su voz, pero ahora mismo no puedo responder. No sé el rato que llevo aquí sentada sobre el hielo, dándole vueltas a lo que me ha contado mi padre, a todo lo que me ha dicho sobre Finn, a todo lo que he descubierto de él, a todo lo que he arriesgado por ayudarlo. Siento frío en todo el cuerpo. Estoy helada por fuera, pero también por dentro. Noto sus fuertes manos cogiéndome para alzarme, me levanta la cara con preocupación y me hace mirarlo a los ojos.

Theo.

El chico de Massachusetts.

No puedo frenar la vergüenza y lo abrazo con desesperación mientras lloro en su hombro, sintiéndome estúpida por haber vuelto a confiar en Finn. Por volver a tener problemas por su culpa y por volver a caer en el mismo error.

Como si no pudiese evitarlo.

Como si nunca aprendiera.

Como si mi vida estuviese enlazada para siempre con la suya como una condena.

—¿Qué te pasa, Max? —pregunta sin dejar de abrazarme y niego con la cabeza en su hombro, porque ahora mismo no me salen las palabras.

Porque ahora mismo siento vergüenza de mí misma por haber vuelto a confiar en Finn. Por haber creído que quería cambiar. Por haber pensado que esta vez Finn quería hacer bien las cosas por su familia.

Siento cómo Theo me abraza con fuerza, susurrándome palabras reconfortantes al oído, y me asombra el hecho de que me siento libre al mostrarme vulnerable delante de él.

Delante del chico de oro del hockey.

Del chico que se ha colado en mi maltrecho corazón sin querer.

De la única persona que me conoce tan bien como yo misma.

Territorio sagrado

Theo

—Voy arriba a hablar con mi abuela —nos dice antes de salir de la cocina.

Julie me mira sin disimular su preocupación y a mí me toca aguantarme las ganas de correr detrás de ella, para volver a abrazarla y prometerle que todo saldrá bien.

Solo ha pasado un día desde que la encontré sentada sobre el hielo de la pista, tan triste que pensé que había pasado alguna catástrofe; tan indefensa que parecía otra persona distinta; tan derrotada que me moría de ganas de patearle el culo a la persona que la había hecho sentirse así.

Max no quiso hablar conmigo durante el camino a casa, solo sollozaba mientras tenía la mirada anclada en la ventanilla del copiloto. Intenté hablar con ella, pero sin llegar a atosigarla. Sé por experiencia que a veces uno solo necesita tiempo para ordenar sus ideas, sus emociones y luego abrirse. Pero ella, que es el fiel reflejo de la vitalidad, de las bromas y las conversaciones, estaba muda. Cuando llegamos a su casa, se encerró en su dormitorio y ni siquiera bajó para cenar. Su padre nos contó lo que había pasado y creo que en toda mi vida he estado tan cabreado como ayer.

—Tienes que hablar con ella —me dice mi tía en un susurro y me giro para enfrentarla.

Maldita sea. Me había quedado quieto mirando por donde se había ido Max y se ha dado cuenta.

—Lo he intentado —murmuro mientras me pongo en marcha para ayudarla a recoger los restos del desayuno, aunque lo único que tengo ganas de hacer es ir a su habitación y ver cómo está—, pero no quiere hablar.

—Lo hará —me asegura con una sonrisa mientras me aprieta con

delicadeza el brazo—. Solo necesita tiempo y que estés cerca para no sentirse sola.

—¿Tú crees que se siente sola? —le pregunto sin poder frenar mi curiosidad y me arrepiento al segundo de formular esa cuestión—. No he dicho nada. Creo que me voy a ir a... entrenar. Sí, a entrenar —reitero por si no le ha quedado claro.

—Theo —dice mientras me coge del brazo para que me detenga y la mire a los ojos—, ella ahora te necesita más que nunca. Se ha sentido otra vez utilizada por ese... cretino, y en este momento se debe de sentir así de pequeñita —señala mientras junta mucho el pulgar y el dedo índice—. Se nota que, al final, os habéis hecho amigos, y los amigos están para las cosas buenas, pero, ante todo, para las malas.

—Tienes razón, tía.

—¡Siempre! —exclama pizpireta—. Aunque Mason aún no se ha enterado —susurra mientras me guiña un ojo.

—Voy... —digo señalando la puerta, como si le estuviera pidiendo permiso.

—Anda, corre. Mason está al llegar de comprar su querido periódico y ni se dará cuenta de que no estáis los dos —me contesta haciéndome un gesto con la mano para que suba a hablar con Max.

Sonrío con gratitud y me doy la vuelta para dirigirme a la carrera hacia arriba. Me detengo un segundo ante su puerta, notando cómo mi corazón está más acelerado de lo normal. Pico sobre esta y oigo su voz congestionada diciéndome que pase. Al abrir me la encuentro de pie, con los ojos hinchados de llorar, la nariz roja y el rostro más triste del mundo. Cierro la puerta con delicadeza y ni siquiera me doy cuenta de que estoy yendo hasta ella para abrazarla.

Max suspira con alivio refugiándose con fuerza entre mis brazos.

Yo... le beso la cabeza sin dejar de frotar su espalda, notando cómo solloza de nuevo y tiembla sin parar.

Ahora mismo haría cualquier cosa por ella... lo que me pidiera, sin importar las consecuencias.

—Max —susurro cuando percibo que los sollozos empiezan a remitir y le enmarco la cara para que me mire a los ojos. Se me parte el corazón y lo único que puedo pensar es en partirle las piernas a ese maldito

desgraciado—, ¿por qué estás así?

—Me siento tan tonta, Theo...

—No lo eres —sentencio con rotundidad mientras le seco las lágrimas que siguen resbalando por su bonita cara—. No lo eres, Max —le repito sin dejar de observar su expresión martirizada—. Eres la chica más buena que he conocido.

—Nooo —se queja mientras niega con la cabeza—. Todos me avisasteis de cómo era Finn y, aun así, lo creí. Me convenció de que quería cambiar, me creí que quería hacer las cosas bien por su madre y por sus hermanas. Joder, Theo, ¡parecía tan sincero cuando me lo contó! Yo... ni siquiera dudé de él, tragándome todas y cada una de sus mentiras. Creí que lo estaba pasando mal. No dudé de que quería dar un giro a su vida. ¿Y si alguien del centro deportivo lo hubiera contratado gracias a mí, por ser la hija de quien soy, y, después, hubiese vuelto a robar? Yo no tenía ni idea de que le había robado a su padre. Yo no sabía que había estado en la cárcel. Mi padre... —Se le quiebra la voz—. No me lo hubiese perdonado en la vida, Theo. Ayer él me miraba como si lo hubiese defraudado una vez más y... no sé qué hago aquí. ¡Él no me quiere aquí! Y yo... —Agacha la mirada—. Creo que debería irme de nuevo con mi abuela y...

—No digas eso —la interrumpo obligándola a que me mire a los ojos para que se dé cuenta de que hablo muy en serio—. Si tu padre no te quisiera, le habría dado igual tu seguridad. Me hizo prometerle que no te quitaría el ojo de encima, algo que, dadas las circunstancias, se nota que he hecho de pena. Pero a él le importas. ¡Maldita sea, Max! Le importas muchísimo. Anoche, cuando nos contó lo que había pasado, estaba afectado. Jamás lo había visto así. Estaba nervioso, pesaroso, ni siquiera nos miraba a la cara ni a Julie ni a mí, simplemente nos explicó lo que había sucedido y se fue a dormir sin cenar. Él también lo está pasando fatal, Max, porque te quiere. Porque le importas. Porque no quiere que te pase nada.

—¿Y por qué no me lo dice?

—¡No lo sé! —me quejo, porque es algo que me parece todavía curioso. No comprendo que no le dé ninguna muestra de afecto a su hija, que la trate con indiferencia, pero que esté pendiente de ella cada segundo del día, aunque en la sombra—. Pero eso es lo de menos, Max. Lo importante es que lucha para que estés bien.

—Theo..., siento habértelo ocultado —susurra y trago saliva junto al

cúmulo de emociones que se me agolpan en la garganta.

Apoyo mi frente contra la suya, mirándonos a escasos centímetros del otro.

—No te preocupes por eso. Sé que intentaste hacer lo correcto y también sé que, en cierta manera, aún lo quieres, que aún confías en él.

Me mira con esos enormes ojos, ahora vidriosos, y no puedo negar que me desarma por completo.

—Theo —susurra sintiendo su aliento impactar contra mi boca.

Percibo cómo su nariz acaricia la mía mientras entreabre los labios. Trago saliva con dificultad, notando que mi cuerpo responde a su proximidad, percibiendo cómo todo cambia a nuestro alrededor.

Joder, haría lo que fuera por ella.

Pero, de repente, nos llegan unos chillidos que proceden de la calle. Nos miramos extrañados y nos acercamos a la ventana rápidamente.

—¡¡¿Me has oído bien?!! —pregunta el entrenador a Finn a grito pelado, sacando pecho, alzando la cara, demostrándole que no le tiene miedo. Es más, dejándole claro que es capaz de cualquier cosa para defender a su hija.

—¡Tú no eres su jodido dueño! —le espeta este con desdén en un rugido.

—Esto no puede estar pasando —farfulla Max dándose la vuelta a toda velocidad.

Trago saliva al ver al entrenador encarándose con Finn, en mitad de la calle. Veo a mi tía, que ha salido a toda prisa, y corro detrás de Max para intentar detener este jaleo.

—¡¡¡Papá!!! —chilla Max cuando alcanza la calle. Juraría que es la primera vez que la oigo llamar a su padre así.

El entrenador se da la vuelta para ver a su hija, que se ha quedado detrás de él. Se percata de que también está ahí Julie, moviéndose nerviosa, y yo me posiciono a su lado.

—Quiero que te quede muy claro porque no te lo voy a repetir —suelta el padre de Max, amenazando a Finn—. Esta es la última vez

que vas a ver a mi hija. No te voy a permitir que estés nunca más cerca de ella, y haré lo que sea necesario para que sea así, lo que sea necesario —afirma con garra—. ¿Te has enterado?

Finn ni siquiera responde. Está quieto, mostrando una actitud ofensiva, prepotente, chulesca, para después darme cuenta de cómo desliza la mirada hacia Max y le cambia el semblante. Frunzo el ceño al no entender nada, porque la mira como si la adorase, como si ella fuera la única capaz de salvarlo, la única que lo entendiese...

—Vamos a casa —le dice su padre mientras la coge de la mano y se la lleva lejos de la vista del vecino; ella lo sigue sin oponer ninguna resistencia.

Mi tía me toca el brazo para que hagamos lo mismo, pero en este instante solo puedo fijarme en cómo Finn me está acribillando con los ojos. En este momento le rompería la nariz a ese imbécil con gusto, joder.

—Theo, Max no querría que te enfrentaras a él —me comenta mi tía y consigue que la mire a ella, porque ha dicho una gran verdad.

Max no querría que nadie le hiciera daño a su primer amor, aunque él la haya herido en más de una ocasión.

—Estás preciosa —le digo cuando pongo en marcha el coche, después de que mi tía nos haya hecho unas doscientas fotos antes de salir de casa.

—Y tú, muy elegante —comenta con una tímida sonrisa—. Que sepas que a punto he estado de ponerme un esmoquin de mi padre. Pero Isha me ha chafado el plan, porque me ha advertido de que, si me vestía así, no vendría. Y aquí estoy, con mi vestidito de princesa.

Sonrío mientras me detengo en casa de Isha y toco dos veces el claxon. Entonces Max empieza a teclear en su móvil, para después girarse y mirarme.

—¿Qué? —me pregunta sin disimular una pequeña sonrisa que brota en su bonito rostro.

—Estoy pensando que, tal vez, no llamemos tanto la atención si bailamos juntos, aunque sea una canción.

—¿Y que Hannah me tire un maleficio por tocar territorio sagrado? Uf, calla, calla —replica con guasa y sonrío aliviado al verla mejor después de estos días en que se había convertido en una sombra alicaída.

Pero sé que tener a Isha a su lado le ha hecho bien y también a su abuela, que la ha llamado a diario. Aunque también espero que nuestras pequeñas conversaciones la hayan ayudado…

—Está con William.

—Lo sé y ¿has visto qué buena pareja hacen? Pero, aun así, creo que le gusta acaparar a todos los jugadores top del hockey.

—¿Tanto miedo le tienes?

—La verdad es que no. Pero, claro, si bailamos tú y yo juntos, con una musiquita así, romanticona, sabes lo que pasará, ¿no? —suelta alzando una ceja y juro que una oleada de alivio inunda mi ser al ver cómo intenta bromear sobre nuestra relación a escondidas y… me encanta.

Me encanta que Max sea así.

—No —murmuro, simplemente porque quiero que lo diga ella.

—Que no podrás evitar besarme. Ya sabes, soy tan… irresistible… —susurra en broma y, joder, no puedo evitar echarme a reír.

—¿Me estás diciendo que tú no quieres besarme?

—Yo ya paso, ¿sabes? —suelta moviendo la mano con desdén—. Estoy pensando en liarme la manta a la cabeza esta noche. Verás, solo quedan quince días para que acabe el año, soy joven, he pasado unas semanas para olvidar y llevo un vestido plateado que me queda como un guante. Creo que va siendo hora de que empiece a cometer alguna que otra locura. Ya me entiendes, para despedir este intenso año por todo lo alto.

—¿Qué tipo de locura?

—De todo tipo —comenta mientras me guiña un ojo y noto cómo la excitación recorre todas mis venas.

—¡Hola, chicos! —nos saluda Isha entrando en la pick-up, interrumpiéndonos justo en el momento que la cosa se ponía…

interesante.

—¡Estás increíble! Cuando te vea Elliot, va a estropear el ordenador adrede, para que se lo arregles de nuevo —bromea Max, y veo que Isha esconde una sonrisa tras su mano—. ¡Vamos a por el baile de invierno! —exclama para animarnos.

Eso es algo que necesito, ¡maldita sea! Cojo con fuerza el volante y me esfuerzo por no mirarla, aunque me es imposible porque ella lo llena todo con su luz.

El baile de invierno se celebra, como todos los grandes eventos, en el enorme gimnasio. Como no podía ser de otra forma, está decorado perfectamente para la ocasión: copos de nieve brillantes en cada milímetro y el tul blanco engalanando las paredes, consiguiendo que todo recuerde a esa estación. La música ya empieza a sonar y nos acercamos donde está Elliot para empezar la fiesta.

El último baile de invierno de todos nosotros, porque al año siguiente cada uno tomará su camino y no nos volveremos a ver más.

No la volveré a ver más...

Las horas pasan, pero yo no me he movido desde que hemos llegamos. Max ha bailado con varios chicos que se lo han pedido, incluso Isha se ha marcado dos bailes con dos chicos de su clase, y yo, aunque hay varias chicas que no paran de acercarse a mí, ni siquiera me molesto en ser amable, porque lo único que quiero es lo único que tengo prohibido: a Max.

—Si la sigues mirando así, la vas a degastar —dice Elliot de guasa—. ¿Por qué no bailas con ella?

—Solo la estoy vigilando —murmuro mientras cojo un refresco e intento darme la vuelta para dejar de mirarla, pero la necesidad es mucho más fuerte que la conciencia.

—Eso no te lo crees ni borracho —me susurra muy cerca de la oreja—. Voy a sacar a bailar a ese bombón informático. ¿Te puedes creer que se me ha vuelto a estropear el ordenador? —suelta encogiéndose de hombros y, por su gesto, sé que es mentira y que solo será una excusa para acercarse a ella.

¡Al final Max ha acertado!

No puedo evitar contemplar cómo Elliot se deja caer cerca de Isha para comenzar a hablar, cómo la chica se sonroja, para después asentir y cogerle la mano y empezar a bailar. Busco a Max y me doy cuenta de que ella ya me está mirando. Me guiña un ojo y se da la vuelta, dejándome ver lo bien que le queda ese vestido plateado y cómo se ajusta a su increíble cuerpo.

Me aflojo la corbata, bebo otro trago e intento controlarme. Está aquí todo el instituto, no puedo cometer ningún error; con lo cerca que estoy de conseguir mi propósito, ahora no puedo tirarlo todo por la borda. Vuelvo a buscarla porque... porque soy un imbécil y la veo hablando con... No puede ser, ¡con Nathan!

Comienzo a caminar en su dirección; sin embargo, cuando los alcanzo, él ya se ha ido y al girarse Max me mira con expresión de extrañeza.

—¿Todo bien? —le pregunto, y veo que resopla mientras niega con la cabeza.

—Ahora mismo, si me pinchan... ¡no sangro! —suelta melodramática —. Necesito una cerveza.

—No puedes beber —le recuerdo, pues su padre se lo ha advertido antes de salir de casa.

—No puedo, pero lo voy a hacer para brindar por mi ceguera extrema.

—Te recuerdo que estamos en una fiesta del instituto y no hay alcohol.

—¡Mierda! Bueno, pues brindaré con ponche —replica y se da la vuelta. La cojo del codo y le pido que se explique.

—Max.

—Max —se burla—. Ve a tu esquina, chico de oro —me dice mientras me guiña un ojo—, nos están mirando todos —susurra. Se gira de nuevo y contonea sus caderas lentamente, haciéndome imposible que no me fije en su culo.

En cada maldita curva de su cuerpo.

En cómo mis dedos hormiguean cada vez que la tengo delante.

En cómo mi cuerpo me empuja en su dirección una y otra vez, sin

importar las veces que la he besado, la he acariciado y la he abrazado desde que acepté que no quería, ni podía, estar alejado de ella.

De repente oigo la letra de la canción que empieza a sonar por los altavoces. Sé que la canta Shawn Mendes y cada palabra de There's nothing holdin' me back me hace vibrar. Porque parece escrita para nosotros.

Sin dejar de mirarla, Shawn Mendes no cesa de decir que, si perdiéramos la cabeza, estaríamos bien... porque ella estaría a mi lado, sin importar las dificultades. Sin importar nada más.

Max se gira con un vaso de ponche en la mano y me sonríe, y ya no me quedan dudas de que soy un auténtico imbécil.

Ahora mismo sería capaz de vender mi futuro por ella.

Bajo las estrellas

Maxine

Llevo más de diez minutos buscando a Isha por esta fiesta que me recuerda a la película de Frozen, pero no la encuentro.

Si hasta estoy a punto de cantar el estribillo de la mítica canción de Disney mientras extiendo las manos, para ver si así Isha aparece como por arte de magia.

Me temo que el ponche estaba adulterado con alcohol, porque ahora mismo siento un mareíto que me está poniendo un poquito nerviosa porque… impide que esté alerta. Y ya sé que en un principio tenía ganas de tomarme una copa, pero no he caído antes en que tengo que proteger a mi amiga. Es algo que me prometí que haría cuando tuvo que pasar por ese mal trago sola.

Salgo del gimnasio, pensando que tal vez se haya ido al aseo. Pero, nada más hacerlo, contra la pared del pasillo que lleva a las clases, veo a Elliot y a Isha… besándose.

¡Oh, sí!

Y no un simple besito en la mejilla.

No, nooo…

Ahora mismo mi amiga está agarrada al jugador de hockey como si fuera su salvavidas y, ¡oye!, no la culpo. Si yo pudiera, estaría de esa misma manera, pero con otro jugador de hockey, uno con el que convivo y que me ha demostrado, en estos días tan horribles que he pasado, que es incluso mejor de lo que pensaba.

Ay… si es que no puede ser más perfecto.

Me doy la vuelta para volver a entrar en el gimnasio y así darles la intimidad que merecen, pero tampoco me alejo excesivamente por si Isha me necesita para algo. Vale, sé que sigo un poco obsesionada con

el tema, pero que Nathan se me haya acercado hace un rato a confesar sus pecados... no me ha tranquilizado; es más: ¡todavía sigo en shock!

Desecho esos pensamientos que en este momento no me benefician y me quedo contemplando la pista de baile. Diviso entre todas las parejas a William y a Hannah, bailando con soltura, mostrando una amplia sonrisa que me confirma que están felices y, sinceramente, me alegro por ellos dos. A veces nos encabezonamos en querer estar con la persona equivocada, ¡que me lo digan a mí!, y no nos damos cuenta de que tenemos al alcance de nuestra mano justo a quien necesitamos, justo a quien nos hará felices sin tanto drama.

De repente, como si hubiese tocado un enchufe en mal estado, siento un cosquilleo creciente que me sube de los pies hasta la nuca. Al girarme me encuentro con Theo, tan cerca que, si quisiera, podría tocarlo, pero lo suficientemente lejos como para que nadie pueda sospechar que... estamos liados.

—¿Nos vamos ya? —me pregunta, y no puedo evitar sonreír cuando me pongo delante de él.

—¿Estás cansado?

—Un poco —resopla—. ¿Dónde está Isha?

—Con Elliot —contesto mientras le guiño un ojo y le señalo la puerta que da acceso al pasillo del instituto.

—Por lo menos alguien está disfrutando esta noche —rezonga, y no puedo evitar sonreír.

—¿No te lo estás pasando bien, Theo?

—No tan bien como quisiera —contesta encogiéndose de hombros mientras desliza lentamente sus ojos por todo mi cuerpo.

¡Buah, chaval, a mí este chico me va a matar un día de estos!

—Max —me llama Isha en este momento mientras me toca el brazo para llamar mi atención y que deje de comerme a Theo con los ojos. Cuando me giro no puedo evitar sonreír al ver los labios hinchados de mi amiga y sin rastro de maquillaje—, me ha dicho Elliot que me acompañará a casa.

—Eh, ¡no! —niego con rotundidad y veo cómo ella abre mucho los ojos, asombrada ante mi negativa—. No voy a cometer el mismo error.

—Es de fiar —argumenta mi amiga.

—Eso pensábamos del cerebrito y mira cómo salió al final.

—Elliot no le hará nada a Isha, Max —me asegura Theo.

—¿Dónde está? —le pregunto, y ella me señala dónde se encuentra, a unos pasos de donde estamos hablando, con unos chicos del equipo, y me pongo en marcha hacia él, sintiendo que tanto Isha como Theo me siguen.

Que sí, que soy una exagerada, pero ya no me fío de nadie.

—Elliot —lo llamo, y me sonríe mientras se acerca a mí para hablar con cierta privacidad—. ¿Has bebido?

—Ni una copa —contesta sin dudar y noto en su voz que dice la verdad.

—Me ha dicho Isha que la vas a acompañar a su casa.

—Sí, pero antes quiero llevarla a la mía... para que le eche un vistazo a mi ordenador, Max —dice rápidamente cuando se percata de que he endurecido la mirada y la expresión del rostro.

—Si le haces algo a mi amiga, te perseguiré y te hundiré en lo más profundo del lago Langford, ¿ha quedado claro?

—Joder, Max. Me das miedo, tía —farfulla Elliot incómodo.

—¿Ha quedado claro? —reitero para que no le quepa duda de que lo haré.

—¡Joder, sí! Clarísimo.

—Perfecto —digo para ver que Isha está mordisqueándose el labio inferior—. Cuando estés en casa, quiero que me envíes un mensaje, y me da igual a la hora que llegues. Si no lo haces, me presentaré en tu puerta y la aporrearé como una loca —le advierto a mi amiga y asiente sin poder frenar una nerviosa sonrisa—. Y ahora, ven aquí, guarra —susurro mientras la estrecho en mis brazos—. Diviértete y no hagas nada que no te apetezca hacer, ¿de acuerdo?

—Sí —responde sonriente.

—Pues las carabinas nos vamos ya, que tengo los pies molidos —me quejo mirando a Theo.

Nos despedimos de ellos dos y salimos del instituto en silencio. En la calle hace frío, pero por lo menos no llueve y, de momento, la nieve nos está dando una tregua, aunque no tardaremos en disfrutar de las primeras nevadas. Theo me adelanta para abrirme la puerta del copiloto y no puedo evitar echarme a reír al darme cuenta de que Isha tenía razón. Theo es de ese tipo de chicos. Es mi chico del siglo

XIX

y... me pongo muy tonta al aceptar que me gusta. Para ser realista, me gusta todo lo que tenga que ver con él. Me guiña un ojo antes de cerrar la puerta cuando se asegura de que estoy acomodada, para dar la vuelta a la camioneta y ocupar su sitio.

Me mira un instante antes de poner el motor en marcha y comenzamos a dirigirnos a nuestra casa.

—¿Estás muy cansada?

—De estar ahí, sí —contesto—. ¿Por qué?

—He pensado en ir a un sitio antes de regresar a casa. ¿Te apetece?

—Eso ni se pregunta.

Theo sonríe mientras se desvía del camino y a los minutos detiene la pick-up al lado del lago Langford. En nuestro rincón íntimo, donde hemos venido siempre que hemos necesitado dejar libre lo que sentimos.

Fuera del vehículo reina el silencio.

—Me iré a Massachusetts para las fiestas de Navidad después del partido contra los Powell River Kings —comenta con un suspiro y siento cómo se me encoge el estómago al saber que estaré un par de semanas sin verlo.

—Mi abuela va a venir a pasar las Navidades con nosotros —le digo y asiente.

—Lo sé. Intenté convencer a tu padre para que vinieras conmigo a Milton, pero me contó que vendría tu abuela —comenta, y siento ese maldito cosquilleo en el cuerpo que me hace removerme inquieta al saber que ha intentado que me fuera con él.

¡Y yo me hubiese ido más que encantada!

—Espero que tu padre no te dé mucho la lata con que vuelvas a casa... y con esa chica con la que quiere que estés —susurro sintiéndome... ¡Ay, mi madre! ¿Celosa? No, no puedo estar celosa.

—Esa chica no es importante para mí —sentencia—. Porque no puedo mirar a otra que no seas tú, Max —susurra y la garganta se me seca de golpe.

Me sonríe mientras desliza sus dedos por mi rostro y me acaricia la nariz con su nariz, compartiendo nuestros alientos a escasos milímetros, y mis labios hormiguean ante su aproximación.

—Vamos —murmura mientras me da un beso en la punta de la nariz y sale de la camioneta sin quitar la llave del contacto, con las luces todavía encendidas y después de subir el volumen de una canción que está empezando a sonar en su playlist.

Una que conozco muy bien: es Love me like you do, de Ellie Goulding.

Me abre la puerta del copiloto y me tiende su mano para que se la coja. Sonrío mientras le entrego la mía sin dudar para que me ayude a salir. Me sonríe al tiempo que avanza hacia la luz conmigo, para después ponerse delante de mí, posar su mano en mi cintura y mirarme a los ojos.

—Estaba deseando hacer esto en el baile —me confiesa y sonrío perdiéndome en su cálida y sincera mirada.

—Theo el Romántico.

—Contigo, siempre —susurra y se me eriza la piel.

Bailamos mientras esta sensual canción nos susurra que sigamos amándonos como lo hacemos. Theo desliza sus dedos por mi rostro, alza ligeramente mi barbilla y roza con el pulgar mi labio inferior.

—Deja de pensarlo tanto y bésame —le pido con la voz cargada de emociones por este precioso momento que me ha regalado: en el lago, bajo las estrellas, esta canción, él y yo bailando... Es tan perfecto, es tan especial, que no quiero que se acabe.

Suspira contra mi piel mientras me mira intensamente, para después sentir sus increíbles labios aterrizar con desesperación contra mi boca.

Nos besamos como si mañana se acabara el mundo. No puedo dejar de tocar su piel, de estrecharme contra su cuerpo, anhelando más, mucho

más, todo... como si no pudiera poner freno a lo que siento. Gimo contra su boca cuando noto cómo su mano se ancla en mi culo y nos miramos a escasos centímetros del otro, jadeantes, tan excitados que ni siquiera percibimos el frío de la noche.

La canción ha terminado cuando volvemos al interior de la camioneta. Siento los labios hinchados por los besos, la piel sensible, pero, aun así, necesito más. Por eso, cuando Theo cierra las puertas y las bloquea, busco de nuevo su boca como si no pudiera esperar más. Theo gruñe respondiéndome con el mismo ímpetu. Nos miramos jadeantes al tiempo que deslizo mi mano por su torso después de desabrocharle la camisa. Me levanto la falda y me siento a horcajadas sobre él. Theo desliza sus dedos por mi cuello, por mi brazo, despacio, para después buscar mi pecho y apretarlo ligeramente.

—Me vuelves loco, Max —gruñe, y lo beso.

Ancla su mano en mi cuello y me acerca a su boca para besarme con ferocidad, gimo contra esta mientras deslizo una de mis manos por su pecho desnudo. Me encanta tocar su piel. Me encanta cómo reacciona al contacto con mis dedos. Me encanta que gruña, que se excite con cada cosa que le hago.

—Max —gruñe contra mis labios.

—Tengo preservativos en mi bolso —susurro mientras lo beso y sonrío contra su boca—. Ya te he dicho antes que estaba dispuesta a todo esta noche.

—Joder —masculla volviendo a poseer mi boca.

Nos desplazamos a los asientos de atrás sin dejar de tocarnos, de besarnos, despacio, como si fuera la primera vez; sin prisas, como si quisiéramos memorizar cada uno de nuestros movimientos. No dejamos de gemir, de besarnos, como si quisiéramos exprimir al máximo esta noche, este momento, este instante solo nuestro. Una de sus manos se desplaza con lentitud por el interior de mi pierna mientras me besa, para después mirarme a escasos centímetros de mi cara antes de alcanzar el borde de mis braguitas.

—Max... —susurra como si me pidiese permiso y sonrío mientras busco con ganas su boca.

...

Theo me tantea de manera torpe pero suave. Gimo cuando alcanza el clítoris y sus ojos oscuros me observan con detenimiento.

—¿Te... gusta? —me pregunta y asiento con efusividad.

—Más lento —le pido al ver que ha comenzado a mover su dedo de una manera más brusca.

—Perdón, yo...

—Relájate, Theo. Soy yo.

Le bajo los pantalones para seguir acariciándolo a placer mientras él sigue acariciando mi clítoris. Estoy... muy excitada. Yo... lo necesito y parece que él se está tomando muchas molestias en darle mil y una vueltas a mi botoncito.

Cojo el bolso, saco un preservativo y se lo planto delante.

Theo me sonríe. Veo cómo se pone de rodillas y se lo enfunda lentamente. Yo... no puedo ni quiero perderme ningún detalle y da igual que no sea la primera vez que lo hago, porque...

¡Menudo espectáculo, oye!

—¿Estás bien? —le pregunto al ver que no cesa de echarse los rizos hacia atrás, sin dejar de mirarme y resoplar.

—Sí. Joder, ahora mismo estoy mejor que bien —dice y no puedo evitar echarme a reír a carcajadas ante su tono sincero—. Eres preciosa, Max.

De repente, entre risas, nos besamos, nos tocamos y comenzamos a acoplarnos. Noto su pene en mi entrada, me mira a los ojos y me abro más a él.

Gemimos a la vez cuando encajamos del todo, sin dejar de mirarnos, de tocarnos, de besarnos y de sonreír.

Sonrío contra sus labios sintiendo que no puedo ser más feliz que ahora, con cada uno de sus movimientos que me hacen rozar el nirvana con los dedos.

Con cada una de sus palabras susurradas en mi oído.

Con cada uno de sus tentadores besos.

Con cada una de sus caricias, consiguiendo que me sienta deseada, única y especial.

Con cada una de sus cálidas miradas, logrando que me sienta segura, atractiva y bien.

En este coche.

Bajo las estrellas.

Porque es Theo quien está conmigo.

El coyote

Maxine

No paro de mordisquearme la uña del pulgar sin dejar de mirar el partido. Estamos en el Q Center Arena, donde está jugando nuestro equipo contra los Powell River Kings y la cosa está tan reñida que me entran ganas de salir al campo a ayudar.

—Hay un ojeador entre el público —me informa Harold en ese momento y lo miro sin disimular un poquito que ahora mismo estoy a punto de que me dé un parraque, pero de los gordos.

—¿Ellos lo saben? —le pregunto y juro que intento que la voz me salga normal, pero estoy nerviosa, mucho, y ahora más.

—No —dice encogiéndose de hombros mientras mira a mi padre, que no para de dar indicaciones a gritos.

—¿Tú crees que, si me aprieto las tetas y me meto en la equipación de alguno de los suplentes, se notará mucho que soy una chica? —le planteo y Harold me mira sin disimular la extrañeza.

—¿Quieres jugar?

—Joder, sí. Los Powell River Kings son buenos y, como no espabilen, les van a ganar —farfullo cerrando los ojos ante la pedazo de entrada que le han hecho a Theo.

Al final voy a salir, pero así vestida, para darle a más de uno con el palo en toda la cabeza. Pero ¡serán bestias!

—Me encantaría verte en acción —dice Harold con una sonrisa—, pero ya sabes que no podemos dejarte jugar —añade, y resoplo sin disimular mi disgusto—. De todas formas, ten confianza en ellos. Están jugando bien, sobre todo Theo. Se nota que le has enseñado bien.

—Sí, es... un hacha, el tío —digo con orgullo—. Y no te creas que es por mí. Theo es un gran jugador.

—Que ha tenido la suerte de que una gran jugadora le enseñe sus trucos —sentencia Harold guiñándome un ojo—. ¿No has pensado en dedicarte a la enseñanza del deporte? —me suelta sin más y me giro mientras lo miro extrañada—. Serías una entrenadora de hockey increíble, Max. Mira a Theo. En estos meses entrenando contigo ha aumentado en velocidad, en destreza, en reflejos, y tiene una calidad de juego superior.

—Porque él es bueno.

—Y tú —añade—. No te restes mérito, Max —dice, y sonrío.

Theo ahora mismo le acaba de quitar el disco al rival y comienza a moverse por la pista tal y como le enseñé. Dribla a uno, a dos, a tres y cada vez está más cerca de la portería. Me levanto del asiento porque ya no puedo permanecer por más tiempo sentada, me tapo la boca con las manos para aguantar las ganas que tengo de gritar que siga, que no se detenga, que es el mejor y que me tiene loca.

Uf... ¡sobre todo eso último!

Un defensa va a por él, y sin pensar me muevo y me coloco en el borde del muro separador del banquillo porque no me quiero perder detalle de esta increíble jugada. Lo va a conseguir. ¡Lo tiene que conseguir! Hay un ojeador pendiente de este partido y sería increíble que esta jugada le hiciera alcanzar su sueño. Sin embargo, el defensa lo golpea con dureza con el hombro, estampándolo contra el cristal, provocando que pierda el equilibrio y caiga al suelo.

Hay sangre.

Mierda.

Theo está sangrando y a mí todo me da vueltas.

El partido se detiene y siento cómo Harold me coge para mantenerme quieta donde estoy. Ni siquiera me he dado cuenta de que avanzaba hacia Theo. Observo cómo Colin corre hasta él para evaluar su estado. Los segundos se me hacen eternos al ver a Colin, el auxiliar médico, agachado mientras revisa a Theo. Desde aquí no puedo verlo bien, solo la espalda de Colin y a Theo delante de este. Trago saliva y en ese momento Harold me acerca a él cogiéndome del hombro. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba temblando.

—Estará bien, Max. Theo es fuerte —me susurra.

Sin embargo, hasta que no lo vea no podré dejar de retorcerme las manos, de mirar a Colin, quien, al final se levanta ayudando a Theo a hacer lo mismo. El auxiliar médico alza el pulgar en dirección a mi padre y noto que las piernas me flaquean.

—¿Estás bien? —me pregunta Harold preocupado y asiento como una tonta sin dejar de mirar a Theo.

Al levantar la cara descubro que Colin le ha puesto unos algodones en la nariz para detener la hemorragia y una tirita en la frente. Theo me mira, me guiña un ojo y es como si me quitaran un enorme peso de encima.

¡Menudo susto me he llevado!

El partido se reanuda y ni siquiera me muevo para volver a mi sitio, pues sigo anclada lo más cerca posible de la pista, con Harold a mi lado.

No aparto la mirada de Theo. Frunzo el ceño al ver cómo no para de mover el hombro derecho, ese mismo que se lastimó hace unas semanas, y me acerco al oído de Harold.

—No está bien —le digo, y este asiente—. Le duele.

—Se lo voy a comentar a tu padre para que lo cambien.

—No —susurro mientras maldigo por dentro. Sé que Theo no querría esto—. Deja que sea él quien lo pida, Harold.

Este me mira y asiente conforme a mi petición.

—Se acaba de levantar el ojeador y se está yendo —me informa Harold al cabo de un rato y abro los ojos mirando en su dirección, para ver la espalda de un hombre con chaqueta verde.

—Si mi padre pregunta dónde estoy, dile que me he ido a empolvar la nariz —suelto y comienzo a subir las escaleras de la grada como si me estuviera persiguiendo el coyote.

Alcanzo la salida y me giro buscando a ese tipo. Al verle la espalda, corro hasta él. ¡No puedo perder la oportunidad!

—¡Perdone! —grito para que se detenga y consigo que se gire hacia mí mirándome como si estuviera chiflada. A lo mejor desde fuera lo parezco—. ¡Hola! —exclamo como si fuera lo más normal del mundo

que una chica corra por todo un centro deportivo para saludarlo.

—Hola… ¿En qué puedo ayudarte, muchacha?

—Eh… —¡Mierda!, no he pensado en qué iba a hacer, simplemente he salido corriendo cuando me ha dicho Harold que el ojeador se iba—. Soy la hija del entrenador Trembley —me presento mientras alargo la mano a modo de saludo y dibujo una de mis mejores sonrisas—. Soy Maxine Trembley.

—Encantada, Maxine… ¿De qué me suena tu nombre, Maxine Trembley?

—¡Ni idea! —exclamo, porque dudo que haya oído hablar de mí—. Perdone que lo suelte así, aunque la verdad es que no soy dada a los formalismos, pero sé que usted es un ojeador.

—Vaya, y yo que venía disfrazado de hincha… —suelta en broma y me hace sonreír.

—El caso es que espero que se haya dado cuenta de que en el Victoria Grizzlies hay un jugador potencial que dará que hablar en un par de años. Es rápido, astuto, valiente y no se rinde, sobre todo eso último —afirmo con una sonrisa.

—¿Y es tu novio? —tantea, y no puedo evitar echarme a reír mientras niego con la cabeza.

—Ya me gustaría a mí —contesto con sinceridad mientras me encojo de hombros—. Pero no vengo a hablar de él por eso. Mire, Theo Anderson va a ser una estrella del hockey hielo, de eso no tengo dudas. Es un fuera de serie sobre patines y estoy segura de que en el futuro será incluso mejor. Es del tipo de personas que siempre quiere aprender algo nuevo, que no se conforma con lo que sabe, al que no se le sube el triunfo a la cabeza… y creo que eso es precisamente lo que marca la diferencia entre un jugador normal y uno excepcional.

—Maxine Trembley —susurra con una sonrisa—, dile a Theo que espabile pronto contigo, porque chicas que creen en alguien de esa manera no se encuentran todos los días y… —dice sacando su móvil mientras apunta algo rápidamente—. Ya lo tenía anotado en mi lista, pero, de todas maneras, gracias. Siempre es un placer escuchar la opinión de una aficionada.

—Le aseguro que, si lo elige a él, no se arrepentirá —añado y veo cómo guarda su teléfono mientras me muestra una cordial sonrisa.

—De eso estoy seguro. Un placer, Maxine —dice, para después ver cómo se da la vuelta y se aleja de aquí.

¡Ahora a cruzar los dedos!

Me doy la vuelta y vuelvo a la pista de hielo. Bajo corriendo la escalera para alcanzar a Harold, que está moviéndose nervioso de aquí para allá. Miro al terreno de juego y...

¡Mierda!

—¿Dónde está Theo? —le pregunto a Harold.

—Ha pedido salir —me contesta—. Está en los vestuarios. Corre, dale esta crema —me dice mientras me tiende el mismo bote de crema que le eché hace unos días.

Asiento mientras vuelvo a subir a la carrera por la escalera, salgo por la puerta y giro a la izquierda en dirección al vestuario. Abro sin dudar y me adentro oliendo el suave aroma de la menta, oyendo el agua de la ducha correr. Trago saliva mientras me obligo a quedarme en la zona de las taquillas y no ir a buscarlo. Sé que nos hemos visto desnudos, pero tampoco es cuestión de que lo asalte en la ducha.

Aunque suena tentador.

Mucho.

Me siento en el banco mientras jugueteo con el bote de crema, experimentando una especie de déjà vu. El agua cesa. Oigo sus pasos con las chanclas acercándose más a mí y me levanto para ver cómo entra.

Toalla anudada a la cadera, cabello mojado, piel humedecida y esos increíbles ojos deslizándose lentamente por todo mi cuerpo.

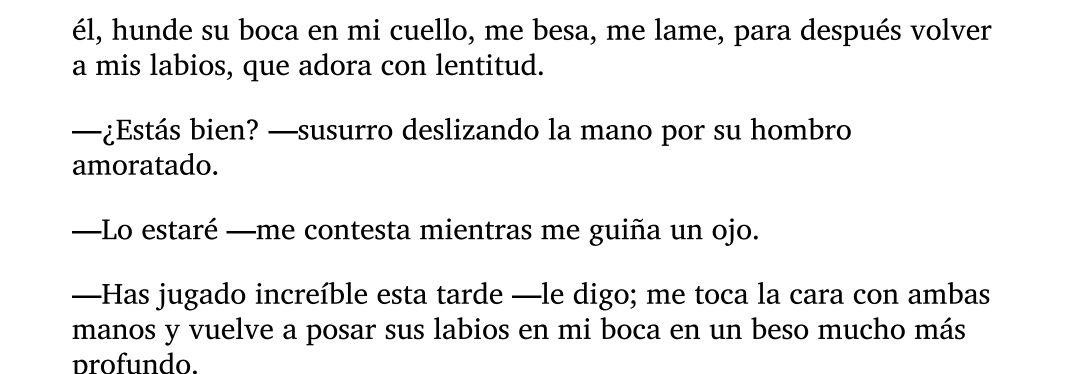
—Max —susurra—, ¿qué haces aquí?

Camino sin decirle nada.

Camino sin importarme nada.

Me acerco a él y busco sus labios con desesperación. He pasado tanto miedo hoy que ahora mismo me da igual que mi padre entre y nos pille besándonos.

Theo gruñe mientras me coge por las caderas para estrecharme contra



él, hunde su boca en mi cuello, me besa, me lame, para después volver a mis labios, que adora con lentitud.

—¿Estás bien? —susurro deslizando la mano por su hombro amoratado.

—Lo estaré —me contesta mientras me guiña un ojo.

—Has jugado increíble esta tarde —le digo; me toca la cara con ambas manos y vuelve a posar sus labios en mi boca en un beso mucho más profundo.

—Tienes que irte de aquí, Max —musita contra mi boca—. Si alguien entrase...

—Primero voy a echarte crema —le informo mostrándosela.

Me mira de esa manera con la que a veces creo que puede ver a través de mí, para asentir con la cabeza, dar un paso hacia atrás y, así, permitir que compruebe cómo tiene el hombro. Lo muevo tal como mi padre, tantísimas veces, me ha explicado cómo se hacía, comprobando que no haya rotura ni ninguna contusión excesivamente grave. Le sonrío al asegurarme de que solo ha sido el golpe y que no tiene de qué preocuparse, para después echar crema en la palma de mi mano para masajear su hombro.

—Me podría acostumbrar a esto —susurra con voz ronca y sonrío mientras lo miro de reojo.

No me quita la mirada de encima y sé que puede parecer absurdo, pero me pone nerviosa.

—¿A que te haga mimitos cuando te haces pupa? —le pregunto medio en broma.

—A que te preocupes por mí y que me cuides —dice, y sonrío.

—Entonces, acostúmbrate —susurro.

Theo desliza sus dedos por mi mejilla, apartando mi cabello con delicadeza. Siento que mi respiración se torna pesada ante su contacto, sus ojos se anclan en mi boca, se aproxima a mí y me besa con adoración. De una manera lenta, tentadora, tanto que incluso se me olvida cómo me llamo.

—¡¡Theo, hemos ganado!! —oímos de repente y rápidamente nos

alejamos uno del otro—. Perdón —susurra Elliot cuando nos ve—. No sabía...

—Solo he venido a comprobar que estuviese bien —comento mientras le muestro una sonrisa—. No te desnudes aún, Elliot, que nos conocemos y no tengo ningún interés en ver tu cosita colgando —añado para romper un poco el tenso momento y salgo del vestuario casi a la carrera.

Me quedo un segundo apoyada en la pared de fuera y oigo la risa de Elliot y la de Theo, que lo acompaña.

Niego con la cabeza y comienzo a caminar en dirección a la pista de hielo. Mi padre tiene que estar preguntando por mí ahora mismo.

Abuela

Maxine

—Estás ausente, Max —me recrimina Isha y le hago una mueca.

La he invitado porque me apetecía contarle que Theo y yo llevábamos unas semanas liándonos. Tenía muchas ganas de hacerlo antes, pero he preferido esperar.

—Soy lo peor, ¡lo sé! Te hago venir y estoy pendiente de cada movimiento que hace… —susurro señalando la pared que separa la habitación de Theo de la mía e Isha asiente comprendiéndome, sobre todo—. Se va en un rato al aeropuerto…

—¿Has hablado con él?

—Qué va. Desde que he salido del vestuario porque Elliot ha entrado, no hemos tenido tiempo. Hemos almorzado con mi padre y Julie, hemos llegado a casa y él se ha encerrado en su cuarto para preparar la maleta. Y podría haber intentado aprovechar ese momento, pero Julie no para de subir y bajar, para que a Theo no se le olvide nada…

—Y me has llamado —me recuerda.

—Para no volverme loca —resoplo y veo cómo sonríe—. Pero, cuéntame, ¿qué tal con Elliot? —pregunto mientras choco mi hombro contra el suyo. Estamos las dos tumbadas en mi cama.

—Superbién, tía —dice sonriente, y siento que la dicha me llena por completo—. Me trata genial, ¿sabes? Me hace reír un montón, ¡creo que no me he reído tanto en mi vida! Y… cuando me besa, cuando me toca, yo… ¡Uf! —suelta cerrando los ojos y después se levanta la manga de su jersey—. Mira, solo de pensarlo, se me eriza la piel.

—Me alegro un montón, Isha. Te merecías tener todas estas vivencias con el chico que te gusta de verdad, pero si te hace algo o…

—¡Lo sé! —Se carcajea mientras me coge la mano y la miro a los ojos

—. He quedado hoy con él, en un rato... Le he dicho a mi madre que estaré contigo, espero que me cubras.

—Por supuesto, pero dile a Elliot...

—Lo sabe. Incluso hoy me ha dicho que jamás se atrevería a hacerme daño porque te tiene mucho miedo —suelta con una sonrisa y yo la imito—. Me gusta mucho, Max.

—Lo sé.

—Y tengo miedo de pasarlo mal.

—También lo sé —susurro apretándole la mano para que sepa que no está sola—. Pero a veces merece la pena arriesgarse, ¿verdad?

—¡Eso espero!

—Yo también.

Oímos un par de golpes contra la puerta y mi corazón se acelera.

—Pasa —digo.

Se abre la puerta y aparece Theo, tan guapo que creo que me podría morir de gusto ahora mismo, mirándome a los ojos, mostrándome esa sonrisita de chico bueno que me hace sonreír incluso más.

—Me voy a ir ya —me dice, e Isha se levanta corriendo de la cama.

—Me voy al aseo —suelta mi amiga dejándonos a solas y cerrando la puerta no sin antes guiñarme un ojo.

—Max... —susurra Theo acercándose a mí.

—Disfruta de las fiestas con tus padres y, si te dan mucho la murga con esa chica, me lo dices y cojo un avión directamente a Milton —suelto y veo que me sonríe para cogerme luego de la mano y arrastrarme hasta su cuerpo.

Me estrecha contra él al tiempo que me da un beso en la cabeza. Alza mi barbilla con un dedo y me sonríe, para después darme un pequeño beso, un beso que se me queda tan corto que no sé si podré aguantar tantos días sin verlo.

—Diviértete con tu abuela y no te preocupes, porque esa chica no tiene nada que hacer —dice mientras me guiña un ojo.

—¡Theo! —lo llamo antes de que abra la puerta, me sonríe mientras me mira y vuelve hacia mí para darme ese beso que tanto deseaba.

Un beso que me calienta por completo, que me hace cogerlo con fuerza de los hombros y atraerlo más hacia mí, como si quisiera fundirme con él. Sonrío contra su boca al notar cómo gruñe, cómo recorre con sus manos mi espalda para alcanzar mi culo y pegarme más a él.

—Me tengo que ir ya, antes de que mi tía vuelva a subir —susurra contra mis labios—. Nos vemos en unos días —añade guiñándome un ojo, me mira por última vez y sale de mi dormitorio.

Oigo que sus pisadas se van alejando de mí y siento cómo el vacío comienza a sorprenderme. Lo voy a echar muchísimo de menos.

—¡Abuela! —exclamo mientras corro hasta ella.

Me abraza con su menudo cuerpo, incluso me tengo que agachar para hacerlo, pero no me importa, nunca me ha importado hacerlo. No puedo evitar que las lágrimas se me desborden sin avisar al sentir sus delgados brazos acariciarme la espalda de arriba abajo, el dulce aroma del anís mezclado con la hierbabuena, la suavidad de su ropa contrastando con su piel arrugada.

—Pero ¿estás llorando? —susurra mientras me coge la cara con sus huesudas manos y me echa una mirada analítica.

No puedo evitar sonreír entre lágrimas al ver su cabello canoso alzado en un complicado moño, su ropa colorida, su collar de perlas y ese broche que siempre corona sus chaquetas, con forma de copo de nieve, según ella, para recordarme.

—De alegría —le contesto, y me seca las lágrimas con los pulgares.

—Anda, ayúdame a subir el equipaje a la habitación —me pide señalando la maleta que queda, pues la otra la ha subido mi padre hace un instante, cuando han llegado del aeropuerto.

Al mismo aeropuerto donde han llevado a Theo, para después esperarse y recoger a mi abuela. No han permitido que fuera con ellos, porque, según mi padre, íbamos a ser demasiados en su camioneta...

Cojo la maleta y comienzo a subir la escalera, para ver que mi abuela

también lo hace, pero a un paso más sosegado. Sonrío al entrar en el dormitorio de Theo, donde se va a quedar mi abuela unos días, observando lo organizado que está y cómo su aroma aún flota en el aire.

—Espero que estés preparada para hacerme un tour por Langford, porque no me quiero perder ninguno de los sitios que me nombras en tus mensajes o llamadas —me dice y sonrío, porque, por lo menos estando ella aquí, no estaré tan triste al saber que no veré a Theo en muchos días.

—Me gusta Julie —me comenta mi abuela dejando con delicadeza su enorme vaso de batido sobre la mesa.

Llevamos un par de días de aquí para allá, recorriendo este pueblo las dos juntas —es la primera vez que mi abuela viene aquí y no hemos parado—, merendando en cualquier lugar que creo que a ella le puede gustar, hablando del instituto, de mi amiga Isha, de los entrenamientos de hockey, de Finn, de todo lo que descubrí de él y omitiendo ligeramente lo que estoy empezando a sentir por Theo porque, aunque adoro a mi abuela, sé que habla con mi padre y se lo puede contar.

—Sí, es muy maja.

—Aunque debería preparar de vez en cuando carne o pescado —suelta y no puedo evitar echarme a reír.

—Ya te conté que era vegana.

—Bah, eso son modas —bufa con desdén para después girar el vaso.

—Es un modo de ver la alimentación, abuela —susurro sin poder contener mis risas.

Mi abuela es genial y a veces creo que me parezco más a ella que a mis padres.

—Bueno, Max... Me has hablado de un montón de cosas, pero te ha faltado algo.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué. Ese brillo en tu mirada solo puede significar una

cosa. Eso y que no paras quieta con el movilito —dice señalando a mi lado sobre la mesa, donde tengo mi teléfono, y hago una mueca de culpabilidad, pues es verdad que no paro de mirar el móvil, pero es que Theo solo me ha enviado un mísero mensaje desde que está en Milton.

¡Uno!

Nada más.

Y solo para decirme que había llegado.

—Eh...

—¿Theo? —pregunta mientras alza una ceja y me guiña un ojo—. No te esfuerces en negarlo, ahora mismo tu gesto me lo ha confirmado. La lástima es que no lo voy a poder conocer —refunfuña y no puedo evitar sonreír—. Pero, por lo mucho que me has hablado de él en nuestras conversaciones telefónicas, parece un buen chico.

—Es un chico maravilloso, abuela, pero... no lo puede saber mi padre.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo es de protector.

—Uf, demasiado... —murmura negando con la cabeza—. ¿Y a él le gustas?

—Creo que sí —digo y no puedo evitar sonreír—. Pero hay muchas cosas que nos impiden que estemos juntos, abuela. Primero, mi padre. ¿Te puedes creer que les ha dicho a todos sus jugadores que soy como una especie de santa y que nadie puede mirarme? —refunfuño y mi abuela niega con disgusto con la cabeza—. Pero, aparte de eso, él quiere dedicarse al hockey profesional y, en cuanto lo fichen, se irá a saber dónde a estudiar.

—Ya, te entiendo. La distancia es una mala compañera del amor... —musita y asiento—. ¿Y en estos meses ya has decidido qué vas a hacer tú, jovencita?

—He estado demasiado liada, abuela —me quejo y veo que niega de nuevo con la cabeza.

—No es excusa y lo sabes.

—Ya... —Chasqueo la lengua.

—¿Y el otro chico?

—Desde que mi padre se encaró con él en la calle, no lo he vuelto a ver. Sé que continúa en su casa, porque a veces oigo su moto, pero es como si se escondiese de mí o yo de él. No lo sé. No he vuelto a hacer de canguro de las gemelas, tampoco he visto a Eloise... y creo que todo es por mi culpa.

—No te sientas culpable de las cosas que hacen otros, Max. Anda, termínate ese brebaje y vamos a movernos. Tengo el trasero plano —me dice y sonrío.

Nos damos una vuelta por el centro comercial, hablando de cosas sin importancia pero compartiendo nuestro tiempo juntas... hasta que mi abuela me pide que nos vayamos a casa. Subimos a la pick-up de Julie, que ahora llevo yo, y conduzco hasta ahí, escuchando música y riéndonos de lo mal que cantamos.

—Max —me dice mi abuela cuando detengo la camioneta delante de casa—, llevo queriéndotelo decir desde que llegué —susurra y asiento para que continúe—. Cuando terminen las Navidades, me iré a París con tu madre.

—¿A pasar unos días? —le pregunto.

—No, tesoro... Me quedaré allí una temporada. Ella... ella me necesita y, ahora que he comprobado que tú estás bien aquí, voy a estar con ella.

—Ah.

—¿No quieres saber qué le pasa?

—Si quieres contármelo, no voy a taparme las orejas —respondo y veo cómo ella suspira.

—Le han encontrado un bultito en uno de los pechos. Le han asegurado que no es nada grave, ¡gracias a Dios!, pero se lo van a quitar de todas formas para examinárselo y comprobar que no tiene células cancerígenas. Ella siempre ha sido muy hipocondríaca, demasiado terca y muy impulsiva, por eso sé que, si estoy allí, estará más tranquila.

—Claro, abuela, lo entiendo.

—Además, no solo me voy por esa razón... Tu madre se va a volver a

casar.

—Ah.

—Sé que no te llevas bien con ella...

—Porque ella no ha querido, abuela. Ella fue la que se marchó y no yo.

—Lo sé y te aseguro que, siendo su madre, no comprendo cómo pudo hacerte algo así. Pero quiero que entiendas que ella te quiere, cariño. A su manera, pero siempre te ha querido. Además, me ha pedido que te pregunte si quieres ir a la boda.

—Creo que no pinto nada ahí, abuela.

—Me imaginaba que me dirías eso.

—Es que, desde que se marchó, no he vuelto a hablar con ella. Sería un poco raro presentarme así, como si nada.

—No lo sería tanto porque es tu madre y, aunque no lo creas, a ella le gustaría verte de nuevo. Pero no te voy a intentar convencer y mucho menos a obligarte. En eso, las dos sois muy parecidas: tercas como mulas. Pero... ya que ha salido el tema... —dice y extrae de su bolso una cartera y, de esta, una tarjeta de crédito y un sobre blanco—. Tu madre ha ido metiendo dinero en esta cuenta para ti, Max. No quería que te sintieras atada a nada ni a nadie, como ella lo estuvo a tu edad... Quiere que seas libre de elegir lo que quieras estudiar, dónde vivir y con quién.

—No quiero nada de ella.

—Considero que deberías guardar la tarjeta y las claves de acceso de tu cuenta online. La vida da muchas vueltas, tesoro..., demasiadas, a veces... No sabes lo que te deparará el futuro y este dinero es para ti —dice mientras me lo tiende—. Cógelo.

—Abuela, yo...

—Cógelo, Max —me apremia y hago lo que me pide para metérmelo en mi bolso sin ni siquiera pararme a mirarlo—. Me contó que, mientras ella viviese, te iría ingresando dinero en esa cuenta para asegurarse de que tengas la libertad financiera para elegir la vida que quieres vivir.

—Esto no cambia nada de lo que siento hacia ella y tampoco va a cambiar que no quiera ir a París a ver cómo se casa con otro.

—Lo sé y ella también lo sabe. Pero no lo hace por eso, Max. Solo quiere lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí hubiese sido que se quedara conmigo, abuela, o por lo menos darme la opción de elegir entre vivir con ella o con mi padre, pero no fue así.

—Lo sé, tesoro. Y te aseguro que se arrepiente de lo que hizo, pero pensó que era lo mejor para ti. Ella es... Te pareces demasiado a ella, Max. Las dos sois impulsivas, emocionales; no hubieseis aguantado mucho juntas. Tu padre también era así de joven, pero él ha sabido frenar esos impulsos y ver más allá del ahora.

—¿Mi padre también era impulsivo? Creo que te confundes con otro.

—No, cariño... Cuando se conocieron eran como una bomba de amor, se querían o se odiaban al máximo, porque con ellos no había término medio. Cuando tú naciste, el primero que empezó a sentar la cabeza fue tu padre, sobre todo cuando se dio cuenta de que tu madre seguía siendo igual que antes y había una personita que dependía de ellos dos. Hasta que se separaron, tuvieron un matrimonio con altibajos. Se han querido mucho, eso no lo puedo negar, pero en el amor es necesario el equilibrio. Ellos no lo tenían y una parte de la balanza se rompió.

—Ya... Entiendo lo que me quieres decir. Cuando mi padre está con Julie, lo veo distinto. Es como si ella lo hubiese cambiado, ¿sabes?

—No, Julie no lo ha cambiado, lo único que ha pasado es que ha aflorado en él una parte que tú no habías visto cuando estaba con tu madre. Julie le da serenidad, confianza, paz, estabilidad, y él puede relajarse a su lado, disfrutar más del tiempo, puede ser más él mismo que con tu madre. Porque, si él se mostraba tal y como era, ambos no paraban de discutir, de enfrentarse, y la convivencia habría sido incluso peor.

—Entonces, ¿crees que es mejor alguien distinto a ti para el amor?

—No se trata de que sea igual o distinto a ti. Lo importante es que, cuando estés a su lado, no quieras estar en otro sitio porque te da lo que necesitas, y tú, a la vez, le das lo que necesita él.

—Es difícil.

—Nadie dijo que el amor fuera fácil. El amor es un sentimiento altruista, a veces se nos olvida que es así e idealizamos el amor egoísta, ese que impone la voluntad al otro, sin alcanzar un acuerdo para que ambas partes no sientan que renuncian a sus convicciones. Pero, si amas de verdad, cariño, querrás lo mejor para la otra persona… aunque eso signifique que se aleje de ti —susurra y frunzo el ceño—. Como hizo tu padre con tu madre —añade y asiento al comprender lo que me quiere decir. Pues mi padre ni siquiera se enfadó cuando ella decidió marcharse sola a Europa, simplemente lo aceptó y la dejó marchar—. Y lo que hizo tu madre contigo… Sé que es duro de entender, pero el amor puede tener muchos matices y no solo tiene que ser el amor romántico. Tu madre te dejó con tu padre porque sabía que estarías mejor que con ella.

—Dudo que mi madre pensara ni siquiera un segundo en mí.

—Lo hizo, te lo aseguro, tesoro.

—Y mucho menos que se fuera por el amor que me tenía —mascullo, y veo que mi abuela sonríe para después echar el aire por los labios—. ¿Lo quiere?

—¿Cómo?

—Si mi madre quiere al hombre con el que se va a casar.

—Sí, mucho. Es un hombre serio, tanto que a veces me sorprendo de que mi hija haya encontrado atractivo a alguien tan seco. Pero el amor es así de inesperado. No sabes dónde lo vas a encontrar —comenta pizpireta—. Pero también quiero recalcar que no todo vale en el amor, tesoro. Es un error que se comete mucho. El amor es precioso si lo encuentras en la persona adecuada. El amor te dará alas para que vueles con libertad, te dará un abrazo que te otorgará seguridad, te dará un motivo precioso para ser feliz… pero también hay que saber cuidarlo, hay que saber darse cuenta de cuándo llega, para no echarlo a perder. Por supuesto que habrá problemas, diferencias entre la pareja, sin importar cuán enamorados estén. Pero es que el amor no es perfecto, porque surge de dos personas distintas entre sí que tienen que esforzarse día a día para que esa llama nunca se apague. En todo caso, cuando es sincero, cuando nace de aquí —dice posando su mano en su pecho—, no hay montaña suficientemente alta, ni río angosto, ni mar suficientemente extenso que lo pueda detener.

—¿Y cómo puedo saber que estoy enamorada? Yo pensé que lo estaba de Finn, pero dudo que eso fuera amor, abuela.

—A lo mejor lo querías, pero de la manera equivocada. En ocasiones nos ocurre con cierto tipo de personas que nos hacen sentir distintos. Pero no tengo dudas de que, cuando lo encuentres, lo sabrás. Porque te hará sonreír sin pretenderlo, porque te hará vibrar cuando estés a su lado, porque querrás lo mejor para él. Querrás que crezca, querrás verlo feliz, te sentirás dichosa de cualquier progreso que haga.

—Entiendo...

—Antes de que se me olvide... Esta cabeza a veces va un poco como quiere —se queja y no puedo evitar sonreír—. He puesto en alquiler mi casa de momento, para que no esté vacía mientras estoy en Europa. Tu abuela hablando francés, ¡que tiemble la torre Eiffel! —exclama, y sonrío—. Solo quería que lo supieras, para que te sientas libre de tomar un camino u otro. Recuerdo que me dijiste que te querías venir conmigo a Seattle cuando terminaras el instituto...

—Sí, esa era mi idea inicial, pero ahora mismo no sé qué haré.

—Seguro que te llegará la solución a esa duda. Solo tienes que estar atenta a tu alrededor y no tener miedo de elegir un camino. Escoger algo no significa que te ate de por vida, cariño. Tenemos muchos años para cambiar de planes, para variar nuestra ruta e incluso para reinventarnos.

En ese momento suena un mensaje en mi móvil y abro los ojos buscándolo por mi bolso. Cuando veo quién es, siento que me tiemblan las manos.

—Es Theo —susurro, y mi abuela sonríe.

—¿Y qué dice? —pregunta y abro el mensaje para leerlo.

Mi padre me está volviendo loco. No me deja ni un segundo libre para respirar y sigue empeñado en que abandone el hockey. No puedo parar de pensar en estar ahí contigo.

—Dice que le gustaría estar aquí conmigo —le resumo y no puedo dejar de sonreír—. ¡Me está escribiendo algo más, abuela! —exclamo viendo cómo sale en la pantalla de arriba el habitual «escribiendo».

Te echo de menos, Max.

—¿Qué te dice para que hayas suspirado como una enamorada? —me plantea mientras tecleo rápidamente.

—Que me echa de menos, abuela —murmuro sin dejar de sonreír y de teclear.

Estoy contando los días que faltan para volver a verte. Ánimo con tu padre. Sé que podrás con él. Te echo de menos, Theo.

—¿Y aún dudas de lo que sientes por ese chico, tesoro? —me pregunta negando con la cabeza—. Anda, vamos, loquita mía. Si el amor fuese un enorme oso, ahora mismo lo tendrías sentado encima de ti. ¡Uy! —suelta cuando abre la puerta—, Max, aquí hay un chico rubio y me da en la nariz que lleva un buen rato esperando a que salgamos de la camioneta.

Se me congela la sangre al oír esa corta descripción, porque no puede ser otro que Finn.

Te mentí

Finn

En este momento, Max gira la cabeza y me ve. Su rostro… Ahora mismo me dice que soy la última persona que le gustaría tener delante, pero llevo más de una hora esperando a que regrese. Más de una hora ensayando lo que quiero decirle. Y sé que, si su padre me ve, no será tan benevolente como fue el otro día y cumplirá su amenaza. Pero también sé que, si no lo intento una vez más, no podré marcharme tranquilo.

—¿Tú eres el muchacho que ha hecho daño a mi nieta? —me pregunta esta señora mayor de cabello blanco y ojos de un azul apagado, mirándome analíticamente.

Supongo que será su abuela, la misma con la que vivió el año pasado.

—Sí, señora. Por eso quería hablar con ella y pedirle disculpas.

—No debería permitirlo. Lo sabes, ¿verdad? —me pregunta con firmeza y agacho la cabeza para mirarla mejor.

—Lo sé, pero espero que se compadezca de mí y me permita hablar una última vez con Max —le pido y no puedo evitar mirarla a ella, que se acerca a nosotros.

Max, con una chaqueta blanca y un precioso gorro de lana rojo coronando su cabeza.

Max, con el gesto serio, preocupado, acercándose a su abuela…

Ambas se miran como si así pudieran comunicarse sin abrir la boca, para después oír un suspiro de resignación por parte de la anciana.

—Siempre he pensado que todos tenemos derecho a contar nuestra versión. Eso sí —dice y le tiende la mano boca arriba a Max—, dame las llaves y te espero en el interior del coche. Así, si veo que la cosa se pone tensa, saldré y te daré con el bolso. Te aviso que lo tengo hasta

arriba de caramelos que pesan como piedras —me asegura mirándome con seriedad y no dudo de que sería capaz de cumplir con su palabra.

—Gracias, señora —digo.

Max titubea mirando a su abuela, que le hace una señal con la cabeza para que se acerque a hablar conmigo. Me alejo un poco de ahí, para me siga hasta justo detrás del gran árbol que hay entre las dos propiedades, para que así este nos sirva de escudo para que, si a su padre le da por asomarse a la ventana, no vea que estamos hablando..., algo que me ha prohibido hacer por segunda vez en mi vida. La primera fue hace muchos años, cuando Max empezaba a convertirse en una preciosa chica que acaparaba la mirada de los chicos, aunque ella ni siquiera se daba cuenta. Supongo que su padre se había percatado de que yo le gustaba y quería asegurarse de que no se me ocurriese ni mirarla dos veces seguidas.

—Mi abuela es buena persona, pero te aseguro que la paciencia no es uno de sus fuertes —susurra Max y sé que lo dice para que la deje de mirar y comience a hablar.

—Volví aquí porque no tenía a dónde ir. Mis sueños se rompieron antes incluso de comenzar y mi madre fue la única que me abrió su casa. Aun así, no me arrepiento de haber regresado, Max, porque he podido comprender muchísimas cosas en este tiempo —comienzo a decir y veo cómo se mueve inquieta—. Sé que la he cagado de todas las maneras que podía hacerlo contigo. Y también sé que ni siquiera me merezco que ahora mismo estés aquí delante de mí... pero quiero hablar contigo, aunque sea una última vez, Max. Quiero que me entiendas. ¡Joder! Eres la única persona que siempre ha creído en mí y ahora temo que se haya perdido eso. Que te haya perdido...

—¿Por qué no me contaste la verdad, Finn?

—No lo sé. ¡Mierda! Yo... —balbuceo y detecto en sus preciosos ojos que este tema le duele; que yo le he hecho daño, y me siento fatal por ello—. Aquella noche que me encontraste en el negocio de mi padre fui allí porque sospechaba de él. Te conté casi toda la verdad esa noche, Max. Estaba enfadado con él porque tenía claro que mi padre estaba engañando a mi madre y me acerqué hasta allí para obtener pruebas..., algo que conseguí sin complicaciones, porque mi padre es tan cerdo que se estaba follando a su secretaria en su despacho sin importarle no cerrar previamente la puerta —le explico, y Max asiente para que prosiga, pues esa parte ya la conoce, porque fue lo que le conté esa noche. Esa maldita noche en la que la besé por primera vez

al darme cuenta de lo increíble que era esta chica—. En un principio solo iba a hacer eso: entrar, hacerle una foto y largarme de allí, pero vi que entrabas justo cuando yo ya me marchaba. No pensé en nada, simplemente te cogí de la mano y nos encerramos en ese cuarto. Bebimos. Fumamos. Te vi por primera vez, delante de mí, con esos ojos que noté que me podían ver por dentro y… ¡Joder! Me cabreé conmigo mismo por haberte arrastrado a eso. Y, cuando oí que mi padre se marchaba con su secretaria, no dudé en vaciarle la caja donde sabía que escondía la pasta. No fue premeditado, ¡te lo juro! Solo pensé en largarme de Langford, sin sopesar las consecuencias, y mucho menos imaginé que me pillarían. Mi plan tenía tantas lagunas que no sé cómo aguanté varios días sin que nadie sospechara de mí. Yo… —Hago una pausa para ver cómo Max continúa escuchándome atentamente y me froto la cara nervioso, porque esta parte es la que más me cuesta hablar con ella—. Nunca me había fijado en ti, Max, esa es la verdad. Yo te veía como la chica que vivía en la casa de al lado. De repente, cambiaste y no paraba de verte allá donde iba. Te vestías de una manera distinta, mis amigos no paraban de hablar de ti y yo… me obligué a no mirarte… hasta esa maldita noche. Cuando salimos corriendo del negocio de mi padre después de romper el cristal, yo… te conté lo que me angustiaba, te conté mis miedos, mis problemas, me sinceré contigo y… me escuchaste, Max. Me comprendías y… pensé que serías la única persona capaz de guardarme un secreto, que eras la única en quien podía confiar… por eso, aprovechando ese beso que te di, guardé la llave que había cogido para abrir la caja y te la metí en el bolsillo trasero de tus vaqueros. Yo… no quiero mentirte, Max. Ya no —resoplo y veo que asiente conforme—. Te besé para conseguir deshacerme de la prueba que me incriminaría. Como ves, no sirvo para delincuente porque tengo ideas horribles, pero el alcohol, las drogas, el cabreo que tenía, tu presencia, me hicieron creer que era lo mejor para mí. Y cuando oí voces te dejé ahí sola, porque siempre he sido un puto egoísta de mierda, Max. Y solo me importaba poner a salvo mi culo.

—Sabes que, si me hubieras pedido que te guardara la llave, lo habría hecho, ¿verdad?

—Lo sé, pero también soy un puto orgulloso y no quería pedirte ningún favor —admito.

—¿Por qué no me dijiste que habías estado en la cárcel?

—Porque pensaba que ya lo sabías —contesto encogiéndome de hombros—. Fue tu padre quien le dijo al mío lo de la llave… Pero, a los pocos días de que volvieses, me di cuenta de que nadie te lo había

contado…

—Y aun así no me lo explicaste.

—¿Cómo te lo iba a decir, Max? Me porté como un cabrón contigo, aunque lo intenté hacer bien a última hora. Le aseguré a la policía, a tu padre y al mío, que estaba solo en el local y que a ti te encontré después en la calle. No quería incriminarte. No quería que esta mierda te salpicara de ninguna de las maneras… y mucho menos quería que tuvieras que hablar con nadie sobre mí. Yo… te quise proteger. Desde siempre te he querido proteger, Max. Por eso pasaba de ti. Por eso te ignoraba cuando te veía en los locales a los que yo iba. Porque sabía que yo era un mal tío y que tú te merecías a alguien mucho mejor, ¡joder!

—Pero… intentaste después acercarte a mí, ¿por qué?

—Al principio fue para joder a tu padre —admito y observo cómo contrae ligeramente el ceño—. Sabía que no quería que me acercara a ti y estaba harto de él. Pero después… me di cuenta de que te necesitaba —suelto con sinceridad—. Porque necesitaba a alguien que creyese en mí. No te mentí cuando te dije que quería ayudar a mi madre y a mis hermanas. No te mentí cuando te pedí que me ayudaras a encontrar un buen trabajo. De verdad, necesitaba que me echaras una mano. De verdad que te necesito a mi lado, Max. Yo… me he dado cuenta de que eres la única que nunca ha perdido la esperanza conmigo. La única que me ha querido tal y como soy, y sé que la he cagado. ¡Me cago en la puta! La he jodido a lo grande. No sé cómo lo hago, pero todo lo que toco se convierte en mierda. Sin embargo, cuando estás a mi lado, creo que puedo ser otra persona. Cuando estoy contigo, quiero ser mejor. Solo bastó para que me abrieras los ojos una frase pronunciada por tus labios, Max. Solo una y querer cambiar. En la vida, jamás, he sentido esto por nadie más.

—Entonces, ¿no me utilizaste para hacer daño a mi padre? —pregunta con un hilo de voz y siento cómo se me abre una maldita brecha en mitad del pecho al verla tan dolida, tan indefensa, y todo por mi jodida culpa.

—No, Max. No —susurro dando un paso hacia ella, porque, ¡hostias!, quiero abrazarla, quiero hacerla sentir bien. Quiero que esté bien—. Al principio me acerqué a ti por eso, pero después simplemente me gustó estar a tu lado.

—¿Fuiste a ver a tu padre, Finn, o fue también una mentira más? —

me pregunta, y me vuelvo a frotar la cara, porque me cuesta contarle esto, porque ella siempre ha confiado en mí y soy un puto despojo de la sociedad.

—No te mentí del todo cuando te lo conté —confieso—. Es cierto que fui a ver a mi padre, pero está bien. Está mejor que bien. Ahora vive en Victoria, en una preciosa casa a las afueras, tan cerca de aquí que parece incomprensible que no haya venido ni un solo día a ver a sus hijos. Pero, claro, ahora su secretaria es su esposa y van a tener un bebé. Una nueva familia, Max, y nosotros ya somos lo viejo —digo con sarcasmo, porque todo me parece un puto chiste—. Ni siquiera me dejó entrar en su casa, simplemente me lanzó unos cuantos dólares, como si fuera un condenado vagabundo y no su maldito hijo, y me echó de allí. Me fui directamente a un bar para intentar quitarme esta maldita pena que siempre me ahoga, hasta que se me acabó el dinero... Luego —resoplo y la miro de reojo, ni siquiera ha apartado la mirada de mí—, entré en varias tiendas a robar y me vine a Langford antes de acabar bebiéndome todo el puto dinero —murmuro porque me da rabia cada una de mis malditas decisiones de mierda.

—Y decidiste seguir mintiéndome —musita dolida.

—No, Max —susurro volviéndome a frotar la cara. Pero, ¡joder!, en mi mente la conversación sonaba fluida, normal, distendida y ella sonreía más. Mucho más—. No quiero que creas que me acerqué a ti para conseguir algo. La verdad es que... no podía dejar de mirarte y te echaba mucho de menos. Empecé a sentirme atraído por ti. Hostias. Me volvía loco cada vez que te veía con ese maldito jugador de hockey y solo quería que fuéramos los de antes. Verte todos los días, hablar contigo...

—Y que te adorara por encima de todo, Finn —replica, y siento que esa frase se me clava como un puñal en el pecho—. Eso no es sentirse atraído por alguien. Eso es echar de menos que te veneren, ser el centro de atención de una persona, para sentirte bien tú.

—Max, no es así, yo... —susurro sintiendo cómo las palabras se me atascan en la garganta, porque jamás he pronunciado algo así. ¡Maldita sea! En mi puta vida me he sentido así—. Me he enamorado de ti —confieso, y veo que sus ojos se abren ligeramente con asombro, para después resoplar bajito y comenzar a negar con la cabeza.

—No, Finn. ¡No! —exclama con rotundidad y percibo cómo se le rompe la voz ante esa negativa—. No puedes venir después de haberme hecho sentir como una sombra, como un títere sin voluntad

propia, y soltarme que me quieres. Porque no me lo creo, Finn. Porque, cuando quieres a una persona, ¡maldita sea!, no le haces daño y tú me has hecho mucho —me espeta cabreada y sé que me merezco que esté así—. Nathan me ha contado que fuiste tú quien lo obligaste a tratar de esa manera a Isha.

¡Mierda!

—Max… —balbuceo nervioso.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque necesitaba que vieses que soy un buen tipo, que te dieras cuenta de que puedo ayudarte, de que puedo ayudar a la gente que quieres.

—¡¡Tú lo obligaste a que la tratara así, Finn!! —exclama furibunda, y sé que me lo merezco, porque soy un auténtico imbécil que no piensa bien las cosas—. Me contó que lo amenazaste con darle una paliza a su hermano, destrozar su coche e incluso su casa, si no lo hacía. Fuiste tú quien provocó que mi amiga acabara llorando por un tío, Finn —masculla con rabia.

—Pero jamás le hubiese dejado hacerle daño, Max, te lo prometo. Estaba ahí para detenerlo. Yo… —resoplo angustiado, pero parece que todo lo que toco se convierte en una mierda y que no pienso bien las cosas. ¡Puta vida!

—Me mentiste también al decirme que te habías peleado con Ben, cuando esa pelea se produjo al intentar robar al tipo equivocado… —murmura, y cierro los ojos sintiéndome como un jodido idiota—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque no quería reconocer ante ti que soy un maldito perdedor, Max. Quería que pensaras que era un buen tipo, que te defendería hasta el final de mis días —gruño sintiéndome como una basura—. Lo lamento tanto… Si pudiera echar el tiempo atrás, lo haría, para hacer mejor las cosas. Como también me arrepiento de beber como un puto loco cuando me rechazaste, ¡joder! No quería que mis hermanas me viesen en ese estado deplorable y me di cuenta de mi error solo cuando me lo dijiste. ¡Soy un puto desastre, hostias! Me encantaría deshacer todas las mierdas que he hecho, Max, pero la vida no funciona así y tengo que apechugar con las consecuencias. Por eso estoy aquí delante de ti, Max. Por eso quería hablar contigo. Porque quiero hacer las cosas bien. Porque me encantaría que me dieses una oportunidad, que empezáramos de nuevo, sin mentiras, sin engaños,

solos tú y yo contra el resto del mundo. ¡Sé que todavía me quieres, joder! Y… nos podríamos ir de Langford, tú y yo solos, a empezar una nueva vida. Podríamos querernos como deberíamos haber hecho hace tanto tiempo. Sin que tu padre nos lo impida, sin jugadores de hockey que te mareen, solos nosotros, Max —susurro cogiéndola de la mano para que vea lo sincero que estoy siendo con ella.

¡¡Joder!! Jamás he querido a alguien como a ella.

—Ya te lo dije, Finn… —susurra zafándose de mi agarre y mirándome con serenidad—. Esa Max ya no existe y, aunque sé que siempre te tendré cariño, ya no estoy enamorada de ti y no me iría contigo a ningún sitio.

—¿Es por tu padre?

—No. —Sonríe—. Si hace un año me hubieses hecho esta misma proposición, no lo habría dudado. Pero tú y yo no estamos hechos el uno para el otro, Finn.

—No digas eso. Eres la mujer que necesito. Me das… paz, me haces sentir centrado. Max, me haces querer ser mejor.

—Pero tú, a mí, no, Finn. Contigo soy una versión de mí que no me gusta y… yo… además, quiero a otra persona —susurra y el puñal que sentía antes se ha clavado un poco más profundo en mi corazón.

—El jugador de hockey —digo y veo que asiente—. Claro —mascullo notando cómo la rabia comienza a adueñarse de mi mente—. No pasa nada —me obligo a añadir mientras le muestro una sonrisa sarcástica —. De todas maneras, me iba ya.

—Espero que te hayas despedido de tu madre y tus hermanas.

—Sí, no te preocupes. Ya lo saben —me fuerzo a decir—. Yo… —Niego con la cabeza para después volver a mirarla. Joder… Es tan bonita que todavía no comprendo cómo no me di cuenta antes. ¡Soy un jodido idiota!—. Espero que te vaya muy bien, Max.

—Finn, prométeme que dejarás de meterte en problemas y que buscarás tu camino alejado del alcohol y las peleas —me pide posando una mano en mi brazo y el corazón me retumba como si fuera un maldito bombo.

—Solo si tú me prometes que, si cambias de opinión, me llamarás y te vendrás conmigo.

—Finn, no puedo prometerte eso —susurra con una sonrisa preciosa —. Ya te he dicho que siento algo por otra persona.

—Solo prométemelo. No pierdes nada, ¿no?

—Está bien. Te lo prometo.

—Yo también te lo prometo. Max..., mi móvil siempre estará encendido para ti, a cualquier hora, ¿vale?

—Vale.

—Yo... —dudo un instante y veo a su abuela ya fuera de la camioneta, con los brazos cruzados, esperando a que termine. Creo que esto se ha dilatado más de lo que pensaba—. Me tengo que ir ya.

—Buena suerte —me desea con una sonrisa.

Dudo.

Dudo un instante en darme la vuelta y alejarme.

Dudo en sincerarme por completo con ella.

Frunzo el ceño, me froto la cara y sé que me arrepentiré después, pero no me puedo marchar de aquí sin decir una última cosa.

¡Joder! Ella necesita saberlo.

—Max —susurro y veo que frunce el ceño ligeramente—, tienes que saber algo. Tu padre me ha pagado para que me vaya de aquí —confieso y su ceño se contrae incluso más al no esperarse esto—. No quiere que esté a tu lado. Además... hay algo que desconoces, hay algo que todos te han ocultado, incluido ese chico que crees que es perfecto. Tienes que saberlo.

—¿El qué?

—A tu padre le dio un ataque al corazón y estuvo muy grave —anuncio y veo que comienza a negar con la cabeza.

—No, no puede ser. Si hubiese pasado algo así, me habrían llamado o... después me lo hubiese contado Theo...

—¿Tú crees? —replico y su entrecejo se contrae incluso más—. Ya te dije que ese cachitas no me gustaba, Max. ¿Has mirado su perfil de Instagram hace poco? Ayer Kyra me enseñó una foto que él subió y

otra donde lo etiquetaron que deberías ver para que abrieras los ojos a la realidad. Ese chico solo está jugando contigo, Max. Solo se ha acercado a ti para que tu padre lo ayude en su carrera deportiva —comento y detecto confusión en su mirada, y también dolor—. Mira, Max..., sé que lo quieres, pero necesitas descubrir que no es tan bueno como él intenta aparentar. Maldita sea, desde que llegó a Langford no me ha gustado ni un pelo y, cada vez que lo veía a tu lado, se me llevaban los demonios.

—Theo jamás me haría algo así.

—Busca esa publicación, Max. Yo... no quiero que nadie más te haga daño y no quería irme sin que supieras toda la verdad. Ya sabes que puedes venir conmigo cuando quieras. Una simple llamada o un mensaje y me plantaré aquí para recogerte —digo y veo que ni siquiera parpadea.

Me acerco a ella, que sigue quieta intentando asimilar todo lo que le he contado, y le doy un beso en la frente que me sabe a poco. ¡Joder!, a muy poco. Le acaricio la cara intentando memorizar sus bonitos y suaves rasgos y percibo en sus ojos la duda, la preocupación y la rabia.

—Siempre pensaré en ti, Max —le digo antes de darme la vuelta para marcharme de aquí, para siempre.

Me monto en mi moto, me ciño bien la mochila, me coloco el casco y veo que la abuela de Max se ha acercado a ella. Esta sigue quieta donde la he dejado, sin mirarme, simplemente con la vista clavada en sus pies.

Dejo escapar el aire mientras arranco el motor, miro por última vez mi casa, para después mirar a Max, que camina en dirección a la suya con su abuela persiguiéndola de cerca.

Sé que debería haberme callado, no haberle confesado lo que mi madre me contó que le pasó a su padre, mantener la boca cerrada después de ver esas fotos que me enseñó Kyra, pero no podía dejarla aquí sabiendo que la están engañando. Creo que, por mi culpa, ha tenido que soportar demasiadas mentiras, no quiero que nadie la dañe todavía más. Solo espero que sepa solucionarlo y que me llame para venir a por ella.

Joder, si lo hiciera, me daría igual recorrerme todo el puto país para venir a recogerla. Pero me temo que Max ha cerrado mi puerta para siempre y sé que el único culpable de que ella me haya dejado de querer soy yo.

Acelero dejándolo todo atrás, mi pasado, mis errores, mi familia…, consciente de que me va a costar mucho tiempo olvidarme de la primera chica por la que he sentido algo.

Mi Max.

La chica perfecta de la casa de al lado.

La única que ha creído en mí cuando ni siquiera lo merecía.

Miedo

Maxine

Estoy temblando y no sé si es debido a todo lo que he oído saliendo de los labios de Finn o por lo último que me ha confesado.

Porque no puede ser cierto.

Porque mi padre me contaría algo así, ¿no?

Porque Theo no puede haberme ocultado algo tan importante cuando hemos hablado de tantísimas cosas, ¿verdad?

Porque estoy deseando entrar en Instagram para ver esas dichosas fotos que me ha comentado Finn para ver con mis propios ojos qué aparece, pero primero… Primero tengo que asegurarme de que Finn no está jugando de nuevo conmigo.

—Max —me alcanza mi abuela delante de la puerta. La pobre tiene la respiración agitada y me mira tan preocupada que me temo que debo de tener un aspecto penoso—, ¿qué vas a hacer?

—Salir de dudas —contesto sin pensar—. Estoy cansada de callarme, de dar por buenas las cosas que me dicen y no constatarlo con quien debo.

—¿Qué te ha contado ese chico?

—Muchas cosas, abuela. Algunas ni siquiera me las esperaba, otras me hubiera encantado oírlas hace un año y una, si es verdad, no sé cómo me la voy a tomar.

—¡Pero si no me has dicho nada! —se queja, pero ahora mismo no puedo pararme a explicarle todo lo que he averiguado—. Y te digo una cosa, Maxine, en este momento me arrepiento de haberlo dejado a solas contigo.

—Pues yo no, abuela —replico mientras abro la puerta y, aunque ella sigue instigándome para que se lo cuente, lo que ahora necesito son

respuestas.

¡Incluso antes de digerirlo!

Entro en casa con mi abuela persiguiéndome de cerca, sin dejar de intentar convencerme para que le explique nuestra conversación, para que piense antes de hablar, para que no me deje llevar por mis impulsos. Pero no puedo parar para nada. Me quito los zapatos y me dirijo al salón, donde está mi padre junto con Julie, sentados en el sofá.

—¡Ya habéis vuelto! —exclama Julie con una sonrisa y, al vernos, el gesto se le cambia paulatinamente—. ¿Os ha pasado algo?

—Ha hablado con el chico rubio de la casa de al lado —anuncia mi abuela rápidamente, jadeante por la carrera, y veo cómo mi padre me lanza una mirada asesina que, sinceramente, hoy no me afecta tanto.

—Te ordené que no te acercaras a él —masculla molesto.

—No te preocupes, que ya se ha ido para siempre gracias al dinero que le has pagado —suelto y veo que Julie lo mira extrañada. Parece que mi padre no solo lo ha hecho a mis espaldas—. ¿Es cierto que te dio un ataque al corazón? —pregunto a bocajarro y entonces el silencio se instala de golpe en el salón.

Miro a Julie, a mi abuela y a mi padre, y siento que todo me da vueltas. Sus caras, sus miradas esquivas...

¡Mierda, es verdad!

—No quería preocuparte, Max —susurra después de los segundos más eternos y tensos de mi vida.

—Me lo habéis ocultado todos... —murmuro sintiéndome vacía por dentro—. ¿Tan insignificante soy para ti que no me merezco que me cuentes algo tan grave? ¿Tan poco te importo? Yo... no sé qué hago aquí. No sé para qué narices he vuelto a Canadá. No sé a qué leches estamos jugando en esta casa —suelto agotada de tantos secretos, de tantas mentiras, para darme la vuelta y salir a la carrera del salón.

—¡¡¡Max!!! —grita mi padre, pero no me detengo porque las lágrimas campan a sus anchas, mi vista se nubla y lo único que quiero es estar sola.

Cierro de un portazo y me lanzo a la cama mientras de mi garganta

empiezan a salir los primeros sollozos. Sin embargo, sentir que incluso mi familia me ha ocultado algo tan importante y que mi vida es una continua mentira no consigue que aplace comprobar lo último que me ha contado Finn.

Cojo el móvil sintiendo cómo me tiembla el pulso y cómo mi corazón late a la carrera. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano haciendo un esfuerzo por tranquilizarme, aunque haber averiguado que Finn no me ha mentido sobre mi padre me hace temerme que esto también sea cierto. Abro la aplicación de Instagram, busco el perfil de Theo y contengo el aliento al ver una foto reciente en su muro.

En ese muro donde no aparezco ni en una sola publicación.

Hago clic sobre la imagen para verla en grande. Es una foto cotidiana, de esas que te haces con un colega en algún sitio chulo. Sin embargo, quien aparece es una chica rubísima y sonriente… y, a su lado, Theo mostrando esa increíble sonrisa que tanto me gusta y que provoca que millones de mariposas revoloteen por mi estómago. Bajo la foto dos letras y un emoji.

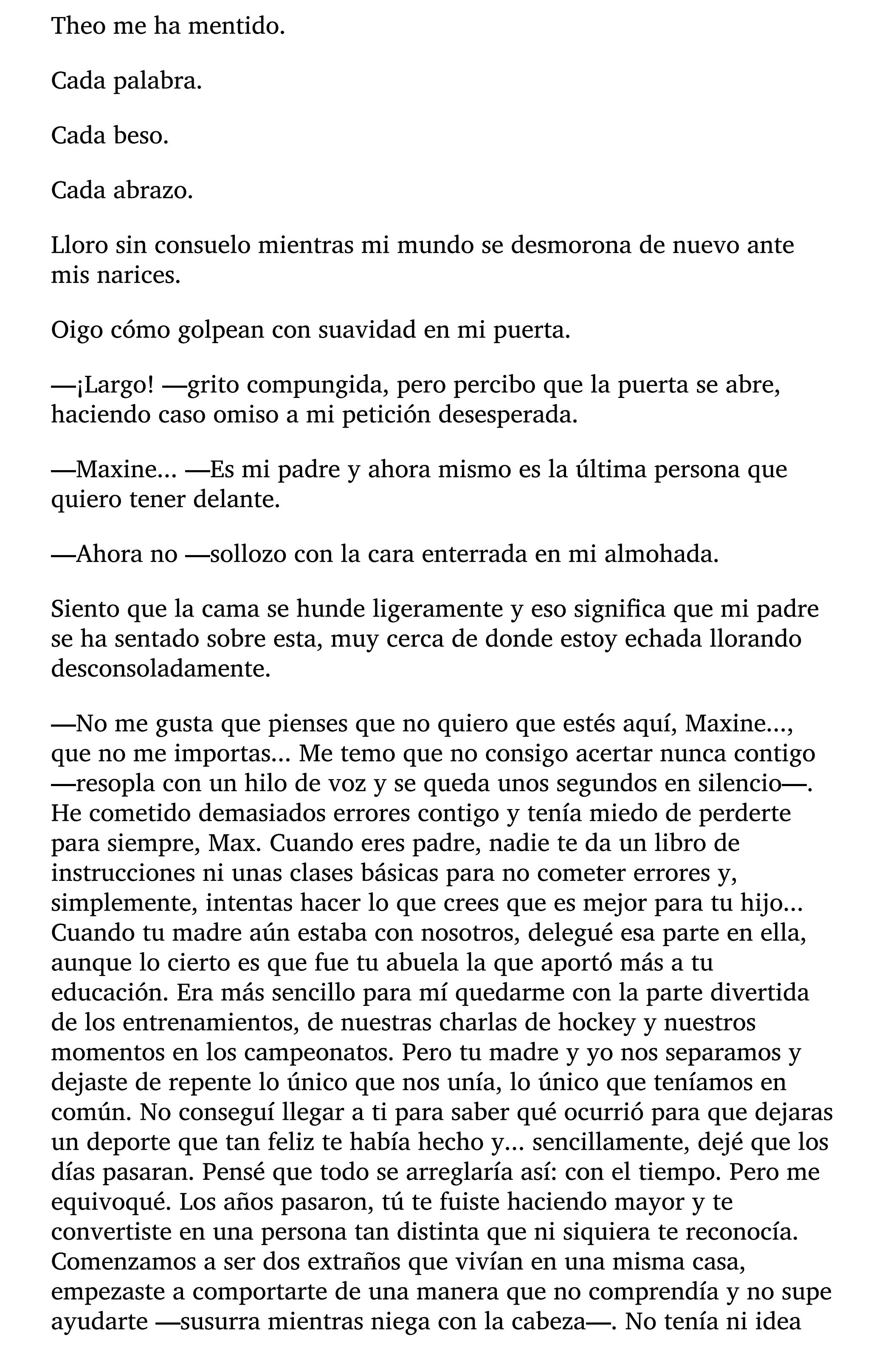
Tú

Siento el pulso acelerado, la mirada borrosa, pero eso tampoco me detiene y salgo de la foto para volver a su muro, donde vuelvo a comprobar que en ninguna aparezco yo, claro… y voy directa a la pestaña de fotos etiquetadas.

Jadeo mientras me tapo la boca con la mano al ver una foto de Theo besándose, ¡en la boca!, con esa misma preciosa y rubísima chica. Al pie de la foto, la chica, que se llama Meghan, ha escrito:

Para siempre. T y M

Todo me da vueltas, hasta tal punto que dejo caer el móvil sobre la cama y me tapo la boca con las manos para no gritar de frustración, de rabia, de desesperación.



Theo me ha mentido.

Cada palabra.

Cada beso.

Cada abrazo.

Lloro sin consuelo mientras mi mundo se desmorona de nuevo ante mis narices.

Oigo cómo golpean con suavidad en mi puerta.

—¡Largo! —grito compungida, pero percibo que la puerta se abre, haciendo caso omiso a mi petición desesperada.

—Maxine... —Es mi padre y ahora mismo es la última persona que quiero tener delante.

—Ahora no —sollozo con la cara enterrada en mi almohada.

Siento que la cama se hunde ligeramente y eso significa que mi padre se ha sentado sobre esta, muy cerca de donde estoy echada llorando desconsoladamente.

—No me gusta que pienses que no quiero que estés aquí, Maxine..., que no me importas... Me temo que no consigo acertar nunca contigo —resopla con un hilo de voz y se queda unos segundos en silencio—. He cometido demasiados errores contigo y tenía miedo de perderte para siempre, Max. Cuando eres padre, nadie te da un libro de instrucciones ni unas clases básicas para no cometer errores y, simplemente, intentas hacer lo que crees que es mejor para tu hijo... Cuando tu madre aún estaba con nosotros, delegué esa parte en ella, aunque lo cierto es que fue tu abuela la que aportó más a tu educación. Era más sencillo para mí quedarme con la parte divertida de los entrenamientos, de nuestras charlas de hockey y nuestros momentos en los campeonatos. Pero tu madre y yo nos separamos y dejaste de repente lo único que nos unía, lo único que teníamos en común. No conseguí llegar a ti para saber qué ocurrió para que dejaras un deporte que tan feliz te había hecho y... sencillamente, dejé que los días pasaran. Pensé que todo se arreglaría así: con el tiempo. Pero me equivoqué. Los años pasaron, tú te fuiste haciendo mayor y te convertiste en una persona tan distinta que ni siquiera te reconocía. Comenzamos a ser dos extraños que vivían en una misma casa, empezaste a comportarte de una manera que no comprendía y no supe ayudarte —susurra mientras niega con la cabeza—. No tenía ni idea

de cómo hacer para que volvieras a ser la niña que sonreía mientras patinaba sobre el hielo —dice y sigo con la cabeza enterrada en la almohada, escuchando sus palabras, que comienzan a removerme por dentro—. Al poco de marcharte a Seattle con tu abuela, me dio un ataque al corazón. No te lo quise contar porque no quería que te sintieras culpable. Ese último año que pasaste aquí, para mí, fue... horrible. No sabía cómo detener la carrera de autodestrucción que habías iniciado, no tenía ni idea de qué hacer o qué decirte para que comprendieras que te estabas equivocando, que estabas echando tu vida a perder. Y todo se agravó más cuando encontré esa maldita llave, cuando me enteré de que Finn estaba metido en asuntos turbios y temí que fuese demasiado tarde para salvarte. Habían pasado solo dos días desde que te fuiste de casa. Estaba conduciendo cuando ocurrió —dice con un hilo de voz—. Por suerte tuve los reflejos necesarios para detener el coche cuando empecé a encontrarme mal. Pasé unos días en el hospital, recuperándome, escuchando todos los cambios que tenía que hacer en mi vida para que no me volviese a suceder... y lo único que pensaba, Max, era en que podría haber muerto sin haber arreglado las cosas contigo —susurra y levanto un poco la mirada para ver a mi padre cabizbajo, triste, vulnerable.

—Fue por mi culpa —murmuro sintiéndome fatal.

—No, Max —musita mientras niega con la cabeza—. No fue por tu culpa. Llevaba una mala alimentación, soportaba mucho estrés en el trabajo, contigo y... todo se descontroló. Pero no quiero que pienses que tú fuiste la causante. A veces las cosas ocurren para hacernos abrir los ojos a la realidad —dice; sin embargo, sigo sintiéndome mal al saber que, por mi culpa, mi padre estuvo tan mal—. Antes de subir a hablar contigo, Julie me ha contado que estuvo a punto de decírtelo una noche que estabas ayudándola a preparar la cena, pero al final se calló porque prefería que fuera yo quien te lo contara. Pero no sabía cómo hacerlo, Max, y... con cada día que pasaba, más me costaba hacerlo. No quería que esto nos volviese a distanciar ya que empezabas a estar mejor en casa... —susurra quebrándosele la voz y se me encoge el corazón al ver a mi padre así por primera vez en mi vida —. Fui yo quien le pedí a tu abuela que te convenciera para que regresaras a casa —confiesa y me incorporo del todo para ver a mi padre secándose una lágrima que se ha resbalado por su mejilla—. Quería que volvieras a casa, Maxine —me repite mirándome a los ojos y siento que no puedo evitar que mi labio inferior y mi barbilla tiemblen y que las lágrimas se desborden de mis ojos sin control.

Mi padre quería que volviese a casa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto entre sollozos al oír esa confesión que ni en mil años me hubiese esperado.

—Porque pensé que te negarías —susurra temblándole la voz y limpiándose las lágrimas que mojan su cara—. Luego, cuando tu abuela me contó que habías aceptado, estaba tan contento, tenía tantas ganas de empezar a hacer las cosas bien contigo, tantas ilusiones puestas en esta nueva oportunidad... pero... ese niñato también lo hizo y tuve miedo. Tuve miedo de que volvieras a pasar por lo mismo, de volver a perderte cuando todavía no te había recuperado y... Estaba aterrorizado, paralizado por el miedo, Maxine. Jamás he sentido tanto pánico y me parecía increíble que un hombre de cuarenta y seis años estuviese inmovilizado ante lo que estaba por venir. Por eso le pedí a Theo que me echara una mano cuando llegaste —me explica y siento que mi corazón se comprime por el dolor al oír su nombre—. Siento haberte puesto a un guardaespaldas, pero necesitaba saber que estarías bien, que estarías a salvo de la mala influencia del vecino. Sé que tú lo has ayudado a mejorar su juego, pero Theo te ha ayudado a ser la Max de siempre. Has mejorado en tus notas, estás más trabajadora, más centrada. Y, por si fuera poco, has vuelto a patinar, a jugar al hockey, a involucrarte en este deporte, Max, y eres tan buena haciéndolo... Tan buena que no podré pagarle a ese chico todo lo que ha hecho por ti, por nosotros. —Se queda callado para limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano y mirarme a los ojos—. Sé que debería haber confiado en ti, pero tenía miedo de volver a equivocarme y dejar que Finn te absorbiera del todo. Sé que debería ser más comunicativo, pero... me cuesta hablar contigo de cosas que no sea el hockey y no entiendo por qué. Eres mi hija, y te pareces en muchos aspectos tanto a mí que a veces me asusta. Supongo que es porque no quiero que cometas los mismos errores que cometí yo. No quiero que sufras lo mismo que sufrí yo.

—¿Con mamá?

—Sí. A tu madre la he querido tanto que incluso se me olvidó quién era yo. Me acostumbré a vivir de otra forma para amoldarme a ella, para que nuestra vida fuese más apacible, pero eso nunca funciona, Max. Porque nuestra verdadera naturaleza, al final, aparece sin que podamos detenerla —dice y coge un pañuelo de papel de un paquete que tengo en la mesilla de noche para secarse las lágrimas—. He estado equivocado todos estos años, Max. Pensé que necesitabas disciplina, tranquilidad y un hogar, pero se me olvidó lo más importante de todo: demostrarte lo importante que eres para mí. Y lo eres, Maxine. Lo eres tanto que... —Se le quiebra la voz de nuevo y me incorporo un poco más para mirarlo a los ojos. Juro que se me parte el

alma al verlo así, tan indefenso, tan... humano. A veces he llegado a pensar que mi padre era un hombre que no sentía ningún tipo de emoción o sentimiento y ahora mismo me estoy dando cuenta de que me equivocaba—. He sido un padre horrible todos estos años y comprendería que te quisieras marchar con tu abuela hoy mismo... pero espero que seas capaz de darme otra oportunidad, Max. Esta vez sin mentiras ni conversaciones a medias, te lo prometo. Hablaré más contigo, te preguntaré directamente a ti las dudas que tenga y, sobre todo, intentaré que te des cuenta de lo importante que eres para mí y de lo mucho que te quiero —susurra con la voz rota y se me escapa un sollozo al oír esas palabras—. Que no te quepa duda de eso, Max. Te quiero muchísimo, desde el primer día que te cogí en brazos y vi esa carita redonda, esos ojitos mirándome fijamente sin parpadear y esa boquita llena de babitas. Eres mi niña. Siempre serás mi niña. Y da igual lo que pase, no importa, porque siempre te querré y siempre podrás contar conmigo.

—Papá —susurro y siento mi voz sin fuerza, tan congestionada por el llanto que incluso suena rara—. Cuando Finn me ha contado que habías tenido un ataque al corazón, he tenido tanto miedo... —sollozo—. Me he sentido tan egoísta al pensar solo en mí..., al imaginarme que podría haberte perdido y...

—Max —dice mientras me estrecha contra su pecho y siento cómo me acaricia la cabeza con delicadeza, como cuando era pequeña, me caía en el hielo y me consolaba sentándome sobre su pierna mientras me contaba que él mismo se había caído doscientas veces, pero que lo importante era levantarse esas doscientas veces y una más. Siempre una más—. Mi pequeña valiente —susurra y sollozo un poco más fuerte al oír que me ha llamado igual que cuando era niña—. Te prometo que aprenderé a ser mejor padre. Te aseguro que siempre me tendrás a tu lado, Maxine. Siempre.

Nos quedamos abrazados un buen rato, no calculo cuánto, supongo que llevamos muchos abrazos sin darnos y nos estamos resarciendo.

—¿Estás bien? —Me encojo de hombros notando los ojos doloridos por lo mucho que he llorado—. ¿Quieres que me quede un poco más?

—Estoy bien, papá —susurro y veo que sonríe mientras me acaricia la cara con ternura—. ¿Y tú estás bien?

—Sí, ahora sí —contesta con un suspiro mientras dibuja una pequeña sonrisa—. Creo que me tocará bajar para darles el parte a tu abuela y a Julie. Diría que tienen que estar de los nervios al ver lo mucho que

estoy tardando en volver.

—Lo raro es que la abuela no haya subido ya para enterarse de lo que pasa —murmuro haciendo una mueca y mi padre se echa a reír mientras niega con la cabeza.

—Creo que no tiene dudas de que le contaré todo lo que hemos hablado. Al fin y al cabo, se lo debo —dice mientras me coge de la mano—. Consiguió que volvieras a casa.

Sonrío mientras lo veo levantarse de la cama y dirigirse a la puerta para, antes de salir, mirarme y sonreírme.

Dejo caer de nuevo la cabeza en la almohada, sintiéndome extrañamente reconfortada al haber hablado con mi padre, al saber por qué me ocultó lo que pasó, al darme cuenta de que él también siente miedo, también se equivoca y también pide perdón... Pero, sobre todo, al averiguar que mi padre quería que regresara a casa y que lo único que ha intentado es que nadie me haga daño.

Eso es algo que no ha conseguido porque otra vez tengo el corazón hecho un trapo. Cojo de nuevo el móvil, lo desbloqueo y veo esa maldita foto del beso. No dudo en hacerle una captura de pantalla por si le da por borrarla y busco la otra para hacer lo mismo. Después, vuelvo a dejar el móvil en la cama, para tumbarme sintiendo cómo mis fuerzas abandonan por completo mi ser.

Theo.

Mi chico del siglo

XIX

...

Me ha roto el corazón que él había curado.

De pronto, el sonido de mi móvil avisándome de que tengo un mensaje me hace volver a cogerlo. Al desbloquearlo, compruebo que es un mensaje de Finn.

Me he detenido a tomarme un café y no paro de pensar en ti. ¿Has hablado con tu padre? ¿Has visto las fotos? Siento habértelo dicho, pero tenías que saberlo. Sigue en pie lo de escaparnos juntos, ¿doy la

vuelta?

De mi boca sale un suspiro entrecortado y tomo una decisión.

No

Maxine

—¿Hoy vuelve Theo? —me pregunta Isha mirándome con esa ternura que la caracteriza.

—Sí.

—¿Y no vas a estar en casa para hablar con él?

—Hoy no. Es más, si tu madre me deja, me quedaré a dormir esta noche y lo pospondré para mañana —le digo con una amplia sonrisa.

—Sabes que mi madre está más que encantada de que te quedes, aunque no creo que esa sea la solución. Al fin y al cabo, lo tendrás que ver tarde o temprano.

—Pero escojo que sea tarde y no temprano —replico mostrándole otra amplia sonrisa—. Además, mi padre, desde que se fue Finn y nos sinceramos, ya me deja salir libre como un pajarito y, en cuanto se lo comente, me dejará quedarme contigo. Porque... casi no nos hemos visto en vacaciones. Entre que mi abuela ha estado todas las Navidades en casa y con mi padre más pegado a mí que cuando empecé a caminar, ¡incluso se me había olvidado cómo eras!

—No te quejes, que... ¡tu padre te ha regalado un coche! —exclama dándome con el cojín en la cara y sonrío al ver su gesto divertido.

—Sí —susurro mientras me encojo de hombros sin poder disimular la sonrisa, porque lo cierto es que no me esperaba ni en mil años que me comprara uno, de segunda mano, es verdad, pero mío y tan rojito y bonito que me siento como una niña con su bici nueva—. Parece que toda esta historia ha hecho que nos abriésemos y, bueno, la verdad es que estas dos semanas no hemos parado de hablar y hablar. A la pobre Julie la tenemos loca con tanta cháchara y a mi abuela más contenta que un arce paseando por el bosque al ver que estamos incluso mejor que antes de que nos mudáramos a Langford —comento, y veo que Isha sonríe.

—Me alegro de que te arreglaras con tu padre.

—Yo también —admito—. Pero… mi padre ha sido el único que ha estado ahí conmigo siempre, en los buenos momentos y en los malos, cuando me hice esta cicatriz —digo señalándome la ceja—, cuando mi madre nos dejó sin titubear y cuando fui campeona de hockey y… bueno, tengo que reconocer que no se lo he puesto nada fácil, sobre todo en mi año oscuro, y él tampoco me ayudó mucho cerrándose en banda. Pero, de los errores, uno aprende.

—¡Ni a mí me lo pusiste fácil durante ese año! —protesta, y le devuelvo el cojín dándole en la cara.

—Oyeee —me quejo entre risas.

—Solo digo la verdad, amiga —afirma con solemnidad y provoca que nos riamos las dos como tontas—. Y tu abuela ¿qué piensa de todo esto?

—Mi abuela está más feliz que una niña viendo nevar por primera vez al comprobar que mi padre y yo estamos bien y hemos dejado de ser dos extraños que comparten consanguinidad.

—¿Ya está en París?

—Sí, llegó ayer y ya me ha dicho que va loca. Mi madre es una hipocondríaca de manual y dice que no para de quejarse y quejarse —explico negando con la cabeza, imaginándomelas a las dos—. Me ha asegurado que estará varios meses allí con ella, pero no sé si aguantará tanto —bromeo, aunque sé que mi abuela se quedará con ella hasta que mi madre la deje de necesitar.

Son tan distintas entre sí, pero conectan como a mí me gustaría haber hecho hace tiempo con mi madre.

—¿No echas de menos a tu madre?

—No —contesto mientras me encojo de hombros—. No puedes echar de menos a alguien que nunca estuvo ahí para ti. Pero ¡dejemos de hablar de mí!, que es muy aburrido y ya me lo sé de pe a pa. Cuéntame qué tal con Elliot —le pido mientras subo y bajo repetidamente las cejas.

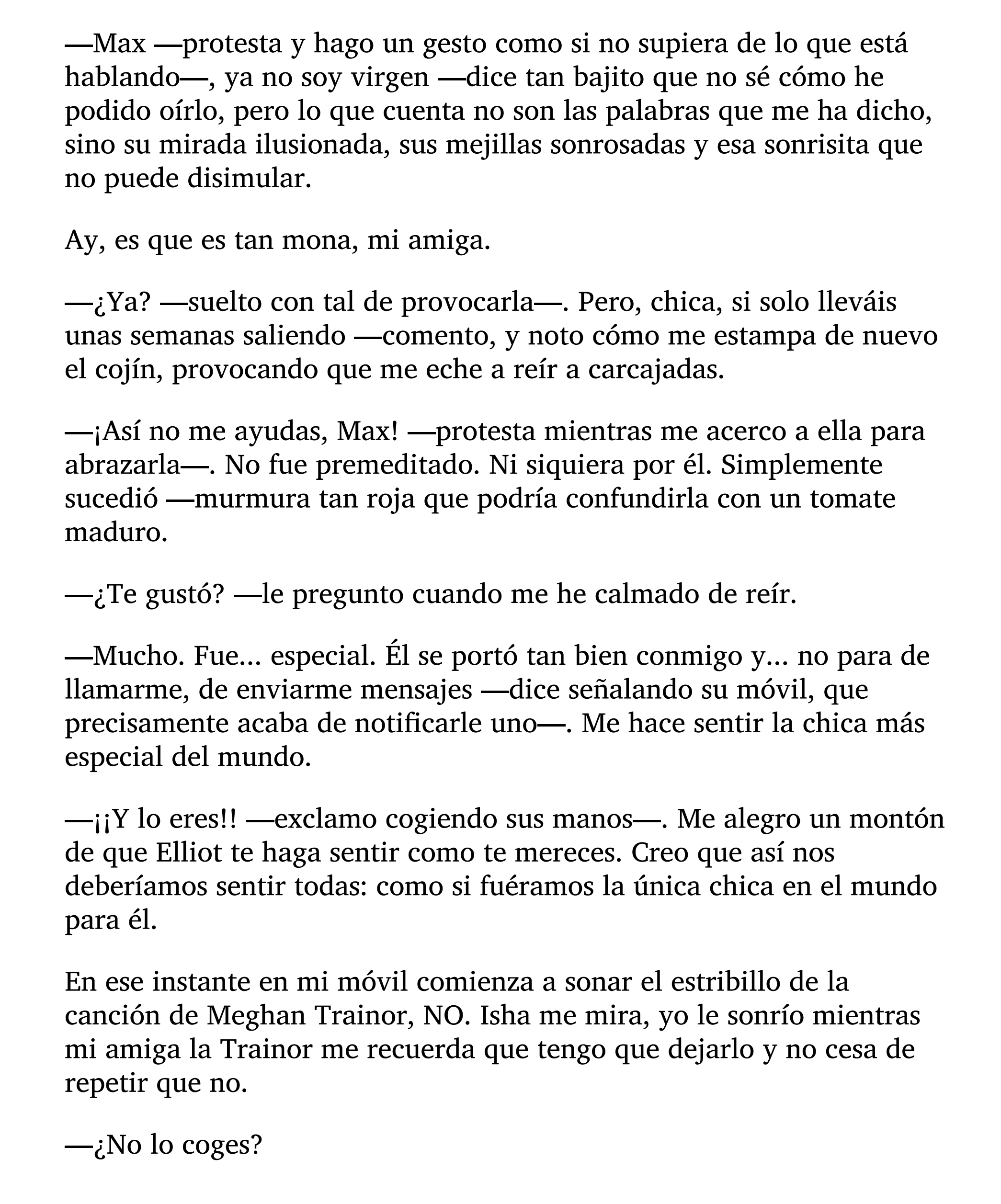
—Bien —susurra agachando la mirada.

—¿Solo bien? —pregunto observando cómo se sonroja—. Me dijiste

por teléfono que prácticamente os veías todos los días.

—Sí…

—¿Y?



—Él y yo… ¡Ya sabes! —susurra muy bajito y la cara se le pone tan roja que no dudo sobre a qué se refiere, pero… me hago la tonta.

—Nooo —susurro aguantándome la risa.

—Max —protesta y hago un gesto como si no supiera de lo que está hablando—, ya no soy virgen —dice tan bajito que no sé cómo he podido oírlo, pero lo que cuenta no son las palabras que me ha dicho, sino su mirada ilusionada, sus mejillas sonrosadas y esa sonrisita que no puede disimular.

Ay, es que es tan mona, mi amiga.

—¿Ya? —suelto con tal de provocarla—. Pero, chica, si solo lleváis unas semanas saliendo —comento, y noto cómo me estampa de nuevo el cojín, provocando que me eche a reír a carcajadas.

—¡Así no me ayudas, Max! —protesta mientras me acerco a ella para abrazarla—. No fue premeditado. Ni siquiera por él. Simplemente sucedió —murmura tan roja que podría confundirla con un tomate maduro.

—¿Te gustó? —le pregunto cuando me he calmado de reír.

—Mucho. Fue… especial. Él se portó tan bien conmigo y… no para de llamarme, de enviarme mensajes —dice señalando su móvil, que precisamente acaba de notificarle uno—. Me hace sentir la chica más especial del mundo.

—¡¡Y lo eres!! —exclamo cogiendo sus manos—. Me alegro un montón de que Elliot te haga sentir como te mereces. Creo que así nos deberíamos sentir todas: como si fuéramos la única chica en el mundo para él.

En ese instante en mi móvil comienza a sonar el estribillo de la canción de Meghan Trainor, NO. Isha me mira, yo le sonrío mientras mi amiga la Trainor me recuerda que tengo que dejarlo y no cesa de repetir que no.

—¿No lo coges?

—No —digo y no puedo evitar sonreír porque lo he dicho a la misma vez que la cantante.

—Es Theo, claro —susurra mi amiga, que ya me conoce.

—¡Exacto! Desde que no le contesté el típico mensaje navideño que se envía a todo el mundo, no para de enviarme mensajes para saber si estoy bien. Y ahora no para de llamarme… —le cuento señalando el teléfono, en el que ha vuelto a sonar el estribillo después de un par de segundos en silencio.

—¿No le has contado que viste las fotos?

—Es que no me apetece hablar con él, Isha. Es más, no me apetece ni hablar de él; por lo tanto, empieza a contarme minuto a minuto cómo fue tu primera vez y, por favor, no escatimes en detalles —digo tumbándome boca abajo en su cama y colocando las palmas de las manos en mi barbilla para sostenerme la cabeza y no perderme ni una sola palabra y, mucho menos, un solo gesto de mi amiga.

Isha se pone roja, ¡uy, esto empieza bien!, y vacila un instante mirando hacia la puerta cerrada de su habitación. Vuelve a mirarme y se mordisquea el labio inferior.

¡Esto promete!

Dudo unos segundos y sé que no debería, yo no he hecho nada malo. Es más, aquí el culpable es el chico de la sonrisa preciosa y los rizos rebeldes. Pero, claro, una cosa es la teoría y, otra, la práctica y… ¡ay, amiga!, ahí es donde está lo complicado.

Cojo aire y meto la llave en la cerradura para darle la vuelta y entrar después de haber pasado la noche en casa de Isha, de haber desayunado como si se acabara el mundo —porque su madre es dada a hacer comida para un regimiento— y de haberme animado a dar el paso de volver. Porque lo que tenía claro era que tenía que volver a casa tarde o temprano y, por ende, lo tendría que ver.

Cierro la puerta tras de mí con cuidado y me descalzo, para avanzar de puntillas —sí, soy una cobarde— hacia la escalera.

—¿Max? —me llama mi padre y maldigo por dentro que tenga ese sentido superdesarrollado.

—Sí, soy yo.

—¿Puedes venir un momento a la cocina? —me pregunta y sé que tengo que ir, porque hemos firmado una especie de tregua que establece que, cuando uno quiere hablar, el otro tiene que escuchar, aunque no le apetezca.

Mi padre y sus tratos...

—¡Voy!

Avanzo sintiendo mi corazón latir cada vez más fuerte, notando cómo las manos comienzan a sudarme al temer verlo ahí. Sin embargo, cuando accedo a la cocina solo está mi padre con Julie.

—¿Qué tal la noche de chicas? —me plantea y sonrío, porque desde que hablamos me pregunta sobre todas mis cosas y es... genial ver que mi padre se interesa hasta por lo más mínimo de mi vida.

Y es mucho mejor ver que de verdad le interesa y que no solo me pregunta por simple formalismo.

—Muy bien. La madre de Isha nos ha preparado un desayuno tan variado que me temo que no voy a tener hambre para la hora del almuerzo —me quejo con una sonrisa y veo que los dos me imitan.

—Estupendo —dice para después mirar de reojo a Julie—. ¿Te acuerdas de lo que me pediste el otro día? —me pregunta y asiento expectante.

Fue una idea que se me ocurrió justo el día después de Navidad, cuando fui con mi abuela a patinar sobre hielo en la pista que han puesto en el pueblo para estrenar el coche que mi padre me había regalado. Bueno, yo patiné y mi abuela me miró, pero es lo mismo. Y... mientras me deslizaba por la superficie tuve una idea, pero lo que más me gustó fue la sensación que se expandió en mi pecho ante la posibilidad de hacerla realidad. Por supuesto, la primera persona a quien se lo conté fue a mi abuela y esta me animó a cristalizarla.

—¿Y?

—Ayer por la tarde pude hablar con mi amigo y quiere verte esta tarde en el Q Center Arena para hacerte una prueba.

—¿En serio? —pregunto sin poder evitar sonreír mucho, muchísimo.

—Sí —dice mostrándome también una amplia sonrisa—. Aunque creo que no hace falta decir que sé de sobras que vas a superar la prueba y que te van a meter de cabeza en el equipo femenino de hockey —añade guiñándome un ojo y veo a Julie sonreír sin dejar de mirar a su novio—. Eres la mejor y, si se pudieran formar equipos mixtos, ten por seguro que estarías en el Victoria Grizzlies y como titular.

—Y la gente hablaría del favoritismo del entrenador Trembley para con su hijita —suelto sintiéndome de muy buen humor.

—Es posible, pero, en cuanto te vieran jugar, se callarían —comenta con orgullo y…

Noto cómo me escuecen los ojos por la emoción.

Uf. Y eso que no soy de llorar…

—Voy a… —titubeo señalando la puerta de la cocina—. Me voy a ir a correr un poco para empezar a estar en forma —indico—. ¡Tengo una prueba! —exclamo con júbilo mientras me pongo a bailar ante la mirada risueña de ellos dos, para después morderme el labio inferior y acercarme a mi padre y abrazarlo. Noto que titubea un segundo y luego me estrecha con fuerza contra él. Agacho la mirada para que no vea que me ha emocionado este simple contacto y corro hacia la escalera.

¡Esto marcha! Y… ¡Buah!, qué bien me siento.

Subo los escalones a la carrera para meterme en mi dormitorio, me cambio de ropa y vuelvo a bajar con las mismas energías.

—¡Ahora vuelvo! —les grito desde la entrada.

—Vale —dice mi padre.

Me pongo los auriculares mientras me calzo las deportivas, me anudo el cabello en una coleta alta y estiro mi cuerpo, para calentar un poco antes de empezar a entrenar.

Tengo que conseguir entrar en el Reign Victoria.

Con ese mantra repitiéndose en mi mente, abro la puerta, pero me encuentro de bruces con Theo.

Para ser exactos, con Theo hiperventilando, con ropa de deporte, sudado, con los labios entreabiertos y con esa cálida mirada anclada

en mí.

Guapo hasta decir basta.

Sexy hasta límites insospechados.

¡Mierda!

—Max... —susurra con dificultad.

—Ey —suelto sin ganas obligándome a ser educada, pues, al fin y al cabo, seguimos viviendo en la misma casa y ninguno de los dos adultos que conviven con nosotros saben nada de lo que sucedió y dejó de suceder.

—Max, ¿por qué no contestas a mis mensajes? —me pregunta y no puedo evitar soltar aire por la boca.

—No hace falta que sigas fingiendo. Lo sé todo —declaro con tanta serenidad que incluso me doy una palmadita imaginaria en la espalda.

Theo frunce el ceño y abre los labios dispuesto a rebatirme o a preguntarme, ¡no lo sé!, pero no le doy tiempo para que lo haga. Hago un amago de sonrisa mientras me abro hueco, paso por su lado y comienzo a alejarme de él a trote medio, centrándome en mi nuevo plan, ese que ha conseguido animarme e ilusionarme desde que apareció en mi mente.

Voy a conseguirlo y también me voy a olvidar de él.

Aunque tenga que machacarme diariamente para borrar de mi organismo a Theo Anderson.

Ahora mi única prioridad soy yo.

Como un copo de nieve

Maxine

Abro la puerta del cuarto de baño con el albornoz atado y el cabello enrollado en una toalla… y me encuentro enfrente a Theo con los brazos cruzados, apoyado contra la puerta de mi dormitorio. Va con unos pantalones de chándal negros y una sudadera blanca. Decir que es injusto que esté tan bueno con una ropa tan casual es quedarme corta, pero mucho más que me haga sentir de nuevo esta sensación que se expande por mi ser tan solo con tenerlo delante. ¡Y eso que ni me ha tocado!

—Tenemos que hablar —me susurra y hago un amago de sonrisa mientras niego con la cabeza.

—Ya… pero no me apetece hablar contigo —respondo mientras me encojo de hombros—. ¿Me dejas entrar? —pregunto señalando mi habitación.

—¡Maldita sea, Max! No entiendo qué ha pasado. Estábamos bien y de repente… no —farfulla después de alborotarse esos rizos que ahora caen rebeldes por su frente.

—Estoy desnuda, Theo, ¿puedes apartarte para que pueda entrar y vestirme? O… ¿me va a tocar llamar a mi padre para que lo hagas? —suelto con garra.

Theo vacila un instante y luego se mueve lentamente hacia un lado sin dejar de mirarme.

—Si estás así porque no te conté lo de tu padre… Entiéndeme, Max: me hizo prometerle que no te lo diría —comenta.

—No es por eso, aunque tengo que reconocer que me sentó como una patada en la espinilla que no me lo explicaras porque confiaba en ti —contesto con sinceridad—. ¿Qué tal te lo has pasado con Meghan? —suelto, y veo cómo abre los ojos por la sorpresa, algo que me lleva a armarme de valor y mirarlo de frente, encarándome a él, a sus

mentiras, a todo lo que hemos vivido.

—Has visto la foto —murmura con pesar.

—Las fotos —matizo haciendo mucho hincapié en el plural—. Sí, aunque misteriosamente al día siguiente la eliminaste tú de tu muro y, a los pocos días, la chica del suyo. Pero no te preocupes, que las tengo guardadas en mi móvil por si la memoria te falla y no recuerdas cómo eran.

—No es lo que tú crees, Max. Ella y yo no somos nada. Nunca hemos sido nada —susurra y siento que mi corazón comienza a palpitar de nuevo lentamente, pero me obligo a frenarlo porque no puede ser así de voluble.

No puede ser siempre tan confiado. Ya no.

—Permíteme que lo ponga en duda —replico forzando una sonrisa y abriendo la puerta de mi habitación—. Uno no sube una foto a su muro si esa persona no es importante y mucho menos la besa.

—Max, por favor, deja que te lo explique. Vámonos al lago y hablemos —dice con un hilo de voz mientras se revuelve nervioso el pelo—. Yo...

—Tenías razón, Theo —lo interrumpo—. Ambos nos iremos dentro de unos pocos meses de Langford y lo mejor para que ninguno de los dos interfiera en la vida del otro es mantenernos alejados. No creo que te resulte complicado, lo has hecho desde que llegaste, la única diferencia es que ya no tendrás que fingir que te importo algo y mucho menos tendrás que seguirme a todas partes —suelto mientras cierro la puerta ante sus narices sin darle opción a responderme y notando cómo todo se mueve a mi alrededor.

—¡Maldita sea, Max! —oigo desde el otro lado de la puerta y capto que Theo se ha apoyado contra mi puerta, como he hecho yo pero en el otro lado—. Déjame explicártelo.

Solo nos separan unos centímetros de madera y, aunque puede parecer una locura, puedo sentir cómo mi piel se sensibiliza ante ese hecho. Trago saliva, haciendo un esfuerzo por recordar la decisión que he tomado al respecto. Tengo que mantenerme firme, aunque signifique ir en contra de mi cuerpo, de mi piel, de mi ser, a los que no les importa que Theo me haya mentido, que Theo haya estado con otra chica y que todo lo que hemos vivido sea una pura mentira. Porque es tenerlo delante y anhelar volver a fundirse con él. Es mirarlo y solo

pensar en besarlo, en apartarle esos rizos de la frente, en abrazarlo…

—No —le digo mientras me resbalo por la superficie de la puerta llegando al suelo.

Duele.

Duele mucho, pero sé que lograré salir adelante.

Estaciono detrás de la pick-up de Theo y salgo corriendo hasta mi casa.

—¡¡Papá!! —grito mientras me estoy descalzando en la entrada.

—En el salón —responde.

No puedo dejar de sonreír y, cuando entro a la carrera en esa estancia, lo veo de pie esperándome.

—¿Qué? —pregunta mirándome expectante, como si llevara todo este rato aguardando a que yo entrara en casa.

—¡¡Me han cogido!! —exclamo, y mi padre camina los pocos pasos que nos separan y me abraza.

¡¡ME ABRAZA!!

Entonces da vueltas conmigo alzada por el salón como cuando era pequeña, sin poder dejar de sonreír, sin poder dejar de gritar de júbilo porque ahora mismo me siento tan feliz que si estornudo… ¡me sale confeti!

—Lo sabía —dice dejándome en el suelo y me limpio las lágrimas que han caído sin querer de mis ojos, pues no he podido evitarlo—. Sabía que lo conseguirías.

—Mañana empiezo a entrenar con el equipo. Me han dicho que, si encajo bien con ellas, es posible que me convoquen para el próximo partido.

—¡Qué grande eres, Max! —exclama de nuevo abrazándome. Mira a Julie, que no puede sonreír más—. Dentro de nada la veremos en el equipo de la selección de Canadá —le comenta a su novia y esta asiente dándole la razón sin dejar de sonreír ante nuestra escena de dicha.

—Papá, creo que estás exagerando.

—Tiempo al tiempo, hija, pero te veo compitiendo en las altas esferas.

—Sabes que no quiero dedicarme a esto y que simplemente lo hago para entrar en la universidad que quiero.

—Lo comprendo, pero también sé que, si te ofrecieran un puesto en el equipo de Canadá, lo aceptarías sin dudar. En eso somos iguales tú y yo. Nos pierde la competición y demostrarnos que podemos lograrlo —sentencia con orgullo—. La lástima es que voy a perder a una auxiliar increíble en mi equipo —suelta y no puedo evitar sonreír. Porque hemos pasado de que mi padre no me hablara para nada a que no cese de halagarme y de decirme lo genial que soy en el hockey—. Harold te va a echar de menos.

—Y yo a él. En cuanto lo vea, le voy a dar las gracias. Porque él fue quien me sugirió que estudiara algo relacionado con el deporte y... —comento, pero me quedo observando el gesto de mi padre: está escondiendo los labios, como si no quisiera hablar—. ¿Qué pasa?

—No fue idea de Harold —contesta, y frunzo el ceño—. Y me encantaría poder marcarme el tanto, pero no fue exactamente idea mía —añade encogiéndose de hombros— o por lo menos no del todo. Fue Theo quien me comentó que serías una profesora increíble y, gracias a ese comentario que me soltó como si nada, empecé a fijarme más en cómo te comportabas en los entrenamientos y me di cuenta de que Theo tenía razón. Por eso, le pedí a Harold que te lo mencionara... y me alegra saber que estás de acuerdo. Porque lo tienes dentro, Max. Esa capacidad de amoldarte a los retos, de expresar lo que este deporte ofrece y la manera que tienes de hacer de la rutina una diversión es innata y era una pena que no te dieras cuenta por ti misma.

—¿Por qué no me lo dijiste tú? —pregunto sintiendo que el corazón me retumba en el pecho al descubrir que fue Theo quien le sugirió esa idea.

—Porque pensé que te negarías en redondo si lo hacía. Por eso, eché mano de Harold. Siempre os habéis llevado bien y él te quiere como a una hija.

—Pues me alegro de que lo hicieras, papá, porque me he estado documentando y en Vancouver hay un programa increíble para estudiar Ciencias del Deporte, además de un equipo femenino de hockey brutal.

—Julie —dice mi padre emocionado—, mi hija va a ser profesora.

—Y no tengo dudas de que será una profesora excepcional —afirma ella con cariño haciendo que sonría.

—Voy a llamar ahora mismo a mi amigo para que me cuente cómo te ha visto. Voy a presumir de hija —anuncia sonriente mientras señala su despacho—. ¡Mi hija en el Reign Victoria! —exclama antes de abandonar el salón y me dejo caer en el sofá junto a Julie.

—Tu padre está entusiasmado —comenta Julie al oír desde aquí cómo habla con su amigo entre gritos de júbilo—. Me encanta veros así de bien.

—Y a mí. Parece increíble que hace unas semanas no pudiéramos intercambiar ni siquiera un par de frases seguidas —digo mirando por el salón por si está Theo y, con la emoción del momento, no me he dado cuenta de su presencia.

—Está arriba —susurra como si me estuviera leyendo la mente—. Está hablando por teléfono con su padre —me explica y me encojo de hombros como si no me interesara, aunque, la verdad, me muero de ganas por saber qué tal le han ido esos días en su casa y cómo ha estado con su padre.

—Creo que me voy a ir a casa de Eloise, les prometí a las gemelas que, si llegaba pronto, me las llevaría a patinar a la pista que han puesto en el City Center Park.

—Max... —susurra cuando ve que me pongo de nuevo en pie—. Sé que no tengo que meterme en vuestras cosas —añade y contengo una mueca de resignación, porque Julie es un amor de persona y siempre me ha tratado bien—, pero deberíais hablar. Antes erais buenos amigos y ahora parece que seáis unos desconocidos. No sé qué os ha pasado, pero Theo está... La verdad es que no sé cómo está, Max, porque ha vuelto a encerrarse en su caparazón y estoy preocupada por él.

—A Theo lo único que le interesa es entrar en un equipo profesional de la NHL, Julie. Nada más —indico encogiéndome de hombros—. ¿Le dices a mi padre que me he ido a patinar con las gemelas?

—Claro. Diviértete —musita con apatía.

Asiento mientras me doy la vuelta y, en cuanto salgo del salón, me encuentro de cara con Theo.

Nos miramos a los ojos. Él tiene la mirada vacía, el gesto congelado y la postura rígida. Sigue igual de guapo que siempre, creo que da igual su estado de ánimo, aunque tengo que reconocer que, cuando sonríe, simplemente resplandece como un copo de nieve a través de la luz.

Paso por su lado sin decirle nada sintiendo esa corriente que me arrastra en su dirección; esa chispa que prende mi cuerpo; ese aleteo que provoca que mi corazón se acelere y que me corta la respiración. Pero no le hago caso; simplemente, me calzo mis botas, me pongo la chaqueta, mi gorro y salgo al frío de la calle, obligándome a no volver la cabeza para mirarlo una vez más.

No puedo evitar dejar escapar el aire de mis pulmones cuando cierro la puerta tras de mí, para después forzarme a caminar y cumplir mi palabra: tengo que seguir enseñando a las gemelas a patinar.

Salgo de mi dormitorio de puntillas para que Theo no me oiga, ¡incluso en mi propia habitación me muevo como un ninja! Bajo la escalera para dirigirme directamente a la entrada, ponerme las deportivas, colocarme los auriculares y salir a correr antes de desayunar. Sin embargo, nada más abrir la puerta de la calle, me encuentro a Theo delante de mí.

Me sonríe.

¡Buah, chaval, qué sonrisa se gasta el muchacho!

Pero disimulo lo mejor que puedo, porque hago un amago de sonrisa cordial y comienzo a correr a trote medio. Me estoy concentrando en mi respiración mientras Meghan Trainor me recuerda que diga que no incansablemente; sin embargo, percibo movimiento a mi derecha y veo que Theo está corriendo a mi lado.

¡Está corriendo conmigo!

Frunzo el ceño cuando me sonríe con insolencia, como si esperara precisamente esa reacción de mí.

—Max, necesito que hablemos —me dice.

Cojo el móvil y le subo el volumen a la canción mientras le muestro lo que hago.

Porque no quiero hablar.

Porque no me apetece escuchar cualquier excusa que se invente y que tendré que aceptar y dar por buena, cuando ahora mismo desconfío hasta de mi sombra.

Y porque no me da la gana, ¡ea!

Aprieto un poco más el paso, pero, cómo no, Theo el Runner no tiene dificultad alguna en mantener mi velocidad. Sigue pegado a mí como si se creyera que voy a dejar que me cuente cualquier milonga que se le haya ocurrido. Puf… está perdiendo el tiempo.

Llegamos al camino que bordea el lago Langford en menos tiempo del que invierto normalmente para hacerlo; como siga con este ritmo me veo echando el higadillo por la boca. Comienzo a aflojar la marcha cuando noto que las piernas empiezan a pesarme. Vale, tengo un nivel pésimo físicamente y por eso mismo me he propuesto correr todas las mañanas, para ponerme al mismo nivel que tienen mis futuras compañeras de equipo.

Noto que Theo me coge de la mano para detenerme. Lo miro de malas maneras mientras deshago el contacto y me quito los auriculares con la otra mano y observo dónde estamos: justo a la altura de donde nos vimos por primera vez… cuando yo era la chica del lago, y él, el chico de Massachusetts.

—¿Qué quieres, Theo? —suelto como puedo, porque me falta el aliento por culpa del carrerón que me ha hecho hacer aquí el amigo.

—Hablar contigo.

—No va a solucionar nada que hablemos —le dejo claro mientras me encojo de hombros.

—Entonces, ¿me estás diciendo que ese delincuente que teníamos por vecino tuvo derecho a hablar contigo una última vez y yo no?

—Te han contado que hablé una vez más con él —farfullo negando con la cabeza.

Mi madre, ¡que estoy sintiendo hasta flato! Este hombre me va a matar.

—Por supuesto. Tenía que saber qué había pasado para que ni siquiera me quisieras mirar a la cara cuando he pasado todos estos malditos días lejos pensando en ti —suelta cabreado y no puedo evitar echarme a reír como una loca.

—Sí, ya me di cuenta de lo mucho que pensabas en mí —mascullo con rabia y veo que Theo se echa el pelo hacia atrás sin dejar de mirarme.

—Yo no subí esa maldita foto, Max —replica con rabia—. Ni siquiera sabía de su existencia hasta que Elliot me envió un mensaje para preguntarme qué estaba pasando.

—Vaya... Y ahora me dirás que te obligaron a besar a esa chica —murmuro con desdén—. No solo es una foto con una chica lo que me ha mosqueado, Theo. Es una foto con una chica a la que estás besando, ¡joder!

—Esa foto no está hecha este año, Max —dice lentamente, como si quisiera asegurarse de que entiendo cada una de las palabras que está verbalizando—. Y deberías haberlo sabido nada más verla porque jamás te haría daño.

—Ya —chasqueo la lengua porque... a estas alturas, ¡¡no me creo nada!!

—Le hablé de ti a mi madre y ella... —murmura negando con la cabeza—... se lo contó a mi padre. Ya te comenté lo obsesionado que está con que siga sus pasos, con que sea su clon, con que lleve la empresa, y no estaba dispuesto a dejar nada a la suerte. Una tarde que me quedé durmiendo en el sofá desbloqueó mi móvil con mi huella dactilar, subió esa foto que le envió Meghan previamente, para después desinstalar la aplicación y que así no viera las notificaciones para que tuvieras tiempo de verla. Le pidió a Meghan que hiciera lo mismo, pero con otra foto de nosotros dos. Mi padre puede ser muy retorcido, Max, sobre todo cuando quiere algo. Y lo único que quería era separarme de ti —explica y titubeo un instante ante la dureza de sus palabras—. No estoy con Meghan. Lo nuestro sucedió hace un par de años, antes de que me mudara aquí. Pero mi padre siempre ha tenido la esperanza de que volviésemos algún día, sobre todo para tenerme bien atado en Milton. Cuando Elliot me avisó de la existencia de esa foto, me instalé la aplicación para borrarla, ¡ni siquiera la había echado de menos! Después me costó una buena discusión con Meghan para que hiciera lo mismo, pero me dio igual quedar mal con ella, me dio igual que me dejara de hablar para siempre. Lo único que quería era que nada te hiciera daño, incluidas las estrategias de mi padre para que regrese a casa.

—Eso no cambia nada —susurro notándome mareada.

¡Su padre es horrible, peor de lo que me imaginaba!

—¿Cómo que no cambia nada? ¡Lo cambia todo, maldita sea, Max! He estado contando los días para verte, para estar contigo… Yo… —murmura entre dientes mientras se vuelve a echar hacia atrás sus rebeldes rizos—. ¡No entraba en mis planes que esto sucediera, Max! Pero gracias a tu padre comencé a pasar más tiempo contigo, empecé a conocerte, empecé a relajarme en tu presencia. La primera vez que te besé en la cara para que ese gusano creyera que estabas con alguien ni siquiera pensé en mis actos. Solo lo hice porque tenía que detener a ese tipo, porque lo más importante del plan era precisamente eso: que el vecino no se acercara a ti. Después… te metiste en mi mente, Max —dice señalándose la cabeza con rabia—. No podía dejar de pensar en ti y, esa tarde en el cine, yo… Maldita sea, Max. No pude evitar besarte porque llevaba días deseándolo. Cada cosa que te he dicho ha sido real. Cada cosa que hemos vivido, la he sentido —suelta señalándose ahora el pecho—. No quiero que creas que te he mentido, que he fingido sentirme atraído por ti para conseguir un trato especial. No quería que esto pasara, ¡claro que no! Eres la única que me conoce en toda Canadá. Eres la única a quien le he contado cosas de mi vida, la única con la que he podido abrirme, la única a quien le he explicado lo importante que es para mí conseguir entrar en un equipo de la NHL y… ¡Joder! He intentado resistirme con uñas y dientes, evitar que esto sucediera, pero ha pasado. No puedo dejar de pensar en ti, Max… —susurra abatido—. Estos días en Milton han sido una pesadilla, y no porque mi padre no parara de intentar convencerme para que volviera a casa, no porque mi padre vulnerara mi privacidad para hacerte daño, para hacernos daño, sino porque lo único que quería era regresar aquí, volver a verte, volver a estar contigo… —confiesa, y siento ese cosquilleo en mi estómago que me hace removerme inquieta.

No puedo dejar libres mis impulsos, no puedo. Porque ahora mismo lo único que deseo es lanzarme a sus brazos y besarle la boca.

Nada más.

Pero sé que esa no es la solución. No voy a cometer los mismos errores.

—Que me hayas contado que todo lo que hemos vivido ha sido real sigue sin cambiar nada, Theo.

—¡¿Cómo que no, Max?!

—No —susurro negando con la cabeza—. Porque eras tú el que frenaba esta relación. Eras tú el que no permitía que avanzara y no mi

padre o el tuyo. Eras tú quien necesitaba que nuestra relación fuese a escondidas para que no interfiriera en tu futuro, y lo acepté con tal de estar contigo. Pero ahora no puedo, porque he comprendido que solo hay un motivo para que hicieras eso, Theo. Tú no sientes nada por mí. Crees que lo sientes, a lo mejor debido a que has estado un año sin involucrarte con nadie y has confundido la amistad con algo distinto. Pero es que, encima, para ti, lo más importante es alcanzar tus sueños. Y no te estoy culpando de ello, al contrario. Es importante saber lo que uno quiere, es importante luchar hasta el último aliento para lograrlo. Pero estar juntos, tener una pareja, no es incompatible con conseguir que se cumplan y da igual que mi padre me vetara para todo el equipo. El amor no obstaculiza, Theo. El amor libera, ¡joder! Pero solo los dos juntos podríamos conseguir que funcionara. Incluso creo que mi padre se hubiese puesto hasta contento al saberlo porque te tiene en un pedestal. Pero no pasa nada. Prefiero pasar por esto ahora que después. Además, ya he pasado la peor parte y... ¡estoy bien! —suelto señalándome como si se notara a simple vista lo feliz que me hace toda esta historia—. He aprendido a base de porrazos, unos más grandes que otros. Y tengo claro que no voy a correr detrás de ningún tío que ni siquiera quiere dar un paso en mi dirección —comento con tranquilidad—. No estoy enfadada, Theo, te lo aseguro. En parte estoy agradecida por lo que hemos compartido. He aprendido muchas cosas de mí en estos meses a tu lado y he podido tomar una decisión con respecto a mi futuro. Pero, si quieres que nuestra corta convivencia vaya bien, deja de hablarme del pasado, de lo que sucedió entre nosotros. Al fin y al cabo, era un secreto y, como todos los secretos, al final, acaban enterrados en el fondo de un trastero.

—Max..., no quiero perderte.

—No me voy a ninguna parte, Theo —digo con una sonrisa—. Seguiré en la habitación de al lado, pero no estaré esperando a que te decidas porque yo ya he tomado una decisión —afirmo, para después ponerme los auriculares y proseguir mi carrera.

Me doy cuenta de que Theo no me sigue y... siento cómo mi pecho se encoge, cómo mi piel protesta, cómo mi cuerpo tira de mí hacia él.

Pero es lo mejor.

No puedo permitir ser la última opción para alguien. Quiero ser la única respuesta válida a esa pregunta que todos nos hacemos. Y es posible que me cueste encontrar a esa persona que me quiera tal y como soy y que esté dispuesta a pelear contra quien sea para estar conmigo, pero lo que tengo claro es que no me conformaré con menos.

Ya no.

La reina

Theo

Lanzo el casco sobre el banquillo y veo cómo resbala hasta caer al suelo.

Comienzo a pasear nervioso por el vestuario, sin dejar de tocarme el cabello, maldiciendo y volviendo a maldecir lo horrible que he jugado. Abro la taquilla para sacar la toalla y ducharme, pero mi cabreo hace que cierre de golpe la puerta, para golpearla una, dos, hasta tres veces.

—¡¡JOOODEEEERRR!! —grito de impotencia.

Pensaba que mi juego no se vería afectado por los nuevos acontecimientos. He intentado centrarme de nuevo en el deporte, en mi dieta y en el futuro, como hacía antes de que llegara Max para removerlo todo, para mostrarme que hay más cosas que el hockey, para enseñarme lo importante que es disfrutar con lo que uno hace.

Además, nuestros adversarios, Cowichan Valley Capitals, son famosos por ser los más rápidos de la liga y tenía ganas de demostrarme, de demostrar a Max —así soy de patético y de imbécil—, que había mejorado en velocidad gracias a ella. Gracias a todo lo que me ha enseñado en estos meses.

Pero ella no ha venido al Q Center Arena.

Max no estaba al lado de Harold en el banquillo, donde siempre se sentaba durante los partidos, donde la veía haciendo gestos para que siguiera luchando, para que nunca me rindiera, para que me acordara de divertirme y...

¡Maldita sea!

No he podido concentrarme, no he parado de perder el condenado disco, y mi entrenador, cansado de verme cagarla una y otra vez, me ha sustituido.

¡Normal!

Yo mismo me hubiese echado a la calle al minuto de verme jugar.

Me dejo caer en el banco, con las manos en la cabeza, con la mirada anclada en mis piernas embutidas en el uniforme del equipo, y no puedo evitar pensar en esta maldita semana, en estos primeros malditos días de enero.

Max no ha parado de evitarme, pasando por mi lado como si tal cosa, comportándose como siempre pero, a la vez, de distinta manera porque le confesé lo que sentía y ella… ¡ni se inmutó! Al contrario, me dijo lo que yo mismo no paraba de repetirle: que nuestros caminos se separarían inevitablemente. Y en este momento Max no me mira como antes, no me habla como solía hacer, no me gasta esas desquiciantes bromas que ahora mismo desearía escuchar, no me sonríe de esa manera abierta y sincera…

Y la echo de menos, ¡maldita sea!

La echo tanto de menos que me estoy volviendo loco, ¡¡hostias!!

Sin embargo, tengo que reconocer que estos días la he visto contenta, serena y tan preciosa que incluso he pensado en volver a Milton, en aceptar de una vez por todas que el hockey no es lo mío y estudiar Empresariales en Boston, como siempre ha querido mi padre.

Ella… ha pasado página tan rápido y yo sigo todavía enganchado a todo lo que vivimos como un gilipollas.

Como si no pudiera dejarla marchar.

Como si me estuviera resistiendo a cerrar la puerta a la única chica que me conoce tal y como soy. Y siento rabia.

Rabia por no ser suficiente para que ella me quiera.

Rabia por saber que ese gusano tuvo muchas más oportunidades de estar con ella que yo.

Rabia por no saber qué hacer ahora que la he perdido.

—Así es como te quiero ver: avergonzado por cómo has jugado —oigo la voz de Harold y al levantar la mirada lo veo caminando hacia mí mientras niega con la cabeza—. ¿Qué narices ha sido eso, Theo?

—No lo sé —admito, porque juro que no entiendo qué me ha pasado.

—¡¿Que no sabes?! —brama cabreado y con toda la razón. Hoy me merezco la peor de las reprimendas—. Tienes suerte de que hoy no haya ningún ojeador entre el público; si no, te aseguro que no te fichan ni en la liga amateur —sentencia y asiento con la mirada gacha.

Ahora mismo me siento avergonzado de mí mismo. He luchado tanto por conseguir mi sueño y se está yendo todo a la mierda.

Todo.

Al final voy a tener que aceptar que mi padre tiene razón: no sirvo para este deporte, no he nacido para competir, solo sirvo para estar delante de un aburrido escritorio de ébano negro, mirando números.

Nada más.

—Theo —susurra sentándose a mi lado y colocando una mano en mi hombro. Al girar la cabeza veo su comprensiva mirada. Harold es el más tolerante de todo el equipo de entrenadores. El poli bueno, como siempre lo llamamos, cuando está al lado del entrenador jefe, el padre de Max...—. Eres bueno, muchacho. Tienes fuerza, agallas y estos últimos meses que has estado entrenando con Max has mejorado en velocidad, en destreza y en improvisación. Te has convertido en un jugador muy completo —comenta y frunzo el ceño al oír su nombre, sintiendo cómo se me clava algo en el pecho que me impide respirar bien, centrando la mirada en mis manos—. Estás así por ella, ¿verdad? —susurra, y aprieto los dientes con impotencia. Porque duele, ¡maldita sea! Duele oír hablar de Max. Duele saber que ya no voy a poder estar con ella como antes—. Me he dado cuenta de que no has parado de mirar hacia el banquillo y me imagino que no ha sido para ver lo guapo que estoy hoy —comenta con soniquete, pero ni siquiera eso me hace sonreír y mucho menos hablar. Porque otra vez he vuelto a este condenado mutismo que me protegía de sentir, pero también me evitaba sufrir—. Max tiene entrenamiento, la han convocado para jugar mañana su primer partido. ¿Sabías que ha vuelto al hockey?

—Sí —susurro, porque, aunque no haya hablado con ella de eso, lo sé desde el mismo día en que la cogieron.

Los gritos de alegría se oían desde arriba y me sentí tan orgulloso de que, al fin, hubiese dado ese paso que quise bajar para abrazarla, para besarla, ¡maldita sea!, y para decirle lo increíble que es.

Y todo lo que me hace sentir.

Demasiadas cosas.

Tantas que... no consigo explicar.

—Si quieres dedicarte a esto profesionalmente, no puedes dejar que tus problemas personales afecten a tu juego. Tienes que ser capaz de aparcar todo eso, de enfrentarte a tus contrincantes con la mente despejada, y después volver a maldecir mil veces tu mala suerte. Pero no puedes hacerlo sobre la pista de hielo.

—Tienes razón, Harold. Lo siento. No volverá a repetirse.

—Por tu bien, eso espero... —dice mientras me da una palmada amistosa en la espalda y se levanta del banco—. Theo, en la vida, como en el hockey, el juego no se acaba hasta que el árbitro pita el final del partido —añade con seriedad mirándome como si me quisiera decir más que esa abstracta frase—. Si de verdad te importa esa chica, lucha por ella.

—Pero ¿y si a ella no le importo? —farfullo sin fuerzas.

Porque eso es lo que me pasa desde que hablé con ella.

Tengo la certeza de que no soy nada para Max.

Simplemente el clavo que la ayudó a quitar el primero... el que fue su primer amor, al único al que ha querido de verdad, el gusano que le destrozó el corazón.

—Esta juventud está ciega —resopla negando con la cabeza y frunzo el ceño al no entender por qué me suelta eso ahora—. No voy a meterme en este tema, porque quiero a Max como a una hija, pero piensa en lo que te he dicho, Theo. En todo —concluye alejándose de mí.

Harold sale y me quedo incluso más confundido que antes, porque... ¿qué es realmente lo que me ha querido decir Harold?

Me quedo unos segundos repasando todo lo que me ha comentado, para después alzar la cara y centrar mi mirada en el techo.

—Que luche por ella —repito.

Me levanto mientras cojo la toalla y me voy a la ducha con la duda sobrevolando mi cabeza.

Max siempre ha estado enamorada de ese gusano que tenía por

vecino. Incluso me dijo que siempre lo querría al ser su primer amor.

Lo nuestro para ella fue… fugaz como una estrella y para nada significante.

¿Cómo voy a luchar por alguien que no ha sentido nada por mí?

Me quito la ropa y me meto en la ducha sin dejar de darle vueltas al asunto. No sé el tiempo que llevo bajo el chorro de agua caliente, pero oigo a mis compañeros entrar y me obligo a salir para atarme la toalla alrededor de la cintura.

—Menuda cara tienes —se queja Elliot en cuanto me ve delante de él —. Al final nos han pegado una paliza de muerte —informa, y resoplo con frustración, porque me siento responsable de esta derrota. ¡Maldita sea, soy el primer capitán!

—A la próxima, los aniquilamos —sentencio intentando sonar convincente, pero me imagino que no lo consigo al ver el gesto de mi amigo.

—Vamos a la bolera a intentar animarnos, ¿te vienes?

—No.

—Ya no sales con nosotros como antes —protesta, y me encojo de hombros.

Porque, desde que llegué de Milton, ni siquiera he salido una vez, quedándome en mi dormitorio para intentar volver a coger las riendas de mi vida y, a la vez, maldiciendo cada vez que oía a Max al otro lado de la pared.

—¿Qué te ha pasado, Theo? Tú no juegas así —susurra, y le agradezco la consideración que tiene conmigo al hablarlo con más discreción.

No me apetece que nadie se entere de las semanas horribles que cargo a las espaldas.

—Un mal día —farfullo abriendo la taquilla.

—¡Y una mierda! —suelta para después mirar a William, que pasa por nuestro lado, y mostrarle una divertida sonrisa. Hasta que no se aleja no vuelve a acercarse a mí para hablar—. Isha me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado? —mascullo con los dientes apretados.

—Me ha hecho un escueto resumen, no te agobies, y casi me toca jurarle por todos los dioses que conozco que no se lo contaría a nadie. Pero me dijo que estabais medio liados y que ahora Max no quiere saber nada de ti —comenta con un hilo de voz y siento cómo se me estruja algo por dentro, pero es algo a lo que intento no prestar atención porque ya es demasiado vergonzoso tener que hablar de esto con el novio de su mejor amiga—. No me ha explicado más, pero... Isha está preocupada por su amiga. Dice que se está centrando en el deporte y que no quiere hablar sobre el tema...

—Ya —mascullo porque hablar de Max me hace querer verla, abrazarla e intentar que se enamore de mí, ¡maldita sea!

—Me ha dicho que Max está dispuesta a todo por entrar en la Universidad de Vancouver —comenta, y asiento, porque eso también lo sé. ¿Cómo no hacerlo? Aunque sea indirectamente, no puedo evitar enterarme de su vida, porque la echo terriblemente de menos y soy tan patético que me quedo de más en la cocina con mi tía para que me ponga al día de todo lo referente a Max.

—Y seguro que lo consigue. Pero yo me iré a Boston, Elliot —le recuerdo, porque ese siempre ha sido mi maldito plan—. ¿Para qué intentar algo con alguien cuando está destinado a acabarse? —mascullo sacando mi ropa y concentrándome en mis movimientos.

Porque eso ha sido mi resumen después de darle cien vueltas al hecho de plantearme luchar por ella bajo el chorro de la ducha. Yo mismo le aseguré que no quería hacerle daño, ¿para qué voy a intentar que se fije en mí cuando me marcharé en cinco malditos meses?

—Uno de los mejores equipos profesionales de la NHL tiene su casa en Vancouver —replica como si nada y no puedo evitar mirarlo extrañado. Veo su sonrisa traviesa y ese brillo en los ojos que me dice que esto lo tenía más que pensado.

—Ya lo sé —farfullo—. Los Vancouver Canucks. Los busqué por Internet cuando supe que Max iba a estudiar en esa ciudad.

—Entonces, ¡todo arreglado! —suelta como si fuera todo tan fácil—. La distancia ya no es problema.

—La distancia no lo es, pero creo que hay una parte que Isha no te ha contado y es que Max no siente nada por mí —le espeto con rabia, apretando tanto los dientes que creo que estoy a punto de rompérmelos.

Elliot me mira, se frota la nuca nervioso, mira hacia la taquilla, saluda a un compañero, para después volver a centrar sus ojos verdosos en mí.

—Algo habrá sentido para que estuvierais medio liados, ¿no? —susurra después de unos segundos y frunzo el ceño ante su directo argumento—. Además, Theo, si a ti te gusta y, por lo que veo, es así... ¿por qué no intentas volver a conquistarla? A las tías les molan mucho los detalles románticos y a lo mejor es eso lo que espera de ti. Que le demuestres que la quieres —suelta para luego darme una palmada en la espalda y comenzar a hablar con otro compañero como si nada mientras se dirigen hacia las duchas juntos.

Resoplo al tiempo que niego con la cabeza desechando esta conversación y empiezo a vestirme.

Todavía no sé si lograré que me fiche un equipo profesional estadounidense, como para ponerme exquisito con la ubicación del equipo...

Sin embargo, esa idea no deja de rondar por mi cabeza una y otra vez.

Porque sería la solución perfecta.

Aunque... todavía falta saber qué siente Max por mí.

—¿Por qué no te has sentado más cerca? —oigo y al girar la cabeza veo a mi entrenador hacerlo a mi lado.

—Porque no quería distraerla —comento sin dejar de mover las manos, porque estoy tan nervioso que estoy a punto de saltar a la pista para ayudarla.

Estamos en el centro deportivo Save-On-Foods Memorial Centre, en la ciudad de Victoria, casa del equipo femenino del Reign Victoria. Sobre la pista de hielo está Max, con el uniforme azul celeste, con el logo del equipo en mitad de la camiseta, la silueta de una reina con corona con los brazos extendidos. Una línea ancha roja bordea el final de la camiseta y las mangas, con dos blancas que la rodean. Detrás lleva su apellido encima del número ocho y su larga trenza se balancea cada vez que se desliza por la pista.

Max... Max es un espectáculo patinando y jugando; simplemente, es excepcional. Me encanta ver cómo le arrebata el disco a la

contrincante, cómo se escapa de la defensa, cómo se mueve con soltura por la pista.

Sin dudas, ha nacido para esto.

Sin dudas, es la reina del hockey hielo.

Sin dudas, se ha metido tan dentro de mi ser que no consigo arrancarla.

Y da igual las veces que he intentado hacerlo, porque sigue ahí.

—Como te pasó a ti ayer al no verla en el banquillo, ¿no? —me dice y frunzo el ceño, le echo una rápida mirada y suelto el aire por los labios.

—Sí.

No puedo dejar de ver cómo se mueve, es hipnótico, como si fuera tan sencillo ejecutar esos movimientos que se saca de la manga con cada dificultad. Es... brillante. Es..., ¡maldita sea!, es increíble.

—Es la mejor —comenta su padre y asiento—. Las adversarias no tienen nada que hacer contra ella. Supongo que haber entrenado todo este tiempo contigo ha logrado que mejore su juego.

—Ella siempre ha sido así de buena —replico sin dejar de mirar cómo lleva el disco con precisión hacia la portería, para lanzar y... ¡marcar! —. ¡Sí! —exclamo apretando el puño sin poder evitar sonreír.

¡Es única!

—Tu tía nos está haciendo gestos para que nos sentemos a su lado —me dice, y observo cómo está casi en primera fila, muy cerca del cristal delimitador de la pista, junto con las gemelas de Eloise, que no paran de aplaudir y animar a Max, y con Isha al otro lado de las niñas, quien, ahora mismo, me está mirando con curiosidad.

—Me quedo aquí, pero gracias por venir a decírmelo.

—Mi hija me asegura que no os ha pasado nada, pero se nota a simple vista que no sois los de siempre —comenta y me encojo de hombros. No voy a decirle a mi entrenador que me muero por besar a su hija cada vez que la veo, ¿no?—. Finn aprovechó nuestra última conversación para contarme que tú y mi hija estabais juntos a mis espaldas —confiesa y no puedo evitar mirarlo—. Sé por qué lo hizo,

pero le salió mal la jugada porque preferí no meterme en lo que tuvierais. Prefiero mil veces que Max esté contigo que con ese niñato. Aunque, cuando volviste de Massachusetts, algo cambió entre vosotros y parece que ya no estéis juntos. No me voy a meter en este tema, ni siquiera voy a intentar averiguar qué os ha sucedido y mucho menos voy a querer saber qué pasó o dejó de pasar. Solo espero que podáis arreglarlo, Theo —susurra y trago saliva con dificultad porque en este instante no sé qué decir. ¡¡Mi entrenador sabía que estaba liado con su hija!!—. Por cierto —añade al ver que no hago el mínimo esfuerzo de seguir hablando—, ya he hablado con mi amigo del Boston Bruins —me dice refiriéndose al equipo con el que llevo queriendo jugar desde que empecé a interesarme por el hockey—. Me ha dicho que estará encantado de hacerte una prueba para su equipo.

—Gracias, entrenador —respondo mirándolo una sola vez, para después volver a buscarla sobre la pista de hielo. Acaba de celebrar un gol que ha marcado una de sus compañeras, con tanta alegría o más que si lo hubiese ejecutado ella—, pero ahora mismo me estoy replanteando todo mi futuro.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunta y por su tono de voz sé que no le ha gustado lo que ha oído.

—Lo que significa —contesto encogiéndome de hombros, porque la frase está muy clara y no hace falta explicación.

—Solo has tenido un mal partido, Theo. No puedes tirarlo todo por la borda.

—Lo sé..., pero ahora mismo dudo de que ese sea mi futuro.

—Es... ¿por mi hija? —susurra y no puedo evitar mirarlo. ¿Tan cristalino soy para que haya dado en el clavo a la primera?

—No... Sí... No sé. Yo...

—La quieres —afirma en un murmullo y en ese momento Max busca con la mirada a su padre por las gradas; al no verlo donde están Julie, Isha y las gemelas, lo acaba encontrando sentado a mi lado.

Frunce el ceño cuando desliza su mirada hacia mí y comienza a patinar hacia el otro lado de la pista de hielo como si no pudiera soportar que estuviera en este enorme estadio.

¡Maldita sea! No quería que me viese aquí.

—Me tengo que ir, entrenador. Max me acaba de ver y no quiero que pierda por mi culpa. Es su debut y tiene que demostrar lo increíble que es —digo levantándome del asiento y obligándome a alejarme de aquí.

Por ella.

Porque quiero que consiga todo lo que se ha propuesto.

Porque se merece todo lo bueno que le pase; por eso mismo, no debería pasarlo mal por mi culpa...

Por eso me lo estoy replanteando todo.

Aunque eso signifique perderla o resetear todo lo que había planeado.

Todavía no he tomado una decisión, pero lo haré lo antes posible. Porque no puedo seguir viviendo con Max y sentirla tan lejos de mí.

Un pacto con el diablo

Maxine

Corro como una loca intentando encontrar a Theo.

No sé a qué hora volvió a casa anoche. La verdad es que estaba tan cansada del partido y de celebrar la victoria con mis compañeras que, después de que mi padre y Julie me contaran que Theo el Escapista quiere abandonarlo todo, caí en la cama como un tronco.

Pero el sonido de la puerta de su dormitorio al cerrarse esta mañana me ha despertado y, aunque he intentado vestirme a la velocidad de Flash, al bajar y salir a la calle, ya había desaparecido.

Theo el Runner haciendo de las suyas...

Como lo encuentre... Lástima que no me haya traído el patín, porque, al final, se lo lanzaré a esa dura cabeza que tiene.

¿Cómo va a abandonar Theo el Racional sus esquematizados planes? Y eso de que no sabe si el hockey es su futuro... ¡no se lo cree ni él!

Aaaagh... Como lo pille, se va a enterar de cómo somos las canadienses cuando nos enfadamos.

Alcanzo el camino que bordea el lago sin ver todavía rastro de Theo y... en un arranque de inspiración, me asomo al borde de este —justo donde nos conocimos— y me lo encuentro sentado cerca del agua.

¿A que lo empujo por hacerme correr después de mi primer partido?

—¿Qué es eso de que te lo estás replanteando todo? —suelto cabreada, aunque tengo que reconocer que ha sonado más como «¿qué... aaajjj... es eso... ufff... de que te lo estás... cof, cof, replanteando todo». En todo caso, espero que haya captado el mensaje mientras recupero el aliento por la carrera que me he pegado por su culpa.

—Max... —susurra mostrándome esa maldita sonrisa que... me

encanta. ¿Qué le voy a hacer? Soy así de tonta y de kamikaze. Como también débil, porque no puedo evitar disfrutar de ver cómo se levanta y se acerca a mí.

—¡Ni Max ni leches! —chillo cogiéndome con fuerzas a lo que ha provocado que esté aquí, con el frío que hace, sintiendo cómo caen ligeros copos de nieve sobre nosotros—. Escúchame bien, Theo Anderson —suelto muy digna, porque me he dado cuenta, gracias a mi padre, de que, cuando añades el apellido, suena como más rotundo todo lo que luego vas a decir—. Tú vas a dedicarte al hockey hielo y vas a entrar en un equipo profesional de la NHL de cabeza como yo me llamo Maxine Trembley, ¿ha quedado claro? No he estado estos meses haciendo la tonta enseñándote todos mis trucos para que ahora te vayas al negocio de tu padre a marchitarte como una flor.

—¿Por eso has venido hasta aquí corriendo? —pregunta, y frunzo el ceño.

¡Aaaagh, tenía que haberme traído el patín!

—No, hombre —replico con toneladas de ironía—. Esta mañana, nada más abrir los ojos, he pensado «Buah, tengo ganas de ver a alguien que quiere tirar a la basura todo lo que ha conseguido en este año y medio» y me he venido al lago para ver si tenía suerte y, ¡fíjate!, premio para la señorita.

—No he conseguido nada, Max —murmura seco.

—¡Buah, chaval, de verdad, yo contigo flipo! ¡¡Fli-po!! —me desgañito gesticulando—. ¿No eres ahora el capitán de los Grizzlies? —pregunto y veo que asiente—. ¿No eres el mejor jugador de la liga con las mejores puntuaciones? —Vuelve a asentir—. ¿No has mejorado tanto que todo el mundo cree que has hecho un pacto con el diablo?

—Si hiciera un pacto con el diablo, no tengo dudas de lo que pediría —suelta enigmático—. Pero he mejorado gracias a ti.

—Bah, no te restes méritos —farfullo sin prestar atención a su primera frase—. Yo solo te he mostrado que te puedes divertir mientras compites. Eres bueno, Theo. Eres mucho más que eso, y no puedes tirarlo todo por la borda cuando lo tienes ya tan cerca —comento con garra para detectar en su mirada tristeza, pero también duda—. ¿Es por tu padre? ¿Por eso quieres dejarlo? —tanteo y entonces achica ligeramente esos increíbles y cálidos ojos del tono de la avellana—. Julie no para de hablarme de lo mal que lo has pasado en tu casa estas Navidades, pero sin llegar a darme detalles y... bueno, he pensado que

quizá es por eso por lo que estás aquí con el frío que hace, replanteándotelo todo.

¡Mierda! Si es que soy demasiado curiosa, ¡y una bocazas! Ya podría haber salido más misteriosa, ¿noooo?, pero he soltado lo que lleva rondándome por la cabeza desde que llegó, sobre todo al verlo tan desanimado, tan esquivo y tan ausente.

—Ya te conté cómo es mi padre. Es terco como una mula y sigue empeñado en que vuelva a Milton, para que sigas sus pasos y, ya de paso, vuelva con Meghan.

—Claro, porque es la chica perfecta para ti —farfullo con resquemor y juro que intento que no suene tan mal, pero no lo he podido evitar.

—¿Estás celosa? —susurra y abro los ojos como si me hubieran pillado haciendo algo mal y comienzo a negar con la cabeza y a reírme con una risa un poco rara, la verdad.

—¿Yo? Puff... ¿De esa estadounidense rubia y perfecta? Por supuesto que no —me jacto, y sé que estoy pifiándola a lo grande.

Si es que no sirvo para disimular...

Me muestra de nuevo esa sonrisa.

Mi preferida.

Esa que estira tanto que enseña todos los dientes, achinando sus ojos, mostrándose tal y como me gusta verlo: feliz, entusiasmado, vivo.

Alzo la mirada al cielo, que comienza a llenarse de luz, aunque las nubes impiden ver el sol que empieza a despuntar por el horizonte. Sigue nevando ligeramente, los copos flotan entre nosotros dos y el suave movimiento del lago nos envuelve como un murmullo.

—Meghan sabe que no tiene nada que hacer conmigo, Max, porque le hablé de ti.

—¿Por qué le hablaste de mí? —susurro sin evitar mostrar mi extrañeza.

—¿Cómo que por qué? Te lo dije aquí mismo en nuestra última conversación —comenta visiblemente molesto y no entiendo por qué.

Porque la única que tiene derecho a estar enfadada soy yo, ¡ea!

—¡Lo único que me dijiste fue que lo que pasó entre nosotros fue real! —le rebato gesticulando con los brazos, como si así consiguiera que me entendiese mejor.

—¿Eso es todo lo que recuerdas de lo que hablamos? ¡Maldita sea, Max, te dije que te habías colado dentro de mí! ¡Que no podía dejar de pensar en ti!

—¿Quieres que te pida perdón? —suelto sin entender nada.

—¡Maldita sea, Max, te quiero! ¿Lo oyes?, ¡¡TE

QUIERO!! Estoy locamente enamorado de ti y no puedo dejar de pensar ni un segundo en ti. No puedo pasar ni un minuto sin verte. Me mata tenerte delante y, ¡joder!, no besarte. ¡¡Eso es lo que me pasa!! Por eso me estoy replanteando toda mi condenada vida. Porque he encontrado en ti lo que pensé que no existía para mí.

El silencio nos envuelve mientras intento asimilar lo que me acaba de decir.

¿Me quiere?

¿Ha dicho que está enamorado de mí?

Ay, mi madre… ¡qué calores!

Me quito el gorro y comienzo a abanicarme con él mientras miro sus preciosos ojos, que me observan con atención. Se me seca la garganta al ver sus labios entreabiertos, sus mejillas sonrosadas por el frío, la puntita de la nariz roja, el gorro negro de lana tapando sus rizos que sé que ahora mismo estaría revolviéndose si no lo llevara puesto.

—¿No vas a decirme nada? —me plantea, y veo duda en sus ojos.

¡Mierda! Es la primera vez en mi vida que me he quedado sin palabras.

Y eso, viniendo de mí, es tan extraño como si comenzaran a caer osos del cielo.

—Sé que no he llegado en el momento indicado —sigue hablando mientras intento animar a mi boca a que diga algo, aunque sea una palabrita, una chiquitita. Tampoco pido tanto—. Tú estabas enamorada del vecino y, mientras intentaba alejarlo, yo me enamoré de ti. Pero… necesito saber si tengo alguna posibilidad contigo, Max.

Porque, si tengo la más mínima posibilidad de que estemos juntos, te aseguro que haré lo necesario para quedarme en Canadá. Aunque tenga que acampar en la puerta del entrenador de los Vancouver Canucks y obligarlo a que me fiche para su equipo —suelta con rotundidad y no puedo evitar sonreír al imaginarme esa escena.

—Pero no quiero que te desvíes de tu sueño, Theo —susurro con sinceridad sintiendo cómo mi cuerpo rechaza por completo ese razonamiento.

¡Pero si estoy frenándome para no lanzarme a sus brazos!

—Y técnicamente no lo hago. Cuando hice el trato con mi padre solo me puso como condición que tenía que ficharme un equipo de la NHL, pero no me dijo que tenía que ser un equipo estadounidense. Y poder conseguir mi sueño a tu lado es mucho mejor que conseguirlo sin ti —dice para después moverse inquieto—. Max, por favor, di algo.

—Yo... —susurro intentando ordenar mis ideas—. ¿Cómo es posible que estés enamorado de mí y no me haya dado cuenta? —suelto y veo cómo alza los ojos al cielo con resignación, como si se estuviese armando de paciencia.

—Max —me anima para que hable y no me quede en lo que él ha dicho, pero es que aún estoy procesándolo.

¡¡Que es la primera vez que un chico me declara su amooooorrr!!

«Céntrate, Max, y no la cagues.»

—Sí, está bien —digo para después coger aire y echarlo creando una nube de vaho—. Es cierto lo que has dicho de Finn, aún seguía sintiendo algo por él, pero eso no era amor. Ya te dije que era imposible que lo fuera. Y tú... —susurro y siento que la voz se me quiebra—. Tú llegaste y empezaste a ocuparlo todo. En cada segundo de mi vida estabas tú y me recordaste lo divertido que era el hockey, lo bien que se me da, lo mucho que lo echaba de menos... y empecé a conocerte. Y con cada cosa que descubría de ti, quería saber más. Hasta que nos besamos aquella tarde y ahí, Theo, ahí caí con todo el equipo. Llevo loca por ti desde entonces, intentando controlarlo, porque no quería volver a pasarlo mal, pero a la vez disfrutándolo, porque todo era diferente. Es cierto que, cuando vi esas fotos, yo... —Cierro los ojos—. Yo pensé que me había equivocado contigo. Pensé que lo mío no era mala suerte, sino vicio al acabar enganchada de otro tío que me utilizaba para conseguir algo. Y... cuando me contaste que fue tu padre, no te creí, pero al mismo tiempo supe que no mentías,

porque... Aunque me fastidie reconocerlo, empecé a confiar en ti sin darme cuenta. Empecé a sentir por ti un amor distinto, un sentimiento bonito que no me hacía sentir esclava, que no me hacía sentir mal, sino que me animaba a hacer cosas que pensaba que ya no eran para mí —suelto haciendo que este arrugue ligeramente la frente al no esperarse esa manera de llamarlo—. Pensaba que no era importante para ti, Theo, que simplemente era un pasatiempo, alguien con quien estar mientras se cumplía el plazo para marcharte.

—Jamás hubiese hecho algo así, Max.

—Sé que puede sonar mal, pero es que así lo siento: estoy cuerdamente enamorada de ti, Theo. Porque tú me has dado la cordura que necesitaba, la seguridad que tanto quería, incluso me has mostrado que tenía más fuerza de la que creía y... ¡Maldita sea, que te quiero! —suelto adueñándome de su expresión y veo cómo sonríe.

Cómo sonríe mientras se acerca.

Cómo esa sonrisa se ensancha hasta límites insospechados mientras siento su mano enfundada en un guante acariciar mi cara y mirarme de esa manera especial que tiene.

—Nos queremos —murmura colocando una mano en mi cintura para acercarme a él.

—Eso parece —susurro encogiéndome de hombros sin perderme detalle de sus gestos, de su rostro, de esos ojos que me desarman y de esa maldita sonrisa que ahora mismo quiero besar.

—¿Y qué narices hemos hecho durante estos días? —se queja, y sonrío.

—Perder el tiempo de la peor manera posible —confieso haciendo una mueca de fastidio.

—Hemos tenido demasiados frentes abiertos, demasiadas personas que no querían que estuviésemos juntos.

—Incluyéndonos a nosotros mismos —digo encogiéndome de hombros.

—Entonces, tenemos que hacer algo para recuperar ese tiempo perdido.

—¿Sí? ¿Y en qué habías pensado? —pregunto con una sonrisa al ver

cómo ancla su mano en mi cuello y desliza el pulgar por mi mejilla.

—En darte todos los besos que me moría por darte estos días —murmura y siento su boca posarse sobre la mía con un beso cargado de palabras, de promesas, pero también de hechos.

Me cojo de sus hombros al tiempo que ese beso se profundiza, se desboca y se vuelve un mar de sentimientos incontrolables mientras los copos de nieve bailan a nuestro alrededor y siento cómo se expande mi pecho al darle la bienvenida a un amor de los buenos.

A un amor que suma.

A un amor que no da miedo.

A un amor que nos hace crecer.

A un amor que te hace sentir bien contigo misma.

A un amor que empezó con un beso por error.

Epílogo I

Haga lo que haga

C

INCO MESES DESPUÉS. 11 DE JUNIO

Theo

Estamos todos en el auditorio Farquhar de la Universidad de Victoria, sentados en nuestras butacas mientras el director del instituto Belmont habla sobre este último año de secundaria que acabamos de terminar. Después empieza el acto de entrega de nuestros diplomas. Supongo que la emoción que siento es debida a las fotos que se suceden detrás de él en una pantalla blanca —imágenes de todos nosotros en distintos eventos, fiestas, partidos— y, cada vez que aparece una fotografía de Max y mía abrazados sonriendo a la cámara, no puedo evitar sonreír como un idiota… recordando, con cada una de ellas, todo lo que hemos vivido hasta llegar aquí.

Estos cinco meses han sido una maravillosa locura. Nada más darnos cuenta de que estábamos locos el uno por el otro, decidimos hablarlo en casa. Nos habíamos cansado de mantenerlo en secreto y estábamos deseando dejar de escondernos. La verdad es que tanto su padre como mi tía suspiraron agradecidos de que al final hubiésemos conseguido arreglarlo. Por supuesto, el entrenador nos marcó unas sencillas reglas a seguir: nada de sexo bajo su techo y, cuando lo hubiese, con protección. Creo que esa vez, tanto Max como yo, estábamos deseando desaparecer del salón y que su padre dejara de hablar del temita.

—Se te cae la baba, colega —susurra Elliot mientras me da un codazo, provocando que deje de pensar y me centre en la pantalla.

Ahora mismo aparece otra foto de nosotros, en el baile de primavera,

en el que Max iba tan guapa que creo que gasté todas mis energías —y mi paciencia— para no cogerla en brazos y llevármela a mi pick-up lejos de todo el mundo para adorarla como se merecía y hacerla gemir hasta el amanecer.

—No lo puedo evitar —suelto con una sonrisa y este comienza a carcajearse al ver que ni siquiera me esfuerzo en disimular.

Ya había reprimido demasiado este sentimiento, esta atracción que sentía hacia Max, pensando primero que era imposible que me estuviese enamorando de ella —mis límites y mis escudos estaban ahí para algo—, para después darme cuenta de que no había tenido ni siquiera la opción de no hacerlo.

Todavía recuerdo cuando Max intentó convencerme de mantener las distancias en el instituto, según ella para no provocar una rebelión de populares contra marginados. Pero ya me había aguantado tanto que ni siquiera sopesé esa posibilidad. La quería, ¡maldita sea!, y me daba igual que todos los alumnos de Belmont me miraran como si me juntara con un ser venido de otro planeta. Me daba exactamente igual porque para mí Max es perfecta.

Los primeros minutos en los que aparecimos en el instituto cogidos de la mano fueron... raros, no puedo negarlo. Pero Elliot enseguida los despistó con alguna de sus bromas y, con total normalidad, tanto Isha como Max pasaron a ser unas más de nuestro grupo, que perdió a dos integrantes a los pocos días: William y Hannah. Ellos prefirieron coronarse como los reyes del instituto, desmarcándose de todos, y nosotros, simplemente, los dejamos que reinaran a sus anchas.

—Theo Anderson —me llama el director desviándome de mis pensamientos y sonrío mientras me dirijo hacia el escenario entre aplausos y vítores.

Me entrega el diploma y saludo al público al tiempo que siento varios flashes cegándome momentáneamente. Vuelvo a girarme para ver al director y camino hacia él.

—¿Podría decir unas palabras?

—No está programado en el acto, señor Anderson.

—Lo sé, pero seré breve. Se lo prometo —insisto y me tiende el micrófono con una mirada precavida.

—No me haga arrepentirme.

Sonrío mientras me acerco de nuevo al centro del escenario, esta vez con el micrófono en la mano.

—Buenas tardes —saludo y oigo silbidos y piropos que me hacen sonreír para buscar entre el público a mis padres, que están sentados al lado del entrenador y mi tía, pendientes de lo que digo. Todavía me asombra que hayan cogido un avión para verme graduar. Creo que mi padre aún tiene alguna esperanza de que vuelva a Milton...—. Cuando llegué a Belmont lo único que quería era pasar desapercibido para centrarme en conseguir mi plan. —Oigo risas, aunque sé que Max sabrá que hablo totalmente en serio—. Pero, como habéis visto, me ha sido imposible. Y he encontrado a un amigo increíble —digo señalando a Elliot, que se levanta de su asiento para saludar, recibiendo de paso más vítores y aplausos—, a una chica preciosa —le guiño un ojo a Max y esta me lanza un beso al aire— y a una familia —susurro mirando al entrenador y a mi tía, que se está limpiando las lágrimas con disimulo—. He aprendido mucho en este instituto, cosas que no se enseñan en las aulas. Lo siento —digo mirando a los profesores, que sonríen por educación—. He aprendido a no confiar nunca en las habladurías, a mirar más allá de lo que aparenta alguien, a confiar en la persona indicada, a no rendirme nunca y, sobre todo, que a veces romper las reglas es tan inevitable como necesario. Gracias a una personita que está aquí sentada y que todos sabéis quién es —digo mirando directamente a Max, que me muestra una amplia sonrisa—, he conseguido que se cumpla uno de mis sueños y creo que no podré demostrarle lo mucho que me ha ayudado y lo importante que es para mí. No me enrollo más —concluyo al ver al director haciéndome un gesto para que acabe—. Solo quiero recordaros a todos que los planes se pueden variar tantas veces como uno necesite, siempre y cuando el fin sea el mismo. Gracias.

Los aplausos me acompañan de nuevo a mi asiento y Elliot me da un codazo amistoso.

—¿Qué nos han hecho estas chicas, colega? —suelta refiriéndose a Isha, pues Elliot y ella siguen juntos.

—Enseñarnos que las apariencias engañan —le recuerdo, y asiente con la cabeza mientras se levanta para ir a por su diploma.

Y sigo recordando estos meses atrás, como si las fotos que continúan sucediéndose en la pantalla me ayudaran a refrescar mi memoria.

Aunque era bastante difícil que coincidiéramos, pues entre sus entrenamientos y los míos, su liga y la mía, andábamos bastante justos

de tiempo, cuando podíamos seguíamos entrenando juntos, siempre acompañados por música, risas y besos.

Esta temporada hemos logrado acabar los terceros de la liga y Max ha alcanzado la segunda posición con su nuevo equipo, coronándose como la jugadora revelación de la temporada. Creo que no hace falta decir que ya tiene un hueco asegurado en el equipo femenino de Vancouver, donde la están esperando con los brazos abiertos.

Pero creo que, de todo lo que me ha pasado en estos meses, lo que todavía me sigue alucinando es la oferta que recibí hace un par de meses. Fue de un ojeador que estuvo en uno de nuestros primeros partidos. Me llamó para charlar y hacerme una prueba en solitario, y me confesó que una chica muy persistente lo animó a que guardara mi nombre para el futuro.

Ese ojeador era del equipo Vancouver Canucks y esa chica, como no podía ser otra, era Max. ¿Os lo podéis creer? Yo aún sigo digiriendo que he conseguido mi sueño y, además, tengo un plus que ni siquiera imaginé encontrar: a mi chica, a la única que ha creído en mí más que yo mismo, mi Max..., con la que iré el curso próximo a estudiar a la misma universidad: ella, Ciencias del Deporte, y yo, Medicina Deportiva.

—Maxine Trembley —oigo y me levanto para silbar y jalear a mi chica.

Está increíble, con su túnica azul marino y su birrete del mismo color. Va con el pelo suelto que ondea en su espalda y a mí ya me está sobrando tanta ceremonia, porque lo único que quiero es besarla. En este momento coge el diploma, le da las gracias al director y coge el micrófono mientras le susurra una frase, con esa sonrisita que me dice que algo tiene planeado.

—Buenas tardes —saluda y se le escapa una risita—. Solo quiero decirle al señor Anderson que, aunque me ha gustado, esta dedicatoria no es la que pedí —suelta como si nada—. Sois todos testigos de que el primer premio que consiga como jugador profesional me lo tiene que dedicar a mí y sé que no tardará en hacerlo. ¡Gracias! —suelta pizpireta y no puedo evitar carcajearme.

¡Max es única!

Cuando termina la entrega de diplomas nos juntamos todos para tomar un aperitivo. Estoy con mis padres mientras veo a Max danzando de aquí para allá. Mi padre sigue empeñado en hacerme

cambiar de idea, aunque ya le haya asegurado que he tomado una decisión irrevocable: me quedaré en Vancouver, por lo menos, hasta que acabe la carrera. Después... pueden pasar muchas cosas y no quiero adelantar acontecimientos, porque todavía quedan muchos años por delante para que llegue. De momento me voy a centrar en los estudios, en el hockey y, por supuesto, en esa chica que ha conseguido que vuelva a tener ganas de comerme el mundo. Supongo que, por esa misma razón, la busco con la mirada y la veo...

No puede ser.

Está acercándose al gusano que tenía como vecino, que la mira como si fuera un maldito regalo. Los observo mientras freno mis impulsos, que me empujan hacia ellos, consciente de que no tengo de qué preocuparme, porque sé que puedo confiar en Max y, además, está conmigo y eso nadie lo puede cambiar. Pero, aun así, no pierdo ojo de todo lo que pasa.

De cómo se abrazan.

De cómo Max le sonríe.

De cómo ese macarra rubio la mira, para después deslizar la vista por todo el teatro hasta encontrarme a mí.

Me mira de distinta manera, como si aceptara lo que ha sucedido, como si no hubiese rastro de esa rivalidad del pasado, como si hubiese cambiado algo en él.

Eso es algo que por supuesto no me creo, porque, sencillamente, no me fío de él.

El gusano y Max intercambian un par de palabras más, para después ver a las gemelas abalanzarse sobre Max mientras esta no para de bromear y reír. El macarra aprovecha esa distracción para caminar con los ojos clavados en mí.

—Ahora vuelvo —les digo a mis padres, que sé que han estado hablando conmigo, aunque ahora mismo ni siquiera recuerdo de qué. Supongo que me habrán repetido que vuelva a Milton. Están obsesionados con eso y no se dan cuenta de que la empresa de mi padre no me interesa en absoluto, como tampoco seguir sus pasos.

Me encanta jugar al hockey hielo, me encanta el deporte y estar encerrado en una oficina no es para mí. Además, esa vida la eligió él, lo hace feliz a él, pero no a mí.

Me encuentro con ese tipo a mitad de camino; tiene las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones y baja ligeramente la mirada, pues es más alto que yo.

—Está feliz —me dice como si yo no me hubiese dado cuenta.

—Así es.

—Gracias por hacerla feliz.

—No lo he hecho por ti.

—Lo sé —suelta mostrándome una sonrisa sardónica que me hace mirarlo mal. Es cierto que en este tema soy subjetivo, pero siempre me ha caído fatal. Peor que eso, no lo soporto por haberle hecho tantas veces daño y para mí siempre será el gusano de la casa de al lado—. Espero que no la cagues nunca. Te aseguro que no se encuentran chicas como ella tan fácilmente.

—No lo haré.

—Lo sé. Tú has sabido hacerlo bien y, aunque te he odiado por encima de todo, también te respeto por hacer que Max sonría tanto. Te diría, para molestarte, que estaré al acecho por si metes la pata y recuperarla, pero ambos sabemos que Max nunca ha sido mía —susurra, y noto en su voz una nota de resentimiento.

—Jamás he pensado que Max fuera de mi propiedad, simplemente elige estar conmigo, como yo con ella.

El macarra rubio me mira serio mientras asiente a mis palabras, se gira para mirar a Max con sus hermanas, que no paran de hablar, de bailar y de probarse el birrete, para después volver a mirarme a mí.

No volvemos a hablar, creo que ambos sentimos el mismo desprecio por el otro. Hace un amago de sonrisa que ni siquiera le llega a los ojos y se da media vuelta para volver con las gemelas y con Max. Sé que, en parte, debería estarle agradecido. Si ese gusano no hubiese vuelto a su casa, el entrenador no me habría pedido que vigilara a su hija y, tal vez, todo lo que ha pasado entre nosotros no hubiese sucedido. Aunque sinceramente… me temo que mi final hubiera sido el mismo.

En este momento Max me busca con la mirada y me sonríe y yo a ella. Y siento que todo el mundo desaparece a nuestro alrededor.

Solo estamos ella y yo.

Nadie más.

D

OS MESES DESPUÉS

—Buah, chaval, luego dicen que las chicas almacenamos cosas —se queja soltando una caja para después dejarse caer en el desvencijado sofá, y no puedo evitar sonreír—. ¿Has dejado algo en Milton, chico de Massachusetts? —añade con guasa y me siento a su lado cogiéndole las piernas para que las ponga encima de las mías.

—Algo habrá por ahí.

—Y tiene el valor de soltármelo así —protesta, y la envuelvo con mis brazos para acercarla a mi cuerpo—. Ahora no me hagas la pelota.

—Me encanta hacerte la pelota —susurro en su oreja y veo cómo sonríe—. Ahora eres tú la que tiene la pasta. Creo que incluso te veo más atractiva, Max, y no entiendo cómo es posible que haya tardado tanto en decirte lo increíble que eres —bromeo mientras deslizo mi nariz por todo su cuello.

Me encanta cómo huele.

La verdad es que me encanta todo de ella.

—¡Pero bueno! —exclama dándome con un cojín y me echo a reír—. Eres lo peor.

—Pero me quieres.

—¡Qué remedio! —bufa con fingido pesar, como si fuera un sacrificio hacerlo.

—¿Has hablado con tu madre para decirle que vas a gastarte el dinero que te da? —quiero saber sin dejar de abrazarla, de mirarla. ¡Joder, no me canso de estar así con ella!

—No he hablado con ella... aún. Pero es que no sé qué decirle, Theo. Llevo sin saber de mi madre desde que tenía trece años, ¿qué le

suelto? «Oh, mamá, ¿te acuerdas de mí? Pues nada, que sepas que me he alquilado un coqueto estudio en Vancouver para vivir en pecado con mi novio estadounidense. Sé que no lo conoces, pero no te preocupes, lo podrás ver en la tele cuando echen los partidos de la NHL. Es el más guapo de los Canucks. Sí, lo sé, tengo muy buen gusto. Y, sí, no te preocupes, que además de entrenar muy duro iremos todos los días a la universidad» —suelta y no puedo evitar echarme a reír ante su discurso.

—El más guapo... Eso me gusta.

—Siempre fijándote en lo mismo. ¡Eres un creído! —resopla al tiempo que pone los ojos en blanco y le doy un beso rápido en los labios.

—También me he dado cuenta de que vamos a vivir en pecado —susurro alzando repetidamente las cejas.

—Eso parece. —Encoge los hombros—. Ya sabes cómo son los adultos, ya intuirán que entre estas paredes habrá... sexo —dice bajando la voz, como si hubiese alguien cerca que pudiese oírnos.

—¿Sí? Pues creo que no deberíamos desilusionarlos —digo mientras busco sus labios y ella me recibe con gusto, para después sonreír contra mi boca.

Joder, me encanta que sonría cuando la beso.

Me encanta que me coja de la sudadera y meta sus manos por dentro.

Me encanta que sea tan atrevida, tan genuina, tan única.

Me encanta esta chica, haga lo que haga.

Me encanta lo que siento cuando estoy a su lado.

Me encanta cómo soy desde que ella entró en mi vida para revolucionarla.

Epílogo II

Mucho más

D

OS AÑOS DESPUÉS

Maxine

Saco la cabeza del agua y tengo delante a Isha, que me sonríe ampliamente.

—¿Echabas de menos Langford? —me pregunta nadando a mi lado mientras nos dirigimos a la orilla.

—Aunque parezca mentira, mucho —confieso saliendo del agua para tumbarnos para que el sol nos caliente tibiamente la piel.

Estamos en verano. El sol, las temperaturas agradables, el lago y mi mejor amiga al lado. ¿Se puede pedir más?

—¿Y Theo? —me pregunta y dibujo una sonrisa boba, porque, sí, si él estuviera aquí, esta mañana sería todavía más perfecta.

—Ha quedado con Elliot —contesto y veo que mi amiga voltea la mirada hacia el lago mientras se quita el exceso de agua de su largo cabello negro—. ¿Cómo estás? —le pregunto empujándola suavemente para que me mire.

—Bien —dice para después suspirar—. Ya ha pasado un año desde que rompimos y ya no me duele oír hablar de él —comenta, y asiento porque la entiendo.

—Me dio mucha pena que lo dejarais.

—Lo sé —suspira para mirarme de reojo—, pero él estaba estudiando y jugando en Montreal y yo estudiando Medicina en Toronto —comenta—. Más de cinco horas de distancia en coche, Max. Era inevitable que lo dejáramos, sobre todo cuando tú y yo sabemos que Elliot es… un imán para las chicas.

—Él te quería, dudo que hiciera algo.

—Lo sé, pero la distancia desgasta mucho y la imaginación es una mala consejera, Max… Además —dice con un hilo de voz y veo una chispa en sus ojos que me indica que aquí hay tema—, yo… ¡Juro que no pasó nada!

—Ay, mi madre —bufo y veo que se tapa la cara con ambas manos.

—Pero conocí a un chico en clase. Nos hicimos amigos, muy amigos, la verdad… y…

—¿Y?

—Hace unos meses comenzamos a salir.

—¡Isha! —la reprendo—. ¿Por qué no me lo has contado?

—Porque no quería que pensaras que había dejado a Elliot por él, porque no fue así. Jamás pasó nada entre nosotros mientras estaba saliendo con Elliot. Simplemente me sentía sola en Toronto y Navil estaba siempre ahí conmigo.

—¿Navil? Uuuh… —suelto mientras la vuelvo a empujar suavemente.

—Me contó que le gustaba desde hacía tiempo y que, cuando le dije que había roto con Elliot, pues… —susurra encogiéndose de hombros y no puedo evitar sonreír. Porque el chico esperó pacientemente a tener una oportunidad con ella, sin obligarla a nada, y ya, con saber eso, me cae bien—. Sus padres también son indios, ¿sabes? Y… bueno, no veas lo contenta que está mi madre desde que se lo conté. Ya sabes que siempre ha querido que esté con un chico de una buena familia india. ¡Anda que no intentó meterme por los ojos a alguno de los hijos de sus amigas sin importar que ya tuviese novio! —se queja y me echo a reír, porque la verdad es que la madre de Isha es tozuda como ella sola y le daba igual que su hija ya estuviese saliendo con otro chico.

—¿Dónde vive?

—En Toronto, pero vendrá la semana que viene a conocer a mi madre.

—¡Isha! —exclamo abriendo mucho los ojos al oír eso.

—¡Lo sé! Esto va cuesta abajo y sin frenos, pero... no me importa, ¿sabes?

—Porque lo quieres.

—Mucho, ¡muchísimo! —afirma tan sonriente que no tengo ni una duda de que está siendo muy sincera.

—Pues me alegro un montón por ti. La lástima es que no estaré aquí la semana que viene.

—Uy, es verdad... —susurra empujándome esta vez ella a mí—. Mi amiga va a ir al mundial de hockey femenino.

—Sí —digo con una sonrisa—. Me voy a Ámsterdam y... —Vacilo un segundo—. Veré a mi madre.

—Me muero —suelta, y no puedo evitar echarme a reír—. Me muero muerta ahora mismo. ¿Va a ir a verte jugar?

—Eso parece. Mi abuela también se ha apuntado a la excursión y nos veremos todos allí como una familia dispar pero bien avenida. Espero que vaya bien. Hace muchos años que no la veo, aunque este último hemos empezado a hablar por teléfono.

—¿Te ha llamado ella?

—Sí —contesto con una sonrisa porque, aunque fue incómodo y un poco extraño volver a oír su voz, también me hizo sentir bien que ella todavía quisiera saber de mí, aunque nunca haya estado presente de verdad.

—¿Y Theo irá?

—No creo que pueda. Lo han convocado para unas exhibiciones con la selección de hockey de Estados Unidos y no sé si le dará tiempo de coger un avión y venir a verme.

—¿Cómo está tras la derrota de su selección?

—Bien. La verdad es que no está tan obsesionado como en el instituto con esas cosas. Dice que lo importante es coger experiencia, ser cada día mejor y, cuando llegue el momento, disfrutarlo a tope. Sé que lo conseguirá, pero tampoco depende en exclusiva de él. La verdad es que esta temporada ha sido el mejor jugador de los Canucks y, aunque

ha recibido varias ofertas de otros equipos, las ha rechazado todas. El entrenador cree en él y yo más.

—Y además estáis juntos en vuestro nidito de amor —comenta, y sonrío.

—Sí. Al principio vivir juntos fue una locura, y eso que ya lo habíamos hecho en casa de mi padre, pero, claro, no taaan juntos. Pero cuando nos hemos acostumbrado a las cosas del otro, todo ha ido muy bien. Nos queremos y creo que eso es lo único que importa.

—Y que os apoyáis en todo, Max. Eso es, a veces, incluso más importante.

—Tienes razón —admito, porque fue él quien me animó a que aceptara pertenecer a la selección canadiense de hockey hielo y... ¡voy a disputar mi primer campeonato mundial!

Si es que todavía no me lo creo.

—Por cierto... —musita y veo que ya me está mirando fijamente—, ¿has vuelto a saber algo de Finn?

—Sí —digo encogiéndome de hombros—. De vez en cuando me envía mensajes para preguntarme cómo estoy y eso... Está en Seattle —comento mientras niego con la cabeza, porque me resulta curioso que haya acabado en la ciudad donde viví aquel año antes de que todo cambiara—. Está trabajando como electricista en una empresa y le va bien. Le va muy bien, en realidad. Incluso está saliendo con alguien.

—Me imagino que Finn habrá estado con muchas chicas en estos dos años, Max.

—Lo sé, no soy tonta. Pero esta es especial, por lo menos es lo que me ha dicho él, y yo me alegro tanto de que esté bien, de que haya encontrado su camino...

—Al final ha sabido cambiar el rumbo de su vida —comenta Isha, y asiento sintiéndome orgullosa de que lo haya podido conseguir.

—Sí, menos mal. Su madre está muy contenta. Ayer estuve charlando con ella y no para de hablar de su hijo, del apartamento que tiene alquilado en Seattle y del dinero que le envía para que sus hermanas continúen estudiando.

—Al final el chico malo se convirtió en bueno —resume, y sonrío,

porque nunca he visto a Finn como a un chico malo. Es cierto que era un macarra, que le molaba el peligro y no era amigo de las normas. Pero no tenía dudas de que tenía un trasfondo bueno, aunque las circunstancias y, sobre todo, las compañías le hicieron cometer demasiados errores—. ¿Te arrepientes de no haberte ido con él cuando te lo pidió?

—No —contesto sin dudar—. Es cierto que Finn era como mi kriptonita; cuando estaba cerca, mi cuerpo y mi mente colapsaban, pero dudo que eso hubiese sido bueno para mí... Lo he querido mucho, bien lo sabes, pero Finn y yo no nos hacíamos ningún bien al otro. El amor que sentía por él era casi obsesivo, era como si estuviese buscando en Finn lo que pensaba que necesitaba para ser feliz, cuando es justo lo contrario. Y me temo que a Finn le pasó al contrario después. Se había acostumbrado tanto a que fuera detrás de él que, cuando dejé de hacerlo, simplemente se dio cuenta de mi existencia. —Me encojo de hombros—. Me sorprendió verlo en nuestra graduación, pero también me alegré de que hubiese dado ese paso. Al tenerlo delante tuve claro que ya no había rastro de ningún sentimiento hacia él. Ninguno, Isha. La verdad es que me alegro de que al final hayamos conseguido ser amigos y que, de vez en cuando, sepamos algo el uno del otro. Al fin y al cabo, él siempre será el primer chico al que besé y del que me enamoré.

—¿Y Theo sabe que hablas con él?

—Claro. Theo y yo somos un equipo, Isha. Somos amigos ante todo y lo entiende. Entiende que Finn siempre esté ahí, porque no tiene ni una duda de que lo que siento por él es mucho más grande de lo que pude sentir por el vecino de la casa de al lado.

—¿No sabéis que los bombones al sol se derriten? —oímos la voz de Theo y no puedo evitar sonreír para girarme y verlo llegar.

Ahora sí que es una mañana perfecta.

—Lo sabemos —contesto contemplando cómo se acerca a nosotras con esa increíble sonrisa que sigue despertando en mí tantas sensaciones —, pero ya sabes que somos unas rebeldes y nos mola el peligro —comento con guasa y veo a Isha reírse ante mi explicación.

—Tu padre y mi tía nos están esperando para almorzar —me informa mientras se sienta a mi lado después de saludar a Isha—. Y me han enviado para saber si estás bien o metiéndote en problemas.

—Mi eterno caballero con armadura de Nike —susurro dándole un

beso en la mejilla.

—¡Ese soy yo! ¿Vamos? —dice tendiéndome la mano y se la cojo sin dudar, porque sé que con él me iría al fin del mundo.

D

OS SEMANAS DESPUÉS

El pitido del final del partido nos hace patinar rápidamente entre nosotras para abrazarnos sin evitar gritar, llorar de felicidad y sonreír, todo a la vez, sin orden ni concierto, pero es que... ¡¡acabamos de ganar el campeonato mundial!!

—¡¡Aaaaaaaaaah!! —chillo entusiasmada, liberando la presión, el esfuerzo, las horas de entrenamiento y los nervios.

Lo hemos conseguido.

¡¡LO

HEMOS

CONSEGUIDO!!

Miro hacia la grada buscando a mi familia; todos están juntos y revueltos en la misma fila. Mi padre con Julie, mi abuela al lado de mi madre y su marido, todos de pie, aplaudiendo como locos, limpiándose las lágrimas sin disimulo... y me acerco a ellos mientras agito las manos en el aire.

No me lo creo.

—¡¿Y Theo?! —grito a mi padre para que me oiga a través de la algarabía, porque es al único que echo de menos esta tarde en esta fila con todas las personas importantes de mi vida.

—No ha podido venir, Max —me contesta mi padre con seriedad y me encojo de hombros porque sé que, si no está aquí, es porque le ha sido realmente imposible.

Sin embargo, eso no me hace sentir mejor, porque no todos los días se gana un campeonato del mundo y lo echo de menos.

Lo echo muchísimo de menos.

Intento centrarme en el momento, bailo sobre la pista de hielo con mis compañeras, sin dejar de reír, de llorar por la emoción, mientras lanzo besos a mi familia, que sigue aplaudiendo apasionada. Incluso mi madre, a la que llevo tanto tiempo sin ver, está emocionada por el triunfo. Y aunque nuestro reencuentro fue... raro, que esté aquí significa mucho para mí. Todavía me echo a reír cuando Julie me susurró al oído que me parecía más a mi padre que a ella físicamente. Y es que es normal. Mi madre es... un bellezón y yo he salido más normalita.

Nos hacen entrega de la medalla de oro y levantamos la copa rebosantes de felicidad mientras nos bombardean con multitud de flashes, para después dirigirnos a los vestuarios para ducharnos y... continuar con la fiesta, por supuesto.

Abro la taquilla y noto mi móvil vibrar en mi bolso; lo cojo rápidamente y veo tres llamadas perdidas de Theo y varios mensajes suyos que no dudo en leer.

Lo siento mucho, Max, pero no llego.

¡¡Campeonaaaaasss!! Sabía que lo conseguirías.

Eres la mejor.

¡¡La mejor, maldita sea!!

Sonrío mientras le envío dos emojis, una copa y un corazón, para después guardar el teléfono y obligarme a no llorar.

Quiero que esté aquí, ¡joder!

Intento tranquilizarme, porque esto ya lo hemos hablado y sabemos que a veces nos será imposible estar con el otro y no pasa nada. Tenemos distintas agendas, distintas fechas para campeonatos y

exhibiciones, y es normal que no podamos acompañar siempre al otro.

—Max, espabila —me dice una compañera señalando las duchas y asiento mostrándole una sonrisa.

«Eso es, Max, espabila, que tienes un logro que celebrar.»

Después de ducharnos, nos reunimos con nuestras respectivas familias antes de dirigirnos al hotel para ponernos monas y quemar Ámsterdam.

Me dejo abrazar por mi padre, por Julie, por mi abuela, sin dejar de sonreír, y mi madre… Bueno, ella y yo estamos en proceso, pero aun así no evita que nos demos un rápido abrazo y que vea en sus ojos, tan distintos a los míos, emoción. Después de escuchar sus palabras de felicitación, me dirijo con ellos al hotel donde está el equipo de Canadá concentrado y subo a mi habitación buscando el maldito móvil, que ha comenzado a sonar persistentemente.

¡Es Theo!

—¡Al fin! —exclama mi chico cuando respondo—. Llevo llamándote desde que saliste por la televisión.

—Esto es una locura, cariño —le digo mientras abro la puerta y entro para dejarme caer en la cama. ¡Estoy exhausta!—. Todavía no me lo creo.

—Créetelo, porque habéis jugado todas genial, pero tú has estado bestial. ¡A mis compañeros del equipo les he dado la murga estas dos semanas cada vez que jugabas! Pero todavía no saben que ahora incluso seré peor, porque podré presumir de que una campeona del mundo me dio clases de hockey —suelta y no puedo evitar sonreír.

—Te echo terriblemente de menos —susurro y me muerdo el labio inferior porque no quería decírselo. No quería que se sintiera mal por no haber podido estar aquí conmigo.

—Y yo a ti, Max. Ojalá pudiera estar ahí ahora mismo. Ojalá pudiera abrazarte ahora mismo, levantarte del suelo para luego besarte.

—Suena genial —digo con un hilo de voz notándome de bajón y me esfuerzo para no llorar, porque sé que no debo, porque lo hemos hablado, porque me quiere y yo lo quiero y a veces la vida lo complica todo mucho.

En este momento alguien llama a mi puerta. Me imagino que será mi abuela, que quiere hablar conmigo a solas y abrazarme a placer, y me levanto para abrir.

—A mí también me parece una idea genial —dice y al abrir me encuentro delante a Theo, con una sonrisa, con esa cálida mirada y…

Me lanzo a sus brazos sin ni siquiera pensarlo y siento cómo me rodea la cintura con ambas manos, para levantarme del suelo, cerrar la puerta tras de él y girar conmigo así.

—¡Estás aquí! —exclamo con la voz rota por las emociones y me coge la cara tras bajarme al suelo para mirarme a los ojos y limpiar las primeras lágrimas que han abandonado mis ojos.

—Por supuesto que estoy aquí —susurra dándome un beso en los labios que me sabe a poco—. No me perdería esto ni por todo el oro del mundo, Max. Pero el avión se retrasó y no he podido estar en el estadio para ver cómo ganabas. Luego el taxi no llegaba y… ¡Maldita sea, todo estaba en mi contra! Pero ya estoy aquí —comenta mientras me da otro beso—. Para decirte, mirándote a los ojos, acariciándote la cara, lo orgulloso que estoy de ti. Eres grande, cariño. ¡Eres gigante! —exclama para alzarme otra vez y dar un par de vueltas por la habitación, haciéndome reír.

—Theo, que me mareas —me quejo, aunque la verdad es que soy tan feliz ahora mismo que no me importa estar más mareada de lo que estoy al tenerlo delante.

—Te quiero, Max. Creo que, cuando te vi la primera vez nadando en aquel lago, una parte de mí supo que ibas a ser importante en mi vida, por eso intenté frenarlo de todas las maneras que se me ocurrieron. Pero es imposible frenar el amor, ahora lo sé. Como también sé que me encanta poder vivir esto a tu lado, ver cómo has vuelto a creer en ti, cómo has conseguido todo lo que te propones, porque me encanta verte feliz —dice mientras me da otro dulce beso sin dejar de mirarme, de rozar con sus yemas mi rostro—. Sé que aún esperas que te dedique un premio y ten por seguro que estoy anotándome todo lo que tengo que decir sobre ti porque son muchas cosas. ¡Y cada día que pasa, más!

—No tengo dudas de que lo lograrás, Theo, pero no para que me dediques un premio. La verdad es que, que estés tú aquí ahora mismo, es lo más importante para mí. Mucho más que unas palabras dichas delante de todo el mundo. Esto significa mucho más —susurro y noto

cómo me acaricia la nariz con la suya—. ¡Mucho más! —añado mientras busco sus labios con desesperación y me responde con la misma alegría.

—Max —susurra contra mi boca y no puedo dejar de sonreír mientras empiezo a deslizar mi mano por debajo de su camiseta—, te están esperando tus compañeras para celebrar la victoria.

—Llevo dos semanas sin verte, Theo —digo mientras me quito la camiseta delante de él—. Dos semanas y te has presentado aquí cuando más quería. Celebraciones habrá muchas, pero ahora mismo lo único que quiero es a ti —susurro y siento cómo sus manos se apoderan de mi culo para levantarme del suelo y caer en la cama.

—¿A mí? —murmura encima de mí y le aparto los rizos que ocultan sus preciosos ojos cálidos.

—A ti —reitero y su boca se apodera de la mía.

Y todo encaja como un increíble y complicado puzle.

Él.

Yo.

Nosotros.

Nota de la autora y agradecimientos

Contiene SPOILER

, ¡

NO

LEER

ANTES

QUE

LA

HISTORIA

!

Quien sigue mi trayectoria seguro que sabrá que ya había tocado la temática juvenil en una novela anterior (Malditas mariposas), pero la había mezclado con la romántica adulta. Me gustó tanto recordar lo que uno siente con esa edad que no tuve dudas de que escribiría una novela juvenil completa, y de esa idea nació Un beso por error.

Cuando me planteé escribirla me dije que quería diferenciar claramente el amor tóxico del amor sano, ese que deberíamos tener todos en nuestras vidas. También pensé en lo que me gustaría que leyeran mis hijos y en que me encantaría que ninguno de ellos dos romantizaran acciones simplemente en nombre del amor. Con esas premisas, comencé a crear la historia de Maxine y, como habéis podido comprobar, en este libro hay tres narradores por una razón concreta.

Theo y Finn son las dos caras de una moneda. El chico bueno y el problemático. El que está dispuesto a dejarlo todo por ella y el que está dispuesto a que sea ella quien lo pierda todo. Además, ver a Max a través de los ojos de Finn y, sobre todo, ver cómo iba cambiando este personaje a medida que avanzaba la historia era de vital importancia para que entendierais la lucha que mantiene la protagonista, las decisiones que toma e incluso la duda que tiene casi

al final de la novela. Se había equivocado tanto con Finn que ni siquiera se había dado cuenta de lo que Theo estaba empezando a sentir por ella.

Es curioso cómo a veces nos obcecamos en querer a alguien que nos hace daño, que nos hunde, que nos da problemas, muchos y de todo tipo, cuando el amor no tendría que ser algo tan complicado. El amor sano, el que suma, siempre hará crecer a la pareja, siempre dará alas, siempre te hará sentir bien, te hará sentir tú misma y ayudará a conseguir los sueños que se proponga cada uno. Es cierto que, incluso en las relaciones sanas, hay conflictos, discusiones, y las veinticuatro horas del día no pueden ser perfectas, ¡por supuesto! Pero, si los miembros de la pareja quieren, si los dos reman en la misma dirección, los problemas se convertirán en pequeños baches que los ayudarán a crecer como personas, como equipo.

Al fin y al cabo, no nos podemos olvidar de que el amor es también amistad entre dos personas que se quieren y se comprometen a estar juntas. Es aprendizaje. Es comprensión. Y, sobre todo, es empatía y cariño.

En esta historia no solo se habla de este tema, sino que también podemos ver cómo Theo lucha por alcanzar un sueño que lo ayudará a liberarse del futuro que quiere imponerle su padre; cómo Max se da cuenta de que dejó aparcado un deporte que la hacía inmensamente feliz; cómo las metas y los objetivos pueden ir variando con el paso de los años; cómo las personas podemos ir cambiando sin importar nada más que nuestra felicidad.

Pero, sobre todo, esta historia habla del amor. Del amor de un chico por una chica, de un padre por su hija, de una abuela por su nieta. El amor en todas sus variantes, los errores que cometemos por miedo, por no saber afrontar un problema o por temer hablar con sinceridad. Creo que esto último se debería subsanar siempre. La comunicación sincera es vital para cualquier tipo de relación, no solo la amorosa.

Solo espero que esta historia os haya hecho SENTIR, os haya entretenido y, por pedir... ¡ojalá os haya hecho comprender lo esencial que es juntarse con personas que nos dan paz, seguridad, comprensión y apoyo!

Aprovechando estas líneas quiero agradecer a toda esa gente que me da su apoyo a diario y sin la cual esta aventura que es escribir no sería lo mismo.

En primer lugar, cómo no, quiero agradecérselo a mi marido. Gracias, mi amor, por tu apoyo, por tu ayuda, por confiar en mí y por no dejar que me rinda. Eres y serás el amor de mi vida. ¡Te amo!

A mis hijos, sin ellos creo que esta novela no hubiese existido. Por ellos he narrado esta historia, para que la lean, para que entiendan que el amor puede ser algo grandioso si lo encuentras en la persona correcta. Pienso que me harían falta mil vidas para que entendierais lo mucho que os quiero, lo mucho que me gusta estar con vosotros y lo que valoro nuestros momentos de risas, de contar chismes y nuestro ratito de ver series juntos.

¡¡

OS

QUIERO

INFINITO

MÁS

UN

MILLÓN

!!

A mi familia, gracias por vuestro amor incondicional. Gracias por estar siempre a mi lado. Os quiero.

A mis amigas, mis Cococalas, gracias por estar en mi vida. Sois muy importantes para mí. ¡Os adorooo!

A mis lectoras/es, instagramers, youtubers, tiktokers; gracias por leer mis novelas, por seguirme en las redes sociales, por cada una de vuestras reseñas, por los montajes tan chulos que hacéis, por el cariño que recibo a diario. Siempre lo digo, ¡pero es que es la verdad!, sin vosotras/os esto sería imposible. Gracias por estar a mi lado. Gracias por creer en mí. Gracias por leer mis libros.

A mi querida editora, Esther Escoriza. ¿Qué te puedo decir después de tantos libros que he publicado contigo, guapa? GRACIAS por seguir confiando en mí, por creer en mí, por animarme, por nuestras charlas, tu comprensión y por ser como eres. Eres muy grande, Esther, que nada ni nadie te hagan creer lo contrario.

A los increíbles equipos que hay en los sellos editoriales Esencia Digital y Booket, ambos de la Editorial Planeta; gracias por dejar mis historias perfectas, por vuestra dedicación y vuestro gran trabajo. ¡Sois unos cracs!

A ti, que acabas de terminar de leer la historia de Max, gracias por elegir este libro, gracias por llegar hasta estas líneas. Solo espero que, como la protagonista, encuentres o hayas encontrado a alguien que te quiera como eres y que puedas lograr todo lo que desees.

Porque lo maravilloso de la vida es tener sueños, para que algún día, con suerte (y mucho trabajo), se hagan realidad.

Banda sonora

Ain't no mountain high enough, 2014 Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Marvin Gaye y Tammi Terrell.

Good 4 U, 2021 Olivia Rodrigo, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.

Roar, 2013 Capitol Records, LLC, interpretada por Katy Perry.

All about that bass, 2014, 2015 Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Meghan Trainor.

Moves like Jagger, 2014 Interscope Records, interpretada por Maroon 5 con la colaboración de Christina Aguilera.

I wanna be your slave, Un lanzamiento de RCA (P) 2021 Sony Music Entertainment Italy Spa, interpretada por Måneskin.

There's nothing holdin' me back, 2017 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes.

Let it go, esta compilación 2013 Walt Disney Records, interpretada por Idina Menzel.

Love me like you do, 2015 Universal Studios y Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Ellie Goulding.

NO, 2017 Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Meghan Trainor.

Biografía

Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Con catorce años se apuntó a clases de teatro para desprenderse de su timidez, y descubrió un mundo que le encantó y que la ayudó a crecer como persona. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante con su marido y sus dos hijos. Desde muy pequeña, sus pasiones han sido la lectura y la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica. Desde entonces no ha parado de crear nuevas historias y espera seguir muchos años más escribiendo novelas con todo lo necesario para enamorar al lector.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

Blog: https://loleslopez.wordpress.com/

Facebook: @Loles López

Instagram: @loles_lopez

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Un beso por error

Loles López

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2023

ISBN: 978-84-08-27510-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta